3 1761 08158701 6

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 17. NÚM. 196.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

ABRIL 1905

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, núm. 22.—Teléfono 2.000. 10.320

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 17
no. 196-98

SOBRE LA LECTURA É INTERPRETACIÓN DEL "QUIJOTE,,

En pocas cosas se muestra más de relieve que en lo que con el *Quijote* ocurre en España, la tristísima decadencia de nuestro espíritu nacional. Se ha podido decir, con toda justicia, que no es España la nación en que más se conoce el *Quijote*, y puede añadirse que no es aquella en que mejor se le conoce.

Todo el mundo se harta aquí de repetir que el *Quijote* es la primera obra literaria española, acaso la única que tenga asegurado su puesto en el caudal escaso de las obras verdaderamente universales. Hay quien recuerda que Brandes, el prestigioso crítico danés, no pone más que tres nombres á la cabeza de las literaturas cristianas, y esos nombres son los de Shakespeare, el Dante y Cervantes. Y por lo que hace á este último, no cabe duda de que es al *Quijote*, y sólo al *Quijote*, al que debe su gloria toda.

Mas con todo y con esto, puede asegurarse que es España una de las naciones en que menos se lee el *Quijote,* y desde luego es aquella en que peor se le lee. Estoy harto de oir á españoles que no han podido resistir la lectura de nuestro libro, del que debería ser una á modo de Biblia nacional; son muchos los que me han asegurado no haber podido nunca dar remate á su lectura, habiéndolo empezado varias veces, y más de uno me ha confesado que sólo lo conoce á trozos y salteado. Y esto ocurre con españoles que pasan por cultos y hasta aficionados á la lectura.

Pero no es esto lo peor, sino que los que lo leen, y aun algunos que se lo saben casi de memoria, están á su respecto en situación inferior á la de los que no lo han leído, y habría valido más que nunca hubieran echado su vista sobre él.

Hay, en efecto, quienes lo leen como por obligación ó movidos por lo que de él se dice, mas sin maldito el entusiasmo, y á lo sumo empeñándose en que les ha de gustar. Lo leen como leen muchos curas el Evangelio durante la misa: completamente distraídos, mascullando el latín y sin enterarse de lo que están leyendo.

La culpa de esto la tienen, en primer lugar, los críticos y comentadores que como nube de langostas han caído sobre nuestro desgraciado libro, dispuestos á tronchar y estropear las espigas y á no dejar más que la paja. La historia de los comentarios y trabajos críticos sobre el *Quijote* en España sería la historia de la incapacidad de una casta para penetrar en la eterna sustancia poética de una obra, y del ensañamiento en matar el tiempo con labores de erudición que mantienen y fomentan la pereza espiritual.

La erudición, ó lo que aquí, en nuestra patria, suele llamarse erudición, no es de ordinario, en efecto, más que una forma mal disfrazada de pereza espiritual. Florece, que es una pena, en aquellas ciudades ó aquéllos centros en que se huye más de las íntimas inquietudes espirituales. La erudición suele encubrir en España la hedionda llaga de la cobardía moral, que nos tiene emponzoñada el alma colectiva. Suele ser en muchos una especie de opio para aplacar y apagar anhelos y ansias; suele ser en otros un medio de esquivar el tener que pensar por cuenta propia, limitándose á exponer lo que otros han pensado.

Cojo aquí un libro, allí otro, más allá aquel, y de varios de ellos voy entresacando sentencias y doctrinas que combino y concino, ó bien me paso un año ó dos ó veinte revolviendo legajos y papelotes en cualquier archivo para dar luego esta ó la otra noticia. Lo que se busca es no tener que escarbar y

zahondar en el propio corazón, no tener que pensar y menos aún que sentir.

Y así resulta que apenas habrá hoy literatura alguna que dé obras menos personales y más insípidas que las nuestras, y apenas habrá hoy pueblo culto—ó que por tal pase—en que se advierta una tan grande incapacidad para la filosofía.

Siempre creí que en España no ha habido verdadera filosofía; mas desde que leí los trabajos del Sr. Menéndez y Pelayo enderezados á probarnos que había habido tal filosofía española, se me disiparon las últimas dudas y quedé completamente convencido de que hasta ahora el pueblo español se ha mostrado retuso á toda comprensión verdaderamente filosófica. Me convenció de ello el ver que se llame filósofos á comentadores ó expositores de filosofías ajenas, á eruditos y estudiosos de filosofía. Y acabé de confirmarme, corroborarme y remacharme en ello cuando vi que se daba el nombre de filósofos á escritores como Balmes, el P. Zeferino González, Sanz del Río y otros más.

Y hoy sigue la esterilidad, si es que no se ha agravado. De un lado esas miserables obrillas de texto, en que se da vueltas y más vueltas al más ramplón y manido escolasticismo, y de otro esos libros en que se nos cuenta por milésima oncena vez lo que alguien llamaría la *corriente central* del pensamiento europeo moderno, los lugares comunes de la *Bibliotheque de philosophie contemporaine* que edita en París F. Alcan. No salimos de Taparelli, Liberatore, Prisco, Urráburu y otros por el estilo, sino para entrar en Sergi, Novicow, Ferri, Max Nordau y compañeros.

Cuando he oído sostener á alguien el disparate histórico de que al pensamiento español le perdió en pasados siglos el consagrarse demasiado á la teología, y agregar que nos han faltado físicos, químicos, matemáticos ó fisiólogos porque nos han sobrado teólogos, he dicho siempre lo mismo: y es que en España, así como no ha habido filósofos, y precisamente por no haberlos habido, no ha habido tampoco teólogos, sino tan

sólo expositores, comentadores, vulgarizadores y eruditos de teología. Y la prueba de que aquí no han florecido nunca de veras los estudios teológicos y que nunca se ha llegado con intensidad y alguna persistencia al fondo de los gravísimos problemas metafísicos y éticos que ellos suscitan, es que no ha habido aquí grandes heresiarcas. Donde no florecen las herejías, es que los estudios teológicos son una pura rutina de oficio y un modo de matar el tiempo y ocupar la pereza espiritual con una falsificación de trabajo.

Aquí no hemos tenido ni grandes herejes de la Teología, ni grandes herejes de la Filosofía. Pues así como hay una dogmática ortodoxa católica de la que ningún fiel puede apartarse, so pena de incurrir en pecado y poner en peligro su salvación eterna, imposible fuera del seno de la Iglesia, así también hay una dogmática científica moderna, aunque al parecer más amplia que aquélla, de la que ningún hombre culto puede apartarse, so pena de incurrir en extravagancia, prurito de originalidad ó monomanía por las paradojas, y poner en peligro su crédito entre los sabios—esta insoportable clase de hombres—y hasta su respetabilidad entre las gentes. Para muchos Haeckel, pongo por caso de sabio de la *corriente central* y por sabio para quien está cerrado lo más y lo más precioso del espíritu; Haeckel, digo, es para muchos algo así como un santo padre de la iglesia científica moderna. Sobre todo cuando Haeckel suelta ramplonerías ó groserías insípidas, lo cual sucede muy á menudo.

Digo, pues, que esta incapacidad filosófica que nuestro pueblo ha mostrado siempre y cierta incapacidad poética—no es lo mismo poesía que literatura—ha hecho que caigan sobre el *Quijote* muchedumbre de eruditos y perezosos espirituales, que constituyen lo que se podría llamar la escuela de la Masora cervantista.

Era la Masora, como el lector sin duda sabe, una obra judía, crítica del texto hebreo de las Sagradas Escrituras, obra compuesta por varios doctos rabinos de la escuela de Tiberia-

des durante los siglos octavo y noveno. Los masoretas, que es como se llama á estos rabinos, contaron las letras todas de que se compone el texto bíblico, y cuántas veces está cada letra y cuántas veces cada una de éstas va precediendo á cada una de las demás, con otra porción de curiosidades del mismo jaez.

No han llegado todavía á tales excesos los masoretas cervantistas por lo que al *Quijote* se refiere, pero no le andan lejos. Se han registrado por lo que respecta á nuestro libro todo género de minucias sin importancia y toda clase de insignificancias. Le han dado vueltas y más vueltas considerándolo como obra literaria, y apenas si ha habido quien se haya metido en sus entrañas.

Pero hay más todavía: y es que cuando alguien ha intentado meterse en las tales entrañas y dar á nuestro libro sentido simbólico ó tropológico, han caído sobre él los masoretas y sus aliados los puros literatos y toda frasca de espíritus cobardes y le han puesto como no digan dueñas ó se han burlado de él. Y de cuando en cuando nos sale algún santón de la crítica sesuda y de cortos vuelos diciéndonos que Cervantes ni quiso ni pudo querer decir lo que tal ó cuál simbolista le atribuye, sino que su propósito fué tan sólo el de desterrar la lectura de los libros de caballerías.

Convenido que así fuese; pero ¿qué tiene que ver lo que Cervantes quisiera decir en su *Quijote*, si es que quiso decir algo, con lo que á los demás se nos ocurra ver en él? ¿De cuándo acá es el autor de un libro el que ha de entenderlo mejor?

Desde que el *Quijote* apareció impreso y á la disposición de quien lo tomara en mano y lo leyese, el *Quijote* no es de Cervantes, sino de todos los que lo lean y lo sientan. Cervantes sacó á Don Quijote del alma de su pueblo y del alma de la humanidad toda, y en su inmortal libro se lo devolvió á su pueblo y á toda la humanidad. Y desde entonces Don Quijote y Sancho han seguido viviendo en las almas de los lectores del

libro de Cervantes y aun en la de aquellos que nunca lo han leído. Apenas hay persona medianamente instruída que no tenga una idea de Don Quijote y Sancho.

No ha mucho que un docto alemán, A. Kalthoff, en un libro interesante *(Das Christus Problem)* ha vuelto á la ya antigua tesis, nunca del todo abandonada por todos, de la no existencia histórica de Jesús de Nazaret, sosteniendo, con argumentos más ó menos fundados ó infundados, que los Evangelios son novelas apocalípticas compuestas en Roma por judíos cristianos, y que el Cristo no es más que un símbolo de la Iglesia cristiana, que nació en las comunidades judías en virtud del movimiento económico-social. Y agrega Kalthoff que eso debe importar poco á los cristianos, pues que Cristo no es el Jesús histórico que pretende restablecer en toda su pureza y exactitud históricas la escuela protestante liberal, la que el autor llama teología de la vida de Jesús *(Leben Jesu Theologie)*, sino la entidad ética y religiosa que ha venido viviendo, trasformándose, acrecentándose y adaptándose á las diversas necesidades de los tiempos en el seno de la conciencia colectiva de los pueblos cristianos.

No traigo esto aquí á colación por hallarme de acuerdo con la doctrina de Kalthoff, ni tampoco para rebatirla—odio las refutaciones, que suelen ser modelo de mala literatura y de peor filosofía,—sino tan sólo para poner más en claro lo que pienso respecto al *Quijote*. Á nadie se le ocurrirá sostener en serio, no siendo acaso á mí, que Don Quijote existió real y verdaderamente é hizo todo lo que de él nos cuenta Cervantes, como la casi totalidad de los cristianos creen que el Cristo existió é hizo y dijo lo que de él nos cuentan los Evangelios; pero puede y debe sostenerse que Don Quijote existió y sigue existiendo, vivió y sigue viviendo con una existencia y una vida acaso más intensas y más eficaces que si hubiera existido y vivido al modo vulgar y corriente.

Y cada generación que se ha sucedido ha ido añadiendo algo á este Don Quijote, y ha ido él trasformándose y agran-

dándose. Mucho más interesante que todas las menudencias y pequeñeces que han ido acopiando respecto al *Quijote* los masoretas cervantistas y sus congéneres, sería recoger las distintas maneras como han entendido la figura del hidalgo manchego los distintos escritores que sobre él han escrito. En cientos de obras se ha sacado á Don Quijote y se le ha hecho decir y hacer lo que ni hizo ni dijo en el texto cervantino, y con todo esto podría formarse la figura de Don Quijote fuera del *Quijote*.

Y si Cervantes resucitara y volviese al mundo, no tendría derecho alguno para reclamar contra este Quijote, de que el suyo no es sino la hipóstasis y como el punto de partida; pues tanto valdría que una madre, al ver que su hijo llegaba á destinos en que ella ni soñó siquiera ó que á ella le desplacen, pretendiera volverlo á su infancia y arrimárselo á los pechos de nuevo para darle de mamar, ya que no volverlo á su seno. Cervantes puso á Don Quijote en el mundo, y luego el mismo Don Quijote se ha encargado de vivir en él; y aunque el bueno de Don Miguel creyó matarlo y enterrarlo é hizo levantar testimonio notarial de su muerte para que nadie ose resucitarlo y hacerle hacer nueva salida, el mismo Don Quijote se ha resucitado á sí mismo, por sí y ante sí, y anda por el mundo haciendo de las suyas.

Cervantes escribió su libro en la España de principios del siglo XVII y para la España de principios del siglo XVII, pero Don Quijote ha viajado por todos los pueblos de la tierra y durante los tres siglos que desde entonces van trascurridos. Y como Don Quijote no podía ser en la Inglaterra del siglo XIX, pongo por caso, lo mismo que en la España del siglo XVII, se ha modificado y trasformado en ella, probando así su poderosa vitalidad y lo realísimo de su realidad ideal.

No es, pues, más que mezquindad de espíritu, por no decir algo peor, lo que mueve á ciertos críticos nacionales á empeñarse en que reduzcamos el *Quijote* á una mera obra literaria, por grande que su valor sea, y á pretender ahogar con desde-

nes, burlas ó invectivas á cuantos buscan en el libro sentidos más íntimos que el literal.

Si la Biblia tiene un valor inapreciable, es por lo que en ella han puesto generaciones de hombres que con su lectura han apacentado sus espíritus; y sabido es que apenas hay en ella pasaje que no haya sido interpretado de cientos de maneras, según el intérprete. Y esto es un bien grandísimo. Lo de menos es que los autores de los distintos libros de que la Biblia se compone quisieran decir lo que los teólogos, místicos y comentadores ven en ellos; lo importante es que, gracias á esta inmensa labor de las generaciones durante siglos enteros, es la Biblia fuente perenne de consuelos, de esperanzas y de inspiraciones del corazón. Y lo que se ha hecho con las Sagradas Escrituras del cristianismo, ¿por qué no se ha de hacer con el *Quijote*, que debería ser la Biblia nacional de la religión patriótica de España?

Acaso no sería difícil relacionar lo endeble, fofo y huero de nuestro patriotismo con la estrechez de miras, la mezquindad de espíritu y la abrumadora ramplonería del masoretismo cervantista y de los críticos y literatos que han examinado aquí nuestro libro.

Tengo observado que de cuantas veces se cita en España el *Quijote* con elogio, las más de ellas es para citar los pasajes menos intensos y menos profundos, los más literarios y menos poéticos, los que menos se prestan á servir de punto de apoyo para vuelos filosóficos ó elevaciones del corazón. Los pasajes de nuestro libro que figuran en las antologías, en los tratados de retórica—debía quemarse todos—ó en las colecciones de trozos escogidos para lectura en las escuelas, parecen entresacados adrede por algún escriba ó masoreta que tenga declarada guerra al espíritu del Don Quijote inmortal, del que sigue viviendo después que resucitó del sepulcro sellado por Don Miguel de Cervantes Saavedra, luego que le hubo en él enterrado é hizo levantar fe de su muerte.

En vez de llegar á la poesía del *Quijote*, á lo verdadera-

mente eterno y universal de él, solemos quedarnos en su literatura, en lo que tiene de temporal y de particular. Y en este respecto, nada más mezquino ni más pobre que el considerar al *Quijote* como un texto de lengua castellana. Lo cual tampoco puede hacerse, pues en punto á lengua hay muchos libros castellanos que nos la presentan más pura y más castiza; y por lo que al estilo hace, no deja de ofrecer el del *Quijote* cierta artificiosidad y afectación.

He de decir más: y es que creo que el *Quijote* no es ningún buen modelo de lenguaje y estilo literarios castellanos, y que ha producido estragos en aquellos que han querido imitarlos, acudiendo, entre otras triquiñuelas de oficio, al fácil y cómodo artificio de echar el verbo al fin de la oración. Pocas cosas conozco más desgraciadas que las producciones de los imitadores de la hechura literaria del *Quijote*, como no sean las de aquellos otros que pretenden escribir en estilo bíblico haciéndolo en frases cortas, con muchos puntos finales y muchas *ys* y repitiendo mucho las cosas. Y así como puede haber soplo verdaderamente bíblico é inspiración profética en lenguaje y estilo completamente distintos de los de los libros sagrados de los judíos, puede haber inspiración y soplo quijotescos en un estilo y lenguaje que se aparten de los empleados por Cervantes en su libro imperecedero.

Cuéntase de uno de los reyes ingleses del siglo XVII, que preguntaba á uno de sus cortesanos si sabía castellano, y al contestarle que no, le dijo: ¡pues es lástima! Creyendo el cortesano que había pensado en darle alguna embajada en España ó cosa parecida, se aplicó á aprender castellano; y cuando ya lo supo, se fué al rey á decírselo, y éste le dijo entonces: me alegro, porque así podréis leer el *Quijote* en su propia lengua. En lo cual demostró el soberano conocer muy poco el valor del *Quijote*, que depende en gran parte de que es un libro traductible, perfectamente traductible, y de que su fuerza y poesía toda queda en él, viértasele al idioma á que se le vierta.

Nunca he podido pasar con eso de que el *Quijote* sea intraductible; y aún hay más: y es que llego á creer que hasta gana traduciéndolo, y que si ha sido mejor sentido fuera de España que en ella misma, se debe en buena parte á que no ha podido empañar su belleza la preocupación del lenguaje. O, mejor dicho, por no sentirse aquí su íntima gradeza hay tantos que se agarran á lo de su estilo y forma externa. Que, lo repito, me parecen no muy recomendables.

Todo consiste en separar á Cervantes del *Quijote* y hacer que á la plaga de los cervantófilos ó cervantistas sustituya la legión sagrada de los quijotistas. Nos falta quijotismo tanto cuanto nos sobra cervantismo.

Sucede en la historia literaria que unas veces es el hombre superior al autor; y así á tal ó cuál escritor, que produjo enorme sensación en sus contemporáneos, no podemos juzgarlo y nos sorprende el prestigio de que gozó y la influencia que ejerció, mientras otras veces es el autor superior al hombre y las obras al que las escribió. Hay hombres muy superiores á sus obras, y hay obras muy superiores á los hombres que las llevaron á cabo. Hay quien se muere sin haber agotado su espíritu en sus escritos y habiéndolo derramado en conversaciones, en dichos y en hechos. Sorprende encontrarnos en antiguos escritores con elogios subidísimos de alguno de sus contemporáneos, cuyas obras nos dejan hoy fríos, y en tal caso debemos suponer que el hombre era muy superior á sus obras. Y en otros casos ocurre lo contrario.

Y no me cabe duda de que Cervantes es un caso típico de un escritor enormemente inferior á su obra, á su *Quijote*. Si Cervantes no hubiera escrito el *Quijote,* cuya luz resplandeciente baña á sus demás obras, apenas figuraría en nuestra historia literaria sino como ingenio de quinta, sexta ó décimatercia fila. Nadie leería sus insípidas *Novelas Ejemplares,* así como nadie lee su insoportable *Viaje al Parnaso*, ó su Teatro. Las novelas y digresiones mismas que figuran en el *Quijote*, como aquella impertinentísima novela de *El Curioso Imperti-*

nente, no merecerían la atención de las gentes. Aunque Don Quijote saliese del ingenio de Cervantes, Don Quijote es inmensamente superior á Cervantes. Y es que, en rigor, no puede decirse que Don Quijote fuese hijo de Cervantes; pues si éste fué su padre, fué su madre el pueblo en que vivió y de que vivió Cervantes, y Don Quijote tiene mucho más de su madre que no de su padre.

Voy más lejos aún: y es que llego á sospechar que Cervantes se murió sin haber calado todo el alcance de su *Quijote*, y acaso sin haberlo entendido á derechas. Me parece que si Cervantes resucitara y leyese de nuevo su *Quijote*, lo entendería tan mal como lo entienden los masoretas cervantistas y se pondría del lado de éstos. No nos quepa duda sino de que, en caso de volver Cervantes al mundo, se haría cervantista y no quijotista. Pues basta leer atentamente el *Quijote* para observar que cada vez que el bueno de Cervantes se introduce en el relato y se mete á hacer consideraciones por su parte, es para decir alguna impertinencia ó juzgar malévola y maliciosamente á su héroe. Así sucede, por ejemplo, cuando al contarnos la hermosísima proeza de Don Quijote de enderezar aquel su discurso sobre la edad de oro á unos cabreros que no habrían de entendérselo en su sentido material—y en esto consiste lo heroico de la arenga—llama á ésta *inútil razonamiento*. Y á seguida se ve obligado á mostrarnos que no fué inútil, pues los cabreros lo oyeron *embobados y suspensos*, y en pago de él regalaron á Don Quijote con pastoriles cantares. El pobre de Cervantes no alcanzaba á la robusta fe del hidalgo manchego, fe que le hacía dirigirse con elevadas pláticas á los cabreros, seguro de que, si no entendían su letra, se edificaban con su música. Y como con este pasaje, le ocurre á Cervantes con muchos otros.

Y nada debe extrañarnos esto; pues, como ya he dicho, si Cervantes fué el padre de Don Quijote, su madre fué el pueblo de que Cervantes formaba parte. Cervantes no fué más que un mero instrumento para que la España del siglo XVI pariese á

Don Quijote; Cervantes hizo en su *Quijote* la obra más impersonal que puede hacerse y, por lo tanto, la más profundamente personal en cierto sentido. Cervantes, como autor del *Quijote*, no es más que ministro y representante de su pueblo, ministro y representante de la humanidad. Y por esto hizo una obra grande.

El genio es, en efecto, el que en puro personalidad se impersonaliza, el que llega á ser voz de un pueblo, el que acierta á decir lo que piensan todos sin haber acertado á decir los que lo piensan. El genio es un pueblo individualizado. Y así como ha dicho un literato, me parece que fué Flaubert, que la perfección del estilo consiste en no tenerlo, y es indudable que el estilo, como el agua, es mejor cuanto á menos sepa, así la perfección del pensamiento y del sentimiento es no tenerlos, sino pensar y sentir lo que piensa y siente por dentro el pueblo que nos rodea y del que formamos parte. Y he añadido *por dentro*, porque al pueblo le han hecho creer que piensa y siente lo que ni piensa ni siente y que cree lo que no cree; y cuando alguien viene y le descubre lo que en realidad piensa, siente y cree, se queda embobado y suspenso, aunque á primeras apenas le entienda, como se quedaron los cabreros embobados y suspensos al oir hablar á Don Quijote del siglo de oro.

Y así como hay genios vitalicios, genios que lo son durante toda su vida, y que durante toda ella aciertan á ser ministros y voceros espirituales de su pueblo, así hay también genios temporeros, genios que no lo son más que en alguna ocasión de su vida. Ahora, que esta ocasión puede ser más ó menos duradera y de mayor ó menor alcance. Y esto debe servirnos de consuelo á los mortales de loza más basta cuando consideremos á los de porcelana finísima, pues ¿quién no ha sido alguna vez, y siquiera por un cuarto de hora, genio de su pueblo, aunque su pueblo sea de trescientos vecinos? ¿Quién no ha sido héroe de un día ó siquiera de cinco minutos? Y gracias á esto, á que todos podemos llegar á ser genios temporeros, siquiera de temporada de unos minutos, gracias á esto

podemos comprender á los genios vitalicios y enamorarnos de ellos.

Cervantes fué, pues, un genio temporero; y si se nos aparece como genio absoluto y duradero, como mayor que los más de los genios vitalicios, es porque la obra que escribió durante la temporada de su genialidad es una obra no ya vitalicia, sino eterna. Al héroe de un día, al que en el día de su heroicidad le sea dado derrocar un inmenso imperio y cambiar así el curso de la historia, le está reservado en la memoria de las gentes un lugar más alto que el de muchos genios vitalicios que no derrocaron imperio alguno material. Ahí tenéis á Colón. ¿Qué es Colón sino un héroe de temporada?

Durante la temporada en que estuvo Cervantes bajo las alas espirituales de su patria, recibiendo la incubación de ésta, engendróse en su alma Don Quijote, es decir, engendró su pueblo en él á Don Quijote, y así que éste salió al mundo abandonó á Cervantes su pueblo, y Cervantes volvió á ser el pobre escritor andariego, presa de todas las preocupaciones literarias de su tiempo. Y así se explican muchas cosas, y entre otras, la endeblez del sentido crítico de Cervantes y la pobreza de sus juicios literarios, como lo hizo ya notar Macaulay. Todo lo que en el *Quijote* es crítica literaria, es de lo más ramplón y más pobre que puede darse y delata una verdadera opilación de sentido común.

Y observad cómo un hombre tan cuerdo y tan tupido de sentido común, y del más basto que se conoce, como era Cervantes, pudo engendrar á un caballero tan loco y tan henchido de sentido propio. Cervantes no tuvo otro remedio sino darnos un loco para poder encarnar en él lo eterno y grande de su pueblo. Y es que muchas veces, cuando lo más íntimo de lo íntimo de nuestras entrañas, cuando la humanidad eterna que duerme en lo hondo de nuestro seno espiritual se nos sube á flor de alma gritando sus anhelos, ó aparecemos locos ó fingimos estarlo para que se nos disculpe nuestro heroísmo. Miles de veces acude un escritor al artificio de fingir decir en

broma lo que siente muy en serio, ó saca á escena un loco para hacerle decir ó hacer lo que haría ó diría él de muy buena gana y muy en cuerdo, si la miserable condición rebañega de los hombres no les llevara á querer ahogar al que se salga del redil de que están deseando salirse todos, y sin valor ni coraje para hacerlo, por miedo de morirse de hambre, sed y frío en el campo raso y sin pastor ni perro.

Ved todo lo que hay de genial en Cervantes, y cuál es la relación íntima que media entre él y su Don Quijote. Y todo esto debería movernos á dejar el cervantismo por el quijotismo, y á cuidar más de Don Quijote que de Cervantes. Dios no mandó á Cervantes al mundo más que para que escribiese el *Quijote*, y me parece que hubiera sido una ventaja el que no conociéramos siquiera el nombre del autor, siendo nuestro libro una obra anónima, como lo es el *Romancero* y creemos muchos que lo es la *Iliada*.

Y me atrevo á más: y es á escribir un ensayo en que sostenga que no existió Cervantes y sí Don Quijote. Y visto que por lo menos Cervantes no existe ya, y sigue viviendo en cambio Don Quijote, deberíamos todos dejar al muerto é irnos con el vivo, abandonar á Cervantes y acompañar á Don Quijote.

Considero que una de las mayores desgracias que al quijotismo pudiera ocurrirle es que se descubriese el manuscrito original del *Quijote*, trazado de puño y letra de Cervantes. Es de creer que semejante manuscrito se destruyó, afortunadamente, ya que en tiempo de Cervantes no había el fetichismo que hoy hay por los autógrafos, ni se sabe que se fuese tanto como hoy se va á los escritores famosos á que pusieran pensamientos en álbums y tarjetas postales. Caso de no haberse destruído aquel manuscrito y de haberlo conservado algún curioso y enterrado luego en un arca y que hoy apareciese, de lo menos de que nos veríamos amenazados sería de una reproducción fototípica del tal manuscrito, y luego de una porción de monografías de grafólogos distinguidos. Y ¡qué de curiosas investigaciones se harían sobre qué pasajes escribió Cer-

vantes con más seguro pulso, y en cuáles corrió más su pluma y en cuáles se detuvo, y dónde había más tachaduras y enmiendas y dónde menos! Teniendo lo cual en cuenta, considero á la máquina de escribir como una maravillosa y beneficiosísima invención, y creo que deberíamos adoptarla los escritores todos para no tener letra, y de paso ganarían no poco los cajistas y regentes de las imprentas, pues abundan los escritores que no se avergüenzan de escribir mal.

Digo que considero sería una desgracia para el quijotismo el que se descubriese el manuscrito original del *Quijote*; pues si habiéndose éste perdido se hacen las cosas que se hacen con la primera edición, ¿qué no se haría entonces?

Yo he sentido siempre no haber encontrado algún ejemplar de esa primera edición perdido en cualquier venta ó alquería de estos campos, porque hubiera procurado comprarlo al precio más bajo posible y lo habría vendido en seguida al más alto precio que por él me dieran, para comprar con el producto de esta operación mercantil una porción de obras quijotescas que me hacen mucha falta, y entre las cuales, excuso decirlo, no habría ni un solo libro de cervantista alguno. Aseguro que con el producto de mi reventa no compraría ni los trabajos de Pellicer ni los de Clemencín.

Es una cosa triste el de que del libro mismo, del libro material en que se cuenta la historia del ingenioso hidalgo, se haya hecho por muchos un fetiche, agotándose á su respecto todos los más insulsos pasatiempos que pueden ocurrírseles á esos bípedos implumes llamados por mejor nombre bibliófilos. Y entretanto, está haciendo falta en España una edición del *Quijote* que á la mayor manuabilidad, á la mayor limpieza y claridad de tipos y consistencia de papel, á la más esmerada corrección tipográfica, una el precio más módico que sea dable; una edición sencilla, limpia, modesta, clara, manuable y barata. Y esto no se conseguirá mientras no aumentemos el número de los quijotistas conscientes y reduzcamos á la inacción y al silencio á los cervantistas.

Se dice y se repite hasta la saciedad que el quijotismo nos ha perdido; y aun cuando son ya muchos los que han protestado contra esta falsísima especie, conviene protestar una vez más y decir muy alto que aún no ha empezado el reinado de Don Quijote en España. El pobre hidalgo manchego, después de haber resucitado del sepulcro en que le depositó Cervantes, ha corrido el mundo todo siendo aclamado y comprendido en muchas partes de él—en Inglaterra y en Rusia muy especialmente,—y al volverse á su tierra se encuentra con que es donde peor le comprenden y donde más le calumnian. Puede repetir lo que dijo su Maestro Jesús, de quien Don Quijote fué, á su modo, fiel discípulo: nadie es profeta en su tierra.

¿Lucirán en España mejores días para Don Quijote y Sancho? ¿Serán mejor comprendidos?

Es de esperarlo, sobre todo si los quijotistas nos proponemos quijotescamente derrotar á los cervantistas.

Antes de terminar tengo que hacer una declaración: y es que todo cuanto aquí he dicho de Don Quijote se aplica á su fiel y nobilísimo escudero Sancho Panza, aún peor conocido y más calumniado que su amo y señor. Y esta desgracia que sobre la memoria del buen Sancho pesa, le viene ya desde Cervantes, que si no acabó de comprender á derechas á su Don Quijote, no empezó siquiera á comprender á su Sancho, y si fué con aquél malicioso algunas veces, fué con éste casi siempre injusto.

Una de las cosas, en efecto, que más saltan á los ojos cuando se lee el *Quijote*, es la incomprensión por parte de Cervantes del carácter y alma de Sancho, cuya excelsa heroicidad no concibió nunca su padre literario. A Sancho le calumnia y le maltrata sin razón ni motivo; se empeña en no ver claro los móviles de sus actos, y hay ocasiones en que se siente uno tentado á creer que, movido por esa incomprensión, altera la verdad de los hechos y le hace decir y hacer al buen escudero cosas que nunca pudo haber dicho y hecho, y que, por lo tanto, ni las dijo ni las hizo.

Y tal maña se dió el malicioso Cervantes para torcer las intenciones de Sancho y tergiversar sus propósitos, que ha caído sobre el noble escudero una fama inmerecida, de la que espero conseguiremos redimirle los quijotistas, que somos y debemos ser sanchopancistas á la vez.

Afortunadamente, como Cervantes no fué, según dije, sino en parte, y muy en parte, autor del *Quijote*, quedan en este libro inmortal todos los elementos necesarios para restablecer el verdadero Sancho y darle la fama que merece. Pues si Don Quijote estuvo enamorado de Dulcinea, no menos lo estuvo Sancho, con la circunstancia de que aquél salió de casa movido por el amor á la gloria, y Sancho por el amor á la paga; pero fué éste gustando la gloria, y acabó por ser, en el fondo, y aunque él mismo no lo creyera, uno de los hombres más desinteresados que haya conocido el mundo. Y cuando Don Quijote se moría cuerdo, curado de su locura de gloria, Sancho se había vuelto loco, loco de remate, loco por la gloria; y mientras aquél abominaba de los libros de caballerías, el buen escudero le pedía, con lágrimas en los ojos, que no se muriese, sino viviera para volver á salir á buscar aventuras por los caminos.

Y como Cervantes no se atrevió á matar á Sancho, ni menos á enterrarlo, suponen muchos que Sancho no murió, y hasta que es inmortal. Y el día menos pensado nos vamos á encontrar con la salida de Sancho, el cual, montado en Rocinante, que tampoco murió, y revestido con las armas de su amo, que para el caso se las arreglará el herrero del Toboso, se echará á los caminos á continuar las glorias de Don Quijote y á hacer triunfar de una vez el quijotismo sobre la tierra. Porque no nos quepa duda de que es Sancho, Sancho el bueno, Sancho el discreto, Sancho el sencillo; que es Sancho, el que se volvió loco junto al lecho en que su amo se moría cuerdo; que es Sancho, digo, el encargado por Dios para asentar definitivamente el quijotismo sobre la tierra. Así lo espero y deseo, y en ello y en Dios confío.

Y si algún lector de este ensayo dijera que todo esto no son sino ingeniosidades y paradojas, le diré que no entiende jota en achaques de quijotismo, y le repetiré lo que en cierta ocasión dijo Don Quijote á su escudero:· Como te conozco, Sancho, no hago caso de lo que dices.

MIGUEL DE UNAMUNO

RECUERDOS

Hay años y épocas de los cuales se conservan numerosos recuerdos, y otros que aparecen desiertos, como sobre la superficie de la tierra las montañas se apiñan en una región, y en otras se tienden llanuras, estepas ó desiertos.

De los tres meses de la Exposición Universal, que pasé en Londres, más recuerdos conservo que de años y años de vida igual y monótona en Madrid. Y es que en estos últimos períodos todo es igual: las sensaciones se repiten con monotonía sin fin; ningún suceso se destaca sobre los hechos ordinarios y repetidos á diario de la vida igual y llana, que imita en el tiempo las planicies del espacio terrestre.

Y pues tantos recuerdos conservo de aquel tiempo de la Exposición Universal, claro es que he de aprovecharlos para estos anales vulgarísimos y para estas crónicas insípidas de mi existencia; anales y crónicas que á nadie han de importar, de que el cosmos, á pesar de que están en su seno, no hará caso ninguno, pero que á mí me entretienen y me divierten porque es vivir otra vez la vida que he vivido.

Empecemos, pues, á evocar recuerdos.

Sea el primero un recuerdo cómico; cómico ahora que pienso en él, pero que se refiere á un hecho que me molestó bastante, sobre todo antes de haber resuelto colocarme valerosamente en situación de afrontar el ridículo.

Es el caso, como queda dicho en otra crónica, que todos los días, exceptuando los domingos, pasaba yo siete y ocho horas en el palacio de Kensington, estudiando el ramo de ingenie-

ría y recogiendo datos para la Memoria que se me había encargado por la Dirección de Obras Públicas.

Una de las instalaciones que más habían llamado mi atención era una instalación prusiana de piezas de acero.

Piezas enormes, limpias, compactas, magníficas, que los que se interesaban por estas materias no sospechaban cómo podían haberse fabricado.

Era la fabricación Bessemer, sobre la cual se guardaba por entonces el más absoluto secreto.

Yo conocía, sin embargo, de una manera bastante completa el sistema de fabricación; porque el conocido profesor español de Química D. Magín Bonet, que era hombre estudioso, de mucho mérito, que hablaba perfectamente el alemán, que en Alemania se había educado, y que tenía entusiasmo extraordinario por su ciencia, entusiasmo que á veces le hacía intolerable, había tenido la bondad, pues era buen amigo mío, de explicarme el secreto de la nueva fabricación, sorprendido por él pocos meses antes en una visita que giró á varias fábricas alemanas, y entre otras á la fábrica de Krup.

Con ser descubrimiento importantísimo y hasta trascendental para la industria, era en el fondo de una sencillez infantil y casi una perogrullada, como son las perogrulladas en esta clase de problemas.

Todo consistía en lanzar una corriente de aire, que quemase el exceso de carbono del hierro fundido, dejando el puramente preciso para que la fundición se convirtiese en acero, con lo cual se podían obtener masas enormes de acero fundido y piezas enormes de esta substancia.

Pero nada de esto hace al caso: son puras distracciones de mi imaginación. Continuemos con la aventura, que acaso le parezca al lector insubstancial; pero que como no tengo otra más substanciosa, he de servírsela íntegra, ya que no para su solaz, para mi recreo: que recreo es en los viejos todo recuerdo de su vida anterior.

*
* *

Próxima á la instalación de aceros por el procedimiento Bessemer, había otra instalación inglesa de aceros, muy hermosa también, pero no tanto como la primera.

Era un esfuerzo, un alarde en la fabricación de aceros por los métodos ordinarios, una competencia entre fábricas y fábricas, en que, á decir verdad, las fábricas inglesas quedaban vencidas, y eso que presentaban grandes piezas de acero fundido; pero el crisol no puede hacer la competencia al sistema Bessemer ni á otros sistemas análogos que han venido después.

Entre las piezas de la instalación inglesa y las de la fábrica de Krup había la misma diferencia que la que media en estatura entre un hombre muy alto y un gigante fabuloso.

Yo visitaba unas y otras instalaciones á diario, y muchas veces me detenía en la instalación inglesa y hablaba con el encargado de ella, que parecía ser un obrero ilustrado, ó un contramaestre, que de todas maneras tenía buena educación y se prestaba á hablar francés conmigo.

Ó habíamos simpatizado y era su amabilidad una prueba de su simpatía, ó el supuesto contramaestre de la fábrica miraba por los intereses de sus amos, mostrándose conmigo atento y obsequioso.

Quiero decir, que como él llegó á entender que yo era representante oficial del Gobierno español, que por orden de éste estudiaba el ramo de ingeniería, y como por entonces en España se realizaban muchas obras públicas y se construían muchos ferrocarriles, concibió sin duda la esperanza de obtener por mi mediación un buen pedido de hierros y de aceros.

Fuese lo uno ó lo otro, explíquese el hecho por interés ó por altruísmo, yo recogía el fruto, porque el hombre se mostraba conmigo por todo extremo deferente.

Eso sí: no perdía ocasión de exaltar las condiciones excepcionales de su fábrica y de denigrar con la misma exaltación los productos alemanes.

Sea que ignorase el procedimiento Bessemer, sea que de buena fe lo creyera ineficaz, constantemente me afirmaba que

aquellas hermosas piezas de acero, por las que yo sentía tanta admiración, eran productos artificiales y de reclamo, pero no productos corrientes y prácticos, que pudieran constituir la base de una industria seria.

Sabía yo lo contrario; pero no insistía mucho en mi opinión, por no herir la susceptibilidad de mi nuevo amigo.

Y ya nos vamos aproximando á la parte cómica de este recuerdo.

***

Un día que hablábamos sobre el tema de siempre, me preguntó con acento insinuante:

—¿Tendría usted gusto en visitar nuestra fábrica, que es una de las primeras de S...?

—¿Está muy lejos—le pregunté—de Londres?

—No, señor—me contestó;—podemos disponer de multitud de trenes. Saldremos por la mañana; visitamos la fábrica, que es digna de que usted la conozca, y á Londres vuelve usted á dormir el mismo día.

—¿Pero eso es completamente seguro?—le pregunté;—porque ya sabe usted que estoy con mi mujer, y aunque vivimos en compañía de unos parientes, no quisiera dejarla sola mucho tiempo.

—Le repito á usted que si vamos mañana á S..., al anochecer estamos de vuelta.

—¿De modo que no necesito llevar ropa?—pregunté yo por exceso de precaución.

—¿Para qué?—me contestó sonriendo;—la de viaje y un abrigo.

—Pues entonces fijemos la hora y el sitio en que nos hemos de reunir.

—Hora, las ocho de la mañana, si á usted le parece; sitio, la estación X...

—Pues hasta mañana, que seré puntual: es mi costumbre.

—Y la mía.

Y con esto nos despedimos; y á la mañana del día siguiente estaba yo en la estación á las siete y media, con el traje de camino, que, por haber venido con él de Madrid á Londres, estaba bastante averiado, y con el abrigo correspondiente: que todo abrigo es un buen compañero, molesta poco y da calor, y no pueden decir otro tanto ni todos los compañeros ni todos los amigos.

Y acaso el lector, si es lector de mal carácter, exigente ó burlón, me pregunte, como me ha preguntado varias veces:

—¿Y con qué objeto nos da usted todos esos pormenores? ¿cree usted que tanto le interesa á la Historia conocer el traje que llevó usted el día tantos de 1862, en su visita á la fábrica de hierro de S...? ¿se escriben recuerdos para aburrir al lector con semejantes nimiedades, ó se cree usted personaje tan excelso, que le importe mucho á las generaciones venideras, como si fuera usted un César ó un Napoleón, el color de sus calcetines ó la forma de su corbata?

Yo contestaré que no creo nada de esto ni escribo para complacer á nadie; que recuerdo lo que recuerdo, y lo que recuerdo pongo en forma de cuartillas, para que la imprenta lo ponga en letras de molde, y que allá las generaciones venideras harán lo que bien les plazca; y aun es probable que se ocupen con interés sumo de cosas mucho más insubstanciales que esta que voy refiriendo.

Conque terminada esta pequeña escaramuza con el supuesto lector de mal carácter que me ha salido al encuentro, continúo impasible mi relato, sin perdonar punto ni coma ni pormenor alguno, que penetrado estoy de la importancia de lo que voy refiriendo.

Esto, al fin y al cabo, es una conversación que dicto, y en una conversación se dicen, por lo regular, muchas tonterías.

*
* *

Poco después de llegar yo, llegó mi compañero, el supuesto contramaestre, ó que á mí se me había metido en la cabeza que

lo era, á quien llamaré, para que nos entendamos, A. El Algebra nunca está de más y las letras son muy socorridas. Por otra parte, yo tampoco me acuerdo de su nombre, aunque sí de su figura y de su cara.

Tomamos el tren, y poco después estábamos en S...

La fábrica se hallaba á poca distancia de la estación, y á pie fuimos desde la estación á la fábrica.

Era, en efecto, admirable: una pequeña ciudad de carbón, de hierro, de fuego, de maquinaria, erizada de chimeneas, envuelta en humo espesísimo, en que atravesábamos salas inmensas, talleres sin fin, una población innumerable de obreros, sin acabar nunca nuestra peregrinación.

Pero no tema el lector, que no voy á describir la fábrica.

Pasaban horas y horas, y el día iba cayendo, aunque no era fácil averiguar si era de día ó de noche, porque dentro había luz artificial y fuera nubes inmensas de humo, y yo no me atrevía á mirar el reloj porque no creyera mi compañero que la visita á su fábrica me aburría; antes al contrario, menudeaba las preguntas, tomaba de cuando en cuando alguna nota y hasta fingía admiración y entusiasmo, que no eran fingidos al principio, pero que al fin eran interés recalentado por la cortesía.

Con todo, llegó un momento en que no pude dominar mi impaciencia, y le pregunté con cierta timidez:

—¿No cree usted que se va haciendo tarde?

Y él contestó impasible:

—Sí, sí; ya es muy tarde.

Y yo, ya con más ánimos:

—Entonces vamos á perder el tren para Londres, si nos detenemos mucho.

—¡Oh!, no tema usted—me replicó con toda la flema de que es capaz un inglés:—ya lo hemos perdido.

—¿Cómo?—exclamé yo.

—El último salió hace media hora: no podemos volver hasta mañana temprano.

Me quedé de piedra, dando á todos los diablos al inglés y á su fábrica.

—Pero es que mi mujer me espera, porque, según lo que usted me dijo, le aseguré que volvería esta noche.

Y él, frío y correcto, repitió:

—¡Oh!, no importa; ya pondremos un telegrama. Usted se queda conmigo, come en mi casa, duerme en mi casa, y mañana volvemos juntos á Londres.

Toda esta conversación la tuvimos en francés, porque, aunque él lo hablaba mal y yo lo hablaba peor, nos entendíamos bastante bien y hasta discutíamos de política, coincidiendo, por ventura, nuestras opiniones. Era librecambista como yo, liberal como yo, partidario de la unidad de Italia como yo, y entusiasta por Garibaldi como yo lo era.

¡Qué remedio! Tuve que resignarme.

Seguimos visitando la fábrica; y como todo tiene fin en este mundo, llegó un momento en que mi nuevo amigo consultó el reloj y me dijo:

—Me parece que ya podemos marcharnos.

Hacía dos horas que yo pensaba lo mismo.

Esto no se lo dije, pero lo pensé de nuevo.

Y salimos de la fábrica.

Sospecho que aún era de día.

A la puerta había un coche parado; un coche soberbio, lujosísimo, coche de príncipe ó de duque, con dos caballos de pura sangre y cochero y lacayo de aspecto regio.

Miré el carruaje con curiosidad, pensando: ¿qué duque ó qué príncipe había venido á visitar la fábrica? Y pasaba de largo, cuando mi compañero me detuvo y me dijo con naturalidad:

—Suba usted.

Ante nosotros estaba el lacayo respetuoso, y la portezuela del coche estaba abierta.

A mis labios acudió esta pregunta:

—¿Pero de quién es este coche?

Me contuve, sin embargo, y subí aturdido á la espléndida carroza.

Subió mi compañero, se sentó á mi lado, el lacayo cerró la portezuela, trepó al pescante y arrancaron á trote largo las dos soberbias bestias.

Yo iba previendo, por visión profética, todo lo que se me venía encima y la triste figura que iba á hacer en aquella jornada.

En efecto: veinte minutos después, llegamos á la verja de un hermosísimo parque; una calada puerta de hierro se abrió de par en par, y entramos gallardamente, y fuimos á parar á la escalinata de un gran hotel, que más que hotel era una verdadero palacio.

Criados de librea acudieron, y comprendí que mi compañerero de expedición, el que yo consideraba como empleado modesto, ó cuando más contramaestre de la fábrica, era el dueño de ella, y dueño y señor de aquella regia morada.

Atravesamos salones y galerías, llegamos á una habitación lujosa, y de ella me posesionó mi acompañante, poniendo á mis órdenes un criado y diciéndome con mucha cortesía:

—Está usted en su casa: puede usted mandar y disponer. Descanse un rato, y ya vendré á buscarle á la hora de la comida. Entretanto, se arregla usted.

Y se marchó.

¡Arreglarme! ¡Ya era fácil! ¿Qué arreglo era posible, si no tenía más ropa que la puesta? ¡Y en qué estado!

Con ella vine de Madrid á Londres, con ella hice el viaje de Londres á S..., con ella estuve visitando durante muchas horas la fábrica; de modo que mi ropa era un depósio de polvo, de humo de carbón, de algunas manchas de grasa, y hasta podía contar en ella bastantes agujeritos circulares, producidos por las chispas de los hornos.

Un traje imposible, impresentable, lastimosamente ridículo.

Yo lo cepillaba con un espléndido cepillo de concha que encontré en el tocador; pero por más que lo cepillaba, ni cam-

biaba el color gris del viaje en color negro de etiqueta, ni mucho menos cambiaba de forma.

Estiraba los puños de la camisa, y al verlos rugosos y manchados, los retiraba con espanto.

Hacía y deshacía el lazo de la corbata, pero siempre resultaba un trapo lastimoso.

Lo único presentable era la cadena del reloj, pero la pobre no podía estar en todas partes.

Y de las botas no hablemos: de ellas apartaba los ojos con espanto.

Me lavaba la cara y me lavaba las manos una y dos y tres veces; pero estas abluciones en nada mejoraban la situación ni cambiaban la estética de mi triste figura.

Y así pasaron dos horas: cepillándome el traje y lavándome las manos.

Y al fin y al cabo, comprendí que lo mejor en aquel conflicto era imitar á Pilatos, lavándome las manos definitivamente de todo lo que pudiera ocurrir.

Al cabo de dos horas, presentóse tranquilo y sonriente mi compañero, traidor y verdugo, Sr. A.

Venía de rigurosa etiqueta: frac y corbata blanca; espléndido, majestuoso, todo un gran señor.

En los espejos de la habitación le contemplaba á él y me contemplaba á mí, y una tempestad rugía en lo más hondo de mi pecho.

Así es que, de buenas á primeras, le dije en el peor francés de que pude disponer y entre sonrisas burlonas ó coléricas, algo por el estilo de lo que voy á recordar.

—Amigo mío: si, como usted me ha indicado, voy á tener el honor de comer con su distinguida familia, permítame usted que le diga que me ha colocado usted en una situación difícil, molesta y hasta ridícula. Usted me aseguró que volveríamos á Londres hoy mismo; no podía sospechar la hospitalidad que iba usted á dispensarme, ni mucho menos que iba usted á presentarme á su familia, ni menos aún que iba á te-

ner el gusto de comer con ustedes. Yo no traigo más traje que éste, ni otra camisa que la que ha ennegrecido el humo de su fábrica de usted; y en esta disposición, ¿cómo voy á presentarme ante su señora, sus hijas y sus parientes? Conste que yo declino toda la responsabilidad sobre usted; conque á ver usted qué resuelve.

Y no agregué la idea principal:

—Yo creía que era usted un pobre diablo, y resulta que es usted un millonario.

Él se sonrió con sonrisa más fina que la que había empleado hasta entonces, y repitió su eterna fórmula:

—Eso no importa nada; venga usted conmigo.

Y yo repetí, echándome el alma á la espalda:

—Pues si no importa nada, vamos allá. En tu casa, por lo visto, se debe comer muy bien: conque aprovecharé tu comida; y quédate con Dios, que dentro de poco nos separaremos para siempre.

Dicho esto, pasamos á un lujosísimo salón, donde había media docena de señoras descotadas, con muchos collares de perlas y brillantes, algunas jóvenes y bonitas, otras viejas y feas, y unos cuantos caballeros, todos con traje de etiqueta.

Después de las presentaciones, que se redujeron á unas cuantas cortesías, porque yo no quise lanzarme á hablar en inglés, pues no hubiera podido pronunciar media docena de palabras seguidas, y apenas llegaba á sospechar lo que ellos me decían, me presentó á una señora de unos cincuenta años, sumamente flaca, modestamente descotada, pero no tanto que dejaran de verse dos tristes clavículas como diámetro huesoso del círculo de brillantes que rodeaba su cuello.

Esta señora era parienta del dueño de la casa, y era la literata y la poetisa de la familia; era la única, además, que hablaba francés, y por eso me sentaron á su lado en la mesa.

Dominando ya la situación, comí á mi gusto, sin escrúpulos ni reparos ni vergüenzas inoportunas, y abrumé á la señora ó señorita (porque creo que era soltera) de las tristes clavi-

culas, con mi erudición en punto á novelas inglesas y francesas.

Yo creo que ella sólo conocía á Shakespeare de oídas; porque cuando yo le hacía alguna cita, jamás contestaba más que con un ¡oh! muy pronunciado, redondeando la boca para expresar su admiración.

Así es que, cuando por el recuerdo evoco aquella figura, sólo veo, en las nieblas de lo pasado, un vestido de seda muy largo y muy estrecho, encima del vestido dos clavículas, encima de las clavículas una boca en forma de O, y en lo alto una pluma cuajada de brillantes.

Es posible que fuera una buena señora, dulce y poética, y yo le debo gratitud porque durante toda la comida se sacrificó por darme conversación.

Y no pasó más; yo comí muy bien, y cuando yo cómo bien, todos los que me rodean me parecen simpáticos.

Una buena comida requiere descanso. Descansemos, pues.

José Echegaray

EL PROBLEMA AGRARIO EN EL MEDIODÍA DE ESPAÑA

FACTORES DE ORDEN FÍSICO

El clima.—La raza.—Naturaleza del suelo.—Los abonos.
El agua y el arbolado.

Integran el gravísimo problema agrario en el Mediodía de España factores de orden físico, moral, social, económico, legal y de índole varia; y es preciso, para hacer en él verdadera luz, estudiar con algún detenimiento los principales que dentro de cada uno de los respectivos órdenes merecen señalarse. Vamos á estudiar primero los de orden físico, entre los que incluyo el clima, la raza, naturaleza del suelo, abonos, el agua y el arbolado.

I

EL CLIMA

Sin llegar á las exageraciones de la teoría que pretende de los factores físicos deducir la historia de un pueblo, no puede negarse la influencia que ejercen en problemas que á primera vista se encuentran de ellos sumamente distanciados. Y después de todo, la dicha influencia es algo sumamente natural, dada la índole de la especie humana. El hombre es un sér compuesto de espíritu y materia; de forma que, bajo este último punto de vista, los factores físicos han de obrar de modo directo y decisivo en uno ú otro sentido. Pero no es sólo esto: por la íntima compenetración existente entre su parte

física ó material y la anímica ó moral, resulta que todo lo que obra sobre aquélla repercute ó refleja impresiones sobre la última, así como las impresiones fuertes, agradables ó desagradables, ejercen también una positiva acción sobre lo físico. Vamos á fijarnos en el factor clima y apreciar su influencia sobre el asunto que motiva estas investigaciones.

Constitúyese el clima de una localidad por una serie de condiciones que lo determinan, entre las cuales ocupa el primer término la temperatura. En efecto: ésta es la principal característica del clima, y á su vez es resultado de otra porción de elementos, tales como la latitud, altura sobre el nivel del mar, condiciones del terreno, arbolado, etc. Sabido es que á la aproximación al Ecuador aumenta la temperatura, disminuyendo, por consiguiente, hacia los Polos; conocido es también que la elevación sobre el nivel del mar origina disminución de ella, y que, según disminuye, aumenta aquélla, como igualmente que en las ciudades situadas á orillas del último los cambios bruscos de temperatura no suelen existir, oscilando poco las estaciones extremas.

El terreno no cabe duda alguna que ejerce positiva influencia, no siendo igual la temperatura en los valles que en las colinas ó llanuras, dependiendo también, y muy principalmente, de la acción de los vientos á que estén expuestos. El arbolado, aunque ya no en tan gran escala, también influye, sobre todo bajo el punto de vista de las lluvias, determinando la mayor ó menor abundancia de éstas y, por consiguiente, originando una acción eficaz en la mayor parte de los casos sobre el terreno y variando la temperatura.

Ahora bien, ¿de qué manera obra este factor en el asunto que exponemos? Distingamos: la influencia es doble sobre el terreno y sobre los hombres. Sin que sea fácil exponer detalladamente por provincias en cada trozo de terreno de los que constituyen la faja del Mediodía de España, lo que es evidente es que la temperatura, en general elevada y en verano abrasadora, consiente y permite una serie de cultivos que no son po-

sibles en otras regiones de la Península. Así, la caña de azúcar, que se cultiva en Málaga, los naranjos y limones en casi todo el Mediodía, el mismo olivo, son productos que solamente en esta región se producen. No es del todo conocida la acción del calor sobre el terreno, pero no puede negarse que existe. Los productos que en él se crían son los más codiciados y constituyen una verdadera riqueza. Los viñedos, por ejemplo, á causa de la acción del fuerte sol de Andalucía, contienen una serie de principios que sólo por él desarrollan; tal sucede con los del azúcar de la uva: según, pues, lo expuestos que se encuentran los terrenos á la acción del sol, así son más ó menos aptos para ciertos cultivos.

Los vientos dominantes en ciertas localidades favorecen algunos productos, y en cambio pueden ser perjudiciales para otros. En los valles no pueden darse ciertos cultivos que tienen su lugar propio en el llano; y, finalmente, en las cúspides de las montañas elevadas tampoco se cultivan productos que al nivel del mar tienen su lugar apropiado. Sin salir de la provincia de Badajoz, el terreno presenta variedades muy notables, debidas á su situación, temperatura, etc. En la sierra de Gredos, por ejemplo, al pie de la misma, por la temperatura que allí hay, se dan los olivos y naranjos con facilidad, mientras que existen en la misma provincia enormes extensiones, como la conocida con el nombre de la Serena, en que no hay cultivos de ninguna clase y en la que seguramente muchos productos no podrían cultivarse, porque siendo un inmenso llano, la temperatura ejerce su acción en forma que no los consiente. En cuanto á la acción que el clima ejerce sobre los hombres en el Mediodía, es de todo punto innegable: el calor agota las energías, el sudor dificulta el trabajo, y he aquí una principal causa de vagancia y holgazanería que redunda en perjuicio de la Agricultura. Su trabajo es desequilibrado; la imaginación predomina sobre las demás facultades; se desarrolla en condiciones muy á propósito por el medio físico; subyuga al músculo, según la feliz expresión del notable pen-

sador Melitón Martín en su magistral obra *El Trabajo*, y puede asegurarse con dicho escritor que amar y holgar constituye en general para los del Mediodía todo un arte, toda su religión y toda su filosofía.

La acción del clima es altamente enervadora, y esta causa, unida á otras muchas, hacen que el obrero agrícola se convierta en proletario, esforzándose en buscar la manera de trabajar lo menos posible y en hallar quien lo mantenga, no encontrando envilecedora la vida de la espórtula. ¿Habrá medio de hacer desaparecer los efectos de esta influencia? En absoluto, afirmamos rotundamente que no. Imposible es cambiar las condiciones climatológicas á capricho, y, sin embargo, se transforman con el trabajo de manera verdaderamente pasmosa. En el Sur de Francia, el abrasador calor del medio día sobre los terrenos conocidos con el nombre de las Landas, de constitución arenosa, debido en gran parte á la fuerte acción del sol, parecían absolutamente inservibles para nada, y, á pesar de ello, hoy se presentan, mediante una abundante plantación de pinos, como un lugar donde la temperatura se hace soportable, constituyendo un venero de riqueza para la vecina República. En nuestro suelo, y por lo que se refiere al Mediodía, sabido es que hay cultivos que requieren tales grados de calor, que sin ellos no se producen: tal ocurre con los viñedos de Jerez, por ejemplo; pero conocido es que existen también fajas de terreno donde el calor excesivo daña á los cultivos.

Difíciles son los medios para aminorar la acción de la temperatura; de tal forma, que únicamente podemos indicar la plantación de numeroso arbolado en las regiones que sea posible, lo que á la vez que evitará la acción directa del sol sobre determinadas plantaciones, á las que pudiera dañar, proporcionará un lugar de descanso soportable á los trabajadores. No se me oculta que en las plantaciones de cereales esto no es realizable; pero en ese caso lo único que puede recomendarse es que se dote á los braceros de medios para resistir la acción del sol: sombreros de paja de grandes alas; trajes holgados y cla-

ros, porque sabido es que rechazan mejor la acción calorífica, de paño duro cuando se trate del centro del verano, porque de esta forma, y siendo la temperatura exterior superior á los 37 grados del cuerpo humano, impide, mejor que si fuera de tela, el paso de los rayos solares; y viceversa, de dril, cuando sea inferior á los 37. Además, deberán emplear bebidas refrescantes á menudo durante el día, no echándose á dormir jamás bajo la acción directa del sol.

Y aún más: todo trabajo deberá suspenderse desde el medio día hasta las cuatro, con lo cual se conseguirá darles tiempo suficiente para la comida, en la que predominará el régimen vegetal, sin excluir por eso á la carne, y se les dará lugar para un pequeño descanso, librándoles de las horas en que el calor se hace insoportable; á este fin, debería ser obligatorio para el propietario, siempre que no fuese posible acudir á poblado, por la distancia, la construcción de una pequeña casería donde pudiesen resguardarse del sol y entregarse al descanso.

Aun así, creo que desde el amanecer, en pleno verano, que es cuando dicha práctica había de seguirse, hasta el anochecer, quedarían horas de trabajo, puesto que empezando á trabajar á las seis de la mañana, y suspendiendo la tarea á las doce, y continuándola á las cuatro, hasta las siete ó las ocho, serían nueve ó diez horas, lo cual me parece más que suficiente esfuerzo para cualquier sér humano y para satisfacer la codicia del más descontentadizo propietario.

Alguno estimará que el descanso que aquí se pide es excesivo; pero á éste le contestaría yo, no con palabras, sino con la práctica, obligándole á realizar la faena que él estima sencilla y pequeña en los términos que la he presentado. Más fácil todavía puede hacerse el trabajo del campo con la ayuda de las máquinas, que reduciendo cada vez lo más posible el esfuerzo muscular, contribuyen á conservar las energías á los obreros que en el Mediodía, por la acción de la temperatura, son destruídos y perjudican gravemente á su organismo. Bien sé que se me argumentará que en ocasiones, por las condicio-

nes del terreno, las máquinas no son posibles; pero, aparte de que no siempre esta afirmación es cierta, la pedimos principalmente para aquellos trabajos que en las llanuras, donde el sol se hace irresistible, pueden emplearse para beneficio no sólo de los obreros, sino del propietario, puesto que probado está que le economizan tiempo y esfuerzo, dándole mayores rendimientos.

Vuelvo á repetir que muchos considerarán excesivos estos medios, que algunos dirán que son impracticables; pero á esto puede contestarse que lo verdaderamente insostenible es la situación actual, en que se exige al obrero, sin medios ningunos de resistencia á la acción de la temperatura, una suma tal de trabajo y en tales condiciones, que es incompatible con su condición de hombres y da margen á que germinen sentimientos de odio y aversión hacia la clase propietaria, puesto que ven que no hacen nada por mejorar su condición. Esto aparte de que así el trabajo es más productivo, porque las energías son mejor conservadas y más aprovechadas mediante el descanso de cuatro horas, que si se pretendiese que casi sin interrupción se practicasen las labores.

II

LA RAZA

Las divisiones en razas que de la especie humana se han hecho han sido sumamente varias, según la mayor ó menor cantidad de condiciones de diferenciación de unas y otras. Sabido es que dentro de las características fundamentales de una raza, la blanca por ejemplo, existen variedades que permiten distinguir á hombres de diversas naciones, el español del francés, inglés, etc.; y aun una atenta observación es capaz de distinguir al español del Norte, verbigracia, el tipo vasco, del andaluz ó del oriundo del Mediodía en general. Esto es evidente; aun profundizando más, aunque ya esto sea sumamente

difícil, de provincia á provincia y de pueblo á pueblo hay algún rasgo distintivo ó diferencial, lo que, después de todo, es natural, porque siendo una la especie humana, no se encuentran dos individuos iguales.

Ahora bien: estas varias cualidades específicas de las razas, resultantes de una porción de causas físicas, antecedentes, clima, territorio, cruces, etc., tienen ó determinan especiales caracteres. Así vemos que el vasco es trabajador, frío y reflexivo; que el catalán también reúne estas cualidades, mientras que el andaluz es más fogoso, predomina la imaginación más que la reflexión, es menos trabajador y se distingue por su indolencia. Al hablar del clima lo señalé también como causa de esto, por lo que ahora no hago más que mencionarlo.

La psicología de la raza, en cuanto puede influir en las condiciones del trabajo en el asunto que estudiamos, vemos que se caracteriza por la falta de esfuerzos constantes; en los hombres del Mediodía, sobre todo, se quieren fortunas rápidas improvisadas al azar: el juego, en suma, les atrae, y huyen de la labor permanente, en la que no ven horizontes, que en cambio su ardiente fantasía descubre en la especulación, en lo desconocido. He aquí por qué, como dice un eminente economista, se da el caso de que siendo inmensa la riqueza del suelo en España, sobre todo en el Mediodía de la misma, por la ineptitud absoluta de sus habitantes para explotarla, se da el caso verdaderamente espantable de un pueblo que se muere de pobreza é inanición sobre un suelo dotado de tesoros bastantes para enriquecer al mundo.

Mediante la dirección y con la ayuda de trabajo y capitales suministrados por extranjeros, se han realizado inmensos beneficios en nuestro suelo, á pesar de lo cual el pueblo no sale de su apatía. No puedo por menos de creer que la raza influye, é influye bastante, en las condiciones del trabajo. Ocho siglos estuvieron los moros en la parte meridional de nuestra Península, y es evidente que la sangre infiltrada en las venas de los pobladores del Sur de España está altamente influída por

aquella mezcla. Su valentía, rayana en la temeridad casi siempre, su indolencia y sus exaltadas pasiones, con la falta de meditación y cálculo en sus actos y su poca constancia, debidas son en parte á la sangre mora que ha venido transmitiéndose de generación en generación.

En el Norte, los árabes puede decirse que no pusieron la planta, y obsérvese la consecuencia: allí se dan rasgos completamente diversos de los expuestos con relación al Mediodía. Apuntado queda este nuevo factor físico como determinante de influencia moral en las condiciones del trabajo desde el punto de vista que nos interesa, y desde luego se ocurre la imposibilidad de cambiarlo ó suprimirlo. Sólo la cultura y la educación constante puede, en este orden de ideas, conseguir algún resultado favorable para el trabajo, y á esto han de tender los esfuerzos de la sociedad para sacudir de su letargo á la población meridional.

III

NATURALEZA DEL SUELO

Es un factor importantísimo, como fácilmente se concibe, cuando se trata de ventilar un problema acerca de los intereses de los propietarios del mismo y de los obreros que han de trabajarlo. Lo consideramos ahora, principalmente, bajo el punto de vista de sus condiciones materiales determinantes de unos ú otros cultivos, manera de influir en el carácter de sus habitantes y facilidades para trabajarlo. La influencia del suelo en la clase de cultivos es tan importante, que seguramente es el principal factor para ellos. Si es calizo, arenoso, arcilloso ó gredoso, así hace posible la vida de unas ú otras plantaciones; si es muy rico en principios nutritivos, determina abundantes producciones con poca extensión; así, sin salir de la provincia de Badajoz, mientras hay terrenos que por una fanega producen ocho, existen otros que dan catorce, como pasa en Villanueva de la Serena. De la misma forma, los hay susceptibles

de trabajar casi continuamente, al paso que en otros es preciso dejarlos descansar. Para unos, los abonos son necesarios y en grandes proporciones, y aun así la producción es pequeña; para otros son casi innecesarios, y la producción es abundante. Además, según su posición, los cultivos varían: en los valles no pueden darse ciertos cultivos que tienen su lugar propio en las llanuras, y lo mismo puede decirse de las montañas.

El Mediodía de España presenta en su suelo variedades de importancia, cordilleras de montañas, algunas de extraordinaria elevación, como el pico de Mulhacén, en Granada; extensiones grandes de terreno llano, en las provincias de Badajoz, Jaén, Huelva y Murcia, feracísimos en general, en casi todas las llanuras andaluzas, donde hasta los productos tropicales se logran con facilidad; estériles algunos, en la provincia de Badajoz sobre todo, y en su mayoría susceptibles de cultivos intensivos. Sin abonar casi, son muy productivos, y pudiéramos decir que sin trabajar, porque las labores son muy someras, reduciéndose—como afirma muy gráficamente D. Fermín Caballero en su hermosa Memoria sobre el fomento de la población rural—á una arадura engañosa, desarrollándose hierbas espontáneas entre las mieses de cereales, cardos, etc. Sólo por la feracidad del suelo de las provincias de Andalucía, pudiera decirse que crece el plátano, algodonero, caña de azúcar, limonero, naranjo, etc., más, mucho más que por el esmero del cultivo. Que influyen las condiciones del terreno en la manera de ser de sus habitantes, es innegable.

Los que viven en las montañas, por lo general, suelen ser creyentes, por su aislamiento y los efectos que los fenómenos naturales, tormentas, etc., producen en sus espíritus ignorantes; los de la llanura ya no lo son tanto, por la comunicación constante y cambio de ideas, siendo en general más cultos; y en lo referente al trabajo, suelen desempeñarlo con más actividad los del monte que los del llano.

Claro está que estas variedades ó especiales influencias que en general se observan tienen perfecta aplicación á los obre-

ros del Mediodía de nuestra patria. La naturaleza del terreno por medio del trabajo es susceptible de cambios profundos, llegando á obtenerse resultados verdaderamente sorprendentes; pero corresponde al factor Trabajo, que otro día estudiaremos.

Por lo que hace al influjo sobre los habitantes, logra resultados sorprendentes en su ánimo, cuyos hábitos hace cambiar, y los nuevos procedimientos de cultivo, los inventos de todo género, las máquinas, etc., hacen desaparecer las influencias contrarias que para el trabajo de la tierra ella pueda ofrecer.

IV

LOS ABONOS

Imposible es desconocer la inmensa importancia que para la tierra tienen los abonos y, por consiguiente, el importantísimo papel que en la agricultura desempeñan, puesto que son base de la misma y principal causa de la producción en este orden. Se trata nada menos que del alimento de los cultivos de toda especie, que para todos es necesario en general, y para muchos muy en particular. La tierra gasta su fuerza productiva al ser ésta absorbida en los elementos de nutrición que de ella sacan toda clase de plantaciones, y natural y necesario es, por lo tanto, que se procure reponer esa fuerza dándola nuevos elementos de nutrición, puesto que sin ellos el cultivo no es posible; ocurriendo algo análogo á lo que con los individuos sucede: que si no se reponen sus fuerzas físicas por la alimentación, ó sobreviene la muerte á consecuencia de la desnutrición absoluta, ó se verifica una degeneración física si la alimentación no es lo suficiente en cantidad y calidad para el organismo. La tierra necesita de la misma manera que se la repongan sus jugos perdidos; y si no se hace en la cantidad y calidad debida, ó las cosechas son nulas ó pequeñas, ó se producen frutos raquíticos por falta de la fuerza nutritiva.

No se puede formar idea de la enorme influencia que sobre

la cantidad producida tienen los abonos. Ejemplos á montones pudieran citarse, y que no seré yo el que lo haga, por tratarse de algo tan claro y tan observado y visto por todos que constituye una vulgaridad. Sabido es que los abonos son de dos clases, animales ó minerales, y que los dos tienen aplicación constante y provechosa. No son, sin embargo, de igual importancia: hoy la opinión se pronuncia en favor de los minerales, y con razón; porque, conociéndose perfectamente la composición química de cada terreno, las substancias que lo componen, y observando aquellas que le faltan para completar la acción nutritiva, los minerales, cuyo análisis es del todo conocido, suplen y completan los elementos que no tiene la tierra, poniéndola así en condiciones á propósito para producir. Los abonos animales ocupan ya un lugar más secundario, y aunque su composición es conocida, nunca lo es tanto ni tiene tan perfecta aplicación como la de los otros.

No es en España donde más se abona ni mejor, sino que distamos mucho de encontrarnos á la altura que otros países alcanzan en este ramo. D. Fermín Caballero, en su monumental Memoria sobre el fomento de la población rural en España, dice que no se aprovechan los abonos como debiera, existiendo algunas pocas excepciones de localidades en que los niños van con capachos recogiendo el estiércol de las caballerías y aprovechándose del que existe en el muladar.

En la provincia de Badajoz ha visto algo de esto el autor de estas líneas, sobre todo en las dehesas boyales de Talarrubias, donde mujeres y chicos ganan un pequeño jornal recogiendo en sacos los excrementos de las vacas y bueyes durante su estancia en aquélla. Pero aún podría hacerse más, y era aprovechar el fimo hominal, que, como dice bien el insigne Martín en *El Trabajo*, sobre todo en el Mediodía, ni se economiza ni se sabe aprovechar.

El de la capital de la Monarquía solamente, si fuese aprovechado en sus deyecciones sólidas y líquidas, en vez de ir á perderse al Manzanares y á los arroyos próximos, constituiría

una inmensa riqueza aprovechable, lo que ya realizan los japoneses. Curiosa es también la cita que el autor de *El Trabajo* hace, al decir que bueno sería hacer conocer como axiomas que el valor de las deyecciones de una persona vale 12 pesetas al año, y 200.000.000 de pesetas el de toda la población española.

Algunas fábricas de abonos químicos hay en España, pero son pocas y no lo bien organizadas y con la extensión que sería de desear. Si se subvencionasen por la Administración, quizá hubiera más estímulo para la fabricación.

Al extranjero suelen llevárselos generalmente por falta de colocación en España, y esto no encontramos medio más á propósito para remediarlo que gravar con un fuerte impuesto á la exportación de esta clase de productos, ya que la prohibición sería demasiado violenta. De Cáceres á Inglaterra han solido llevarlos, privando así á nuestra pobre tierra de tan necesario medio de vida.

Por lo que hace á las provincias del Mediodía, en particular en Jaén, se estercola poco y mal, con abonos animales casi siempre, en Badajoz lo mismo, en Albacete igual; en Málaga en esta materia se va adelantando algo, pero muy poco, empleando algunas veces abonos químicos; en Granada y Almería se abona también poco y con productos animales.

Vemos, por consiguiente, que en este punto somos una verdadera desdicha, y que por tanto urge el subvencionar la fabricación de abonos, abaratar su transporte, como atinadamente dice D. Zoilo Espejo en su Memoria sobre *Fomento de la riqueza agrícola, rústica y pecuaria,* evitar sean para el extranjero, extender su conocimiento por medio de cartillas en todas las provincias para que los labradores se den exacta cuenta de su importancia, y, en último extremo, estimular con premios á los inventores de los mejores y más baratos abonos, ya que hoy no es pequeña causa, que contribuye al poco uso de los mismos, la gran carestía que alcanzan.

Por último, y para terminar este capítulo, diremos, con el

insigne pensador D. Melitón Martín, que la no restitución de materias fertilizantes al suelo es su mayor causa de denudación.

V

EL AGUA

De valor inapreciable para el campo puede estimarse semejante elemento, que constituye la más fundamental fuente de prosperidad de una región y acaso de la nación entera. Hay cultivos que la necesitan en grandes proporciones, que sin ser abundantísima no pueden realizarse; pero es evidente que, en más ó menos escala, para todos es necesaria. En todas las naciones europeas se han preocupado los Gobiernos con esfuerzos constantes en procurar la necesaria cantidad de este precioso líquido para los campos. Sumas inmensas acaso se han empleado en obras que tiendan á suministrarla, y sin embargo, podemos afirmar que es éste seguramente uno de los gastos más reproductivos que han realizado, porque los rendimientos de la tierra merced á ella se han duplicado. Canales, pantanos, acequias, sifones, pozos y tántas y tántas obras como en casi todos los países se han llevado á cabo, son otros tantos medios de enriquecer á la tierra, sin los cuales su vida es nula ó miserable.

En España nos hemos preocupado poco de esto, como de todo aquello que significa fuente de progreso y prosperidad, y bien podemos decir que todo lo hemos esperado y lo esperamos de la Providencia. Una terrible sequía ha estado no ha mucho tiempo á punto de acabar con todas las cosechas; y gracias á que la Providencia se ha encargado de medio solucionar el conflicto, nos hemos librado de una crisis espantosa. Y no es que no se haya intentado algo en el sentido de procurar el agua para los campos, no; ahí están, sin acudir á más lejos, los numerosos y elocuentes discursos del Sr. Gasset, sostenedor de la política hidráulica, que la ha defendido con ver-

dadero ardor y brillantez, á pesar de lo cual se ha hecho muy poco ó nada en pro de esta tendencia salvadora.

El mismo D. Joaquín Costa, en su monumental programa de gobierno, también señala, como no podía por menos, dado su inmenso talento, la necesidad de canalizar, de construir pantanos, en suma, de realizar una serie de trabajos que nos permitan tener el agua á nuestra disposición en la cantidad necesaria y en los momentos precisos, sin tener que esperarla siempre del cielo.

Y nótese que en Francia, por ejemplo, jamás han alarmado las sequías en los términos que á nosotros; y digo en los términos que á nosotros, porque en absoluto es imposible que sustituya el agua suministrada por diversos medios á la procedente de la lluvia, aunque sí constituye un auxiliar tan poderoso cuando los medios son prácticos, que los efectos de la sequía se aminoran considerablemente.

El Sr. Espejo, en su Memoria citada repetidas veces, dice que es preciso convertir en subterráneas las aguas de lluvia, que hay que multiplicar las vías fluviales por medio de trabajos de canalización de arroyos. En la zona cruzada por el Guadalquivir en las provincias de Sevilla, Córdoba y Cádiz, se dan tierras de riego de primera calidad (1).

En Albacete se aprovecha el agua de manantiales á flor de tierra y fuentes que producen un metro cúbico por segundo, y en estos terrenos de regadío se dan patatas, melones, tomates, pepinos, aceite, árboles frutales, maíz, cáñamo y, en general, toda clase de hortalizas; en cambio, en los de secano sólo existe el cultivo de cereales y el viñedo. En las vegas de Granada, Guadix, Baza y Huéscar se cultiva, merced al agua y con preferencia, el trigo, habas, remolacha, patata, maíz, cáñamo y lino; en la de Loja, la remolacha, habas, trigo y maíz; y en la de Motril, caña de azúcar, maíz y batata. En los secanos de

(1) Sánchez Gadeo.—*Fomento de la riqueza agrícola, rústica y pecuaria.*—Memoria premiada por la A. de C. M. y P.

toda la provincia, el trigo, la cebada y leguminosas (habas y yeros principalmente).

En la provincia de Almería, en los terrenos de riego se cogen dos cosechas: una de cebada y otra de maíz; en las de secano, una sola. Se ve, pues, por lo dicho, la enorme influencia del agua para la Agricultura. D. Pío Cerrada considera el agua como elemento precioso para el campo; cree preferibles los pantanos á los canales, que entiende no son tan perjudiciales como generalmente se dice, y se prueba teniendo en cuenta que sus guardas no enferman por lo general.

Deben hacerse con galerías que permitan su limpia y eviten se inutilicen, consiguiendo de esta manera aprovechar el lodo para venderlo. Yo, por mi parte, creo que tanto unos como otros son necesarios y útiles, y que según los casos y circunstancias puede convenir la construcción de unos ú otros.

Los pantanos son necesarios para dar savia á las plantaciones y para contener las lluvias; por medio de bancales puede contenerse la denudación; es preciso alumbrar aguas, perforar pozos y elevar las de los ríos, porque no hay que olvidar que nuestra regeneración empieza por el suelo, y que el nuestro, bastante extenso, tiene poca agua, razón sin duda por la que los labradores del Mediodía se creen impotentes y lo esperan todo del cielo. Por todo ello debe demostrárseles la necesidad de construir el pantano grande y chico, la presa, el atajadizo, medios de regar los árboles, etc., la necesidad de emplear bombas para los pozos comunes, la construcción de los artesianos, las presas sub-álveas, minas y sifones; en fin, evitar por todos los modos posibles que el agua vaya al mar sin aprovecharse. Los holandeses con sus diques, y los árabes en nuestra misma España, han demostrado que esto es posible. Si fuesen bien dirigidos los trabajos en el sentido que indicamos, es casi seguro que las numerosas vertientes de nuestro país no habrían favorecido tanto el curso destructor de los aluviones que, arrastrando la miga y dejando sólo la arena gruesa y estéril, ha sido causa, como afirma D. Melitón Martín, de las calvas

que coronan los oteros, originando los sembrados raquíticos en las faldas de las ondulaciones, la mediana producción de las hondonadas, la más rica de las vegas y la riquísima de los médanos próximos á los ríos.

Quizá es la falta de agua una de las más importantes causas de empobrecimiento de nuestra madre común. D. Fermín Caballero, en su *Fomento de la población rural en España*, se queja de la falta de agua: dice que se da el caso de varios que se surten de un pozo común para todos, que hay puntos en los que se tasa, que en otros se valen de la que vierten los canales, y que por estas razones ni existen verdaderos pastos, ni forrajes, ni manera de alimentar la producción de carnes, por lo que la Agricultura es miserable. Por todo ello estima necesarios los canales, acequias, etc. Que se subvencionen estas obras por la Administración y se formen cuadrillas de obreros para barrenar en busca de pozos, con lo que á la vez de darles trabajo se estudia geológicamente el terreno y se procura un beneficio general aprovechando las aguas.

En Murcia, en los terrenos sin riego y donde no llueve, se da el caso de que el colono, no pudiendo recompensar sus sudores, acude á las rogativas, novenarios, plegarias, etc., como solución á su mal. Las tierras de regadío son pocas, volvemos á repetir, en España, y los riegos defectuosos, por lo que sucede que una hectárea vale lo más 2.800 pesetas, mientras que en Inglaterra, por ejemplo, vale 25.000.

El Sr. Adrados, Presidente de una asociación obrera, dijo en uno de sus notables discursos que mientras en España se han gastado 37.000.000.000 en doscientos años en saquear las colonias, no se ha empleado un céntimo en fertilizar los campos patrios, razón por la que la Agricultura está muerta. Verdad de las que no admiten contestación. El Sr. Vega Rey, en su modesta pero bien escrita obra titulada *Pobreza y mendicidad*, al declararse partidario de la protección ilimitada á la Agricultura como base de todas las industrias, dice que es preciso construir canales; y así todos los libros, autores,

Prensa, opinión, políticos, etc., etc. Como resumen, y para terminar este ya largo capítulo, terminaremos sosteniendo la necesidad de iniciar un plan de obras de riego realizadas por el Estado; que éste á su vez subvencione las que se realicen por sociedades ó particulares; que se modifique, si para ello es preciso, la ley general de Obras públicas, en el sentido de dar las mayores facilidades para hacerlos, simplificando el expedienteo, etc., y aun el empleo de algunos de los medios que proponen los autores aquí citados, como por ejemplo, de las cuadrillas de obreros que recorran el terreno explorándolo para el alumbramiento de aguas.

VI

EL ARBOLADO

De gran importancia es el arbolado para la mejora de las condiciones climatológicas de una región. Probado está hasta la saciedad su influencia en general benéfica. Evitan las inundaciones, templan la acción de los vientos, son saludables para los pueblos, embellecen y constituyen un elemento de riqueza. Todo esto es absolutamente exacto, y á pesar de ello es quizá España, de todos los pueblos de Europa, la que más carece de tan preciado elemento de prosperidad. Tres cuartas partes del territorio francés están cubiertas de árboles; en España quizá sólo los tiene una tercera parte. Es necesario, pues, fomentar el arbolado.

Hay que demostrar á los agricultores la relación entre el bosque y la nube, replantando—como acertadamente pide don Melitón Martín—las especies arbóreas en Levante y Mediodía, porque regularizando las lluvias atraen la humedad á las abrasadas tierras. La devastación de árboles en España ha sido incesante; el interés egoísta del individuo ha ocasionado la despoblación de los mismos; por otra parte, la falta de carbón abundante que hoy se necesita ha originado que la madera se

queme; y, sobre todo, el desconocimiento de las buenas propiedades modificadoras que sobre el clima ejercen las especies arbóreas, unidas á los grandes é inmediatos rendimientos que su corte produce. Los alrededores de Madrid, sin ir más lejos, debieron, no hace mucho, estar cubiertos de árboles, como pasa con la parte de la Florida; la predilección de Enrique IV por residir en Madrid, dice Martín que era debido al numeroso arbolado que poblaba los alrededores del mismo, y revela cuán diferentes debieron ser sus hoy yermos campos y la saludable influencia que ejercieran los frondosos bosques que los cubrían.

Durante cinco siglos—sigue el mismo escritor,—desde los primeros reyes de León hasta San Fernando, las dos Castillas y parte de Aragón sufrieron talas periódicas; y terminada la reconquista, el odio de los vencedores contra los vencidos ocasionó la pérdida de un arbolado productivo: del de las vegas del Mediodía. He aquí, por lo expuesto, una causa histórica, aparte de las mencionadas, para explicarnos la falta de arbolado.

Puede señalarse también en el orden histórico como otra causa, y no de pequeña importancia ciertamente, la preferencia dada al pastoreo sobre la labranza y al ganado cabrío sobre los demás; los hábitos perniciosos de la ganadería nómada y los absurdos privilegios de la Mesta, que, principalmente y á fuerza de concesiones de los monarcas, constituyó un obstáculo para el arbolado y una serie de medidas favorables á su despoblación, para proporcionar terrenos dedicados al pastoreo y á la ganadería. Aún pueden hoy observarse vestigios de aquellos afanes inmoderados de protección á la Mesta, fijándose solamente en la provincia de Badajoz, donde en la extensión de diez leguas cuadradas conocida con el nombre de la Serena no se ve ni un solo árbol, sino que se halla dedicado exclusivamente á pasto para sostén de una ganadería que, si numerosa y rica, no exige ni con mucho tan enorme cantidad de terreno sin cultivo á ella dedicada.

La ganadería, estoy conforme con la generalidad de los

escritores, que constituye con la agricultura los dos pechos principales del Estado; pero hay que convenir que en un tiempo fué protegida con exceso á costa de la última, y que hoy ninguna de las dos arrastra vida floreciente. Las sierras deben ser sobre todo repobladas. No cabe negar la inmensa influencia del arbolado sobre la agricultura, porque vuelvo á repetir que, probada como está su acción sobre la humedad del aire, haciendo llover más, y reconocido que el agua es el dón más precioso para el campo, urge la repoblación de los montes.

Según D. Pío Cerrada—en su notable Memoria premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas en el concurso celebrado para distinguir la que mejor tratase el tema *Fomento de la riqueza agrícola, rústica y pecuaria*, — afirma que por las estaciones forestales de Baviera se han observado aquellas influencias; y como resulta además que el árbol no exige cuidados y que proporciona mucha materia orgánica de las ramas y hierbas caídas y mezcladas con las hojas y el agua, se obtiene un beneficio considerable, aparte del valor de la madera. La Historia prueba que su desaparición ha sido causa de esterilidad y pobreza.

Italia, al desaparecer el árbol, dió lugar á las lagunas pontinas, y parecidos males ha ocasionado su pérdida á Sicilia y á varios departamentos franceses. Consigna también este escritor lo que antes dijimos: que la ganadería ha luchado sin tregua contra la riqueza forestal. D. Zoilo Espejo, en su libro ya varias veces citado, ve en la multiplicación de árboles otro medio de enriquecimiento agrícola, y sostiene que algunas especies en particular, como por ejemplo la morera, que sirve de alimento á los gusanos de seda, debería cultivarse como medio de volver á levantar esta arruinada hoy y en otro tiempo tan próspera industria. Y lo notable del caso es que, no obteniéndose de los cultivos, por lo general, un interés superior al 6 por 100, y en cambio pasando del 12 el que se saca de los bosques, se procure á todo trance hacerlos desaparecer; pero esto repito que es debido al excesivo ó inmoderado deseo de ga-

nancias realizadas en poco tiempo, que es quizá uno de los rasgos psicológicos más característicos de nuestra raza. Una vez esto indicado, nos queda por señalar, á nuestro juicio, las medidas que deberían tomarse para impedir la destrucción del arbolado.

Me parece bastante aceptable el propuesto por D. Buenaventura Agulló, en un libro suyo muy recientemente publicado, con el título de *Código territorial*, en el cual sostiene que debería prohibirse arrancar más de diez árboles en cada año, multándose si se pasase de esta cifra con doble contribución de la que antes se pagase; y además, el establecimiento de premios para los que plantasen más sería una buena medida; premios que podrían ser pagados con cargo á los respectivos presupuestos provinciales, y aun en los generales del Estado podría señalarse otra cifra para el que en toda la nación fuese el que lo mereciera. Esto, aparte de que el Estado no creemos debiera enajenar los montes que hoy conserva en su poder, que pueden ser objeto de beneficios para el mismo y de mejora de la condición de las clases necesitadas.

Enrique Sánchez Pastor

BASES POLÍTICAS

DE LA

DEFENSA NACIONAL

Aun cuando los trabajos que, con el pseudónimo de *Ignotus*, vengo publicando en La España Moderna, vean la luz en ella en forma de artículos sueltos, paréceme ocioso puntualizar que tal independencia no pasa de meramente externa, siendo el objeto que al presentarlos de este modo me propongo tan sólo el de evitar pueda suponer nadie que la lectura de uno cualquiera de ellos haya de requerir precisamente previo conocimiento de los publicados antes. Mas claro es que cada uno de los ya escritos y de los aún por escribir son, realmente, partes de un conjunto, ó diversos aspectos de una organización general y completa, informada por principios fundamentales cuya influencia se deja sentir en todas y cada una de esas partes y fases; de una organización en que á las exigencias de la técnica militar, variables con los tiempos, y contingentes cual resultados de la influencia de mudables y aleatorios factores en los métodos de guerrear, se anteponga la consideración de otros requerimientos de orden más permanente y estable, é importancia más honda, por responder á necesidades sociales, nacionales, morales, y depender del modo como queden satisfechas el que la institución armada asiente sobre sólidas bases ó vacile apoyada en cimientos deleznables; que se yerga robusta, inteligente y capaz de llenar el fin particular que cumplir debe en armonía con otros organismos nacio-

nales, ó divorciada de ellos crezca raquítica, sin engendrar sino esfuerzos convulsivos, sentenciados por su propio aislamiento á continuo fracaso, y á convertirse en carga abrumadora para las demás fuerzas del país.

Es natural, por tanto, más aún, preciso, que por responder estos artículos á un plan de antemano trazado, su independencia externa sea sólo accidente puramente formal, mas nunca obstáculo para que en su publicación me atenga al orden (donde falta éste no hay plan posible) que constituye su trabazón interna; orden indispensable para poder utilizar los fundamentos primeramente establecidos como base sobre la que, con sujeción á lógico y metódico criterio, sea posible apoyar consecuencias, deducciones y reglas.

Deber de cortesía con algunos lectores de La España Moderna, á quienes debe *Ignotus* la distinción de haberle expresado conformidad con las ideas que sustenta en esta revista, y más de agradecer cual dirigidas á quien recata su personalidad tras el pseudónimo, me obligan á dar las anteriores explicaciones, para que algunos de ellos no me tachen de desatento porque no trate desde luego ciertos puntos de la organización militar sobre los cuales me hacen el honor de pedirme exprese juicios y apunte soluciones en inmediatos artículos; pues de abordarlos desde luego, hoy, por ejemplo, sin aguardar á más, tendría que hacerlo prescindiendo de antecedentes, bases y premisas indispensables para que lo propuesto tuviera autoridad sin que aparecieran claros el beneficio de llevarlo á la práctica ni la conveniencia de trocarlo de proyecto en realidad.

Dicho ya esto, pueden estar seguras las personas á quienes me refiero, que, si no ahora, ya irán saliendo, con la ayuda del tiempo, todos esos estudios sobre los puntos que especialmente les interesan: tan pronto cual me sea posible tratarlos del modo que mayor fuerza dé á mi peculiar manera de considerarlos.

***

Aun cuando en los artículos que hasta el día he publicado sobre milicia en La España Moderna haya apuntado alguna vez, al paso é incidentalmente, este ó el otro remedio á los achaques de nuestra organización militar, ha predominado en tales trabajos el carácter de *crítica negativa*; pues era indispensable mostrar las llagas completamente al descubierto, para que, en vista de su profundidad, resaltara bien clara la urgencia de tratarlas con remedios heroicos, y aun crueles.

De hoy más, me propongo los informe otro espíritu, haciendo en ellos *crítica positiva*. No, en verdad, porque se haya agotado la materia acreedora á severa censura, sino porque bastando lo ya dicho para juzgar cuán graves son nuestras deficiencias y errores, nadie podrá, con razón, sorprenderse de mis radicalismos al proponer la manera de llegar á una eficaz reorganización. Y sin que en tal cambio vaya envuelto el propósito de abstenerme de condenar cuanto merezca ser reprobado, podré hacerlo en forma más simpática, menos desconsoladora: ofreciendo la triaca al mostrar el veneno.

Por de contado, advierto que, aun sometidos en el fondo á orden y plan, continuarán siendo entre sí independientes mis trabajos, y susceptibles de leerse aisladamente, siquiera el que los lea todos (si para tanto tiene alguien paciencia) podrá apreciar que forman un conjunto, y que entre ellos existe ilación que los traba.

*
* *

La primera necesidad para un pueblo que quiere tener Ejército es la de darse cuenta de *para qué lo quiere:* fijar la importancia de los fines cuyo cumplimiento le ha de encomendar, el esfuerzo necesario para darles cima, la fortaleza indispensable á tal esfuerzo en el agente encargado de realizarlos, y la cuantía del *sacrificio nacional* requerido por la constitución del elemento armado en condiciones de eficiencia que alcancen el nivel de los empeños consiguientes á los fines exigidos.

Una vez visto todo esto, quedará aún por pesar madura-

mente si la carga al país impuesta por el sostenimiento de un Ejército proporcionado á las aspiraciones que en él quieran fundarse, no resulta excesiva comparada con los bienes efectivos (adviértase que no empleo efectivos como sinónimo exclusivamente de materiales) que derivarse puedan del logro de tales aspiraciones; y después de sentar el anterior supuesto, todavía faltará decidir si será cuerdo renunciar á costosos y problemáticos objetivos, contentarse con otros más modestos, y echar á un lado utopias.

Resuelto todo ello, ya se sabrá *para qué quiere España un Ejército*, lo cual, aunque parezca extraordinario, no hay español alguno que hoy lo sepa decir á punto fijo; pues á puro querer nos sirva *para todo,* sin cuidarnos de lo que en ese *todo* pueda encerrarse, hemos caído en el riesgo de que acaso resulte deficiente para el primer evento en el que pretendamos emplearlo.

Al tratar este extremo, es punto que conviene dejar desde luego sentado, que las resoluciones á que acabo de referirme, como previo é indispensable fundamento de la constitución de la fuerza armada de un país, no son meros problemas militares, sino cuestiones mucho más altas que, por su carácter nacional, se deben resolver, no por los Estados Mayores de los Ejércitos, sino por cuantos elementos coadyuvan á la gobernación del Estado. De aquí que, si bien las personalidades colocadas á la cabeza de la institución armada influirán naturalmente en el planteamiento de dichos problemas con autorizada voz, cual los más competentes informantes en el aspecto técnico, su voto al decidir no emana de la condición militar de que están revestidos, sino de la de ciudadanos directores de uno de tantos organismos como integran el Estado.

Claro es también que la resolución de asuntos de entidad tal, y que tan de cerca se rozan con las orientaciones de las actividades nacionales, es uno de los más altos cometidos de gobierno, que en *prudente medida* deben compartir los Cuerpos Colegisladores: no con atribuciones definidoras, pues su papel

no es gobernar; mas sí prestando asentimiento necesario cual garantía de que el rumbo adoptado y los fines perseguidos se armonizan con las aspiraciones más arraigadas en la conciencia nacional: porque, si bien es tarea propia de estadistas encauzar, rectificar y aun crear opinión en los pueblos, no les es dado conducir á buen término grandes empresas nacionales cuando éstas son incompatibles con los deseos clara y permanentemente predominantes entre los gobernados; pues de existir tal falta de armonía, bastará por sí sola para hacer infructuosos los mayores esfuerzos.

***

Atravesamos en España un período en que, á lo sumo, puede considerársenos como convalecientes de los males gravísimos ha poco padecidos; y empleo el inciso á lo sumo porque no falta en casa, y fuera de ella, quienes nos tienen no por convalecientes, sino por inválidos.

De admitir tal criterio, sería ocioso esforzarse en andar, inútil fantasear proyectos de reorganización, cándido pretender regenerarnos: no quedando más prudente camino que romper la pluma, dejar vagar la inteligencia perezosa, abstenerse de esfuerzos y cavilaciones, y comer, y vivir, y disfrutar materialmente, procurando acorchar el corazón y el patriotismo, para que ni uno ni otro nos amargaran tan sosegada como infructuosa vida.

Pero aun á riesgo de equivocarse y trabajar en balde, no cabe avenirse resignadamente con la sentencia desconsoladora que, de ser atinada, conduciría irremisiblemente á la muerte de España. Rechacémosla, pues, huyendo de sugestiones deprimentes, acogiéndonos á un patriotismo confiado; pero tan distante del pesimismo como de vanidosa presunción en las fuerzas de un pueblo que aún tiene mucho camino por andar y mucho tiempo que ver correr antes de reponerse de catástrofes vivas en la memoria de todo español en quien tal nom-

bre signifique algo más que adjetivo únicamente destinado á designar la parte del planeta en donde vino al mundo.

En la actual situación de nuestra patria, la más vulgar prudencia debe coartar el libre vuelo de las aspiraciones nacionales; lo menguado, además, de nuestras fuerzas y la necesidad de robustecerlas obligan á pensar en primer término que, siendo las que en juego ha de poner el elemento armado emanación de las nacionales, no cabe pretender tenga potente ejército nación que es débil; que sería locura soñar con engrandecimientos y exteriores empresas cuando tanto y tanto nos queda aún por hacer dentro de casa; pretensión insensata, más aún, ridícula, la de querer pesar más allá de las fronteras, cuando ni siquiera estamos preparados, militarmente al menos, para defendernos del lado acá de ellas; delirio suponer que un pueblo que no ha llegado aún á subvenir á sus necesidades interiores mediante el propio esfuerzo, y que para gozar de las ventajas de ferrocarriles, tranvías, luz eléctrica y tantas y tantas otras, es tributario de actividades extranjeras, pueda llevar las propias á otras tierras, soñar con colonizaciones, fantasear con las grandezas que son frecuente ensueño de los cerebros perturbados por laxitud de músculos y vacuidad de estómago.

Y no se intente argüirme con la necesidad de un ideal ni con la fuerza de éste para sacar á las naciones de transitoria postración; porque reconociendo no ya la conveniencia, sino la absoluta necesidad de tenerlo, contestaré que cuando ese ideal es desproporcionado á las capacidades disponibles para trocarlo en realidad, de nada sirve, y menos que á ningunos á los pueblos impresionables y versátiles, como es el español de la presente época.

Sucesos bien recientes nos han suministrado buena prueba y mejor enseñanza de tal ineficacia, más aún, de su acción depresiva. Recuérdense, si no, nuestras luchas con las insurrecciones coloniales: entonces teníamos un *ideal*, el no perderlas, al menos por fuerza de las armas insurrectas. Á despecho de

torpezas políticas y militares deficiencias técnicas, aun á costa de enormes sacrificios, ese ideal se hallaba dentro de lo que esperar se podía de nuestras capacidades: es más, se habría visto realizado á no intervenir en los acontecimientos otras energías que las de los primitivos contendientes. Pues bien, por conseguirlo desarrolló España, mal, á destiempo, todo lo que se quiera, pero los realizó, esfuerzos que ni nosotros ni los extraños habríamos creído nunca posibles, á no haber demostrado el movimiento andando; por aquel ideal hicieron los españoles sacrificios enormes y abrumantes, sin protesta interior y con asombro exterior: esfuerzos y sacrificios no realizados antes por ninguna nación, ni aun de las más poderosas, en campañas sostenidas allende los mares; esfuerzos y sacrificios mucho mayores en nuestra debilidad y nuestra pobreza, que los posteriormente realizados por el coloso británico en la guerra del Transvaal.

Pero surgió nuevo enemigo, y el ideal cambió, manifestándose sus resistencias en total desequilibrio con las fuerzas para vencerlas disponibles.

¿Quién duda que existió el ideal?: ¿que en la masa del país, en la prensa, en los cerebros de no pocos hombres de estado, y aun de guerra, se presentaba con caracteres de posible realización? ¿Quién que respete la verdad se atreverá á negar que, olvidando hechos de la historia contemporánea, dábamos por cosa averiguada y como hecho notorio la incapacidad de nuestros enemigos para bélicas empresas, que los creíamos desprovistos de ejército, faltos de marina de guerra, que los teníamos, en fin, en opinión de *cerdos?*

¿Quién no recuerda aquellos planes de campaña elaborados en cafés y tertulias y redacciones de periódicos; aquellos proyectos en que algunos que *lucían entorchados* aconsejaban con toda seriedad invadir la gran República Americana con 50.000 soldados que habían de conducirnos á dictar condiciones de paz al enemigo en el mismo Capitolio de Washington; aquellos artículos de la prensa de mayor circulación; aquel arreme-

ter con quien hablaba de prudencia; aquellas explosiones del entusiasmo popular, en calles, en cafés, en teatros?

Pues bien: todo eso no eran sino pruebas externas de que un ideal había encarnado en el pueblo español, pero ideal que por absurdo, falso y desproporcionado con las posibilidades de realizarlo, no sirvió de nada; que se deshizo como sal en el agua; que por sus mismas condiciones de utópico trajo, cual consecuencia, una reacción que degeneró en verdadero pánico. Sí, aun cuando amargue, hay imperioso deber de confesarlo, para que sirva de enseñanza en lo futuro, pánico: pánico que llegaba á las poblaciones del litoral español; y sugestionaba á nuestros gobernantes; y hacía á los yanquis dueños de nuestro secular imperio colonial, apenas sin esfuerzo, á costa de un número de vidas absurdo, por lo exiguo.

Véase á dónde llevan á las naciones las pretensiones locas; véase la diferencia entre lo que puede esperarse de ellas y de asequibles ideales.

Es evidente que para engrandecerse, para progresar, para vivir, los necesita todo pueblo; ¿pero por dónde cabe deducir de tal cosa que hayan de ser ideales exteriores?... ¿No son bastante nobles, suficientemente grandes, los ideales interiores?; ¿no tendrán fuerza para los nacidos en España los que puedan sacarnos de nuestro actual marasmo y habilitarnos para dar mañana más amplio campo á la extensión de aspiraciones, cuando éstas puedan ser realidades, no sueños, albores de esperanzas en vez de ocaso de ilusiones?; ¿no es el trabajo, en lo civil, ideal suficientemente levantado?; ¿no es la defensa nacional, la integridad de España, objetivo político por sí bastante grande y santo, para que en él se unan todos los esfuerzos, para que en él concurran todas las voluntades, para que en él se condensen todas nuestras actuales aspiraciones?; y ¿no sería, por último, aún más que irracional, suicida pretensión, la de querer aspirar á otros fines, antes de haber asegurado la existencia?

Pues véase cómo tenemos ideal si lo queremos: el más fuerte de todos, el amor á la patria, el amor al terruño: el que

por medios más naturales nace instintivamente en todo hombre, el amor á la vida.

Imbuyamos en la conciencia nacional la idea de que el estado presente no garantiza la independencia política, ni la económica, ni aun siquiera la existencia de España cual nación soberana dueña de sus destinos; sacudamos el letargo en que yacen las gentes españolas, mostrándoles bien claro que la patria peligra, y en nuestros pechos resurgirá el amor á ella, y este amor, que hoy ocioso dormita, moverá nuestros ánimos y tendremos un ideal potente.

Y cuando con ayuda del tiempo y del trabajo haya dado sus frutos, cuando seamos fuertes interiormente, podremos ya buscar ideales que ofrezcan más dilatados horizontes, acariciar, cual hacederos, proyectos que hoy deben rechazarse como falaces y peligrosas fantasías, como delirios de quienes no gozan de aquel bien expresado por el dicho latino *mens sana in corpore sano*.

* * *

Ya definida la aspiración nacional, que en mi concepto es la sola posible y más urgente; sentado que, por ahora, deben nuestros esfuerzos limitarse á asegurar la defensa de la patria en condiciones de eficiencia, es llegado el caso de concretar la orientación general que en consecuencia haya de guiarnos en la utilización de los elementos que á la consecución de tal objeto sean aplicables.

Aun cuando no tuviéramos en el Mediterráneo y en el Atlántico valiosas provincias cuya conservación estriba principalmente en el dominio del mar, bastaría la consideración de que las aguas de aquellos mares rodean casi toda la periferia del núcleo principal de la nación para que desde luego se comprendiera que una eficaz defensa del territorio español tiene forzosamente que apoyarse, no sólo en los ejércitos de tierra, sino en elementos navales: es más, que si pudiéramos, supiéramos y quisiéramos crear un poder naval verdaderamente respetable (y, dicho sea de paso, no es ésta empresa que en

mucho tiempo pueda estar á nuestro alcance), resultaría indudable que batallones y escuadrones habrían de pesar menos en la defensa nacional que las escuadras.

Pero es el caso que, con ser grandes las dificultades que habremos de vencer para reorganizar el ejército de modo que resulte con fuerza suficiente para que nuestros eventuales enemigos pesen, midan y teman los riesgos de combatirlo en nuestra propia tierra; por razones de índole social, económica y técnica sería para nosotros empeño muchísimo más largo, más costoso y más arduo el de constituir marina militar con poder suficiente para arrostrar la lucha con una parte muy pequeña tan sólo de las escuadras de las naciones que en lo venidero puedan llegar á ser adversarias nuestras.

Es, pues, un punto previo que debe resolverse antes de organizar la defensa nacional, el de si hemos de dar la preferencia á los elementos de la terrestre ó á los de la naval; punto que, á depender de mí su resolución, zanjaría *hoy* de plano á favor de la primera, *en la medida* que puntualizaré en breve.

Moveríame á ello, además de las razones ya someramente consignadas, la de que si por causas cuyo análisis me llevaría muy lejos (sin verdadera necesidad, porque se hallan en la conciencia de todo español ilustrado) necesitamos, al tratar de hacer ejército, más bien crearlo que reorganizarlo, esta necesidad se manifiesta para la marina con caracteres de mayor radicalismo. Tal creación resultaría muchísimo más costosa para ésta que para aquél: en términos que, dadas nuestras escasas capacidades económicas (con las cuales debemos atender al mismo tiempo necesidades de orden civil de las cuales ha de nacer la verdadera fuerza nacional, único fundamento primitivo de la potencia militar), sin permitirnos constituir un poder marítimo respetable, nos inhabilitaría para robustecer la defensa terrestre, dándonos á la postre ejército y armada igualmente deficientes: no ya pensando en la victoria, sino aun considerados solamente desde el punto de vista de la resistencia.

De otra parte, aun apartando la atención de lo que acabo de decir, es preciso fijarse al meditar sobre este punto en que si la creación de un ejército no es cosa fácil ni que pueda realizarse en un dos por tres, cabe, sin embargo, esperar alcanzarla en plazo no mayor de doce ó quince años, mientras la de una armada, donde todo ha de hacerse de nuevo, creando material costosísimo, formando un personal de instrucción laboriosa, y, aun suponiéndonos con las fuerzas y energías necesarias para hacerla cual es preciso para que sea útil, requeriría plazo muchísimo más largo por las dificultades incomparablemente mayores que habrían de oponerse á la realización de tal propósito: tiempo durante el cual continuaríamos completamente inermes.

Parece, pues, que estamos en un callejón sin salida; pues si en principio se vislumbra la posibilidad de defender por tierra nuestra patria en condiciones de que el esfuerzo indispensable para luchar con la resistencia que pudiéramos oponer retrajera de la aventura á pueblos ambiciosos, como por otra parte he dejado sentado que la defensa marítima es parte indispensable é interesantísimo factor de la nacional, y no podemos pensar en constituir aquélla en condiciones de eficiencia, despréndese de esto que tropezamos con una imposibilidad no aparente, sino real y positiva.

No he de negarla, existe; y en el terreno meramente militar no se me alcanza ninguna solución para el problema. Pero del hecho de que militarmente no quepa resolverla no debe deducirse que fatalmente sea insoluble; pues una política sagaz y previsora puede lograr á veces lo que la propia fuerza es incapaz de conseguir, dándonos de ello buena prueba naciones que, como Bélgica, Suiza y Holanda, viven y medran rodeadas de potencias de primer orden, con poderío incomparablemente superior al de ellas.

***

Líbreme Dios de pretender preconizar en estos estudios esta ni la otra alianza: ni es éste oficio de soldado que soy, sino

de estadista que no soy, ni tengo la indispensable preparación para juzgar concretamente en tal asunto; pero esa preparación deben tenerla ó deben adquirirla los hombres encargados de regir los destinos de España: es más, es hoy indispensable que la tengan.

No sólo no me atrevo á decir si nos convendría más ser aliados de Francia, Alemania ó Inglaterra; pero ni aun á emitir opinión como fallo del pleito de si nos sería útil hoy concertar alianza alguna, ó si sería mejor limitarse á prepararnos para que en un conflicto en que contingentemente llegáramos mañana á vernos envueltos, pudiera nuestro auxilio ser apetecido por los que en él intervinieran, dejando para entonces la decisión de hacia qué parte hubiéramos de inclinarnos. Mas lo indudable es que, aun débil y decaída, todavía pesa España lo bastante en el mundo para que á las grandes naciones europeas les sea indiferente que á costa de ella se aumente el poderío de las que ya lo tienen muy sobrado para inspirar envidias y despertar recelos. Lo evidente es que tal situación ofrece á una política previsora y prudente facilidades explotables, posibilidad de eventuales ayudas, tanto más fáciles de conseguir si por una inteligente preparación y atinada organización de nuestras fuerzas llegamos á inspirar confianza en que con ellas podremos ser capaces de alcanzar objetivos que, aunque modestos, tengan valor real.

Dejando á un lado los medios de índole política que pudieran emplearse para aprovechar ajenas fuerzas, resulta de todo lo anterior la consecuencia de que si en bélicos conflictos en tierra hispana llamados á zanjarse, y supuesto juiciosamente organizado nuestro Ejército, nunca nos vendría mal extraña ayuda, cabe esperar que, en el último extremo, el esfuerzo nacional, con el Ejército por núcleo, podría lisonjearse de llegar á constituir por sí poderoso obstáculo á ambiciones extrañas, mientras en la lucha marítima será locura confiar en la eficacia de los propios recursos.

Esto plantea, á mi entender, la situación en términos muy

claros, lógicamente resumidos en la conclusión práctica de que, si podrá sernos posible pasarnos sin ejércitos aliados, nos es imprescindible buscar ayuda en las escuadras extranjeras.

¿En cuál ó en cuáles? Eso ya es cosa que deben resolver quienes sepan y puedan.

Pero puntualizando ahora, cual antes anuncié, en qué medida debe establecerse la ponderación entre los elementos de la defensa terrestre y marítima, es llegado ya el caso de hacer constar que cuanto queda dicho respecto á la preferencia que en mi entender conviene conceder hoy á la primera, no envuelve la opinión de que por siempre debamos renunciar á ser potencia naval, sino que ese fructífero principio de la división del trabajo y del escalonamiento de los esfuerzos aconseja que, en tanto nos dedicamos á crear ejército cuan fuerte lo permitan nuestros recursos, nos concretemos, respecto á la Marina, á echar las bases sobre las cuales pueda mañana levantarse una á la altura de nuestras necesidades, preparando á la par las costas españolas en condiciones de ofrecer á los que andando el tiempo pudieran ser nuestros aliados cuanto hubieran en ellas menester para ayudarnos: puertos militares, arsenales, diques, recursos, seguridad á sus escuadras, amparadas por poderosas baterías, y tantos y tantos elementos cual son indispensables para que las armadas extranjeras se aviniesen á prestarnos la ayuda que sin ellos es probable rehusaran; tantos y tantos, que sería muy largo detallarlos, y, sobre largo, innecesario, por estar puntualizados y estudiados, mucho mejor que yo podría hacerlo, en el notable libro sobre Marina publicado por los Sres. Madrazo y Bruna: libro que recomiendo á los lectores de La España Moderna, en la seguridad de que me habrán de agradecer la cita y hallar frío el elogio.

Y conste que no tengo el honor de conocer á los autores.

*
* *

Es indudable que nadie puede decir «de esta agua no beberé», pues ha pocos renglones he protestado de abstenerme de

meterme á político, y ya me asalta irresistible tentación de terminar el asunto tratado en el presente estudio, apuntando un objetivo que pudiera ser inmediato para nuestra política internacional. Sírvame de disculpa á esta excursión en terreno por el que no acostumbro á andar la circunstancia de que el tal objetivo sería más bien medio y auxilio para la reconstitución de nuestras fuerzas militares que fin al cual debiéramos aplicarlas; que, en vez de consumir esfuerzos, produciría para lo porvenir economía de ellos; que, en lugar de preocupaciones, nos desembarazaría de las más inminentes é inmediatas, haciéndonos invulnerables en los puntos precisos en que nuestra debilidad es, y será durante mucho tiempo, más manifiesta; y por último, porque, si me permito echar ahora mi cuarto á espadas en asuntos de alta política, va á ser por una sola vez. Y prometiendo no hacerlo más, excúsame el proverbio de que no hace verano una sola golondrina.

Me explicaré: es indudable que las partes de nuestro territorio que en caso de guerra ó de sorpresa en plena paz, que acaso no fuera imposible, serían más difíciles de defender son los archipiélagos balear y canario; pero no es menos cierto que si bien existen en Europa varias naciones dispuestas de buen grado á grandes sacrificios por la posesión de uno ú otro, ó los dos, por su grandísima importancia estratégica, aún serían capaces de realizarlos mucho mayores para evitar salieran del dominio de España para caer en manos en las que fueran armas con fuerza que en las nuestras no tienen.

¿Puede nadie pensar que á Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, les fuera indiferente que las islas Baleares pasaran á poder de cualquiera de ellas? ¿Que estas mismas naciones, y aun los Estados Unidos, verían con buenos ojos ó con impasibilidad que en las Canarias flotase el pabellón de cualquiera de ellas?

De ningún modo.

Pues bien, esos celos no son sólo explotables para hallar aliados en el momento de la lucha; esas rivalidades serían, si

supiéramos aprovecharnos de ellas, utilizables en la paz para alejar de tales territorios los riesgos de la guerra.

Piensen en esto nuestros hombres de estado; reflexionen que la situación de tales provincias y la general de España acaso haga posible conseguir la neutralización de ambos archipiélagos, garantizada por un acuerdo de las grandes potencias; y aun cuando claro es que sería preciso hacer por nuestra parte algo eficaz para ofrecer seguridades de que en unas y en otras islas sabríamos mantener dicha neutralidad; aun cuando acaso fuera necesario ofrecer á las potencias alicientes de orden económico, cual franquicia de puertos ú otros análogos, las enormes ventajas reportadas compensarían con creces lo que costar pudieran.

IGNOTUS

LAS HABITACIONES BARATAS

El próximo Agosto se celebrará en Lieja, con ocasión de la Exposición Universal, un Congreso internacional de las *Habitaciones baratas*, bajo el patronato del Gobierno belga. Será el séptimo que se reúne de ese carácter: los anteriores se han celebrado en París en 1889, en Amberes en 1894, en Burdeos en 1895, en Bruselas en 1897, en París en 1900, y el último en Dusseldorf en 1902.

Según la circular que el Comité organizador acaba de publicar, «es de esperar que el Congreso de Lieja estará á la altura de los anteriores. El programa de las cuestiones que le serán sometidas se ha trazado con el propósito de interesar tanto á los extranjeros como á los nacionales. Tenemos la seguridad que habrán de encontrarse para cada una de ellas ponentes autorizados. Les pedimos, sobre todo, *hechos, cifras, resultados*, en la creencia de que si las cuestiones de principios ofrecen siempre un interés teórico, no provocan discusiones verdaderamente fecundas sino cuando van acompañadas de las noticias que sólo la experiencia es capaz de proporcionar».

El Congreso no será la única manifestación del interés por el problema de las casas baratas que ofrecerá la Exposición de Lieja. «La ciudad de Lieja, añade la circular citada, situada en un lugar admirable, en la confluencia de dos importantes ríos, es al propio tiempo el centro de un movimiento industrial muy grande. Allí residen numerosas sociedades de habitaciones obreras, figurando entre ellas las más importantes del

país. Advertiremos, además, que el departamento de la clase 106 (habitaciones obreras) de la Exposición Universal contendrá una interesante colección de planos, presupuestos, folletos, fotografías y dibujos, que darán una idea de los progresos realizados en Bélgica en materia de habitaciones obreras.

»Por otra parte, se ha organizado un gran concurso en el recinto mismo de la Exposición, sobre la colina de Cointe, cerca del futuro parque de la ciudad. Se han construído allí veinticinco casas, de tipos muy diversos, por Sociedades de crédito, Sociedades de construcción y Sociedades industriales; pero no con materiales provisionales, como se ha hecho en la mayoría de las Exposiciones, sino con materiales *definitivos*. Esas casas están destinadas á ser habitadas después de la Exposición. He ahí, creemos, una innovación tanto más interesante, cuanto que ofrecerá en pequeño la imagen de lo que se ha hecho en nuestro país, desde hace quince años sobre todo, en materia de habitaciones baratas. Los jardines de esas casas estarán arreglados y serán sostenidos de modo que constituyan una enseñanza para los obreros que visiten la Exposición, así como para todos aquellos que se preocupen de asegurar á los obreros un «pedazo de tierra» donde puedan cultivar algunas flores y recoger algunas legumbres.»

Por último, en la Exposición de Lieja podrá verse un concurso de mobiliario obrero, que se celebrará en esas mismas casas.

*
* *

La lectura de la circular que dejo extractada me ha sugerido la idea de hacer algunas consideraciones acerca de este importantísimo y capital asunto de la *habitación barata é higiénica*, resumiendo algunos datos de los muchos que acerca del mismo existen reunidos ó dispersos en libros, revistas y colecciones legislativas.

El Congreso de Lieja, así como la parte de la Exposición Universal destinada á las habitaciones baratas, á las casas

para obreros, es uno de tantos episodios como á diario se registran del interés creciente que el problema de la habitación despierta en todas partes entre filántropos, legisladores, industriales y obreros; y este interés mismo no es más que una consecuencia, entre tantas otras como pudieran citarse, de un gran movimiento de reforma, de renovación ética de las concepciones económicas, que poco á poco, demasiado lentamente todavía, se apodera de ricos y pobres de todos los países cultos.

La cuestión de la habitación es, sin duda, capital en este movimiento de reforma social que agita al mundo: una casa alegre, aireada, con vistas risueñas, es la condición de una vida equilibrada, racional, de una vida que puede concentrarse en la familia, para irradiar luego con influjos de paz y de concordia y de amor al prójimo, por todas las clases sociales. Nada puede sugerir, nada sugiere, de seguro, el odio de clases, la oposición de intereses, la lucha, como el contraste entre el palacio suntuoso, de lujo espléndido, y la pocilga inmunda, que tan á menudo presentan las aglomeraciones urbanas, ó sencillamente, las barriadas que se construyen alrededor de una fábrica, muy cerca de la morada señorial del director y alto personal de la empresa.

«¡Recorramos las grandes ciudades europeas!—dice Mr. Cohen.—En los anchos bulevares que las cortan del centro á la periferia, admiraréis los edificios suntuosos: altos ventanales, espaciosos balcones. A lo largo de las avenidas, cuidadosamente adornadas, contemplaréis con gusto la elegancia de los risueños hoteles entre árboles y flores. ¡Penetrad luego por los barrios populosos! Descubriréis, estupefactos, chiribitiles inmundos, nauseabundos, decrépitos, en callejuelas estrechas, donde los desgraciados se amontonan como en sombrías prisiones. ¡Esta vecindad extraña desconcertará los escepticismos más avisados!» (1).

(1) *Les habitations ouvriers*, en la *Revue politique et parlementaire*, Agosto 1904.

El campo no ofrece de una manera tan ostensible, y escandalosa diríamos, el contraste de las habitaciones que han caído en suerte á los hombres de las diferentes clases. Lo cual no quiere decir que el contraste no exista, especialmente en aquellas zonas donde el campesino es un asalariado que vive de un jornal, á veces inverosímil.

¡Qué ideas de lucha, de odio, de indignación con la propia suerte no tienen que engendrar las espontáneas comparaciones entre las respectivas posiciones sociales, que de la contemplación de ese contraste violento nacen sin remedio!

Porque lo terrible del caso es la oposición violenta con que en ese contraste se presentan el lujo y bienestar espléndidos de los unos, ante la miseria negra y desesperada de los otros; ese contraste desaparece, en lo que tiene de odioso, en cuanto al lado del palacio está la habitación modesta y risueña del trabajador ó del pequeño empleado. No hace falta, en verdad, ser un espíritu rebelde y descontentadizo para sentir una ola de inaguantable descontento, al pasar cerca del palacio suntuoso, para hundirse, desesperado, muerto de frío y de hambre, en una de esas cuevas lóbregas, peor á veces que las cuadras destinadas á los animales.

*
* *

El problema de las habitaciones *económicas é higiénicas* (y así señalamos el ideal de la habitación popular) suele plantearse á menudo como problema de las habitaciones obreras, cual si fuera asunto, este de la extirpación de la habitación miserable é inmunda, que sólo á las clases obreras afecte. Se procede así, sin duda, porque la masa obrera es la que en su vida pone más de manifiesto la condición difícil de su existencia higiénica, con habitaciones impropias del sér humano, como, verbigracia, las que el curioso lector puede contemplar dándose unos paseos por los alrededores de Madrid. Por otra parte, las dos causas generales que, según recuerda M. Siegfried, han influído en los tiempos modernos para producir la crisis aguda

de la habitación humana, han obrado principal y ostensiblemente sobre las clases trabajadoras; baste recordar que aquéllas consisten, la una en la creación de la gran industria, y la otra en el crecimiento incesante de las aglomeraciones urbanas, con sus repercusiones sobre el precio de los terrenos y de los alquileres.

Pero, aun siendo esto cierto, no debe olvidarse que esas causas mismas han obrado sobre otros elementos de la sociedad, que se han visto obligados á reducir á un mínimum inverosímil el espacio de la vivienda, el aire para respirar, teniendo que colocar aquélla en lo alto de la casa, bajo las tejas ó zines, ó en los interiores, sin sol ni vistas, ó todavía en los sótanos ó rincones de los bajos, malolientes, húmedos, con aire confinado que con dificultad se renueva...

Por eso tiene razón que le sobra M. Lahor cuando, en su interesante libro sobre *Les habitations à bon marché et un Art nouveau pour le peuple*, escribe (1) que «debe decirse «habitaciones baratas» más bien que «habitaciones obreras», porque no están destinadas sólo á los obreros, sino á los pequeños empleados y á los funcionarios modestos, de los que se habla mucho menos, de los que no se habla bastante; á todos aquellos, en una palabra, que ganan poco ó que sólo tienen escasos ingresos», y que son legión y forman con los obreros el cimiento de las sociedades modernas, el cimiento más sólido. Imaginaos el ejército de pequeños comerciantes, de empleados del Estado y de las empresas; de las gentes, en suma, que no ganan más de 1.500 ó 2.000 pesetas al año, sobre todo los que viven en nuestras grandes poblaciones... y sumadlos con los obreros y obreras que tienen por todo ingreso un jornal, no siempre alto ni fijo... ¡Cuánta miseria! Y sin embargo, ¿cómo concebir el mecanismo complicado de la vida moderna sin ese ejército numeroso? ¡Cuántas gentes, al usar un objeto de lujo, pensarán en las lágrimas y en el hambre que su producción

(1) Pág. 6.

habrá costado, y en los dramas que en cualquiera de esas habitaciones de las *alturas*, ó de los *bajos*, ó de los *interiores*, habrá aquél presenciado!

*
* *

La cuestión de la habitación para todos tiene, como advierte el Sr. Amoruso (1), un triple aspecto: moral, higiénico y económico. «La cuestión de la habitación, según Schönberg (2), es un punto cardinal de la reforma social. Para la elevación material, moral y cívica de la clase obrera, tiene, en mi concepto, un alcance y una importancia mayor aún que la cuestión de los salarios y que la de los seguros de los obreros.»

Considerado el asunto desde el punto de vista moral, el más grave, como con razón indica Amoruso, las consecuencias del abandono en que una sociedad distraída y un Estado indiferente, dejan á una gran parte de sus miembros, aquellos que, por lo mismo que su vida es más dura, necesitan más del refugio de un hogar risueño y cómodo, son de la más alta importancia. Tabernas y crímenes: he ahí los que salen gananciosos con la existencia de las habitaciones inmundas. La prostitución también saca de esos tugurios malditos nutridos contingentes. Condenada á vivir en semejantes estrecheces inmundas, «la salud de las madres sufre bajo el peso de las luchas continuas; los hijos crecen con vicios originarios, las muchachas se corrompen, los padres se alejan, y aumenta la miseria de la familia...» (3).

En el respecto higiénico, nadie creo yo pondrá en duda la importancia del problema de la habitación barata. En congresos numerosos, en libros numerosísimos, con la estadística por guía, se ha puesto mil veces de relieve lo que interesa el saneamiento del hogar de los pobres. El propio egoísmo de las gentes ricas aparece aquí interesado de una manera directa y positiva. No es que el punto de vista moral no les

(1) *Case e città operaie* (Turín-Roma, 1903).
(2) Cit. por Amoruso; ob. cit., pág. 9.
(3) Amoruso: ob. cit., pág. 12.

interese en el fondo tanto como el higiénico; pero las relaciones éticas son más difíciles de apreciar que las relaciones higiénicas; el germen morboso de la prostitución, del crimen, de la disolución de la familia pobre, no afecta de un modo tan ostensible, no produce un trastorno material tan manifiesto, como el germen del tifus, de la viruela, de la tuberculosis, de la difteria. Porque es una cosa clara, evidente, que si las habitaciones insalubres ejercen un influjo mortífero sobre la vida y la salud de los que las ocupan, ese influjo mortífero irradia y se difunde por todas partes, sin distinguir de clases ni de posiciones sociales.

Por último, el problema de que hablamos tiene un aspecto económico, el cual entraña relaciones muy diversas. De una parte, el problema interesa desde el punto de vista económico, en cuanto su solución (es decir, el mejoramiento de la habitación humana, sobre todo en las clases trabajadoras) entraña repercusiones de la más alta importancia en la marcha de las industrias; que no es lo mismo contar con un contingente de trabajadores extenuados, agotados por la miseria, educados en la desesperación, sin alegría, sin la reanimación que da el hogar tranquilo y sano, que tener en las fábricas y talleres hombres sanos, moralmente equilibrados, que han podido respirar, en ciertas horas del día, la atmósfera reconstituyente de una casa limpia y alegre, en el seno de una verdadera familia.

Por otra parte, el problema importa desde el punto de vista económico, en cuanto su solución entraña un esfuerzo económico, el cual ha de realizarse por una porción de elementos interesados, según una orientación adecuada, con arreglo á determinados procedimientos.

Porque tal es el valor del lado económico de todos estos problemas sociales. Importarían poco las excitaciones de la ética, las reclamaciones de la higiene, los gritos de angustia de las víctimas, si la *economía* se declarase impotente para resolver los problemas planteados. Verdad es que habría que empezar, antes de declararse vencido, por determinar bien qué

es lo que debemos entender por lado económico de los problemas sociales, distinguiendo lo económico de lo ético, y hasta sería preciso fijar el valor *económico del dolor*.

Es, sin duda, estrecho el criterio que reduce lo económico á una pura relación de interés, y mide el esfuerzo económico en cifras representativas de tales ó cuáles esfuerzos monetarios, olvidando que en el fondo de todo fenómeno económico hay hombres que *sufren* y hombres que *gozan*, y que en toda relación económica importa mucho el bienestar moral, higiénico, la salud física de quienes la establecen y mantienen. Todo lo cual parece indicar que la *economía* depende más de lo que parece de la *ética*.

Pero, aun prescindiendo de estas consideraciones, cuyo desarrollo me llevaría muy lejos, afortunadamente no hay que acudir á ellas de una manera necesaria para fijar los términos en que debe plantearse el problema de la habitación humana como problema económico.

Es, en verdad, un problema técnicamente resuelto; quiero decir, es un problema que entraña términos claros, en cuanto se ha llegado, de una parte, á concretar quiénes son los factores que pueden intervenir en su solución (acción corporativa, acción municipal, acción del Estado, acción de la industria misma), y de otra á precisar procedimientos prácticos para mejorar las condiciones actuales de la habitación, por virtud de combinaciones económicas, de la aplicación del principio de la cooperación y de la mutualidad, por el desarrollo de los sentimientos de filantropía, por la acción impulsora del Estado, por la renovación de la vida municipal, todo ello merced al progreso de la técnica financiera, que facilita de una manera asombrosa la difusión de las habitaciones, y de la técnica de la construcción que ha permitido edificar éstas en condiciones ventajosísimas (1).

* * *

(1) Véase, además de los libros citados, Picot: *Un devoir social et les logements d'ouvriers* (1885).—Raffalovich: *Le logement de l'ouvrier et du*

No sería posible exponer aquí lo que ya se ha hecho, y lo que se ha intentado por los distintos factores sociales interesados en el mejoramiento de las habitaciones modestas, para conseguirlo. En primer lugar, son aquellos factores bastante numerosos, y muchos de ellos revisten un carácter y alcanzan una organización distintos, según los países; en segundo lugar, no hay medio ni de resumir siquiera los esfuerzos realizados y los resultados obtenidos, en el espacio de que aquí puedo disponer. Por tal motivo, he de limitarme á señalar rápidamente las iniciativas que se han manifestado, en los principales pueblos, con el objeto de higienizar y abaratar las habitaciones, deteniéndome por fin algo más en la indicación de la acción del Estado, concretada en las leyes promulgadas sobre habitaciones obreras ó habitaciones baratas.

En el libro de M. Emilio Cacheux, suplemento á *Les habitations ouvrières en tous les pays,* tenemos un cuadro muy interesante de las distintas manifestaciones de la acción privada y corporativa y de la acción del Estado, ya como impulsor, ya con el carácter de una verdadera intervención coactiva, en el problema de las habitaciones baratas é higiénicas.

Veámoslo.

Francia.—Habla M. Cacheux: 1.°, de la acción del Estado; 2.°, de la de los Municipios; 3.°, de la intervención de los establecimientos oficiales (Caja de depósitos y consignaciones, Cajas de Ahorros, etc.); 4.°, de la Beneficencia pública; 5.°, de las Compañías de ferrocarriles; 6.°, de la acción de los indus-

pauvre (1887).—Lucas: *Étude sur les habitations à bon marché en France et à l'etranger* (1899).—Valthaire: *Les habitations à bon marché* (1897). —Hochsteyn: *Habitations ouvrières* (1901).—Muller y Cacheux: *Les habitations ouvrières en tous les pays* (1900). — *Les habitations ouvrières à la fin du XIX siècle.* —Strauss y Baulez: *Les habitations à bon marché en Allemagne* (1903). — Gozier: *De la cooperation apliquée à l'habitation* (1903).—Fuster: *L'habitation ouvrière et les pouvoirs publics en Allemagne* (1903).—Siegfried: *Les habitations à bon marché.*—Cranfield y Ingle Potter: *Houses for the working classes* (1904). — V. *Bulletin de la Société Française des habitations à bon marché.* — Cabello: *Habitaciones económicas.*

triales; 7.°, de la de las sociedades por acciones; 8.°, de la de las sociedades filantrópicas; 9.°, de la de las sociedades de beneficencia; 10, de las sociedades cooperativas; 11, de la intervención de las sociedades de seguros; 12, de la de las sociedades de socorros mutuos; 13, de la de las Cajas de retiros; 14, de la de las sociedades científicas; 15, de la acción de los particulares. Entrañan estas diferentes acciones una verdadera red de influjos y de fuerzas que obran con muy varia eficacia. Bien puede afirmar M. Cacheux que «en Francia se ha tratado de la cuestión de las habitaciones baratas bajo todas sus formas» (1).

Alemania.—1.°, acción del Estado, no sólo como acción de fomento y de reforma, sino en cuanto el Estado se ha preocupado con el alojamiento adecuado de sus obreros y de los empleados modestos de los ferrocarriles. En 1895, una primera ley puso, en Prusia, á disposición de las Sociedades obreras y de empleados la suma de 5.000.000 de marcos; en 1902 se habían utilizado, para la construcción de habitaciones para uso de empleados y obreros del Estado, nada menos que 42 millones de marcos. 2.°, acción de los Municipios; 3.°, acción de las Cajas de Ahorro, de las de inválidos y de seguros contra los accidentes, y de las de retiros; 4.°, acción de la Beneficencia pública; 5.°, acción de la privada; 6.°, apoyo de las Sociedades sabias; 7.°, intervención de varias Sociedades; 8.°, intervención de ciertas Sociedades de utilidad pública; 9.°, acción de las cooperativas; 10, de los industriales; y 11, de los particulares.

Inglaterra.—Aparte la acción del Estado, se distingue aquí: 1.°, la acción de los municipios; sólo la ciudad de Glasgow había empleado hasta 1900 más de 50 millones de francos en la demolición de casas insalubres y en su sustitución por habitaciones higiénicas y baratas (2); 2.°, la de los ferrocarriles; 3.°, la de las sociedades de habitaciones baratas, en-

(1) Ob. cit., pág. 8.

(2) V. el folleto de W. Thompson, *Housing of the Workin Clasess.*

tre las cuales figura *The Industrial Dwellings Company*, que ha construído más de 45 grupos de casas, divididas en 5.419 departamentos, que contienen 18.209 habitaciones, siendo sus inquilinos unos 3.000; el capital social pasa de 12 millones de francos; 4.°, la de las sociedades cooperativas (*Building Societies*), que es una de las más enérgicas é importantes; son sociedades de crédito y ahorro que adelantan á sus miembros sumas suficientes para construir según su gusto; 5.°, la del clero; 6.°, la de los médicos; 7.°, la de los industriales, entre otros, los grandes propietarios agrícolas; 8.°, la de las sociedades filantrópicas; 9.°, la de las fundaciones, entre las cuales figura la de Peadoby, que legó 12 millones de francos para construir habitaciones modestas, y que poseía en 1900 18 grupos de casas que valían 31 millones; 10, la obra de Miss Octavia Hill, que inauguró en Londres su sistema para contribuir á la mejora de las habitaciones modestas, que luego obtuvo gran éxito en el mismo Londres y en otras partes; el sistema consiste en alquilar directamente una casa con varios departamentos en mal estado, mejorarla y luego alquilarla á familias de buenos antecedentes.

Austria-Hungría.—Se distingue con la acción del Estado la de los Municipios, Cajas de Ahorros y de Seguros, la de la Beneficencia y sociedades filantrópicas, y, por último, la de los industriales.

Bélgica.—Sigue de cerca á Inglaterra en la reforma de la habitación. La acción del Estado se manifestó ya en 1848; al lado de ésta se señala: 1.°, la acción municipal; 2.°, la de las oficinas de Beneficencia; 3.°, la de las Cajas de Ahorros, que es muy importante; se calcula que gracias al servicio de préstamos de la Caja de Ahorro, habían logrado más de 20.000 obreros hacerse propietarios de su habitación; 4.°, la acción de las sociedades; 5.°, la de las Cajas de Seguros; 6.°, la de los particulares.

Dinamarca.—Distínguese la acción del Estado, la de los Municipios y la de la Asociación.

Italia.—Sólo se señala por M. Cacheux la acción del Estado y la de los Municipios. En *Holanda* se indica las sociedades científicas, la acción privada y la de las cooperativas; en *Rusia* la del Estado, la de las sociedades, la de los industriales y la de la Beneficencia; en *Suecia* y *Noruega*, además de la del Estado y los Municipios, se habla de la iniciativa privada y de las fundaciones; en *Suiza* de la acción del Estado, de la de los Municipios, con más la iniciativa privada y la de los industriales.

M. Cacheux habla también de España, á la cual dedica muy pocas líneas. «Los españoles viven al aire libre; la necesidad de la mejora de las habitaciones no se hace sentir como en los países del Norte.» M. Cacheux no debió asomarse á España. No se ha enterado ni del clima ni del estado de las habitaciones modestas, ni de lo que se ha hecho por mejorarlas. Sólo cita la acción de una sociedad privada; un estudio más atento le habría permitido señalar algunas otras iniciativas y ensayos de asociaciones de industriales. Cierto que no sería mucho todo ello, sobre todo si se compara con lo que, á pesar de la «suavidad» del clima, se necesitaría hacer.

***

Dos palabras no más acerca de las leyes que se han dictado para fomentar, ó bien para ejercer una acción política más directa, en el mejoramiento de las habitaciones obreras.

Las principales leyes recientes que se pueden consultar acerca del asunto son, por su orden cronológico, las siguientes: Bélgica, ley de 9 de Agosto de 1889. Inglaterra, ley de 9 de Agosto de 1890. Austria, ley de 9 de Febrero de 1892. Sajonia, otra ley de 1892. Francia, ley de 30 de Noviembre de 1894. Prusia, ley de 31 de Mayo de 1895. Francia, otra ley de 31 de Marzo de 1896. Dinamarca, ley de 26 de Febrero de 1898. Inglaterra, ley de 18 de Agosto de 1890 y de 9 de Agosto de 1899. Baviera, ley de 31 de Mayo de 1900. Italia, ley de 31 de Mayo de 1903.

¿Y qué disponen estas y otras leyes para hacer eficaz la ac-

ción del Estado en el fomento y mejora directa de las habitaciones económicas? No sería posible exponer aquí lo que los legisladores han ideado al doble efecto que indicamos. Por de pronto, sería preciso distinguir en la legislación, como ha hecho M. Roulliet en el Congreso de París de 1899 (1), tres grupos de disposiciones, á saber: 1.ª, las de las leyes referentes á la construcción de nuevas casas; 2.ª, las de la referentes á las casas ya edificadas; y 3.ª, las de las relativas á las casas consideradas en conjunto. Luego sería necesario averiguar el motivo determinante de la ley; es decir, por qué razón se ha creído el legislador obligado á intervenir en el problema de las habitaciones, especialmente de las obreras; y veríamos, por ejemplo, que la legislación inglesa responde principalmente á motivos higiénicos, mientras la belga se inspira en exigencias de carácter social. La ley inglesa, que es una de las más *atrevidas*, es, ante todo, al parecer, una ley higiénica; ocúpase de la construcción de casas para obreros, como consecuencia de ciertas medidas sanitarias. Su principio entraña la acción por parte de los Municipios para destruir los barrios insalubres, aunque debiendo éstos asegurar, por medio de construcciones nuevas, la habitación de las personas desalojadas con la destrucción.

Las leyes que, como la belga, tienen un carácter *social* más acentuado, son ante todo leyes de fomento, de impulsión, de facilitación (2).

(1) *Actas*, pág. 37.

(2) He aquí, en concepto de Schönberg (cit. por Amoruso, ob. cit., página 19), los principios á que puede acomodarse la acción del Estado en materia de habitaciones:

I) La autoridad debe poder prohibir, sin obligación de indemnizar al propietario, el uso de aquellas habitaciones que por su situación ó construcción sean insalubres.

II) Los Municipios deben tener derecho, y en ciertos casos la obligación, de expropiar las casas insalubres.

III) La ley debe disponer que las diferentes partes de un edificio no se dediquen sino á los usos para que fueron destinadas, según los reglamentos edilicios.

IV) Para evitar los inconvenientes de la aglomeración de personas, la ley debe señalar el volumen mínimo de aire para cada una, y prohibir admitir en un local más personas de las que su capacidad consienta.

Resumiendo ya, para terminar, los medios que en unas ú otras leyes se contienen para hacer eficaz la acción del Estado ó la de los particulares en la tarea de mejorar las habitaciones modestas, pueden señalarse, entre otros, los siguientes:

1.° Organización de Juntas ó Comités de patronato ó de fomento de las habitaciones obreras ó baratas, revestidas tales Juntas de ciertas facultades.

2.° Autorización á determinadas instituciones públicas (Cajas de ahorros, Cajas de depósitos, de retiros, de seguros) para hacer préstamos con destino á la construcción de casas baratas é higiénicas.

3.° Ciertas exenciones fiscales; verbigracia, exención de derechos en la constitución de sociedades, del pago del impuesto de transmisión de bienes; rebaja ó supresión de contribuciones de inmuebles, durante un período más ó menos largo, á los terrenos destinados á la edificación de casas baratas é higiénicas y á las casas mismas, etc.

4.° Subvenciones en metálico.

5.° Facilitación de préstamos en buenas condiciones á las sociedades constructoras, á los Municipios ó á los interesados mismos.

6.° Construcción de casas para los obreros y empleados del Estado.

7.° Ciertas aplicaciones de la expropiación.

8.° Premios, concursos.

Todo esto, aparte de las combinaciones ideadas para facilitar la adquisición y disfrute de las casas que se construyan, por los obreros ó burgueses modestos llamados á habitarlas.

ADOLFO POSADA

V) Prohibir en determinadas circunstancias la residencia de personas sin hogar en su municipio.

VI) Prohibir en circunstancias dadas los abusos en el precio de los alquileres.

VII) Intervenir en las tarifas de las empresas de transportes de materiales de construcción.

VIII) Creación de órganos especiales.

DE POLÍTICA PARLAMENTARIA

CONSIDERACIONES Y RECUERDOS

Vienen de mucho atrás en decadencia notoria los estudios políticos: siempre y en la sola relación del saber, representaría ese decaimiento grave mal teórico; pero lo es práctico, además, y ocasionado á consecuencias muy lamentables, predominando el espíritu y las formas de la democracia, que, en verdad, no son cosa que se pueda aplicar á ciegas. Mirar á los principios del régimen, consultar los hechos y referir éstos á aquéllos, ó, lo que es igual, no volver la espalda á la filosofía ni prescindir de la historia, me parece de las mayores necesidades de nuestro tiempo.

Cabría á este propósito discurrir, poniendo á la vista antecedentes propios y consiguientes propios también; pero tengo por mejor, y cabe que sea de algún mayor aprovechamiento, el referirme principalmente á ejemplos de fuera.

La vida moderna es compleja, es difícil: las instituciones parlamentarias, quizás por eso más propias, más adaptables á la vida moderna, son también complicadas, también difíciles; requieren para su mayor comprensión, para su regular ejercicio, aquella preparación filosófica que generalmente falta. No van por ahí los gustos. Aun en gentes de saber, y de mucho y vario saber, abunda la ignorancia de esas cuestiones, origen primero de la prevención ó de la hostilidad á la política y á los Parlamentos, como lugares en que se labora.

Los intereses materiales tienen hoy la supremacía prácti-

ca; las ciencias naturales que impulsan y mueven esos intereses, gozan de la preferencia teórica. El espíritu de las ciencias naturales trasciende á las otras ciencias; y el análisis positivista especifica y aquilata los males de la presente organización social con análisis de sumo interés, pero con observación parcial que no advierte el conjunto, que no armoniza las partes, que se pierde en el detalle más bien. Y en semejante estado de cosas y de espíritus apenas se nota y, aun notándose, apenas produce efecto, la lesión de un principio; y es que no se comprende su virtualidad, el enlace con otros principios, la relación de solidaridad en que mutuamente se mantienen todos ellos, cuanto en orden á porción de consecuencias, que no cabe prever, supone aquel primer quebrantamiento. No sé si es lícito decir que la infracción de un principio moral ó legal trae á veces cierta ventaja, remedia tal vez algún daño concreto; y esto se hace sensible, se materializa á los ojos de muchos, que viendo sólo lo material, en cambio no descubren las relaciones morales, y no se dan cuenta de que es mal mucho mayor que todos el de que un principio moral ó legal se desconozca y nuble, ó el que la relación y procedimiento de derecho se altere, y el que lo legal, que, en efecto, á veces dificulta, se sustituya por lo arbitrario, que, efectivamente, siempre facilita, pero con daño doctrinal presente y con perjuicio real, si no presente, futuro, que excede á toda ponderación. No se han de mirar, pues, tanto los hechos, las consecuencias, en que influye el accidente, el azar, amén de complicadas razones é intereses subalternos, cuanto el que las causas obren derechamente, manteniéndose dentro de la armonía, como en el orden social, en aquella principal parte del mismo, que mediante la organización adecuada y feliz de los poderes públicos, es expresión y garantía de todos los derechos. En el régimen parlamentario, diferenciados los órganos de la vida pública (y esa diferenciación es para el proceso histórico obra de perfección y progreso), sólo ateniéndose cada órgano á su peculiar función, podrá mejorarla, y subsistirá la armonía del conjunto, afirma-

do en cada una de las partes el libre y pleno ejercicio de las otras, y siendo el normal coexistir de todas, garantía de estabilidad y buen orden. La pieza maestra, la más difícil, la de cuidado mayor, en tan perfecta combinación teórica, y para que lo sea práctica, la ofrece el Parlamento, llamado ó disuelto por el Rey, formado por la opinión, que da ó quita la confianza á los ministros del rey, al Gabinete responsable, encarnación del Poder ejecutivo. Modelo entre los pueblos modernos el inglés, ejemplo singular de éxitos su política, está de ello la clave principal en cómo la realidad se ajusta á la doctrina parlamentaria, y la realiza y cumple por felicísima manera. Y es que no en vano vivió allí el régimen, apenas sin interrupción, vida de siglos, vana la pugna de una dinastía para dominarlo, logrando sólo acrecentar su fuerza, pues crecieron más hondas, en el espíritu colectivo, invisibles raíces, de que toma fuerza y calor su tan espontánea y rica existencia. Lo que por moderno es en otros pueblos contrario á la tradición, tiene allí toda la fuerza de la tradición, que es cimiento incomparable para sólidas y duraderas construcciones. Se necesita en otras partes ganar voluntades, sumar convencimientos; en Inglaterra no es menester que especule y teorice cada ciudadano: hay un sentir y pensar común de la ciudadanía, cuanto á todo lo fundamental. Viven las instituciones como de por sí; basta la fuerza de la costumbre, el simple instinto social, que después confirma la razón y aprueba y legitima la teoría que sin riesgo puede darse y se da frecuentemente al olvido; y así que no hayan pecado de teorizantes, sino más bien de empíricos, tantos políticos ingleses de los más calificados é importantes. Y aunque todo ciudadano inglés lleva dentro de sí la Constitución, únicamente en los espíritus escrita, y aunque de práctico constitucionalismo está impregnada toda la vida inglesa, también allí hubo dificultades, crisis, no sólo de los gobiernos, sino del régimen, menoscabos y quebrantamientos de éste, choques y dificultades que conviene recordar; no se imaginen las gentes que son privativos de pueblos en ese con-

cepto inferiores. La inferioridad no se refiere á la raza, no afecta á nada esencial del pueblo, es mera consecuencia de las condiciones del desenvolvimiento histórico; algo semejante á lo que ocurre y experimentan los aficionados á las bellezas arquitectónicas ante ciertas construcciones del arte de los tiempos medios, origen de confusión para muchos críticos modernos, por el retraso con que respecto á unos países se produjeron en otros; y así en esta arquitectura política, ó arte parlamentario, hay también gran retraso en el continente, aparte otras dificultades de construcción y sostenimiento. Mayor razón para que no se sumen á las causas naturales, históricas, de atraso, cuantas dependen de la voluntad, que la voluntad es al fin la que peca, y en cosas de política peca con escándalo y es el daño mucho mayor. Precísase sanción moral de conciencia colectiva que sostenga y contenga la individual, tan frecuentemente tentada y tantas veces, si no mala, floja ó acomodaticia. Si el sentido moral se ausenta, si el espíritu público no vela y vigila, todos los recursos y garantías del régimen, lejos de servir para el bien, se vuelven agravantes del mal. Nada tan educador y con influjo que trasciende á toda relación de la vida, como un régimen de opinión y de publicidad; pero es á condición de saber practicarlo, purificando el origen de la representación en los comicios, dignificando la representación misma en los parlamentos. Con exactitud se llamó á éstos espejo de costumbres, y con verdad puede decirse que no cabe las ofrezcan ellos buenas, si las de la nación son malas: país perturbado no puede tener por reflejo Parlamento en orden. Mantenida la natural relación de las cosas y no tomado lo que es efecto por causa, repárese que ésta, en mayor ó en menor grado, la lleva cada ciudadano dentro de sí. Centro de gravedad de la política el Parlamento, según expresión de Peel, suma la mayor de poder y de fuerza, con instinto certero y evidente lógica coloca la opinión en el Parlamento, demandas y censuras. Y más vale que no se desvíe y levante el objetivo de éstas. Lo uno, por lo que importa en todo país constitucional que la opinión

siga atenta la obra de sus representantes, que en esa comunicación reciben fuerza para tomar cuenta á los gobiernos; lo otro, porque interesa mucho que quede fuera del alcance de la opinión para las censuras, pero no para los respetos y las adhesiones, la institución superior, en que se vincula lo más esencial y permanente, mirada por el país como cosa propia, como su mejor parte, su más alta y completa representación, su vanagloria y su orgullo. Con razón se ha podido llamar á los Parlamentos escudo de las monarquías, y es para éstas singularísima ventura que no pierdan ese carácter.

¡Dichosos los países en que, fuerte la organización política y ordenado y regular su funcionamiento, cabe se evite ó se economice la intervención del jefe del Estado, que muchas veces inevitable para suplir deficiencias de la opinión y del régimen, es siempre delicadísima. En los países rezagados subsiste, se prolonga, más ó menos latente, el antagonismo tradicional entre Parlamento y Corona, consecuencia de la respectiva posición histórica de ambas instituciones. Al cabo, el ascendiente del Parlamento se ha logrado á costa de las facultades de la Corona, y eso en parte alguna pudo alcanzarse sin querellas y luchas, que llenan tantas interesantes y dramáticas páginas en los anales de los pueblos: sin excluir aquel que más debe á la evolución, donde primero se limita el poder real y se establecen los principios constitucionales, que consignados en la Gran Carta y vivos siempre en el amor del pueblo y mantenidos por éste con vigor, desde los primeros tiempos, se pudo escribir por Felipe Comines (1) «que entre todas las soberanías conocidas en el mundo, aquella en que el bien público está mejor atendido y sobre el pueblo se ejerce menos violencia, es la de Inglaterra».

No está, con todo, la ventaja en los orígenes—que de los suyos, respectivamente, pueden ufanarse otros países,—sino en la perseverancia, en la continuidad, que para toda obra po-

(1) *Memorias de Comines*, lib. V, cap. XVIII.

lítica es esencialísima condición y que salva en Inglaterra los principios y lucha por las prácticas constitucionales, resistiendo la tendencia general de la época en el renacimiento y el ejemplo posterior de las monarquías del continente, vencida la inclinación de Tudores y Estuardos. Hasta la memoria de la gran revolución y de la pasajera tiranía, que fué su consecuencia, impresionando al pueblo hondamente, hace que más y más en la concepción de todo ciudadano inglés se ofrezca la institución real como principal garantía de las libertades públicas. De tan sano y puro origen nace el amor del pueblo inglés á su monarquía. Por eso, porque es superior á meras devociones personales, pueden más la lealtad, la fidelidad al trono, que el desamor al rey. Guillermo III, que representa tanto en la historia inglesa, inspira respetos para su obra, pero no afectos á su persona; no los puede tener en su condición la reina Ana, ni los primeros Jorges, tan despegados de todo lo inglés, ignorantes del habla, de inclinaciones y gustos enteramente alemanes. A prueba de tantas contradicciones, el *loyalisme* subsiste. Y es que toma, sobre todo, fuerza del sentimiento, aunque confirmado y vigorizado por la convicción. El interés personal, la verdadera simpatía, los espontáneos amores, seguían á los Estuardos en su destierro. ¿Cómo se había de poder comparar el íntimo sentimiento de adhesión que éstos inspiraban, con la indiferencia, el enojo ó la enemiga que despertaron los primeros Hannover? Pero todo esto lo contrarrestaba el instinto político, el recelo de Francia, el celo por las libertades públicas, la política Whig, mantenida por Walpole con rigor y desenfado, y muchas veces difícilmente soportada por la opinión durante los veinte años de su predominio. Esa misma duración preservó á Inglaterra de males á que era ocasionada la confusión de los espíritus, estimulada por el mismo mal que traería la ausencia de rey (ausencia incluso material) si la organización de partido y el hombre que dirigía el partido y el Gobierno, no diesen estabilidad y firmeza á la política. Era todo aquél un período difícil, de crisis en los espíritus,

de incesante germinar de ideas, que en otros pueblos de viejas instituciones produjo desequilibrios y trastornos que aprovecharía para su engrandecimiento Inglaterra, ya dirigida por Pitt la política, elevados sus fines y mejorados los procedimientos. Por lo demás, también la mente inglesa especula, también la duda y la negación llegan á los mayores extremos, y las nuevas filosofías trascienden en aspiraciones populares, que con medios de propaganda y manifestación, aunque nieguen no destruyen, y aunque protesten contra los Gobiernos en el Parlamento, y contra los Parlamentos ante el país, pero no tocan á la institución real; consideran la prerrogativa regia como algo superior y aparte, condición indiscutible, supuesto necesario de la vida nacional.

Más que los abandonos y desvíos de los primeros Jorges, contrarían y agitan al pueblo inglés los entrometimientos y veleidades del tercero. No se aviene—y hace bien—á ser mera sombra como sus antecesores inmediatos, que sólo valen (aunque no sea escaso valer) en cuanto ocupan el solio y mantienen el cetro. Jorge III sale de ese apartamiento y abandono, afanoso de aumentar el poder real, que no otro fué el objetivo de todo su reinado. La muerte de su padre Federico, príncipe de Gales, fué un gran mal. Hubiera vivido, y no rodearían á Jorge prematuros halagos, respetos, ceremonias, atmósfera natural de los palacios, menos enrarecida cuanto más alta. Las ideas de grandeza y poder pronto se suscitan en la mente y fácilmente arraigan en el ánimo. Ganó los de cuantos le rodeaban el príncipe Jorge, por su natural despejo, por su resuelta voluntad. Las simpatías que despertó joven y príncipe, las confirmó entre no pocos como rey. Sus mismas iniciativas fueron gratas á muchos. Era el primero de los Hannover que conocía el país, que hablaba correctamente lengua inglesa. Por otra parte, coincidía su ascensión al trono con el acabamiento y extinción del gran partido jacobita. Pero con el partido no morían los partidarios de la idea, no desaparecía aquel espíritu tradicional de devoción á la persona augusta del

rey, de adhesión á su poder, con independencia y por enemiga á todo poder que por el mismo rey no se ejercitare. Muerto Carlos Eduardo, los viejos jacobitas saludaron á Jorge III con entusiasmo; pusieron en él simpatías y esperanzas. Todo eso, y la natural reacción contra la supremacía de los Whigs en los anteriores reinados, facilitaba y estimulaba las iniciativas de Jorge, que no contento con reinar, quería gobernar por sí mismo, prescindiendo de los partidos históricos, sustituyéndolos por el que se llamó partido de los hombres del rey, de sus amigos. El Consejo privado, el Gabinete interior, que decía Burke, la influencia de la corte interpuesta entre el rey y sus consejeros responsables, crearon un estado de opinión que, señalado por los más ilustres políticos de aquel tiempo, dió mayoría en la Cámara de los Comunes á la moción de Mr. Dunning, que notando la preponderancia creciente de la Corona, «afirmaba la necesidad de disminuirla». Fué Jorge principal sostén de los Gobiernos de lord Bute, que cayó en tan gran impopularidad, y de lord North, enteramente entregado al rey, además de rey único verdadero ministro. Usaba, como tal, de todos los medios de la administración para conservar la dirección de la política, manteniendo propicio el Parlamento; pero fué más fuerte la hostilidad á la continuación de la guerra de América, que hizo imposible el sostenimiento de North. Bien á su pesar, como probaría muy luego, formó el rey el Ministerio Rockingam, del que eran parte Fox y Burke, y que recibió con júbilo la opinión, anhelosa de una política de paz. Pronto la muerte de Rockingam daría al rey ocasión, designando á Shelburne para reemplazarle, á que saliesen del Gabinete Burke y Fox. La extraña pero poderosa coalición de éste con su anterior vencido lord North, obra que sólo pudieron inspirar despechos y ansia de predominio, trajo pronto nuevo cambio de Gobierno, y se formó el del duque de Portland, de que eran parte los dos rivales, convertidos, por tales andanzas y sorpresas de la política, en aliados y colaboradores. Lo que tenía todo aquello de anormal y de contra-

dictorio, influía desfavorablemente en la opinión. Enteramente al descubierto, maniobró entonces el rey para deshacerse del Gabinete Portland. Aprobado por la Cámara de los Comunes el *Fox's India Bill*, que encomendaba la dirección del dominio, engrandecido por Warren Hastings, á comisionados del Parlamento (después de la Corona), Jorge III autorizó á lord Temple para decir á sus colegas de la alta Cámara «que aquel que votase por el *Bill de la India*, no sólo no era amigo, sino que lo había de considerar como enemigo». Y efectivamente, la Cámara de los Lores, conduciéndose como amiga del monarca, rechazó el *Bill*. Temerosas las gentes, creciente el malestar, vivas las censuras, era caso de verdadera dicha que el llamado del rey, en circunstancias tan difíciles, fuese político de las condiciones extraordinarias de Pitt. Sólo á hombre así, superior como gobernante y como parlamentario, era dable aceptar las responsabilidades—si no para rehuídas, menos para solicitadas—que implicaba en aquel caso la confianza de la Corona. Ante una Cámara hostil mantúvose con tesón y habilidad el gran ministro, logrando, por su talento y por su carácter, la autoridad que, convocado el país á nuevas elecciones, le dió tan señalado triunfo. Donde hay opinión lo hay todo. Si no una, otra vez se hallará remedio; pero todavía es menester, para que la opinión no ande dispersa y perdida, que encuentre hombres merecedores de su confianza. En la otorgada á Pitt, coincidieron al cabo el pueblo y el rey. ¡Contraste singular! Logró Jorge sus mejores días, los que más ilustran su historia, con el ministro menos de la Corona y más del Parlamento. Digo menos de la Corona, ateniéndome al criterio del tiempo aquel, al propio de la pugna, latente ó clara, entre Corona y Parlamento; que Pitt, por lo demás, ofrece cabal prueba de que el interés de una institución es el de la otra, y así comprendidas, es el de ambas el del país. El concepto que tenía del Parlamento en su relación con la Corona, lo lejos que estaba de querer disminuir el ascendiente parlamentario, lo probó Pitt con ocasión de la enfermedad men-

tal que incapacitaba al rey para sus funciones, proponiendo que por el Parlamento se acordase sobre la regencia, que Fox y los suyos declaraban inherente al principado de Gales, con independencia del Parlamento. La propuesta de Pitt, el acuerdo de las Cámaras de que se invistiese con la autoridad real al príncipe, pero sometiendo á taxativas condiciones su ejercicio, coincidió, para satisfacción de todos, con el restablecimiento del rey.

Pitt, que había formado su Gobierno en Diciembre de 1784, lo dejó en principios de 1801, por la oposición del rey á la propuesta de medidas favorables á Irlanda, grave é importante disentimiento, que dió al primer ministro caída proporcionada á su grandeza. Ni puede desconocerse que el rey se inspiraba en clamores y prevenciones de una buena parte de sus reinos.

Poco antes de la muerte, que le sorprendió primer ministro en 1805, había formado Pitt el Ministerio que, prosiguiendo la épica lucha contra Francia, concertó la tercera coalición. A la muerte de Pitt, el Gabinete Grenville, el llamado de todos los talentos, puso en oficio á los *whigs* populares en unión de los aristocráticos y de los *torys*, bajo lord Sidmouth, encomendando á Fox, cuya entrada había resistido y estorbado el rey tantas veces, el departamento de Negocios Extranjeros. Murió desempeñándolo, poco antes de que fracasaran las negociaciones de paz por él iniciadas.

Las manifestaciones del Gobierno á favor de la emancipación de los católicos, no sólo encontraron el ánimo del rey resueltamente hostil á la reforma, sino que dieron lugar á que el rey, queriendo evitarla en lo futuro, solicitara de su Gobierno compromiso de no poner mano en ello. No conforme lord Grenville, resignó sus poderes. Rota la unión de los partidos, con mayores medios, y propicia siempre la voluntad real, entraron á gobernar los *torys*.

Quedan ligeramente apuntados los entorpecimientos, las dificultades, que dan tanto interés al estudio del reinado de Jorge III. Ocurrieran iguales ó semejantes hechos en país del

continente, y muy otras, y harto más importantes y graves, habrían sido las consecuencias en orden á la tranquilidad del país y á la misma suerte de la institución real. En Inglaterra sufrió la pureza del régimen contradicción; pero ni ésta quitó á su fuerza y prestigio, acrecentados más bien en tales pruebas, ni el mismo rey, objeto de censuras y de protestas, dejó de tener la lealtad de sus súbditos, que, á pesar de todo, acataron siempre al soberano, y aun respetaron y quisieron al hombre.

¡Bien se pueden sufrir asperezas y rigores cuando se camina á la gloria! A ella, más que ningún otro pueblo moderno, se elevó por sí misma Inglaterra, ofreciendo el cuadro de grandezas que recogió y presidió la graciosa majestad de Victoria. Fué, más que su primer ministro, hombre de plena confianza, verdadero amigo, iniciador de la reina en la política, lord Melbourne, que venía dirigiendo el Gobierno desde 1835.

Olvidaba ya consignar que antes, en Noviembre de 1834, con ocasión de propuesta de modificaciones en el Ministerio, el rey, Guillermo IV, creyó que debía prescindir del Gabinete *whig* y llamar á sir Roberto Peel y al duque de Wellington; el primero, que viajaba á la sazón por Italia, corrió á tomar con el poder la responsabilidad de una crisis en que, como dice May, faltaron todos los acostumbrados motivos de dimisión de un Ministerio: no había divergencia entre el Gobierno y la Corona sobre política general, ni desunión entre los ministros, ni indicación alguna de que éstos hubieran perdido la confianza del Parlamento.

La preferencia del rey por los hombres y por la política *tory* se mostró inútilmente. Seguían teniendo los *whigs* la preferencia de la opinión, y obtuvieron mayoría en los comicios. Volvió á presidir Melbourne los Consejos de la Corona, y bajo sus auspicios, y en plena normalidad de régimen, comenzaba poco después Victoria su glorioso reinado. Reinado tipo, reina modelo, argumento vivo, ejemplo extraordinario de lo que puede alcanzar á ser y á cumplir el régimen de opinión,

en su organización por excelencia de monarquía parlamentaria. Sin ejemplar tan demostrativo, el gobierno popular, considerado por Summer Maine delicada creación moderna, carecería de su mayor título; demostración felicísima que compensa muchos ensayos desgraciados y disipa dudas que, expuestas por Summer Maine con tanta fuerza, más que nada por la fuerza de nuestra adversa condición, y por propia dificultad del régimen, subsisten y subsistirán en los ánimos.

La primera crisis de la reina recuerda las de sus antecesores; andan mezclados motivos é influjos personales, última manifestación de mal que muy pronto desaparecía, y en tanto enseñanza que sirvió de mucho para esa completa desaparición. Llamado Peel por dimisión de lord Melbourne, hubo de declinar el honor de formar Gobierno ante negativa terminante de la reina á cambio de sus damas, que proponía Peel; y lord Melbourne, reconstituído el Gabinete, continuó gobernando (1). Se llamó de las damas ó de las faldas (*the bedchamber question*) esta singular crisis, causa de muy grande impresión en todo el Reino Unido, y origen de muy interesantes debates en el Parlamento.

El Ministerio Melbourne acordó declarar que «el propósito de dar á la Administración el carácter de eficiencia y estabilidad, y aquellas señales de constitucional apoyo de la Corona que requiere el poder consagrarse útilmente al servicio público, hace sea de razón que los grandes oficios de corte y puestos tenidos en la real familia por miembros del Parlamento, sean incluídos en los arreglos hechos en un cambio de administración, pero no opinan que semejante principio sea aplicado ó extendido á puestos desempeñados por damas cerca de S. M.» Por su parte, Peel, explicando á la Cámara popular que su dificultad no era Canadá ni Jamaica, sino Irlan-

(1) Se atribuye á Melbourne, en sus últimos años, manifestación de dudas y disgusto, por el consejo que, en tan señalada ocasión, dió á la Reina. *The Quaterly Review*, 1878.

da, preguntaba así: «¿Se consideraría por la opinión pública que un ministro tenía la confianza, teniendo los más altos puestos, cerca de la persona del soberano, los parientes de sus más contrarios políticos? Mi impresión era, añade, que yo no aparecería ante el país en posesión de esa confianza» (1). A la sinceridad del convencimiento expresado por Peel, á la exacta apreciación de las circunstancias que señalaba, había que referir el juicio de una conducta que, cediendo en su honor, aumentó su prestigio. Cuando son siempre tantos los que corren tras los puestos públicos, y no se paran en medios para lograrlos, la elevación de motivos y el desinterés de quien sabe apartar los puestos de sí, estimando que no los puede llenar cumplidamente, es cosa que dignifica extraordinariamente el concepto del poder y realza á la persona que se niega á su ejercicio. Aquel día ganó Peel el mayor título para desempeñarlo más tarde, con la autoridad que había de requerir su obra. Mirar sobre todo á la responsabilidad, enlazar con su consideración la de toda circunstancia que pueda influirla, es modo único de corresponder al gran honor de la regia confianza. Todo lo gallarda que era la actitud de Peel en la oposición, era desfavorable la de Melbourne en el Gobierno. Podía decir aquél á éste, en celebrado discurso, que cuando los ministros de S. M. no poseen la confianza de la Cámara de los Comunes, su continuación en el Gobierno contradice el principio, el espíritu de la Constitución (2). Y añadía que «al decir espíritu de la Constitución, no pensaba en aquellas pasadas teorías que se refieren á combinación de opuestos elementos—monarquía, aristocracia y democracia—armadas respectivamente con ofensivas y defensivas armas, que guardan y contienen á cada uno, sino de aquel sistema de gobierno que ha prevalecido desde el comienzo de la casa de Hannover, y que mantiene la

(1) *The speeches of the late right honourable sir Robert Peel.* London, 1853.

(2) Ibidem.

armonía de monarquía y democracia». En 1841 otorgaba la reina á Peel su confianza, confianza sin sombras ni restricciones, y Peel se entregaba de lleno á la gobernación del país, con toda la autoridad y seguridad que el Gobierno pide y que reyes y pueblos deben procurar á los ministros, para que no desaparezcan ó se alteren las condiciones propias de una responsabilidad que sólo á ellos toca.

No es extraño que apenas se fije en esto la atención de muchos. Incluso hay quienes, al aceptarlas, no ven las funciones de gobierno á la luz del principio de responsabilidad, que es manera única de verlas en su natural luz y de apreciarlas en su verdadero sentido y alcance. A Melbourne se le llamó maestro de la reina. Y seguramente lo fué muchas veces; pero sin duda comprendió bien pronto Victoria—y toda su larga vida acredita que comprendió muy bien—la superior enseñanza que encerraba la actitud de Peel absteniéndose de ocupar el Poder, enseñanza que sin duda influyó en la conducta constante de la que fué espejo de reyes constitucionales, y pudo realizar cumplidísima demostración de lo que son y valen las constitucionales monarquías, para beneficio y ventura de los pueblos. El dominio de sí misma, la seguridad y celo con que cumplía el oficio de reina, pusieron en sus labios más de una queja y censura cuando dió á ellas sobrado motivo la genialidad de lord Palmerston. Bien podía advertir reina tan severamente constitucional al *Foreing Secretary* que su cargo era «también constitucional y no para ejercido por sí, con independencia de su majestad y sin conocimiento del Gobierno»; «obrando así por su propia cuenta el ministro, la reina se encontraba ligada á una marcha política no conocida y aprobada previamente, consecuencia de que no hallase intacta y sin compromisos apenas ninguna cuestión, cuando era sometida á su juicio». Las malas inteligencias alcanzaron gravedad y resonancia grandísima con motivo del golpe de Estado del príncipe Luis Napoleón. La opinión popular condenaba el hecho; la reina deseaba vivamente que el embajador inglés en París permaneciese en-

teramente pasivo, se abstuviese de cuanto pudiera indicar aprobación. Así lo encargó la reina al primer ministro, lord John Rusell; así lo manifestó lord Rusell al embajador en París. Pero lord Palmerston se había anticipado á expresar al embajador de Francia en Londres, plena aprobación de lo que el príncipe Napoleón había hecho. La impresión de estos sucesos, la de la salida de Palmerston del Gobierno, fué grandísima, como en Inglaterra, en toda Europa. Lord John Rusell, en sus interesantes explicaciones, censuró la conducta del secretario de Estado, que con preterición de la Corona, poniéndose en su lugar, daba parecer sobre el estado de los negocios en Francia. Negaba lord Rusell que constitucionalmente tuviera poder el ministro para obrar sin la sanción y la autoridad de la Corona en materia de la mayor importancia, como era ayudar y sostener, con la influencia de Inglaterra, el acto de Napoleón proclamándose presidente de la República en Francia: «asunto que pedía no sólo la opinión del primer ministro, sino el acuerdo del Gabinete y la sanción de la Corona».

«Preterida la autoridad de la Corona para un fin que el Gobierno no podía aprobar», lord John Rusell tuvo que manifestar á su noble amigo la imposibilidad de que continuase en el Gobierno (1). Bien comprendió Rusell, y no se recató en manifestar, cuánto aquello le debilitaba; y efectivamente, muy poco después caía, por votación adversa en una moción de Palmerston, y le sustituía el Ministerio conservador de lord Derby, que, convocados los comicios y elegida mayoría liberal, dejó paso al famoso Ministerio de coalición presidido por lord Aberdeen, y en el que figuraba nuevamente lord Palmerston, desmintiendo con su presencia los augurios de tantos como le consideraron perdido. Ni lo estuvo, según también suponían, en el real ánimo, disipados prevenciones y enojos y antepuesta á toda consideración personal la consideración real del

(1) *The Annals of our time by Joseph Irving.* London, 1876. McCarthy: *History of our own times.*

bien público. Y habría pronto Palmerston de ser, como primer ministro y director de toda la política, figura preeminente de la internacional, en los momentos críticos de la campaña de Crimea, de consecuencias tan gloriosas para la política inglesa. La reina veía rectificados los temores, causa también de quejas de Palmerston por su bélica política; veía además compensadas con creces las anteriores tristezas, las grandes amarguras que la causó sobre todo el ser escogido por blanco de censuras el príncipe consorte, á quien insistentemente atribuía la opinión participación activa que su posición no autorizaba. ¡Es tan difícil tirar línea divisoria, distinguir lo privado y lo público, en la vida de un palacio, donde apenas si hay nada que deje de trascender y de influir! Prueba á todas superior habría de sufrir Victoria, ¡contradicción incomparable! Las mismas glorias y triunfos de la reina hacían más sensible para la mujer la pérdida del amado consorte. Mejorada y realzada así por la tribulación, que tanto purifica y levanta, viéronla ya siempre sus súbditos en la más alta cima moral, lugar y condición de impersonalidad completa, que por lo mismo define y ofrece en pleno carácter de perfección la soberanía. Nada puede haber en lo humano que más sobre lo humano se alce y, semejando á mayor distancia, esté en mayor proximidad, en íntima relación con cuanto es esencial; y borrados los motivos segundos, las razones secundarias, los intereses subalternos, subsistiendo sólo lo permanente y lo grande, ofrezca un verdadero estado ejemplar de soberanía. Todos se sienten representados, todos asistidos desde el solio. Ni son como los de tantos otros países, que, faltos de preparación, tachan de indiferente pasividad la que es actividad, que rara vez se muestra, pero siempre obra y regula.

Únicamente en momentos señalados y críticos aparece la intervención del soberano, ministro sólo de los grandes empeños. Por lo demás, no está ausente nunca. Su influjo, no menos real por poco perceptible—¡son tantos los que no saben ver!,—es harto mayor obrando como causa primera y princi-

pal, que vive en todo y lo alienta y anima, que si, como algunos, miopes ó aprovechados, pretenden, desciende á ser alma de cada cosa ó fautor de cada interés. ¡Cuánto pudo decir la reina, cuánto podría contar su hijo el rey, con ser y todo tan educado el país y tan sentida y respetada en él la jerarquía y autoridad, de la dificultad que supone el contrariar ó el resistir á los que bullen, ó á los que simplemente están, alrededor del trono! Venciéndose en todo caso á sí mismo, es como alcanza el rey la autoridad mayor en obra de ejemplo, más que ninguna eficaz por ser sobre todas educadora. ¿Quién no ha notado por sí, en el círculo de sus experiencias, al ascender á posiciones de más representación y de mayor responsabilidad, cómo la preocupación de los intereses cede y el sentido del deber se aguza y fortifica? Ya sé que no siempre se da el mejoramiento por elevación... ¡Si á la de las posiciones acompañase la de los espíritus, ni los que se llamaron alcázares del poder, ni los que son palacios de la realeza, abundarían en tantas tentaciones y peligros! El oficio de reinar no tanto pide hoy energías activas, que sin superior discreción quizás comprometen, como energías pasivas—persistencia y frialdad,—que tal vez salvan; obra de menos apariencia y menos fácil además, pero de mayor mérito y de gloria sólida y positiva, que sabe sustraerse, rehuyendo vano similor, á las miradas de los curiosos y á los comentarios de los murmuradores. Pasajeras las campañas que envenenara la pasión, desvanecidas por sí mismas, consecuencia de lo que tenían de ficticias y de inventadas, la reina, que vió cómo se forjaban un día para deshacerse al siguiente, tranquila y reposada—firmísimo el asiento de su solio,—seguía atenta la noble agitación del país, lucha necesaria de ideas, batallar conveniente de partidos, que paraba en mudanzas de gobierno, lógicas y útiles por responder á definidos estados de opinión y á prácticas finalidades de política. Azares semejantes quebrantaban en otros pueblos las instituciones fundamentales, y las nuevas crisis de Gobierno en Inglaterra eran crisis del régimen en el Continente. El trastorno, mucho más gran-

de, no implicaba adelanto mayor; la perturbación dificulta el progreso. Libre de ese mal, Inglaterra, practica siempre su política, aprovechó los trastornos ajenos para el adelanto propio. El principio de no intervención, que tantas veces proclamaron Grenville, Canning y Peel, constantemente lo abandonó Palmerston, contrariando á la reina, al alentar á los progresistas españoles, á los revolucionarios franceses, á los republicanos de Italia, á los rebeldes de Hungría, á los patriotas polacos. Más que democrática simpatía, era manifestación de nacional orgullo, que halagaba sobremanera á la imaginación popular, ver á Inglaterra en oficios de *leader* de la libertad europea y contemplar los esfuerzos de las naciones del continente (en quiebra su régimen propio) por adoptarse el patrón constitucional inglés. Había más que eso: aunque de todo eso se prevaliera, había detrás el arte, la intención con que servía al egoísmo nacional (transformado de individual en colectivo, el egoísmo es condición patriótica) la política de Palmerston, constantemente conservadora en lo interior, en lo exterior liberal y reformista. ¡Y decir que todavía se sumaba al engrandecimiento británico la gratitud extranjera! No era constante, ni saludable y vivificador, el espíritu que soplaba en el Continente, fuga de opinión popular, intermitente arrebato, lo menos semejante á lo que son en Inglaterra, organizadas y dirigidas, las manifestaciones de la opinión, fuerza activa y persistente, influjo creador y fecundo.

Con todo, el régimen parlamentario inspiró dudas y recelos, incluso á grandes políticos é ilustres publicistas ingleses (1), en orden á las relaciones internacionales, á la política exterior, delicada y difícil, para tener que confiarse, según mudanzas de tiempos, á opuestos partidos, á distintos hombres. Y, sin embargo, patentes están los resultados de próspe-

(1) Life of the Prince Consort by Theodore Martin.—Monarchy and Democray by the Duke of Somerset, 1880.—*The Quaterly Review* y *The Edinburgh Review*, 1878.

ro y feliz suceso. Unidad en la idea, espíritu de continuidad en la obra, energía y perseverancia, lejos de sufrir daño con la intervención parlamentaria y la libertad de las discusiones, recibieron aliento y sostén de la opinión, y atendida por los reyes en su dirección y llamamientos, y en la gobernación por los ministros, ha sido parte principal al engrandecimiento de Inglaterra. Reparen los enaltecedores, sin medida, de las iniciativas reales, los que fían principalmente todo éxito de política exterior al personal ejercicio del poder soberano (origen indudable de responsabilidad abrumadora, bastante para turbar su acción, ya que no perturbara los destinos de la realeza), cómo por otras vías más seguras, con menos riesgos, con mayor eficacia, puede velar el rey por el interés de la nación en lo que tiene de más grande, permanente y continuo y, por consecuencia, de más propio, para comprendido é interpretado desde la altura. Al superior aviso, al sano advertimiento, á la previsora propuesta, avalorada, por añadidura, con el sello de tal autoridad, ¿qué voluntad ministerial se niega, qué interés de gobierno no se asocia? Para que no ocurra así, precísase que medien circunstancias y se estimen y pesen consideraciones que, en todo caso, bien está que susciten el problema de la confianza, momento señalado y crítico en que la preocupación y el esfuerzo de cuantos intervienen y, en último caso, la inspiración soberana, dan al acierto cuantas garantías caben en lo humano.

¡Qué sugestivo y singular contraste ofrecen, tipos perfectamente definidos de dos políticas, Inglaterra, donde todo sería razón de debilidad si el Gobierno por la opinión lo fuera, donde obra la política de tantas voluntades, tiene sin embargo firmeza y perseverancia la voluntad colectiva, y Rusia, entregada al imperio personal, á la voluntad, que semeja fortísima, de uno, y donde, sin embargo, llegada la ocasión de las más graves resoluciones personales, la voluntad superior, vacilante y débil, es fiel representación de la voluntad colectiva decadente y quebrantada! Y repárese, en tanto, cómo es vano entera-

mente huir de la representación, que por suprema ley á ella se vuelve: ella, al cabo, se realiza, sólo que en condiciones desfavorables para quienes, conociéndola, se niegan á su conveniente aplicación ó no procuran medios de lograrla.

¡Tristísima condición del poder absoluto, que, opresor, debilita más que á nadie, y con pesadumbre mayor, á quien lo encarna ó mantiene, Nicolás de Crimea ó Nicolás de Manchuria, contrariados ambos, en su inclinación noble y magnánima, vencidos en el más vivo querer de su ánimo, amante de la paz, antes que en Sebastopol ó en Porth-Arthur! ¡Qué injusta fama la del omnímodo poder! ¡qué triste realidad la de tamaña servidumbre, fatalismo de las cosas, que sólo se descubre en tan grande extensión desde esas eminentes alturas, donde parecía que principalmente se osaba contradecir!

En todo otro pueblo de los que, de antaño ó de poco acá, y con revelación súbita é impensada, forman la gran comunidad de los pueblos civilizados, en grado mayor ó menor se reconoce y aplica el principio de representación. Toma en Alemania forma que lo hace compatible con el carácter especialísimo de la federación, que necesariamente pide al soberano condiciones y atributos que compensen la vida propia de los Estados y aseguren su coexistencia en organización imperial, obra no sólo de los ejércitos victoriosos, sino de política fundada en el respeto de los Gobiernos á la representación del país, en la estabilidad de los cancilleres, que no tienen sólo el firme sostén de la Corona, sino el apoyo de la opinión.

Nada tan ocasionado á error y daño como el juicio superficial, la observación incompleta de las instituciones de los diferentes pueblos. Más aún que el régimen representativo norteamericano del parlamentario inglés, que le dió origen, se distinguen en el continente la monarquía representativa alemana y las parlamentarias de Italia y Bélgica. ¿Cómo no enaltecer ésta, ejemplar perfeccionado de notable cultivo intensivo, de adelanto social, que impulsan izquierdas y derechas,

predominantes éstas en la gobernación, con verdadera estabilidad de régimen? ¿Y cómo no volver la vista á Italia, á su política de *risorgimento*, obra de unión interior y de exterior influjo, alguna vez, por ambicioso, arriesgado, siquiera sea hoy mayor riesgo el de los radicalismos que trabajan, sociedad de plasticidad tan grande, aunque sea tamaña la flexibilidad de las formas políticas y la, no improvisada, ductilidad de los gobernantes?

Cierto que las evoluciones de la vida política en su nueva concepción, de límites más amplios, que ensanchan la acción del Estado y requieren su vigorización, hacen temer por el principio de libertad, objeto ya de tantas mermas, y con el que sufriría el de representación, de que aquél es alma, siéndolo ambos del ordenado progreso y de la social armonía. Toca así á los Parlamentos, garantía de libertades, ser su guarda y defensa, con lo que vienen á serlo (ellos, que tantos consideran y temen destructores) de los fundamentales principios de la sociedad. Sólo en esas condiciones libres cabe se mantenga el derecho, y con él y por él la armonía social, llamada á inmediata ruina en el desate y choque de intereses, si prevaleciera un régimen de fuerza. En varios lugares y ocasiones han ocurrido hechos y se presentan sobrados síntomas de cuánto es necesario prevenirse contra el mal que amenaza al Parlamento: teorías, ó negación de teorías, con que un falso sentido práctico aprovecha el descontento popular. Nace, sin duda, el descontento, queja ó protesta, de mal muy hondo, de grave crisis de la sociedad, cuyas nuevas necesidades no interpretan los Parlamentos, enviciados y decaídos en su pertinaz afición á la vana discordia política, al interés y la querella de partido. No es ese el espíritu que puede comprender y abarcar el nuevo y mayor contenido de aspiraciones, que, considerándose, por desatendidas, agraviadas, amenazan con protesta que, por lo mismo que viene de lo más hondo, pudiera tener fuerza para llegar á lo más alto. Poco será todo lo que puedan hacer cuantos han de poner mano en ello, si no se busca la raíz del

remedio en la intención sana y pura, en el proceder enteramente legal; remedios de origen, que predisponen al que los mismos Parlamentos han de tomar sobre sí, elevando su nivel moral, curándose del mal del verbalismo y de la peste de la intriga, de modo que tomen preferente lugar, en la consideración y en el discurso, las cosas que verdaderamente importan, siendo ellas sola razón de actitudes y de cambios, pospuestos el motivo personal, la intriga y la maniobra, que desnaturalizan el Parlamento, convirtiéndolo en laboratorio de tratos, componendas y combinaciones con que luego se ofrecen á la multitud, al gran *quorum* de la política moderna, cuadros que se dirían de magia si, desacreditadas esas artes, no carecieran de magia por completo para el fin de cautivar ó de entretener á las gentes por tal modo representadas. El ser la obra legislativa cada vez más extensa y delicada, recomienda á los Parlamentos, en la acción política, mayor moderación, cuidado especialísimo en no dejarse tentar por afanes de supremacía, contradictores de su propia naturaleza y carácter, imperialismos ó jacobinismos que no impunemente quebrantan principios esenciales, buscando en lo interior y en lo exterior dominaciones, que son manías de grandeza, ocasionadas á vértigos de altura á más no poder peligrosos. Trasunto la Constitución de la gran República Norteamericana de la inglesa, según se concebía y aplicaba en tiempo de Jorge III, tiene, amén de un Poder ejecutivo fuerte, ponderaciones bastantes á disminuir y contener el Parlamento, aunque no á limitar el poderío é influjo desbordantes de la nación; exceso de personalidad á que es parte la falta de otras naciones que emulen con ella ó se la opongan. Contradice la democracia en América sus primeros principios, aquellos con que se abrió paso, las doctrinas de sus clásicos definidores, apologistas y gobernantes; pero hay tanta y tan fuerte savia, y tiene tanto por donde esparcirse, que en lo que alcanza la vista no ha lugar al temor. ¡Qué distinta de la gran República del continente, de nuestra vecina, de nuestra semejante en tantas co-

sas, entre las que cuenta por mucho la falta de organización social y la sobra de organización administrativa, uniformada y uniformadora! Ni libertades locales, ni Corporaciones ó Institutos intermedios, fuerzas colectivas que son, á un mismo tiempo, realidades y manifestaciones de fecunda y espontánea vida nacional y garantía de que conserve lo peculiar y genuino de su estado y sér. ¡Ah! pero todo eso sería lo que estorbase, todo eso es más Monarquía que la misma existencia de un monarca; lo que se quiere es lo inorgánico, la masa fácil y dúctil para ensayo de modelados nuevos y caprichosos, propuesta de Gobiernos decididos ó imposición de asambleas convencionales.

No sé si con todo eso, más ó menos á la larga, se renueva el peligro del poder personal de que ante todo quiere huirse; pero ello es que se está ya bajo el peso de políticas enteramente personales. En tanto, se destruyen, es verdad, las condiciones propias á la existencia y florecimiento de las monarquías, que representando lo que tiene de esencial y de genuino el alma nacional, significan estabilidad y permanencia, al mismo tiempo que son garantía de mudar provechoso y de progreso positivo, atemperadas las condiciones del organismo político á las de organismo natural, con sana y fecunda vida propia. Normal y ordenado el funcionamiento, no tiene por qué salirse cada institución, ó su representante, de su objeto y destino, y todas las instituciones guardan en eficiencia un poder superior al que se precisa que actúe. Por modo eminente se ve esto en la institución real, que siempre deberá pesar mucho más por lo que puede hacer que por lo que haga, siendo esa indeterminada fuerza intensiva, energía en potencia y reserva de acción, unida al prestigio social é histórico, su mayor consideración y superior título. Por él suscita esperanzas y respetos, formas varias de adhesión digna y elevada que hacen á las monarquías origen de mayor beneficio, cuanto más se ensanche con el concepto de ciudadanía la base social, el cimiento de las representaciones electivas y populares.

Sólo hay, pues, motivos para rectificar la mezquina noción que presenta como términos antitéticos realeza y Parlamento, cuando es interés común que no subsista una pugna histórica, en que ya no sería tanto lo que una soberanía ganase á costa de la otra, como lo que ambas perdiesen. Porque se completan, debe á su coexistencia el arte de la política, fórmula la más feliz, grado el más extraordinario de adelantamiento, fábrica, verdadero arquetipo, que muestra la armonía y perfección de lo clásico: la monarquía parlamentaria inglesa. Ejemplo insuperable, vanamente intentado copiar por quienes no lo logran comprender. Ni cabe lo logren, si la atención no pasa de la superficie, se detiene en la exterioridad simétrica y fácil, no penetra en espíritu de tanta alteza y serenidad como el que trasciende en toda la obra, por eso tan ignorada de muchos de sus panegiristas y de los más de sus remedadores.

Tampoco en Inglaterra faltaron alguna vez, como queda dicho, quienes presentasen homenaje de adhesión fervorosa al trono, censuras y quejas del Parlamento. ¿Cómo desconocer la preparación, la autoridad de éste, para cuanto es política doméstica, ensanchada la acción desde el *burgo* y el *condado*, escuelas de ciudadanía, á toda la interior vida nacional?

Pero la política exterior, insistían, sus negociaciones, sus competencias, es algo malquisto con la publicidad, poco propio de la intervención parlamentaria. Es verdad que el Parlamento, á quien no toca nunca gobernar, pero sí dar recursos y medios de mantener ó negar confianza á los que gobiernan, tiene que habérselas de muy distinto modo en lo que atañe á cuestiones de política internacional. Y suele suceder que el peso de la responsabilidad superior impone moderación y respeto á los más rebeldes á tales yugos, y en la misma política francesa y en su Parlamento, donde andan tan sueltas las pasiones, enfrena la voluntad el patriotismo y es la política de negocios extranjeros, materia que une á los más distanciados y á todos da motivo de satisfacción y vanagloria.

De Inglaterra no hay que decir. Pues ¿no fué empeño de

los grandes parlamentarios, creación del Parlamento en tan gran medida y obra genuinamente nacional, la de su política exterior, que en ello precisamente cobra la fuerza y el aliento que piden las empresas de ese linaje? Mirada á distancia, se aprecia en toda su unidad y grandeza una política que pudo inspirar cuidado y recelos, por los lances y accidentes que pusieron en relieve las controversias de partido, durante los días de Gladstone y Disraeli, cuando los temas de política internacional eran motivo principal de contradicción, razón de diferencia que se acentúa en los novísimos tipos extremos de *Little englanders* y *Jinguists*, pero sin que los programas contrapuestos de los partidos, ni los alardes de los *ultras* (oposición más que de partido de temperamento) perjudiquen al desenvolvimiento de la política, ni en lo más mínimo quebranten ó mancillen las instituciones parlamentarias, realzadas en tal prueba.

Así, con ocasión de la reciente apertura del Parlamento, un gran periódico liberal podía congratularse de que la monarquía penetre con raíces cada vez más profundas en el corazón del pueblo, al notar, comentando el discurso de la Corona, expresión de las miras de los consejeros responsables, sobre quienes únicamente debe caer crédito ó descrédito, como desde el Congreso de Viena, nunca el Reino Unido estuvo en mejores relaciones con todos sus vecinos de ambos hemisferios. Cuando la reina Victoria, añade, empezó su ilustre reinado, lord Melbourne, el más pacífico de los primeros ministros, pudo decir que Inglaterra no tenía en Europa un solo amigo, y en cambio hoy tiene amigos y aliados». Pero notemos—ya en comentario propio—que los éxitos mayores los logró á pesar de su aislamiento, con razón calificado de espléndido; vinieron después simpatías y adhesiones, pero antes, en sí y por sí, había logrado prosperidad y fuerza. ¡Qué ilusión tan grande representa el querer alcanzar por ajenos bondadosos concursos lo que sólo puede obtener el propio esfuerzo, incluso para atraer ajena consideración! Por lo mismo que no hay que fiar en pu-

ros movimientos simpáticos, en desinteresadas cooperaciones, y aun para el logro de cooperaciones interesadas, precísase que de la política de relación internacional se forme concepto en el seno de la conciencia nacional, llamada á dirigirla por medio de los órganos de la representación á quien corresponde llevar la política, en los países de *selfgovernment*. ¡Cómo todo esto es difícil donde no está organizada la vida de la política, y se toman por opinión los que son simples accidentes de ella, movimientos de multitud, movida por meros impulsos sensibles! ¿Qué cabe prometerse de la sensibilidad, como principal motor, fuerza impulsora de ciega acción colectiva, que la individual, de los despiertos, de los avisados, aproveche para fines de personal interés ó para simple distracción del ocio del vivir? Aun en pueblos sin cabal concepto de la vida pública, sin número bastante de ciudadanos que sepan poner el deber político en consonancia con el interés nacional, según necesidad del régimen, ello es que el de opinión es único que cuenta, y mal que bien con él hay que vivir, y es vana pretensión la que lo desconoce ó lo niega.

Incontrastable el poder de la opinión, reina sin par de nuestro tiempo, mejorar y depurar su soberanía, tantas veces intermitente, desigual y caprichosa, tiene que ser principal, capitalísimo empeño. Para este noble fin corresponde hacer lo más á las voluntades de los menos, de los iniciados, únicos posibles iniciadores, á quienes ha de seguir la generalidad. Es característica de los pueblos atrasados el no moverse por sí, con acción reflexiva, sino por movimientos reflejos, con espíritu de imitación.

Nunca tanto puede decirse que dirigen las minorías: á bien que en todo país y ocasión, á ellas están reservadas las iniciativas superiores. Sólo será gran poder, y loable y fecundo, el de minoría directora, de acción bien encaminada, que inspire el desinterés. En caso contrario, cuente con influjo efímero y para ella misma dañoso.

Al cabo son lo más quienes son los más, y ellos han de

decir la última sentencia. Alguna vez tarda, pero siempre llega—no tiene límite de prescripción conocido,—la hora de las justicias. Quiso la de Dios, superior á todas, que, siquiera muchas veces se nuble, nunca se haya de borrar ni de extinguir el sentimiento de lo justo en la conciencia de los pueblos.

Pero si siempre la opinión, desatendida ó negada, tiene caminos más ó menos secretos por donde se abre paso y, en todo evento, extraordinarios recursos para hacerse oir, no es deseable que se pronuncie por revelación súbita é impensada, bajo influjo de estado pasional, hecho sensible por explosión ó sacudida. Tal pronunciamiento, aunque á veces salve, pero siempre destruye y perturba, y no es comparable nunca con opinión que natural y constantemente fluye, fuente que mana verdadera vida, y hace floreciente y lozana la de los países en que, así abiertos los naturales cauces á la opinión, se logran por ésta todas las ventajas y bienes propios del régimen parlamentario.

El Marqués de Figueroa

INFLUENCIA ESPAÑOLA SOBRE LA LITERATURA INGLESA

II

SENTENCIAS DIDÁCTICAS, PROVERBIOS FILOSÓFICOS Y APÓLOGOS EJEMPLARES

El capítulo anterior trazó el origen y nacimiento de la prosa castellana en el siglo XIII, y demostró que el carácter de la raza aborigen de la Península había impreso su huella sobre sus primeros productos literarios. Esto se demostró en la tendencia de toda forma literaria á degenerar en extravagancia de imaginación y florida exuberancia y afectación de vocablos. Esta tendencia se dejó sentir en la decadencia de las letras latinas bajo la dominación española, y en los últimos capítulos seremos testigos exactamente del mismo proceso de degeneración de las letras castellanas, á cuyo nacimiento hemos asistido, y cuyo desarrollo hemos de seguir ahora. Bajo Alfonso el Sabio, la prosa literaria castellana nació pura, tersa y sencilla. Pero había un carácter excelente y notable de su fondo y su forma á que debo prestar muy minuciosa atención. Hablo de su didactismo sentencioso. Cada uno de los libros de Alfonso X tenía por objeto la enseñanza de algo, mediante aforismos breves y autoritarios, que á veces eran glosados y expuestos, como lo son los textos en los sermones breves. Siempre era el sabio ó el anciano instruyendo al joven ó al inexperto. Mucho antes de la venida de los moros, Séneca el joven

y muchos otros autores latinos y griegos antes de él, habían escrito aforismos didácticos de esta manera. Las formas clásicas que habían dominado en toda la Europa culta antes de que el Imperio romano se desmoronase, habían derivado primitivamente del Oriente, donde la sentencia didáctica, el proverbio ó la parábola corta era la forma tradicional adoptada para la transmisión de la sabiduría y la experiencia, y era una de las pocas tradiciones que todavía existían en Europa en las sombrías épocas que sucedieron á la desaparición del poder romano. Mas, como vemos al comenzar el renacimiento italiano, la austeridad y sencillez directa de la parábola ó apólogo se habían perdido durante los muchos siglos que habían pasado desde que había abandonado su cuna oriental. En España fué de otra suerte. Como hemos visto, allí, cuando la cultura cristiana llegó á su apogeo y desaparecieron las antiguas formas, los árabes y judíos introdujeron otra vez desde el Oriente, pura y fuerte, la sencilla tradición de la transmisión de la sabiduría y experiencia por medio de sentencias autoritarias ó parábolas, conteniendo cada una una lección moral aislada. La nueva prosa literaria castellana, creada por Alfonso, tomó de una vez una forma mucho más didáctica y sentenciosa que cualquier otra literatura europea, porque el rey se vió obligado á volver, para los modelos y originales, á la única erudición que sus súbditos conocían, á saber: los textos hebreos, árabes, sánscritos y persas, que durante cuatro siglos habían sido el alimento intelectual de los sabios españoles meridionales de varias razas. Esto, en consecuencia, fué una nueva introducción de la influencia oriental en la literatura europea por medio de España, y, como veremos más tarde, propagó ampliamente los proverbios en forma didáctica por el mundo civilizado, y no menos en Inglaterra.

Señalaremos cómo algunas de estas primeras obras vinieron del Este á España, y cómo de aquí se transmitió el gusto por la sabiduría proverbial al resto del mundo. En los primeros siglos se llevó á Persia y se tradujo al persa antiguo

una colección de fábulas orientales, escritas en sánscrito y llamadas las *Fábulas de Pilpay* (ó Sindabad). De aquí se abrió camino hasta Siria por el cercano Oriente y se hizo un libro popular. Las versiones hebreas y arábigas de ella existían en Córdoba, en tiempo de los califas, y en 1257 Alfonso el Sabio, mientras fué príncipe, ordenó que la versión arábiga de Abdallah ben Al Mocaffá se tradujese al castellano. Puedo decir que dos siglos antes de éste, el libro había sido traducido al griego, y muchos años después se sirvieron de la versión griega los italianos y otros sabios que introdujeron de nuevo las historias en Europa. Pero la traducción española, que se llamó *Kalila y Dimna*, los nombres de los personajes que alternan en contar la historia, fué la primera que se hizo en lenguaje moderno, y llegó á ser un libro popular en España y fuera de España. Cada historia, como de costumbre, sirve para inculcar una lección ó moral particular, y la versión española es correcta é interesante. Si cualquiera se toma la molestia de leer los cuentos españoles contenidos en ella y luego hojea la versión inglesa de Mr. Keith Falconer, traducida literalmente del texto siríaco (1), se verá cuán inconfundiblemente el espíritu español se infundió en el cuerpo oriental de la obra en su forma de *Calila è Dimna*. Los cuentos son en su mayor parte demasiado largos para citarlos aquí, pero á veces se introducen unas pocas anécdotas accesorias para inculcar alguna moral secundaria. El siguiente es un ejemplo: «Dicen que un mancebo amaba la mujer de otri, et la mujer habia fecho un caño desde su casa fasta la calle, cerca del pozo do tienen el agua et aparejó una puerta al caño con miedo que si su marido viniese asoras que posiese á su amigo et que lo cerrase desuso. Asi que un día seyendo su amigo con ella, dijeronle que su marido estaba á la puerta. Díjole la mujer: «Sal apriesa por el caño que está cerca del pozo.» Et el detuvose de ir á aquel logar, et acaesció que el pozo era caido, é tornose á ella é díjole: «Yo

(1) Cambridge, 1885.

ya llegué fasta el pozo, et fallelo caido.» Dijo la mujer: «Non te dije yo del pozo, salvo por te guiar ende al caño; aguija et vete.» Dijo él: «Non debieras tu decir cerca del pozo, pues yo habia de ir al caño.» Dijo ella: «¡Guay de ti! escóndete é vete é deja la locura de ir é venir.» Dijo él: «¿Como iré habiéndome tu conturbado?» Et non cesó de decir fasta que entró el marido, et prendiolos, et firiolos muy mal, et levolos presos ante el rey.»

La lección es aquí que en cuestiones de importancia no hay que disputar acerca de detalles, sino entrar en el asunto principal.

Muchos de los apólogos son fábulas de animales, no distintas de las de Esopo, cuyas fábulas también son primitivamente orientales, y en la versión española de *Calila è Dimna* se descubre la influencia oriental. Casi contemporánea de esta colección fué otra que aún se hizo más popular. Esta fué la adaptación hecha por el príncipe Fadrique, hermano de Alfonso el Sabio, de una serie de historias morales traducidas del sánscrito al árabe, llamadas *El Libro de Sindabad ó los Siete Sabios*. Fadrique dió á esta colección el nombre poco galante de *Enganños et assayamientos de las mugieres* (del cual se ha publicado una traducción en inglés por la Sociedad Inglesa del Folk-Lore). La forma de filosofía proverbial y ejemplos morales se popularizó desde entonces por toda Europa. Este *Libro de los Siete Sabios*, por ejemplo, fué traducido á todos los idiomas modernos, y las anécdotas, transformadas para ajustarse á las costumbres y teorías de los diversos pueblos, entraron á formar parte del lenguaje de todos los países. Lo mismo puede decirse de los libros que salieron de las anécdotas morales. Esos libros tomaron la forma de colecciones de aforismos, escogidos de los discursos contenidos en los grandes libros, y en muchos casos también de recuerdos de primitivos proverbios didácticos de los hebreos. Al cabo de algunos años de la muerte de Alfonso el Sabio, salieron á luz *Poridad de Poridades*, *El libro de buenos proverbios*, *Flores de la Filoso-*

fía y *Bocados de Oro,* y *Bocados de Oro* fué traducido después al inglés por Lord River, que estuvo en España durante el largo sitio de Granada. Cuando Caxton comenzó á imprimir, uno de los primeros libros que publicó fué una colección de estos proverbios, llamados *Dictos* y *Dichos de los filósofos*, muchos de los cuales fueron tomados de la traducción del español de Lord River, y muchomás de los libros españoles orientales ya mencionados traducidos al francés. Así estas perlas orientales de la sabiduría, fáciles de aprender y fáciles de recordar, entraron á formar parte de la sabiduría común de la vida que poseían todas las personas educadas; y hasta fines del siglo XVII, como veremos más adelante, se considera como una acción distinguida para un caballero poder compilar una colección de sentencias, como se llamaban, ya originales, ya extractadas de las obras de algún autor renombrado. En realidad, hubo hace poco una resurrección de esta moda en Inglaterra, donde es ahora común ver *Libros de natalicio* ó *Bellezas* de los autores modernos. Pero fué principalmente de España, que estaba en contacto renovado con el Oriente, de donde vino el entusiasmo por la forma sentenciosa. Tan fuerte era el influjo del proverbio sentencioso sobre los españoles, que hasta su florida poesía satírica iba ataviada con él. Las grandes sátiras de López de Ayala (*Rimado de Palacio)* y del Arcipreste de Hita, un Rabelais primitivo, estaban llenas de cuerdos refranes para inculcar su moral. Acaso los dos ejemplos más notables del proverbio rimado son la colección, famosa en todo el mundo, de los *Proverbios morales* del judío español el Rabbí Sem Job de Carrión, cuyos 680 versos fueron escritos para Alfonso XI en el siglo XIV, y la colección de *Proverbios* del Marqués de Santillana, escrita cincuenta años después.

Puede citarse un ejemplo ó dos de cada uno, y se verá cómo, directa ó indirectamente, la moral se nos ha hecho familiar. Un pensamiento, por trillado y evidente que pueda parecernos á causa de nuestra familiaridad con él, no era trilla-

do cuando fué puesto en circulación por vez primera. Léase, por ejemplo, este cuarteto de Sem Job:

Quien los vientos guardare
Todos, non sembrará.
Quien las nubes catare
Jamas non segará.

El oficio al hombre
es joya prestada.
Costumbre buena y nombre
es suya apropiada.

Al Rey solo conviene
usar de franqueza
Que seguranza tiene
de non venir en pobreza.

El fino acero sano
sale de rota vayna
Y del fino del gusano
se fase seda fina.

Más francamente didáctica en su objeto fué la otra serie de proverbios rimados que mencioné. Fueron escritos por un gran noble y poeta que vivió cincuenta ó sesenta años después de Sem Job, y murió en 1458, Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, que también procedía de Carrión. De su lírica, inspirada por modelos italianos, no es necesario hablar aquí; pero en sus cuentos populares *Refranes que dicen las viejas tras el fuego* y en sus *Proverbios Rimados* se revela como un verdadero español, en quien todavía ejercían gran influjo las antiguas tradiciones. Estos proverbios fueron escritos para la instrucción del príncipe castellano que después fué Enrique IV el Doliente, y, como todos los demás que he citado, inculca una lección moral. Hay un punto de unión con ellos que demuestra cuán persistente fué la tradición oriental de la instrucción transmitida por máximas. En el *Libro de los Ejemplos*, en *Kalila y Dimna* y en otros se indicará que la mera enunciación del ejemplo no era suficiente para inculcar su

lección; debe seguir siempre (ó preceder, como en el *Libro de Patronio)* la explicación del texto, una especie de sermón que se explana sobre la lección transmitida. Lo mismo sucede en los proverbios de Santillana.

Cualquiera pensaría, por ejemplo, que este versito contenía una lección bastante clara:

No rehuses recibir
al contrito.
Ni te plega al aflito
afligir.
Que flaqueza es perseguir
al que huye,
y ánimo al que destruye
resistir;

sin embargo, se saquean los textos de media docena de filósofos clásicos (no tiene que decirse que lindamente escritos) para páginas de «glosa» ó exposición de la sencilla y suficiente lección.

El ejemplo del rey erudito (no muy alentador, porque políticamente fué más desgraciado) fué seguido, como era natural, por sus sucesores. Como es costumbre en esos casos, en los siglos XIII y XIV llegó á ser moda entre los nobles escribir algo, y ese algo había de ser en su mayor parte, como es natural, imitaciones de los modelos existentes. El hijo de Alfonso, Sancho el Bravo, aunque toda su vida estuvo ocupado en pelear, tuvo tiempo para escribir libros. Además de la traducción de algunas obras latinas y francesas que ordenó, escribió él mismo dos libros que pueden señalar el rumbo de la cultura española poco después de la muerte de Alfonso el Sabio. El primer libro de Sancho el Bravo se llama *Lucidario*, y su objeto es comparar la instrucción divina y humana. El plan del libro supone á un estudiante, que vive en un sitio donde hay muchas escuelas de varias ramas de la instrucción, deseando investigar las cuestiones y dudas que ocurren en las clases. Trata de hacer esto discutiendo los puntos con su ayo, que se

esfuerza en dilucidar lo que el estudiante juzga obscuro ó difícil de comprender. A todas las ciencias y artes, desde la teología hasta la retórica, pasa revista el curioso estudiante, y las expone el omnisciente tutor; y el modelo de este y y muchos otros libros así escritos en España desde el siglo XIII hasta el siglo XV puede verse con pocas variaciones en nuestro *Sandford and Merton* y obras semejantes. Sancho el Bravo escribió otro libro, notable como el precursor de una escuela de literatura didáctica que después floreció excesivamente, no sólo en España, sino también en Italia, aunque nunca en sumo en Inglaterra. Me refiero á los libros encaminados especialmente á enseñar moralidad, arte de gobernar y perspicacia á los jóvenes príncipes y nobles. Con mucha frecuencia los daban los soberanos, ó viejos, ó moribundos, ó los ministros á sus hijos. El libro de Sancho el Bravo, que se llama *El Libro de los castigos é documentos*, fué escrito tres años antes de su muerte, en 1292, para la dirección de su hijo el príncipe Fernando. Contiene 50 capítulos, en los cuales se desenvuelve una completa guía de conducta moral y religiosa en todas las circunstancias de la vida pública y privada; reglas para la dirección de los asuntos políticos, para la administración de los hombres y para el buen proceder en la paz y en la guerra. Como muestra del tono de estos consejos, citaré uno de los capítulos de Don Sancho:

Que fabla quant buena cosa es cordura é como es fija del buen entendimiento.

«Mío fijo: mete mientes en quant buena cosa es cordura. La cordura es fija del buen entendimiento; ca ninguno home non puede ser cuerdo si entendido no es. Por cordura es el home guardado de muchos peligros, en que podría caer á su gran danno. Cordura da al home grant açosiego: primeramente en su corazón é en los movimientos que face en su cuerpo, é en sus manos, é en los fechos de su facienda. Así como la

cobdicia es raíz de todos los males, así el contrario desto, la cordura, es la raíz é aumento de todos los bienes. Por cordura enriquesce el home: ca ninguno non puede ser rico si asosiego de cordura non ha en sí, é en la su facienda. Pues por ende la cordura en sí mesma da asosiego con su verdad é non anda con ella bulliendo. Por cordura se da el home por firme en las cosas que ha de decir é de facer, é extremase por ella del arrebatadizo et movedizo que se mueve livianamente con mal seso. La cordura es peso de balanza, en que pesan al que la su pro ó su daño trae. La cordura tuelle las cosas peligrosas, é de gran ventura, é da las provechosas. La cordura da al home buena fama y tuellele de la mala. La cordura endereza la facienda del home en este mundo é la pro de su alma para el otro mundo que muera en buen estado. La cordura tuelle los malos pensamientos é desvía los malos que dellos podrían nascer» (1).

Aquí veis que á una proposición moral se agrega una serie de aforismos separados: todos los cincuenta capítulos de Don Sancho están elaborados de la misma manera. Primero se enuncia una verdad y luego se expone sentenciosamente en sus varios aspectos. Cualquiera de estos aforismos podéis verlo en intrincados caracteres árabes grabado en las puertas de las ciudades orientales, en los frisos ornamentales, y hasta en la alfarería ó vajilla oriental hoy día; mientras que los mejores y más epigramáticos de estos aforismos se han cristalizado en forma de proverbios filosóficos, que estuvieron de moda en Europa desde la época de los califas de Córdoba hasta Martín Farquhar Tupper.

Desde España se extendieron á todos los extremos de Europa estos aforismos didácticos, y un poco más tarde, como veremos, el breve cuento ó fábula moral.

He hablado de Alfonso el Sabio, de su hijo Sancho el Bra-

(1) A continuación inserta Hume una elegante traducción inglesa de este párrafo. Yo, como es natural, la suprimo.—E. G. B.

vo y de su hermano el príncipe Fadrique, y de su actividad literaria. Había, sin embargo, otro miembro de su familia cuyo puro genio literario sobrepujó con mucho á cualquiera de ellos: el sobrino de Alfonso, el príncipe Don Juan Manuel, que, siguiendo el ejemplo que se le presentaba, ó más bien mejorándolo, escribió una serie de libros didácticos de la mayor importancia, y uno que siempre debe considerarse que hizo época en la historia literaria. Me refiero al *Libro de Patronio*, ó como se llama usualmente, el *Conde Lucanor*. Antes de tratar de este libro detenidamente, deseo hacer mención de algunas otras obras de Don Juan Manuel, que ejercieron gran influencia fuera de España. El autor había nacido en 1228, y aunque estaba comprometido en turbulentas intrigas, guerras y política durante toda su vida, se las compuso, sin embargo, para escribir catorce libros, de los cuales todavía se sabe que existen nueve, á saber: el *Libro de la caza*, el *Libro del caballero et del escudero*, el *Libro de la Asunción*, el *Libro de las Tres Razones*, dos crónicas, el *Libro de los Estados*, el *Libro de los Castigos* y el inolvidable *Conde Lucanor*. Por los títulos se comprenderá que todos son didácticos, aunque distintos en la forma de las adaptaciones orientales que les habían precedido.

Deseo fijar especialmente la atención en los tres últimos libros que he mencionado: el *Libro de los Estados*, el de los *Castigos* y el *Conde Lucanor;* los dos últimos escritos para la instrucción y entretenimiento de su hijo. El *Libro de los Estados* de Don Juan Manuel nos ofrece varios puntos muy interesantes. El libro es didáctico, naturalmente; y se supone que representa la educación de un príncipe pagano por su tutor, que, siendo incapaz de responder satisfactoriamente á las preguntas del muchacho, pide el auxilio de un sacerdote cristiano. En la discusión y exposición de las varias dudas sugeridas por el discípulo trátanse todos los puntos posibles de ética política y religiosa; y se comprende que el libro fuese un monumento de sabiduría en España y en el extranjero. Pero lo más intere-

sante de él es esto. La mayoría de los ejemplos están tomados naturalmente de fuentes orientales, que se habían filtrado en España por medio de los judíos y de los moros, y entre otras está la famosa leyenda de Barlaam y Josaphat. El libro de Juan Manuel se hizo popular en toda Europa. Se sostuvo que la historia era cierta, y los santos mártires Barlaam y Josaphat de la India fueron canonizados. Don Juan Manuel, de acuerdo con otro autor de su época, parece haber tomado la idea de esta leyenda de una versión árabe de una obra sánscrito-budista. Josaphat (ó más bien Yudasatf) es la forma arábiga de Buda. Esto da una idea de la forma extraordinaria en que se propagaron por Europa estas leyendas orientales y las extrañas variaciones que sufrieron al pasar del ambiente budista al mahometano, judío ó cristiano. Antes de pasar á la consideración del famoso *Libro de Patronio*, de Don Juan Manuel, puede hacerse alusión á otro autor que escribió en un estilo semejante al de Don Juan Manuel algo después, y que también utilizó esta versión árabe-budista de Barlaam y Josaphat, más inconfundiblemente aún que Don Juan Manuel. Me refiero á Clemente Sanchera en su *Libro de los Enxemplos*. Este *Libro de los Enxemplos* es quizás el más interesante de la serie. Muchas de las anécdotas, acaso la mayoría de ellas, están tomadas de un libro en latín, llamado la *Disciplina Clericalis*, por Petrus Alphonsus, que era en realidad un judío convertido de Huesca en España, llamado Rabbí Moseh Sephardí, cuyo libro lo imprimió Caxton en Inglaterra. El *Libro de los Enxemplos* contiene un inmenso número de cuentos cortos, en su mayoría religiosos; y en él puede encontrarse el germen de muchos cuentos de Boccacio, de los fabulistas franceses y de Chaucer, aunque tal vez en la mayoría de los casos llegan á nosotros por la versión francesa é italiana más bien que por la española. Cada cuento va precedido de una pequeña copla rimada, que expone la moraleja contenida en la anécdota. Puede escogerse una de las más breves para dar una idea del estilo:

La limosna da gran crescentamiento
que por una cosa trae ciento.

Una mujer fué en Inglaterra muy pobre, que cosa deste mundo non habie salvo una vaca: é estando en una predicacion, oyó al predicador que Dios prometiera al que diese una cosa en limosna, que le daria en este mundo ciento por ella. Ella vendió su vaca é dió todo el prescio á los pobres, cobdiciando haber por ella otras ciento. Un dia estando á la puerta del obispo á pedir limosna, é con otros pobres esperándola, parose el obispo á su siniestra á los mirar, é vió delante de aquella mujer arder una candella de lo cual se maravilló mucho ó creyendo que esto era por alguna santidad que habie en ella, fizola llamar é venir á él é comenzole á preguntar para saber quien era ella. E dijole: «Una mujer pecadora soy, que non sé bienes ningunos en mi, salvo que una vegada, oyendo predicar que á todos los que daban limosna por Dios él les daba por una cosa ciento, aun en este mundo, vendi una vaca sola que tenia é dila á los pobres, esperando ciertamente que se cumplirie en mi esta palabra de Dios, é que por aquella vaca me daria ciento.» El obispo maravillándose mucho de su simpleza é gran fé, é como la bondad de Dios le ficiera cognoscer esta mujer por tan gran miraglo, por esto que era voluntad de Dios que se cumpliese en ella el dicho del Evangelio, lamó á su despensero é mandole que le diese cien vacas, é ella recibiólas é fuese muy alegre.»

Ahora podemos volver al príncipe castellano, Don Juan Manuel, y á su gran obra *El libro de Patronio*. Se habrá notado que hasta esta época el apólogo oriental ó cuento moral, en manos de malos escritores, no cambió mucho cuando se tradujo al español. Era sencillo, directo y bíblico. Pero Don Juan Manuel fué uno de los grandes genios de su época, y su libro, escrito á principios del siglo XIV (recuérdese bien), es uno de los libros que hacen época en el mundo. Aparte del español elegante y genuino en que está escrito, los cuentos mismos han tomado en muchos casos garbo español; el espíritu que se

oculta tras ellos no es ya el del sabio sencillo y patriarcal que dice sus palabras de sabiduría en parábola alegórica, sino el de un hombre de mundo que ha vivido y visto mucho, una inteligencia perspicaz, con los rasgos característicos de un español: sátira, sutileza y florido lenguaje. La parte primera ó completa del libro consta de cincuenta y una historias, que se suponen contadas por el filósofo Patronio á un príncipe (el conde Lucanor). Estas historias contienen el germen de muchas posteriores que se han hecho populares (1). Boccacio, que escribió sólo algunos años después, probablemente no copió directamente de Don Juan Manuel; pero el honor de ser el precursor de la moderna novela corta, realista, debe atribuirse al príncipe español. El libro fué enormemente popular, y sus versiones se abrieron camino en Francia é Italia, y de aquí muchos de los cuentos importados á Inglaterra. En más de uno de los *Canterbury Tales* (2) puede observarse la influencia de Don Juan Manuel. Calderón, el dramaturgo español, tomó de él algunos planes, y, como es natural, Le Sage y otros franceses semejantes copiaron los cuentos dándolos como suyos. Pero el ejemplo de más interés para nosotros es el germen de la historia de Shakespeare: *Taming of the Shrew*. Es poco probable que Shakespeare pueda haber conocido la historia directamente; pero mucho antes de su época, los cuentos de Don Juan Manuel habían sido traducidos, adaptados y copiados extensamente en Francia é Italia; y no hay dificultad en creer que la siguiente historia del *Conde Lucanor* es el origen, al menos indirectamente, del *Taming of the Shrew (La fierecilla domada)*.

(1) Los cuentos de Don Juan Manuel están sacados indudablemente de orígenes orientales, aunque muchos de ellos no pueden leerse en los originales. Cuatro de ellos están tomados evidentemente de *Calila é Dimna*, dos de *Disciplina Clericalis*, obra del judío convertido de Huesca, Rabbi Mosch Sephardi, varios de *Al Makkari* y uno del *Libro de los castigos*, por Sancho el Bravo.

(2) *Cuentos de Cantorbery*, obra del primer gran poeta inglés Chaucer.—E. G. B.

Después de detallar las circunstancias que condujeron al matrimonio del joven moro con la fiera, la historia continúa así:

«Et luego que ellos fincaron solos en casa, asentáronse á la mesa, et ante que ella hobiese decir cosa cató el novio en derredor de la mesa, et vió un su alano, et díjole ya cuanto bravamente: «Alano, dadnos agua á las manos.» Et el alano non lo fizo, et él se comenzó á ensañar, et díjole más bravamente que le diese agua á las manos et el perro non lo fizo. Et desque vió que non lo facia, levantose muy sañudo de la mesa, et metió mano á la espada et endereszó al alano; et cuando el alano le vió venir contra sí, comenzó á foir, et él en pos dél, saltando amos por la ropa et por la mesa et por el fuego; tanto andovo en pos dél, fasta que lo alcanzó, et cortole la cabeza et las piernas, et los brazos, et fízolo todo piezas, et ensangrentó toda la casa et la ropa et la mesa; et ansi muy sañudo et ensangrentado tornose á la mesa, et cató al derredor, et vió un gato, et mandó que les diese del agua á las manos; et porque non lo fizo díjole: «¿Cómo, don falso traidor, no viste lo que fice al alano, porque non quiso facer lo que mandé? Yo prometo que si un punto más porfias conmigo, que eso mesmo faré á ti que al alano. Et porque non lo fizo, levantose, et tomole por las piernas et dió con él á la pared, et fízole más de cien pedazos, mostrando muy mayor saña que contra el alano. Et asi bravo et sañudo, faciendo malos continentes, tornose á sentar la mesa, et cató á todas partes; et la mujer que le vió esto facer, tovo que estaba loco et fuera de seso, et non decía nada. Et desque hobo catado á todas partes, vió un su caballo que estaba en casa, et él non había más de aquel, et díjole bravamente que le diese agua á las manos, et el caballo non lo fizo. Et desque vió que non lo facía, díjole: «¿Como, don caballo, cuidades que porque non he otro, sinon vos, que por eso vos dejaré si non ficieredes lo que vos mandare? Que tan mala muerte vos daré como á los otros, et non ha cosa viva en el mundo que non faga lo que yo mandare, que ese mesmo le non

faga.» El caballo estuvo quedo, et desque él vió que non facía su mandado, fué á él et cortole la cabeza, et con la mayor saña que podía mostrar, despedazábalo todo.»

«Et cuando la mujer vió que matará al caballo non habiendo otro, et que decía que esto faría á cualquier cosa que su mandato non ficiese, tovo que esto ya non se facía por juego, et hobo tan grand miedo que non sabía si era muerta ó viva. Et él así bravo et sañudo et ensangrentado, tornose á la mesa, et jurando que si mil caballos et homes et mujeres él hobiese en casa que le saliesen de mandado, que todos serían muertos, asentose et cató á toda parte, teniendo la espada ensangrentada en el regazo. Et desque cató á una parte et á otra et non vió cosa viva, volvió los ojos contra su mujer muy bravamente, et díjole con grand saña, teniendo la espada sacada en la mano: «Levantaos et dadme agua á las manos.» Et la mujer, que non esperaba otra cosa sinon que la despedazaría toda, levantose muy apriesa et dióle agua á las manos, et díjole: «¡Ah! cómo agradezco á Dios porque fecistes lo que vos mandé; ca de otra guisa, por el pesar que estos locos me ficieron, eso hubiera yo fecho á vos que á ellos.» Et después mandole que le diese de comer; et ella fízolo, et con tal son se lo decía, que ella cuidaba que la cabeza era ida por el polvo; et así pasó el fecho entre ellos aquella noche, et nunca ella fabló, más facía todo lo que él le mandaba. Et desque hubieron dormido una pieza, dijo él á ella: «Con esta saña que hobe esta noche non puedo bien dormir; catad que non me despierte cras ninguno, et tenedme bien adobado de comer.» Et cuando fué grand mañana, los padres et las madres et los parientes allegáronse á la puerta, et en cuanto non fablaban ninguno, cuidaron que el novio estaba muerto ó ferido; et desque vieron entre las puertas á la novia et non al novio, cuidáronlo más, et cuando la novia los vió á la puerta, llegó con paso muy quedo, et con grand miedo, et comenzóles luego á decir: «Locos traidores, ¿qué facedes et como osades llegar á la puerta? Non fablad, callad; sino también vosotros, como yo, todos somos muertos.»

Et cuando todos esto dijeron, fueron muy maravillados; et desque supieron cómo pasaran en uno aquella noche, preciaron mucho al mancebo, porque así supiera facer lo que le complía et castigara tan bien á su casa; et de aquel día adelante fué aquella mujer tan bien mandada, et hobieron muy buena vida».

Aunque la tramoya de estos cuentos es semejante á la de las otras colecciones que he mencionado, á saber, el sabio didáctico que enseña á un príncipe joven por medio de fábulas, es evidente que aquí el punto principal es la historia más bien que la aplicación que la precede, estando la moral limitada á una nota al final que dice que el conde Lucanor quedaba complacido con la lección que le había leído Patronio; y como Don Juan juzgaba bueno el ejemplo, inscribía en su libro con este verso, y entonces seguíase una copla que contenía la moraleja. Será útil comparar la manera de Don Juan con la de Chaucer. Se notará que en cada caso la presentación es genuina y personal, y aunque las obras se diferencian tan ampliamente como las personalidades de los autores, es evidente que el estilo de anécdota que había adoptado Chaucer le había venido de un origen donde era grande el influjo de Don Juan Manuel. El apólogo español oriental con su lección aplicada fué la inspiración indirecta, más bien que la anécdota italiana sin moraleja que había venido de los autores clásicos y había sido despojada de su aplicación práctica en lo sucesivo.

Otro curioso ejemplo del cambio internacional de estas anécdotas y de la moda dominante en todos los países en aquella época, es el caso de una curiosa obra llamada *El libro de los gatos*, el libro más popular de apólogos morales que se publicó en español en el siglo XIV; pero es una traducción de cierta colección de cuentos escrita en latín por un fraile inglés llamado Odo de Cheriton. Dónde bebió éste su inspiración no se sabe, pero es probable que fuese del latín. De todos modos, *El libro de los gatos*, que es el título de la versión española, es perfectamente español, aunque completamente oriental en la

insistencia sobre la moraleja de cada anécdota. Una de ellas cuenta cómo un hombre encontró á otro que estaba arando y había uncido algunos escarabajos á su arado como si fuesen bueyes. En respuesta á la sorpresa expresada por éste, el labrador dice que todo lo pequeño ayuda. Pero la moraleja es que cuando acabó de arar y los escarabajos fueron desuncidos, se negaron obstinadamente á volver á la comodidad de la granja con el hombre y sus bueyes, prefiriendo quedarse en el campo. De igual manéra, como dice la moraleja, algunos hombres, aunque hayan sido castigados por Dios, prefieren seguir en pecado antes que volver al buen camino. Como ejemplo de esta clase de historias que formaban una gran parte de la lectura de los siglos XIV y XV, puede citarse otro breve apólogo de este *Libro de los gatos*, que demuestra la transformación sufrida por el apólogo oriental después de haber pasado por un ambiente español, así como por un ambiente inglés.

«En un monesterio había un gato que había muerto todos los mures de la casa, salvo uno que era muy grand, el cual non podía tomar. Pensó el gato en su corazón en que manera lo podría engañar que lo pudiese matar; é pensó en ello tanto que acordó entre sí que se ficiese facer la corona é que se vistiese hábito de monje é que se asentase con los monjes a la mesa, é estonce que habría derecho del mur; é fízolo ansí como lo había pensado. El mur, desque vió el gato comer con los monjes, hobo muy grand placer, é cuidó pues el gato era entrado en religión, que dende adelante que le non faría enojo ninguno; en tal manera que se vino don mur á do los monjes estaban comiendo é comenzó á saltar acá é allá. Estonces el gato volvió los ojos como aquel que non tenía ya ojo á vanidad nin locura ninguna; é paró el rostro muy acordo é muy homildoso; et el mur desque vió aquello fuese llegando poco á poco, et el gato desque lo vió cabe sí, echó las uñas en él muy fuertemente é comenzole á apretar muy fuertemente la garganta. E dijo el mur: «¿Por qué me faces tan grand crueldad

que me quieres matar siendo monje?» Estonce dijo el gato: «Non prediques agora tanto, porque yo te deje; ca, hermano, sepas que cuando me pago so monje, é cuando me pago calonje, é por esto fago ansí.»

Odo de Cheriton no fué el único inglés cuyas obras se tradujeron al español en estos tiempos. Hubo un Roger Hovenden en el siglo XII que escribió en latín un libro de forma didáctica, y de este libro hay en la biblioteca del Escorial una traducción del siglo XIV titulada *El espejo de Legos*, y en el capítulo sobre literatura pastoril se notará que la famosa *Confessio amantis* de John Gower en inglés fué traducida también al español en el siglo XIV.

Así, tenemos en España, y de aquí difundiéndose por Europa desde el siglo XIII en adelante, una gran masa de literatura didáctica y proverbial en contacto más inmediato con las primitivas fuentes orientales que la literatura análoga del renacimiento italiano, que bebió su inspiración en adaptaciones griegas y latinas. Pero aun las formas italianas fueron modificadas en parte por el orientalismo español. *El príncipe*, de Machiavelo; *El cortesano*, de Castiglione; las *Máximas de Estado*, de Botero, y muchas obras semejantes, encaminadas á la instrucción de los jóvenes príncipes italianos, y populares por toda Europa como la quintaesencia de la sabiduría, están claramente inspiradas por las obras españolas ya mencionadas. Todo esto, como es natural, influyó indirectamente en la literatura inglesa, en común con las otras. Pero llegó una época, en el siglo XVI, en que la influencia del pensamiento y de la forma española sobre las letras inglesas fué directa y extensa.

La venida de Catalina de Aragón á Inglaterra trajo aquí obispos, profesores y cortesanos españoles junto con libros españoles y formas de pensamiento, aunque el latín era la lengua en que escribían y hablaban la mayoría de los ingleses. Uno de estos españoles, el famoso latinista Luis Vives, que fué el gran amigo de Sir Thomas More, profesor de Oxford y

tutor de María, reina de Inglaterra, escribió todos sus libros en latín, y dos de ellos particularmente tuvieron una inmensa popularidad cuando fueron traducidos al inglés por Sir Richard Moryson y Richard Hyrde. El más famoso de ellos se titulaba *Instrucción de una mujer cristiana;* fué publicado en inglés por Hyrde en 1540, y se publicó al menos en cuatro ediciones antes de terminar el siglo. La *Introducción á la sabiduría*, traducida por Moryson, fué también muy popular en Inglaterra; y en conjunto, estos libros, y sobre todo la influencia personal y directa de Vives sobre los sabios ingleses, hicieron mucho por introducir la moda del didactismo español en la corte de los Tudors. Pero hubo otro hombre cuya influencia fué aún mucho mayor que la de Vives en todas partes, y especialmente en Inglaterra. Este fué Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, el confesor del emperador Carlos V. Para los lectores modernos esa influencia parece absolutamente inexplicable á primera vista; porque sus libros, que tanto asombro produjeron en Inglaterra, no son ciertamente más sabios que la larga serie de obras didácticas que ya hemos mencionado. Después de decir algo de los libros mismos, podemos indicar una razón de su popularidad que no sea el asunto que contienen.

El más famoso de estos libros tenía la forma de una mixtificación literaria, y se llamó *El reloj de príncipes*, aunque posteriormente se hizo más conocido con el título de *El libro áureo de Marco Aurelio*. Guevara supuso haber encontrado algunos manuscritos del César español, y en ellos basó su libro: una serie de apólogos morales, que ahora nos parecen infinitamente absurdos, en los cuales Marco Aurelio nos demuestra su sabiduría, aprovechándose de la ocasión siempre que es posible, y dando una lección inspirada por los acontecimientos. El libro consideróse en Inglaterra como la quintaesencia de sutileza política, y sus máximas eran recogidas y repetidas en la corte de Isabel por todos los que aspiraban á ostentar gusto literario. El primer hombre notable que adoptó el estilo de Gueva-

ra en Inglaterra fué lord Berners, que tradujo el *Libro de Marco Aurelio* de una versión francesa en 1534. Entonces Sir Francis Bryan, favorito de Enrique VIII, tradujo otro de los libros de Guevara llamado *Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea*, que después fué publicada con el título de *Espejo para la corte*. Desde entonces publicóse una edición tras otra de las obras de Guevara en Inglaterra. El *Libro áureo de Marco Aurelio* fué especialmente reimpreso, y en la literatura de la época de Isabel abundan alusiones y extractos de él. Una de las anécdotas en él contenidas, referente al Siervo del Danubio, era tan popular, que se suponía que la sabían todos en la corte de Inglaterra reinando Isabel. Por ejemplo: en la curiosa *Crónica de Enrique VIII,* escrita por un comerciante español entonces residente en Londres, el autor cuenta cómo un carnicero londinense vino á quejarse al Concilio Privado de que los nobles vallaban los terrenos comunales, y dice que indudablemente intentó imitar al Siervo del Danubio cuando se dirigió al Senado. Casaubon, en su prólogo á *Marco Aurelio,* dice: «Apenas hubo otro libro en el mundo, excepto la Biblia, do haya sido tantas veces traducido y á tantas lenguas, ó que haya sido reimpreso con tanta frecuencia». Puede ser interesante decir en pocas palabras lo que fué esta famosa historia.

El plan del Danubio es la parte del libro en que se supone que un noble bárbaro pasa de las márgenes del Danubio á Roma para quejarse de la opresión y crueldad con que su tierra natal está siendo gobernada por los oficiales romanos; y se pone en su boca una petición al Senado que contiene toda la sutileza, elocuencia, intrepidez y filosofía que Guevara poseía. Es en el fondo un gran discurso á favor de la libertad. La escena se supone que tiene lugar en el reinado de Marco Aurelio. El emperador estaba enfermo y rodeado por doctores y sabios, que estaban deplorando la decadencia y la degeneración de Roma, que atribuían á la hueste de ociosos aduladores que rodeaban á los gobernadores. Marco Aurelio

cuenta entonces su cuento de cómo el siervo danubiano había venido á Roma algunos años antes. El emperador describe así al elocuente siervo: «Tenía este villano la cara pequeña, los labios grandes y los ojos hundidos, el color adusto, el cabello erizado, la cabeza sin cobertura, los zapatos de cuero de puerco espín, el sayo de pelos de los de cabra, la cinta de juncos marinos, y la barba larga y espesa, las cejas que le cubrían los ojos, los pechos y el cuello cubierto de vello como oso, y un acebuche en la mano. Por cierto, cuando yo le vi entrar en el Senado, imaginé que era algún animal en figura de hombre, y después que le oí lo que dijo, juzgué ser uno de los dioses, si hay dioses entre los hombres». El discurso, en el estilo más sublime y pomposo de elocuencia, defiende la antigua causa del campesino satisfecho contra el gran imperio conquistador. «Pregúntoos, oh romanos, ¿qué acción teniades vosotros, siendo criados cabe el río Tiberín, á nosotros, que nos estábamos en paz á las riberas del Danubio? ¿Por ventura vístesnos de vuestros enemigos ser amigos, ó á nosotros declararnos por vuestros enemigos? ¿Por ventura oístes acá en Roma decir que dejadas nuestras tierras propias, nos fuimos á conquistar tierras ajenas? ¿Por ventura fuistes avisados que levantándonos contra nuestros señores dimos la obediencia á los indómitos bárbaros? ¿Por ventura enviástenos algún embajador que nos convidase á ser vuestros amigos ó vino alguno de nuestra patria á Roma á desafiaros como á nuestros enemigos?» Y así, después de agotar todas las razones posibles para la conquista romana y la opresión de su tierra natal, el siervo prorrumpe en una apasionada invocación á la libertad, recompensándose su elocuencia con darle la ciudadanía romana y remediarse la opresión de que se quejaba.

Otros capítulos de este famoso libró nos dicen cómo la esposa de Marco Aurelio, Faustina, le pide la llave de su gabinete de estudio y el emperador aprovecha la ocasión. Jamás ha permitido entrar á ninguna mujer ni niño. «Con más alegre corazón, dijo, sufriré que me tomen los tesoros que no me

revuelvan los libros». Faustina había resuelto entrar, y llora y ruega y gime en vano. El emperador replica en un tremendo discurso, salpicado de filosofía y de epigramas, que Faustina debe haber juzgado completamente inapropiado al caso en cuestión, á menos que las mujeres romanas fuesen diferentes de las de hoy, y en él desembucha una serie de ochenta reglas conforme á las cuales las esposas pueden vivir felizmente con sus maridos. La primera es: «Debe el marido sufrir y tener paciencia cuando la mujer está enojada, porque no hay serpiente que tenga tanta ponzoña como la mujer cuando está airada». La décimocuarta es: «Debe el marido estar mucho sobre aviso que, aunque su mujer sea fea, le diga y haga en creyente que es muy hermosa; porque no hay cosa que entre ellos levante mayor rencilla que pensar ella que la desecha el marido porque es fea». Pero ha de notarse que después de haber expuesto en setenta reglas cómo el marido ha de tratar á su esposa, acaba poco galantemente: «Debe el marido ceder en lo que *no le va nada* y otorgar con lo que su mujer porfía; porque más precia una mujer salir con su porfía, aunque sea mentira, que si la diesen seis mil sextercios de renta». Pero después de toda esta filosofía, Faustina tuvo que irse sin la llave.

Las *Cartas familiares* de Guevara fueron también muy admiradas y leídas en Inglaterra. ¿Cuál era la razón que hizo que se pusiese de moda en toda Europa la hinchada é insignificante filosofía de Guevara? Siempre ocurre, y particularmente en España, á causa de la vehemente exuberancia literaria de la raza, que cualquier forma literaria determinada se haga, por la familiaridad, trivial para los lectores. Las frases de lugares comunes, constantemente repetidas para describir las mismas cosas, se hacen fatigosas y convencionales, y entonces la extravagancia de la dicción, las expresiones excéntricas, las palabras afectadas y rebuscadas y el extraño preciosismo sustituyen á la sencillez directa, y son consideradas por los irreflexivos como las mayores excelencias. Entonces, á no ser que

prevalezca el severo buen sentido, y algunos defiendan teorías buenas, la literatura se hace artificial, abigarrada, engolada, y cae en la ridícula vulgaridad. Esto es lo que había comenzado á ocurrir en la España del siglo XVI, y las rebuscadas imágenes de Guevara y sus trivialidades, encubiertas con el lenguaje extravagante, produjeron un gusto literario corrompido. No había realmente en Inglaterra ninguna tendencia natural á ese estilo, porque, lejos de ser decadentes, acabábamos de entrar en la más vigorosa y fecunda de nuestras épocas literarias; pero hay siempre algunos exquisitos que aman la excentricidad y pueden implantar la moda. Esto es exactamente lo que ocurrió en la corte de Isabel con respecto á Guevara. La filosofía proverbial en tersas máximas y epigramas, extraída de sus escritos y de los de otros, atrajeron á una gran clase en Inglaterra y en otras partes, y conservaron en vigor la moda de la filosofía por proverbios, tan evidente en Shakespeare y sus contemporáneos. Pero había otra clase para la cual la principal atracción fué el estilo extravagante y artificial de Guevara, y el resultado fué la formación de una escuela que encontró su expresión en la famosa novela de Jhon Lilíes llamada *Euphues*. El estilo afectado de este libro atrajo discípulos, y el enfuismo fué una de las modas literarias del siglo XVI. Pero esta extraña excentricidad, que propagó sin gran daño su afectado método por Inglaterra, encontró un firme apoyo en España. Góngora, poeta de alta categoría, llevaba su afectación á un límite absurdo. Quevedo, mientras se reía y se mofaba de la moda, seguía lo que él llamaba la *Latiniparla* tanto como cualquiera. Lope de Vega incurrió en la mala costumbre, y al punto el fértil huerto de la literatura española se cubrió de la cizaña de la pompa afectada.

La influencia de Guevara en Inglaterra en la dirección de la obscuridad y retorcimiento de estilo fué considerable, como puede verlo cualquiera que lea las cartas de la reina Isabel y de sus imitadores; pero todavía es más notable al implantar la moda de la forma proverbial de la filosofía. Los *Apotegmas* de

Bacon, las *Máximas para la dirección de su hijo* de Lord Burgbley, las *Máximas de Estado* de Sir Walter Raleigh, la *Legación* de Sir Francisco Walsingham, y una docena más de obras semejantes del período que puede recordar el lector, demuestran cuán universalmente las inteligencias de los sabios y de los políticos adoptaron en aquella época la forma española de pensamiento derivada de la sentenciosa instrucción de los hebreos y de los árabes que habían penetrado de nuevo en la Europa moderna á través de la España musulmana. Acaso una influencia más directa aún que la de Guevara sobre la moda literaria inglesa fué la del ministro desterrado de Felipe II, Antonio Pérez, que escribió sus libros y cartas con su estilo extravagantemente afectado en Essex House, en el Strand. Gustaba mucho también de sus propias perlas de sabiduría, que extrajo de sus varios libros y cartas, y las imprimió como un apéndice á sus relaciones. Pérez fué por algún tiempo el favorito de la secta literaria más ilustre de Inglaterra, la que medró á la sombra de Essex y los Bacon; y su ingenio afectado y su preciosismo, así como su filosofía sentenciosa, imprimió su huella en la mayoría de las obras inglesas de fines del siglo XVI, paralelamente con la impresión producida por los libros de su paisano Antonio de Guevara.

MARTÍN HUME

YANG-HUN-TSY

(EL DIABLO EXTRANJERO)

NOVELA DE COSTUMBRES CHINAS

VI

LA FÁBRICA

La fábrica de la Sociedad «Snietycki y Compañía» estaba situada en las afueras de la ciudad comercial de Yu-ku, en un lugar donde las diseminadas viviendas del barrio norte se perdían en los macizos de los jardines. Rodeada de una muralla de piedra blanca, por la que asomaban únicamente los tejados almenados de los edificios y los tubos de metal de las chimeneas, y sin ninguna ventana exterior, se parecía, con su gran puerta de hierro en el centro, á una fortaleza. Detrás se alzaba una colina bastante elevada, por cuyos flancos trepaban simétricas filas de añosos arbustos de té. Las plantaciones se prolongaban también hacia el Norte, á lo largo de una pendiente, hasta un valle del que emergían las tupidas copas de árboles de un verde obscuro y los techos dorados de un convento budista.

Al lado opuesto, hacia el Sur, se dibujaba en la sombra la confusa mancha de la enorme ciudad de Yu-ku, en un cuadrilátero de altas murallas almenadas, semejante á un cajón sin tapa.

Un caudaloso río se deslizaba por medio del valle, gigantesco reptil de escamas de plata. En rededor, el horizonte es-

taba limitado por colinas de líneas armónicamente quebradas, salpicadas de blancas casitas, animadas por campos de un verde claro y jardines de sombrías frondas.

Brzeski llamó en la puertecilla de la fábrica.

—¿El señor director?—preguntó al portero chino.

Éste le examinó atentamente y le señaló el ala derecha. El joven atravesó un patio empedrado y subió á un terrado protegido del sol y de las lluvias por un techo sostenido por columnas. Al terrado daban varias puertas. Se detuvo, no sabiendo cuál elegir. Por fin, tras una de ellas oyó voces; abrió y se encontró en una vasta sala, fresca, dividida en dos por una balaustrada. Unos empleados, con la pluma en la mano, estaban sentados ante las mesas.

—¿El señor director?

Al oir una lengua europea, todos alzaron la cabeza y le miraron con asombro.

—¿Qué desea usted, caballero?

—Se trata de un asunto personal.

—¿Será usted, tal vez, el Sr. Brzeski?—le preguntó un señor fornido, con los cabellos grises y barba de chivo.

—Precisamente.

El señor miró de arriba á abajo al joven con sus ojos fríos, grises, y le respondió negligentemente:

—La puerta de la derecha del terrado.

Brzeski salió desagradablemente impresionado por aquella acogida. Antes, sin embargo, de haber podido darse cuenta de lo que significaba, se encontró ante la puerta indicada y penetró en un salón amueblado con gusto. Entregó su tarjeta á un criado y esperó de pie, tímidamente, en medio de la habitación.

A los pocos momentos apareció un hombre de baja estatura, gordinflón, con la cara llena de manchas violadas, con barba roja y corta. Sus ojos oblicuos, azules, se movían inquietos bajo sus cejas fruncidas, mientras que se acariciaba nerviosamente la barba.

—¡Ah! ¿es usted? ¿Por fin ha llegado? Tenga la bondad de sentarse; descanse sin cumplidos. Los europeos, rodeados de bárbaros, vivimos aquí como hermanos. ¿Por qué se ha hecho usted esperar tanto tiempo?

—He llegado por la vía de tierra.

—¿Por la vía de tierra? ¿Solo? ¿Y no ha tenido usted miedo? Comprendo: ha querido usted gozar de sensaciones originales. Eso es magnífico. ¡Cinco mil kilómetros en litera! Pero le debe de haber costado á usted horriblemente caro. Por lo demás, comprendo, comprendo: su tío no repara en gastos cuando se trata...

—Pero no, al contrario: elegí ese medio de transporte precisamente á causa de lo barato. He hecho el viaje, con toda seguridad, con la familia de mi Liann-Chann.

—¿Ha llegado también?

La expresión amable desapareció del rostro directorial.

—Cierto es que el Sr. Snietycki me habló de él en su carta... Pero... para usted se encontrará forzosamente un puesto, pero... Por lo general, no tenemos empleos vacantes.

Brzeski, confuso, jugaba con los dedos.

—Toda modificación en el personal, y así, á distancia, es muy difícil bajo todos conceptos... Precisamente he escrito sobre esto al Sr. Snietycki.

—¿Entonces no hay que tener tampoco ninguna esperanza para el porvenir?

—Perdone usted, no he dicho eso. Tal vez el invierno, cuando la preparación del té en pasta... Veremos. En este momento no hay puestos, ni albergue, ni tiempo... ni tiempo principalmente... Estamos á fines de la estación. Me ha costado trabajo encontrar un cuarto para usted. Es pequeño, pero se podrá arreglarlo. En cuanto á los muebles...

Brzeski guardó silencio un instante; después dijo:

—Se lo agradezco; pero, probablemente, viviré con mi profesor.

—¡Cómo! ¿Viviría usted con chinos? Usted bromea.

—He vivido con ellos cerca de un año.

—¡Ah! ¿Se encontraba usted bien? ¿Es casado su Liann-Chann? ¿Tiene algún grado en la enseñanza?

—Era funcionario. Está casado y tiene una hija mayor y un muchacho.

—¡Ah! Dice usted una hija mayor y un muchacho. ¿Una moza?... ¿Se viste usted siempre así, caballero?

Indicaba con la cabeza las vestiduras de Brzeski.

—Siempre. Me cuesta menos caro y es cómodo.

—¿Entonces es por economía? Bien, muy bien. Venga usted mañana por la mañana, á las ocho, á la oficina. Le presentaré á sus futuros compañeros, y le indicaré su trabajo. Y ahora, descanse usted del viaje. Sobre todo no se retrase, porque no me gusta. ¿Dónde pára usted?

—En Yu-ku, en una posada.

—Está un poco lejos.

El director se levantó y saludó con la cabeza, con el aire que conviene á un superior. Se había tranquilizado por completo, y sus ojos azules miraban, sin pestañear y severos, bajo sus cejas bien dibujadas.

Cuando Brzeski volvió á la posada, le dijo el criado que Vann no había vuelto todavía de su excursión por la ciudad. La señora de Vann había ya tenido tiempo de fumar una pipa, y murmuraba con amabilidad, brillándole los ojos como brasas:

—Es una hermosa ciudad, una ciudad agradable. Puede una procurarse de todo.

Y Madgi decía:

—Hay un río, por el que navegan barcos grandes y pequeños, con ojos enormes, pintados de diferentes colores, pero ven bien; circulan muchísimos barcos y no chocan nunca. Mientras que he estado en la puerta, no han cesado de pasar. Empiezo á creer que nacen de las montañas, de las fuentes del río. ¿No es verdad, Lienn? También ésta los ha visto.

—¿Por qué has salido, Lienn? Te lo prohibí terminante-

mente. No puede una apartar los ojos de estos chicos insoportables—gruñía la madre.

—Pues sí apartaste los ojos, mamá, porque te dormiste. Y uno que pasaba dijo á Lienn: «Bonita muchacha; la daría con gusto un beso».

—¡Magdi, no es verdad! Nadie ha dicho nada. Yo no he oído nada—replicó la joven.

—Sí, sí, lo ha dicho. Está bien; ¿por qué enseñas la cara?

Lienn, muy ruborizada, miró á Brzeski de reojo. Pero éste, distraído, no prestaba atención á la disputa, ó no la oía. En cambio, la señora de Vann reprendió á su hija en un acceso de virtuosa indignación.

—Veo, hija mía, que me veré obligada á vigilarte cuidadosamente. En este viaje has perdido la modestia que te quedaba. Te conduces como una cualquiera. Una señorita bien educada no mira á la calle. La causa de todo esto son los pies grandes; te mueves con demasiada rapidez; andas con harta audacia. Para vivir bien con las gentes, hay que respetar las costumbres.

Suspiró y tendió la mano para tomar una nueva bolita de opio.

Vann volvió tarde. Brzeski le contó su visita, y añadió que al día siguiente, á las ocho, tenía que presentarse en la fábrica.

—¿Tengo que ir yo también?—preguntó Vann.

—No; no se lo aconsejo... Busque más bien una habitación —respondió evasivamente el joven. — Hay que alquilar algo cerca de la fábrica... una casita aislada. Voy á darle dinero. Tome veinte liangs para los primeros gastos... Hay que comprar también algunos muebles—añadió apresuradamente, entregando el dinero al chino.

Este examinaba á Brzeski con atención, y no le volvió á hacer ninguna pregunta; pero al día siguiente, por la mañana, dijo deliberadamente á su mujer:

—Hay que separarlos.

—¿A quiénes?

—No te hagas la tonta: al extranjero y á Lienn.

—Yo estoy enferma, extenuada por las privaciones continuas, y no tengo fuerzas para cambiar nada.

—Y, sin embargo, hay que separarlos. Intencionadamente no me buscará colocación, para tener siempre á su disposición á nuestra hija. Desde mañana te daré yo el dinero para tu opio.

—¿De dónde lo vas á sacar?

—Es cuenta mía.

La mujer de Vann reflexionó un instante; después asintió con la cabeza. En caso de necesidad, podría, en último término, volver á la antigua fuente, ó acudir á una y otra al mismo tiempo.

—Te engañas... No soy tan tonta... El extranjero no ha tocado nunca á Lienn. No los he perdido de vista—añadió con viveza.

—Tanto mejor. Que se case con ella. Aseguran que será un día el propietario de la fábrica.

.....

Después de buscar mucho, Vann encontró una *villa* deliciosa, de un solo piso, en medio de los jardines de un convento, y que los frailes alquilaban en verano á los ciudadanos acomodados de Yu-ku. Se había desalquilado al aproximarse el otoño, y los propietarios consintieron gustosos en alquilarla y efectuar en ella las transformaciones necesarias.

Rodeábala un muro poco elevado, por encima del cual se asomaban los frondosos sarmientos de las viñas. Después de cruzar un patiecillo, en cuyos ángulos había cajones con plantas á modo de tiestos, se entraba en un amplio terrado. A medio día, los añosos árboles colosales del parque conventual daban sombra precisamente encima de la casa. Abajo murmuraba un arroyo, entre piedras llenas de musgo; un puentecillo en forma de arco salvaba el arroyo y conducía á un sendero que, entre arbustos adornados con campanillas de cristal, serpenteaba hasta la ciudad y la fábrica.

De un lado, al través del follaje, relucían las doradas cúpulas del convento; del otro, se descubrían el río azul, los tejados multicolores de las ciudad y las colinas neblinosas que cerraban el valle.

Solamente molestaban en aquel delicioso retiro las campanas del convento, que volteaban obstinadamente por la mañana, á medio día y por la tarde.

Brzeski tomó un cuarto que tenía entrada propia desde el terrado. La casa, construída al puro estilo chino, permitió que la familia Vann volviera á las costumbres nacionales. Brzeski dejó casi por completo de ver á las mujeres. Un día que trató de llamar á Lienn, que pasaba por el fondo de la casa, Vann le hizo, con tono perentorio, esta observación:

—Es preciso que cuidemos más atentamente de las reglas de las conveniencias, ahora que vivimos en medio de gentes que nos juzgarán por las apariencias. Un arco demasiado tirante se rompe; una joven á la que un hombre ha podido ver no encuentra marido.

Brzeski reconocía la justicia de aquellas advertencias, á las cuales, por lo demás, no podía desobedecer. No tenía necesidad, en ningún caso, de entrar en las partes cerradas de la casa, y no conocía su interior, á excepción del primer cuarto, en donde habían instalado el altar de los antepasados y en donde comían los días de mal tiempo. Sus relaciones con la familia del «Señor de la Puerta Occidental» se limitaron de pronto á los almuerzos y comidas tomados en común y á las breves lecciones de la noche. Solamente las flores frescas que aparecían de cuando en cuando en su cuarto le recordaban que cerca de él, en las alcobas sombrías y los pasillos sin aire, su recuerdo vivía aún.

Hacía mucho tiempo que no se había sentido tan solo.

Sus relaciones con la fábrica eran descorazonadoras. Por sistema le apartaban de toda ocupación seria, sin que supiese por qué. En vez de iniciarle en los trabajos técnicos, le colo-

caron en las oficinas, en donde copiaba cuentas sin interés y transcribía registros.

—¡Oh, oh! es mucho más fácil ser sobrino de un tío rico que llevar bien los libros de comercio—le repetía intencionadamente el tenedor de libros principal, el hombre de barba de chivo, que le demostraba una especial antipatía.

—Te temen... Cada cual teme el verse suplantado por ti en su puesto. Por esto te impedirán todo el más tiempo posible que conozcas la fabricación—le explicó el más joven de sus compañeros, un rubio de tinte rosado, de cabellos rizosos, llamado Sergio.

—¿Por qué suponen eso?

—¿Una suposición? Es una certeza absoluta. Tu tío es el director principal, ardes en deseo de trabajar, sabes el chino... Manda todo á pasear. Haz lo que nosotros, aparenta no interesarte en nada, diviértete, y poco á poco te iniciarás en todo. Eso es lo que tienes que hacer. Es un fastidio que te hayas ligado con esos chinos: te habían preparado un cuarto al lado del mío. No sé por qué, pero te he cobrado afecto. Contigo no temería ir al establecimiento de té más sospechoso de la ciudad. Manejas el dinero, y se ve en tus ojos que eres atrevido. Deja á tus chinos y ven á vivir aquí.

—Imposible. Ese buen hombre ha venido por consejo mío, y estoy obligado á ayudarle hasta nueva orden.

—¿Sí? Entonces habrá que buscarle un puesto. Que venga á verme; hablaremos, y le daré algunas indicaciones. Pero, sobre todo, renuncia tú á protegerle. Que no pronuncie siquiera tu nombre; si no, adiós esperanza.

—¿Me quieren tan mal?

—Tan mal, pero... ya verás cuando lleves aquí algún tiempo. Envíame al chino. Me parece que habrá una plaza de vigilante de plantaciones. Ó, mira, iré yo mismo á verle.

Brzeski no podía negarse; sin embargo, no se apresuraba á invitar á Sergio. Éste no pareció notarlo.

—Iré á tu casa el domingo por la mañana. Espero que irás

conmigo á visitar la ciudad. Hay aquí, en ciertos establecimientos de té, unas cantadoras que quitan el sentido. Pero no nos atrevemos á ir. Hasta cuando nos disfrazamos nos reconocen. Hablarás tú, y yo me callaré.

Sergio fué el domingo. Comieron juntos, después dieron un paseo por el parque del convento. Las campanillas de cristal de los arbolillos, movidas por una brisa suave, sonaban melodiosamente y brillaban como diamantes entre el follaje. Frailes obesos, con capas amarillas, saludaban á los jóvenes á cada encuentro, y preguntaban afablemente:

—¡Tchinn, tchinn! ¿Los huéspedes, á quienes esperábamos con una impaciencia inquieta, han comido ya su excelente arroz?

Brzeski traducía á Sergio, y éste, divertido, agitaba con amable ademán sus puños ante los frailes, y gritaba:

—¡Tchinn, tchinn! Diles, Juan, que hemos comido arroz, nidos de golondrina, sanguijuelas secas, langostas con miel, huevos de tres años, perros y gatos, y todas las golosinas que hay en el mundo; di también que sentimos no haber podido probar un pedazo de fraile asado.

Brzeski traducía en parte la enumeración, mientras que los frailes, meneando la cabeza, replicaban con aire modesto:

—Una alimentación moderada no daña á la virtud.

—¡Son magníficos, Juan!... Pero mira cómo se defienden contra nosotros—exclamó Sergio señalando á Brzeski el fuste de una pagoda, desde el que un horrible muñeco de madera blandía su arco dirigido contra las chimeneas de la fábrica. —Es su espantapájaros... Sortilegios... Me divierto aquí. ¡Tchinn, tchinn! Qué lástima, Juan, que vivas solo como un fraile. ¡Tchinn, tchinn!—canturreaba Sergio con melancolía. —No resistirás. Si no te diviertes, no podrás más y te pondrás malo de tristeza. Me han dicho que tu chino viejo tiene una hija bonita. Si consigues—quiéralo Dios—seducirla, ten mucho cuidado. Las chinas son vengativas, y conocen venenos que, administrados á uno de nosotros, no le matan sino una

vez de vuelta á Europa. Se consume, se consume el desgraciado, y muere. Sí, sí. Ten cuidado. ¡Tchinn, tchinn!

Después refirió á Brzeski toda una serie de aventuras amorosas, fantásticas y picantes, y no se retiró hasta muy cerrada la noche.

Brzeski se alegró de verse libre de él. Le quería... pero solamente en la fábrica.

Poco tiempo después recibió una carta de su madre:

«¿Qué mujeres son esas? No me decías nada de ellas antes. Hijo mío, ¡cuántos temores me causas! Manténte á distancia de esas extranjeras. No hay peores cadenas como las de semejantes relaciones. Labran profundos abismos entre las personas más íntimamente unidas. Siembran en torno de ellas los dolores, y castigan la imprevisión de los padres con la desgracia de los hijos. Me desespero al pensar que... ¡Ah! no tengo valor para escribirlo. Te lo pido por lo más sagrado, por la memoria de tu padre; vuelve solo.»

Brzeski releyó esta carta varias veces, se encogió de hombros y murmuró:

—Puedes estar tranquila, mamaíta...

Y sin embargo, cuando en una noche hermosa llegaba hasta él por la ventana abierta el tibio perfume de las flores; cuando contemplaba las estrellas que brillaban en el cielo sin nubes, su corazón latía violentamente al compás del murmurio melancólico del arroyo, y en líneas confusas se dibujaba ante él la silueta de la joven china, tal como se le apareció la primera vez. Recordaba sus ojos de gacela, tan dulces; su boca fresca, fina como una línea de carmín trazada por un pincel; los delicados movimientos de su pecho, y su talle flexible y esbelto como un tierno tallo de junco.

Entonces suspiraba con todas sus fuerzas por tiempos y países lejanos, en donde le sería permitido amar sin obstáculos á la que hubiera elegido su corazón, en donde podría arraigar para siempre, unirse con mil lazos á una criatura que le completase, trabajar y sufrir con ella.

—No pasará lo que aquí. Me extenúo en el cultivo de un té mediano; los chinos podrían hacerlo tan bien como nosotros.

. . . . . .

En el cielo, hasta entonces sereno, comenzaron á mostrarse nubes. Al principio diseminadas, plateadas, se corrían muy arriba; pero no tardaron en presentarse otras, invasoras, gruesas, grises, bajas. Violentos huracanes concluyeron con los últimos calores del verano, y las lluvias comenzaron á caer dulcemente.

El último cargamentó de té había salido por la vía fluvial. Todo movimiento cesó en la estación. Sobre las aguas irritadas se deslizaban escasas embarcaciones sombrías y mojadas. Las calles se despoblaron, los regimientos de obreros desaparecieron.

La pesada puerta de la fábrica se cerró.

La vida, como una llama que alienta bajo las cenizas, se retiraba á las habitaciones hasta la primavera. En las vastas construcciones de la fábrica resonaron débilmente los ruidos del montaje que comenzaba. El taller de prensar, inactivo durante el verano, se animó. En el centro llameaban las fauces sangrientas de la gran chimenea, y ante ella se movían las negras siluetas de los obreros. Oíase un zumbido de colmena. Los restos de la estación, los desperdicios de té, las hojas secas, quemadas, pasaban por una larga cadena de manos hábiles y ágiles. La antigua máquina de prensar, que se acordaba probablemente de Pan-Ku, el primer hombre, chirriaba, gemía, gritaba como una vieja enfurecida. Gracias á la vertiginosa actividad de los chinos, adelantaba el trabajo, al compás de los cantos y de las llamadas, con la regularidad de un reloj.

Brzeski visitaba á menudo la prensa, charlaba con los obreros, y pronto los conoció á todos por sus nombres y apellidos; sabía de dónde venían y qué familia habían dejado en sus pueblos.

—¡Tchinn, tchinn! Buen señor de Ultramar—le gritaban para saludarle, con la alegría familiar de gentes sencillas.

—¡Tchinn, tchinn, cabezas negras! ¿Qué hay de nuevo? Trabajamos, cantamos, y contamos los días que nos quedan para volver al lado de los nuestros.

—Volved, sí. En medio de los suyos es donde uno está mejor. ¿No es verdad?

—Sí; allí la vida corre como el aire.

—La patria es como el cáliz de una flor para las mariposas.

—Las virtudes no se desarrollan á su gusto sino en el rincón de tierra cultivado por los abuelos.

—¡Ah! El hombre entre los extranjeros se parece á un músico sin instrumento—repetían á coro, y alargaban las manos para pedir tabaco.

Había entre ellos un hombre robusto, Chun-ki, de la provincia de Han, que no pedía ni decía nunca nada, y sonreía solamente, balanceando la cabeza de derecha á izquierda como un muñeco de porcelana. Sus ojos de niño, muy abiertos, su actitud modesta, su rostro agradable y simpático, habían llamado la atención de Brzeski. Al principio le había observado á distancia; el chino, por su parte, no le perdía de vista; la extraña impresión de sus ojos intrigaba al joven.

—¿Qué me dices de nuevo, Chun-ki? ¿Por qué te ríes?—le preguntó un día Brzeski.

El rostro del obrero se puso serio.

—Chun-ki no se ríe—contestó.

—¡Cómo! Te estabas riendo.

—Chun-ki no se ríe. Chun-ki tiene miedo—dijo después de un momento de vacilación.

—¿De qué tiene miedo Chun-ki? ¿Le he hecho algún mal

—¡Tcha-ï! No le hagas caso, digno señor de Ultramar Chun-ki ha llegado hace poco de las montañas; Chun-ki es un salvaje; no sabe que los extranjeros aman á los pobres y les dan salarios, tabaco, dinero, todo—decían los compañeros de Chun-ki para excusarle.

Brzeski volvió pensativo á la oficina.

Allí calculaban los beneficios, se hacía á escape el balance. Las bolas de las máquinas de calcular resonaban, las plumas corrían, y durante los descansos estallaban las conversaciones en alta voz y las risas, porque la cosecha anunciaba una abundancia superior á lo previsto. A cada instante entraba el director vivamente, daba órdenes, comprobaba las escrituras. Otros días, sentado en la balaustrada de madera, se lanzaba á las profundidades de la política general.

—Tiempo es ya de que China evolucione. Este país clásico del estancamiento vivía, sin embargo, y se desarrollaba en otro tiempo, antes de que los bonzos y los mandarines le aprisionasen en un triple anillo de miseria, de ignorancia y de fanatismo. Gira en este momento en un círculo vicioso; es fanático porque es ignorante, é ignorante porque es fanático. He aquí que han estallado nuevos disturbios en Wan-Wani: el populacho ha cortado el telégrafo y atacado á los telegrafistas que querían componerlo. Han enviado al lugar de la ocurrencia un destacamento de infantería de marina. Europa, por la expansión natural de su civilización, está llamada á romper el círculo vicioso del desgraciado pueblo. Era evidentemente imposible permitir que no hubiese nunca en China telégrafos ni ferrocarriles. El pueblo aquí es bueno; vale tanto como el de Occidente, porque no hay mejores obreros que los chinos. Hábiles, concienzudos, poco exigentes, consideran el trabajo como un deber religioso. Pero hay que tenerlos sujetos; ninguna concesión, nada de sentimentalismo. Un pueblo esencialmente oriental debe siempre sentir sobre él el peso de la fuerza, sin lo cual se deprava. Es preciso que mire al blanco como un sér superior.

—Perfectamente—dijo el tenedor de libros, con tono significativo.—Siempre he afirmado y sigo afirmando que las personas más perjudiciales para el progreso, aquí, en Oriente, son esos falsos sinófilos que, vestidos á la china, buscan entre los cándidos una popularidad barata, mantienen sabias discusio-

nes con los bonzos y los mandarines, fingen creer en sus divagaciones, y hasta observan algunas de sus prácticas religiosas.

—También yo soy un amigo del pueblo sencillo—replicó el director;—respeto sus costumbres y le quiero bien, pero no nos queda la elección: ó China se hace europea, ó Europa se hará china. Por lo demás, el pueblo bajo no tiene nada de patriota. Se muere de hambre, y le es indiferente que el Imperio chino exista ó no exista, con tal de que tenga qué comer. La China vetusta, decrépita, son en realidad los mandarines, los sabios, los bonzos, la corte, sanguijuelas del pueblo. Son los que mantienen el odio entre los indígenas y provocan manifestaciones contra los europeos. El pueblo es instintivamente favorable á la civilización europea, que le abre nuevas fuentes de salarios... ¿Qué país sería este Imperio si...?

Brzeski, que leía los periódicos de Chang-Hai, encontraba con facilidad, en las tiradas líricas del director, la huella de los artículos de fondo en los números más recientes.

—¿Cuál es su intención? Alude á ti. Antes hablaba de una manera muy diferente—decía Sergio á Juan.

—Que haga cuantas alusiones guste; decididamente, todo esto me repugna.

Las lluvias ya no eran suaves, caían sin interrupción. La humedad penetraba en todas partes, engendrando la suciedad, la indolencia y el sopor. En la atmósfera, pesada y húmeda, las mismas voces de las campanas conventuales resonaban sordamente, como enronquecidas. En los senderos fangosos, bajo las copas de los árboles llenas de agua, Brzeski, al dirigirse á la fábrica, no encontraba ya á los alegres frailes amarillos que antes le interrogaban afablemente sobre su arroz. Pero le acompañaba todos los días Vann, que, gracias á los esfuerzos de Sergio, había obtenido un puesto de vigilante en las plantaciones, en donde el trabajo no se interrumpía en todo el año.

En su casa, Brzeski continuaba estudiando las lenguas ex-

tranjeras y la historia de China. Poco á poco, de aquellas páginas llenas de sangre, de lágrimas, de esfuerzos heroicos y crueldades inauditas, se desprendían ante él los rasgos característicos de aquel pueblo misterioso. Su pensamiento se habituaba á volar en las alturas, desde donde dominaba los siglos y las naciones; su corazón se había tranquilizado. Dejó de soñar con el amor de una mujer; se entusiasmó en cambio por la historia y la etnografía. Tuvo el deseo de crear una nueva rama del saber, de buscar las leyes sociales que rigen á los pueblos y descubrir el mismo régimen de las nacionalidades. La fórmula del abate Plonski, «por su pueblo, para la humanidad», resonaba en su interior cada vez más clara.

El invierno, poco largo por lo demás, transcurrió rápidamente en medio de las ocupaciones. Las lluvias se hicieron menos frecuentes, las brumas se disiparon. Un sol radiante iluminó la tierra húmeda. La vegetación comenzó á desarrollarse. Las flores se abrieron, los árboles se engalanaron, y el aroma del azahar fundió la multitud de diversos olores en un solo penetrante perfume. Las campanas del templo budista resonaron de nuevo con sones alegres y límpidos, y las cúpulas de oro del monasterio brillaron, permanente puesta de sol, tras los follajes tenues de la primavera.

Y llegó otra vez el Año Nuevo chino, ruidoso, alegre. El aire vibró con el canto de las campanas, el tintineo de los gongs, las salvas de los cañones, el estrépito de los fuegos artificiales, los gritos, la música y los cánticos.

Brzeski salió con Vann y Madgi para participar, como el año anterior, de la general alegría. Pero esta excursión en común no salió tan bien como la otra vez. Madgi encontró á compañeros de escuela y dejó á su padre y á Brzeski; graves comerciantes acudieron al «Señor de la Puerta Occidental». El joven sintió que estaba de más; se mezcló á la multitud y volvió á su casa.

Se deslizó con precaución en su cuarto y abrió la ventana. Veía perfectamente, desde allí, los alrededores: el paisaje

de Mayo, que se ahogaba en el sol; el río, con sus barcos inmóviles de esbeltos mástiles; la ciudad lejana, y sobre todo los miles de banderas que se agitaban en el aire, como vuelos de pájaros de multicolores plumajes. Una brisa tibia le aportaba, con los perfumes primaverales, un eco sonoro de la fiesta. Bajo las ventanas resonaban á cada instante suelas de madera, roces de vestidos de seda, y se oían melodiosas voces:

—¿Se digna la venerable y antigua señora Khan-Vann aceptar de su miserable servidora los votos de una inagotable prosperidad?

Evidentemente, el «Señor de la Puerta Occidental» había hecho en Yu-ku numerosas relaciones y sabido adquirir entre sus compatriotas una gran consideración, porque el desfile de visitantes no tenía fin; Brzeski seguía muy bien desde su escondite las siluetas de mujeres, jóvenes y viejas, semejantes por sus vestiduras de grandes pliegues uniformes, con sus caras pintadas, con los largos alfileres de sus cabellos, con sus ojos negros y lucientes, con los abanicos policromos y las flores que llevaban en sus manos, á enormes insectos de todos los colores. Se prosternaban con reverencias cómicamente profundas, al uso de las damas de la corte.

Oía la voz de Lienn, que salía á despedir frecuentemente á los visitantes. Llegó una vez hasta la puerta y, al volver, alzó los ojos. Con su túnica de seda, ceñida al talle por una ancha cinta roja, anudada por detrás, con un enorme lazo, Lienn, pintada, con polvos, con grandes alfileres en los cabellos, peinados muy en alto, se parecía ella también á una mosca de color.

Vió á Brzeski; se turbó mucho, palpitó su corazón y sus ojos se nublaron.

—¿Está usted en casa? ¿Solo?

—El Liann-Chann se ha ido con unos amigos; Madgi se divierte con sus compañeros.

—Se aburrirá usted, sin duda. ¿Por qué no va usted á ver á sus compatriotas?

—Están ausentes.

—Es un fastidio. ¡Qué lástima que no pueda usted estar con nosotros como antes!

—Sí, Lienn, todo cambia. Así veo que te has pintado, que te has afeado con afeites. ¿Te acuerdas de esto? «Ni el sol ni el aire empañarán el brillo de la flor, que saca sus adornos de la naturaleza: la flor no tiene necesidad de carmín»—dijo Brzeski, declamando unos versos de la novela del «heroico estudiante Tien-Tchung-Yu y de la linda y fiel Chuei-Ping-Sin».

La joven se ruborizó primero, palideció después.

—Tengo que hacerlo: soy china—dijo sordamente.—Si quiere usted, le enviaré té y dulces. El tiempo le parecerá menos largo.

Se volvió hacia la puerta, en donde se oyó un nuevo roce de seda.

—¿Se dignará la noble y extraordinariamente antigua señora Khan-Vann...?

Brzeski se retiró al fondo del cuarto.

VII

EL MOTÍN

La época de la recolección de Mayo estaba próxima. En las plantaciones de té había un hormigueo de trabajadores con camisas azules y sombreros de paja, grandes como paraguas. El «Señor de la Puerta Occidental» daba órdenes, y, ahuecando la voz, impulsaba á los hombres á la actividad. En una barraca pequeña, al lado de una báscula, estaba instalado ante una mesa un chino viejo y obeso, muy hábil en recibir la mercancía. En los locales de la fábrica, cuidadosamente limpios y aireados, se procedía á la fermentación de las clases de té destinadas á Europa...

Por todas partes, vida, movimiento, ruidos de voces, de martillos, de hachas, de sierras.

En las calles, los recaderos iban y venían, llevando géneros y literas ocupadas. Los gritos ¡Tsu-okho-kho-o! ¡A-kho-li! resonaban de la mañana á la noche, semejantes á gemidos.

Por el río circulaban flotillas de barcos con sus inmensas velas de bambú desplegadas.

En el despacho del director, comerciantes, proveedores, agentes, pasaban horas enteras discutiendo y bebiendo té en tazas minúsculas.

.....

Habían puesto á Brzeski con el irlandés encargado de probar las muestras.

—Es con objeto de que te familiarices mejor con la fabricación del té. Además, tu *lengua* china será allí muy útil—le dijo Sergio irónicamente.

La oficina de la prueba era silenciosa, fresca y obscura. Una gran ventana, tapiada en su parte inferior por celosías de madera ennegrecida, dejaba pasar un mínimo de luz. Sobre estantes, á lo largo de las paredes, relucían botes de muestras; en el centro, una mesa con un libro, una salvadera, una balanza, una gran jofaina y una fila de tazas de porcelana. En un ángulo de la habitación, sobre un hornillo de bronce, en el que ardían perpetuamente los carbones, agua hirviendo en una tetera.

Brzeski recibía los botes de muestras, los inscribía en el libro, pesaba de cada muestra una cantidad igual de té, que echaba en las tazas. El irlandés respiraba ruidosamente, sentado en su silla. De lejos llegaba el rumor sordo de la vida, y el sol doraba el borde superior de la celosía. Al cabo de algún tiempo, el irlandés se levantaba, examinaba la infusión á la luz, tomaba un buche, lo escupía en la jofaina, miraba atentamente el té seco; luego dictaba á Brzeski, con voz gutural, números y observaciones. Esto duraba desde las cuatro de la mañana á las cinco de la tarde.

Cuando Brzeski, fatigado, salía de la oficina, la actividad estaba en su auge. Como un cautivo salido de la prisión, contemplaba con envidia el hormigueo humano.

La tierra, el cielo, el río, las blancas paredes, los patios de la fábrica, todo relucía al sol. Los obreros, medio desnudos ó con túnicas de nankin muy cortas, se movían en medio de los utensilios, de las cajas y de los montones de té verde obscuro. A cada instante aparecían en la puerta de la fábrica nuevas figuras, llevando en los hombros cestos cargados, mientras que otros salían alegremente con sus cestos vacíos. Por todas partes, el té, su olor aromático y su polvo obscuro.

Brzeski hubiera tomado parte con gusto en la faena: hubiese ido á echar una ojeada al secadero, á la plantación, si no se lo impidieran su enorme cansancio y el temor, si no descansaba, de equivocarse al día siguiente en las transcripciones, ó provocar con alguna torpeza una explosión de cólera en el irlandés, terriblemente enervado. El director le había prevenido.

—Que Dios le libre á usted de irritarle. Su bilis se derramaría y alteraría su paladar. Ocasionaría esto pérdidas incalculables.

—No sé por qué me han colocado aquí. Sergio me ha engañado; la lengua china no sirve aquí para nada—pensaba Brzeski con su sencillez de alma.

Volvía á su casa, comía y subía á su cuarto. Pero no podía permanecer mucho tiempo en la habitación, vacía y tan silenciosa como el probadero. Bajaba otra vez al terrado, y cuando no encontraba á nadie, cuando Vann no se presentaba, cuando no venía Madgi, el joven se iba corriendo al parque, lleno del perfume de las flores y en donde el sol poniente alargaba las sombras. Había descubierto un delicioso retiro, en donde una estatua de Buda meditaba entre rocas coronadas de hiedra. Encontrábase allí á menudo con un venerable fraile: el santo asceta Chan-Seo. Sentados en un banco de piedra, en medio del silencio de la noche que avanzaba, conversaban de cuestiones elevadas. A la débil luz de la lámpara que ardía ante la divinidad, el hábito amarillo y el amarillo rostro del religioso salían, como un fantasma, de la sombra de las ramas colgantes, cuando, con voz apagada, instruía al joven:

—El camino se abre ante nosotros. Pero, ante todo, hay que proponerse un fin. Después, una vez encontrado el fin, hay que buscar los medios de alcanzarlo. De la elección de los medios depende la paz del espíritu. La paz del espíritu permite obtener la paz del corazón, que nada puede ya turbar. Gracias á esa paz imperturbable se puede discernir y estudiar la substancia de las cosas. Ahora bien, el estudio de la substancia de las cosas conduce á la perfección.

—Sí, es justo. ¿Pero el fin? ¿Cuál es el fin?

—Reconocer en uno á Dios.

—Eso está bien para mí, mas ¿para los otros?

—Todos pueden llegar á él.

El joven meneaba la cabeza.

—No, todo el mundo no.

—En el mismo esfuerzo estriba el goce.

—Son débiles, ignorantes y muy pobres.

—Esos están más cerca de Dios que los otros.

—Son como el árbol que se muere seco. Está vedado abandonarlos.

—El Ya-Su de ustedes es justamente reputado por un gran maestro; pero no es más que el hermano menor del divino Fo.

—¿Por qué atacas á Ya-Su, padre?

—Porque cierra los ojos ante la verdad. Lleva la turbación en vez de la libertad.

—¿Ya-Su?... Ya-Su es Dios mismo.

—Dios es único para ti, para mí, para el más ínfimo gusano.

Brzeski se levantó.

—Es tarde; las estrellas brillan en el cielo.

—Sí; el mundo es mucho mayor de lo que ven nuestros ojos... ¿Te has incomodado? ¿Volverás? ¿Iba á decirte lo que no pensaba?

El joven sintió conmoverse su corazón ante la idea de una ruptura con el sacerdote de Buda.

—Sí, sí, volveré.

El monje le examinaba atentamente.

—Y ¿sabes tú de qué manera salvar de las torturas á los que se mueren como un árbol seco?

—No; lo ignoro.

—También yo lo ignoro. Solamente sé cómo se obtiene la propia salvación... Fo dió su cuerpo en pasto á tigres hambrientos, pero no supo cómo trocarles en palomas.

Separáronse, amigos al parecer; pero cuando Brzeski volvió al día siguiente á la estatua, no encontró en el banco al anciano Chan-Seo. Desagradablemente impresionado, esperó y buscó lo que hubiera podido molestar al anciano. Después se preguntó si, en general, tiene derecho el hombre á imponer á los otros lo que él cree ser bueno y saludable.

—Cada cual debe proveer á todo por sí mismo; entonces solamente será duradera su convicción. Los hombres no deberían procurar á los otros hombres; los pueblos no deberían procurar á los otros pueblos sino lo que éstos pidiesen: en géneros, en organización, en ideas. Ahora bien: para conocer estas necesidades, habría que acudir tal vez... ¡al sufragio universal!

Y examinó de nuevo largamente si esta concepción causaría algún perjuicio á la humanidad.

Pensamientos oscuros, confusos, cortados por fórmulas breves, fugitivas, sin ningún lazo; fragmentos de opiniones leídas ú oídas, después sus propias concepciones un poco turbadas y simples, invadían el espíritu del joven como nubes de otoño. Permanecía sentado, absorto, pensativo, y se esforzaba en disponer sus razonamientos en filas regulares, apretadas. No era una tarea fácil: á cada instante se le rebelaba una de las premisas, se escapaba de las filas, acometía á sus vecinas ó saltaba á otro puesto, arrollándolo todo en el camino. Comprendió que razonar es un trabajo difícil, penoso, y que el cerébro humano es un instrumento muy imperfecto.

Sin embargo, las conversaciones con Chan-Seo habían dejado huella. El joven no se detuvo, no se desalentó, sino que

resolvió reflexionar por sí mismo y remontarse á la fuente.

—Empecemos por definir la violencia. De la definición deduciremos conclusiones que nos harán salir del laberinto. Pues bien, empecemos... ¿Qué es hacer violencia? Es imponer á alguien actos, ideas, sentimientos ó deberes que le repugnen—se dijo después de una larga reflexión.

Repitió esta definición dos veces, pero no se apresuraba en formular conclusiones. Le parecía larga, prolija y poco precisa además.

—Si, por ejemplo, alguien me amase y no pudiera sufrir que no le hablase, y si, en cambio, yo guardo silencio y me aparto de ese alguien porque ha cometido una acción que me desagrada, ¿es esto una violencia ó no? Creo que no, porque, en suma, no he empleado la fuerza; de otro modo, desaparecen todo debate, toda discusión; no se tiene derecho á probar nada ni convencer á nadie.

De nuevo se amontonaron en su espíritu las brumas de las contradicciones dialécticas.

—Supongamos que para la claridad quitamos de la definición las expresiones, sentimientos é ideas. En este caso, ¿casarle á uno á la fuerza será una violencia?

Concluyó por desechar toda su primera definición, y buscó laboriosamente otras.

—Es la subordinación de todo á ideas personales.

—Es la tendencia á la uniformidad.

Ninguna de estas definiciones le satisfacía; parecíanle inertes, pálidas, sin enjundia, al lado de la enormidad de sufrimientos que despertaba en él la palabra breve que las sintetizaba.

Se levantó del banco, descorazonado. Decididamente, no era bastante perfecto para meditar sobre el principio de las cosas.

—Tengo curiosidad por saber lo que me responde Chan-Seo—se dijo, y volvió á su casa.

Pero el fraile no volvió á presentarse en aquel rincón del

jardín. Brzeski le vió varias veces, y supuso con razón que el religioso se evitaba; aquella reserva del fraile le ocasionó un gran pesar. Resolvió encerrarse en sí mismo, evitar todo contacto con lo que le rodeaba, deslizarse como una sombra al través de su existencia actual, no dejar tras sí ninguna huella, así como tampoco llevarse él ninguna.

—Nadie tiene la culpa de que yo me encuentre aquí, pero tampoco me siento yo responsable de ello. Soy inapto para la vida; meditaré, me perfeccionaré, llegaré á ser un sabio.

Comprendió, sin embargo, que era más difícil huir de la vida de lo que había supuesto. La vida estaba en todas partes, y sacudía continuamente el alma sensible del joven.

Hasta durante las cálidas noches silenciosas, cuando fatigado por el insomnio se asomaba á la ventana y se creía estar solo velando en aquel mundo, percibía á lo lejos, sobre el río negro, las señales de vida en los reflejos de las lámparas de colores de los jardines y de los establecimientos de té, y oía, como dulces suspiros, los sones amortiguados de la música...

Llegó el verano, seco y ardiente, tras una primavera sin lluvias. Bandadas de campesinos macilentos, tostados, habían invadido la ciudad: llenaban las calles y el puerto. La oferta de la mano de obra aumentó enormemente; el número de mendigos creció, al mismo tiempo que los robos y las riñas. Por todas partes se hablaba de hambre y de revueltas. Brzeski, á fuerza de codearse diariamente con aquella multitud ruidosa y pestilente, se había deshabituado de la piedad, oía las maldiciones y los lamentos, veía miradas suplicantes fijas en él, pero el sentimiento de su propia impotencia hacía que fuese cada vez más sólida su coraza de indiferencia.

—¿Qué puedo yo hacer?—se decía con irritación, desembarazándose con una miserable limosna de los mendigos que le acosaban.

. . . . . .

Un día entró Sergio muy asustado en la oficina de las pruebas y llamó á Brzeski al despacho del director. Todo el

personal europeo se agolpaba en pie en los escalones del terrado, y miraba con terror á la puerta, tras la que se oían numerosas voces. Los vigilantes la mantenían cerrada con gran trabajo, é interrogaban con la mirada á aquellos «señores».

—Vaya usted y hable con ellos—dijo precipitadamente el director al joven.—Usted es el que habla mejor el chino, y á usted le quieren. Prométales todo lo que pidan. Que nombren unos comisionados y nos den á conocer sus reclamaciones. Dígales además lo que usted quiera, pero gane tiempo, el mayor tiempo posible. No tenga usted cuidado... Ya he mandado á buscar la policía.

—En tal caso, ¿por qué voy á...?

—¿Cómo?... ¡Se trata de nuestra vida!... Trate de ganar tiempo, el mayor tiempo posible. Tal vez llegará usted á convencerles de que se retiren. Eso será lo mejor para nosotros y para ellos.

Brzeski, conmovido, franqueó la puerta, que se cerró en seguida tras él. Le asaltó un olor de ajo, de sudor y de plantas de los campos. Cientos de ojos lucientes y de bocas torcidas se volvieron hacia él. No experimentaba, sin embargo, ningún temor, por conocer personalmente á muchos de los que estaban allí. Éstos se callaron y trataron de imponer silencio á los demás. Pero en las filas más lejanas, el barullo duró todavía largo rato.

—¡Abrid la puerta!—gritaban.—Entregadnos el dinero... ¿Dónde está el jefe? ¡No queremos á Vann! Volved á vuestro país, perros cristianos.

Por estos gritos y por algunas explicaciones confusas comprendió Brzeski que sobre todo estaban descontentos de Vann: le acusaban de exacciones y de opresión. Comprendió en seguida por qué el director, en aquellos últimos tiempos, colmaba de atenciones al «Señor de la Puerta Occidental», y de dónde provenían los recursos que permitían al último introducir en su casa mejoras, de las que había participado el mismo Brzeski. Ahora le turbaba tal pensamiento.

—Me ha deshonrado y se ha deshonrado: nos ha perdido á todos... ¿Qué será de él y de su familia cuando le hayan echado?—pensaba.

—¡Que nos paguen en las plantaciones, como antes! ¡Que echen á Vann! Que derriben las chimenas que secan el cielo. Vuestros fuegos concluirán por quemar la tierra—gritaban en la multitud.

—Nombrad unos comisionados...—dijo Brzeski.—Elegid á varios de vosotros. Que vayan á contárselo todo al director. Pero apresuraos, apresuraos, mientras que todavía es tiempo.

—Que salga el director ó que nos abran la puerta, y entraremos todos.

—Sin embargo, no vais á hablar todos á la vez.

Calláronse un instante.

—Es cierto, pero separadamente tenemos miedo. No entrará nadie.

—No temáis. Yo me quedaré con vosotros en rehenes. Pero pronto, de prisa. Estoy seguro de que el director atenderá muchas de vuestras reclamaciones.

Miró con terror por encima de las cabezas, en dirección de la ciudad.

Muchos manifestantes miraron hacia el mismo lado. Por el camino llegaba, á rienda suelta, un destacamento de caballería mandchua.

—¡Sálvese el que pueda! ¡Muera! ¡Traición!

Silbaron las piedras; la puerta resonó á los golpes. Antes de que Brzeski hubiera podido llegar á ella cayó derribado al suelo y perdió el conocimiento...

No volvió en sí sino en la habitación del director. Tenía la cabeza envuelta en una servilleta mojada, y sentía un dolor insoportable. Le rodeaban sus compañeros de oficina.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó.

—¡Una desgracia! Pérdidas incalculables. El secadero está demolido, la mitad de las provisiones destruída. Pero, afortu-

nadamente, recobra usted el conocimiento. Alabado sea Dios. Parecía que yo le había enviado á la muerte. ¿Cómo se siente usted?—interrogaba el director con solicitud.

—Me duele todo el cuerpo.

—Eso no es nada. Los huesos están intactos; la juventud obrará. Temimos una hemorragia; no conseguíamos reanimarle. ¡Bandidos! De buena ha escapado usted. Han matado á Sergio y á tres vigilantes—le decía el tenedor de libros para consolarle.

—¿Sergio?

—Sí. Quiso defenderle á usted. Si no se nos hubiera ocurrido regarles con las bombas, no sé á dónde habrían llegado las cosas. El populacho se había unido á ellos. Es extraordinario lo que temen al agua esos paganos.

—¿Y Vann?

—Vive. Me voy á ver obligado á echarle. Es lástima, porque es inteligente. No nos ha traído usted suerte, señor Brzeski—dijo el director.

—¡Sergio, Sergio!—repetía el herido con los ojos extraviados.

—Cálmese. Hemos hecho mal en hablarle de él. Tiene usted un temperamento sumamente impresionable. Es usted arrojado, y al mismo tiempo muy débil. Ciertamente es de compadecer el pobre muchacho; pero en China estamos acostumbrados á esto. A causa de tales riesgos cobramos mayores sueldos. Los chinos pagarán una crecida indemnización á la madre; la pobre vieja tendrá asegurado el pan hasta su muerte—decía el tenedor de libros.

. . . . . .

El cónsul de Chang-Hai llegó para hacer una información sobre el motín, y el virrey envió al mismo tiempo á su dao-tai.

Prendieron á muchos chinos, y entre ellos á Vann. Brzeski se ocupó de la familia de su profesor, abandonada por todos, y fué á verle en la cárcel. Le costó trabajo reconocer al

altivo «Señor de la Puerta Occidental» en medio de malhechores sucios, harapientos, barbudos. Vaun, sujeto con grillos, estaba sentado en el suelo.

Al acercarse Brzeski no levantó la cabeza, inclinada sobre el pecho, aunque había visto de lejos al visitante. Entonces Madgi, por orden de Brzeski, tendió á su padre un paquete pequeño que le llevaban, y le saludó. El chino se estremeció é hizo resonar sus cadenas. Se echó á llorar.

—Hijo mío, tú no me olvidarás y no dejarás que los perros devoren mi cuerpo—murmuró, apoyando su rostro en los barrotes.

—Padre, todos lloramos en casa. ¡Éramos tan felices!

—No se ha perdido todo todavía. Hacemos gestiones para ponerle en libertad.

—¿Por qué me trajo usted á este país? Aquí me pegan, me torturan—gimió el viejo.

—Volveremos á verte. Te dejaremos algún dinero.

—No hay remedio. Todo el mundo me odia.

—Trataremos de que te pongan en libertad bajo fianza.

—Traéis la desgracia á los hijos de esta tierra.

—Tú mismo eres la causa de la desgracia. Oprimías á los obreros, á tus hermanos; exigías de ellos diezmos.

—¡Oh! no es esa la causa de la desgracia. Otras veces hice lo mismo. Todo el mundo hace lo mismo. Y nadie lo toma á mal; todos pagan á gusto cuando les va bien. Pero el director me ordenó que fijase los salarios cada día, con arreglo á la oferta de la mano de obra. Le dije que la cosa acabaría mal, porque así nadie sabe lo que se le debe. Además, el año era malo. Vuestras chimeneas han concluído por secar completamente el cielo; el dragón de las entrañas de la tierra se ha despertado con el ruido de vuestras máquinas; los ríos se han desbordado; la sombra de vuestros alambres telegráficos ha cortado á nuestros muertos. ¡Por vosotros sufro y muero, malditos diablos de Ultramar!

Los prisioneros comenzaban á murmurar, y el carcelero

rogó á Brzeski que abreviase su visita. Salió, llevándose á Magdi llorando.

—Hijo, mío, hijo mío, ven con Lienn—gritaba Vann.

—Extranjero, gran señor extranjero, libértanos á nosotros también—suplicaban los otros prisioneros.—Somos inocentes. Ni siquiera estábamos entre la multitud. Extranjero, te conocemos; hemos oído decir que eres bueno. Ten piedad de nosotros. Vuestras chimeneas han secado las nubes, y nuestras familias se mueren de hambre.

Brzeski hizo gestiones para aliviar la suerte de aquellos desgraciados, pero el cónsul se oponía á todo ello.

—Un europeo ha sido asesinado. No tiene usted la menor idea, si el hecho quedara impune, de los desórdenes que resultarían. Con arreglo á sus convicciones, la sangre se paga con sangre. No atribuirían el perdón á nuestra magnanimidad, desconocen ese sentimiento, sino á nuestra debilidad y al miedo. Proclamarían que su Gobierno aprueba el asesinato y que ordena exterminar á los extranjeros. Los mandarines no esperan sino esa ocasión. ¿Qué sucedería entonces? Preciso es, por el contrario, que insista en que los castigos sean de los más severos. Solamente á Vann puedo consentir en salvar. También el director me ha hablado de él. ¿Es cristiano ese chino? ¿Lo sabe usted?

—Es cristiano; y lo más importante es que no ha tomado parte alguna en el motín.

—¡Bah! Sin embargo, los chinos le presentan como el principal culpable. Creo, por lo demás, de buen grado, que la mayor parte de los presos son inocentes. Seguramente los culpables huyeron á tiempo. ¿Dónde buscarlos? Seríamos muy cándidos si esperáramos su detención. Por lo demás, no se trata de esto. En China se considera de otro modo el crimen y el castigo. Aquí se trata, ante todo, de manifestación solemne de vindicta, de una exhibición de la justicia. Aquí los criminales ricos compran sustitutos, y esto no escandaliza á nadie. Los chinos son siempre y en todo comediantes. ¡Oh! los conozco.

Los trato desde hace veinte años. El alma de un chino, caballero, es un tal abismo de mentira, de crueldad, de doblez y de cobardía, que el que quisiera juzgarla á la europea se perdería infaliblemente en ese laberinto. No hay que elegir; es preciso, ó renunciar á toda relación con ellos, ó no perdonarles una tilde.

—Entonces hay que renunciar — dijo Brzeski en voz baja.

El cónsul le miró asombrado.

—Escriba usted á su tío que empiece por su fábrica. Es muy sencillo—replicó severamente.

Con gran trabajo se logró salvar á Vann.

Recibió cien palos, y hubo de asistir á la ejecución de los condenados á muerte.

Enflaquecido, agotado por las torturas, abandonado de todos, inspiraba tal compasión á Brzeski, que éste venció su repugnancia, y le acompañó al lugar de la ejecución para sostenerle y confortarle.

Al amanecer salieron de la prisión, marchando á la cola de la comitiva, precedidos por los ejecutores armados de sables brillantes. La muchedumbre permanecía silenciosa á ambos lados del camino. Los condenados avanzaban con las manos atadas. Habían entonado un canto que celebraba el valor de los chinos, la belleza de su patria, y expresaba su desprecio por los bárbaros extranjeros, por los malditos *Yang-hun-tsy* (diablos de Ultramar). Pero á medida que se acercaban al lugar fatal, dejaban de cantar.

—¡Decid que somos valientes! ¡Animadnos!—gritaban á la multitud.

—¿Han palidecido nuestros rostros? ¿Nos hacen traición?

—¡No, no!—les respondieron.—Que el alto cielo os bendiga.

—Enterradnos como corresponde á los valientes.

Les arrojaron flores, y cuando hubieron llegado al lugar les ofrecieron refrescos. Bebían despacio, con sus labios pálidos; tan despacio, que los verdugos, impacientados, concluyeron por tirar los vasos. Les hicieron ponerse de rodillas, en fila.

De repente, uno de los condenados se desató y empezó á luchar con los verdugos.

—¡Yo no quiero!... ¡Dejadme! ¡Me quiero marchar!... ¡Tengo miedo!—rugía.

Brzeski reconoció á Chun-ki, el chino de la provincia de Han, el que era alegre como un niño. No tardaron en sujetarle, y cayó de rodillas como un buey. Relampagueó el acero. Chun-ki pereció el primero. Los otros esperaban su turno con el cuello tendido; los ayudantes les sujetaban fuertemente por las trenzas. Echaron las cabezas sangrientas en un cesto, en el que los llevaron á la ciudad para exponerlos.

El secretario del cónsul, obligado por sus funciones á asistir á la ejecución, se acercó á Brzeski.

—¿Ha venido usted á pie? Le ofrezco la mula de mi criado... ¡Qué pálido está usted!

El joven le volvió la espalda.

—Sí. Este espectáculo no es de los más agradables. Parece que era usted amigo de Sergio. Le habrá á usted satisfecho hasta cierto punto...

—¡Ah! No insista usted, caballero...

—A mí ya no me hace efecto. Esta es, á lo que creo, la décima ejecución que presencio.

Brzeski cogió á Vann bajo el brazo y se alejó precipitadamente. En la ciudad alquiló dos palanquines, porque no se sentía con fuerza para volver á pie.

En la ciudad, la vida seguía su curso ordinario. Una muchedumbre azul, densa y bulliciosa circulaba por las calles. En la fábrica y en la plantación se trabajaba activamente. Las huellas de la devastación habían desaparecido desde hacía ya mucho tiempo.

.....

Brzeski había obtenido el puesto de Sergio. Tratábanle ahora con muchos más miramientos en la oficina. Pero su rostro continuaba reflejando una tristeza muda.

—Mire usted, señor Brzeski. Le aconsejo sinceramente que

abandone usted á su chino y habite en el cuarto del difunto. Cuando la calma se haya restablecido un poco, daré un puesto á Vann; que se albergue en cualquier sitio retirado. Pero usted concluya de una vez con ellos. Lo mejor sería que se marchase toda la familia—le decía confidencialmente el director.

—Lo pensaré. En este momento es imposible. El viejo está enfermo.

—Sería el mejor momento. Se desembarazaría usted de él más fácilmente. Déle algún dinero. Usted es un gran... idealista, y aquí eso no está permitido. Es preciso que se haga usted práctico; de otro modo, acabará usted mal.

—Lo pensaré, lo pensaré. Escribiré á mi tío; tal vez se llevará á Vann á Kiachta. Aquí le odian vivamente.

Pero antes de que hubiese tenido tiempo de escribir á su tío, Vann desapareció.

Le esperaron en la casa todo un día. Al siguiente registraron el jardín del convento, preguntaron á los frailes y á los vecinos. Nadie le había visto. Ya otras veces no había vuelto Vann á su casa en toda una noche. Pero era en la época de su prosperidad. Ahora, la misma mujer de Vann, habitualmente inclinada á sospechar en su marido los peores extravíos, no suponía que, enfermo y extenuado, hubiese sido capaz de buscar una distracción en las casas de juego ó en las de té.

Le han matado—dijo brevemente con tono sombrío.

—Mamá, no hables así—exclamó Lienn.—No lo crea usted, señor. Mi padre estaba triste y enfermo, y tal vez se ha extraviado en algún sitio. Búsquelo usted, señor—suplicó, dirigiéndose á Brzeski.

Hacía ya algún tiempo que la joven había tomado la dirección de la casa, y cuando era preciso salía del fondo de la habitación, y hasta iba á hablar con el extranjero.

Cuando Brzeski refirió el incidente al director, éste se asustó muy seriamente.

—¡Mal negocio! La vieja tiene razón: le han suprimido. Si se hubiera suicidado, lo hubiese hecho delante de la fábrica,

como tienen por costumbre... A menos que no se haya vuelto loco... En este caso, le traerán, descuide usted. Interrogue, busque. De todos modos, le aconsejo que guarde el secreto al incidente hasta nueva orden: bastante jaleo hemos tenido ya este año. Diga usted que se ha marchado. Tal vez no tardará en saberse algo. Si le han suprimido, no le preguntarán á usted sobre el asunto, porque presumo que no habrá ningún interés en descubrir la verdad. Supongo que nadie se inquietará por él: aquí no tiene parientes. Si se desembaraza usted de todo esto, debe usted mandar decir tres misas, por lo menos; palabra. Verdaderamente, no es usted nada práctico. Es usted una criatura. No está usted hecho á nuestra existencia. No se atormente usted, sin embargo; todo se arreglará, de una manera ó de otra. Tal vez vale más que se haya producido este incidente, porque no se sabe cómo se hubiera usted separado de él: son vengativos. De todos modos, silencio por ahora. Ni una palabra á nadie.

WENCESLAO SIEROSZEWSKI

(Concluirá.)

CRÓNICA LITERARIA

A fuerza de arrastrarse, comedia por D. José Echegaray.

De la comedia de Echegaray *A fuerza de arrastrarse* oí alabanzas y leí censuras: dos estímulos para la curiosidad. Esa diferencia de verbos, *leí* y *oí*, quiere decir que las censuras eran de escritores y las alabanzas de personas de las que no escriben para enseñar ó entretener á otros, sino que se contentan con ser público, y juzgan sin finalidad ni premeditación, reflejando, sencillamente, la impresión que les produce una cosa.

Confieso mi debilidad hacia los juicios del vulgo. Yo creo que el vulgo, en la mayoría de los casos, tiene razón. El vulgo profesa las opiniones admitidas, y las opiniones admitidas son casi siempre sólidas y razonables, al menos en la época en que circulan. Por eso, al escribir la palabra vulgo, no la escribo con desdén, sino con cierto respeto. Y ¿quién que no se tenga graduado á sí mismo de *superhomo* no siente un vago rubor al escribir la palabra vulgo? ¿No os parece que al escribirla nos quedamos fuera, trazando una línea divisoria entre nosotros y esa colectividad indefinida que llamamos vulgo? ¿Quién nos asegura que nosotros no somos también vulgo? Tal vez algún lector malicioso sonríe burlonamente al observar que hablamos del vulgo como de cosa ajena á nosotros.

Aquel sentimiento de curiosidad indicado antes de esta breve digresión me llevó al teatro. Era un domingo por la tarde. El público que asistía á la representación era lo que ahora

llaman algunos un público burgués: un público de la clase media, que es probablemente la clase más equilibrada, menos enferma y más provista de sentido común de la actual sociedad española. Ese público se interesaba visiblemente por la comedia, *entraba* en ella, comprendía sus peripecias, sentía con el autor y le manifestaba su conformidad en aplausos. La comedia llenaba, pues, el primero y más inmediato de los fines que persigue el autor dramático: agradar á un público y alcanzar su aplauso.

Una comedia que agrada á un público cumple evidentemente su misión en el mundo. Puede el autor ser más ambicioso: buscar la gloria, apetecer la prolongación de su fama en la posteridad. Pero mal principio será para estos fines grandes y remotos que no empiece por conseguir lo inmediato, lo práctico, lo más asequible: el aplauso del público con quien vive.

Hace algunos años, *A fuerza de arrastrarse* hubiera sido aplaudida igualmente por el público, pero acaso habría sido menos discutida por la crítica. La comedia de Echegaray es una obra *teatral* y una obra moral. Estos dos conceptos de lo teatral y lo moral en literatura están en decadencia. Ha sobrevenido Nietzsche, se ha extendido la influencia avasalladora de la novela sobre los demás géneros. El público, de todas maneras, ha variado poco.

Dichos aspectos: lo teatral, que supone la adaptación á cierta mecánica y cierto procedimiento especiales de la escena; lo moral, la expresión de un criterio de conducta admitido por la generalidad, son lo más saliente en la nueva comedia de Echegaray. A ellos se ha referido principalmente la crítica. Mirada desde esos puntos de vista, la obra se nos presenta con un interés especial, como un caso ofrecido á la observación literaria que permite notar ciertas tendencias de transformación en el concepto de lo teatral, esto es, en la idea de lo que debe ser la literatura dramática y en la moral literaria. Todo eso está á la parte de fuera de la comedia de Echegaray: está

en las críticas de que ha sido objeto; pero ella ha servido de ocasión para ponerlo de relieve.

La noción de lo teatral ha dominado mucho tiempo en la escena. Era una noción vaga, indeterminada, de esas que por su misma indeterminación, por su elasticidad espiritual, se desgastan poco y pueden durar mucho tiempo. ¡Cuántas veces hemos oído defender una obra de escaso valor literario, á título de ser teatral, ó combatir alguna en que había bellezas de pensamiento y de expresión, porque no era teatral! Suponía esto la afirmación de un efectismo especial para la escena, de medios peculiares de producir la emoción, de una especialidad de asuntos y de procedimientos en el teatro. Ayudaba á sostener este concepto de lo teatral una crítica empírica, basada en la experiencia, acostumbrada á ver qué conflictos y qué situaciones impresionaban al público y á guiarse por los resultados de esa observación. Ahora contribuye á la decadencia de la noción de lo teatral una crítica, tal vez más leída, menos atenta á la experiencia de la escena, inclinada á juzgar las obras con independencia del efecto que puedan producir en el público.

Hay á modo de una reacción teórica contra el imperio de la noción de lo teatral, reacción poco influyente todavía, porque el gusto del público puede más, de presente, que las aficiones de la crítica. No hay autor dramático que si le dan á elegir, y no puede alcanzar ambas cosas, no prefiera hacerse aplaudir á verse elogiado en los periódicos.

Las nuevas corrientes de la dramática revelan la influencia de la novela. Un género literario preponderante influye sobre los demás que tienen alguna semejanza con él, y les trasmite sus maneras y sus modas. El espíritu de imitación trabaja aquí del mismo modo que en la sociedad donde los individuos sobresalientes ó distinguidos son copiados por muchos en la manera de vestir, de hablar, de escribir, en aquello que caracteriza á los que ponen la moda. El caso del empleado de *Los domingos de un burgués de París*, de Maupassant, que copiaba

á Napoleón III en el arreglo de la cara y en el modo de hablar, hasta el punto de convertirse en un Sosia del emperador, es algo más que una majadería individual: es un fenómeno psíquico que se extiende á todas las esferas de la vida humana. Ese espíritu de imitación crea las escuelas de literatura, las modas, y hasta las rachas de criminalidad y de suicidio en que opera una sugestión inconsciente. Así es como el realismo de la novela, después de haberse enseñoreado de este género, ha invadido el teatro, por ser territorio vecino á la novela. Se observa en ello el *imperialismo* de los géneros triunfantes, el afán de expansión de todo lo que es vigoroso. El resultado es que se exige ahora al teatro una medida de verosimilitud parecida á la de la novela. Se quiere que las cosas pasen en las tablas como en el mundo suceden, no con arreglo á los cánones del efectismo teatral.

A fuerza de arrastrarse pertenece á la dramática *teatral*, mal avenida con estas corrientes nuevas. Siempre se curó poco de la verosimilitud Echegaray; siempre predominaron en sus obras esos efectos repentinos, rápidos, fulgurantes, que son como latigazos de emoción. Su inspiración romántica y exaltada tiene en la dramática vuelos líricos, subjetivos; corre derecha á su objeto, sin preocuparse de las menudencias de la realidad. En sus personajes, en las escenas de sus obras, en la manera de conducir la acción y de llegar al desenlace, se prescinde á menudo de los obstáculos, de toda esa menuda trama de causas y de efectos que origina los rozamientos de la vida y retarda el paso de ésta. Parece que vemos á los personajes pensar y sentir en vez de oirlos hablar y verlos conducirse como suelen hacerlo los hombres en la vida. Es un teatro en que se hace poco caso de las apariencias externas.

Si nos fijamos en el pensamiento de *A fuerza de arrastrarse* y en cómo suceden allí las cosas, observaremos que el carácter del protagonista es un carácter real, que existe y aun abunda en el mundo. El asunto de la comedia es verosímil. Hay sin duda bastantes hombres que aceptan las humillaciones, que

adulan, que se arrastran para conseguir su fin, para hacerse ricos ó poderosos, ó sencillamente para comer y pasarlo menos mal. Por algo escribió Tácito el *Omnia serviliter pro dominatione*; y hay muchas cosas más que la dominación, é inferiores, que son origen de servilismo. Es posible también que esos tales tropiecen con personas más austeras, de más delicado paladar moral ó más orgullosas, á quienes repugne aquel rebajamiento; es muy fácil que el adulador agrade y medre más que aquellos á quienes disgusta la adulación; es probable que un intrigante hábil á quien su suerte puso al lado de poderosos se encumbre á fuerza de hacerles la corte, de prestarles ó fingir que les presta servicios, y de halagar su vanidad. Todo eso es más que verosímil, es real, es verdadero, es frecuente, está corroborado por la experiencia de la vida. Y como eso es lo esencial de la comedia, como es su pensamiento y es su acción, resulta que tiene aquélla un fondo de realidad indiscutible.

Pero el triunfo del adulador y el intrigante puede ocurrir de mil maneras, y la manera como ocurre en la comedia del Sr. Echegaray se aparta ya de la realidad, de la forma en que suelen suceder las cosas en el mundo. No es matemáticamente imposible que alguna vez acontezca lo que en la comedia vemos; pero es raro, es excepcional. Las cosas no suelen ocurrir así, y cuando suceden de ese modo nos parecen inverosímiles é increíbles. De suerte que, siendo real el pensamiento de la comedia, su desarrollo tiene poquísima realidad, se aparta continuamente, en los pormenores, del curso ordinario de los hechos, de lo natural y lo probable, supuestos la acción y los personajes.

No hay para qué señalar inverosimilitudes; casi nada de lo que sucede en la comedia suele suceder en esa forma en la vida real. Pero ¿podemos afirmar con seguridad que sea inverosímil en el teatro lo que entre personas verdaderas nos parecería mentira? La verosimilitud no es la verdad, no es siquiera el orden natural de las cosas: es una apariencia, una ilusión de

verdad, y como tal apariencia ó ilusión es una cosa subjetiva, variable, que está tanto ó más que en los hechos en la disposición de ánimo del espectador. Por eso en el teatro, bajo la acción del interés dramático y con el espíritu del público predispuesto á aceptar como realidad durante un poco de tiempo la ficción escénica, puede ser suficientemente verosímil lo que en un libro parecería absurdo y en la vida real una cosa rarísima.

No hay que olvidar que el teatro es asunto de psicología colectiva.

Con el mismo argumento y los mismos personajes de *A fuerza de arrastrarse* se podría escribir una comedia realista, en que todo fuese natural, lógico, estrictamente verosímil. Pero, acaso escrita así habría producido menor impresión en la masa del público, le habría obligado á pensar más, á desentrañar el sentido de cada incidente. Por el mundo nadie va con el alma abierta, nadie lleva el pensamiento en la boca ni el corazón en la mano. Quizás el público no repara en las inverosimilitudes de la comedia del Sr. Echegaray, en lo que hay de raro y de anormal en sus incidentes; y no porque la mayoría de los espectadores no sea capaz de comprenderlo, sino porque probablemente no se pararían á aquilatar la realidad de cada escena, las probabilidades del decir y el proceder de los personajes. El espectador de comedias suele dejarse á la puerta del teatro el sentido analítico, dado que lo tenga.

Aquella enrevesada intriga del artículo que hace insertar Plácido en un periódico, el lance fingido con Claudio, la aparición del perdulario que en el último acto le saca á Plácido, sencillamente, treinta mil duros por no publicar un libelo contra él, son cosas estupendas que están fuera del proceder ordinario de los hombres y que, sin ser absolutamente imposibles, tienen una mínima y remota posibilidad. Pero todo eso es por su misma exageración muy inteligible; hace que el espectador comprenda el carácter de Plácido y se dé cuenta de los caminos

de su encumbramiento, que forman el asunto de la comedia.

Esas actitudes bruscas y violentas, esos artificios extremados, esas manchas de color inverosímiles que pintan un carácter en la comedia de Echegaray, tendrían que dividirse, en una comedia realista, en muchos incidentes menudos, en muchos matices más apagados (la vida moderna gusta de lo gris más que de los colores rabiosos), y el resultado sería que muchos espectadores comprenderían menos la obra y se sentirían menos impresionados por ella. Esas exageraciones, esas inverosimilitudes, son el escorzo de las figuras calculado para la perspectiva dramática. El estilo dramático de Echegaray ha sido siempre ese: descuidar los accidentes, concebir situaciones y caracteres casi en abstracto, llevarlos hacia el desenlace, venciendo los obstáculos de la realidad, prefiriendo los atajos abiertos á la fantasía, á los rodeos por donde suele marchar aquélla.

Los triunfos que ha conseguido en la escena por espacio de treinta años demuestran que su manera se amolda á la psicología del público, que es, en último término, la psicología del teatro.

A fuerza de arrastrarse es una comedia de inspiración, no de observación; una comedia lírica engendrada por la fantasía, que no tomó para ella de la realidad más que los tipos, las *ideas*, y que en punto á formas y apariencias se ha contentado con un mínimum de objetividad, con la vestidura indispensable. Juzgarla con arreglo á los principios del teatro realista sería aplicarla una medida que no sirve para el caso. Cada obra hay que verla desde el punto de vista de la escuela á que pertenece.

*
* *

Pasemos á la moral de la comedia. Esa moral agrada al público, tiene su asentimiento. Tal vez el mismo público no la practique enteramente; pero la reconoce en su conciencia y la juzga estética y elevada. Esa moral es sencilla, es honesta, es

noble. Nos dice que arrastrándose, apelando á la adulación y á la intriga, se puede llegar muy alto, se puede conseguir la riqueza, una alta posición política, los honores y los lucros del mundo, pero que así no se obtiene la felicidad ni la paz de la conciencia. Comprenderéis la sonrisa de los intelectuales ante esta moral sencilla y honesta (dada la índole de las nuevas morales, hay que hablar ya de morales honestas). La conciencia ha pasado de moda; es una cosa que ya no se lleva. Pero el público, que es misoneísta, todavía la aplaude en el teatro como á una vieja divinidad amada.

Tal vez en ese público hay algunas ó hay muchas conciencias poco exigentes. Tal vez algunos espectadores se han arrastrado un poco, han soportado humillaciones, han urdido pequeñas ó grandes intrigas para conseguir algún fin. Pero allí, en el teatro, fuera de la influencia de los motivos personales de la utilidad, su espíritu se levanta y reprueba esas miserias de la vida. Plácido no les parece un fuerte, como han dicho algunos críticos, sino un vil. Arrastrarse no les parece un ideal de vida. Ven que no hay dignidad en esa conducta ni estética en esa postura.

La moral de los fuertes puede ilusionar á la multitud cuando ésta la ve encarnada en un Napoleón, en un Don Juan, hasta en un bandido generoso. Así puede ofrecer cierta apariencia estética, aunque nunca será moral. Pero al fuerte no se le concibe arrastrándose ni andando á gatas. Echegaray tiene razón al hacer á Plácido despreciable. Y este poeta dramático, cuyas ideas morales pueden parecer tradicionales, conservadoras, antiguas, si se las mira con relación á un período breve de la evolución de las ideas éticas, á un instante pasajero de salto atrás en la historia de la moral, representa, en verdad, lo progresivo, lo nuevo, el fruto de la civilización, que es la moral altruísta, la moral del *alterum non ledere*, y del no quieras para el prójimo lo que no quieras para ti mismo.

La moral de los fuertes, si á eso pudiera llamarse moral, sería la moral más vieja, la moral de los animales y del hombre

primitivo, la de los delincuentes, la de todos los tipos atávicos y retrasados en la evolución humana. Las paradojas de aquel poeta loco alemán que se disfrazó de filósofo, y dió á su lírica desequilibrada forma filosófica; de aquel Baudelaire metafísico, que tantos estragos hace en el pensamiento de la juventud con sus sofismas elocuentes, nos llevan á la edad de piedra de la moral. Con razón dice Seillière que la filosofía de Nietzsche es profunda, en el sentido de que saca á la superficie de la conciencia *detritus* del pasado de la bestia humana, enterrados insensiblemente en los individuos normales, bajo los aluviones de la razón civilizadora.

Pero ni aun guiándose por Nietzsche se puede asegurar que Plácido sea un fuerte y que Echegaray haya entendido al revés este personaje. No vemos en aquél al animal de presa, á la famosa fiera rubia. Sus procederes son de raposo, no de león. Es sencillamente lo que los franceses llaman un *arriviste;* un hombre que quiere conquistarse una posición, y que lo consigue por medio de la astucia y de la bajeza, no de la fuerza. Echegaray critica esto, como lo han criticado muchos cultivadores de la sátira; y el público está con él, aunque entre ese público haya aduladores é intrigantes... *Video meliora proboque, deteriora sequor.*

En el estado actual del pensamiento, ya es algo el *Video meliora*. Hay bastantes que lo que ven y aprueban es lo contrario. Las palabras van perdiendo su sentido; se van tornando disfraces y caretas de ideas contrarias á las que expresaron, y todavía expresan, en el uso general. Este es el caso de la famosa moral de los fuertes, que puede resumirse en un breve principio: el fuerte puede hacer lo que le convenga ó lo que le dé la gana; ó si se quiere presentar con más pudor el principio: conviene á los hombres que el fuerte haga lo que le parezca. Lo segundo está desmentido por la experiencia histórica: los tipos más característicos del hombre fuerte, como Napoleón y César Borgia, han sido muy perjudiciales para sus semejantes, y hasta para sí mismos. En cuanto á lo primero, habría

que averiguar quién es el fuerte; ¿es el hombre de pensamiento? ¿es el hombre de acción? En último término, el más fuerte es el número, es la masa social, que puede más que los individuos aislados, por excepcionales que sean, y acaba por imponerse. Esa masa social se inclina al *suum cuique* y al *alterum non ledere*, porque cada individuo, aunque no tuviese otros motivos de índole superior, teme que á él pudiera tocarle la china en caso de infracción; y como la sociedad cuenta con instrumentos de fuerza muy superiores á los individuales, como son leyes, soldados, Guardia civil y verdugo, la moral independiente de los fuertes es algo arriesgada y tiene pocos practicantes, cuyo fin suele ser desastroso. A los fuertes les conviene tener en cuenta esas dificultades. Sin duda el Plácido de *A fuerza de arrastrarse* las tiene presentes. Pero eso no es fortaleza, sino prudencia.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: El *hombre de mujeres* en el teatro.—Oscar Wilde y su obra.=Psiquiatría: El problema de la educación de los niños anormales.=Supersticiones: El mal de ojo.=Etnología: La quiebra de la Psicología de los pueblos.=Costumbres: La virtud entre bailarinas.=Psicofísica: El genio.=Impresiones y notas: Luis Felipe y Thiers.—Los progresos de la hipofagia.—Curiosidades biográficas.—El papel musical de la mujer.—Un experimento comunista.

LITERATURA

El «hombre de mujeres» en el teatro.—Alfonso Seché y Julio Bertaud estudian en la *Revue Bleue* los tipos que ha encarnado en el teatro el «hombre de mujeres», como ejemplo sorprendente de la influencia recíproca del teatro en las costumbres. No se refieren Seché y Bertaud al tipo del *enamorado*, que apenas ha cambiado desde Terencio, personaje insípido, de aspecto inmutable, que es el eterno *poncif* de todas las literaturas dramáticas; sino á otro tipo mucho más curioso y variable, que es el «hombre de mujeres» propiamente dicho: éste no tiene la edad ni las condiciones del enamorado; ama como hombre, sin suspirar como niño; no es el adorador esclavo, sino el amo, marido ó amante, el ideal de las mujeres, y en cuanto éstas le observan, caen á sus plantas; no es, sin embargo, un Don Juan, y á veces no piensa siquiera en el amor; pero representa esencialmente al *amante* típico de la generación á que pertenece, y al encarnarlo un Guitry, un Bocage ó un Delannay, el espectador no puede menos de exclamar: «esa es la verdad, esa es la vida»; añadiendo: «así quisiera ser yo;

ése será mi modelo». Por eso cada uno de estos tipos revela los gustos é ideales de su tiempo.

Para caracterizar el período romántico, surge el nombre de Bocage: su rostro lívido, sus espesas cejas, su armazón huesudo y su larga cabellera, hacían de él un «bello tenebroso» incomparable; se estremecía uno al verle y al oirle, no tanto por lo que decía ó hacía, como por lo que se suponía que iba á decir ó hacer aquel amante trágico. La creación de Antony fué para él un triunfo magnífico:—¡Oh amigo mío! ¡Qué bien la habéis asesinado!—le decía Alejandro Dumas, abrazándole al final del quinto acto. Desde entonces no se concebía un amante sino con los rasgos de Bocage: sombrío, melancólico, misterioso, feroz en la pasión y sublime en el sacrificio. Todos querían copiarle, en el teatro y en la vida, y su influencia en la literatura y en las costumbres fué enorme, dominando toda la época del romanticismo.

Firmin fué el Saint-Megrin de *Enrique III*, fué Hernani, pero nunca llegó á la reputación de Bocage; y si se hizo célebre en las declaraciones de amor, hay que reconocer que éstas olían algo al viejo repertorio. Otro tanto puede decirse de Armand, que había puesto de moda durante el Imperio la elegancia y las buenas maneras, y que siguió siendo el maestro de los papeles apasionados hasta 1850. Por entonces se produjo en el gusto público un cambio notable: el ridículo empezaba á caer sobre las exaltaciones románticas; ya no se asesina ni se grita, apenas se blasfema, y sólo queda algún resto de las pasadas exageraciones. Aparece el favorito del día, Alfredo Musset, y no tardan en surgir Brindeau y Bressaut, éste sobre todo, que se apoderó de la comedia francesa por completo, ocupando en ella el puesto preferente durante el segundo Imperio. ¿No era el representante genuino de aquella sociedad ligera, descuidada, aristocrática y gozadora de refinada elegancia? Sólo Bressaut sabía hacer una declaración de amor, y ningún actor se arrojaba á las plantas de una mujer con tanta pasión y tanta gracia; cuando Febvre, unos años después, tra-

tó de imitarle, declaró que le era imposible hacerlo: que él «no sabía hacer aquello», y que se sentía en ridículo al intentarlo; y tenía razón: el gusto había cambiado.

Es verdad que todavía se acogía con gusto á los sucesores de Bressaut, sobre todo á Delaunay; pero éste hacía demasiado el «enamorado» y muy poco el «amante», y es preciso dejar pasar un período de algunos años para volver á encontrar al «hombre de mujeres». El amante burgués de Dumas hijo y de Emilio Augier ha concluído; el gusto público ha cambiado de orientación, y actualmente representan el tipo del «hombre de mujeres» tres actores de desigual valor, dos de los cuales han logrado dibujar claramente las líneas principales del tipo, provocando con su sola presencia en las tablas el nacimiento y la parodia de ese tipo en la multitud; esos actores son: Le Bargy, Guitry y Tarride. Este último es todavía una esperanza, aunque sus éxitos recientes autorizan á pensar que quizá llegue á encarnar la silueta ingeniosa del amante ultramoderno, muy sensual y muy canalla; tan moderno, que más bien es de mañana que de hoy.

Le Bargy es el eslabón que enlaza el concepto del teatro pasado con el del mundo social de hoy: tiene todos los rasgos del antiguo amante, del seductor de mujeres; su elegancia es acompasada, como su persona, y revela el esfuerzo hecho para agradar: es una elegancia de teatro; lo que da la nota moderna en su fisonomía es el lado irónico, ese aire caballeresco y burlón, impertinente y nervioso, con que se defiende en la lucha de los sexos, y que es el eje del carácter en su hermosa creación de Priola.

Guitry es francamente antipático al primer aspecto: grueso, pesado, hasta vulgar, no parece tener nada de «distinguido». Examinado de cerca, emana de él un sentimiento de fuerza y de terquedad; las mujeres le adivinan brutal y muy capaz de tratarlas mal, aunque bien educado para hacerlo, y eso las hace estremecer... sin peligro; su sencillez de modales y su franqueza de lenguaje y de pensamiento impresionan; el

amante moderno no vive de ilusiones, y la mentira no sólo es cobarde, sino que es inútil en una sociedad que no gusta de perder el tiempo en complicaciones improductivas. Brutalidad y franqueza: esos son sus principales caracteres, precursores de la silueta ultramoderna de Tarride, amante sin escrúpulos, que despoja de su virtud á sus amantes con tanto arte y tanto cinismo, que ni siquiera pueden ofuscarse.

*
* *

Oscar Wilde y su obra.—¿No leemos, á pesar de su vida privada, á Musset, Baudelaire, Jorge Sand, Sócrates, Platón, Miguel Angel, el Dante y tantos otros? ¿Nos preguntamos antes de admirar un lienzo si su autor vivió ó no conforme á la moral? Olvidemos, pues—dice en *La Grande Revue* J. José Renaud,—los hechos que lanzaron al presidio á un escritor glorioso, que los expió terriblemente antes de morir, y no atendamos sino á sus obras.

Oscar O'Flahertie Wilde (1856-1900), hijo de un cirujano y de una poetisa irlandesa, publicó, apenas salido de Oxford, un libro de poesías que tuvo un gran éxito; luego escribió para América dos piezas, *Vera* y *La duquesa de Padua*, y en seguida un volumen de ensayos, *Invenciones*, y la maravillosa novela *Retrato de Dorian Gray*, que afirmó su reputación; dos comedias, *Lady Windemere's fan* y *A woman of no importance*, le hicieron aclamar como escritor genial, y la sociedad londonense se lo disputaba como nuevo «Árbitro de las elegancias»; las duquesas le consultaban para sus trajes, sus muebles y sus joyas, y sus *frases* se repetían como lo más exquisito del talento. Hasta sus excentricidades tenían éxito, y todo el West-End aplaudió cuando mandó cortar al más hábil sastre de Londres un «vestido de pobre», gastado con piedra pómez y desgarrado con arte, para un mendigo que pedía cerca de su casa, y cuyo aspecto feo le desagradaba. La situación de Oscar Wilde era envidiable; y ganando 200.000 francos al año, tenía muchos envidiosos.

El éxito, al que no acertó á ser superior, le perjudicó. Trabajaba poco y con descuido: los grandes salones de Londres le robaban mucho tiempo. Se le permitía todo. En el estreno de *Lady Windemere's fan*, el público—la flor de la aristocracia y de la alta burguesía—llamó diez veces á los actores y reclamó frenéticamente la presencia del autor; Oscar Wilde se hizo rogar, y al fin apareció en escena con un clavel verde en el ojal y un cigarrillo encendido en la mano; dió una fumada, y adelantándose á la batería de luces, empezó así: «Señoras y señores: quizá no es muy conveniente fumar ante vosotros; pero... tampoco es muy conveniente molestarme á mí cuando estoy fumando». Y siguió en el mismo tono, arrancando con su impertinente *speech* tantos aplausos como con su comedia.

Dos nuevas piezas, *And ideal Husband* y *The importance of being earnest*, obtuvieron éxito prodigioso. Pero poco después sobrevino la espantosa caída: un joven poeta aristócrata, Alfredo Douglas, formaba parte de la corte de Oscar Wilde; su padre, el marqués de Queensbery, amigo al principio de Wilde, riñó con él más tarde; su hijo no compartió su resentimiento, y el marqués comenzó á perseguir con su odio al escritor; en el estreno de *The importance*, la policía tuvo que impedirle que tirara al escenario un ramo de legumbres; y algunos días después, con el diamante de una sortija, grabó en el espejo de uno de los mejores círculos de Londres, el *Albermale Club*, una inscripción injuriosa para Wilde. Éste persiguió por difamación al marqués, y entonces se desarrolló aquel proceso obscuro y lamentable en que Oscar Wilde *aceptó* su perdición para asombrar más todavía á Inglaterra; podía huir, podía evitar la condena rechazando con indignación las acusaciones de que era objeto, pero no quiso. «No resisto á la tentación de ser un presidiario», decía; y en lugar de defenderse, prefería tomarlo á broma todo, y fué condenado.

En Inglaterra no se perdona al que escandaliza; Oscar Wilde no sólo sufrió el tormento del presidio, sino el del desprecio y el olvido de sus compatriotas; sus libros fueron quemados,

sus dramas prohibidos, sus cosas vendidas en subasta, su casa apedreada, su mujer y sus hijos expatriados. Apenas si Alfredo Douglas se atrevió á alzar su voz en su *Balada del odio*, dirigida á su padre, y que dice así:

«A mi padre.—Corta sea la vida del hombre á quien aborrezco (¡que jamás tenga sudario ni ataúd!). Esperad y observad, observad y esperad: pagará la mitad y todo, ahora ó en seguida, pronto ó tarde (¡el acero, el plomo ó la cuerda de cáñamo, y que el demonio lleve su alma!).

»Negras son las noches, obscuros los caminos (¡que jamás tenga sudario ni ataúd!). Pero una cara blanca, con luna, es un buen blanco; una trampa es una trampa para un hombre como para un topo, y un hombre está muerto cuando está bien rígido (¡el acero, el plomo ó la cuerda de cáñamo, y que el demonio lleve su alma!).

»No será ni confesado ni cantado (¡que jamás tenga sudario ni ataúd!). La campana de los muertos no resonará. El hombre á la tumba y la bestia al agujero; la tierra á la tierra y el estiércol al estiércol (¡el acero, el plomo ó la cuerda de cáñamo, y que el demonio lleve su alma!)».

El presidio destruyó al escritor y dejó vivir al hombre. Cuando salió de la cárcel, el gran poeta carecía de todo. Le ofrecieron una crónica semanal bien pagada, pero rehusó. Su manía de asombrar subsistía siempre, y no teniendo apenas qué comer, gastaba en un cigarro 20 francos. Sus últimos meses fueron atroces. Un ataque gripal infeccioso libró en cinco días de sus torturas al festejado escritor, el Petronio del fin de siglo, que se había convertido al catolicismo. Trece personas acompañaron su cadáver, y á sus exequias sólo asistieron uno ó dos fieles de los que habían formado su brillante corte en la prosperidad. El cementerio de Bagneux encierra sus restos. Si Oscar Wilde fué culpable, ¡qué expiación la suya!

PSIQUIATRÍA

El problema de la educación de los niños anormales.—Con motivo del nombramiento de una Comisión encargada de estudiar en Francia la situación de los anormales, físicos, intelectuales y morales, el sabio Binet publica en *La Revue* los resultados de sus estudios sobre tan interesante cuestión.

¿Qué son, ante todo, los niños anormales? La Medicina llama anormal á todo sujeto que se separa de la regla; los tipos más francos de anormales son los sordomudos, los ciegos, los epilépticos, los idiotas, los imbéciles, los débiles, los instables, etcétera. En esta lista hay niños ya atendidos por el Estado, como los ciegos y los sordomudos, y hay otros, como los idiotas, que exigen tratamiento médico y se hallan atendidos en hospitales, hospicios y asilos. Eliminados estos grupos, quedan los demás, y á esos precisamente hay que atender, por ellos y por los normales, ya que, recibidos con éstos en las escuelas, son una perturbación y ni aprovechan las lecciones á que asisten ni dejan adelantar á sus camaradas todo lo que pudieran.

¿Qué hacer con esos anormales? ¿Enviarlos al hospital? No, porque su estado no es tan grave que requiera el internado. El puesto de esos niños no está en el hospital, ni siquiera en un asilo, sino en una escuela especial: para la escuela ordinaria son demasiado poco normales, y para el hospital no están bastante enfermos. La reglamentación de la suerte de esos niños es una cuestión social de la mayor gravedad, porque no se trata de unos centenares de criaturas, sino de una verdadera legión: sólo en Bélgica hay 80.000. Hoy son el tormento de los maestros, que se desembarazan de ellos como pueden, so pretexto de mala conducta ó de indisciplina, como si fueran seres normales responsables de sus actos. Así quedan abandonados á sí mismos, y los mejor librados van á dar en la mendicidad ó en los asilos, cuando no van á las cárceles ó á los presidios.

Este peligro social es el que ha llamado la atención de los Gobiernos; Berlín cuenta con 90 clases de *atrasados* anejas á las escuelas ordinarias, y de ellas sale el 70 ó 75 por 100 en condiciones de aprender un oficio y entrar en la vida ordinaria, quedando de un 25 á un 30 por 100 de fallecidos ó de inútiles que vuelven á sus familias ó pasan á un asilo ó á un hospital. La labor que hay que llevar á cabo no es fácil, y lo mejor, según Binet, es dividir las cuestiones para estudiar y resolver los cuatro aspectos del problema.

1.° Cuestión médico-psicológica: ¿Qué niños son los que deben salir de las escuelas ordinarias para pasar á las especiales? 2.° Cuestión administrativa: ¿En qué sitios y en qué número deben fundarse esas escuelas especiales? ¿Se adoptará el régimen del internado, ó el del externado? ¿Cómo se reclutarán los profesores?—3.° Cuestión pedagógica: ¿Qué clase de enseñanza debe darse en esas escuelas?—4.° Cuestión social: ¿Qué medidas deben tomarse para clasificar en la sociedad los anormales perfectibles á quienes se haya llegado á enseñar un oficio, y qué se hará de los demás?

Primera cuestión.—Hay dos clases de atrasados: los pedagógicos y los médicos. El pedagógico es debido á la ignorancia, producida principalmente por las faltas de asistencia á la escuela; el médico es debido á lesiones funcionales ú orgánicas, permanentes ó transitorias, sumamente diversas. Respecto de éstos hay que hacer una selección, mandando al hospital á los viciosos, los incurables y los ineducables, y los demás á la escuela especial. En cuanto á los atrasados pedagógicos, parece preferible dejarlos en las escuelas ordinarias, vigilándolos cuidadosamente y colocándolos en las secciones inferiores que estén más en armonía con su atraso. Hecho esto, hay que cuidar mucho de las formalidades de admisión, estableciendo un examen ante especialistas muy competentes.

Segunda cuestión.—Las pequeñas escuelas, más diseminadas, parecen preferibles á las grandes escuelas, pero exigen más crecido personal. El externado tiene gravísimos inconve-

nientes para el niño anormal, que está más protegido en el internado. En cuanto al profesorado, sería conveniente escogerlo entre el de la enseñanza pública, y debe dar antes prueba suficiente especial de competencia en Psicología.

Tercera cuestión.—El programa de enseñanza de las escuelas especiales debe ser más sencillo que el de las escuelas ordinarias; todo lo que exija gran esfuerzo de atención debe ser eliminado. Se debe evitar todo recargo; darles enseñanzas particulares, especialmente de ortofonía; no hacerles seguir un ciclo completo de estudios; emplear los métodos y las enseñanzas que aseguren mejor la fijación sin fatiga de la atención; hacer que la instrucción que se les dé tenga en lo posible carácter profesional, para que puedan utilizarla en la práctica al salir de la escuela; darles enseñanzas individuales, contando con las aptitudes personales de cada cual.

Cuarta cuestión.—Hay que crear toda una organización que permita completar el trabajo de la escuela y seguir al alumno en su existencia postescolar, dándole el apoyo necesario para que tenga su puesto en la sociedad. Hay que preparar á los niños para oficios que les permitan ganarse la vida, vigilándolos y protegiéndolos directa y paternalmente después que salen de la escuela y de acuerdo con sus familias.

SUPERSTICIONES

El mal de ojo.—Sigue la *Revista Penitenciaria*, de Madrid, dando cuenta de los interesantes trabajos recogidos para el estudio de la superstición del *aojamiento*, y proseguimos nosotros nuestra tarea de informar á nuestros lectores sobre los mismos, extractando y reproduciendo lo más substancial de su contenido.

Son curiosas las oraciones contra el mal de ojo. La de Turre (Almería) dice así: «Ángel perdido que á la puerta fuiste, quita este mal de donde lo pusiste; dos te han hecho mal y tres

te lo han de quitar, que son las personas de la Santísima Trinidad»; si á la tercera vez que se dice este conjuro no mejora el niño, hay que repetirlo de dos en dos horas hasta tres veces (tres oraciones y un credo cada vez). En Canarias se emplea el *santiguado* como el más eficaz medicamento; las fórmulas del santiguado tienen numerosas variantes, y la *Revista Penitenciaria* inserta cuatro; una de ellas dice así: «Mal quebrado, frío, humor, calor, pasmo ó contado mal de hombre, mal de mujer, mal de rabia, mal de envidia, mal de amor, mal de cualquier suerte que te hayan hecho... lo cojo, lo boto al fondo del mar, donde no haga mal ni á piedra, ni á palo, ni á ti, ni á cosa que Dios haya criado; Cristo vive, Cristo impera, Cristo de todo mal y quebranto te defiende; si lo tienes en la pierna ó brazo, te lo quita San Amaro; si lo tienes en la cabeza, te lo quita San Gregorio; si lo tienes en la barriga, te lo quita San Juan; Santa Ana parió á la Virgen, Santa Isabel á San Juan, la Virgen á Jesucristo y á toda la Santísima Trinidad». Otra dice así: «¡Jesús, Jesús y Jesús! Donde Jesús y María sean nombrados, todos los aires malos sean quitados; así te conjuro en el nombre de Dios Padre; así te conjuro en el nombre de Dios Hijo; así te conjuro en el nombre de Dios Espíritu Santo: en el cuerpo de (Tal) no haga casa ni morada, ni enverdezca, ni permanezca, y lo mismo en mi persona, y lo ponga Dios en las profundidades del mar, donde no pase navío, ni cristiandad, ni clérigo que diga misa con ayuda y reverencia de la Santísima Virgen y su bendito Hijo. Preguntó la Madre al Hijo: ¡Hijo de mi Señor! ¿Con qué se quita este fuego, mal de ojo, mal de ahito, agua encharcada, mal bocado y cuantos males andan en este monte? —Madre de mi Señor, con la palabra tuya y mía. —¡Hijo de mi Señor! ¿Cuál es la palabra tuya y mía? —Madre de mi Señor, un padrenuestro y un avemaría. Dómine, mal de ojo quebrándote; dómine, mal de ojo quebrándote: San Pedro bendito, te quiero decir que de este mal de ojo quisiera salir. San Pedro bendito, te quiero rogar que de este mal de ojo quisiera sanar. Fulano:

dos te hicieron mal y tres te lo han de quitar: Padre, Hijo y Espíritu Santo; Santa Ana parió á la Virgen María, María á Nuestro Señor Jesucristo; Jesucristo nació, Jesucristo murió, y así como estas palabras son ciertas y verdaderas, y creo que ellas son así, así te amo en el nombre de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo». Luego se rezan tres credos y tres padrenuestros, y se termina diciendo: «Fulano, yo te he puesto la mano, y el Señor y la Virgen te pongan la virtud para siempre jamás; y si esto no te bastare, bástete la gracia de Dios, que es grande».

Fuera de estos conjuros, se conocen también contra el mal de ojo cuatro medicamentos: una cataplasma de hojas de orchava, tanche y un huevo de gallina negra, que se aplica sobre la parte dañada, en Pontevedra (Setados); agua de azahar, cereza y masa, y en otros casos añil vegetal, en Asturias (Avilés); un *sobado* de todo el cuerpo, hecho precisamente por una melliza ó gemela, en Huelva (Aracena), y el sahumerio en muchas comarcas; en Ribadavia se sahuma al enfermo con humo de paja de avena, cubriéndolo con la misma paja, y así se le tiene nueve días, hasta que sana ó muere; en Salas de Oviedo, el sahumerio se hace quemando ramos benditos de laurel con sal, azúcar, ajos, barbas de panoja y sarrio (hollín), cuyo humo respira la criatura; la curandera del Escorial hacía cortar un pedazo de la falda de la aojadora (la tía Querubina) y quemarlo en un brasero con nueve granos de trigo, nueve cabezas de cantueso y tres clavos de especia, arropando á la niña hasta que sudara y echara los malos por la nariz.

En Castilla la Nueva y Andalucía se usa también el procedimiento de la *balanza*, que consiste en poner al niño enfermo en una balanza, haciéndole contrapeso igual peso de torvisco; después de pesado, con variables ceremonias, según los lugares, se tira el torvisco al tejado; y si se seca, es señal de que el niño se muere; y si se conserva fresco, que se salva. En Argamasilla curan las tercianas rebeldes apaleando una mata de torvisco hasta destruirla del todo. En estos procedimientos se ve

el principio de la sustitución: se apalea el torvisco para descargar la enfermedad en él; se pesa al niño para que la enfermedad pase al otro platillo.

Como condición de la cura, hay que cortar al niño un mechón de pelo, ya para tirarlo, ya para quemarlo. El aceite, solo ó con agua (Llerena y Maquilla) ó con aguardiente (Castejón), se emplea en friegas y en lavatorios, unido á ciertas oraciones. En ciertas localidades se emplea el procedimiento de *pasar el agua:* cierta mujer que tiene esa virtud toma una vasija con agua, y raspa sobre ella en un asta de ciervo; agita el agua con una varita, pronunciando como antes palabras misteriosas; y si el agua hace burbujas, hay aojamiento; y si son muchas, no hay remedio; en otro caso, se hace beber el agua al enfermo, y dentro de los cuarenta días ó se pone bien ó está perdido. Las prácticas de esta operación ofrecen multitud de variantes; pero es evidente que al *pasar el agua* se pretende *desojarla*, sacarla los ojos, para purificarla y sanar al aojado, cortando su mal, fin que en Villar do Monte (Lugo) se consigue de un modo más directo, cortando con un cuchillo ó un objeto metálico la línea visual entre el aojador y el niño.

ETNOLOGÍA

La quiebra de la Psicología de los pueblos. — ¿Se puede encerrar en una fórmula lógica—pregunta en *La Revue* su inteligente director Juan Finot—el carácter y las esperanzas de un pueblo ó de una raza? Apoyada en datos antropológicos la Psicología de los pueblos, pretende definir las aglomeraciones humanas, asignando á tal pueblo temperamento bilioso, exaltado y cruel, con voluntad débil; á tal otro, temperamento sanguíneo, genio realista y práctico, con apetitos de conquistador: unos tienen todas las excelencias, y otros todos los defectos. Si sólo se tratara de palabras, podría uno reirse de esa pretendida ciencia; pero este juguete científico tiene preten-

siones elevadas, sirviendo, ante todo, de arma en las relaciones internacionales; así hay que desconfiar de ciertos pueblos y aliarse con tales otros, y eso hay que tomarlo en serio para demostrar su falta de fundamento.

La Psicología de los pueblos, por lo mismo que obra fuera de los hechos concretos, lo abarca todo y á todo toca: pasado, presente y porvenir. Reconoce colectividades nacionales ó sociales, buenas ó malas, bajas ó nobles, virtuosas ó viciosas, pretendiendo con Gumplowicz predecir con precisión sus hechos y sus destinos, y amenazándonos con la decadencia de la raza latina y la inevitable hegemonía de la germánica, la slava ó la anglosajona, por boca de Le Bon, Chamberlain, Lapouge, Sergi y tantos otros. Esta Psicología está hecha *á posteriori:* glorifica el éxito, y abofetea con su desprecio al vencido. El pueblo que prospera económicamente, se declara superior; y el que es víctima de circunstancias complejas que en el actual momento histórico han perturbado su vida, se considera de esencia inferior. ¿Qué valor puede atribuirse á la Psicología de los pueblos actuales en plena evolución, si esa Psicología ha fracasado aun tratándose de pueblos y de razas que ya han desaparecido? ¿Hay pueblo más estudiado que la antigua Grecia? Pues, sin embargo, no podemos todavía dar una definición exacta de su alma: para Renán, los griegos eran el pueblo menos religioso de la tierra; para Fustel de Coulanges, la vida griega encarna la vida religiosa por excelencia.

Como ejemplo típico de las dificultades invencibles con que tropieza la nueva ciencia, véase el caso celta, del que depende la Psicología de los principales pueblos civilizados: francés, inglés, alemán é italiano. Entre los sabios celtizantes, ninguno más autorizado que Renán, para quien el alma celta—la suya propia—estaba caracterizada por la gracia de la imaginación, el ideal de dulzura y de belleza como fin supremo de la vida, el pudor, la feminidad, etc.; pero lo poco que después hemos sabido por Gaidoz, Loth, Arbois de Jubainville, le

Braz, Dothu y otros, nos prueba que aquellos celtas, dulces y delicados, eran unos bárbaros violentos apasionados por la guerra; el amor ideal del celta á la mujer es puramente imaginario, estando reducida la esposa á simple instrumento de procreación, y vendiéndose las mujeres al precio ordinario de tres bueyes, y pasando de mano en mano como una mercancía. La trinchera de la leyenda bretona era excelente para apreciar el alma celta, pero esa leyenda ha quedado deshecha; y de tanta tinta como se ha gastado en los estudios celtas, apenas queda nada positivo, fuera del goce de la lectura de tantas hermosísimas fantasías.

En el retrato simpático ó repulsivo de un pueblo, entra más la individualidad del artista que la realidad de sus modelos. La vida de un pueblo es tan compleja, que es imposible abarcarla en toda la plenitud de sus manifestaciones para poderla definir. Antes de pegar una etiqueta sobre el alma de un pueblo, hay que conocer todo el mecanismo de su funcionamiento y de los móviles de sus actos, sin descuidar ningún elemento de análisis; la llegada de Bernadotte con su pequeño séquito á Suecia ha dejado huellas indelebles en la evolución de la vida colectiva de aquel país. No basta saber—aunque tampoco lo sabemos,—al hacer el análisis de un pueblo, que en su composición ha entrado un tercio ó nueve décimas de tal raza, y tal ó cuál cantidad de tal otra, sino que, aparte de este elemento cuantitativo, hay que proceder al análisis cualitativo y dinámico de cada elemento componente.

Taine puede considerarse como uno de los sabios que más han hecho por la nueva ciencia, y sus juicios sobre Alemania, Inglaterra, Italia y Francia se citan con respeto como modelo de exactitud fotográfica. La facultad dominante del pueblo alemán es para Taine la concepción de ideas originales; pero viene el historiador alemán Zeller y demuestra que los alemanes sólo son simples imitadores. Alemania lo ha recibido todo de fuera: la caballería, la libertad cívica, la idea del imperio, las ciencias y las letras, las Universidades, el arte gótico y hasta la

tolerancia religiosa. Mommsen, á su vez, que ignoraba que Alemania es más celta que germánica, aplasta con su desprecio á la raza céltica, inepta y sin originalidad al lado de los germanos, raza superior, intelectual y moralmente.

Cada cualidad colectiva, hasta las más características, tropieza con dificultades insuperables, como lo demuestra un ejemplo concreto. ¿En qué consiste el espíritu ó el genio francés y en qué se distingue del inglés ó del alemán? Juan Finot abrió en 1898 una información sobre el asunto, y todos los sabios, literatos, profesores y artistas consultados—en La España Moderna pueden verse extractados los resultados de la información—estaban de acuerdo en afirmar la existencia del *genio francés* y del *espíritu francés;* pero al tratar de definirlo, cada cual lo hacía á su manera, según su temperamento y sus cualidades personales; y no se llegó al resultado apetecido y buscado por la información, por la sencilla razón de que no se podía llegar: porque si hay una Psicología de los individuos, no hay ni puede haber una Psicología de los pueblos ni de las razas.

COSTUMBRES

La virtud entre bailarinas.—La cuestión del impuesto sobre la renta—dice en *La Grande Revue*, de París, Emilio Cere—no se agita sólo en Francia. En Austria se ha suscitado un conflicto entre el fisco y las bailarinas de la Opera de Viena, habiendo algunas de ellas recibido una conminación para el abono del impuesto sobre la renta.—Pero si no tenemos—dicen las lindas apremiadas—más que 30 florines (73 francos) de paga mensual.—¿Y cómo—responde la Administración—con tan modesta suma puede tenerse hotel particular, caballos y carruajes, pendientes que valen diez años de paga, sombreros y vestidos de las mejores modistas, etc., etc.? Tenéis que pagar un impuesto de utilidades. Las bailarinas replican

que no poseen nada, que reciben únicamente algunos regalos y ciertos auxilios de amigos adictos, y nada más; y que eso no constituye un ingreso regularizado ni permanente. Total: que las bailarinas que se hallan en el caso citado han quedado sometidas al impuesto, y que éste se calculará por el alquiler multiplicado por 4.

El cuerpo de baile de la Opera de Viena es célebre por la hermosura de las mujeres que lo componen y por la virtud de algunas de ellas. Allí es donde Eugenia Reingrüber, con seis de sus compañeras, ha fundado hace algunos años una Liga de la virtud; en esta asociación todas las bailarinas eran bellas, pues en otro caso no tendría mérito ninguno, puesto que no había que defender lo que nadie atacaba, y las asociadas se obligaban: 1.° A no vivir más que de su paga. 2.° A huir de toda relación peligrosa. 3.° A no tolerar conversaciones galantes ni palabras equívocas. 4.° A no aparecer en ciertos sitios públicos sino en compañía de sus padres.

El ejemplo de Viena no fué seguido en París; pero no se crea por eso que en la Opera de París no haya habido bailarinas virtuosas; pues sabido es, por el historiador Castil-Blaze, que en 1853 «el cuerpo de baile poseía tres jóvenes doncellas sin miedo y sin reproche, tres Juanas de Arco que la Opera nombraba con orgullo». El pudor es también conocido entre bastidores, y la prueba es la aventura de la señorita Petit. Esta se hallaba en 1740 en su cuarto del teatro con uno de sus amantes, cuando pasó por allí la señorita Jaquet, oyendo «una conversación entrecortada por gritos ahogados por un suspiro que no era el del dolor»; instigada, y estando la puerta entreabierta, miró al interior, y su pudor se sublevó de tal modo, que apenas acertaba á huir; las señoritas Coupé y Carton, que la encontraron tan turbada, la preguntaron la causa, y ella se la contó; el escándalo fué enorme, y la señorita Petit fué expulsada de la Opera, por impudor. Aquel suceso fué mucho tiempo la comidilla de los desocupados de París, dando lugar á numerosos escritos en pro y en contra de la acusada y de la

acusadora; y pasados algunos meses, la señorita Petit fué admitida de nuevo.

Por lo demás, conservar la virtud en el teatro, y sobre todo en un cuerpo de baile, es realmente algo heroico, no sólo por la resistencia que requiere el medio ambiente en que se vive, sino por la fácil presa que ofrece una bailarina á la seducción, dada su mísera paga y sus enormes necesidades. Así decía la Clairon, que antes de ser una gran trágica fué corista de la Opera: «Yo tuve la fortuna de triunfar en el teatro, pero pronto vi que se necesitaba poco talento en aquel espectáculo para parecer tener mucho; encontré tan poco mérito en no seguir más que las modulaciones del músico, el tono de entre bastidores me desagradó tanto, y la mezquindad de la paga hacía la necesidad de envilecerse tan absoluta, que al cabo de cuatro meses hice pedir mi retiro».

Las señoritas Gaussin, Maupin, Gauther, Luzy, Sionch-Levy y otras dejaron el teatro por el convento. Del mismo modo ha habido bailarinas que han sabido retirarse de las tablas para consagrarse á la religión. La señorita Guyot profesó en una Orden religiosa; la Basse, habiendo ella misma decidido á su amante á contraer el matrimonio que la familia deseaba, rehusó la pensión que le ofrecían en recompensa, y una vez asegurado que tendrían cuidado de sus hijos, se retiró al convento de las Bernardinas, asistiendo á su toma de hábito toda la población. Al año siguiente, la señorita Du Perrey, con quien se había negado á casarse Dauverval, se metió en un convento. Paquita Moreau dejó la Opera en 1702, retirándose también á un convento; el rey la dió 1.500 libras, y la prometió pasarla una pensión anual de otro tanto si profesaba; pero no se decidió á ello, prefiriendo casarse con el marqués de Villiers, que la ofreció su mano. La célebre Le Maure, enemiga de la Petit, salió bruscamente del teatro para cenar fuera; reducida á prisión, jura no volver á las tablas, y una vez libre, se retira á un convento, donde tres abates fueron á catequizarla: uno, el abate Bizot, para hacerla profesar; y los

otros dos, el abate Pelegrin y el abate de La Garde, enviados por la administración de la Opera para convencer á la hermosa bailarina de que debía volver á recoger los aplausos del público; éstos triunfaron, y la Maure volvió á la Opera, recibiendo el abate La Garde, de gratificación por haber logrado sus propósitos, 1.500 francos. La señorita Sallé no tomó el velo, pero tenía una sólida reputación de virtud, consagrada por aquellos versos de Voltaire en que la llamaba «sacerdotisa de Diana bailando con facciones de Venus».

Con los 100 ó 150 francos mensuales que gana en la Opera una bailarina, la virtud es muy difícil, y la cuota de socia de una Liga de la virtud, como la Liga austriaca, se pagaría con mucha dificultad. Por eso no es extraño que sean corrientes frases como la que se atribuyen á la señorita Souris: habiéndola encontrado un día la señorita Antier, cantatriz, llevando una niña de la mano, la dijo:—¡Oh, qué hermosa niña! ¿De quién es?—Mía—dijo la Souris.—Creía que no era usted casada.—No, pero soy de la Opera.

PSICOFÍSICA

El genio.—Adolfo Padovan dedica en la *Rivista d'Italia* al estudio del genio tan substanciosas como breves páginas. El estudio del genio ha tenido considerable desarrollo en estos últimos años; y después de Lombroso y sus discípulos, han tratado del genió un médico como Max Nordau, un filósofo como Bovio, un psiquiatra como Morselli, un fisiólogo como Gallerani, y otros muchos escritores, como Sergi, Venturi y el mismo Padovan, que han agotado el tema. Dos son en definitiva las teorías opuestas sobre el fenómeno: la patológica, que reconoce en el genio una psicosis, y la fisiológica, que lo estima como un fenómeno fisiológico.

Los partidarios de la teoría patológica se valen de todos los estigmas de la degeneración descubiertos por ellos en mu

chos hombres célebres para convalidar su hipótesis; los de la teoría fisiológica refutan los argumentos mostrando genios soberanos inmunes, ó poco menos, de todo estigma degenerativo. Estos razonan así: si el genio dependiese de una degeneración de forma epileptoide, habría que encontrar señales de la misma en los grandes genios; pero los hechos no corresponden, pues con poquísimas excepciones, los sumos genios resultan equilibrados; el más sereno, el más íntegro, el prototipo de la fisiología del genio, y genio indiscutido, es Galileo, siguiéndole Vinci, Maquiavelo, Tiziano, Colón, Goethe, Miguel Angel, Spinosa, Manzoni y Volta; luego no es verdad que la psicosis sea la causa del fenómeno genial, sino un hecho concomitante que puede existir desde el nacimiento, ó que se manifiesta, y es lo más frecuente, en los genios que han abusado de sus facultades intelectuales obligando á sus cerebros á una fatiga excesiva.

Es notorio y está demostrado que los nervios transmiten sus impresiones á la corteza cerebral, y que estas impresiones, por un misterio no revelado todavía, se traducen en nociones adquiridas que forman el patrimonio intelectual del hombre. Y como todo hombre nace con idiosincrasias orgánicas, posee desde la cuna idiosincrasias intelectuales, que constituyen lo que se llama vocación. Se puede nacer propenso á las artes ó á las ciencias, á la poesía ó á las matemáticas; pero ninguno triunfará sin poseer los conocimientos que se adquieren por el trámite del sistema nervioso. De donde resulta que, cuando el sistema nervioso es obediente y exquisito, las sensaciones son prontas, nítidas y plenas; esto, que es un axioma para el fisiólogo, es también evidente para el profano, que reconoce gran sensibilidad nerviosa en los hombres de gran inteligencia. Se podrá objetar con genios tardíos, como Alfieri, ó con otros, estimados incapaces, como Swift y Verdi; pero eso no excluye la existencia de un sistema nervioso excepcional, sino que prueba que la energía innata puede permanecer latente largo tiempo; y he ahí las famosas *ocasiones* que ayudan al genio.

Un sistema nervioso rico en células. con numerosas expansiones protoplásmicas, somáticas y colaterales, aptas para recibir sensaciones, asimilarlas, asociarlas y trasmutarlas, es la base fisiológica, el substrato congénito de la genialidad; y eso desde el nacimiento, como el atleta posee desde que nace músculos y órganos más robustos. Claro es que el hombre genial puede también llevar desde el nacimiento ciertas anomalías, pero independientes del genio. Estudiando su influencia, se ve que han extraviado á muchos genios; no fué el golpe en la cabeza el que favoreció las manifestaciones del genio de Vico, pues el genio preexistía á la lesión. ¿Fueron acaso filósofos eminentes Spinosa y Spencer por un golpe en la cabeza?

Cuando se manifiesta una verdadera psicosis, el genio declina al compás de la enfermedad. Torcuato Tasso, Schumann y Donizetti lo demuestran: el Tasso fué un lipemaníaco ó un paranoico, pero *después* de haber sido un genio, pues la *Aminta* y la *Jerusalem libertada* fueron anteriores á su enfermedad; Donizetti y Schumann tampoco compusieron música cuando enfermaron. Otro ejemplo elocuente es la epilepsia de Napoleón, que se quiere sea la causa de su genio; lejos de ser así, la epilepsia, exacerbada por la fatiga cerebral, fué la que ofuscó el genio del gran capitán hasta el sueño utópico de la monarquía universal, la catástrofe de Moscú y los fatales errores de sus últimos actos políticos.

Por lo demás, la epilepsia que afecta á hombres vulgares debe excluirse como causa de genialidad. Hay casos en que el delirio y la epilepsia han precedido á las manifestaciones del genio, como en Molière y Alfieri; pero eso es extraño al *substratum* del genio: fenómenos accidentales y esporádicos, que pueden influir en el genio deteriorándolo, pero no causas del genio. Es preciso recordar que el genio no tiene ninguna neurosis *especial*, pues todas las que padece le son comunes con las medianías; y así como entre éstas las hay sanas y enfermas, así en los genios encontramos enfermos y sanos.

El genio es «un estado fisiológico de exquisita y excepcio-

nal sensibilidad nerviosa». Las conclusiones que Padovan deduce de sus estudios para afirmar la tesis fisiológica son las siguientes:

El genio no es un fenómeno patológico: 1.° Porque muchos hombres de genio resultan inmunes de toda psicosis. 2.° Porque entre los genios íntegros y sanos figuran los atletas del pensamiento y de la acción. 3.° Porque ninguna anomalía es *especial* ó típica del genio. 4.° Porque las psicopatías del genio son comunes á las [medianías. 5.° Porque se pasa del genio á la psicosis, pero no de la psicosis al genio. 6.° Porque en el genio íntegro la creación es espontánea, y en el enfermo forzada. 7.° Porque muchos hombres citados entre los genios no son propiamente genios, sino ingenios, talentos y astutos.

IMPRESIONES Y NOTAS

Luis Felipe y Thiers.—En los *Recuerdos de juventud* que el senador Scheurer-Kestner viene publicando en *La Revue*, tropezamos con la siguiente curiosa anécdota histórica:

Luis Felipe había heredado muy indirectamente de Luis XV el gusto de hacer rebuscar en la correspondencia privada el relato de las intrigas escandalosas. Con este motivo, León de Maleville ha contado á Scheurer-Kestner una historia divertida, de la que fué protagonista Thiers. Un día, en 1840, siendo Thiers presidente del Consejo, se hizo esperar en una reunión de ministros en las Tullerías. Se trataba de ir á pasar revista á la guardia nacional. Le hicieron buscar inútilmente en su casa y en el Ministerio, y el rey, viendo que no parecía, dijo riéndose á Maleville: «Id, pues, á buscarle donde está: calle de Vaugirard, número tal». Maleville saltó al coche, y al llegar al sitio indicado, penetró en el patio de una casa inmensa. ¿Cómo arreglárselas para descubrir á su presidente sin comprometerlo? El subsecretario de Estado tuvo una idea genial, y se puso á gritar con voz estentórea: «¡Adolfo! ¡Adolfo!...»

No tardó en entreabrirse una ventana del tercer piso, y un hombrecito con anteojos apareció en paños menores... En cuanto vió al inmenso Maleville, Thiers se acordó de la revista, se vistió á escape y llegó á las Tullerías.—Señor presidente del Consejo—dijo el rey sonriendo,—se retrasa usted.—Pido mil perdones á V. M.—dijo Thiers,—pero me estaba preparando.—Siento haberos interrumpido en vuestros preparativos—respondió Luis Felipe estallando de risa.

***

Los progresos de la hipofagia.—Frecuentemente se pregunta uno qué se hará de los caballos cuando ya no sirvan para la tracción. El Dr. Caze dice que la respuesta es muy sencilla: se comerán. La cría del caballo de carnicería hará la competencia á la del buey, el carnero y el cerdo. La hipofagia toma en los grandes centros grandes proporciones. En Berlín hay toda una calle ocupada por carnicerías de caballo, vigiladas por veterinarios inspectores; en el mismo barrio hay un matadero donde sólo se sacrifican caballos. En 1894 se consumieron en Berlín 7.627 caballos; en 1900, la cifra llegó á 10.135; en 1903 á 12.000, y en 1904 á 13.000, en números redondos, lo que representa cerca de millón y medio de kilos de carne de caballo. Berlín tiene 64 carnicerías hípicas, en las que sólo se vende carne de caballo. En Breslau, ciudad de 330.000 habitantes, el consumo de caballos es doble que en Berlín, y en ciertas comarcas de Sajonia es casi triple. En Berlín, la carne escogida de caballo se vende á 40 y 50 céntimos la libra, y el resto de 15 á 20 céntimos.

En París también hace progresos la hipofagia: en los barrios obreros, en los arrabales y en los alrededores hay 200 carniceros que sólo venden carne de caballo, y hay ya dos mataderos hípicos, uno en el barrio de los Gobelinos y otro en Vaugirard. Los inspectores son mucho más exigentes y rigurosos con las carnes de caballo que con las de vaca y carnero;

en París se matan al mes de 1.000 á 1.300 caballos para las carnicerías; la mayor parte proceden del Norte, donde la agricultura se resiente de esta exportación. Las carnicerías hípicas prefieren caballos de ciudad, alimentados con avena, á los del campo, que dan carne menos blanca. Los caballos blancos son poco apetecidos, porque su carne presenta á trechos trozos negros que no se pueden utilizar. La hipofagia se desarrolla por varias causas: desde luego, por la baratura, fomentada por no pagar derechos de consumos, como las demás carnes; y luego, porque muchos médicos, partidarios de la zomoterapia, recomiendan especialmente el jugo de carne de caballo para los enfermos y, sobre todo, para los niños tuberculosos.

***

Curiosidades biográficas.—Según Coussanges, se cuenta que cuando Rudyard Kipling escribe, moja la pluma en el tintero con tal fuerza que hace saltar la tinta alrededor, y se llena todo de manchas de tinta. Carlos Dickens, para componer sus novelas, se encerraba todos los días en su escritorio durante cierto tiempo. Thackeray llevaba consigo su manuscrito, y en todo momento, aguardando el pago de un cheque, por ejemplo, lo sacaba y añadía una palabra, una frase ó un párrafo. Lord Litton, elegantemente vestido, escribía en su suntuosa biblioteca á la luz de dos bujías y teniendo detrás dos lacayos con pelucas empolvadas. Julio Verne, cuando su vista le permitía todavía escribir por sí mismo, se levantaba todas las mañanas á las cinco, y permanecía trabajando hasta las once; escribía muy despacio, con mucho cuidado, y rehaciendo varias veces cada frase hasta que quedaba á su gusto. Sienkiewicz reúne en torno suyo todos los libros y materiales que contienen sus documentos, se encierra y sólo cuando está aislado se pone á escribir.

***

EL PAPEL MUSICAL DE LA MUJER.—Con este título inserta la revista feminista *L'Action sociale de la femme* una conferencia de Vincent d'Indy, de la que recogemos algunas interesantes consideraciones.

La historia de la música debe dividirse en tres épocas: la primera, desde el establecimiento del canto gregoriano, por el siglo V, hasta la invención de la ópera, á principios del XVII; la segunda hasta el siglo XIX, y la tercera hasta nuestros días. Estas tres épocas podrían caracterizarse llamándolas la *creyente*, la *renaciente* y la *moderna*.

En la primera época, la música es puramente vocal y religiosa: todo el mundo reza y todo el mundo canta, siendo la música la oración colectiva, sin distinción de castas, clases, sexos, edades ni aptitudes. En la segunda época, el arte musical se hace aristocrático y personal, bajo las influencias paganas del Renacimiento; el solista reina en la música y el arte le sirve humildemente. En el siglo XIX, el pueblo, extraviado por los sofistas, no cree nada, y la oración colectiva cesa; el pueblo no canta, pero va al café-concierto á escuchar obscenidades, y como no tiene dinero para ir á la ópera ni tiene fe para cantar en la iglesia, inventa el *orfeón*.

El orfeón es la negación del arte, degradado por la intriga política y el mercantilismo, y en el que se ha prescindido de la mujer, olvidada desde el Renacimiento. La ópera no admitía más que hombres al principio, y el orfeón prescinde de la mujer, privándose así de un elemento esencial de armonía y condenándose á no poder representar más que la mitad de un conjunto coral.

La mujer puede y debe acabar con semejante estado de cosas, fomentando reuniones familiares para el cultivo de la música, que darían excelentes resultados, pues servirían para cultivar y mejorar el sentido estético, para apartar las almas de los vicios del café concierto, dirigiéndolas hacia un ideal artístico, para propagar en el pueblo el gusto de lo bello, y para transformar los actuales orfeones con su organización política

y comercial en orfeones artísticos que respondieran á su verdadera misión de instrumentos de difusión del arte musical.

Para llegar á este fin, Vincent d'Indy aconseja á las jóvenes que aprendan ante todo trozos escogidos de música monódica, canto gregoriano ó canto popular, y cuando sus voces estén bien fundidas y hayan tomado la costumbre de hacer una sola voz de varias voces, abordar el canto polifónico con las admirables obras de Palestrina y Vitoria, por lo menos las que están escritas para dos, tres y cuatro voces iguales, así como las canciones populares del mismo estilo. La cosa es sencillísima, pues se trata de música muy fácil, y basta cantar varias veces la frase musical para que todos la aprendan y se formen así coros hermosísimos del mejor efecto artístico.

*
* *

Un experimento comunista.—Ahora que tanto se estudia el socialismo y el anarquismo, es interesante recordar, como lo hace en *La Renaissance Latine* Eduardo Dolleaux, la tentativa hecha en 1825 por Roberto Owen al adquirir varios miles de hectáreas de tierras cultivadas para hacer en ellas el ensayo del «nuevo sistema social». Nueva-Armonía, que tal fué el nombre de aquel territorio, fué efectivamente un ensayo serio del sistema.

Owen anunció sus propósitos en el Parlamento de Washington, y luego publicó un manifiesto apelando á todas las buenas voluntades; 800 individuos venidos de todas partes reciben á Owen á su llegada á Nueva-Armonía; esta comunidad heterogénea tenía un elemento científico de primer orden en su seno, y de ella formaban parte Maclure, Say, Lesumer y otros sabios y pedagogos no menos distinguidos y entusiastas, á cuyo lado se agrupaban espíritus inquietos, ateos empedernidos y algunos aventureros ó curiosos.

Owen había pensado en establecer una sociedad preliminar intermedia entre el antiguo y el nuevo régimen para facilitar

la transición; pero engañado por las apariencias, precipitó los sucesos, y á fines de 1825 estableció una sociedad sobre las bases de la comunidad de bienes y de la igualdad perfecta. Se publicó la Constitución de Nueva-Armonía; y al aplicarla fué tal el desorden, que el Consejo ejecutivo tuvo que pedir á Owen que se encargara de la dirección, quedando de hecho sustituída la Constitución por la dictadura de Owen. A principios de Abril de 1826 declaraba la *Gaceta de Nueva-Armonía* que «una comunidad no debe comprender más de 20 á 30 personas, para que se puedan entender». En una visita que por entonces hizo al país el duque de Sajonia-Weimar, pudo comprobar que allí nadie se entendía y que, si todos querían divertirse, á nadie le agradaba trabajar.

Antes del primer año de existencia, y á pesar de los optimismos y entusiasmos de Owen, la comunidad de igualdad perfecta está casi deshecha, y todos suspiran por la propiedad individual. El dinero era más estimado que en las ciudades más burguesas; los sexos se batían como perros y gatos á propósito del matrimonio individual. Todo el mundo estaba disgustado; y el 28 de Marzo de 1827 la *Gaceta* publica un artículo de los dos hijos de Owen declarando el fracaso del experimento. Moral y materialmente, el ensayo había sido una quiebra. El experimento costó á Roberto Owen 200.000 duros.

FERNANDO ARAUJO

INDICE

Págs.

Sobre la lectura é interpretación del ***Quijote,*** por Miguel de Unamuno 5

Recuerdos, por José Echegaray 23

El *problema agrario en el Mediodía de España,* por Enrique Sánchez Pastor 34

Bases políticas de la defensa nacional, por Ignotus 54

Las habitaciones baratas, por Adolfo Posada 69

De política parlamentaria, por el Marqués de Figueroa 83

Influencia española sobre la Literatura inglesa, por Martín Hume. 110

Yang-Hun-Tsy (el diablo extranjero), por Wenceslao Sieroszewski. 134

Crónica literaria (A fuerza de arrastrarse, comedia por D. José Echegaray), por E. Gómez de Baquero 166

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 176

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey.—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa.—Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier.—Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra.—Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne.—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giurlati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo, Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores:—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Barces, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro. - El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. — Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.

Campe. — Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa, 8 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Renán.—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas. — Los Orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas. —La Edad Clásica, 6 pesetas.— —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

Tolstoy.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Wallszewsky. — Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Wolf.—Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

MISCELÁNEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

Baudelaire.—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.

Castro.—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres, 3 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Lemonnier. — La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Stead.—El Gobierno de New-York, 3 pesetas.

Stendhal.—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amatorias, 3 pesetas.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas. —Placeres viciosos, 3 ptas.

Varios autores.—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenio Graudet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas. — César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas. La tema de Juan Tozudo, 3 pese-

tas.—Amores frágiles, 3 pesetas. Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas. —La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

Dostoyuski.—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

Helberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla Negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Tolstoy.—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas. El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas. —Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas. El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola.—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pts.

Huxley.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.

Tolstoy.—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

POESÍAS

Campoamor.—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 17. NÚM. 197.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

MAYO 1905

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, núm. 22.—Teléfono 2.000. 10.380

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EDICIONES DEL "QUIJOTE„

No voy á rehacer la bibliografía cervantina de Ríus: sosiéguese el lector. Ni soy quién para dar mi juicio sobre el ejemplar vallisoletano, que no conozco *de visu*. A bien que ya sabíamos todos á qué atenernos desde que en Palencia lo vió Menéndez y Pelayo, y más tarde lo vimos publicado, para escarnio de las supercherías españolas. Los timadores que pretendían hacerlo pasar por un nuevo hallazgo se han retirado con sólo oir que la Comisión para examinarlo estaría presidida por *el Maestro*. Más modesto es mi propósito en este artículo. Voy á repetir cosas muy sabidas, pero que conviene se repitan estos días en que las prensas sudan y chorrean *Quijotes* por millares. Los que han emprendido largas tiradas, ¿á qué texto se habrán atenido? La Academia, con su acostumbrada prudencia y discreción, contestó al Gobierno, que solicitaba su cooperación para imprimir á granel el libro que se había de distribuir, regalado y gratis, lo que debía contestar: que no tenía tiempo para ocuparse de ello. ¿A quién le ocurre pretender se le haga una edición más ó menos crítica, cuando no faltan más que dos meses para el día en que la edición se ha de repartir?

El *Quijote* va á reimprimirse por milésima vez y en una abundancia desconocida hasta hoy entre los editores más generosos. Pero por milésima vez se reimprimirán como de Cervantes infinidad de palabras que manos pecadoras de editores y libreros sustituyeron sin compasión á las del manco

inmortal. Grave daño para nuestro autor, para nuestra lengua y para los que quieran estudiarla y evacuar citas. Y, sin embargo, no era ni es empresa de romanos el obtener una edición medianamente auténtica y autorizada, ya que el tiempo no daba de sí para elaborar una edición verdaderamente crítica. Todos saben que la edición de Cuesta del 1608 es la más fehaciente, corregidas las erratas que saltan á la vista, y modificada la ortografía y la puntuación. Por lo menos, á ella debiéramos atenernos en las variantes arbitrarias que presentan las demás ediciones. Dejemos á un lado las adocenadas de los que sólo tenían puesta la mira en hacer negocio. No nos acordemos de Argamasilla ni del eminente poeta que llevó allá sus prensas y cajistas para doblar el quijotismo y el mancheguismo y el carcelismo del desdichado libro, crucificándolo en el lugar mismo, supuesto ó verdadero, en el cual lo hubiera compuesto Cervantes. Clemencín pasa por el mejor comentarista, aunque Bowle para mí lo sea de hecho. ¿Qué criterio gramatical guiaba á Clemencín al corregir la edición de Cuesta de 1608? Ninguno, si hemos de juzgar por lo que él dice en el *Prólogo*. En el cual parece debiera haber advertido que se atenía á tal ó cuál edición, y que pensaba introducir variantes, dando la razón de ello. Semejantes atrevimientos se llevan acá con una frescura y con un candor que asombran. Nada de eso dice Clemencín. Mucha y recóndita erudición caballeresca, eso sí. Pero del texto, ni una palabra. Lo cambia cuando se le antoja, y añade alguna razón de pie de banco, si se le ocurre; si no, mutis. Vamos á comparar la edición de Cuesta de 1608 y la de Clemencín. Los comentarios huelgan. Clemencín corrige lo que cree faltas gramaticales; las correcciones muestran que el que no conocía bien el castellano era él y no Cervantes. ¡Corregir á Cervantes! Repito que es candor y frescura que sólo se dan en esta tierra de Don Quijote.

En el Prólogo de la edición de Cuesta (fol. 3): Como sera *poner*... Y luego en el margen *citar*... Si tratardes del poder

de la muerte, *acudir*... Si de la amistad... ENTRAROS... y *dezir*. Cinco infinitivos paralelos. En Clemencín (LI): como sera *poner*... Y luego en el margen *citar*... Si tratarede del poder de la muerte, *acudir*... Si de la amistad... ENTRAOS... y *dezir*. Ese *entraos* rompe la unidad de construcción y del período. ¿Es eso corregir?

Cuesta (*Pról.* 4): no tiene necessidad de ninguna cosa de aquellas que vos dezís que le *falta*. Clemencín (LV): no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le *faltan*. ¿Por qué *faltar* ha de concordar con *aquellas* y no con *cosa*, como quiso Cervantes?

Cuesta (íd.): malencolico. Clemencín (íd.): melancolico. ¿Por qué se ha de hacer hablar á Cervantes como hoy y no como realmente habló?

Cuesta (íd.): que sin disputa. Clemencín (íd.): que sin *ponerlas* en disputa. Añadidura inútil y atrevida.

Cuesta: no un palmo de *la* ore. Clemencín (LXI): no un palmo de *las* ore.

Cuesta: y trocara *sus Londres*. Clemencín (LXIII): y trocara *su Londres*. ¿No se dice *en los Parises?* Y ¿no se ha dicho siempre *Atenas* y *Burgos?*

Cuesta: que *heziste* venturoso. Clemencín (LXIV): que *hiciste* venturoso. Nada, que Cervantes ha de hablar como dos siglos después. Tres versos adelante conserva Clemencín el *heciste*.

Cuesta: repugna. Clemencín (LXIV): repuna. Sin duda para que rime con *luna* y *fortuna*. En nota dice que *escudera* (la llaneza escudera) está usado como adjetivo, «y no lo es». Los gracejos cervantinos no los entendió Clemencín la mayor parte de las veces.

Cuesta: con *buz corona* te haze reuerencia. Clemencín (LXV): con *buzcorona*. La idea es: te corona con buz, te hace reverencia. «Buz es el beso de reverencia y reconocimiento que da uno á otro; y entre otras monerías que la mona hace, es el *buz*, tomando la mano y besándola con mucho tien-

to... y luego poniéndola sobre la cabeza» (Covarrubias). Clemencín creyó que *buzcorona* era una palabra.

Cuesta: Del donoso poeta. Clemencín (LXVI): Del Donoso, poeta. Y en la nota: Si fueron obscuros los versos de Urganda, no lo son menos los del *Donoso*. ¿Por qué donoso ha de ser nombre propio y ha de llevar coma?

Cuesta: Que el *tacito* Villadie. Clemencín (LXVI): Que el *Tacito* Villadie. Cualquiera diría que para Clemencín, Villadiego era algún *Tácito* español.

Cuesta: *Maguer* señor Quixote que. Clemencín (LXX): *Magüer*, señor Quijote. Nunca Cervantes ni otro autor de su tiempo ó anterior escribieron con crema ni pronunciaron la *u* de *maguer*, cuyas variantes en el *Fuero Juzgo* son *mager, mayer, maguier, maguera, maguey, maguyar*, en Alexandre *magar* (14, 70), *maguar* (73), *maguer* (23), *maguera* (2.006). Como *ge*, *ye*, *ie* sonaba como en el italiano *giardino*, algo más fuerte que *je* francés, pero nunca suave como con gamma, se escribía *gue* para la pronunciación de la gamma, es decir, suave, con el objeto de que no se confundiera con el sonido *ge*, que era el del *djim* arábigo ó italiano; pero los eruditos posteriores leyeron mal pronunciando la *u*, y dieron en ponerle crema.

Este punto, por lo demás clarísimo, lo acaba de estudiar D. Rufino Cuervo; pero de seguro que seguirán poniendo *magüer* las ediciones españolas de estos días.

Cuesta (1, 1): verisimiles. Clemencín (4): verosímiles. Siempre en Cervantes hay *verisimil* y *verisimilitud*, y es más castizo.

Cuesta (1, 2): letura. Clemencín (10): lectura. Y eso que antes en los versos dejó *letura*, como en el texto.

Cuesta (1, 2): En efeto. Clemencín (14): En efecto. En tiempo de Cervantes todavía no había llegado el prurito latino hasta pronunciar *ct* en *efecto*, *doctor*, *doctrina*. Los eruditos pedantes han introducido esta pronunciación ajena al castellano.

Cuesta (1, 2): estraño gusto. Clemencín (15): extraño gusto. Otra pedantería de latinizantes: ni los mismos romanos pronunciaron la *x* delante de *t* sino como *s*, que es como siempre se pronunció en España. Tiene gracia que queramos ser más latinos que los latinos, por ignorancia de los sabios, que se atienen á la ortografía, á la letra muerta.

Cuesta (íd.): visaguelos. Clemencín (íd.): bisabuelos. Y, sin embargo, *bisaguelos* dice todavía el pueblo.

Cuesta (1, 3): y no dexó de parecerle *mal*. Clemencín no corrige, pero cree que debiera decir *bien*, y pudiera añadir: *non capisco*.

Cuesta (1, 3): sinificativo. Clemencín (18): significativo. Otra *g* que tampoco pronunciaban los romanos, y que por hallarla escrita nos han hecho pronunciar los ultralatinistas.

Cuesta (1, 3): y *confirmandose* a si mismo. Clemencín (11): y *confirmadose* á si mismo.

Cuesta (1, 3): Yo soy el gigante Caraculiambro. Clemencín (20): yo, *señora*, soi el gigante Caraculiambro.

Cuesta (2, 5): El lenguage no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro canallero *acrecentaua* en ellas la risa. Clemencín (34): *acrecentaban*. Son infinitos los casos en que Cervantes pone el verbo en singular, concordando con el sujeto más próximo, subentendiéndose con los demás. Para Clemencín esto es una falta de concordancia. He tratado este punto en el número de Marzo de La España Moderna.

Clemencín (34): amen del lecho. En nota: «Es lo contrario: quiso decir *fuera* ó *á excepcion del lecho*». *Amen de* vale *ademas* y *fuera de*.

Cuesta (3, 7): manificencia. Clemencín (41): magnificencia.

Cuesta (3, 8): como si mal alguno huuiessen tenido. Clemencín (53): como si mal alguno *no* hubiesen tenido.

Cuesta (3, 9): con la *mesma* intencion. Clemencín (58): con la *misma* intencion. *Mesmo* es vulgar. Berceo y Cervantes dicen *mesmo* y *mismo*; y ni Clemencín ni nadie tiene derecho á reprenderles ni corregirles.

Cuesta (3, 10): y ofendeme. Clemencín (60): y ofendedme. El imperativo plural perdía la *d* final, si se quería: ...*Anda* (IX).—...*tomâ* que mi aguelo (II, 10, 35).—...*anda* señor, que estays muy mal criado (IX). Todavía es lo corriente en el Río de la Plata, como dice Granada (1). D. Pedro de Mendoza, primer adelantado en aquella tierra, dejó al volver á España en 1537 un papel en el que dice á su lugarteniente Juan de Ayolas: «Por eso *mirá*: pues os dejo por hijo y con cargo tan honrado. Al capitan Francisco Ruiz *tratá* bien. Si os sirvieren bien hacedles honra, y si no, no *cures* dellos. Y en todas las cosas les *poné* delante».

Cuesta (3, 9): en quanto *pudieres*. Clemencín (60): en cuanto *pudieredes*. Nótese el *no cures* de la cita anterior, y *atribuyas* por *atribuyais* (12, 37). Corregir por ignorar, creyendo mejorar lo bueno, echándolo á perder, es un criterio que por acá ha abundado mucho en las ediciones de nuestros clásicos.

Cuesta (4, 11): Yrme yo con el, *mas* mal año, no señor, ni por pienso. Clemencín (71): ¿Irme yo con él *mas?* ¡Mal año! no señor, ni por pienso. Adversativa es *mas*, *¡antes mal año!*

Cuesta (4, 12): satisfacion. Clemencín (77): satisfaccion. Ya he dicho que en *ct* no suena la *c* en España; menos suena la primera *c* en *cc*.

Cuesta (4, 12): luego *se le vino* â la imaginacion las encrucixadas donde. «*Vino* por *vinieron*», dice Clemencín en la nota. Si hubiera estudiado la fuerza del verbo impersonal ó, mejor, unipersonal castellano, hubiera visto que aquí no hay errata de imprenta ni descuido de Cervantes. Por analogía con *haber, hay, hubo*, se empleó *hacer* como unipersonal que pide acusativo, lo mismo que *haber*, y, lo que es más, el verbo *ser* y varios otros, á imitación de *haber* y *hacer*, pudieron llevar plural: *hazia* calor (II, 44, 167), ó *hizo grandes calores*.—Este *hara* veynte y dos *años*, que sali de casa (I, 39, 203). Porque *es*

(1) *Vocabulario Rioplatense*, pág. 87.

menester fuerças diuinas para vencer las suyas humanas (I, 34, 172).—Donde le *sucedio cosas* que a cosas llegan (II, 8, 30).—*...no se oîa* en todo el lugar sino *ladridos* de perros (II, 9, 30). *Valgate* mil *Satanases* por no maldezirte por encantador (II, 40, 150). Estas reconditeces cervantinas no están al alcance de ciertos gramáticos; pero no tenían más que estudiar el origen de *hace dias*, *ha cuatro años*, cuyos plurales no pueden ser sujeto, sino objeto, como lo está diciendo el ser activos estos verbos. En esto de Gigantes *ay* diferentes opiniones, si *los ha auido*, ô no en el mundo; pero la Santa Escritura... nos muestra que *los huuo* (II, 1, 6).—...que *ay historias* impressas (II, 16, 50). Decíase en el *Poema del Cid: «Grand alegria es* entre todos essos christianos» (1.236), «*Un monge beneito fue* en una mongia» (Berceo, *Mil.*, 76). Por otra parte, con *haber* por *tener*: «El pueblo e la villa *houo grant alegria*» (*Apol.*, 621), «El prado que vos digo *auie otra bondat*» (Berc., *Mil.*, 11). Fundidas ambas construcciones, una vez tomado *haber* como mero auxiliar, resultó: *fueron guerras* en España + España *hubo guerras* = *hubo guerras* en España. Como se ve, hay que tentarse bien la ropa en esto de dar por mala una construcción. Fácil es prorrumpir en són de triunfo: ¡los clásicos fueron muy descuidados! Pero es todavía más fácil llamarse á engaño y dar un batacazo, cuando se creía haber puesto una pica en Flandes.

Cuesta (4, 13): no conocemos quien *sea* essa buena señora que dezís. Clemencín (81): no conocemos quién *es* esa buena señora que decís. El subjuntivo lleva consigo cierta duda ó apreciación subjetiva, que da no poca gracia á la expresión. Cervantes lo emplea en casos en que hoy no se usa, y que siempre lleva consigo dicha apreciación: Por cierto, señor, que v. m. *sea* muy bien obedecido en esto (I, 8, 25), por: será obedecido. Sino por el Dios que nos rige que os *concluya y aniquile* (I, 4, 11). Y assegurote... que tu salario te *sea* pagado (I, 46, 248). Si es que se anda a dezir verdades... a buen seguro que entre los palos de mi señor *se hallen* los mios (I, 3, 11). Pero

hetelo aqui, quando no me *cate*, que remanece un dia (I, 12, 38), etc., etc. En cambio usa Cervantes el indicativo donde nosotros preferiríamos el subjuntivo: Este Rey, o Principe, o lo que *es* (I, 21, 86)—don Ginesillo de Parapillo, o como os *llamays* (I, 22, 94)—y no son tan pocos que no *passan* de sesenta mil pesos (I, 29, 145). Si hubiéramos de atenernos al uso actual corrigiendo los muchos pasajes en que Cervantes no se atiene á él, ya no tendríamos un texto de Cervantes, sino de Zutano ó Mengano, que se atrevieron á desnaturalizarlo.

Cuesta (5, 16): que cure, y cate *de* mis feridas. Clemencín (99): que cure y cate mis feridas. Es el *de* partitivo, que algunos tendrían por galicismo en estos ejemplos: los que nos saltearon son *de* unos galeotes (I, 29, 145), ce sont *des* brigands;—que buscaua *de* todas yeruas para hazer ensalada (I, 41, 214);—fue perdiendo *de* la opinion que con el tenia (II, 16, 59);—no comais *de* cosa que os presentaren (II, 47, 176);—reparto *de* mis bienes con los pobres (II, 16, 57);—y conozco muy bien *de* todos los instrumentos de la barberia (I, 45, 240);—que le fuesse dando *de* aquellos libros uno a uno (I, 6, 16).

Cuesta (7, 21): escrudiñador. Clemencín (159): escrutiñador. Es metátesis vulgar de escudriñador (II, 12, 84 y 50, 189). La forma de Clemencín ni es latina ni vulgar castellana.

Cuesta (8, 26): que si lleuaran *el* diablo a las espaldas. Clemencín (185): que si llevaran *al* diablo á las espaldas.

Cuesta (10, 32): desseosos de buscar *donde* alojar. Clemencín (226): deseosos de buscar *adonde* alojar. *Donde* y *adonde* tienen en Cervantes las dos acepciones de *ubi* y *quo*.

Cuesta (11, 34): Las donzellas, y *la honestidad* andauan, como tengo dicho, por donde quiera, *sola*, y *señera*, sin temor que la agena desemboltura y lascino intento la menoscabassen. Clemencín: *solas* y *señeras*... *las* menoscabassen.

Esta corrección proviene de no haber entendido el principio que para la concordancia rige en Cervantes, del cual ya tengo hablado. El verbo y el adjetivo pueden concordar con el sujeto más próximo. *Andauan* concuerda con *Las donzellas, y la*

honestidad; *sola y señera, la menoscabassen*, con *la honestidad*. En la mente de Cervantes esos eran los sujetos, no el total plural que aparece en *Las donzellas, y la libertad*. De la misma manera concierta el verbo *quedo* con *Camacho y pacíficos y sossegados* con *los* en este ejemplo: con las quales *quedo* Camacho y los de su parcialidad *pacíficos y sossegados* (II, 21, 81); igualmente: de lo qual *quedó* Camacho y sus valedores tan *corridos* (II, 21, 80). Esta libertad de construcción es muy castellana, y nadie como Cervantes se asimiló tan hondamente el genio del castellano. No está, pues, bien que los que conocen nuestra lengua algo más á la ligera pretendan enmendarle la plana. Son muchas las que en el *Quijote* se han tenido por erratas ó por descuidos de su autor, no siendo otra cosa que rasgos delicadísimos del profundo conocimiento que él tenía de nuestra lengua, los cuales quedaban fuera del alcance de los editores ordinarios y aun de los extraordinarios.

En confirmación de esto, voy á recordar el pasaje gramaticalmente más obscuro del *Quijote*, corregido en todas las ediciones, sin necesidad alguna, puesto que su oscuridad desaparece cuando, prescindiendo de la forma gramatical, se fija uno en la mente de los personajes que intervienen. Dice así el texto de Cuesta (II, 24, 92): «Siguieron todos tres el derecho camino de la venta, a la qual llegaron un poco antes de anochezer, dixo el primo a don Quixote, que llegassen *a ella* a beuer un trago. Apenas oyo esto Sancho Pança, quando encamino el ruzio a la hermita». La Academia corrigió poniendo *ermita* en lugar de *ella*, y *ella* en lugar de ermita; pero, como dice Clemencín, todavía no alcanza la enmienda si no se suprimen las palabras *a la qual llegaron un poco antes de anochezer*. Léase con estas correcciones, y se verá. Por su parte Clemencín no halla otra solución. El texto está bien y claro con sólo advertir que *a ella* se refiere, no á la venta, conforme á la gramática, sino á la ermita, conforme al sentido, ya que quien lo propone es el primo, el cual tenía su ermita en la cabeza y en el deseo, como se ve por la frase anterior: *donde quisiera el pri-*

mo que se quedaran, y conforme á su mente (κατὰ σύνεσιν) habla y se ha de entender lo que dice, *que llegassen a ella*. Cuanto á la construcción de la oración, la relativa *a la cual llegaron un poco antes de anochezer* es una anticipación á lo que sigue, un paréntesis como quien dice. Siguieron el camino de la venta, y al pasar junto á la ermita dijo el primo que se llegasen á beber un trago. Cervantes muestra en este pasaje estar tan en cada uno de los personajes, que, por hacerles hablar conforme á su propio deseo y á lo que tienen en su propia cabeza, redacta el período gramaticalmente reprensible. Esto mismo se echa de ver en algunas otras proposiciones relativas del *Quijote*.

¿Es un defecto? Serálo para los gramáticos que quieren se analice el lenguaje gramaticalmente; para el arte y para la psicología artística de Cervantes, más bien es una alabanza. Cervantes no escribe la novela como un escritor ordinario, que tiene ante sus ojos la pluma, el papel y los personajes que fantasea. Cervantes parece que no hace más que reproducir como un fonógrafo lo que los mismos personajes hablan, y como una cámara oscura lo que pasa por la fantasía de los mismos personajes. Es lo que se llama *vivirlos* y compenetrarse con ellos. El famoso olvido de Cervantes, el del asno robado, lo confirma. Porque Cervantes no podía pensar en Sancho sin pensar en su jumento. Y aquí voy á exponer una idea mía, valga lo que valiere. Yo creo que la personalidad de Sancho nació en la mente de Cervantes del estudio ó penetración de dos proverbios que llevaban ya consigo el nombre y el ideal de Sancho. En la segunda parte (34, 133) se lee: «y dice Cide Hamete, que pocas veces vio a Sancho Pança sin ver al ruzio, ni al ruzio sin ver a Sancho, tal era la amistad y buena fé que entre los dos se guardauan». Aquí se alude no menos que al Sancho ideado por Cervantes, al Sancho del proverbio *Allá va Sancho con su rocino*. Del cual escribe Covarrubias: «Dicen que este era un hombre *gracioso*, que tenia una *aca*, y *donde quiera* que entraba la metia consigo. Usamos deste proverbio *cuando*

dos amigos andan siempre juntos». Cualquiera diría que Covarrubias no comenta un proverbio anterior á Cervantes, sino que comenta el texto citado de Cervantes y el ideal que éste tenía de Sancho Panza. Y tanto, que el Sancho de Cervantes ha puesto ya en olvido ese proverbio, tan usado en tiempo de Covarrubias: tan compenetrados están ambos Sanchos. En la misma parte (43, 163) se lee: «al buen callar llaman *Sancho*». Y Hernán Núñez añade: «*al bueno bueno Sancho Martines*». Es decir, que *Sancho* significa santo y bueno, conforme á su etimología y conforme al proverbio, y el callar lo es tanto, que *in multiloquio non deerit peccatum,* quien mucho habla tiene que errar. El bueno bueno, el santo, no una vez, sino muy santo, lleva otro apellido por añadidura: *Sancho Martines*: *al bueno bueno Sancho Martines*. Don Quijote le dice á Panza que por él no se debió decir el proverbio; pero esto precisamente indica que en ese proverbio se inspiró Cervantes, haciéndolo tan hablador.

Sancho Panza, siempre con su rucio, gracioso, hablador, honrado: tal es la pintura de Cervantes, y tales son las cualidades del Sancho de esos dos proverbios. «Los que tuuieren noticia que nunca Sancho Pança se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Pança» (II, 55, 210). Por eso se le fué á Cervantes el santo al cielo, digo, el asno de Sancho, porque Sancho en su mente no podía separarse de su rucio.

Y á propósito de refranes, vaya otra observación, no ya de mi cabeza y valga lo que valiere, sino sacada de los hechos, y de todo punto cierta. Tal vez habrá quien crea que alguno de los refranes del *Quijote* pudiera ser invención de Cervantes. Puedo asegurar que todos existían como tales entre el vulgo, y en las conocidas colecciones de Hernán-Núñez, Mallara, Garay y en Covarrubias. El de la segunda parte (3,12): *sin duda se deuio de atener al refran, de paja y de heno, etc.*, que no hallo completado por los comentadores, dice así, en el Comendador Griego: *De paja, o de heno mi vientre lleno. Otros dicen: El vientre lleno, siquiera de heno.* Hay, pues, errata de *y* por *o*, no

corregida por los que no tuvieron noticia del refrán. Otro similar en el mismo autor: *De trigo o de auena, mi casa llena.* Estudiando en estos autores los refranes del *Quijote,* me he llegado á persuadir de que Cervantes los había consultado y leído, á pesar de que algunos estén citados de memoria.

Otro tanto puede decirse de los modismos castellanos, tan á granel esparcidos en todo el *Quijote.* Papel y lápiz en mano, ó memoria é ingenio que los supliera, debía de llevar Cervantes al entrarse por ventas y mesones, al terciar con gentes de la hampa y de las gurapas. No hay autor que haya encerrado en un libro tamaño tesoro de modismos de aldea, refranes de viejas, dichos picarescos, términos de galeotes y rufianes, giros de rancio y vigoroso corte castellano, sin tener necesidad de embutirlos en un *Cuento de cuentos*, ni de redactar exprofeso una novela picaresca.

No faltará tampoco quien crea que gran porción de este caudal de palabras y de frases cervantinas, la mayor parte de las cuales subsisten en el castellano actual, las inventó y vulgarizó nuestro autor. Los grandes artistas de la palabra, al parecer toman sus expresiones del pueblo; de hecho ellos son los que las crean conforme al genio del idioma, y las vulgarizan en el habla corriente. Puedo asegurar que, quitados unos pocos vocablos formados con toda regularidad, como los terminados en *nte*, *dor*, *il*, los demás, y los idiotismos, lo mismo que los refranes, existían ya todos en el habla vulgar.

El mérito lingüístico de nuestro autor está en haberse apropiado y asimilado tan connaturalmente el habla vulgar y erudita, y en haber derramado á manos llenas sus tesoros en un solo libro, tan á propósito y tan sin buscarlo, que cada vocablo y cada frase se encuentran como allí mismo nacidas. Todos esos vocablos, frases y modismos se encuentran en los romances viejos, en los libros de caballerías, en el vocabulario de Hidalgo, en el Tesoro de Covarrubias, etc., etc. Tal vez por algún desconocimiento de estas fuentes, y más todavía por no haber penetrado tan hondamente como Cervan-

tes en el genio de nuestra lengua, y por haber menospreciado el habla de nuestros labriegos, los comentaristas y editores se han atrevido á mudar el texto del *Quijote*, viendo unos pasajes obscuros y pretendiendo torpemente remozar lo que les parecía anticuado. Un texto como el *Quijote* no debe renovarse de esa manera; es una insensata profanación. Pero mucho menos debe corregirse, por falta de alcances y por desconocimiento de nuestra lengua. Cada vez estoy más persuadido de que la edición de Cuesta de 1608, corregidas las clarísimas erratas de imprenta, puede y debe tomarse como única base para un texto crítico, y que ella sola de por sí puede suplirla más que medianamente.

¿De qué pueden servir las 345 ediciones allegadas por un cierto editor moderno? No se trata de un libro conservado en manuscritos de diversas épocas, de cuyo cernido y estudio haya de sacarse el texto original. Trátase de una obra cuyas tres primeras ediciones madrileñas de Cuesta, hechas en vida de Cervantes, conservamos, y que los demás editores cambiaron á su sabor y por puro capricho en las ediciones hechas fuera de Madrid. Podrán servir éstas á veces para entender el texto, pero el texto no es ese. El *Quijote* fué considerado ya en vida de su autor, y lo ha sido durante tres siglos, como *res nullius,* como un bien mostrenco que cada cual se ha dado prisa á meter en su casa, á lavarle la cara, como diría Sancho, y á ponerlo en prensa y en tormento para mercadear y granjear con él. Y esta profanación, mucho me engañaré si no se está llevando á cabo estos mismos días en las abundantísimas tiradas que de él se están haciendo. Y, sin embargo, por los pocos capítulos que he comparado de las ediciones de Cuesta y Clemencín, se echará de ver lo fácil que era evitar por lo menos las enmiendas manifiestamente arbitrarias, é imprimir un texto medianamente auténtico que pudiéramos dar como de Cervantes, y no como de tantos hijos ilustres ó no ilustres de la república de las letras, ó de tantos vecinos del comercio.

JULIO CEJADOR

REFERENCIAS LEGALES Y JURÍDICAS DEL "QUIJOTE„

El ingenio de Cervantes, á semejanza de un prado sin cultivo y abandonado á sí mismo, producía las flores que la bondad y feracidad del terreno llevaba espontáneamente, sin estudio ni esfuerzo alguno.

CLEMENCÍN

I

Claro es que yo admiro á Cervantes tanto y tan sinceramente como el que más; soy español, y mi alma se enorgullece al pensar que pisó el mismo suelo que yo piso y respiró el mismo aire que oxigena mis pulmones el príncipe de nuestros ingenios, gracias al cual siempre será España—literariamente hablando—la nación más grande del mundo; soy aficionado á la literatura, y mi mente se regocija y se deleita contemplando esa obra maestra, novela por su contextura, poema épico (1) por su trascendencia extraordinaria, que no sólo ha sabido re-

(1) La circunstancia de estar escrito en prosa el *Quijote* en nada estorba la consideración de *poema épico* que, á mi juicio, merece obra tan colosal, que con inimitable alteza de miras supo abarcar todos los aspectos de la vida humana. El mismo Cervantes, en el capítulo XLVII de la primera parte de su obra, sanciona la posibilidad de escribir en prosa, diciendo: «...porque la escritura desatada destos libros (los de Caballerías) da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables

sistir los embates del tiempo y de la crítica sin empequeñecerse ni anticuarse, sino que, por el contrario, pondéranse por do quier sus excelencias, y los siglos, al transcurrir, parecen aumentar su mérito, de igual modo que la sombra tanto más se engrandece y ensancha cuanto más se aparta del foco luminoso el objeto que la proyecta.

Pero esta admiración que el autor del *Quijote* me inspira, no implica en mí la idea de suponer á Cervantes omnisciente; lejos de ello, conceptúo presunción equivocada la que han sustentado y sustentan aquellos que, por rendir al manco de Lepanto ridícula pleitesía, atribúyenle conocimientos de que necesariamente careció. Lo que en él se advierte no es, en mi concepto, más que la intuición poderosa de un genio incomparable: esa intuición, especie de instinto maravilloso que acompaña al artista, y máxime al literato, ha obrado prodigios en multitud de ocasiones: cuéntase de Fernández y González, burdo novelista, pero poeta de imaginación exuberante, que teniendo que describir en una de sus obras la plaza de cierta por él no visitada población española, hízolo sin valerse de medio alguno que auxiliarle pudiera en su ignorancia, resultando la descripción en un todo ajustada á la realidad. De igual modo, son muchos los poetas de quienes se dice haber presentido adelantos científicos que en su época ni aun se soñaba iniciar en el terreno hipotético; así, en un terceto del *Purgatorio* se ha pretendido hallar la génesis de la teoría evolucionista que planteó el darwinismo; de igual modo, Lope de Vega pone en boca de un personaje de sus comedias ciertas

---

ciencias de la poesía y de la oratoria, *que la épica también puede escribirse en prosa como en verso*». Del mismo pensar son los contemporáneos de Cervantes, Alonso López Pinciano, en su *Filosofía Poética*; Lope de Vega, en *La dama boba*; y Francisco de Cascales, en sus *Tablas poéticas*; con lo cual unos y otros resolvían la controversia á que un siglo más tarde hubo de dar lugar la publicación del famosísimo *Telémaco*, poema en prosa que ha inmortalizado el nombre de Fenelón, arzobispo de Cambray.

palabras, en las que se cree ver nada menos que el anuncio del telégrafo eléctrico (1).

Contradicción palmaria pudiera parecer á los que esto lean el título que encabeza el presente trabajo y las afirmaciones que anteceden; mas téngase en cuenta que yo jamás he pensado que Cervantes pueda ni deba considerarse como un jurisperito, y menos aún como un jurisconsulto; pero encontrándose en su obra celebérrima compendiadas todas las manifestaciones de la vida en aquella época, lógico es que encierre algunas referencias legales y jurídicas, siendo así que tan compenetrado y confundido se halla con la existencia el Derecho, que, haciendo uso de cierta gráfica frase del insigne catedrático don Augusto Comas, parece que antes de nacer el hombre, vela el Derecho por él en virtud de la teoría de la postumidad; tómalo en sus brazos al nacer, para garantir su personalidad contra futuras contingencias; acompáñale durante su vida, ya para crearle una familia, ya en la celebración de las transacciones que realice; interviene en su muerte; y por si esto no fuese bastante, siéntase sobre la marmórea losa de su sepulcro para asegurarle el perfecto cumplimiento de sus postreras voluntades. Por eso, nada más lógico que escudriñar la parte jurídica del *Quijote*, ya que unos han pretendido ver en Cervantes un filósofo de altos vuelos al estilo de los pensadores alemanes, siendo así que sus mejores filosofías se hallan en el copioso refranero de Sancho Panza; un economista, cuando más economía no conoció que la que forzosamente imponíale su exhausta bolsa, mal remendada, gracias á la no muy pródiga munificencia del conde de Lemos; un médico, por el solo

(1) Con la rapidez del rayo
estas nuevas han venido,
y quién sabe si algún día
vendrán *con el rayo mismo*.

Fácilmente se comprende que Lope no tuvo intención de dar á sus palabras trascendencia semejante: dicha frase fué tan sólo una hipérbole á que la *fuerza del asonante* le obligó.

hecho de mencionar varias pócimas que más eran prueba de un empirismo totalmente en pugna con la ciencia de Galeno y Esculapio, á cuyos representantes, por otra parte, reveló en diversas ocasiones malquerencia, fundada en el mengnado concepto que merecíanle (1); y, en fin, del mismo modo, se le atribuyen dotes de marino. por el uso que de varios vocablos técnicos hace, aprendidos sin duda durante su navegación, al asistir á *la más grande ocasión que vieron los siglos*; de geógrafo, á pesar de los errores de esta índole que comete, etcétera, etc. Y, puestos ya á buscarle las cosquillas por doquiera, inducen que no era fumador del hecho de no mencionar para nada el tabaco en su obra magna (conviene advertir que cuando ésta fué escrita, apenas se conocían en España otras dotes que las medicinales del *nicotiana tabacum*); y no falta, en fin, quien bata el *record* de las investigaciones cervantófilas, afirmando que el gran novelador era cardíaco, fundándose en el nimio argumento de hallarse citada la palabra *corazón* ciento cuarenta y una veces en el *Quijote* (número que, por lo visto, le parece excesivo al *ingenioso* cervantista, pero que no lo es, teniendo en cuenta lo corriente del vocablo y la extensión de la obra); razonamiento peregrino, que autorizaría á cualquiera para asegurar que Cervantes era piojoso, puesto que hace uso del verbo *rascar* tantas más cuántas veces en el transcurso de sus obras.

Al acometer mi modesta empresa, he de hacer constar dos cosas: es la primera, que no tengo noticia de que alguien, antes que yo, se haya propuesto estudiar el aspecto del *Quijote* que pienso desentrañar, pues si existen trabajos en tal sentido no han llegado hasta mí; y es la segunda, manifestar que tan sólo me propongo contribuir con un humildísimo grano de

(1) «Sólo los médicos—dice en el *Licenciado Vidriera*—nos pueden matar y nos matan, sin temor y á pie quedo, sin desenvainar otra espada que la de un récipe.» En el cap. XLVII de la segunda parte del *Quijote* también habla mal de los médicos.

arena á la erección del monumento que debiera elevarse á la obra maestra de la literatura española, en el tercer centenario de su publicación.

II

No diré yo que el *Quijote* contenga doctrinas jurídicas de tal magnitud que hagan de la obra maestra de la literatura española un libro indispensable en la biblioteca de un abogado; pero es evidente que en el sabroso relato de las aventuras del orate Quijana encuéntranse no pocos datos para afirmar que la cultura de Cervantes, rebosando de la esfera puramente literaria, se extendía por los áridos terrenos de la ciencia cultivada por Gayo y Modestino.

Dos métodos pudiera seguir para enumerar los ejemplos de erudición jurídica encerrados en el *Quijote:* el más rudimentario, y más cómodo por añadidura, consiste en ir citando los pasajes oportunos conforme van surgiendo en el transcurso de la acción; el más científico estribaría en agrupar los textos con sujeción á un criterio determinado, mencionando las citas de Derecho civil separadamente de las de Derecho penal, las de Derecho administrativo aisladas de las que al Procedimiento se refieren, etc., etc. Reconozco que este último debiera ser el por mí empleado en la confección de estas deshilvanadas notas; pero es el caso que una vez más ha de rendirse culto á la Comodidad, prima hermana de la Pereza, vicio á quien el carácter español ha elevado á la categoría de semidiós; y, sacrificando lo mejor á lo más fácil, inclínome á seguir el procedimiento primeramente indicado, sirviéndome, no sé si de salvaguardia ó de pretexto, la idea de que, haciéndolo así, no me será preciso trastrocar la natural correlación de los hechos tan donosamente narrados en la estupenda historia del hidalgo manchego.

*
* *

Es en el capítulo III donde yo hallo la primera manifestación interesante al propósito que me guía. Terminada por el ingenioso hidalgo la frugal refacción que fuéle servida en la venta por él trocada en feudálico castillo, ruega al patrón le arme caballero; y, como previo requisito, vela las armas en el patio del mesón, colocando aquéllas sobre la pila del abrevadero. Trata de desembarazarlo un arriero para dar de beber á sus sedientos mulos, y, advirtiéndolo Don Quijote, arremete contra él, abriéndole la testa de un formidable cintarazo; en ayuda del maltrecho acuden presurosos varios de sus compadres, y emprendiéndola contra Don Quijote y éste contra ellos, promuéven fenomenal batahola. «El ventero daba voces que le dejasen (á Don Quijote), porque ya les había dicho cómo era loco, y que *por loco se libraria aunque los matase á todos.*» Con cuyas palabras proclama Cervantes la teoría de la inimputabilidad inherente á los que por falta de razón deben ser declarados irresponsables de sus actos.

Seguidamente, y una vez sosegados un tanto los ánimos enardecidos por la refriega, al proceder el ventero á dar *la negra orden de la caballeria* á Don Quijote, dícele: «...que todo el toque de quedar armado caballero consistía *en la pescozada y en el espaldarazo*», lo cual histórica y legalmente era exacto; pues cítanse repetidos ejemplos de caballeros armados sin otra ceremonia que la indicada por el mesonero, habiéndose suprimido las restantes mencionadas en la ley XIV, título XXI de la Partida 3.ª (1), ya por premura de tiempo, ya por impo-

(1) No transcribo literalmente esta ley, por ser larga la cita; pero la resumiré brevemente. Su título es: «Como han de ser fechos los Caualleros»; y establece que el recipiéndario, al ser de día, debe oir misa y rogar á Dios; después, el que ha de armarle le pregunta si quiere recibir la Orden, y al contestar que sí, aquél le calzará las espuelas. Hácele jurar seguidamente que si es preciso morirá por su ley, por su señor natural y por su tierra. «E quando esto ouiere jurado, deuele dar una pescoçada, porque estas cosas sobedichas le vengan en mientes.» Finalmente, le debe dar un beso en señal de paz y fraternidad. El ventero, por quitarse de encima cuanto antes al quisquilloso y peleador hidalgo, suprime gran

sibilidad material, y dejándose las citadas del espaldarazo y pescozada por ser, sin duda, las más interesantes, y residir en ellas, como dijo el ventero sabiamente, *todo el toque de quedar armado caballero*.

Más adelante, en el capítulo XI, vuelve á manifestar Cervantes su conocimiento de las reglas legales concernientes á la Caballería: dando quince y raya á cuantos en los modernos tiempos han pretendido *descubrir el Mediterráneo* en la novela realista, al concebir el tipo de Quijana, obseso con sus manías caballerescas, preséntalo sin omitir detalle, bien empapado en cuanto concernir pudiera á los derechos y deberes inherentes á todo caballero.

Con efecto: al ser invitado por los cabreros á participar de la suculenta pitanza que preparábanse á engullir, siéntase Don Quijote sobre un dornajo invertido que á modo de ridículo sitial ofrécenle, mientras Sancho permanece de pie para escanciar vino á su amo, el cual le dice: «Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía desta buena gente (los cabreros) te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala». Aunque Sancho no parece agradecer gran cosa el rasgo de su amo, gran deferencia revela éste para con él, puesto que terminantemente dice la ley XXIII, título XXI de la citada Partida 2.ª, que «al comer non deue asentarse con ellos (los caballeros) escudero ni otro ninguno, si non caballero ó ome que lo meresciese por su honra ó por su bondad». Don Quijote

---

parte de las ceremonias, y tan sólo grotescamente imita lo de la pescozada, si bien se hace mención de los demás requisitos enumerados en la ley de Partida cuyo extracto antecede.

conocía, indudablemente, esta disposición legal, cuando para dar á Sancho una prueba de afecto le permitió sentar á su lado.

Los conocimientos de Cervantes en materia de Derecho canónico manifiéstanse en dos pasajes del *Quijote:* uno de ellos en el capítulo XIX de la primera parte, después de haber perniquebrado al bachiller Alonso López, uno de los que, cirio en mano, acompañaban el cadáver de un caballero muerto en Baeza. No muy satisfecho el hidalgo de tal hazaña, laméntase con su escudero de la fechoría por él realizada, diciendo: «Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa (1) sagrada *iuxta illud: si quis suadente diabolo»*, etc. Estas últimas palabras son las primeras del canon del Concilio de Trento, en que, efectivamente, se anatematiza al que maltrate á persona investida de carácter sacerdotal. A su debido tiempo haré mención del otro pasaje, en que se revela Cervantes como canonista.

Muéstrase ducho en materia procesal en el capítulo XXII, narrando la aventura de los galeotes. Deseoso de conocer la razón por la cual son conducidos á galeras, *el caballero de la Triste Figura* interroga á los guardianes de la cuerda, respondiéndole uno de ellos: «Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo este de detenernos á sacarlas ni á leellas: vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mismos...» Hácelo así, y el primer galeote le relata un hurto de ropa que cometió... «La abracé conmigo, tan fuertemente — dice el malandrín,— que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad: fué en fragante, *no hubo lugar de tormento*, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra.» Con efecto: habiendo sido descubierto *in fraganti,* como dice, no había lugar á la aplicación del tormento;

(1) Sin duda por error de pluma, dijo Cervantes *cosa* en lugar de *persona;* pues de persona sagrada tratábase, y tal es, en efecto, el sentido de la disposición tridentina.

pues aunque existente á la sazón en nuestras leyes de enjuiciar, era sólo en los casos en que la prueba no fuese plena y terminante, como en el presente, en que el malhechor fué cogido con las manos en la masa. En cuanto á *los ciento* con que le acomodaron las espaldas, claro está que eran los azotes con que á modo de sabrosa especia sazonábanse por aquel entonces, y aun mucho después (1), las condenas, viniendo á ser á modo de aperitivo para preparar á los culpables, ora á recibir el tormento, ora á destrozar sus músculos remando en las galeras.

Al referirse al segundo penado, dice: «A este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado le condenaron seis años á galeras». La ley XIX, título XIV de la Partida 7.ª, condenaba á los reos de este delito á la pena de muerte, si cometían por costumbre tales robos, é igualmente si recaía el delito sobre determinado número de reses. El texto del *Quijote* no dice si el segundo galeote era cuatrero sempiterno ó tan sólo eventual; por eso debe suponerse que Cervantes está en lo cierto al atribuirle los seis años de galeras, pues no hay datos para presumir que estuviese equivocado.

En lo que Cervantes muestra verdadera saña es en las referencias que hace de los encargados de administrar la justicia en su tiempo: cuantas ocasiones tiene propicias, aprovéchalas para poner á escribanos, procuradores y cuadrilleros de ropa de Pascua, no doliéndole prendas en usar cuantas frases despectivas é injuriosos conceptos se le ocurren para motejarlos y envilecerlos. No sería difícil que tal inquina proviniese de al-

(1) El bárbaro sistema de enjuiciar imperante en la época en que el *Quijote* fué escrito, perduró desgraciadamente en las legislaciones; el siglo XIX comenzó sin que se aboliesen las absurdas *ordalías*, con su inevitable cohorte de crueles tormentos y crímenes legales; fué necesario el formidable impulso de un libro, tan pequeño de volumen como grande por las ideas que encerraba, para abolir tan monstruosos tradicionalismos. *Dei delitti é delle pene* es el título de esta obra, cuyo autor, Cesare Beccaria, elevó el concepto del Derecho adjetivo, libertando á la justicia humana de uno de sus más vergonzosos estigmas.

gún encuentro por él sostenido con la curialesca gente en cualquier ocasión de las muchas en que su exhausta bolsa no le permitiera solventar cualquier obligación por él contraída. Una elocuente cita de este género contiénese en el relato del tercer galeote. Dice éste que va á presidio por faltarle diez ducados, y al ofrecerle veinte Don Quijote, respóndele: «...Si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, *hubiera untado con ellos la péndola del escribano y avivado el ingenio del procurador*, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo...»

Del cuarto condenado dice un su compadre, respondiendo á preguntas del *desfacedor de agravios:* «Este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo». Las *acostumbradas* son las calles que, montado en un mulo, debía recorrer, según la fórmula ordinaria de la condena de azotes, el reo que había de sufrirla. «...Y la culpa por que le dieron esta pena—prosigue el galeote—es por haber sido corredor de oreja (1), y aun de todo el cuerpo: en efecto, quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimismo sus puntas y collar de hechicero.» Ambos delitos, el de alcahuetería y el de sortilegio, son castigados en las Partidas (2) con la pena de muerte: ora porque Cervantes lo ignorase, ora—y esto lo creo más verosímil—porque las costumbres suavizasen la aspereza de la ley, se conforma con enviarlo á galeras, así como al quinto preso, acusado de un delito semejante.

En el mismo capítulo muéstrase Cervantes conocedor de las *Ordenanzas* dictadas para el régimen de la Santa Hermandad (3),

(1) *Corredor de oreja* llamábase en la época de Cervantes al agente de comercio encargado de contratar giros; la alusión está hecha para jugar del vocablo, pues al añadir *y de todo el cuerpo* da á entender el deshonroso corretaje á que el forzado se dedicaba.

(2) Títulos XXII y XXIII de la Partida Séptima.

(3) Diéronse estas *Ordenanzas* en Córdoba el 7 de Julio de 1486.

cuando ya libres los galeotes, merced al esfuerzo del Ingenioso Hidalgo, entristécese el bueno de Panza, viendo huir á los derrotados guardianes de la cuerda, «porque se le representó que los que iban huyendo habían de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, *la cual, á campana herida, saldría á buscar á los delincuentes*». Efectivamente, una de las disposiciones contenidas en las citadas *Ordenanzas* dice: «Otrosí los cuadrilleros, luego que el delito les fuese denunciado ó lo supiesen en cualquier manera, de su oficio sean tenudos de seguir é mandar que sigan los malhechores fasta cinco leguas dende... *é repicando las campanas en todo lugar donde llegaren*».

En el capítulo XXV alude Cervantes á la apenas inteligible letra empleada por aquel entonces en curialescos expedientes: al tratar de dirigirse por carta á la bella Dulcinea, dice Don Quijote á Sancho: «...Y no se la des á trasladar (á copiar) á ningún escribano, que hacen la *letra procesada*, que no la entenderá Satanás» (1).

Más adelante (capítulo XXX), entusiasmado Sancho ante el ofrecimiento que de su mano hace la hermosa Dorotea á Don Quijote, á trueque de matar al tremebundo gigantón Pandafilando de la Fosca vista, «dió dos zapatetas en el aire, con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y, haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos *para besárselas en señal que la recibía por su Reina y señora*»; en cuya ceremonia precisamente consistía la declaración de vasallaje, al tenor de lo dispuesto en la ley IV, título XXV de la Partida 4.ª (2).

Alude posteriormente, en el final del capítulo XLIII, al *tor-*

(1) Aunque esta cita no encierra una referencia legal ni jurídica, la menciono, porque, al fin y al cabo, indica el conocimiento que Cervantes tenía de las prácticas procesales de su tiempo.

(2) *Vasallo se puede facer un hombre de otro segund la antigua costumbre de España, otorgándose por vasallo, é besandol la mano por reconocimiento de señorío.*

mento de la garrucha, uno de los medios probatorios empleados en el bárbaro sistema de enjuiciar vigente á la sazón; tormento al que, con efecto, recordaba la incómoda y nada airosa postura en que vino á quedar Don Quijote, pendiendo de la muñeca por el angosto agujero que había en la pared de la venta, y desde el cual, valiéndose de argucias ingeniosas, hubo de sujetarle Maritornes.

Dos capítulos después (XLV), al concluir el descomunal combate habido en la venta con los cuadrilleros de la Santa Hermandad, recuerda uno de éstos que en su poder obra un mandamiento de prisión contra el Caballero de la Triste Figura; y, haciéndoselo presente, monta en cólera Don Quijote, y enumera las exenciones y franquicias de la Caballería, á la cual pertenece, resumiendo los privilegios de su fuero al decir: «¿Quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad? ¿Quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la Caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapín de la Reina, moneda forera, portazgo ni barca? (1). ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le asentó á su mesa?»

(1) Son los nombres de otros tantos impuestos de la época de Cervantes: *pecho* equivale á impuesto, en sentido lato; de aquí *pechero*, nombre que se aplicaba á los pagadores de tributos, en oposición á los *exentos*, caballeros é hidalgos que no pagaban. *Alcabala* era el tanto por ciento sobre las ventas. *Chapín de la Reina*, impuesto motivado por el casamiento de los monarcas. *Moneda forera* se pagaba por septenarios, en reconocimiento del señorío de los reyes. *Portazgo* equivale á las modernas aduanas y consumos. Finalmente, *barca* ó *barcaje* lo constituyen los derechos que sufraga el viajero al vadear un río.

Refiriéndose en la segunda parte (capítulo XXVII) á Ginés de Pasamonte, uno de los galeotes libertados por Don Quijote, dice que «temeroso de no ser hallado por la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y délitos, que fueron tantos y tales que él mismo compuso un gran volumen contándolos, *determinó pasarse al reino de Aragón*»; con cuyas palabras alude Cervantes á los abusos que á la sombra de la legislación aragonesa, diferente de la castellana, cometían los delincuentes, trasladándose de una región á otra, para de este modo eludir la acción de la justicia; pues en la época en que el *Quijote* fué escrito, era el reino aragonés, para los truhanes y facinerosos de España, algo parecido á lo que la nación suiza es en la actualidad con respecto á los anarquistas europeos.

Una importante cuestión de Derecho internacional, la justicia de la guerra, hállase tratada por Cervantes al poner en boca de su héroe las siguientes frases: «...Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas y hacienda. La primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéramos añadir la quinta, es en defensa de su patria» (1).

Los famosos consejos de Don Quijote á Sancho antes de ir éste á gobernar la ínsula, contenidos en el capítulo XLII, encierran ideas morales y jurídicas de trascendencia extraordinaria. Inútil es glosar dichos consejos: su sola lectura basta para hacerse cargo de la altísima idea que merecían á Cervantes el recto desempeño de los cargos de Gobernante y Juez.

Por último: nuevamente da prueba el autor de sus conocimientos en Derecho canónico, al decir en el capítulo LVI de

(1) Cap. XXVII de la 2.ª parte.

la 2.ª parte que la batalla entre Don Quijote y el lacayo Tosilos «iba contra el decreto del santo concilio que prohibe los tales desafíos». Aunque omite el nombre del sínodo, tal vez por ignorancia, ó acaso dándolo por supuesto, es indudable que se refiere al de Trento, cuyo canon XIX comienza diciendo: *Detestabilis duellorum usus ex christiano orbe penitus exterminetur*, etc. (1).

III

¿Puede inferirse de las indicaciones antedichas la afirmación rotunda y categórica según la cual hayamos de creer á Cervantes versado concienzudamente en Jurisprudencia? En mi concepto, no. Fué, á más de escritor castizo, un hombre que, por así decirlo, *vivió mucho* la vida de su tiempo, y, conocedor de los diversos matices de la misma, supo con arte singular reproducirlos en su genial novela. De aquí las referencias que en ella hace relativas tanto á materias legales cuanto á otras muchas ramas del humano saber; pero la más rudimentaria de las observaciones autoriza, en vista de los datos apuntados, para comprender que la erudición jurídica demostrada en el *Quijote* dista mucho de ser copiosa. ¿Acaso la poca perspicacia del rebuscador haya sido causa de estas apreciaciones, por ocultarse á su poca sagacidad otras frases ó períodos, que desapercibidos para él pasaron? En lo posible cabe; de cualquier modo, sírvale de disculpa, ó cuando menos de atenuante, su buen deseo; y de satisfacción, la idea de que alguien acabará de entresacar las referencias jurídicas del *Quijote*, ampliando este incompleto estudio, que en tal sentido bien puede concluir como la primera parte de la novela famosísima, con aquel verso del *Orlando furioso:*

Forse altri canterà con miglior plettro.

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

(1) También prohibieron los torneos el Concilio de Reims, en 1131, con privación de sepultura eclesiástica á los infractores, y el general de Letrán, en 1170.

EL DOS DE MAYO DE 1808

DESPUÉS DE LA LUCHA

I

Después de la victoria, así escribía el *Moniteur* en una carta recibida de Madrid:—«*Sans une leçon sevère il était impossible de ramenner à des idées de raison cettes multitudes agarées*». Para producir esta severa lección, la lección del terror, ¡cuántos actos de cruel brutalidad, y qué miserables pretextos!

A fin de allanar algunas casas opulentas en las primeras horas de la refriega, y para sembrar el pánico en las de la tarde, pretextóse unas veces la matanza de los alojados dentro de ellas, y otras veces la hostilidad que se había hecho á las tropas francesas desde los balcones y ventanas. Era este un pretexto de antemano acordado, aunque en todo caso habría sido medio lícito de defensa en gente que peleaba, si es cierto lo que relata el autor anónimo del *Resumen de los hechos notables*. «Un sujeto fidedigno, escribe, se hallaba en la mañana del 2 de Mayo en la habitación de un oficial francés, quien, entre otras cosas, le dijo: «*La estimación de los madrileños se ha entibiado mucho, y su semblante airado anuncia un próximo desorden*». A poco rato oyó el oficial la conmoción y ruido del pueblo, y levantándose precipitadamente, repitió: «*¡Bah! ¡no podía yo engañarme! Amigo mío, váyase usted á su casa, y cui-*

de en ella que no se abra puerta ni ventana alguna; que yo marcho á llenar mis deberes». Aquel consejo benevolente era toda una revelación de las instrucciones que á la tropa francesa se habían dado con anterioridad.

El *Moniteur*, al transcribir la noticia de la insurrección de Madrid, repetía la especie convencional: «Los insurrectos—decía—se apoderaron de las casas y de los balcones, y los generales de brigada Guillot y D'Aubray mandaron forzar las puertas y degollar todos cuantos se hallaran con las armas en la mano». El hecho fué terriblemente cierto en lo último, no en lo primero. Se había mandado señalar las casas donde hubiera que cometer estos bárbaros atentados. Mas debieron ser pocas, ó limitada la furia de la soldadesca desenfrenada á aquellas donde no sólo podían saciarse en la cruel venganza de la muerte, sino en la sórdida avaricia del pillaje. Una de estas casas asaltadas fué la del marqués de Villescas, en la calle de Alcalá. Los marqueses se hallaban fuera de Madrid, á consecuencia del luto reciente por la marquesa vieja. Sacáronse de aquel palacio, para fusilarlos inmediatamente, al mayordomo José Peligros y á su hijo José Peligros Hugart, que murieron abrazados; al portero, un soldado inválido, José Espejo, y al capellán de aquella distinguida familia. Se les imputó haber hecho fuego desde los balcones, que permanecían cerrados, y haber matado tres soldados franceses. De aquellas víctimas se salvó el capellán, que quedó, sin embargo, prisionero, y antes pudo escapar con industria el ayuda de cámara, Juan González, que con los lacayos del marqués de la Puebla del Maestre, participó en el puente de Toledo de la refriega gentil de las manolas de aquellos barrios contra la caballería del general Cailencourt, y que luego se había batido otra vez en la Puerta del Sol para proteger á los refugiados en el hospital del Buen Suceso.

En la misma calle de Alcalá, según el testimonio del conde de Toreno, también trataron de allanar, como habían allanado y saqueado el palacio referido, los de los marqueses de Villa-

mejor y el conde de Talara; pero los oficiales de superior graduación que se alojaban en ellos lo impidieron. En la Carrera de San Jerónimo sufrió la misma suerte el palacio de los duques de Híjar, cuyo prócer se encontraba en Bayona, solicitado del emperador. Dentro del mismo zaguán fusilaron al portero, Ramón Pérez Villamil y González, en tanto que las habitaciones de aquella espléndida residencia eran objeto de la más inicua devastación. El repostero, Pedro Alvarez, pudo fugarse y tomar refugio en la calle de Cedaceros, en la casa que habitaba el constructor de muebles D. Juan Fernel. Hallóla franqueable el azorado fugitivo, porque los inquilinos la abandonaron al saber que á la puerta había muerto un soldado francés; mas apenas logró ganarla fué descubierto, y conducido al Prado, sufrió el último suplicio.

El asalto de la casa del corredor de Vales reales, D. Eugenio Aparicio y Sáez de Zaldívar, constituyó por mucho tiempo en Madrid la leyenda del espanto. Su casa, número 4 entonces, venía á ser la misma que hoy lleva el número 5 en la Puerta del Sol. Era el bolsista más opulento de aquella época, y su casa trascendía comodidad, lujo y abundancia. En el combate de los mamelucos, que Goya, que lo presenció, inmortalizó con su pincel, quedó á sus puertas muerto uno de éstos, y, en consecuencia, el general Guillot mandó allanarla. Al estrépito que hacían los soldados que subían á ejecutar la bárbara orden, Aparicio salió á la escalera y les vació una talega de pesos duros; mas no le valió la generosa estratagema: prendiéronle, y á sus voces acudieron su sobrino, D. Valentín de Oñate y Aparicio, un bizarro joven de diez y ocho años, y el dependiente de la casa, D. Gregorio Moreno y Medina. La escena fué brutal y desgarradora. Obligado á sablazos á bajar la escalera, y arrastrado á la calle D. Eugenio, lo remataron á la entrada del comercio inmediato de los Sres. Iruegas. A don Gabino lo mataron en la escalera, y en el portal fué D. Gregorio inhumanamente degollado. En busca de nuevas víctimas volvieron los soldados á las habitaciones, y no hallando otras

personas en quien cebarse, se entregaron al saqueo y al estrago, robando dinero y alhajas y destrozando á golpes los muebles y cuanto no se podían llevar. La mujer é hijos del mismo D. Eugenio, conducidos por fieles servidores, escaparon por el tejado de la casa, yendo á parar por la calle de Carretas á la tahona de los frailes de la Soledad, situada entonces en la calle actual de Espoz y Mina.

El palacio de los cardenales de Toledo, hoy episcopal de Madrid-Alcalá, junto á San Justo, fué asaltado de la misma manera; pero el rigor no llegó en él á tan implacable inhumanidad. En Puerta Cerrada hubo casas incendiadas y voladas con pólvora, y en una de éstas quedó carbonizado Miguel Carrochano del Peral, sastre y soldado licenciado de diez y ocho años de servicios en la guerra, cuyo cadáver pareció luego entre los escombros. El horror que inspiraban las casas á cuyas puertas aparecían soldados franceses muertos fué tan grande, que trayendo herido de gravedad los criados de la condesa-duquesa de Benavente, desde la plaza de Palacio á la en que habitaba en la calle de Segovia, á Manuel Armayor, maestro cerrajero, y habiendo topado al entrar con un cadáver enemigo, llamaron á la familia, y desertando de su propio domicilio, á pesar de que el herido iba desangrándose, huyeron todos de aquel lugar siniestro y fueron á ampararse á la Morería vieja, á casa de un sirviente del príncipe de Anglona que se brindó á recogerlos. En efecto, pocos minutos después, la de Armayor, en la calle de Segovia, era presa de las llamas.

En esta saña vengativa se hallaban inspirados todos los franceses, que no cumplieron aquel día ninguna de las excepciones generosas que en medio de su condición peculiar sangrienta tiene la guerra. Los casos de flagrante inhumanidad fueron muy frecuentes aquel día. Sería disimulable la agresión contra las personas indefensas en la calle durante las horas del combate, porque los franceses debían considerar á todos como enemigos. Pero ¿tiene excusa la crueldad hasta el exterminio con los heridos, persiguiéndoles hasta en sus propios domici-

lios? En la refriega de Puerta Cerrada cayó herido Francisco López de Silva: retirábase del lugar de la lucha para curarse; mas perseguido y alcanzado cerca de la iglesia de San Isidro, á culatazos le arrojaron al suelo hasta hacerle echar los pulmones por la boca. A D. Antonio de Viladomar, oficial de la Real Caja de Amortización, que cayó herido junto á la Real Aduana, donde iba á su oficina, le sucedió lo mismo con otros soldados franceses. Otros repitieron la escena en la obra de Santiago con Jacinto Candamo; y D. Esteban Rodríguez Velilla, médico de los Reales Ejércitos, que en el combate de la Plaza Mayor recibió una herida profunda de sable en la cabeza, otra en el cuello y otra de bala en un muslo, hallándose en el ejercicio de su profesión con los heridos de la refriega, apenas fué conducido á su domicilio de la Cava Baja, presentáronse en él unos soldados enemigos, que lo remataron en presencia de su esposa desolada. Después fué saqueada la casa, y la mujer ofendida.

La cacería organizada contra los balcones y ventanas dió el contingente más numeroso de las víctimas de aquel día. Ya desde las primeras descargas en la plaza de Palacio, al pronunciarse la insurrección popular, los tiros altos de los que vinieron de la guardia de Murat habían causado en la propia real morada la catástrofe del mayordomo de semana, López de Ayala y Barona, muerto dentro de la real estancia por un proyectil que perforó el cristal del balcón desde donde observaba el movimiento. La agresión en esta forma tomó proporciones espantosas, luego que las tropas venidas de fuera fueron distribuídas por toda la red de la población. Ni había calle sin centinelas, ni centinela sin orden de disparar contra todo hueco que se abriese. De aquí surgieron las escenas más trágicas y patéticas que alcanzaron al seno de las familias pacíficas. Don José Fumayal y Salinas, oficial de la Dirección de la Real Lotería, de esta manera fué muerto de un balazo en el balcón de su propio domicilio de la calle del Arenal, casa de Clavijo, frontera á San Felipe. Su mujer, doña Mónica Rodríguez, mu-

rió dos días después, del sobresalto, «bajando al sepulcro en brazos de un terror invencible y de una inconsolable ternura conyugal». Mientras el alcalde de casa y corte D. Tomás Casanova de Arnuero asistía al palacio de los Consejos para atender á sus multiplicadas atenciones de su cargo en aquel día, sus hijos D. José y doña Catalina, de cortos años, recibían heridas de muerte en el balcón de su casa de la calle del Espejo. José Pedrosa, oficial de cocina de la hostelería de Angel Rodríguez, en la Plaza de la Cebada, «murió de un balazo entre las vidrieras de su balcón». En la calle del Luzón vivía D. Antonio Carnicero, persona muy caracterizada; tenía en su casa una sobrina, doña Catalina Pajares de Carnicero, alegre y hermosa joven de diez y seis años, cuya boda estaba concertada con D. Ramón de Rivas, del comercio de esta corte. Al ruido de una tropa que pasaba, acudió doña Catalina con uno de sus primos y una criada, Dionisia Arroyo, á curiosear por el balcón. No fué más pronto asomar á él que recibir un balazo en el pecho, que dejó á la linda doncella instantáneamente muerta, herida á la sirviente y quemadas las ropas al hijo de D. Antonio.

La tragedia de casa de Carnicero se repitió infinitamente por todo Madrid y con análogas circunstancias, abarcando toda clase de gentes: así murieron Angela de Villalpando, que habitaba en las cocheras del conde de Coruña, en la calle de Fuencarral; doña Antonia Rodríguez Flores, en la de Jacometrezo, esquina á la de la Salud; doña Bernarda de la Huelga y Argüelles y Catalina González de Aliaga, su criada, en la de Leganitos; doña Catalina Calderón, en la de Toledo; doña Clara Michel y Cazerví, en la de Milaneses; D. Francisco López, del comercio de lencería, en la plaza de la Cebada; doña Isabel Osorio, en la calle del Rosario; doña Josefa Dolz de Castelar, en la de Panaderos; Josefa García, en la del Almendro; doña Luisa Garín Muñoz, en la del Rubio; doña Manuela Diestro Nublada, en la del Viento; Manuela Fernández Cancela, en la del Tesoro; doña Marcelina Izquierdo y Galiu-

do, en la de la Inquisición; doña María Antonia Monroy de Arnáiz, en la de Toledo; doña María Bárcenas Maldonado, en la de Luzón; doña María Francisca de Partearroyo, en la de Cordón; doña María Manuela de Amandarro, en la del Prado; doña María Raimunda Fernández de Quintana, en la del Pez; doña María Victoria Rodríguez y Malatesta, en la de la Luna; doña María de Rojas y Pineda, en la de Torija; D. Matías Alvarez Carranza, en la de Santa Ana Vieja; doña Micaela Alvarez de Lorenzana, en la Corredera Baja; Tomasa Bermúdez, junto á San Andrés; y D. Ventura Armaña, en la de Segovia.

Aunque en el parte que publicó el *Moniteur* en forma de noticias particulares, de una carta recibida en Bayona de Madrid y transmitida á París, se decía que los insurgentes del *Dos de Mayo* eran algunos millares de gente *des plus mauvais sujets du pays*, los franceses procuraron hacer sus víctimas entre todas las categorías sociales; y, en efecto, entre su conjunto, que el Consejo Real al formar su estadística desfiguró y disminuyó por consideraciones respetables que disculpan su conducta, se encuentran personas de mucha suposición. Cuando el primer tumulto de la mañana llevó á los barrios extremos y á las afueras el primer hervor de la conmoción, entre la Puerta de Alcalá y el Portillo de Recoletos hubo una colisión empeñadísima en que tomaron parte los trabajadores de los tejares inmediatos, entre ellos los hermanos Manso, Diego y Miguel, y otro de este nombre, hijo del primero, Antonio Colomo y Manuel Díaz Colmenar; los albañiles de una obra en la Puerta de Alcalá, Manuel y Pedro Oltra; el arriero José Eusebio Martínez; los empleados del Real Resguardo, Anselmo Ramírez de Arellano y Díez de Belmonte, Gaudioso Calvillo, Francisco Requena Mingoli y José Avilés, y los hortelanos de la duquesa de Frías y del marqués de Perales, Juan Fernández López, Juan José Postigo y Juan Toribio Arjona. Tanta fué la carnicería que hicieron, que, espantados de su propia obra, todos corrieron á ocultarse. En los primeros momentos no se

les persiguió; pero luego que llegaron fuerzas de los cantones, se procedió á su busca, y todos, desgraciadamente, menos el ministro del resguardo de la Puerta de Alcalá, José Avilés, expiaron su arrojo con la vida. A los dependientes del resguardo del Portillo de Recoletos se les prendió, se les quitaron los caballos y las armas y se les condujo al depósito de detenidos de la Puerta de Santa Bárbara, que después fueron arcabuceados en la montaña del Príncipe Pío. Llegó la nueva de su detención al brigadier D. Nicolás Galet y Sarmiento, gobernador del campo y resguardo de la villa. Presuroso salió éste al lugar del siniestro á informarse del suceso y á abogar por sus subalternos. En efecto, el puesto de los dependientes estaba cogido por soldados franceses, los cuales recibieron á tiros al brigadier, que iba vestido de uniforme y con los distintivos de su rango. Una de aquellas balas le deshizo una clavícula, y, conducido á su casa de la calle de la Luna, murió de resultas de su herida.

Cuando la voz del motín llegó á la calle Ancha de San Bernardo, el consejero de S. M., D. Francisco de Aranguren y Sobrado, que por los vidrios había visto la disensión del pueblo con la soldadesca francesa, vistióse de uniforme; mas al salir para dirigirse al Consejo al cumplimiento de sus obligaciones, en la misma puerta de su casa recibió un balazo, de que le retiraron ensangrentado, y á poco expiró. Otro consejero de Castilla, D. Pablo Antonio de Ondarza, sufrió en la calle del Sacramento la muerte del mismo modo, en la puerta de las religiosas de aquel nombre; y al gobernador de la Sala de Alcaldes de casa y corte, D. Adrián Marcos Martínez, le mataron á su lado á su sirviente, Manuel Suárez Villaamil, que le iba asistiendo, y á quien él estimaba mucho, porque se lo había dado el inquisidor D. Raimundo Ettenhard. Por último, á otro consejero de Castilla, D. Francisco Domenech, le mataron el cochero y le robaron la berlina con las dos mulas jijonas que llevaba enganchadas, delante de la casa de los Consejos.

II

A las doce de la mañana, el gran duque de Berg, que veía las colosales proporciones que la insurrección había tomado, pues en aquel momento se luchaba á la vez con la misma heroica porfía y con igual saña en el Parque, en la Puerta del Sol, en la plaza de Palacio, en la plaza y calle Mayor, en Puerta Cerrada, en la plaza de la Cebada, en la de Antón Martín y en otros parajes, «ó fuese, según escribe Canga Argüelles, con la mira de economizar la sangre de los suyos, ó sorprendido de la fiereza española, deseoso de poner fin al combate, mandó un mensaje al Consejo de Castilla para que, valiéndose del ascendiente que gozaba sobre el pueblo, aplacase su cólera, restableciendo la calma y comprometiendo su palabra de que un impenetrable olvido cubriría la memoria de lo ocurrido». Antes de esta embajada, los ministros de Hacienda y Guerra, Azanza y O'Farril, habían empezado por recorrer á pie las calles contiguas á Palacio, con el mismo propósito de calmar la inquietud general; pero «viendo, dicen en su *Memoria*, que el tumulto crecía por momentos y que el pueblo se dirigía de nuevo á Palacio por haber concebido que estaban atacando á los infantes, regresaron, tomando los caballos de dos guardias de corps, para acudir mejor á todos los puntos».

La carta del gran duque de Berg al Consejo de Castilla decía así: «Señores: S. M. la Reina de Etruria iba á ponerse en camino para Bayona, por orden del Rey, su padre. Uno de mis edecanes, encargado de escoltarla, halló al llegar á Palacio una multitud insolente que empezó á amenazarle, y osó atacarle después. La vida la ha debido á la llegada de un piquete de granaderos de mi guardia que se envió para que le libertara de aquellas furias. Pocos momentos después, otros asesinos mataron á algunos franceses que indefensos pasaban por las calles. Bien sabe Dios que únicamente la inexorabilidad de es-

tos atentados podía detenerme á usar de la fuerza; pero cuanto más respetable esta que está bajo mis órdenes, tanta más lentitud empleo en hacer uso de ella, sufriendo con una paciencia de que yo mismo me reprehendería, si no lo debiese á los más nobles sentimientos; sufriendo, repito, tantas provocaciones sediciosas que ya deberían haberse reprimido. Desde este momento debe cesar toda especie de miramientos. Es preciso que la tranquilidad se restablezca inmediatamente ó que los habitantes de Madrid esperen ver sobre sí todas las consecuencias de su resolución. Todas mis tropas se reúnen. Ordenes severas é irrevocables están dadas. Que toda reunión se disperse, bajo pena de ser exterminados. Que todo individuo que sea aprehendido en una de estas reuniones sea inmediatamente pasado por las armas. A Uds. toca, señores, advertir á los habitantes de Madrid por una proclama urgente y por todos los medios que están aún á su disposición. He tenido una gran confianza en la palabra de Uds., y este es el momento en que Uds. deben justificarla, cumpliendo las obligaciones tan graves que las circunstancias les imponen, siendo responsables de sus operaciones al cielo y al Emperador Napoleón.—Joachim». ¡Considérese quién en el estado de las cosas podría enterarse, ni qué caso podría hacerse, del papel que en forma de *Bando* apareció una hora después de la intimación anterior en las esquinas en que fué posible fijarlo, sin publicación previa por voz de pregonero, como entonces era costumbre, y en el que el infante D. Antonio, como regente del Reino, hablando del buen trato y acogida que correspondía dar á las tropas francesas, como expresión de la *intima amistad* que existía entre el rey, nuestro señor (sin decir si Don Carlos ó Don Fernando), y *su íntimo aliado* el emperador de los franceses, se prohibía la entrada en la corte de gentes en cuadrilla, no siendo arrieros y trajineros ó conductores de víveres, y previniendo que todos los que lo hubiesen de hacer dejasen en calidad de depósito, en poder de los ministros del Real Resguardo, las armas permitidas que trajesen, sin entrar con ellas en la po-

blación por ningún motivo, y que de los demás vasallos ninguno osase maltratar de palabra ni de obra á los soldados extranjeros, sino que, por el contrario, se les dispensase *todo favor y ayuda!*

Pero si para el pueblo de Madrid pasó este bando desapercibido, no fué indiferente para el príncipe Murat, que no sólo se burló de él, sino que mandó que se publicase, como se publicó, otro á las dos de la tarde, tomando disposiciones para que no se pudiesen repetir los sucesos de la mañana, á pesar de que «con las providencias ya tomadas se había logrado contener el alboroto del pueblo». Entonces se prohibió al pueblo de Madrid que, por ningún título ni pretexto, se reunieran pelotones en las calles y plazas, en el concepto de que se les trataría como violadores de la tranquilidad pública y se les impondrían las penas correspondientes, hasta la de muerte; que los alcaldes de Casa y Corte al día siguiente recogerían, casa por casa, todas las armas blancas, comprendidos los puñales, y las de fuego, que serían depositadas en las Casas Capitulares; y que si después de la publicación de este bando se encontrasen algunos usando de ellas, se les impondrían no sólo las penas de la pragmática, sino las que correspondiesen, hasta la del suplicio.

Simultánea con la expedición del bando fué la salida del Consejo en cuerpo con los demás tribunales que se le reunieron y con otras personas caracterizadas para detener el derramamiento de sangre y poner definitivo término á la lucha. Murat había aprobado estas determinaciones y ofrecido aceptar sus compromisos. La Comisión pacificadora se dividió desde la calle de Atocha en dos secciones, cortando el casco de la villa en dos grandes hemisferios. A la Comisión de la izquierda se agregaron el ministro de la Guerra, O'Farril, y el general Harispe. Con una y otra sección iban destacamentos de tropas españolas y francesas: las españolas, de Casa Real, que no habían tenido la menor parte en la contienda de las calles, ni aun por individuos dispersos; de las francesas iban los Guar-

dias Imperiales de Marina y el escuadrón del gran duque de Berg, que tampoco había entrado en el combate. En general, era grato el espectáculo de aquellos venerables magistrados, todos ancianos é ilustres, en quien la Nación tenía tanta confianza, corriendo con admirable valor los arduos riesgos de su empeño, y llenando la misión augusta de su bello carácter protector del pueblo. «¡Paz! ¡Paz, *que todo está compuesto!*», iban diciendo de grupo en grupo, de calle en calle y de puerta en puerta; y ofrecido por ellos el ramo de la sagrada oliva, las armas y los enconos se deponían á su paso, dejando en tan alta cumbre así el prestigio de su autoridad como la noble docilidad del pueblo.

Logrado con más satisfactorio y pronto éxito que el que se esperaba aquel primer resultado, el Consejo, según expresa en su propio *Manifiesto*, tomó después cuantas medidas le fueron posibles para salvar las desgraciadas víctimas en quien la ingénita perfidia de los franceses trataba de cebarse en su despecho, no tan fácil de aplacar como la ira espontánea del pueblo de Madrid. En efecto: mientras nuestros magistrados iban llenando victoriosamente aquella misión de paz, alevemente el gran duque de Berg mandaba constituir en la Casa de Correos una Comisión militar, cuyas instrucciones se reducían á condenar, sin audiencia alguna, á todos los prisioneros del combate y á todos los que se encontrasen en la calle con cualquier clase de armas ó instrumentos ó herramientas que sirviesen para hender ó punzar. Todo el conato de los del Consejo se cifraba en salvar á cualquier costa á cuantos se hallasen en peligro de caer bajo la sentencia de tan inicuo tribunal. También contó triunfos en esto. «Señaladamente, dice el *Manifiesto del Consejo*, se salvaron en la calle de Alcalá, cerca de la casa del Sr. Marqués de Valdecorzana, más de cuarenta paisanos que encontró cercados ya por un coronel francés y su numerosa tropa, y que sin duda hubieran sido fusilados, pues los dejó aquél en libertad luego que el Sr. D. Gonzalo José de Vilches hizo que el General Harispe, que iba con el Consejo, y

el Sr. D. Gonzalo O'Farril, le enteraron en su idioma del perdón que se había prometido».

Después de recorrida toda la parte más agitada de Madrid, y de haber logrado aquietarla, los Consejos se retiraron, y los ministros dieron cuenta de todo al infante D. Antonio. Más tarde pasaron á ver al gran duque de Berg y á pedirle retirase sus tropas de los puntos ocupados aquel día, dejando libres las comunicaciones interiores para que los vecinos detenidos pudieran volverse seguros á sus domicilios, y que cesasen todas las disposiciones hostiles, puesto que bajo la fianza de los poderes públicos acababa de promulgarse la amnistía. Ofreciólo el príncipe Murat; pero, no bien los ministros se retiraron, dirigió al infante presidente y á los miembros de la Junta de Gobierno una nueva comunicación, en que se decía:

«Mi primo; Señores Miembros de la Junta: La sangre francesa y española se ha derramado hoy en la villa de Madrid. Nuestros comunes enemigos han conseguido armar por un momento á los españoles contra los franceses. Desde mi llegada á esta capital habría podido convenceros de que me he visto obligado contra mi voluntad á rechazar la fuerza con la fuerza. La carta que os dirigí hoy al medio día os ha hecho saber mis intenciones. Para garantir la seguridad en lo sucesivo á los buenos habitantes de Madrid, disponed inmediatamente una nueva proclama á la villa y á la nación española, manifestándoles los funestos resultados de este día. Excitadlos á no dejarse seducir en lo sucesivo. Anunciadles que el rey Carlos IV ha llegado á Bayona; que este Rey y su hijo se han remitido enteramente al Emperador para el juicio de su querella, y que deben tener una entera confianza en el Emperador. Decidles que la integridad y la independencia del Reino serán garantidas, como también la conservación de sus privilegios; y que si los españoles juzgan necesarias algunas alteraciones en su Constitución, éstas no se harán sino á su voluntad y según sus luces y sus opiniones. Excitad á los Capitanes Generales y á los Generales que mandan los cuerpos españoles

á que tengan confianza en el Emperador y á que le auxilien con todos los medios que están en su poder, para conservar el orden y la tranquilidad pública. Haced responsables de los acontecimientos á los Capitanes Generales, á los Arzobispos, á los alcaldes y á los jefes de las Órdenes Religiosas. Haced conocer á las cabezas del clero y de la nobleza que la conservación de sus privilegios penderá de la conducta que tengan con el Emperador. Anunciad que todo pueblo en que un francés haya sido asesinado será quemado inmediatamente. Que en el día de hoy quede verificado el desarme general de Madrid. Que los que se encuentren mañana con armas, cualesquiera que sean, y sobre todo si son puñales, serán considerados como enemigos de los españoles y de los franceses, y que inmediatamente serán pasados por las armas. En una palabra: os encargo que toméis medidas tales que no se comprometa más la tranquilidad pública. Os prevengo, además, que deseo que se me informe en lo sucesivo de todas las medidas y determinaciones que toméis relativas á las actuales circunstancias. Yo no debo dejar de tomar conocimiento de vuestras deliberaciones, las que deben en un todo dirigirse al restablecimiento del orden y de la tranquilidad pública. Deseo también que hagáis saber oficialmente á la Nación la protesta de Carlos IV, y que continuéis gobernando en nombre del Rey de España, sin nombrar cuál. V. A. R. conocerá, sin duda, la urgente necesidad de que su proclama y sus órdenes se lleven á las provincias por correos extraordinarios. Mi primo, señores miembros de la Junta: pido á Dios que os tenga en su santa y digna guarda.—Joachim.—Madrid 2 de mayo de 1808».

Con intervalo de poco más de una hora, el infante Don Antonio y la Junta recibieron otras dos comunicaciones: la primera, escrita para impedir que se pudiera dar al rey Fernando á Bayona noticia de los sucesos; la segunda, impresa en dos idiomas, español y francés, era la famosa orden del día del general Grouchy, gobernador de la plaza, última expresión de la crueldad humana, y por la que un escritor extranjero, juzgan-

do aquellos sucesos, ha escrito: *¡Victoria francesa! ¡La crueldad tras la cobardía!* Todavía hubo, además, antes de cerrar el día, otras dos comunicaciones ó cartas de Murat para el Infante regente y la Junta de Gobierno. En la primera se disponía, á nombre del emperador, que se dejasen de enviar correos á Cevallos, y que la correspondencia únicamente se dirigiese al rey Don Carlos, «no conociendo ya al príncipe de Asturias sino como príncipe de Asturias, conforme á la notificación que se le ha hecho el día 29»; la otra iba acompañada, para su publicación inmediata, de una proclama suya, que, sin embargo, no se publicó hasta el 6 en la *Gaceta de Madrid*. La orden del día en dos lenguas, ¿quién no la conoce en su bárbaro articulado? «El general Grouchy convocará esta noche la comisión militar.» «Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano serán arcabuceados.» «La Junta de Gobierno va á hacer desarmar los vecinos de Madrid; todos los habitantes y estantes á quienes después de la ejecución de esta orden se hallaren armados ó conserven armas sin una licencia especial, serán arcabuceados.» «Todo lugar en donde sea asesinado un francés será quemado.» «Toda reunión de más de ocho personas será considerada como una junta sediciosa y deshecha por la fusilería...»

Aunque esta *orden del día* no fué publicada en Madrid y en los pueblos de su jurisdicción sino dos días después, es decir, el 4, la Junta y el Consejo temieron que los franceses trataran de ponerla en ejecución desde luego, en cuyo caso era horriblemente desesperada la suerte de muchos infelices, de quienes se había hecho depósitos provisionales en diversos puntos de la capital, y principalmente en los cuarteles del Conde-Duque y de San Gil; las gradas de San Felipe y el Vivac, junto á la Puerta del Sol; la Puerta de Atocha y el Prado; la fuente de Cibeles, frente al palacio de Alcañices; y el cuartel de la Puerta de Santa Bárbara, el de los polacos y el mismo Palacio, alojamiento del príncipe Murat.

No solamente formaban estos depósitos los que habían sido

aprehendidos con las armas en la mano durante la pelea. Terminada ésta, publicada la paz y ofrecida la amnistía, retenes, centinelas, rondas y patrullas francesas, ó distribuídas por toda la villa ó que recorrían sin cesar todas las calles, detenían á cuantos transeuntes encontraban, cualquiera que fuese su edad, rango ó condición, los sometían á un minucioso registro, y el hallazgo de cualquier arma ó instrumento que llevasen, por inofensivo que fuera, condenaba inexorablemente á los que los poseían á ser conducidos, agavillados y muchos con ultrajes, á alguno de estos depósitos. A Angel de Ribacoba, cirujano y practicante del profesor D. Inocencio Bedoya, se le cogió el estuche de cirugía: fusilado; á Baltasar Ruiz y á Claudio de la Morena, arrieros, las agujas de enjalmar que llevaban apuntadas en las monteras: fusilados; á Bernardino Gómez, cerrajero, una lima: fusilado; á D. Felipe Llorente y Cárdenas, caballero de Córdoba, de paso en Madrid, un cortaplumas: fusilado; otro cortaplumas á Domingo Méndez Valvedor, criado del convento de la Merced: fusilado; á José Peña, zapatero, una chabeta de cortar suela: fusilado; á Francisco Sánchez Rodríguez, aprendiz del maestro de coches Alpedrete, una espuerta con obra menuda del taller: fusilado; y así otros.

Mas no tan sólo se atropellaba á los que se encontraban en las calles, plazas, puertas y caminos inmediatos, sino que á muchos se les buscó y se les arrancó de sus casas. Las ejecuciones aisladas habían durado todo el día y se habían llevado á cabo en todas partes: á Ramón Pérez Villamil se le fusiló en el mismo zaguán del palacio de Híjar; á Facundo Rodríguez Sáez, en la puerta de su propio taller de guarnicionero, en la calle de Alcalá; á Manuel Peláez, empleado de la Real Casa, en la puerta exterior del Buen Suceso, á las once de la mañana; y en la alcantarilla de Atocha, á la misma hora próximamente, á Andrés Martínez, que venía de Vallecas con una carga de vino, y á Eusebio José Martínez Picazo, cuya recua le robaron. En los empleados del Hospital General, que habían impedido que se apoderasen de aquel benéfico establecimiento

los franceses, como pretendieron, y que, ya ciegos en el furor del combate y contrariados porque no se reconociese la inmunidad de lugar tan respetable, cebaron su saña hasta contra algunos heridos recién entrados de los enemigos, usaron los mismos procedimientos; es decir, apenas aprehendidos, fueron pasados por las armas.

Sin embargo, la ejecución de los depósitos no comenzó hasta las tres de la tarde. El primero que sufrió la cruel sentencia de un tribunal militar cuya constitución no se conocía, ni las leyes bajo que pronunciaban sus sentencias homicidas, sin escuchar defensas ni descargos, fué el de la covachuela de San Felipe el Real. Acababa de ser preso en la Plaza Mayor Antonio Benito Siara y Alonso por seis soldados franceses. Manuel Balseyro, que presenció su detención, quiso conocer, lleno de angustiosa ansiedad, las vicisitudes de aquel desgraciado á quien conocía, y siguióle. Dando un gran rodeo le llevaron á la covachuela, donde había *cordón de detenidos;* mas al pasar por la calle de Santiago, donde recogieron otro preso, Bernardino Gómez, encontraron una ronda de Guardias de Corps, que quiso obstinadamente libertarlos. No habiéndolo conseguido con sus ruegos los piadosos guardias, continuó la comitiva su camino hasta incorporarse con los prisioneros de San Felipe. Inmediatamente salieron todos por la Puerta del Sol, dirigiéndose al Buen Suceso, en cuyo atrio los metieron; y estando Balseyro esperando el resultado con el corazón que se le salía del pecho, oyó unas descargas de fusilería, con lo que se retiró horrorizado de tan lúgubre lugar.

III

El aspecto que Madrid presentaba á aquellas horas lo describe Molina Soriano en la última de sus tres cartas dirigidas al rey Fernando VII con la luctuosa relación de aquellos sucesos. «Yo no vi—dice—matar al valiente Daoiz, porque con otros muchos me salí, á vista de tanta infamia, por el interior

del Parque, llevando aún en la mano el sable de que iba armado para vender cara mi vida, y que no solté hasta las tres de la tarde. Escapamos del riesgo terrible como Dios nos dió á entender, pues los franceses tenían tomadas las puertas y todas las avenidas del Parque. Recorrí algunas calles y vi publicar la paz; mas á cosa de las tres me avisó Miguel Orejas, hijo de Frutos el peluquero, que á cuantos paisanos hallaban con armas prendíanlos y los llevaban al cuartel de los polacos para quitarles la vida. Con tal noticia, retirándome para mi casa, encontré cogidas por tropas francesas las bocacalles en la plazuela de las Capuchinas, y no teniendo otro recurso, me entré en la calle de la Cuadra, donde vivía y vive la lavandera llamada Pepa Lozano, y en un pozo arrojé mi sable. Sólo á Dios y á mi fortuna debí la vida en aquel día memorable, pues armado paseé muchas calles animando á los valientes, sin que me ocurrieran las desgracias que á tantos oí lamentar.

»Me fuí por la subida de los Angeles para entrar en la plaza de Santo Domingo y me topé con los Baygorrianos, por entre quienes pasé como á las tres y cuarto de la tarde. Nada me dijeron. Al entrar por la calle de la Inquisición había formada una compañía de la Guardia de Murat; tampoco me hablaron palabra, quedándome maravillado de haber pasado por mí tantos trances con tanta fortuna. En este estado pasé á mi casa, donde hallé á mi mujer hecha un mar de lágrimas por mi suerte. Le pedí un caldo, y volviéndome á la calle, no sin tener que desoir los ruegos que llorando me hacía, bajé por los Caños del Peral, subí hacia San Gil y allí me senté en un portal y con dolor de mi corazón vi pasar presos dos sacerdotes, un serrano y algunos peones de la obra de Santiago, que habían tenido en depósito hasta entonces. Conmigo se reunieron otros; y habiéndonos observado la caballería francesa de Palacio, destacó contra nosotros unos ochenta caballos y escapamos á todo correr y dispersándonos. Yo fuí perseguido hasta la calle del Espejo por cuatro ó cinco caballos; mas puesto en recaudo, me alejé de aquel sitio y me dirigí á la Puerta del

Sol, subiendo por las gradas de San Felipe, donde hallé el cadáver de un madrileño.

»Pasando luego por entre la artillería y tropa francesa en la Puerta del Sol, conté dentro del Buen Suceso catorce madrileños muertos y entre ellos dos amigos míos. Atravesé después por la puerta del Buen Suceso que sale á la calle de Alcalá, donde había bastante tropa francesa. Me determiné á pasearla, y al llegar frente á la Aduana, salía de ella un pobre arriero con la escopeta colgada del albardón de un mulo. Afligido grandemente mi corazón al ver el gran riesgo que corría, me fuí á él; pero al llegar junto á la casa de Valdecorzana, le detuvieron cuatro infantes franceses y un oficial. Llegué apresurado al grupo, y fué tal el fervor y ansiedad de mi alma con que me expliqué y le defendí, que en consideración á ir fuera y de camino, precavido contra los ladrones, dejáronle ir acompañándole yo con el salvoconducto hasta la Cibeles. Al verme el capitán de Marina y teniente coronel de la Guardia de Godoy, me dijo:—*Pero, hombre del diablo, ¿á qué viene usted, con los riesgos que corre, por aquí?*—Luego que vi salir libre á mi buen arriero por la Puerta de Alcalá, y mirando hacia las monjas de San Pascual, observé cuatro soldados españoles fusilados porque habían pateado una cucarda francesa, según me dijo el citado teniente coronel de Marina.

»Me bajé entonces hacia la fuente de Neptuno y vi bajar, para fusilarlos, cuatro esquiladores que, ocupados toda la mañana en esquilar mulas y hacer crines á los mismos caballos franceses del Retiro, salían ya con sus tijeras para retirarse á sus casas; pero considerando los extranjeros por armas dichas tijeras, fusilaron á tres de los cuatro, pues uno logró escaparse, muy afortunadamente. Otros muchos vi fusilar, entre los cuales conocí á uno del comercio y á otro, Bernardo Morales, maestro cerrajero, que vivía en la plazuela del Duque de Alba, porque le hallaron encima un cuchillo de monte. Después de estas escenas me retiré á mi casa, lleno de coraje, á llorar tantas desgracias, jurando en mi corazón vengarme de los

franceses en cuanto me fuera posible y profesarles siempre y hacer que les profesaran mis hijos un odio inextinguible.»

La Comisión militar que presidía el general Grouchy no juzgaba, sino hería y sembraba alevosa é inhumanamente la muerte, con aquella impavidez que en los franceses no había sido ciertamente la virtud del combate con el pueblo amotinado. Aquella carnicería era el asesinato brutal legalizado, la sed de sangre y de venganza, el muro eterno alzado perpetuamente en los destinos futuros de la Historia. Los magistrados y los ministros habíanse retirado tranquilos, en la doble seguridad de la promesa inviolable del pueblo y en la promesa falaz del gran duque de Berg. ¿Cuál no sería su sorpresa al llegarles la noticia de aquellas nuevas prisiones hechas con traición y vilipendio y de los agravios que las acompañaban? El autor del *Resumen de hechos notables* dice que á algunos de estos detenidos se les mutilaron, antes de ejecutarlos, las orejas, los labios y las narices, y que muchos fueron objeto de otros aún más nefandos ultrajes.

En el despojo de las ropas iba envuelta la codicia del robo, y á algunos por robarles les dejaban desnudos á medio asesinar. De este número fué D. Cosme Martínez del Corral, impresor y administrador de la fábrica de papel que el duque del Infantado poseía en Pastrana. Después de haberse batido en la Puerta del Sol, refugióse en una casa de la calle del Príncipe, adonde fueron por la tarde á buscarle después de la proclamación de la paz. Condujéronle al Buen Suceso y á sablazos y á tiros dieron en él hasta rendirle, al parecer exánime, con ocho heridas de sable y tres de bala. Despojáronle de sus vestidos, de los que sacaron 7.250 reales que llevaba en cédulas de la Real Caja de Amortización. Abandonado en el patio entre los cadáveres de los fusilados algún tiempo antes, allí permaneció, perdido el sentido, hasta que, al anochecer, Ildefonso Iglesias, mozo del Hospital de Corte, con dos sepultureros pasó para recogerlos y darles sepultura. Al llegar á Martínez notaron que alentaba, y trasladándole á una de las camas

de aquel benéfico establecimiento, lograron reanimarle y le salvaron.

Entre los que se hallaban en el más inminente riesgo se contaban los prisioneros del Parque, así paisanos como militares. Molina y Soriano atestigua que en los últimos momentos de la defensa, cuando se hizo absolutamente imposible la continuación de la lucha por haberse acabado las municiones, sobre todo la metralla y la pólvora, y cuando los granaderos de la Guardia tocaban casi con las manos los cañones, muerto Velarde y mal herido Daoiz en un muslo, una buena parte del paisanaje pudo escapar por la puerta interior. Mas la celeridad de los sucesos fué tal y el número de los que querían huir tan grande, que no hubo tiempo para que salieran todos. En su informe, el capitán D. Manuel de Goicoechea é Irisarri dice que unos doscientos sesenta, además de los fugitivos, por hallarse en los cuerpos altos del palacio de Monteleón hostilizando la calle de San José y custodiando con los voluntarios de Estado la espalda del edificio, pudieron esconderse en unos desvanes, de donde aquella noche fueron sacados sigilosamente y puestos en salvo, no sin grave peligro para todos, por el teniente D. José Ontoria y el maestro de coches Juan Pardo. Pero catorce infelices que no pudieron esconderse y los artilleros y los que sirvieron los cañones, que quedaron vivos y sanos, fueron declarados prisioneros desde el primer instante por el enemigo, con otra multitud que inundaba todos los lugares designados para depósitos. Además, respecto á los oficiales de artillería que se habían hallado en el Parque durante la refriega, así como los de cualquier otra arma, se habían pedido las señas domiciliarias, con amenaza de deber ser arcabuceados. ¡Considérese el sobresalto de nuestras autoridades, que habían servido de fiadoras para la quietud!

El *Manifiesto de los procedimientos del Consejo Real*, al llegar á este punto, dice: «Noticioso el Sr. Gobernador (Arias Mon) de que habían llevado los franceses al campamento de Chamartín á varios paisanos que prendieron y habían ejecuta-

do lo mismo con otros en la casa almacén de artillería, pasó oficio urgente al Serenísimo Sr. Infante D. Ant.° y Junta de Gobierno para que lograse su libertad del Gran Duque de Berg. Habiendo luego sabido el Consejo por la noche, entre doce y una, hora en que perseveraba reunido en la posada de S. I., que todavía aquéllos permanecían en gran riesgo en dicho campamento, dirigió otro á Palacio, en donde se hallaba el Sr. Gobernador. Pasó una comisión de la Junta á verse con el Gran Duque, quien sólo dió esperanzas á favor de los militares que hubiesen sido presos en el acto de cumplir las órdenes de sus jefes». La situación de aquellos magistrados era desesperada; y Canga Argüelles dice que oyendo referir con amargo estremecimiento algún tiempo después á uno de ellos aquel lance, todavía, pintándosele en el rostro el horror, la indignación y el espanto, decía bañado en lágrimas: «¡Y yo, lleno de buena fe, quitaba las armas de la mano á mis conciudadanos, les anunciaba la paz y les aconsejaba el sosiego, respondiendo sobre mi palabra de sus vidas! ¡Y á mis espaldas el bárbaro enemigo se cebaba en la sangre de los que, tal vez cediendo á mis instancias, haciendo homenaje á mis canas y respetando la toga santa que me adornaba, abandonaban la resolución, si se quiere inútil, pero noble, que habían hecho de vender muy caras sus vidas!» Navarro Falcón, en su *Informe certificado*, también refiere las muchas gestiones y empeños que tuvo que solicitar para poder salvar la vida de los artilleros que quedaron prisioneros de guerra, así los oficiales como los soldados, en el cuartel, todos sentenciados ya á muerte, así como á toda la demás tropa de voluntarios de Estado que se encontró dentro del Parque, porque el príncipe Murat se obstinaba «en que no se había de exceptuar ninguno».

Mientras se daban estos pasos implorando una misericordia á que en torno del lugarteniente del emperador había deliberado propósito de prestar sordos oídos, las ejecuciones se verificaban en varias partes, pues á la vez y sordamente se ensangrentaron con ellas la Casa de Campo, las márgenes del

Manzanares, la alcantarilla de Leganitos, la Puerta de Segovia, la de Santa Bárbara y otros parajes de los que por no haber sido tan numerosas como las del patio del Buen Retiro y del Buen Suceso, las tapias de Jesús, el Prado y la Montaña del Príncipe Pío, se ha hecho menos mención. La noticia de estos suplicios cundía ya por Madrid: cada uno recordaba al amigo, al conocido á quien se había visto bajo las garras de aquellos bárbaros homicidas; y como apenas había hogar donde no se notase la ausencia de alguna persona querida, pues muchas no habían podido salir de los lugares donde habían buscado su refugio, el pánico era abrumador y el duelo universal.

Con la elocuencia sostenida de su lenguaje, al que el propio calor del sentimiento prestaba mayor animación, así el conde de Toreno relata una de las escenas de aquella noche triste, en la cual con ánimo desasosegado y anhelante tomó él mismo participación: «Por desgracia—dice—fuimos de los primeros á ser testigos de la ciega confianza de las autoridades. Llevados á casa de D. Arias Mon, gobernador del Consejo, con deseo de librar la vida á D. Antonio Oviedo, quien sin motivo había sido preso al cruzar una calle, nos encontramos con que el venerable anciano, rendido al cansancio de la fatigosa mañana, dormía sosegadamente la siesta. Enlazados con él por relaciones de paisanaje y parentesco, conseguimos que se le despertase, y con dificultad pudimos persuadirle de la verdad de lo que pasaba, respondiendo á todo que una persona como el Gran Duque de Berg no podía descaradamente faltar á su palabra: ¡tanto repugnaba el falso proceder á su acendrada probidad! Cerciorado, al fin, procuró aquel digno magistrado reparar por su parte el grave daño, dándonos también á nosotros en propia mano la orden para que se pusiera en libertad á nuestro amigo. Sus laudables esfuerzos fueron inútiles, y en balde fueron nuestros pasos en favor de D. Antonio Oviedo. A duras penas, penetrando por las filas enemigas con bastante peligro, de que nos salvó el hablar la lengua france-

sa, llegamos á la Casa de Correos, donde mandaba por los españoles el General Sexti (1). Le presentamos la orden del Gobernador, y fríamente nos contestó que para evitar las continuadas reclamaciones de los franceses les había entregado todos sus presos y puéstolos en sus manos; así aquel italiano al servicio de España retribuyó á su patria adoptiva los grados y mercedes con que le había honrado... Nosotros nos lamentamos de la suerte del desgraciado Oviedo, cuya libertad no habíamos logrado conseguir, á la misma hora que, pálido y despavorido, le vimos impensadamente entrar por las puertas de la casa en donde estábamos. Acababa de deber la vida á la generosidad de un oficial francés, movido de sus ruegos y de su inocencia, expresados en lengua extraña con la elocuencia persuasiva que le daba su crítica situación. Atado ya en un patio del Retiro, estando para ser arcabuceado, le soltó; y aún no había salido Oviedo del recinto del palacio, cuando oyó los tiros que terminaron la larga y horrorosa agonía de sus compañeros de infortunio».

El caso de Oviedo se repitió con Esteban Sobola, también en el mismo Retiro, por hablar francés, y aun con otros que debieron el no ser fusilados á su presencia de ánimo ó á algún valeroso ardid. Juan Suárez, en la Montaña del Príncipe Pío, al amanecer del día 3, se sustrajo á la muerte ayudando el ingenio y la audacia á la fortuna. Se había batido en el Parque, y los Baygorrianos le prendieron cuando, terminada la pelea, corría á esconderse. Preso en el cuartel de la Guardia polaca, fué de los que salieron sorteados para la muerte. «Ya de rodillas—cuenta él mismo—para recibir las descargas, pude desasirme de mis ligaduras y tenderme en el suelo, echándome á rodar por una hondonada. Cuando me levanté, magullado, disparáronme algunos tiros, y aun trataron de perseguirme cortándome la retirada; pero yo, más ágil, les gané la tapia,

(1) El teniente general D. José Sexti, que había hecho la guerra del Rosellón contra la República francesa de 1793 á 1795.

que salté, yendo á refugiarme á la iglesia de San Antonio de la Florida».

Con estas escenas y con estas impresiones cerró aquella noche aciaga, cuyo tétrico aspecto no transpiraba sino dolor y terrorismo. Por todas las puertas de Madrid se había desplegado un formidable tren de artillería, y bajo tiendas iluminadas por grandes fogatas, tomaban los soldados el descanso de la jornada sangrienta, mientras otros vigilaban para impedir una nueva invasión de los pueblos vecinos, que aquella noche se temía. Dentro de la capital los mismos cañones y las mismas hogueras cubrían las plazas públicas y las entradas y salidas de las calles principales. Grandes retenes de caballería é infantería se hallaban distribuídos de igual modo. Las casas impenetrablemente cerradas aumentaban el tinte lúgubre de la población. A la luz oscilante de las vivas llamaradas, sólo se veían muros acribillados de balazos y cadáveres arrimados á los muros; y entre el silencio pavoroso de la muerte se dejaban oir las blasfemias y las groseras fanfarronadas de la soldadesca francesa, ebria por el gozo y por el vino, como el zumbido fatídico de una jauría infernal, cuyos ecos de vez en cuando apagaban, sin embargo, las casi continuas descargas que ya cerca, ya lejos, en toda la noche no se dejaron de hacer.

El cuadro interior de los hogares era por todas partes igualmente patético y sombrío. En todos la impaciencia hacía insufrible el lento curso de las horas. La congojosa angustia del anciano y trémulo padre que esperaba la vuelta del hijo idolatrado, que no venía; la horrible desolación de la joven y viuda esposa, escuchando por los resquicios de la puerta el ruido de los pasos de aquel á quien solicitaban los latidos de su pecho; el llanto de los hijos inocentes, por la ausencia del padre, de quien ya no habían de disfrutar más las tiernas caricias, ofrecían un conjunto de dolor, de sufrimiento y de amargura que la palabra humana no alcanza á bosquejar.

Así amaneció el día 3. Las calles estaban desiertas de hombres y mujeres y llenas de soldados, de cañones y de todo el

aparato de la desolación. Los talleres cerrados indicaban pérdidas irreparables. Las casas entreabiertas, las puertas entornadas, apenas dejaban salida á los suspiros y á los lamentos tímidos de la viudez y de la orfandad. A las cuatro de la mañana se arcabucearon en la Montaña del Príncipe Pío las cuarenta y tres víctimas extraídas de los depósitos de Chamartín, de la Puerta de Santa Bárbara y del cuartel de los Gilitos, según el resultado que dió el sorteo que se hizo para designar los detenidos en aquellos lugares, y á las ocho se mandó levantar los cadáveres de los fusilados en el Prado, los cuales fueron conducidos sin recontarlos, en nueve carros, al camposanto general.

Amenazaba seguir la hecatombe, porque todavía se hallaban algunos centenares de prisioneros en poder de los franceses; mas bien temprano el Consejo de Castilla diputó una comisión, compuesta de D. Gonzalo José de Vilches y de don Vicente Duque de Estrada, la cual alcanzó que el gran duque de Berg ofreciese extinguir la Comisión militar—¡ofrecimiento segunda vez mentido y engañoso!—«A pesar de él, dice el *Manifiesto del Consejo Real*, fueron fusilados todavía algunos españoles en este día y en algunos de los posteriores, ó por la poca escrupulosidad del Gran Duque en el cumplimiento de lo que ofrecía, ó por la ferocidad de algunos oficiales subalternos que cumplían mal sus órdenes».

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

POETAS AMERICANOS

PRIMO VERE

Hoy abro mis ventanas
á los primeros rayos
del tibio sol primaveral. Parecen
las tímidas caricias de una virgen.
¡Qué delicia, después del largo invierno,
pasado al fuego de asfixiante estufa,
respirar este puro y libre ambiente,
saturar de esta luz nuestras pupilas!
Ved: todo, en torno, va á surgir. Comienza
en la tierra, en los aires
la vida á palpitar. La ancha avenida,
tantos meses desnuda, melancólica,
casi lúgubre, estrena
hoy un nuevo tapiz de verde césped,
sobre el que, como pájaros errantes,
en bandadas los niños juguetean,
y pasan silenciosas
las amantes parejas enlazadas.

La brisa aun está fresca. El horizonte
con pálido fulgor de plata brilla.
Los árboles, sin hojas, aun semejan
extraños y gigantes esqueletos.

Mas no importa: en las ramas
de los mustios castaños,
aspirando á vivir se abren las yemas
y hacen soñar con una tarde estiva,
con sutiles perfumes
y opulentos follajes...

Por el espacio diáfano, las horas
en tanto se deslizan
con el vago susurro
de una veste nupcial. Allá, no lejos,
en los balcones antes solitarios,
esbeltas formas de mujer se inclinan.
En lo interior de las estancias, lento
el sol se extingue en un adiós que endulzan
mil promesas. Las luces
ya más tarde que ayer van á encenderse.
Sinding y Grieg en un lejano piano
cantan...

¡Oh primavera,
también aquí en el alma
te sentimos vibrar! A tu fecundo
y benéfico aliento,
también aquí los gérmenes se agitan,
luce un sol interior sereno y puro,
y en vuelo sosegado los ensueños
descienden como cándidas palomas.

JUAN FRANCISCO IBARRA

París, Marzo de 1905.

RECUERDOS

¿En qué quedamos en el artículo anterior?

Difícilmente lo recuerdo, porque he pasado días muy agradables, ciertamente, pero de emociones continuas, que han confundido todas mis ideas, hundiendo mi memoria y todas las potencias de mi alma en un verdadero torbellino. Torbellino en que aún giro; porque si el homenaje fué uno de los acontecimientos más dulces y simpáticos de mi existencia, las deudas de gratitud y aun de cortesía, que tengo deber ineludible de pagar, siquiera con cuatro letras, son tantas y tan grandes, que no sé cuándo podré terminar, si dentro de uno ó dos meses, la colosal empresa.

En el homenaje todos *hacían por mí*, y yo estaba á recibir pruebas de cariño. Hoy yo tengo que *hacer por todos,* y aunque es cada vez mayor mi agradecimiento, al ir haciendo el inventario de tarjetas, telegramas, telefonemas, pergaminos, regalos, nombramientos, cartas y comunicaciones de Ayuntamientos, Diputaciones provinciales, alcaldes y gobernadores, Universidades y Escuelas y Centros sin fin, mis fuerzas flaquean, en vano trabajo horas y horas, y entre el deseo de contestar á todos pronto y la imposibilidad de contestar á todos, mi espíritu vacila y dudo si podré llevar á término la colosal liquidación.

***

Haciendo un esfuerzo colosal también, he conseguido atar el cabo suelto que buscaba, y que algún lector imaginará tal vez que fácilmente se cogía para sujetarlo.

¿No era suficiente consultar el último número de la Revista? Era suficiente, pero no era posible, porque en estos días de dulcísimo tormento y confusión caótica yo no sé dónde tengo ni libros, ni papeles, ni revistas.

Pero, al fin, el cabo está sujeto, que es lo que importaba.

Lo cogí, lo afiancé, y á él uní el nuevo cabo.

Quedamos al terminar una espléndida comida, que me dió en su espléndido hotel uno de los primeros industriales de S.

Terminó la comida, como digo; retiráronse discretamente las señoras con sus vestidos lujosos, sus tímidos escotes, sus artísticos peinados y todas sus joyas y joyeles, dejándonos á los hombres solos, para que con entera libertad pudiéramos emborracharnos si lo teníamos por conveniente.

Y pasamos al salón próximo, salón lujosísimo, aunque no tan espacioso como el comedor, iluminado por tenue luz, sin duda para que las borracheras tuvieran tinte misterioso y artístico, y con tres soberbios ventanales al soberbio parque, poéticamente iluminado por la luna.

Y yo aseguro al lector, como hombre honrado que soy, que nada de esto es invención; todo el cuadro lo veo en este instante como si lo tuviera ante mí. El salón, á media luz; la de la luna, extendiéndose sobre el parque y penetrando por los abiertos ventanales; la mesa, con vinos de diversas clases, de distintos colores, y centelleando chispitas de fuego; y todos alrededor de la mesa: los demás señores, con sus trajes de etiqueta; yo, con mi terno de viaje lastimosísimo, y dando gracias al cielo de que la luz fuera escasa, porque de este modo se perdiera entre las sombras mi modesta persona.

No hablábamos.

Las borracheras, si las hubo, porque es lo cierto que aunque bebieron mucho yo no observé que ninguno de aquellos señores perdiese su dignidad, se ocultaban en la media luz, como en la media luz se ocultaban mi ajada y maltrecha camisa y mi americana, que había salido de la visita á la fábrica en lastimoso estado.

Para algo son buenas las sombras.

No todo ha de ser luz.

Cuando uno ó muchos individuos se ponen á gritar: ¡Luz! ¡mucha luz!, es que quieren poner á algún prójimo en grave apuro, ó acaso sacar sus manchas á la vergüenza.

Yo manchas tenía varias en el traje: de polvo de carbón y hasta de grasa. Bien estaban las sombras.

Todos bebían; yo no hacía más que mojar los labios en una copa de Jerez, pero nadie se ocupaba de mí, por fortuna. Allí reinaba la más simpática libertad; todo el mundo podía emborracharse ó no emborracharse. La borrachera era gratuita y honorífica por de contado, pero no era obligatoria.

Podían emborracharse todos, pero no me obligaban á mí á emborracharme.

Esto, en un estado socialista en toda su pureza, no se hubiera consentido; cuando el Estado dice «á emborracharse», ¿hay individuo rebelde que pretenda conservarse en su sentido? Es una falta de compañerismo y hasta de sociabilidad.

Pero en Inglaterra ha dominado siempre el individualismo.

Así estuvimos largo rato, y siempre en silencio; se vaciaban las copas, mermaban las botellas, y apenas si de cuando en cuando algunos de mis compañeros pronunciaban frases entrecortadas en honor de Garibaldi y de la unidad de Italia.

Al fin y al cabo fuimos, los que pudimos ir, á saludar un rato á las señoras, y yo volví á mis discursos en mal francés sobre la buena literatura francesa.

La pobre lady, á quien en mi honor habían decidido sacrificar por ser la más ilustrada del concurso, ó acaso por ser la única que hablaba francés, había agotado ya su repertorio, y no me contestaba más que con exclamaciones dulcemente aspiradas ó con sonrisas de encargo y cortesía.

La verdad es que ya la pobre señora me inspiraba lástima.

Vino al fin á sacarnos á ella y á mí de aquel tormento convencional el dueño y señor de la regia morada; y terminó la velada insulsa, y me condujo mi cruel amigo á mi cuarto y me

dejó solo con el ayuda de cámara, al cual yo despedí con toda la amabilidad de que pude disponer y con las pocas palabras inglesas de que por entonces disponía.

Yo, después de todo, desde que me acomodé á las circunstancias y decidí perder la vergüenza, lo había pasado bastante bien.

La comida había sido admirable, la decoración espléndida, y señoras y caballeros habían estado amabilísimos conmigo, no porque yo les entendiese lo que me decían, sino porque menudeaban las sonrisas y los saludos, y no es probable que con saludos tan correctos y con sonrisas tan corteses me dijeran cosas desagradables.

Comí bien, dormí bien en regio lecho, y al día siguiente á Londres.

***

In diebus illis; es decir, en aquellos días conocí en Londres á uno de los políticos de mayor altura que han existido en España durante el siglo XIX: á D. Salustiano Olózaga.

Don Salustiano tenía un hermano, hombre también de gran mérito: D. José Olózaga; y D. José tenía un hijo á quien adoraba, y que era joven de mucho talento y de grandes esperanzas. De su trágica muerte hablaré en otra ocasión.

Y fué el caso que Celestino Olózaga, que había sido discípulo mío y que por entonces estaba en Londres de prácticas con un profesor de la Escuela, nos puso en comunicación á su tío D. Salustiano, el gran político, el gran orador, el célebre expresidente del Consejo de Ministros y uno de los primeros jefes del partido progresista, y al modesto profesor de la Escuela de Caminos, al cual, por entonces, sólo conocían sus discípulos, sus compañeros y algún proteccionista que otro, por los célebres mitins de la Bolsa.

Era D. Salustiano hombre de majestuosa figura; de hermosa y artística cabeza, bien colocada y bien erguida; de pelo entrecano, abundoso y ondulado; de mirada entre altiva y bon-

dadosa; de ancha cara, afeitada toda ella, y de movimientos lentos, pero solemnes.

Por entonces sólo le traté algunos días y superficialmente: más tarde le traté con mayor intimidad, aunque con el respeto que le era debido por su talento, por su elocuencia y por su elevada jerarquía.

Amistoso respeto, porque yo, como apegado á los viejos moldes, creía entonces y sigo creyendo, acaso por momificación de las creencias, que se debe respeto á los mayores, cuando además los mayores son personas ilustres y además bondadosas, como lo era de suyo el célebre orador progresista.

Su físico, bien conocido es por sus retratos, y las notas salientes eran las que indiqué hace un momento.

De su parte moral y de sus condiciones de carácter ya hablaré en otra ocasión.

Por el pronto, en Londres, y en aquella pequeña temporada, me fué muy simpático.

Era en el trato por todo extremo afable, aunque en su afabilidad dominaba siempre el respeto á la propia dignidad; con ciertos aires paternales, de que no abusaba nunca, pero de que usaba siempre que se presentaba ocasión, poniendo á veces en ellos cierta ironía finísima y de buen tono. A pesar de que siempre perteneció al partido más avanzado de entonces; sin duda por su roce con las clases más elevadas de España, de Francia y de Inglaterra, había adquirido cierto reposo aristocrático, que sentaba bien á su figura y á su artística y noble cabeza.

En los años que le traté, nunca le ví irritarse, nunca le oí gritar, nunca riñó con nadie, siempre discutió con calma.

No reñía á los criados, y á las criadas las trataba con respeto. Yo le he visto algunas veces, al pasar la puerta de una habitación, ceder el paso á la doncella de la casa.

Era bondadoso, ya lo he dicho, pero no por debilidad; más bien pudiera decirse que por altivez, como si considerase á to-

dos los que le rodeaban á manera de seres inferiores, y creyera poco generoso humillarlos.

No; no era débil de carácter D. Salustiano Olózaga: era un hombre de gran energía, y en sus propósitos de cierta importancia era tan tenaz, que á veces dudaba uno si era terco.

Permítanme mis lectores que refiera una pequeña anécdota, insustancial, si se quiere insignificante, yo lo reconozco, pero que, á mi entender, dibuja mejor el carácter de un hombre que una gran resolución tomada en un momento dramático.

*
* *

Visitábamos en una ocasión no sé qué parte próxima á Londres, ó del mismo Londres tal vez, porque yo nunca supe ni dónde empezaba Londres ni dónde concluía.

Visitábamos, repito, en un día de espléndido sol un espléndido parque, y lo visitábamos D. Salustiano, un matrimonio joven de su conocimiento y mi propia persona, con más, Celestino Olózaga.

Demos nombre á los personajes de esta pequeña escena cómica, de cuya exactitud histórica respondo como hombre de palabra y como autor dramático; que si la escena fuera de mi invención, algo más estrepitosa sería.

Don Salustiano, claro está, Salustiano se llamaba desde el día en que nació hasta aquel otro, que describiré cuando llegue el caso, de su muerte en Enghien.

El sobrino, ya lo he dicho, se llamaba Celestino.

En el matrimonio, á la esposa la llamaremos C., y al esposo J.

Y ya tenemos todos los personajes de la escena.

La escena representaba un parque, y el sol brillaba como no tenía de costumbre brillar sobre Londres, y D. Salustiano jadeaba un tanto, y se quitaba el sombrero y se secaba la frente, inundada de sudor, echando á un lado con cierta majestad las anchas ondas de su espeso cabello entrecano.

Es el caso que el joven J., que era bastante joven, tendría á lo sumo veintiocho años, llevaba al brazo un abrigo de verano, porque el tiempo en Londres no es nunca muy seguro, y el sol suele eclipsarse con frecuencia, y la niebla suele echarse encima de improviso.

Mas en aquel momento se sentía mucho calor, y el abrigo le pesaba; y como J. era muy distraído y tenía mucha confianza, como es natural, con su mujer, y él con ella y ella con él estaban algo mimosos por encontrarse ambos, al sol en el parque, pero en plena luna de miel dentro del matrimonio, por distracción, por mimo y por franqueza, le entregó el abrigo á la señora, la cual de buena gana, y queriendo darle aquella nueva prueba de cariño, lo tomó presurosa y se lo puso al brazo.

No observó D. Salustiano la maniobra hasta después de un rato, y porque en aquel momento hablaba conmigo; pero tan luego como se hizo cargo de la situación, se pintó en su rostro el asombro, y hasta cierta contenida indignación porque en su presencia se faltase de modo tan escandaloso á las reglas de la galantería y aun al respeto que toda dama merece de todo caballero, aun siendo su esposo, y aunque en el seno del hogar doméstico se arañen ó sacudan si las circunstancias lo exigen.

Nada le dijo al esposo; pero con todo el apresuramiento de que su volumen era capaz, se acercó á la señora y pronunció esta frase, con tono casi dramático, más dramático si cabe que el que hubiera empleado en un parlamento:

—¡Oh señora!—y quiso coger el abrigo.

—No, D. Salustiano, si no me molesta—dijo ella resistiéndose al despojo; pero ¡ya era fácil resistir á D. Salustiano cuando D. Salustiano se empeñaba en hacer una cosa grande ó pequeña, ya derribar un trono, ya quitar un abrigo á una señora!

—¡Oh señora!—repitió dos ó tres veces; y se apoderó del abrigo, y se lo puso sobre el robusto y corto brazo, apretándolo contra el robusto pecho y el esférico vientre.

Yo, que observé la escena, me moría de risa.

A todo esto, el joven J., que, como he dicho, era muy distraído, y que iba pensando en las musarañas ó que iba observando las magníficas perspectivas del parque, nada notó y siguió su camino delante de nosotros.

D. Salustiano, noble, majestuoso, con el abrigo al brazo y secándose la frente, continuaba su marcha como protesta viva y solemne de aquella enorme irregularidad social.

Al fin yo, comprendiendo que aquello no podía continuar sin grave escándalo del orden que la buena educación ha establecido entre personas cultas, llamé la atención de la señora C., y ésta á su vez la de su esposo, el cual, corrido y avergonzado, se acercó á D. Salustiano para recoger el abrigo con un «¡Por Dios, D. Salustiano!», que se correspondía perfectamente con el «¡Oh señora!» de antes.

D. Salustiano, sin la menor resistencia, antes bien, con cierto apresuramiento, le entregó en silencio el abrigo, como quien dice: «En efecto, eso es lo que procede, que con su abrigo cargue Ud. y no su señora, ni yo tampoco».

De este modo quedó restaurado el derecho, como diría el insigne Galdós, y volvieron las cosas á su cauce natural.

Pero el joven J. era incorregible, y era el tipo más acabado de la distracción; que distracciones suyas que referiré en estos recuerdos me parecerían increíbles á no haberlas presenciado yo mismo. Ello es que no había pasado media hora cuando le volvió á dar el abrigo á su señora, diciéndole dulcemente:

—Toma, monina, que me pesa mucho; llévamelo tú.

Y ella, recordando sin duda los preceptos matrimoniales, cogió de nuevo, cariñosa y solícita, el abrigo de su esposo.

Con lo cual la odisea del abrigo cerró un nuevo ciclo.

Porque D. Salustiano, que era la tenacidad en forma cúbica, y que no perdía de vista á los esposos, volvió de nuevo á coger la prenda con un nuevo «¡Oh señora!», y al brazo se la puso (la prenda quiero decir, no la señora) y siguió su marcha impasible como si nada hubiera ocurrido; pero esta vez J. observó la maniobra, y precipitándose de nuevo, de nuevo le co-

gió el abrigo, que de nuevo le entregó D. Salustiano sin pronunciar una sola palabra.

Y no ocurrió más: el ilustre jefe de los progresistas triunfó definitivamente por aquella tarde, y toda la tarde fué el esposo con el abrigo al brazo, dando á todos los diablos interiormente al ilustre hombre de la Salve.

Verdad es que desde aquel día le tomó entre ojos, y no se hablaba una sola vez de política sin que hiciera constar que D. Salustiano fué la causa de la caída de Espartero.

Claro es que lo que él pensaba en su interior era que á causa de D. Salustiano no había paseado con toda la comodidad á que tenía derecho por aquel hermoso parque de los alrededores de Londres.

Lo grande y lo pequeño se enlazan en el mundo por manera inesperada.

El mismo hombre, el mismo orador ilustre, con un «¡Dios salve á la reina!» ó con un «¡Oh señora!», había *perjudicado*, como dicen algunos en América, á un general glorioso y á un joven recién casado.

*
* *

Y éste era D. Salustiano, tipo perfecto de la buena educación y acabado modelo de la tenacidad humana.

Nunca se descomponía, pero siempre realizaba sus propósitos y le gustaba muy particularmente dar una buena lección á los grandes y á los pequeños.

A aquéllos, si era posible, en el Parlamento, con suprema ironía y alardes de cortés respeto, en que palpitaba el desdén y la superioridad.

A éstos, es decir, á los pequeños ó á los que él consideraba que no estaban á su altura, en tono paternal y cariñoso; y aquí sí que la expresión era verdadera, porque el fondo de D. Salustiano era bueno.

Cristino Martos me contó una pequeña anécdota, que es otro rasgo del carácter que dibuja el contorno del glorioso prócer.

Allá en el año 54, en los momentos de la revolución, tuvieron que ir juntos en un coche á no sé qué junta Olózaga y Martos; porque aunque Martos era muy joven, su gran talento y su prodigiosa palabra habíanle colocado, desde que apareció en la escena de la política, en primera línea y al nivel de los más encumbrados personajes.

Llegó el coche al punto de su destino, abrió el lacayo la portezuela, y Martos, ó por distracción, ó por no recordar en aquel momento las reglas de la etiqueta, ó por no pasar delante de D. Salustiano, le invitó á que bajase.

Y D. Salustiano bajó sin decir palabra; pero tan luego como estuvieron en tierra le cogió del brazo con muchas muestras de familiaridad, y le propinó el siguiente discurso:

«Querido Martos: usted es muy joven, yo voy para viejo; puedo casi ser su padre, y no debe usted ofenderse por esto que voy á decirle, que no es seguramente una lección que pretendo darle.

Pero en el mundo hay que mirarlo todo, y no debe desdeñarse nada, por insignificante que sea.

Las buenas relaciones sociales dependen de mil pequeñeces, que ni los hombres de tanto talento como usted deben despreciar, porque estas pequeñeces nos ganan ó nos hacen perder las simpatías de los demás hombres.

Asombrado oía Martos, según él me contaba, este discurso de Olózaga, sin comprender bien á qué término se dirigía, aunque algo adivinaba, pero de modo vago; y así le replicó:

—No le comprendo bien, D. Salustiano: ¿es que he cometido alguna inadvertencia, alguna falta?

—No—replicó Olózaga,—de ningún modo; ni yo quiero, vuelvo á repetirle, darle á usted una lección: le hablo á usted como un padre puede hablar á un hijo.

—Pues el hijo escucha respetuoso: hable el padre con toda la severidad que el caso exija—le replicó Martos entre curioso y burlón, pues no era Martos hombre que se cortaba fácilmente.

—Usted me trata—siguió diciendo D. Salustiano—con mucha consideración y mucho respeto, que es lo propio, por la diferencia de edad que hay entre ambos, aunque no por otra causa.

—Tendré que llamar á orden al orador—dijo Martos riendo—para que éntre en materia.

—Y yo obedeceré gustoso al futuro presidente.

Es el caso que, al salir del coche, usted ha querido mostrarse conmigo deferente y respetuoso, ya lo comprendo, y se lo agradezco. Y por eso me ha invitado usted á que salga primero, y ha salido usted después.

Pues bien, querido mío: esta no es la regla estricta de la cortesía, porque si usted quería mostrarse conmigo respetuoso, debió usted salir antes, y dejarme á mí salir el último. Al entrar, entra primero la persona de más categoría; pero al salir, es la última que sale. Por lo menos, hasta ahora es la regla establecida; yo no sé si más adelante la moda de la etiqueta cambiará los términos.

Usted comprende que yo no doy importancia ninguna á estas cosas; que tampoco pretendo establecer jerarquías entre nosotros, y que estas observaciones mías corresponden al deseo que he creído adivinar en usted, y cuya realización ha resultado contraproducente.

En fin... (Este *en fin* era una muletilla muy frecuente en D. Salustiano en las conversaciones familiares; sin duda, la muletilla era el resultado de su costumbre de hablar francés, que lo hablaba con extraordinaria facilidad y pureza.)

Pero del francés que hablaba D. Salustiano me ocuparé en otra ocasión, porque algo muy curioso tengo que decir.

Bueno es ir dejando de un artículo á otro algún cabo suelto de curiosidad, aunque no llegue al de aquel folletín de Jerónimo Paturot: «de quién sería aquella cabeza, de quién sería aquel brazo».

En fin, como *diría* el ilustre orador, que D. Salustiano y Martos rieron juntos y de buena gana á propósito de la lec-

ción de cortesía que el primero propinó suavemente al segundo, y que el segundo recibió con su gracia inimitable y con aquellas formas severamente clásicas, que adornaban su conversación y sus discursos.

Esta fué la escena, que si no he podido repetir con las mismas palabras, porque no la presencié, fué como queda dicho, poco más ó menos, pues más de una vez se la oí referir á mi querido D. Cristino.

Quedan para el artículo próximo nuevos recuerdos de Londres; que aquellos tres meses están repletos, y bien repletos, como ya dije en otra ocasión.

Un arenal se tiende igual á sí mismo, sin el más leve accidente, con uniformidad geométrica, con inacabable monotonía, como años y años en que nada ocurre y en que la vida pasa igual á sí misma, sin más sensación que la sensación de la vida.

En cambio, los trastornos geológicos aprietan un terreno, lo arrugan y lo hacen subir en forma de montañas llenas de valles, de rocas, de picachos, de abismos.

Y así también en la vida hay años montañosos, con sus abismos y sus cúspides.

José Echegaray

LA CUESTIÓN AGRARIA EN EL MEDIODÍA DE ESPAÑA

FACTORES SOCIALES

1.° El capital y el trabajo.—2.° División de la propiedad.—3.° Intervención del Estado.—4.° Participación de los beneficios.—5.° Arriendos.—6.° Propiedad del suelo.—7.° El salario.

EL CAPITAL Y EL TRABAJO

Haremos un estudio de comparación de fuerza entre el capital y el trabajo desde el punto de vista de la agricultura, única fase bajo la que la cuestión nos interesa. La cuestión agraria es cuestión nacional—asegura Pío Cerrada—por el divorcio que existe entre el cultivador y la propiedad territorial.

Oigamos opiniones antes de explicar la nuestra.

Álvarez Sereix, en su obra *El dominio del capital*, al defender la propiedad como consubstancial con el hombre, puesto que le asegura medios de subsistencia y consumo, niega el capitalismo que explota los medios de producción al hombre por el hombre, y entiende que es preciso sustituirlo.

D. Fermín Caballero dice que, por no existir las debidas relaciones entre el capital y el trabajo, se causan graves perjuicios á la Agricultura, por lo que cree preciso un código ó ley agraria que fije los puntos del problema, debiéndose procurar hermanar el interés del dueño con el del bracero.

D. Teodoro Sáiz y Rueda, al ocuparse del proteccionismo y lamentarse del estado lastimoso y deplorable de nuestra Agricultura, al reconocer que obedece á un sinnúmero de cau-

sas, hace afirmaciones que tienen perfecta entrada en el asunto de este capítulo, sosteniendo que no es debido ese triste estado á la competencia extranjera, porque en la agricultura poca nos hacen. Dice que las sucesivas desamortizaciones se hicieron con un sentido estrecho, porque queriendo distribuir lo acumulado en manos muertas, no se hizo más que cambiarlo de dueño, que estrujó la tierra, lejos de cultivarla bien. Y sigue diciendo que es difícil de remediar esto, porque terreno más árido del Extranjero produce más: de forma que hay que renunciar á la industria agrícola ó buscar medios de fomentarla; y como renunciar es imposible, porque su ruina trae la de las industrias todas y del comercio, se pregunta si será en este caso mejor comprar el pan al Extranjero, si se encuentra más barato, sin considerar que nueve millones de españoles sin trabajo en la agricultura no podrían comprarlo; porque es preciso notar que el jornalero no pide precisamente pan barato, sino que no le falte trabajo para comprar lo que necesite; porque si aquél falta, no teniendo dinero con que comprar, nada le importa que todo esté barato.

De lo referido aparece ya cierta preponderancia del trabajo sobre el capital, que por ahora nos limitamos á apuntar, haciendo resaltar simplemente la mayor importancia de aquél sobre el último.

También merecen consignarse otras indicaciones del señor Sáiz y Rueda en su libro citado sobre los asuntos de este orden. Dice:

«En Jerez y en la capital del imperio alemán se formula por la clase popular un concepto claro, aunque no sea muy científico, del derecho al trabajo, puesto que siendo evidente el derecho á la vida, no puede reconocerse el principio absoluto de que cada hombre haga de sus fuerzas lo que quiera, incluso enriquecerse á costa de los demás, porque todos tienen el deber de ayudarse con la fuerza y con el capital.» El trabajo, que es el único origen lícito, según mi particular opinión, del capital, y que á la vez es imposible que lo produzca

en cantidades para hacer millonarios á los hombres, tiene una evidente primacía sobre él.

Minghetti, al sostener que el cristianismo apoya á la economía, proclamando la fraternidad humana, condena á los que viven sin trabajar, mientras otros trabajan sin vivir.

Hermosas palabras, dignas de perpetuo recuerdo.

Doña Concepción Arenal, al hablar del capital y del trabajo en lo relativo á la distribución de la riqueza, consigna estas notabilísimas líneas:

«Un pueblo ignorante produce poco; corrompido, distribuye mal sus productos: cuando un torero y una bailarina ganan en un año un capital, y el que imprime libros y graves no encuentra quien los compre; cuando el trabajo honrado apenas basta para cubrir las necesidades del trabajador, y las especulaciones inmorales enriquecen prodigiosa y casi instantáneamente, sin más trabajo que sacrificar la conciencia; cuando hay fiebre de goces, vanidades y está helado el corazón para los nobles impulsos y las grandes ideas, siendo la codicia su principal guía, es imposible que la producción no vaya por caminos extraviados y que la riqueza se distribuya bien.»

Verdaderamente es difícil expresar de modo más hermoso el sentimiento que á la ilustre escritora animaba al considerar la desproporción de fuerzas entre el capital y el trabajo, pensamiento que no ha de extrañarse recojamos nosotros como otros muchos, porque queremos amparar nuestras afirmaciones con una autoridad de que carecemos.

Si se reconociese la inmensa importancia del trabajo; si se reflexionase—como afirma muy bien el Sr. Frías en su obra *El socialismo*—de que el peso del mismo lo lleva el proletariado, se convendría en que la manera de hacerlo más productivo era remunerándolo mejor, ariete formidable que destruye la razón suprema del individualismo: el egoísmo humano.

Salcedo y Ruiz, en el *Socialismo del campo*, dice que es la forma más antigua del mismo, y que predicado en Andalucía

antes de 1868, se afirmaba que una vez que la República triunfase, los ricos dejarían de serlo.

No había medianos propietarios. Desaparecida más tarde la generosidad y la llaneza primitivas, agrávase el problema, y propietarios enriquecidos casi siempre con el agio se apoderan de las tierras; el dueño cultiva casi siempre; el arriendo es la excepción (esto en 1893, fecha de la Memoria), y convierte la hacienda en ingenio por medio de los *negros* blancos. Pérez Álamo, con 7.000 más, piden igualdad social y reparto de tierras, pagando seis con su vida el atrevimiento, y 400 con el presidio; el germen queda, sin embargo, en el corazón. En Sevilla y Cádiz piden reparto de hacienda ó dobles y triples jornales cuando estalla la revolución. De la casa del Duque de Rivas se echa temporalmente al administrador y guardas por el Ayuntamiento.

En Antequera se asaltan casas de propietarios; pruebas todas, en las líneas tomadas del indicado autor de las protestas, de la desproporción existente entre la condición de los que viven de las fuerzas capital y trabajo.

En la información social de 1884, hablando el Sr. Doctor, decía que la condición del obrero andaluz, comparada con la del de Ciudad Real, por ejemplo, es infinitamente inferior, y que en un sembrado de trigo que tapaba con dos pulgadas á un hombre de elevada estatura, es decir, en terrenos feracísimos que llegaban á producir á ricos propietarios hasta 12.000 reales diarios, se pagaba con dos al trabajador y se le alimentaba con un pan que ha circulado por el Congreso que ni los perros quieren y con un indecente y aceitoso gazpacho.

Enorme contraste entre los resultados de una y otra fuerza productiva, que se agrava considerablemente teniendo en cuenta las pésimas habitaciones en que los obreros viven, miseria constante, infame alimentación, salario repugnante, que sigue las oscilaciones de la oferta y el pedido, matando al obrero, que busca la taberna como lenitivo de su espíritu, falto de

tiempo para instruirse, por el excesivo trabajo, no teniendo más remedio á sus males que el suicidio.

En este mismo sentido se han expresado los Sres. García, Quejido, Ordóñez, Martos, Gómez, etc., etc.

Al lado de estas afirmaciones tan verdaderas y tan reales, forman doloroso contraste las sostenidas por el vizconde de Campo Grande en su propaganda socialista en el campo, al decir que los socialistas son locos y malvados, que los obreros viven muy bien y que son insensatos al pedir más; palabras que no hemos de juzgar, porque su apasionamiento y falta de verdad y justicia son á todas luces patentes.

Ernesto Bark, en *La próxima revolución y el capitalismo*, sostiene, á mi juicio con verdadero tino, la necesidad de que el Estado lleve una estadística del trabajo en todas las oficinas de todas las provincias, para que á ellas dirijan sus demandas los obreros faltos del mismo, que habrían de ser empleados en obras de todas clases, como medio de procurar un equilibrio entre las fuerzas productivas. Contrario á este criterio del derecho al trabajo es el sostenido por D. Pedro Antonio Armengol en su libro *Algunas verdades á la clase obrera*, porque entiende que el Estado no podría darle siempre el adecuado á sus facultades, además de que quizá se iría contra las condiciones de la producción y, según él, siempre en contra del salario; no le parecen justas las huelgas como forma de buscar su mejora.

D. Ricardo Ventosa entiende que son lícitas bajo el aspecto jurídico, aunque completamente inútiles é ineficaces para aumentar el salario, produciendo en general funestas consecuencias, porque originan pérdidas en la producción y en los capitales, que se retraen y acaban por perjudicar al obrero.

D. Ignacio Ferrán, en sus *Cartas á un arrepentido de La Internacional*, niega también el derecho al trabajo, como igualmente la posibilidad de conseguir mejoras por la huelga, presentando el comunismo como notable injusticia.

La cooperación es para el ilustre patricio D. Gumersindo

de Azcárate, según sostiene en el *Resumen de un debate sobre el problema social*, la mejor fórmula de armonía entre el capital y el trabajo, puesto que en ella la sociedad es dueña del capital, y todos sus miembros prestan el trabajo. Idea cuya tendencia es hermosísima y su realización posible, pensamiento propio del gran cerebro que la expone con asombrosa claridad, consecuencia de su inmenso talento.

Voy á exponer una observación del Sr. Sanz Escartín, que me servirá también de antecedente para hacer las deducciones que yo haya de sacar al final de este capítulo. «La tierra—dice el notable sociólogo—aumenta por sí sola de valor á causa del progreso general y de los medios de locomoción, etc., sin que el esfuerzo individual se ejercite sobre ella, razón por la que tiene un valor social antes que todo, pues merced á los adelantos que la sociedad realiza, y sin la acción del individuo, su valor se duplica». Afirmación exactísima y justa que no hemos de perder de vista por el interés que tiene para nosotros. La tierra es un capital, aunque en Economía se la considere como factor diferente de éste para hacer el análisis del papel que en la producción representa; y es un capital, como acabamos de ver, cuyo valor aumenta por sí solo á causa del progreso de la sociedad.

El Sr. Adrados manifestaba en un mitin que la armonía entre el capital y el trabajo es la cuerda tirante, que es preciso aflojar, existente entre el capitalista y el trabajador, para que, unidos ambos, caminen al bien de la patria y de las clases. Pida el obrero al capital lo que le pertenece; por lo menos, la parte de remuneración de su trabajo. Que el obrero es hombre lo mismo que el capitalista; pero que, como no es legislador, no puede juzgar si está bien ó mal adquirida la llaga; y que como sus pensamientos no encuentran manera de realizarse, lo que debe hacer es asociarse al capital y no provocarlo. Manera de discurrir propia de pensadores insignes.

El Sr. Vega Rey, en su libro *Pobreza y mendicidad*, al sostener la imposibilidad de la nivelación de las fortunas califi-

cando de brillantes á las teorías que la sostienen, pero á la vez de fascinadoras é imposibles, al mismo tiempo que afirma que la civilización ha aumentado la diferencia de clases haciendo darse cuenta al obrero, por su mayor ilustración, de su estado, dice que es preciso que la riqueza se distribuya bien y que se organice la sociedad de manera que el capital sea un auxiliar del trabajo, no un tirano como hoy sucede, y que se retribuya según la laboriosidad y honradez; acertado modo de pensar, al que no hemos de añadir una sola palabra por nuestra cuenta, porque se conforma con el nuestro.

D. Mariano Belmás, en la *Crisis del trabajo*, dice que hay necesidad de atender las quejas de los obreros, y que no se puede ser indiferente á ellas; que cada uno quiere ser propietario. Nueva prueba que añadir á las muchas ya citadas de la desproporción social de la riqueza que en general para todas las industrias, y por lo tanto de aplicación para la agricultura, existe.

D. Manuel Troyano, en uno de sus muy bien escritos artículos sobre la cuestión agraria en el Mediodía de España, hacía notar las inmensas desigualdades de fortunas allí existentes, citando la casa de Larios, de Málaga, que creía una de las más poderosas de la Península, y á su lado la miseria en proporciones aterradoras, llegando á límites inconcebibles, no explicándose á veces la existencia de familias numerosas más que por lo que aquel clima ayuda á sostener los organismos debilitados. Verdad harto sabida, pero no por eso menos cierta, y mal tremendo que es preciso remediar en lo posible.

Indiquemos ahora el interés que de los capitales empleados en la agricultura en el Mediodía de España se obtienen, y la remuneración que al trabajo del obrero agrícola se da.

D. Mariano Palarea, rico é ilustrado propietario de Murcia, contestando á un cuestionario por mí enviado á Andalucía, dice, en lo referente al interés que se obtiene de los capitales en la agricultura de la provincia, que escasamente se saca el 4 por 100 del que representan las fincas; que en los

puntos mejores de la huerta se capitaliza para las compras al 5 por 100, y que como las contribuciones vienen á representar un 25 por 100 de la renta, de aquí que el interés del capital no sea mayor.

Esto por lo que hace á los propietarios; para los labradores ya no es tan fácil calcularlo, porque si nos fijáramos en lo que se da por los hortaliceros al tomar un subarriendo, podría creerse que era enorme; pero si se tienen en cuenta las mil eventualidades á que está sujeta la producción agrícola, el coste de las semillas y abonos, lo caro de los jornales, aunque escasos, que se necesitan... y que el labrador tiene que pagar su renta, coja mucho ó poco, puede decirse que al liquidar á fin de año ha sacado la ventaja de vivir independiente, de haber mantenido á su familia con decoro, de no haber estado sometido como un mercenario en su trabajo, y de haber ganado él y su familia un decente jornal. En resumen: el capital viene á producir en las tierras de la huerta un 5 por 100 en bruto, poco más ó menos, por lo que, deducidas contribuciones, gastos de acequias y otras cargas, sólo queda un 4 por 100 ó menos.

El jornal de los obreros en Murcia ordinariamente es en invierno de seis reales diarios; pero en verano, que el trabajo es más recio y de mayor duración, es de dos pesetas, y á veces más, agregándose el almuerzo y merienda á la alimentación ordinaria, consistente aquélla en patatas fritas con carne, bacalao y vino, rebajando dos reales entonces por cada jornal. La siega es el único trabajo que se hace á destajo, ó sea de un tanto por unidad, siendo el término medio de 2,50 pesetas por tahulla.

De modo que, en resumen, el jornal medio es de seis á siete reales en invierno y de ocho á nueve en verano. En épocas extraordinarias suben á diez y hasta doce. El mozo de labranza vive y come con los dueños, y gana según su edad: de quince á treinta pesetas al mes.

En Almería se saca muy poco interés á las tierras, ya por

la escasez de lluvias, ya porque las haciendas de río suelen ver destruídas sus murallas de defensa y llevadas sus tierras, que quedan improductivas, hasta que después de algunos años han vuelto á separarse con los tarquines de las avenidas, y en el ínterin queda el dueño sin renta y pagando contribución.

De esta provincia, como se ve, no me han especificado el cuanto del interés que al capital empleado en la agricultura se saca. Los obreros del campo ganan en el invierno seis reales y siete en el verano.

En Málaga, me contestan, es muy variable el interés que se obtiene del capital empleado en la agricultura, porque no siendo éste una base fija, no puede calcularse. Todos se quejan, pero no han de sacar menos del 6 por 100. Muchos sacan más, y con la antigua labor de las viñas no bajaría del 25 por 100. Los jornales medios de los obreros son de siete reales diarios en las labores generales, variando en la siega y recolección de pasas cuando son trabajos esmerados.

De Jaén se me ha asegurado que el interés del capital oscila entre un 5 y 6 por 100, y que los jornales medios son de siete reales, que para la recolección de la aceituna varía desde cinco hasta ocho, nueve ó diez reales en ocasiones.

En Badajoz se llega á obtener del capital hasta el 6 por 100, y de jornal medio se paga una peseta diaria. Del 4 al 5 por 100 rinden los terrenos de secano en Albacete, del 6 al 7 los de regadío, y del 10 al 15 los montes, pagándose dos pesetas de jornal medio, puesto que en verano es 2,50 y en invierno de seis reales diarios.

En Granada varía el interés del 3 al 5 por 100; y el jornal, de cinco reales desde mediados de Noviembre hasta mediados de Marzo, hasta ocho reales en el resto del año. En ciertas faenas, como la siega y la recolección de aceituna, se emplea en vez de jornal fijo el *destajo*, con los precios medios de cinco reales por marjal de siega y una peseta la fanega de aceituna.

De lo expuesto se ve claramente que el interés de los capitales empleados en la agricultura del Mediodía de España es

superior, en términos generales, al 5 por 100, oscilando casi siempre entre esta cifra y el 6. Los jornales de los obreros del campo son aproximadamente de seis reales diarios.

Esta última cifra es por sí sola una protesta, sin necesidad de acudir á razonamientos de ninguna especie. La alimentación les cuesta la mitad por lo menos del jornal, cuando es por su cuenta, como generalmente sucede, por ejemplo, en Jaén, en las épocas de siembra (1); en Badajoz (2), si ganan más de una peseta; en Albacete, consistente su almuerzo, á las ocho de la mañana, de pan y una sardina en invierno; en verano casi igual, ó pan y tocino; carne, casi nunca; al medio día, arroz y patatas, ó arroz y bacalao; la cena es de patatas fritas y una sardina, ó caldo de patatas, generalmente; casi no beben vino; cuando se trata de brigadas, se constituye lo que se llama fondo común de alimentación, que viene á resultar de coste diario de cincuenta céntimos por persona; en Granada también es de su cuenta, y ordinariamente consiste en almuerzo de migas de maíz y patatas, alternando, y comida compuesta de un cocido de garbanzos, patatas y tocino, y alguna carne además en el verano; y la clase más pobre, el potaje de habas y patata, condimentado con aceite, en sustitución del cocido.

En Málaga suele ser la alimentación por cuenta del amo (porque así se puede exigir mayor dureza en el trabajo), contestación textual á mi cuestionario; pero á veces es á seco, en cuyo caso se calcula el escote á tres ó tres y medio reales, y se baja de los siete del jornal, ó finalmente, compra por sí el trabajador para comer, lo que le obliga casi á no hacerlo para poder llevar algo á su casa. En general, la alimentación es frugal, bien por el clima en la parte templada de la provincia, ó por la mayor economía del patrono. Se compone de gazpa-

(1) Para la siega, el amo les da un mal cocido con tocino al medio día, y por la tarde un gazpacho.

(2) Si ganan menos, el amo les da mejor de almorzar; cecina y pan al medio día, y por la noche cocido de garbanzos, tocino y morcilla, etc.

chos fríos ó calientes, según la época, y de la olla con arroz ó fideos, tocino, verduras y pan, no siempre bueno todo lo indicado.

En Almería se alimentan ellos mismos con su jornal y duermen en sus casas. En Murcia, la alimentación de los obreros, que por lo general es de su cuenta, es parecida á la de los labradores: dos comidas por lo menos al día, de vegetales casi toda la semana, y de carne los días festivos. En época de trabajo fuerte ya hemos dicho que se les baja dos reales del jornal, dándoles almuerzo y merienda de carne con vino. También, aunque sin obligación, suele dárseles vino en ciertos trabajos extraordinarios, como obsequio del labrador á sus trabajadores.

Aunque por lo general los huertanos son robustos y vigorosos, se echa de ver, sin embargo, por algunas personas ancianas y observadoras, que ha llegado hasta ellos, si no en el alto grado que en otras localidades, lo que se llama degeneración de la raza, y eso que la alimentación mejora de día en día, puesto que hace tres cuartos de siglo no se comía pan de ordinario, sustituyéndose por la torta (pan de cebada) ó el bollo (pan de maíz), haciéndose sólo el amasijo de la Pascua y alguno que otro en el verano con harina de trigo. Hoy está absolutamente desterrado el bollo y la torta.

El labrador que cosecha trigo, lo primero que hace es apartar el necesario para su casa; y si no lo cosecha ó no es suficiente el cosechado, compra harinas de fábrica, de las que hay infinidad de almacenes en la huerta, expendiéndose al contado y al fiado.

Por ser igual casi á la del obrero, la detallaremos. La base son los vegetales: el huertano almuerza, de siete á ocho, harina de trigo cocida con aceite, en la que suelen poner algunos trozos de bacalao y especias, á lo que llaman *gachas migas*, ó harina de maíz cocida con aceite y sazonada con pimiento, que denominan sémola; comida á las doce: potaje de habichuelas con patatas y garbanzos, que se cuecen con tocino ó aceite y espe-

cias, y cenan, al obscurecer, ensalada de berza cocida. Esto en el invierno. En el verano, el almuerzo es, generalmente, de fiambre, ó sea sardinas y frutos de los que da el tiempo (cebollas, habas, tomates, etc.), en crudo; y la cena, ensalada fresca ó de pimientos asados; los domingos se pone, generalmente, cocido de carne ó arroz y carne, plato que frecuentan durante la semana los más acomodados. Los embutidos de cerdo, ya sean comprados, ya sean de los sacrificados en la casa, suelen tomarse también á veces en el almuerzo, pudiendo decirse, por el número de reses que en los partidos de la huerta se sacrifican, que de año en año va en aumento el consumo de carnes en la huerta.

Algunos huertanos, acabado de levantarse, *toman la mañana*, ó sea cierta cantidad de aguardiente, bien en su casa, bien, lo que es por desgracia frecuente, en el ventorrillo próximo. Suelen también beber vino en las comidas; pero el gran consumo de este líquido se hace en las tabernas, de las que está infestada toda la huerta, y cuya existencia y multiplicación son causa principal no sólo de la degeneración de la raza, sino de la mayor parte de los delitos que se cometen por el huertano, de suyo honrado, comedido y pacífico, con unas cuantas copas de más, y entre sus camaradas de ventorrillo es iracundo y pendenciero, y suele terminar sus juergas en el hospital ó en la cárcel.

El trabajo, repito, es la única fuente legítima del capital, es la causa de su formación, y sin embargo, apenas se le retribuye. El capital que mediante aquél se formó es un tirano que lo explota, puesto que llega á obtener un mínimum de beneficios líquidos del 5 por 100; y como quiera que los gastos de explotación, producción y subsistencia del propietario están asegurados y en buenas condiciones, bien diferentes de las malísimas en que viven las clases obreras, resulta una inmensa diferencia entre el factor trabajo y el factor capital, con gran ventaja de este último. Claro es que él mismo sostiene la explotación en gran parte; pero la principal, la esencial, la

verdaderamente productora en mayor escala, es la otra fuerza. Como la organización actual de la sociedad se basa en un sistema de libertad de concurrencia formado por el capital, que es la fuerza que la ha organizado, lógico es que ocurra lo que ocurre, es decir, que las ventajas todas y el disfrute de todos los goces sea para aquéllos.

Mientras pueda ocurrir, como ahora ocurre impunemente, que los capitalistas se reúnan en el salón del Casino de la localidad y se pongan de acuerdo para pagar lo menos posible sin que haya intervención que lo evite, el abuso del trabajo de los obreros subsistirá. La función de trabajar es la más esencial de la vida; y si es difícil hacer clasificaciones del trabajo para que según el esfuerzo que signifique se retribuyera, única forma de realizar la absoluta justicia, lo que no cabe duda es que el trabajador del campo que lleva el peso de las faenas agrícolas de modo constante, no es posible retribuirle con menos quizá de lo preciso para vivir en las infames condiciones á que el régimen le condena. Declaremos y pasemos por alto, partiendo de lo constituído, que todos los capitales que existen son legítimos, es decir, debidos al trabajo—lo cual es bastante difícil de probar.—Pues bien: si esto es así, pongamos á los que trabajan en condiciones de que les sea posible su mejora gradual, ya que como hombres han de sentir en su alma el incesante deseo de mejora. ¿Cómo se conseguirá esto?

Teniendo en cuenta que es necesario armonizar y no declarar antagónicos el capital y el trabajo, yo no veo ni encuentro posibilidad de mejora más que en hacer partícipe al trabajo de las ganancias del capital; es decir, que no se trata de nada nuevo, sino de la participación de los beneficios, puesto que aunándose los intereses de ambos, la producción tiene que aumentar forzosamente, y el bienestar de las dos clases sociales también.

No insisto más en lo expuesto. Sí he de añadir algunas consideraciones que tienen relación con éstas. Los obreros agrícolas hoy, como los de todas las industrias, deben asociar-

se sin cesar; procurar, no sólo que se constituyan las cajas de resistencia, con el fin de que si llega el caso de una huelga puedan soportar el paro, sino con el fin de buscar medios de instrucción que les haga comprender perfectamente sus derechos y deberes, porque no deben perder de vista que este medio de defensa es más fuerte que cualquiera clase de armas, por mortíferas que ellas sean.

El Estado ha de hacer mucho; y aunque también en otro capítulo trata de lo mismo, no puedo por menos de indicar aquí que no hay razón alguna para que, interviniendo el Estado, por ejemplo, en funciones de enseñanza, beneficencia, etc., no intervenga en las económicas. Seguro estoy de que se me argumentará inmediatamente que el Estado no puede intervenir en este orden, que su intervención es desastrosa, y aun quizá acudirá en seguida con ejemplos tomados de la Historia; pero á esto observaré yo, primero, que no se trata de tasar, por ejemplo, el precio de los artículos, sino de evitar la posibilidad del abuso, consecuencia de la unión y fuerza que hoy se produce por el acaparamiento de la riqueza en unas cuantas manos, y la desposesión absoluta de la misma en la mayoría.

Y que el Estado debe intervenir es evidente; ya se obliga á pagar indemnizaciones por accidentes del trabajo á los fabricantes, y no tardará en obligarse también con justicia al propietario agrícola; ya se limita el trabajo de mujeres y niños, se obliga á que el trabajo se realice con ciertos aparatos protectores; ya se impone el descanso dominical, etc.; esto por lo que respecta al trabajo; que en cuanto al capital, el impuesto de derechos reales es la confesión hipócrita de la ilegitimidad de la herencia, aparte de la limitación que en el Código se establece del sexto grado para derivarla.

Las huelgas, por más que, conforme con algunos autores, se sostenga que son malas, lo cierto es que en ocasiones el obrero no tiene otro medio de defensa, y que son un poderoso auxiliar para obligar á pactar al capital, siempre que la aso-

ciación obrera sea perfecta. Y no se diga que pueden pedir lo injusto, porque entre la tiranía de muchos ó la de uno, no cabe duda que es más difícil la primera, aparte de que en su interés está no pedir lo que no pueden darles, caso que rarísima vez se habrá dado seguramente.

Uno de los medios que el Estado debe, según mi particular opinión, poner en práctica, es el de la estadística del trabajo, para conseguir de esta manera que sea posible facilitárselo á quien de él carezca; porque es bien cierto que más le importa al obrero tener trabajo, que no que el pan esté barato, si no ha de poder comprarlo. Es indudable que el actual régimen de organización social es malo; no desconozco que su reforma es larga y dificilísima; que veo en vano que los pensadores de todos los países discurren durante siglos para buscar solución al problema social, intentando la armonía y queriendo hermanar los opuestos intereses del capital y del trabajo en forma tal, que las desigualdades inherentes á la naturaleza humana no vuelvan á producir, dado caso de que se lograse un mediano equilibrio, un total y completo desequilibrio.

Hoy el Estado es más poderoso que nunca; los progresos son inmensos, las ideas de justicia están muy extendidas, la ilustración es muy vasta; y aunque es cierto que la civilización ha puesto de manifiesto y quizá agravado más el problema, al hacer comprender su importancia al cuarto estado, no podemos menos de confiar en que la superior cultura y enorme progreso actual han de facilitarnos datos bastantes para su solución.

El régimen de la concurrencia absoluta perjudica al obrero, lejos de favorecerle, como afirma el Sr. Moret en su libro *Perjuicios que el proteccionismo ocasiona á las clases obreras;* porque como las fuerzas que luchan hoy están constituídas muy desigualmente, resulta que tratados por igual, es decir, dejarlas en libertad á ambas, es dar medios de hacer mayor la desigualdad. No; es necesario que el Estado intervenga, evitando que, á nombre de principios que sustente ó pueda sustentar

la ciencia económica, se hallen á punto de perecer muchos seres humanos.

El capital, se dice, es trabajo acumulado. Y yo pregunto: ¿de quién? La contestación, en la mayoría de los casos, será: del de los demás, puesto que acumulando el propio, el de un solo individuo, es dificilísimo hacerse millonario. En resumen: que el régimen existente promueve protestas, y justificadas por la terrible injusticia y desigualdad que entraña.

He aquí por qué se justifica, unido al temperamento propio del pueblo andaluz, que el anarquismo haya echado hondas raíces en el Mediodía, dando lugar, como muy acertadamente señala D. Manuel Troyano, á levantamientos repetidos que han costado la vida á muchas personas.

DIVISIÓN DE LA PROPIEDAD

Los latifundios andaluces y extremeños han originado el grave mal que estudiamos. Si todos fuesen propietarios de algo, el mal no existiría, ó á lo sumo tendría poquísima importancia; por lo que se origina y agrava es por la acumulación en unas cuantas manos de inmensas propiedades, que pudiendo servir de sostén á numerosos habitantes, al ser acaparadas por uno solo que dispone y hace de ellas lo que quiere, sin pararse á considerar el perjuicio que para la generalidad puede haber en obrar de uno ó de otro modo, determina el malestar y el conflicto.

El problema de la división de la propiedad en el Mediodía de España lo es todo, según algunos; yo creo que es un factor de la mayor importancia para solucionar la cuestión agraria. En todos los cuestionarios de información que para estudiar aquélla se han formado, se han consignado, como se hizo en el de 1884, preguntas relativas á este interesante extremo.

Los grandes predios, sostiene D. Manuel Troyano, deben subdividirse, y de este modo se conseguirá un remedio, temporal, pero de eficacia positiva.

El insigne pensador D. Melitón Martín ya señalaba la excesiva acumulación de la propiedad como causa de males graves para la agricultura.

D. Fermín Caballero, al mismo tiempo que señala la excesiva acumulación de la propiedad en Badajoz como perjudicial, sostuvo también que la excesiva división produce infinitos inconvenientes; porque teniendo el dueño que acudir á todas, que á lo mejor se hallan distantes, y aunque así no suceda, pierde trabajo y capital, he aquí por lo que es partidario del coto redondo, afirmando de paso que el interés individual no es absoluto y que la forma de la propiedad puede cambiarse.

Del mismo sentir es D. Pío Cerrada, porque, según él, cuando el dueño tiene muy repartida en pedazos su propiedad, ni puede vivificarla con su presencia, ni ensayar métodos de cultivo, ni realizar un verdadero trabajo productivo; de cuya opinión es también D. Isidro Benito Lapeña (1). Detallemos ahora por regiones el estado de división ó indivisión de la propiedad territorial.

En Badajoz, ya lo hemos dicho, no está dividida, sino, antes al contrario, acumulada de modo excesivo. En Jaén sucede lo mismo. En Albacete, en el Mediodía, muy dividida; en el Norte, no. En Almería ordinariamente está muy dividida, por ser escasísimas las tierras de riego, y en las de secano hay alguna más concentración, si bien nunca latifundios. En Málaga no está dividida, sino muy acumulada; algunos, no muchos, tienen pequeños predios, sobre los que cargan las iras de los repartidores de tributos. La propiedad en la huerta murciana está muy dividida, y en general en toda la región, siendo muy raro el labrador que tenga á su cargo más de 30 á 40 tahullas; lo ordinario es tener seis ú ocho; de diez en adelante sólo tienen los labradores acomodados; hay muchísimos que sólo llevan una ó dos, y una gran parte de los que tienen

(1) *Mejoramiento de las clases obreras de Avila.*

más de cuatro ó cinco es porque la reúnen así de varios dueños.

Bastante dividida en general en Granada, lo es menos en la parte Norte y Noroeste de la provincia, donde existen algunos extensos dominios de antigua procedencia. Muy fraccionada en la Alpujarra.

Resumiendo: entendemos absolutamente necesaria la división de los grandes predios, sobre todo si no se cultivan, por la sencillísima razón de que la concentración de la propiedad en tan gran escala origina perjuicios sociales evidentes; segundo, la medida de la división no puede señalarse *á priori*; sólo en vista de las circunstancias locales puede realizarse con acierto; tercero, el medio para que esto pueda realizarse es la expropiación por el Estado de los latifundios incultos, repartiéndolos á las familias pobres, mediante el pago de un pequeño canon, cobrable al cabo de cierto tiempo, que variaría según las condiciones del terreno; y cuarto, creemos que el Estado debiera dictar leyes por las que se prohibiera la acumulación en ciertos límites, así como el excesivo fraccionamiento; leyes que, naturalmente, habrían de formarse teniendo en cuenta las particulares modalidades de cada región ó localidad, en vista del estudio y la atenta observación de los factores sociales todos.

INTERVENCIÓN DEL ESTADO

Las modernas corrientes del socialismo del Estado, queriendo ampliar la esfera de acción en que éste se mueva, constituyen, en mi sentir, las teorías más verdaderas y desde luego más eficaces para la resolución de las cuestiones sociales de toda especie. El individualismo ha muerto, y pocos son ya los que fían á la acción sola del individuo el remedio de los males que á las sociedades afligen.

Por el contrario, el Estado puede y debe ejercer su misión de intervenir en todo aquello que tienda no sólo á desemba-

razar de obstáculos los progresos sociales, sino á encauzarlos y aun dirigirlos. Se dice que el Estado ejerce así una tiranía, pero no se olvide que es siempre mayor la del individuo; se afirma que aquél comete injusticias, pero téngase en cuenta que siempre son mayores las de éste; la voluntad de uno es más susceptible de tiranizar que el acuerdo de la colectividad jurídica que lleva consigo la entidad Estado.

No olvidemos que, como dice el eminente pensador Sr. Azcárate, la libre concurrencia no siempre es justa; que la casualidad determina á lo mejor el precio de las mercancías, como lo prueba con oportunos ejemplos que aduce, y que yo no he de reproducir aquí; que la incultura y el capricho influyen en ellos, torciendo los productores las exigencias sociales, extraviándolas; y, en suma, que la libre concurrencia no distribuye justamente la riqueza.

El Sr. Sanz Escartín, hablando de los grandes monopolios y los *trust* (creados por la libre concurrencia), los encuentra perjudiciales, porque bajan ó elevan los precios á su antojo, con perjuicio de la generalidad que sostiene esas empresas; afirmaciones todas, hechas en su libro *Crisis agrícola*, que son perfectamente aplicables para autorizar las nuestras.

Con la ley de pobres que existe en Inglaterra y obliga á sostenerlos—dice D. Antonio Cánovas del Castillo en la *Cuestión social*,—el socialismo existe de hecho, afirmando que donde no hay caridad individual ni social es precisa la legal, no pareciéndole importantes soluciones que el Gobierno procure, como quiere Tirsot, que se faciliten asociaciones de socorros mutuos para los obreros, colocación á sus economías, crédito barato, oficinas para facilitarles trabajo, limitando las horas de éste, etc.

A pesar de la respetabilidad que aquella opinión nos merezca, fuerza es reconocer que muchas de las medidas que cita Tirsot son de positivos resultados para la mejora de la condición del obrero y, por ende, significan un avance en la solución del problema social. Si la sociedad se compusiese de san-

tos, yo sería anarquista antes que nada, puesto que no haciendo falta el poder, puesto que los hombres se bastarían por sí solos para gobernarse, sería forzoso suprimir el Estado; pero como no es así, ni nunca, por mucho que el progreso sea, se llegará á aquel ideal de santidad que el anarquismo supone, es evidentemente necesario que el Estado evite el abuso que las miras individuales puedan originar. Por todo ello, la fórmula del socialismo económico, estoy conforme con el Sr. Salcedo y Ruiz (1), es la intervención del Estado en la producción, circulación, distribución y consumo de la riqueza; añadiendo por mi cuenta que es de absoluta necesidad, porque la lucha entre los poseedores de los capitales y los que no los tienen es cada vez más viva. La libertad absoluta no resuelve nada.

Por ella se mueren, retorciéndose á causa de los cólicos llamados saturninos, muchos obreros, y por ella se contraen neurosis fosfóreas, etc.; cuando sólo con obligar al fabricante que emplee medios preventivos recomendados por la ciencia se evitan aquellos males, claro es que no podemos menos de declararnos partidarios de la intervención del Estado. Este es más fuerte cuanto es más civilizado, y entonces interviene y dirige más á la sociedad; y es lógico que así suceda, puesto que el más claro concepto que de la libertad modernamente se tiene consiste en limitar todo lo más posible los obstáculos que al desarrollo ordenado de las actividades se oponga; y he aquí por qué el súbdito inglés es, según el Sr. Sanz Escartín, más libre rodeado de leyes, que el salvaje que vive sometido al despotismo y á la violencia. Decir que la libre concurrencia es la fórmula de la libertad; que en el orden económico debe proclamarse como verdadera, consintiendo que á su amparo unos se mueran de hambre y otros sean poderosos, es cometer un sarcasmo social: no; el Estado ha de intervenir forzosamente, eliminando siempre las causas de perturbación

(1) *El socialismo del campo*, obra citada.

en las sociedades por medio de una acertada y prudente legislación que, amparando los derechos de todos, evite los abusos que pudieran producirse por cualquiera clase social. A la agricultura precisamente ha perjudicado la competencia de los países nuevos, por lo cual el Estado debe protegerla por medio del arancel, para arruinar la importación, y prohibiendo el latifundio, que tanto daño la causa.

Hay opiniones respetables que sostienen pareceres opuestos á los hasta aquí señalados; pero nótese qué faltos de realidad se encuentran en la práctica. Así, por ejemplo, D. Cristóbal Pascual y Genis se presenta ecléctico: que el Estado haga lo que el individuo no pueda ó no quiera hacer, y que sólo la religión y la instrucción son elementos poderosos para solucionar la cuestión social.

El tratadista Sr. Colmeiro quería que el Estado dejase una libertad moderada que, removiendo los obstáculos naturales, no interviniera mucho, porque su intervención era perjudicial, si bien creía que debería proteger la agricultura construyendo vías de comunicación, porque entendía que aquélla era fuente y madre de todas las industrias. El Sr. Moreno Nieto, como individualista, no ve más remedio del «problema social» que la caridad, libertad, concurrencia y trabajo. Más radical aún en el sentido individualista se presenta D. José Echegaray, que en un precioso libro titulado *¿Qué es lo que constituye la fuerza de las naciones?* sólo del individuo lo espera todo, y que hablar de Gobiernos regeneradores es señal de impotencia, puesto que se pide que hagan otros lo que nosotros no podemos hacer. Argumento en verdad sofístico, puesto que lo que se pide no es que hagan otros hombres, como tales hombres, lo que nosotros no podemos hacer, sino que, constituídos en Estado, impongan obligatoriamente aquello que para la mejor vida social sea necesario.

Tampoco seguiremos al P. Ceferino González, que atribuye la causa del malestar social presente á la negación de Dios y enorme propaganda del principio racionalista. Queda con lo

apuntado bien sentada nuestra opinión de que el Estado ha de intervenir en la cuestión agraria del Mediodía de España como en cualquiera otra de carácter social, y que no sólo tiene á ello perfecto derecho, sino verdadera obligación; con todo lo cual legitimamos en este capítulo la serie de medidas que al mismo hemos asignado como obligación en el estudio de esta materia.

PARTICIPACIÓN EN LOS BENEFICIOS

Plantéase el problema social en el Mediodía de España, en la industria agrícola como en cualquiera otra, naturalmente por falta de medios de vida en las clases pobres, y desde luego aparece como única solución el aumento de medios para ella. Ahora bien: la fórmula ó manera en que esto se haga es bastante más difícil, puesto que el aumento del jornal, como tal jornal independientemente de las ganancias que se obtengan, no siempre es posible ni justo desde luego.

Por eso yo entiendo que la única fórmula de armonía entre el capital y el trabajo es la que encierra el epígrafe de este capítulo. ¿Quién puede favorecer al necesitado? Desde luego el que obtiene los beneficios. Y esto con tanto más motivo, cuanto que aquél es el productor de éstos. Es decir, que entendemos que el obrero agrícola ha de participar de los beneficios que el propietario logre en una proporción que no se puede señalar *á priori*, que dependerá de la clase de cultivos, cosechas, tierras, trabajos que se practiquen, etc.; pero que siempre, aparte de un jornal mínimo que baste á subvenir á sus diarias necesidades, existirá un aumento proporcional á las ganancias que el propietario obtenga.

Bien sé yo que se argumentará inmediatamente que esto es muy difícil; pero, sin embargo, creo que calculando, según los casos, una proporcional escala, no sólo no será difícil, sino beneficioso aun para el propietario mismo. En la industria fabril ya se realiza en España. Algunas Compañías, sobre todo

de ferrocarriles, también tienen puesto en práctica este medio; y en cuanto á la agricultura, en la Mancha existen prácticas de esta misma fórmula de armonía.

La participación de los beneficios ha logrado felicísimos resultados en casi todos los casos, según afirma el Sr. Sanz Escartín; de bueno se califica por el Sr. Salcedo y Ruiz el sistema que tratamos; de inmejorable lo califica el Sr. Azcárate en su libro *Resúmenes de un debate sobre el problema social*, porque une, según él, los intereses de obreros y capitalistas; y, finalmente, en el libro publicado con motivo de la información social realizada en 1884, se decía, que la participación en los beneficios es el mejor modo de elevar la condición del trabajador; complementando el salario, reuniendo las ventajas del jornal y del destajo armoniza el capital y el trabajo, haciendo á los dos más productivos. Donde no hay ganancias, nótese bien, no puede haber participación ni jornal.

El Sr. Flores Estrada sostenía hace ya bastante tiempo la necesidad de que el labrador y colono, condueños por el uso, participasen de la propiedad.

El Sr. Armengol, en su obra *Algunas verdades á la clase obrera*, se declara partidario de la participación de los beneficios, desarrollando más estas ideas en otro libro que lleva dicho título de *Participación de los beneficios*, haciendo, entre otras, las siguientes notabilísimas consideraciones. Las sobreprimas, gratificaciones y sueldos extraordinarios que se dan á los obreros son prueba irrefutable de que no se les considera suficientemente pagados con su jornal de siempre.

El obrero participante de los beneficios produce más que el no participante, y la prueba es que los patronos que han admitido el sistema de la participación son los que más prósperas tienen sus casas. Son defensores de esta fórmula de armonía, entre otros, el conde de París, Amdigame, Passy, Levasseur y Robert, etc., etc. Huet sostiene que todo el capaz de trabajar debe tener parte en la riqueza general, añadiendo por cierto la curiosa idea de los repartos cada año de los pa-

trimonios vacantes por muerte entre los jóvenes de ambos sexos comprendidos en las edades de catorce y veinticinco años.

No será muy fácil en nuestra agricultura implantar este sistema, sobre todo porque son pocas las explotaciones en gran escala; pero, además, porque los obreros no trabajan muchos años en una misma casa, ni se puede fijar tan fácilmente como en las otras industrias el beneficio líquido, ni tampoco llevarse con tanta regularidad la metódica contabilidad que para ello es necesaria. Sin embargo, es posible y debe ensayarse, porque repito que es quizá la única, ó por lo menos una de las mayores medidas que pueden tomarse en la solución del problema social bajo el aspecto agrario en el Mediodía de España, que tratamos de estudiar en estas páginas.

Pocos son los escritores que, como D. Enrique Domingo Aller, no creen en la participación de los beneficios como mejora de la clase obrera. He dicho más arriba que en España, en la Mancha, se ha aplicado á la agricultura dicha fórmula de armonía, y ahora añadiré que en la provincia de Valencia, en las viñas, se realiza en Requena, Utiel, Onteniente, etc.

En Ayora, el propietario pone la tierra, el cultivador la plantación, y á los cinco años se dividen los productos de la tierra plantada y de las viñas. En dicho pueblo se sostiene al obrero por espacio de cuatro años á costa del propietario, y entonces, antes de partir la viña, se deduce lo anticipado para sostenimiento de aquél, y el resto se divide entre los dos.

Por último, aun en la provincia de Avila se practica la participación de los beneficios en la forma siguiente (1): reconociendo al trabajador cierta cantidad de fanegas de sembradura, en el total de las que se recogen, ó bien dándole una ex-

(1) *Mejoramiento de las clases obreras en Avila.* Obra cit. de D. Isidro Benito Lapeña.

tensión de pegujar que siembran por su cuenta, trabajándose por cuenta del amo, y siendo el producto bruto para el trabajador en los primeros años. Es forzoso que los capitalistas agrícolas se convenzan de que mayores rendimientos se obtienen con esta fórmula que sin ella, puesto que se interesa al trabajador en la producción de manera tan fuerte, que no hay mayor acicate para lograr fuertes ganancias. El Estado es necesario que por otro lado aminore también los tributos que exige, con el fin de que sea más factible este sistema, que, vuelvo á insistir, no es posible encontrar otro mejor.

ARRIENDOS

La organización social que la propiedad agraria tenga no cabe duda que es de capital importancia en este estudio; y como quiera que los arriendos suelen ser una forma muy frecuente de la misma, fuerza es que nos detengamos en el asunto, dedicando algunas consideraciones sobre la manera en que á nuestro entender deberían establecerse ó modificarse, según las especiales condiciones de las costumbres y de la tierra en el Mediodía de España. Siguiendo nuestra costumbre, antes de exponer nuestro juicio oigamos el parecer de los escritores.

D. Gumersindo de Azcárate es partidario de los arrendamientos á largo plazo. D. Isidro Benito Lapeña, contestando en lo referente á la provincia de Avila este punto del cuestionario redactado con motivo de la información social de 1884, sostenía que por no ser largos los arriendos se perjudicaba la propiedad.

De la misma opinión de arriendos largos son D. Rafael Fernández Soria y D. Francisco Fuentes, que la sostienen en dos discursos pronunciados con ocasión de dicha información. Igualmente piensa el Sr. Salcedo y Ruiz en su obra *El Socialismo del campo*, pues dice que la mala condición del arrendatario deriva principalmente de ser breve el arriendo, por lo que procura extraer el máximo producto, aunque la tierra se

esquilme, al paso que el propietario no quiere obligarse por mucho tiempo para poder pronto elevar la renta, haciéndose de esta manera antagónicos sus intereses.

A los largos arriendos, que es práctica en las Provincias Vascongadas, atribuye Sanz y Escartín la prosperidad de estas provincias.

D. Fermín Caballero, no en general, sino en particular respecto á las provincias andaluzas, dice que por ser los arriendos de cuota fija y cortos, no estimulan á mejoras, sino á trabajar lo menos posible, existiendo más colonos que propietarios y cultivándose á tres hojas; por esto se declara defensor de los arriendos á plazo largo para sostener al colono, y cree que el Gobierno debiera premiar los de mayor duración.

Este punto vemos, por lo apuntado, que tiene excepcional interés, y en el cuestionario oficial de 1884 existían una porción de preguntas sobre la materia acerca de la duración, constitución, etc., etc.

D. Manuel Troyano, al consignar en un notable artículo sobre la cuestión agraria los resultados diferentes de distribuir los bienes en absoluta propiedad, como se hizo á la muerte de D. Juan Quintanilla, y de darlos en arriendo por diez años con precio moderadísimo, como se hizo en Fernán-Núñez, demostrando la inmensa ventaja de esto último, apoya implícitamente la tesis de que el arriendo largo con precio módico es el más beneficioso. Examinemos ahora lo que ocurre en el Mediodía, según las contestaciones que he recibido á mi cuestionario (1).

En Murcia casi todas las fincas se arriendan; vencen los arriendos en San Juan, de Junio, aunque no se abona por lo general en esta fecha su total importe, puesto que casi siempre se hace en dos ó tres plazos, ó más, según se realizan las cosechas, de modo que de Junio á Diciembre se saldan sus cuentas con los dueños. Como éstos no agobian mucho á los

(1) Enviado á Andalucía, y tratando de este punto, entre otros.

colonos, suelen dejar parte de las rentas sin saldar para el año próximo. El importe de ellas varía según la clase de terrenos y según los casos, pues (nótese esto) las hay antiguas que no han aumentado sus rentas, á pesar del de la producción, mientras otros las suben con cualquier pretexto; por regla general, en las tierras de primera (parte alta de las huertas costeras é inmediaciones de la ciudad), de 40 á 50 pesetas tahulla; en las de segunda (centro de la huerta), de 25 á 40; en las de tercera (centro de la huerta, aguas abajo de Murcia), de 15 á 25; y en la parte baja, de 10 á 15.

Los huertos y algunas tierras excepcionales suelen pagar á 60 pesetas la tahulla. En cambio hay tierras que pagan de 5 á 10.

Las relaciones entre propietarios y arrendatarios—dice don Mariano Palarea—han sido siempre cordialísimas y aun lo son, á pesar de que las predicaciones antirreligiosas y socialistas han empezado á hacer alguna huella. Los arriendos pueden considerarse de duración ilimitada, puesto que pagando la renta al vencer, se conceptúa tácitamente prorrogado por otro año, y así se van sucediendo unas á otras generaciones, porque el dueño respeta por regla general la distribución que al morir hacen los labradores entre sus hijos y herederos; disfrutan de completa libertad para el cultivo; algunos imponen la obligación de abonar «Pascua adehalas» (un pequeño obsequio en frutos), ó cultivar algún árbol de recreo ó un pequeño trozo de tierra, cuyos productos son para el dueño; pero son los menos.

Lo que sí suele hacerse más es pactar sobre los beneficios que puedan tener las tierras al terminar el contrato; pues aunque la mala fe es rarísima—sigue el Sr. Palarea,—ha solido darse el caso de poner el labrador la tierra de viveros, flores ó plantas de mucho aprecio, cuyo coste de plantación es insignificante, con lo que se ha quedado la tierra *secuestrada* para el dueño, pues ni el labrador le ha pagado su renta, bajo pretexto de que no tiene dónde cobrársela, ni ha podido despedir-

lo, so pena de tener que abonarle el importe de los aprecios, que valen en ocasiones tanto como la tierra.

En Málaga, los arriendos son diversiformes; duran, por lo general, un año, que empieza y acaba en San Miguel; otras veces duran dos ó más años, salvo venta; otras veces se constituye la aparcería, etc.; pero siempre en condiciones que el pequeño labrador no pasa de jornalero, sin opción á manutención. Exceptúanse algunas fincas de aristócratas, que ni las conocen, y se arriendan á labradores, ó mejor dicho, industriales, que las explotan con provecho, subarrendando á su vez á colonos menores ó labrándolas por sí con beneficio seguro si tienen bastante capital.

En Albacete, los arriendos duran de cinco años en adelante, pagándose al propietario la mitad de los productos obtenidos de la cosecha; cuando la tierra es de riego (que es la menor parte), la simiente se pone la mitad por el propietario y la otra por el colono, como igualmente los abonos. Si la tierra es de secano, se suelen dar para viñas, arrendándose por seis años con los hoyos hechos, percibiendo el colono el producto durante el arriendo, y quedando la propiedad para el dueño, pasado el término sin pagar renta alguna. Si la tierra es peor por estar distanciada de la población, entonces el plazo de arriendo es más corto, y se queda al cabo del mismo con la mitad el dueño, también sin pago de renta.

En lo relativo á los montes, que es la riqueza mayor, produciendo un rédito de 10 á 15 por 100, se distribuye el importe de la recolección, bien abonando una cantidad de diez reales como jornal, ó bien abonando un real por arroba de producto recogido, que es lo más general. La forma de los arriendos en la vega granadina es en metálico, variando el precio del marjal (unidad para las tierras de riego, de cabida cinco áreas veintiocho centiáreas) entre cinco y veinte pesetas por anualidad. Así suelen ser los arriendos en el resto de la provincia, pero casi siempre labran los propietarios. En las tierras de secano el pago se hace en especie; y aunque con exac-

titud no puede precisarse la cantidad correspondiente á la unidad superficial, puede asegurarse que no pasa del tipo usado en término de Granada y pueblos de la vega, que suele ser de «cuartillo de trigo por fanega de tierra».

En la región llamada «Los Montes», partido judicial de Iznalloz, se usa el sistema llamado del *quinto*, ó sea la quinta parte de la cosecha en especie, y en algunos puntos la *medianería*, ó labor á medias entre el arrendatario y el propietario, poniendo éste la finca y mitad de los gastos de cultivo, y el labrador su trabajo y la otra mitad de los gastos.

Hay muchos casos en las grandes propiedades en que se dan parcelas á censo, pagando un canon anual vario según el terreno. La duración de los contratos suele ser ilimitada, pero con obligación de despedirse ó ser despedido con un año de antelación. Otras veces los arriendos se hacen por plazo fijo, casi siempre de cuatro años. Las condiciones que los constituyen son muy variables, dependiendo de la naturaleza y destino de la finca, circunstancias locales, personales, etc.; pero en todos los casos existe una, la de las mejoras, regida en la vega de Granada por un mal llamado reglamento de mejoras, mediante el cual el propietario de la finca ó el labrador entrante tiene que pagar al saliente los abonos que los frutos recolectados no hubiesen consumido; arbolado nuevo, cercas y demás mejoras que la finca haya recibido en el arriendo anterior. Es costumbre generalizada la de reservarse el propietario el aprovechamiento del olivo en las fincas que lo contienen y arrendar únicamente el suelo.

Cuando las tierras de olivar son de mala calidad hay costumbre de cederlas gratuitamente para que la labor de su suelo beneficie al olivo. Por cinco años se constituyen los arriendos en Badajoz, pagándose la renta en dinero, que ó es fija ó equivalente á la producción media. A plazo corto se establecen los arriendos en la provincia de Jaén: el más largo suele ser de seis años; se pagan las rentas por San Miguel, las de huerta en dinero, y las de las demás tierras de labor en Santa María

de Agosto, y por dos ó tres hojas de las que siembran, una y otra dejan de barbecho, ó bien siembran una, barbechan otra y dejan otra de rastrojo.

Como resumen de lo expuesto, hemos de añadir que el arriendo á plazo corto es lo general en el Mediodía de España; que en aquellas regiones que como Murcia, por ejemplo, se hacen á más largo plazo, la prosperidad es mayor; que la forma de medianería existente en la vega de Granada es una fórmula de conciliación y armonía que, en mi sentir, debería establecerse siempre que fuese posible; que es también muy aceptable la existente en Albacete para las tierras de secano que se dan para viñas; que el subarriendo no suele beneficiar á la tierra, puesto que se busca un provecho exclusivo sin preocuparse de que se mejore ó empeore la condición de aquélla; que la manera principal de hacer más beneficioso el arriendo es constituyéndolo por largos plazos de diez años, como mínimum, y luego de duración ilimitada; pasado ese tiempo, si no se avisase por uno ú otro, con la debida anticipación de medio año, por ejemplo, que las rentas sean proporcionales siempre á las cosechas recogidas, única fórmula de armonizar de verdad los intereses de propietarios y colonos, cuya cuantía no puede fijarse en términos generales por las dificultades y especialidades propias de cada caso, y que, en una palabra, se fijen con claridad todas las condiciones, para evitar dudas y cuestiones que pudieran surgir.

Así, y con premios que habrían de pagarse á los que realizasen mejores contratos de arriendo bajo las bases indicadas, es casi seguro que mejoraría la condición de los colonos, y se haría más productiva á la tierra al establecer una compatibilidad perfecta entre los intereses de los propietarios y de los arrendatarios, que es lo que en suma constituye la dificultad principal de este problema, y lo que se debe tender á encontrar con todas las fuerzas posibles, como medio de prosperidad de ambas clases y de la agricultura.

LA PROPIEDAD DEL SUELO

Nada más controvertido ni que haya sido objeto de más vivas discusiones existe que la propiedad territorial. Desde los que niegan su legitimidad, hasta los que la reconocen en toda su amplitud consintiendo su disfrute sin ningún género de limitaciones, hay una gran variedad de matices y opiniones. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que la clase de propiedad más discutida ha sido la del suelo. La propiedad mueble se reconoce como legítima más fácilmente, pero en la inmueble no sucede lo mismo.

El hecho de que se distribuyan unos cuantos la superficie del planeta y de él se hagan propietarios es tan vivo y tan duro quizá, que las protestas de los desposeídos encuentran por ello su razón natural. Es cierto que se dice (y yo estoy conforme con ello) que la tierra, siendo objeto de propiedad, presta más utilidad, mayor aún á aquellos que no son sus dueños, que si careciese de ellos; pero aunque así sea, y reconozco que lo es, no debe extremarse aquella serie de condiciones que se han estimado por algunos como características del derecho de propiedad, exclusión, disfrute abusivo, libertad sin limitaciones, etcétera; porque entonces las consecuencias son fatales, toda vez que, entendido así el goce de la propiedad, origina como consecuencia un enorme perjuicio social, que hemos de poner por encima del más alto y sagrado derecho propio individual, respetable siempre, igual á otro de su misma clase, pero desde luego inferior á los intereses de la sociedad, toda vez que ésta le permite el disfrute y goce de aquel derecho.

En Andalucía se presenta el problema social precisamente por hallarse concentrada la propiedad en unas cuantas manos, y privados de ella un inmenso número; y aparte de esto—que tiene su más apropiado examen en el apartado que se dedica á la división de la propiedad,—en la manera de reconocerse y disfrutarse el repetido derecho, manera no distinta

de la usada en el resto de la Península, pero agravado el mal por la concentración de los capitales. Se necesita que las leyes intervengan; se precisan leyes agrarias que remedien los males existentes; en suma, que el Estado regule el disfrute en toda clase de casos y condiciones. Las leyes agrarias—dice Sanz Escartín—han alterado más en Inglaterra la propiedad y el libre contrato que la revolución francesa.

El propietario no puede expulsar al colono sino mediante una indemnización tan grande que anula su derecho, ni puede fijar el precio del arriendo, que lo hacen los tribunales. Principios hermosos sentados por la intervención justa del Estado en el orden económico, y que demuestran que los beneficios sociales se alcanzan con ella, no por la libertad entendida como algunos la entienden, toda vez que siendo absoluta, es decir, no siendo verdadera libertad, se llega al absurdo de justificar con ella la existencia de la esclavitud en América, servidumbre en Rusia y extensos terrenos yermos en nuestra patria. Y es que en este punto, como en todos, aparece en pugna el interés individual con el social. Nosotros, siempre partidarios del último, como superior que es al primero, hemos de afirmar que, siendo la propiedad de derecho natural en cualquiera de sus clases, como precisa para la existencia del individuo, entendemos no debe esto confundirse con la forma de su apropiación, que sólo descansa en las leyes positivas.

Pero aún hay que sentar otro fundamental jalón en cuanto á nuestras ideas sobre la propiedad en general, perfectamente aplicables á la del suelo, por consiguiente: y es que sólo el trabajo la legitima y que el producto del mismo es natural é imprescriptible en su esencia, aunque las formas de su aprovechamiento puedan variar.

Si la tierra no se trabaja, la expropiación debe realizarse, porque los perjuicios sociales son evidentes y el interés común reclama la cooperación de todos los ciudadanos á la obra social. El impuesto sobre las herencias que se refieran á inmuebles debe ser fuerte cuando se trate de grandes extensiones, y

pequeño cuando lo sean de esta clase; única manera de ir consiguiendo reducir el desequilibro social que en cuanto á la riqueza existe, etc., etc. En cuanto al sistema de dar el Estado sus tierras á largas enfiteusis, que considera estimable el Sr. Sanz Escartín, no podemos menos de estar conformes, puesto que se favorece á muchos sin perjuicio para nadie.

El Estado debería regular hasta las divisiones de la propiedad para que no llegaran á ser excesivas, teniendo para ello en cuenta el lugar, terreno, condiciones, etc., etc. No olvidemos que el problema de la distribución de la riqueza no consiste sólo en repartirla bien, sino en organizar la sociedad (1) de forma que el capital sea un auxiliar del trabajo, no un tirano, y que según la laboriosidad y honradez se retribuya; todo lo que sólo puede conseguirse con una reglamentación adecuada del disfrute y régimen de la propiedad territorial en cuanto á esta fuente de riqueza ahora nos referimos.

Que la propiedad absoluta del suelo no puede admitirse, y permítasenos que insistamos en este punto, es tan claro que con sólo dos líneas del libro del Sr. Sanz Escartín *El Socialismo del Estado* quedará plenamente probado. Una vez ocupada toda la tierra, dictada aquella afirmación, los demás deberán resignarse á morir por verse privados de ella, y hasta los mismos dones naturales, aire, agua, etc., según aquel modo de pensar, podrán hacerse objeto de un corto disfrute.

Véase cómo se robustece nuestra teoría de la necesidad de regular y limitar siempre la propiedad á compás de las necesidades sociales. Por si esto fuera poco, hemos de añadir algo muy interesante y que también apunta el eminente sociólogo citado, y es que la tierra aumenta por sí sola de valor á causa del progreso, medios de locomoción, etc., sin necesidad del trabajo individual; es decir, que tiene, pues, un valor social, lo que no debe perderse de vista cuando se trate de imponer las

(1) Vega Rey: *Pobreza y mendicidad*, ob. cit.

limitaciones por el interés de la sociedad. El «dejad hacer», como sostiene D. Antonio Cánovas en sus *Problemas contemporáneos*, nada resuelve, y todos los partidos deben preocuparse de la cuestión social, no perdiendo de vista que la propiedad es siempre la base de las sociedades; pero considerada en esencia y sin llegar por mi parte á la afirmación que dicho insigne estadista hacía en su obra *El socialismo en 1848*, cuando, al declararse individualista, sostenía que la sociedad es para el hombre, en el sentido de anteponer el interés de éste al de aquélla, puesto que lo contrario es la teoría verdadera, según nuestro modo de pensar.

La idea que sustenta D. Justo Fornovi, de la venta de los montes del Estado á los pobres, que lo pagarían en veinte años si su precio pasase de 4.000 pesetas ó en diez si no llegase á esa cifra, tiene íntima conexión con la materia de este trabajo, puesto que de la propiedad del suelo se trata, aunque el dueño sea el Estado. La encontramos aceptable en parte; es decir, que podría hacerse, siempre y cuando no se creyese conveniente conservar en poder del Estado la riqueza que aquéllos significan, por razón del arbolado, maderas, aprovechamientos de cualquier índole, etc., etc. Aquí se ve ya una limitación á nombre del interés social, lo que no me cansaré de repetir porque es perfectamente lógico que así suceda.

El hombre solo—dice D. Nicomedes Pastor Díaz en el *Problema del Socialismo*—no tendría propiedad, ó sería dueño de todo ó de nada: para que la propiedad nazca, que es limitación de facultades sobre lo que uno posee, es menester que haya asociación.

En la vida individual sólo se concibe posesión y fuerza. Para que exista el reconocimiento de un derecho es necesaria la sociedad; luego, consecuencia, la propiedad es primeramente social; y como ocurre que el trabajo, fuente de ella, lo es también, porque sin sociedad faltaría suelo, morada, instrumentos, capital, etc., puesto que un hombre solo no puede ocupar un territorio, ni abrir una vía de comunicación, ni si-

quiera derribar un tronco de árbol, patentiza claramente dicha cualidad de social.

Por todo ello encuentro posible y justo que el Estado, si existiese un Código territorial como el ideado por D. Buenaventura Agulló, pueda ordenar la venta forzosa de las tierras incultas, así como aquellas cuyo dueño no se acredite durante cinco años, é igualmente las que, estando situadas á gran distancia, no se arrienden á un cultivador próximo. Si el Estado en Andalucía, digo yo, haciendo aplicación de la idea expuesta por el Sr. Frías en su obra *El Socialismo*, se incauta de las tierras que se hallan, por ejemplo, en las condiciones enumeradas, indemnizando á los propietarios y cobrándole al cultivador la décima parte de lo que antes pagaba, ¿no es seguro que se trabajaría mucho más? Y vuelvo á repetir que el derecho de propiedad, á pesar de lo dicho, cuando se funda en el trabajo, como observa D. Miguel Poole en su *Fundamento del derecho de propiedad*, es preciso para el perfeccionamiento social, como lo es la propiedad de la tierra para la felicidad de la Nación y su desaparición la ruina, como se comprueba observando, como lo hace muy acertadamente D. Claudio Moyano en su obra *Cuestión social*, al notar que en Asia no hay propiedad casi y, siendo muy fértil la tierra, se encuentra en estado bárbaro, señalando el trabajo y cultivo eficaz como lo más importante; probado á su vez con el contrario ejemplo que cita de Holanda D. Gumersindo de Azcárate en su precioso libro *Resumen de un debate sobre el problema social*, sostiene que la propiedad no se legitima por la ocupación, sino por el trabajo, por lo que, cuando no se cultiva, afirma con sobrada razón que debe suprimirse aquel derecho.

En la información social de 1884 se consignaban como temas la proporción entre la superficie cultivada, monte y erial en cada provincia, forma de los cultivos, etc. En resumen de lo expuesto, diremos que la esencia de la propiedad es inmutable; que la forma ha variado, transformándose en los últimos cincuenta años por causa de las doctrinas desamortizadoras;

que las limitaciones que al indicado derecho se impongan á nombre del interés social son siempre justas y necesarias; que, por lo tanto, es preciso que las leyes intervengan señalando el modo de disfrute y los casos en que pueden ser expropiadas, y en suma, que el reconocimiento absoluto del derecho de propiedad es un absurdo que pugna con los fundamentos capitales en que se encuentran las sociedades todas.

Hechas estas indicaciones generales sobre la manera de entender nosotros el derecho á la propiedad del suelo, vamos á hacer algunas otras sobre una clase de importancia de la misma: nos referimos á la propiedad comunal. D. Gervasio González Linares sostiene, en su libro titulado *Mejoramiento de la clase obrera*, que las instituciones comunales son la vida de la Agricultura.

El Sr. Frías, en su obra ya citada de *El Socialismo* y con referencia á Sanz y Escartín, dice: que en España aun subsisten en regiones montuosas vestigios de comunidad, mediante la cual los servicios públicos eran perfectos y la tierra y el ganado daban los mayores rendimientos posibles, porque la asistencia mutua alivia la miseria, lo que no puede conseguirse por la acción individual.

En Rusia, esta forma de constitución es la regla general, como se comprueba por la existencia del *Mir* ó Municipio, mediante el que, según el Sr. Montero Ríos, y por ser la propiedad colectiva ó comunal, se disminuyen los peligros del problema social; y hay que notar que es individualista. D. Fermín Caballero no es partidario de las propiedades comunales, porque, según él, se fomenta la holgazanería, originándose muchos delitos y dando ocasión á que el rico pueda abusar de su superioridad, atribuyendo como una de las causas de postración de la agricultura á la ley desamortizadora de 1820, que dispuso el repartimiento de los baldíos y propios á los vecinos de los pueblos, y á la exceptuación de venta de las dehesas boyales; afirmación con la que no estamos conformes por las razones que más adelante diremos. D. Manuel Troyano no es

partidario de que desaparezcan las dehesas comunales andaluzas, sino de que se administren mejor, puesto que cree, y con razón, que siempre existirá una considerable masa de seres á los que no alcanzarían los repartos que de las propiedades se hiciesen, teniendo en eso el mal precisamente su raíz.

También el Sr. Sanz Escartín defiende la existencia de la propiedad de los bosques comunes. Nosotros no podemos menos de declararnos partidarios de la conservación de las dehesas boyales y propiedades comunales donde ellas existan, y la razón es sencilla—ya lo dice el Sr. Sanz Escartín:—siempre existirán desposeídos sin medios para hacerse dueños; pues bien: éstos encontrarán en las dehesas boyales, por ejemplo, medios fáciles de vida, como ha tenido ocasión de observar el autor en la provincia de Badajoz, puesto que con una ó dos cabezas de ganado que posean logran mantenerlas sin coste en la dehesa, aprovecharse de los estiércoles y, en suma, mantener un elemento de riqueza ó, por lo menos, de sostenimiento de un considerable número de seres humanos, sin coste alguno; lo mismo podemos decir de los bosques comunes, en que se hagan cortas periódicas y se aprovechen de la madera, etc., que de cualquiera otra clase de propiedad comunal.

Que fomente la holgazanería la existencia de esta propiedad no creo que sea exacto siempre; por lo menos, repito que constituye la ocupación y el modo de vivir del que nada tiene; y en cuanto á que el rico pueda abusar, creo que más facilidades hallara para ello si las propiedades comunales no existiesen, puesto que entonces un gran número de personas serían privadas de condiciones de vida, que habrían de solicitar de los poderosos, que, naturalmente, en este caso podrían con más razón abusar. Hablemos ahora concretamente de lo expuesto acerca de estos dos puntos con relación al Mediodía de España.

En Jaén no son cordiales las relaciones de los propietarios y obreros del campo, porque los patronos se aprovechan de la escasez del trabajo, y, queriendo sacar mucho á la propiedad,

pagan poco jornal; y si protestan de lo mezquino que es, traen obreros de otros pueblos, originándose choques entre los de las diferentes localidades. En Badajoz, las relaciones son entre ambas clases, en general, buenas: los propietarios no abusan de su posición como en otras partes. Los propietarios de Albacete se hallan en buenas relaciones con sus obreros, sobre todo aquellos que lo son en pequeña escala, y siendo mejores á proporción del mayor ó menor trato que tienen con ellos.

También suelen ser amistosas en Almería, debido á que en esta región el propietario rara vez labra por su cuenta, y casi siempre arrienda. No sucede lo mismo en Málaga, sino todo lo contrario, pudiendo asegurarse que existe mutuo odio entre ambas clases. En Granada son, en general, cordiales las relaciones, excepto en algunos puntos, donde una Sociedad de elementos republicanos y socialistas, establecida en la capital y con ramificaciones en los pueblos, crea situaciones de discordia entre obreros, colonos y propietarios. Cordiales en extremo son las relaciones que sostienen los propietarios con los obreros en la huerta murciana, hasta el punto de que el amo (1) ejerce cerca de los labradores una especie de protectorado, acudiendo á él siempre que han de practicar alguna diligencia en Centros, oficinas, etc., y participan de sus alegrías y tristezas.

Nos hemos fijado en el estado de las relaciones entre patronos y obreros, y, aunque en general hemos visto que son cordiales, casi puede asegurarse que es debido á la resignación de los últimos más que á la completa conformidad y satisfacción con el género de vida que llevan. Las propiedades comunales en el Mediodía de España existen principalmente en la provincia de Badajoz, mediante las cuales se logra un considerable alivio para las clases desposeídas.

---

(1) Emplean esta palabra no como señal de servidumbre, sino de cariñoso protector.

EL SALARIO

Estudiemos este importantísimo dato para el estudio que tratamos de realizar, toda vez que constituye un fundamental jalón del mismo.

Bajo el nombre de salario, ó más propiamente de jornal, se designa lo cantidad ó estipendio que por su trabajo realiza el obrero del campo ó cualquiera otro, casi siempre escaso para las múltiples necesidades que hoy la vida exige, á pesar de su notoria elevación con relación á tiempos pasados; se alega siempre por el propietario que lo paga la imposibilidad de subirlo, á menos de abandonar la explotación. Otras veces, fundándose en las teorías económicas, afirman que no se comete abuso alguno pagándose el jornal, aunque sea mínimo, que las leyes de aquel orden determinen.

Oigamos opiniones autorizadas sobre este extremo, y con ellas y las contestaciones recibidas á mi cuestionario, tendremos apoyo firme en que sustentar algunas conclusiones. Sanz Escartín sostiene que el trabajo del obrero no puede ser equiparado al de cualquiera otra mercancía, y que no se encuentra como aquéllas sometido en absoluto á las leyes de la oferta y el pedido, toda vez que el trabajo se presenta en el mercado sin ser pedido, y dándose el caso, bien diferente por cierto, de que mientras el productor puede aumentar ó disminuir su producción, el obrero pobre, por fuerza ha de ofrecer siempre su mercancía-trabajo independientemente de las necesidades del momento, siendo necesario, para poder trabajar, contentarse con un pequeño salario.

Al imponerse al obrero el trabajo en estas condiciones, se adquiere por el propietario una decisiva influencia sobre la salud, la situación económica y aun la vida misma del trabajador. El Estado debe intervenir en los contratos que entre unos y otros se celebren, debiendo implantarse el seguro obligatorio de modo parecido á como existe en Alemania, Austria y Suiza.

D. Antonio Cánovas, en su obra *Cuestión social*, decía que sólo el salario por mutuo acuerdo establecido puede dar buenos resultados.

El Sr. Moret, en un libro ó Memoria que se titula *Perjuicios del proteccionismo para la clase obrera*, sostenía que el último disminuye el capital, mata el salario y perjudica al obrero; que la concurrencia no quita seguridad, sino que la da por la ley de solidaridad que existe entre toda la humanidad, y que hace se remedien las deficiencias ó males existentes en un punto, acudiendo con los existentes en otro. También decía que no aumentaba los salarios el sistema protector, porque aun cuando en una industria sujeta á monopolio pudiera hacerlo, era á costa del encarecimiento de los productos que los obreros habían de consumir, de donde resulta perjuicio para todos y para el país, mientras que la libertad hace que, abaratando los productos, se satisfagan más necesidades y se viva mejor; y de todo ello deducía que por eso no es hoy mala su condición y que el progreso les ha favorecido, como igualmente la multiplicación de capitales.

Sin embargo, yo disiento en absoluto de estas afirmaciones, que son, como tantas otras del mismo pensador, un verdadero espejismo, ensueños de su ardorosa fantasía, completamente fuera de la realidad, que nos enseña todos los días, y hoy más que nunca, que la libre concurrencia es precisamente una de las causas del malestar del obrero, y que la absoluta libertad que hoy disfruta el capitalista es causa del abuso que realiza con el trabajador, cuya condición, por otra parte, no es buena ni mucho menos, como parece dar á entender el Sr. Moret. D. Melitón Martín consigna en su obra *El Trabajo*, tantas veces citada, que el bracero agrícola norteamericano gana de 10 á 12 pesetas y media, por lo cual viste y come bien, reza y se divierte y aun puede ahorrar la cuarta parte de su jornal, aunque tenga mujer y dos ó tres hijos.

No quiero establecer comparación con el de España, porque resultaría verdaderamente ridícula. Y es que no se quieren

convencer los propietarios que el obrero tiene derecho al salario *bastante* para sus necesidades.

D. Pedro Antonio Armengol, en su precioso libro *La participación de los beneficios*, dice que el patrono no debe mirar al obrero como una máquina; y después de hacer un perfecto análisis del trabajo según el coste de producción, oferta y demanda, abundancia, utilidad, cualidades del obrero, costumbres locales, etc., afirma que el salario necesario es el familiar, porque lo natural es casarse y tener hijos. El Sr. Salcedo y Ruiz, al mismo tiempo que sostiene que si el pobre de hoy vive con más comodidad que el de hace siglos, padece más porque echa de menos las comodidades de que se halla privado, afirma que en las labores agrícolas los salarios son ridículos y mezquinos, no teniendo la nota de suficientes que recomienda León XIII en su famosa Encíclica. Que en Andalucía su tipo medio es inferior á una peseta; y que si á esto se añade que por lo general duermen en cuadras ó establos sobre un petate y que el peor tocino, carne y garbanzos que se hallan á la redonda sirve para los tres cocidos que constituyen su alimentación, inferior desde luego á la de los cuarteles, tendremos ya una poderosa causa de la ruina de la agricultura.

No le demos vueltas: para justificar la tiranía diremos nosotros, siguiendo á Cos Gayón, no hay Economía política que valga; porque la dignidad del hombre, el pudor de la mujer y los deberes de humanidad para con el niño, están antes que todos los dogmas de producción, cambios, consumo, etc. Don Evaristo Casariego, en su libro *Cuestión social* (1), dice que el jornal debe ser según las horas de trabajo y que los destajos deben prohibirse; idea con la que coincide el Sr. Cos Gayón, si bien reconoce que en particular podría ocasionar perjuicios á algunas industrias, lo mismo que si se preceptuase en absoluto el límite de ocho horas de trabajo. D. Narciso Gay,

(1) Afirma que el Estado no puede intervenir en el orden económico para resolverla, sino sólo en el moral.

en otro libro que también titula *Cuestión social,* niega al Estado la posibilidad de fijar el salario y se declara partidario de la libertad y concurrencia, excluyendo toda intervención. Teorías anticuadas, cuya práctica ha originado todos los males que presenciamos.

Finalmente, y para robustecer más nuestra opinión de la escasez de los salarios, basta con consignar que el Sr. D. Isidro Benito Lapeña, al contestar el cuestionario de 1884, decía con referencia á la provincia de Avila, donde los salarios son muy superiores á los de Andalucía, que era mala la condición económica del obrero del campo, que á veces por inconcebibles ahorros llegaba á hacerse pequeñísimo propietario, y que el salario no basta más que medianamente á sus necesidades.

No es necesario que insistamos más, puesto que inmediatamente vamos á insertar el precio de los jornales por regiones del Mediodía de España, juntamente con las opiniones que los propietarios tienen acerca de la posibilidad de su elevación, todo según contestaciones recibidas á mi cuestionario.

El precio medio en Jaén es de 1,75 pesetas, siendo el menor de 1,25 en invierno, y variando entre 8, 9 y aun 10 reales como máximum. De esta región se me ha dicho que el propietario no puede pagar más por la contribución, y que el obrero no puede vivir con aquél por los consumos; de forma que únicamente de la rebaja de la contribución puede esperarse la mejora de la condición del obrero, cuyo jornal no puede elevarse.

El término medio del jornal en Albacete son 2 pesetas, 1,50 en invierno y 2,50 en verano, y no se cree posible la elevación de los mismos. En Badajoz el jornal medio es de una peseta. Aquí sí se cree posible la elevación. 1,50 pesetas en el invierno y 1,75 en verano, es el jornal de los obreros del campo en Almería, los que no pueden elevarse á causa de lo escaso de las cosechas, bajo precio que tienen en el extranjero, considerables gastos de transporte, etc. Los obreros malagueños del campo ganan 1,75 pesetas de jornal, el que es susceptible

de elevación, si bien acudiendo, dice D. Elicio Marín, á procedimientos inadmisibles, como la *tasa* de los artículos de primera necesidad, pues de lo contrario, al elevarse el jornal, elevándose el precio de aquéllos, nada se conseguiría, razón por la que, á su juicio, es necesaria una verdadera transformación de la Administración pública que redunde en beneficio del contribuyente.

Los obreros del campo en Granada ganan un jornal de 1,50 pesetas, término medio, que no es posible aumentar á causa de la excesiva contribución territorial y de cultivo, pudiendo únicamente mejorarse su condición económica rebajándose el precio de los artículos de primera necesidad suprimiendo el impuesto de consumos.

En Murcia el jornal medio es de 6 á 7 reales en invierno y de 8 á 9 en verano; y como de elevarse sería una cantidad insignificante que no resolvería ningún problema, ó en otro caso sería perjudicial su elevación á la clase consumidora, no puede hacerse alteración alguna. Estas son las contestaciones á tan interesante punto; ahora es preciso hacer notar que están dadas por propietarios que, aunque imparciales, nunca dejan de serlo de aquella clase, y, por consiguiente, no reflejan exactamente el estado social y posibilidad de mejora de la otra clase.

Concretando lo expuesto en este capítulo, diremos que el jornal no debe ser nunca inferior á 2,50 pesetas diarias, cantidad absolutamente indispensable para poder medio vivir el obrero con dos ó tres de familia, y jornal que ha de pagarse independientemente de lo que las *leyes económicas* impongan; segundo, que no puede ir equiparado el trabajo del obrero al precio de cualquier mercancía; tercero, que el Estado debe subvenir en los contratos que entre los propietarios y los obreras se celebren, marcando y regulando en las leyes las condiciones en que haya de realizarse, para evitar abusos que de cualquiera de las partes puedan producirse; cuarto, que deberá establecerse por el Estado el seguro obligatorio; quinto,

que el régimen de la libre concurrencia perjudica, lejos de favorecer, al obrero; sexto, que los salarios que se pagan son deficientes en casi todo el Mediodía; séptimo, que debe procurarse la rebaja de las contribuciones y supresión del impuesto de consumos, como uno de los medios, no el único, de procurar la elevación de aquélla; y octavo, que debe ser *suficiente* siempre á las necesidades que impone la vida á todo sér humano.

Enrique Sánchez Pastor

INFLUENCIA ESPAÑOLA SOBRE LA LITERATURA INGLESA

III

LAS CRÓNICAS, HISTORIAS Y RECUERDOS DE AVENTURAS PERSONALES

El español es y ha sido siempre, en su personalidad, el más independiente de todos los europeos. El incidente de la pobreza ó de la posición inferior de su patria no depende, según el sentir de la mayoría de los españoles afectados por ella, de ninguna inferioridad personal de parte suya; y por muchos cambios, político ó social, que puedan haberse efectuado en el país, nunca sufre ni sufrirá cambio alguno el principio fundamental de la ética española; á saber: que un hombre libre es tan bueno como otro á los ojos de un poder supremo, bastante grande y sagrado para empequeñecer todas las distinciones inferiores, mientras que cada individuo, noble ó plebeyo, rico ó pobre, atrae en cierto modo sobre sí mismo las miradas admirativas de su Creador. Este altivo misticismo, y la convicción de la centralización individual natural á los celto ibéricos, fué robustecida en gran manera por los dilatados siglos de la reconquista sobre los moros, que debió su principal ímpetu y fuerza al incentivo eclesiástico, que impulsaba á los cristianos hacia adelante con la idea de que eran el pueblo escogido para vencer á los enemigos de Dios y de su Evangelio. Cuando el rey Alfonso X en el siglo XIII convocó á su alrededor á los sa-

bios y escritores del país para formar una literatura en la lengua castellana, y cuando después el pueblo español fué atacado de una fiebre de producción literaria, á imitación de su rey, no es sorprendente, como lo parece á primera vista, que la historia en el idioma castellano tomase una forma más íntimamente relacionada con los hechos y la personalidad del soberano, de lo que ocurría en cualquier otro país europeo. Aun antes de la época de Alfonso el Sabio, su padre había ordenado á Ximénez de la Rada, arzobispo de Toledo, que escribiese en castellano su *Historia de los reyes godos;* y el material para el libro fué sacado indudablemente de los recuerdos oficiales conservados, por orden de los reyes mismos, por los eclesiásticos. Pero cuando Alfonso el Sabio llevó á cabo su tarea de compilar una *Historia de España* hasta su propio advenimiento, rompió con una tradición que hasta esa época había sido universal; á saber: que los recuerdos de los acontecimientos deben ser escritos por clérigos, en su mayoría frailes. Desde entonces los cronistas de los reyes españoles fueron altos oficiales de palacio, con la categoría de cancilleres, caballeros y nobles, que tomaron parte activa en las escenas conmovedoras que recordaban.

¡De cuán diferente manera recordaría la historia de su época un noble lego literario en una corte erudita, que un fraile en su celda, atenido á mamotretos antiguos, diarios oficiales y recuerdos personales para su información! Hojead por un momento las crónicas y primitivas historias de nuestro país, y ved cuán grande es la diferencia entre las dos clases de historiadores. Tomad la llamada *Crónica sajona*, cuya parte principal fué escrita en el siglo x. Allí se menciona incidentalmente al rey, como es natural, porque era la persona más importante del reinado; pero los acontecimientos de la *Crónica* no se agrupan en manera alguna alrededor de la personalidad del rey. Al azar he traducido de la *Crónica sajona* los inventarios de cinco años sucesivos, que explicarán la distinción.

829. Este año murió el arzobispo Wulfredo, y el abad Fo-

logildo fué escogido después para la Sede el 25 de Abril, y consagrado el sábado 11 de Junio. El 13 de Agosto murió.

830. Este año Coelnoth fué elegido arzobispo á la muerte del abad Fologildo.

831. Este año el arzobispo Coelnoth recibió el palio.

832. Este año los paganos asolaron la isla de Sheppy.

833. Este año peleó el rey Egberto con treinta y cinco piratas en Chartmouth, donde se hizo una gran matanza, y los daneses quedaron dueños del campo. Dos obispos, Hereford y Wigan, y dos regidos, Dudda y Omond, murieron en este año.

Cualquiera comprenderá, á la primera ojeada, que un eclesiástico ha escrito esto, y que las acciones personales del rey no son el punto central de la historia. Tomad otros dos cronistas monásticos ingleses muy primitivos, Gilda y Beda. Aunque el último se adelantó á su época y, en realidad, había concebido la idea de escribir una narración más amplia que resumiese los recuerdos del monasterio, y aunque refiere los actos de los reyes cuando van intercalados en su historia, su crónica se ocupa mucho más de asuntos religiosos que de aventuras regias, mientras que la de Gilda está casi limitada á materias eclesiásticas. Es cierto que los dos cronistas del siglo XII, Godofredo de Mommouth y Guillermo de Malmesbury, escribieron crónicas de reyes. Pero la *Historia Britonum*, de Godofredo de Mommouth, era simplemente una traducción de un antiguo libro galo ó celta, escrito bajo la dominación romana de Bretaña; y el carácter de los bretones indígenas era como el de los españoles, á quienes eran afines, místicamente devoto de un soberano religiosamente santificado, completamente distinto de la idea sajona y normanda de un jefe militar dominado por el consentimiento de los nobles armados. Guillermo de Malmesbury, que escribió sus *Gesta regum Anglorum* hacia 1135, y se fundó para la mayoría de sus hechos de los tiempos primitivos en narradores anteriores, fué un hombre de genio que, como Beda (á quien copió), trató de escribir una historia

verdadera de todos los tiempos; y este era indudablemente el medio más conveniente de contar sus acontecimientos nacionales por reinados de reyes. Pero aun él no convierte en el punto central las aventuras ó acciones personales del rey, y constantemente se aparta del rey para contar algún cuento legendario ó profecía antigua, para dar un relato de San Dunstan, para describir la gran abadía de Glastombury, y para copiar antiguos manuscritos monásticos. Estos cronistas nos remontan casi á la época en que la verdadera crónica regia arraigó en España. Más adelante veremos cómo los cronistas ingleses del siglo XIV y siguientes estuvieron influídos, á mi juicio, por la crónica más directamente personal y heroica de los actos de los soberanos como el punto central de la narración histórica, que estaba tan de moda en España dos siglos después de la época de Alfonso el Sabio.

El plan grandioso, pero impracticable, de Alfonso, de escribir una historia universal desde la creación hasta su época, subsiste principalmente como un monumento de la magnitud de su ambición, porque no existía ningún material digno de confianza para su realización; pero su *Historia de España* fué una atentiva realmente estimable para llevar á cabo una fiel compilación de acontecimientos. En la compilación de ese libro, á instancias de un soberano, los autores buscaron, naturalmente, sus informaciones en los archivos de palacio, ya en el original, ya en los escritos de anteriores compiladores que les eran accesibles. Sabemos, por la autoridad de otro cronista que vivió algunos años después y de quien hablaré ahora á la larga, que el rey Alfonso X, deseando que los hechos de los reyes anteriores á él fuesen reunidos, ordenó los documentos que habían de consultarse, y vió que los actos de los reyes, desde la venida de los godos hasta la caída de Don Rodrigo, el último rey godo, y desde Don Pelayo hasta Don Fernando, habían sido escritos en los libros de la Cámara privada (1). Estas

(1) Véase página 6, donde está restablecido en el texto original español este párrafo.—*N. del T.*

fuentes, junto con las tradiciones de corte y las recitaciones de juglares, proveyeron á Alfonso X el material de su primera crónica ó *Historia de España*. Es evidente que una historia sacada de tales fuentes debe necesariamente insistir en los rasgos heroicos y personales que tienen al monarca por principal figura: muy al contrario de la historia derivada de los recuerdos de un eclesiástico, donde se trataría con amplitud de los negocios y personajes eclesiásticos, y donde batallas, invenciones y ceremonias serían probablemente mencionadas con el soberano, como actor en ellas, pero donde el rey no sería seguido en su vida, día por día, como el centro al cual convergían los acontecimientos. Por consiguiente, al nacimiento de los escritos históricos españoles, éstos adoptaron una forma caballeresca, heroica y personal, completamente distinta de la de otros países. Fué otro ejemplo donde se notó la influencia del carácter celto-ibérico, místico y devoto, y otro nuevo retroceso á la tradición de los hebreos, de los persas y de los primitivos clásicos, que hacían al rey el centro de todo movimiento, como podéis ver por el Libro de los Reyes en la Biblia, y por las obras de Herodoto y Josefo. El ejemplo del rey sabio puso de moda en España la cultura; y príncipes y nobles compitieron entre sí, durante los siglos XIII y XIV, en escribir versos, tratados didácticos y series de apólogos, proverbios y sentencias, tales como las mencionadas en el capítulo anterior. Don Juan Manuel, el sobrino del rey, fué el mayor literato de su época; el hermano del rey, Don Fadrique, escribió varios libros; el hijo del rey sabio, Don Sancho el Bravo, escribió é inspiró las obras importantes que he mencionado; y en un período en que, al menos en Inglaterra, un caballero ó un noble desdeñaba el arte de leer y escribir como propio únicamente de un fraile, los aristócratas de España—no eclesiásticos—estaban ocupados en crear una literatura nacional. Aun en el otro reino español de Aragón, el sobrino de Alfonso el Sabio, el gran Jaime el Conquistador, fué atacado por la infección de la crónica regia, y es-

cribió un vigoroso y heroico recuerdo de su propio reinado.

Las crónicas de Don Juan Manuel son únicamente sumarios ó abreviaturas de la *Historia de España* de Alfonso; y se abandonó á la iniciativa de Alfonso XI (1297-1350), el biznieto del rey sabio, el continuar la compilación de las crónicas regias. Por vez primera nombró un cronista regio, un alto oficial noble de Estado con la categoría de canciller. El hombre nombrado fué, según todas las probabilidades, Fernán Sánchez de Tobar, y por orden del rey se encargó de escribir una historia de los reyes desde la muerte de San Fernando (1252), donde había terminado la crónica de Alfonso X, hasta su época; á saber: los reinados de Alfonso el Sabio; Sancho, su hijo; Fernando IV, su nieto, y el mismo Alfonso; en conjunto, unos ochenta años. Pueden citarse algunos breves capítulos de esta crónica y otras sucesivas para que podamos seguir el desarrollo ó, mejor dicho, la degeneración del estilo. La crónica escrita por Alfonso el Sabio había sido tersa é indudablemente sincera, con deseo de recordar las hazañas de los reyes por las fuentes oficiales ó dignas de crédito. Que ésta era todavía la influencia bajo la cual Sánchez de Tobar comenzó su obra á instancias de Alfonso XI, es evidente por el preámbulo de su crónica:

«Por muchas guisas é por muchas maneras los sabios que fueron en los tiempos pasados quisieron que las cosas que fueron falladas é passaron, se pudiesen saber, é por nobleza de si mesmos seyéndoles á los que eran de venir ejemplo, ficiéronlas escrebir, entendiendo que por esta guisa las podrían mejor saber los que viniesen en pos dellos é aquellos fechos fincarían guardados é durarían grandes tiempos. E así commo esto fueron fallados los saberes de la corte de la estrellería é las otras sciencias. E otrosí se falló commo vinieron los patriarcas é los profetas, é el advenimiento de Jesu Christo é las otras cosas que en la ley de Dios se contienen. E conviene que los fechos de los reyes que tienen lugar de Dios en la tierra sean fallados en scripto señaladamente de los reyes de Castilla é de Leon,

que por la ley de Dios é por acrescentamiento de la fe católica tomaron muchos trabajos é pusiéronse á grandes peligros en las lides que ovieron con los moros echándoles de España. E por esto el muy alto é muy honrado é muy bienaventurado Don Alfonso, por la gracia de Dios rey de Castilla, de Leon, de Toledo, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jahén, del Algarbe é de Algeciras, é Señor de Molina, aviendo voluntad que los fechos de los reyes que fueron ante que él fuesen fallados en scripto, mandó catar las corónicas é estorias antiguas. E falló scripto por corónicas en los libros de su cámara los fechos de los reyes que fueron en los tiempos pasados, reyes godos hasta el rey Rodrigo. E desde el rey Don Pelayo, que fué el primero rey de Leon, fasta el tiempo que finó el rey Don Fernando, que ganó á Sevilla é á Córdoba é á las villas del obispado de Jahén, é el regno de Murcia. E porque acaescieron muchos fechos en los tiempos de los reyes que fueron despues de aquel rey Don Fernando, los cuales no eran puestos en corónica, por ende este rey Don Alfonso, que es llamado Conqueridor, entendiendo que aquellos fechos fincaban en olvido, é porque fuesen sabidas las cosas que acaescieron en el tiempo del rey Don Alfonso su bisabuelo, el Sabio, é en tiempo del rey Don Fernando su padre, mandolas escribir en este libro, porque los que adelante vinieren sepan en commo pasaron las cosas en tiempo de los reyes sobredichos.»

Cuando Alfonso el Sabio se forzaba por ser elegido emperador del Occidente en 1275, dejó á su segundo hijo, Sancho, como regente durante su ausencia de España. El hijo mayor, Fernando, había muerto, dejando dos hijos, que se llamaban los infantes de la Cerda. Según la ley romana, estos niños eran los herederos de la corona; pero el principio electivo gótico y la tradición oriental de los derechos del miembro más antiguo sobreviviente de la familia estaban vigentes todavía; y Sancho, durante la ausencia de su padre, congregó á los nobles á su alrededor para pelear contra los moros, y logró su

apoyo para sus aspiraciones á la herencia. Así cuenta Sánchez de Tovar lo que ocurrió.

De como el Rey (es decir, Alfonso XI) vino del Imperio é del ayuntamiento que fizo sobre la demanda del Infante Don Sancho.

«En dos veinte é cuatro años del reinado deste rey Don Alfonso que fué en la era de mill é trecientos é catorce años é andaba el año de la rascencia de Jesu Cristo en mill é doscientos é setenta é seis años, el rey Don Alfonso llegó á Requena, ca vino por el reino de Valencia é dende vino á Cuenca é á Huepte é á Alcalá de Henares é allí supo el Infante Don Sancho su fijo é los ricos omes del reino pusieron recabdo en la tierra porque fuese amparada é se non perdiese; é plogole mucho de lo que ficiera Don Sancho; é como quiera que ante le amaba como á su hijo pero dende adelante ovole mejor voluntad é amor é preciole mucho. E partió dende é vino á Camarena, lugar que es cerca de Toledo, é moró grand parte deste año, é de esta vez non quiso entrar en Toledo é envió á decir al infante Don Sancho commo era venido. E porque non tenía guisada de facer la guerra nin sabía ninguna cosa de los estados de los sus reinos, cató manera para hacer tregua con Aben-Yusuf é con el rey de Granada: é á Aben-Yusuf plogole de ello, ca la flota de los cristianos que avía enviado Don Sancho á la guarda de la mar non le dejaba venir la vianda tan suelta como la avía menester é por las gentes que tenía consigo avíase visto muchas veces en queja de fambre. E otrosí porque tenía los puertos de Algeciras y Tarifa, que él muchas veces cobdiciaba para pasar aquende cuando quisiese, plogole de aver la aveniencia porque en aquel tiempo pudiese ir allen la mar é enviolo á decir al rey de Granada, que commo quiera que en aquel tiempo non oviese fecho guerra, plogole de ser en esta tregua que tenía Aben-Yusuf, é fué firmada esta tregua por dos años. E el Infante Don Sancho é todos los ricos omes é caballeros é los de los concejos que estaban en la frontera vinieron luego á Toledo é fueron á ver al Rey; é es-

tando allí todos ayuntados, Don Lope Díaz fabló con todos en su poridad, de parte del infante Don Sancho, que quisiesen pedir merced al Rey que Don Sancho heredase los reinos despues de días del rey Don Alfonso, en tanto eran todos pagados de lo que fizo su fijo en aquella ida; é porque era su fijo mayor del Rey otorgáronlo é Don Lope Díaz fabló con el Rey, é díjole lo que ficiera el Infante Don Sancho por su servicio é por su honra é por amparar la tierra de los moros, en el tiempo que finara el infante Don Fernando, é que pues el infante Don Sancho era el mayor de sus hermanos, é aquellas gentes allí eran todas ayuntadas, que fuese la su merced que tuviesen por bien de mandar que le ficiesen omenaje de lo aver por rey despues de sus días é enviase mandar á todos los concejos de todas las cibdades é villas del reino que enviasen sus procuradores con poder cierto para esto; é commo quier que en esto faría merced á Don Sancho; pero que faría su grand servicio é que pagaria mucho los corazones de todos los de sus reinos, ca él sabía de todos que les placería é que esto querrían é que queriendo el Rey que se lo terníian todos en merced. E el Rey le respondió que á Don Sancho amaba é preciaba mucho, é que tenía que era bien pertenesciente para ser rey, pero que avría su acuerdo, é sobre esto que daría á ello su respuesta. E mandó llamar al Infante Don Manuel é otros de su consejo é díjoles la fabla que Don Lope Díaz ficiera sobre él con el hecho de Don Sancho é preguntoles que le aconsejaban en ello. E todos los que estaban y dubdaron mucho en este consejo é Don Manuel díjole: «Señor, el arbol de los reyes non se pierde por postura, nin se desereda por y al que viene por natura é si el mayor que viene del árbol fallesce, debe fincar la rama de so él en somo; é tres cosas son que non son so postura, ley, ni rey, ni reino; é cosa que sea fecha contra cualquiera destas, non vale nin deve ser tenida nin guardada». E en el escripto que se falla desde aquel tiempo, non dicen que en aquel consejo fuesen dichas más palabras que estas. E el Rey, desque supo cómo eran firmadas las treguas con los moros, partió

de Camarena é fueron con él todas las gentes que eran allí llegadas, é fué á Segovia, é envió cartas á todas las cibdades é villas de sus reinos que enviasen luego á los sus procuradores á él á Segovia con poderes ciertos para facer pleito é omenaje al infante Don Sancho que lo oviesen por rey é por señor despues de sus días».

El siguiente capítulo narra en un estilo directo semejante la historia de las famosas Cortes de Segovia, en las cuales se confirmó la famosa usurpación de Sancho por la connivencia del débil rey; la fuga de la esposa de Alfonso, Violante de Aragón, con sus niños, herederos legítimos, y su madre, Blanca de Francia, y la ejecución de algunos de los nobles castellanos que habían conspirado á favor suyo. Pero el capítulo ya reproducido bastará como ejemplo de la árida sencillez de la narración. Sin embargo, comparado con la crónica más impersonal de Alfonso X, escrita tres cuartos de siglo antes, el progreso en el interés individual es notable. El carácter intensamente individual del español se manifestaba ya, y el cronista cortesano, laico y aristócrata, introducía aún el elemento caballeresco y romántico en la historia, que diferenciaba la forma española de la que brotaba de los archivos monásticos en otros países.

Las líneas en que el mismo cronista refiere la muerte del rey Sancho demuestran cuán personal y vívida se hizo la relación cuando los sucesos referidos estaban sujetos á la observación del escritor: «E otrosí Don Nuño Gonzâlez, fijo de Don Juan Nuñez que era, é otros ricos omes, con toda la caballería é el pueblo de Toledo, ficieron muy grande llanto por él. E la reina Doña María su mujer, con las dueñas fizo tan grande llanto, que vos non podría contar cuán grande era. E el arzobispo Don Gonzalo con toda la clerecia é con las órdenes y todos los grandes omes, tomaron el cuerpo este mismo día en la mañana y levaronlo á la iglesia de Santa María de Toledo é el Infante Don Enrique é Don Nuño ficieron con la reina muy grand llanto. E el arzobispo dijo luego la misa, é desque la ovo acabado,

enterraron el cuerpo en el monumento de piedra que el mandara facer en su vida».

Esto, por inartístico que sea, revela claramente al espectador y al cortesano, para quien la persona del soberano es el centro del interés. En la crónica posterior del mismo autor, escrita después de la muerte de Alfonso XI (1350) por orden de Enrique II, la nota personal se fuerza más todavía. El cronista dice cómo el joven rey Alfonso XI, á la edad de catorce años, sacudió la tutela de su tío Don Manuel por un *coup d'etat*, y tomó en sus manos el gobierno.

De como el rey ordenó su casa é qué omes tomó para su consejo é lo que fizo dende adelante.

«En el regno havía dos caballeros et la estoria ha contado en otros lugares los nombres dellos. Et era el uno de Castiella é decianle Garcilaso de la Vega; et el otro del regno de Leon et decianle Alvar Nuñez de Osorio: et eran amos á dos bien entendidos é bien apercebidos en todos sus fechos. Et dende ante que el Rey compliese la edat de los catorce años, et saliese de Valladolit estos dos caballeros ovieron algunos omes que fablaron con el Rey de su parte, et ellos otrosi cataron manera para aver fabla con el rey; que cuando el de alli saliese, que ellos fuesen de la su casa de los más cercanos de la su merced.

Et al tiempo que el Rey complió la edat de los catorce años, et ovo de salir de Valledolit, ellos fueron y luego. Et como quiera que sabia el Rey que ellos et sus compañas oviesen seidos malfetriosos en la tierra; pero por el su saber dellos, et por el su apercibimiento que ovieron, tomolos para en su consejo. Et de ante que él saliese de Valladolit estaban y con el Don Nuño Perez, Abat de Sanct Andez, Chanciller et Consejero que fue de la Reyna Doña Maria, Avuela del Rey; et otrosi eran y con él Martin Fernandez de Toledo su amo et Maestre Pero, que fue despues cardenal por ruego del Rey. Et porque desde luengos tiempos era acostumbrado en Castiella que avia en las casas de los Reyes Almojarifes judios, el

Rey por esto, et por ruego del Infante Don Felipe su tio, tomo por almojarif á un judio que decian Don Yusuf de Ecija, que ovo grand logar en la casa del Rey et gran poder en el regno con la merced que el Rey le facia.»

Después sigue un «resumen de la organización del consejo y la arenga de Don Alfonso á los nobles y representantes, diciendo que tomaría en sus manos el gobierno, reduciría los impuestos, reforzaría las fortalezas fronterizas y establecería tribunales de justicia en todo el reino».—*Crónica de Alfonso XI.*

Estas crónicas, como observaréis, eran registros escuetos de las aventuras reales, pero fecundas en interés personal, y completamente distintas en el tono de las crónicas monásticas y sacerdotales que al mismo tiempo se producían en Inglaterra. Pero surgió un genio que fué capaz de hacer la crónica regia, tan interesante como la Historia, mientras conservaba todavía su carácter heroico y personal. Insistiré mucho sobre este historiador, porque creo que su ejemplo, ó al menos el mismo espíritu que le animó, se dejó sentir después al escribir la historia inglesa y francesa.

El hombre á quien me refiero fué el canciller y cronista oficial de Pedro el Cruel y Enrique II, Pedro López de Ayala (1332-1407). Era un noble de muy preclaro linaje, dotado de grandes facultades de observación, perspicaz, satírico y brillante escritor en prosa y verso. Había estudiado los modelos clásicos, especialmente Livio, y sabía más lenguas que la suya. Su carrera fué tan extraordinaria como su talento. Amigo y favorito de Pedro el Cruel, le abandonó en la gran guerra civil que terminó con el triunfo del hermano bastardo del rey, Enrique de Trastamara. Estuvo en el furor de la lucha, cuando el Príncipe Negro y toda la caballería de Inglaterra peleaba en las llanuras de Castilla por la mala causa de Pedro el Asesino. Se dijo, en verdad, que cuando López de Ayala fué hecho prisionero por nuestro Plantagenet, fué llevado á Inglaterra, donde escribió algunas de sus obras. Esto no lo creo; pero que fué hecho prisionero por los ingleses, en Gascuña,

está probado. A cuatro reyes sirvió López de Ayala, y vió todo lo que podían ver dos ojos con un cerebro vigoroso, por espacio de una larga vida, en cortes y en campos de batalla. Presenció y recordó no sólo la guerra de Pedro el Cruel contra sus hermanos, sino el matrimonio de la hija de Pedro el Cruel con el hijo de Juan de Gante, y la larga serie de guerras que siguieron á la reclamación del duque de Lancaster á la corona de Castilla en el derecho de su esposa. Vió la terminación de la lucha por el matrimonio de una princesa inglesa, Catalina de Lancaster, con el rey de Castilla, y los caballeros y nobles ingleses le recibieron en su corte con los brazos abiertos. Éste fué el hombre que engalanó la *Crónica* regia de España con su propio genio, haciendo de los recuerdos de los monarcas, no escuetas anotaciones de hechos regios, sino vívidas representaciones de los acontecimientos que ocurrieron alrededor del rey. Pueden citarse algunos ejemplos de la prosa de López de Ayala, para que podamos ver, primero, cuánto influyó en la manera de escribir fuera de España; y en segundo lugar, cómo, por su misma brillantez, señala en una dirección una decadencia. Esto es lo que López de Ayala dice del matrimonio del pérfido Pedro el Cruel con su esposa Blanca de Borbón, y su pronta separación de ella por su querida María de Padilla.

«Despues que todas estas cosas así pasaron, el rey Don Pedro fizo sus bodas con su esposa Doña Blanca de Borbon é tomola por su mujer é velose con ella en Santa María de Valladolid: é ficieronse muchas alegrías é muchas justas é torneos. E iba el rey Don Pedro et la reyna Doña Blanca su mujer aquel día vestidos de unos paños de oro blancos enforrados de armiño é en caballos blancos: é era padrino del rey Don Juan Alfonso, señor de Alburquerque, é madrina de la reina, la reina Leonor de Aragon, que iba en una mula é levaba paños de lana blancos con peñas grises. E iban de pie con la reyna Doña Blanca, mujer del rey, que la levaban ese día de las riendas del caballo, el conde Don Enrique, é Don Tello su her-

mano, é Don Fernando de Castro, é Don Juan de la Cerda, é el maestre de Calatrava Don Juan Núñez de Prado é Don Pedro de Haro é otros muchos señores. E el infante Don Fernando de Aragon levaba por la rienda á su madre la reyna Doña Leonor, que era madrina. E iba la reyna Doña María, madre del rey Don Pedro, en una mula, é levaba paños de xametes blancos con peñas veras; é levábala por la rienda el infante Don Juan de Aragon»; y así sucesivamente, con la descripción del traje ó algún rasgo característico de todos los miembros de la corte.

«Luego el miércoles despues de las bodas, el rey comía en su palacio, en las casas del abad de Santander, dó él posaba, que son cerca del monasterio que es ahora de las Huelgas, é el rey comía ese día sin otras compañas apartadamente. E á la mesa llegaron á él la reyna Doña María su madre, é la reyna Doña Leonor su tía llorando: é el rey levantóse de la mesa é aparte fablaron con él é dixeronle así, segund despues él é ellas lo contaban: «Señor, á nos es dicho que vos queredes luego partir de aquí para ir dó está Doña María de Padilla; é pedimos vos por merced que non lo querades facer». Aquí sigue un largo discurso exponiendo cuán perjudicial sería esa acción, y cómo ofendería á todos, y especialmente al rey de Francia; y la narración continúa: «E el rey las aseguró que non lo faría nin lo tenía en voluntad de facer e que non lo creyesen. E las reinas con tanto se partieron de él como quier que lo sabían de cierto, el rey se partía luego; pero non pudieron al facer.»

Más ingeniosa es todavía la historia referida por López de Ayala sobre el asesinato de Pedro el Cruel por su hermano, el bastardo pretendiente Enrique de Trastamara.

Çomo el rey Don Pedro salió de Montiel é murió.

«El rey Don Enrique, desque ovo desbaratado la pelea de Montiel, é vió al rey Don Pedro acogido al castillo que y era, puso muy grand acucia en facer cercar con una pared de pie-

dra seca al lugar de Montiel, é otrosí puso muy grandes guardas de día é de noche en derredor por rescelo que el rey Don Pedro non se fuese de allí. E así fué que estaba y con el rey Don Pedro en el castillo de Montiel su caballero que decían Men Rodríguez de Sanabria, que avía sido preso en la batalla de Briviesca, quando el rey Don Enrique la tomó al tiempo que nuevamente entró en el Reyno, segund avemos contado. E Mosen Beltran de Claquin porque aquel caballero le dixo estonce quando fuera preso que era natural de la tierra de Trastamara que el rey Don Enrique diera estonce por Condado al dicho Mosen Beltran, pagó su rendicion por él, que eran cinco mil florines, á un caballero que tenían preso, que decían Mosen Beltran de la Sala, por lo qual el dicho Men Rodríguez estovo con Mosen Beltran de Claquin un tiempo, é despues partiose del, é fuese para el rey Don Pedro. E porque Men Rodríguez conocía á Mosen Beltran, fabló con él desde el castillo de Montiel, donde se acogiera cuando el rey Don Pedro fué desbaratado, é díxole que si á él le ploguiese, que querría fablar con él secretamente. E Mosen Beltran le dixo que le placía, é aseguróle que viniese á él. E Men Rodríguez salió de noche al Mosen Beltran, por quanto Mosen Beltran tenía la guarda de aquella partida donde él é los suyos posaban, é Men Rodríguez le dixo ansí: «Señor Mosen Beltran, el rey Don Pedro mi señor me mandó que fablase con vos, é vos dixiese así: Que vos sodes un muy noble caballero, que siempre vos preciastes de facer fazañas é buenos fechos, é que vos vedes en el estado en que es él; é que si á vos ploguiese de le librar de aquí, é ponerle en salvo é seguro, é ser vos con él, é de la su partida, que él vos daría las sus villas de Soria é Almazan é Atienza é Montagudo é Deza é Serón, por juro de heredad para vos é los que de vos viniesen: otrosí que vos daría doscientas mil doblas de oro castellanas. E yo pido vos por merced que lo fagades así ca grand honra avredes en acorrer á un rey tan grande como este, é que todo el mundo sepa que por vuestra mano cobra su vida é su Reyno». E Mosen Beltran

dixo á Men Rodríguez: «Amigo: vos sabedes bien que yo só un caballero vasallo de mi señor el rey de Francia é su natural é que por su mandado só venido aquí en esta tierra á servir al rey Don Enrique, por quanto el rey Don Pedro tiene la parte de los ingleses, é es aliado con ellos, especialmente contra el rey de Francia, mi señor; é yo sirvo al rey Don Enrique é en esto á sus gages é á su sueldo é non me cumple facer cosa que contra su servicio é honra fuese, nin vos me lo deberíades consejar: é si algund bien é cortesía de mi rescebistes, ruego vos que non me lo digades más». E Men Rodríguez le dixo: «Señor Mosen Beltran: yo bien entiendo que vos digo cosa que vos sea sin vergüenza; é pido vos por merced que ayades vuestro consejo sobre ello...» (1).

«Aventurose una noche é vinose para la posada de Mosen Beltran é pusose en su poder armado de unas fojas é un caballo. E así como allí llegó descavalgó del caballo ginete en que venía dentro en la posada de Mosen Beltran é dijo á Mosen Beltran: «Cavalgad, que ya es tiempo que vayamos». E non le respondio ninguno porque ya lo avían fecho saber al rey Don Enrique, que como el rey Don Pedro estaba en la posada de Mosen Beltran. Quando esto vió el rey Don Pedro dubdó é pensó que el fecho iba á mal é quiso cavalgar en el su caballo ginete en que avía venido; é uno de los que estaban con Mosen Beltran travó del é dixole: «Esperad un poco». E tovole que non le dexó partir... E luego que allí llegó el rey Don Pedro é le detovieron en la posada de Mosen Beltran, como dicho avemos, sopolo el rey Don Enrique, que estaba ya apercibido é armado de todas sus armas, é el bacinete en la cabeza, esperando este fecho. E vino allí armado, é entró en la posada de Mosen Beltran; é así como llegó el rey Don Enrique, travó del rey Don Pedro. E él non le conoscía, ca avía grand tiempo que non le avía visto: é dicen que le dixo un caballero de

(1) El autor da aquí un salto y suprime una columna del texto castellano: bien suprimida, porque no hace referencia inmediata á esto.—*N. del T.*

los de Mosen Beltran: «Catad que este es vuestro enemigo». E el rey Don Enrique aún dubdaba de si era él; é dicen que dixo el rey Don Pedro dos veces: «Yo só, yo só». Y estonce el rey Don Enrique conosciole é firiole con una daga por la cara: é dicen que amos á dos el rey Don Pedro é el rey Don Enrique cayeron en tierra é el rey Don Enrique le firió estando en tierra de otras feridas. E allí morió el rey Don Pedro á veinte é tres días de marzo de este dicho año; é fué luego fecho grand ruido por el Real, una vez diciendo que se era ido el rey Don Pedro del castillo de Montiel, é luego otra vez como era muerto.»

Se notará cuánto más vívido es este tono que las primeras crónicas que antes he citado. Aquí el rey ó los reyes son el centro, es cierto; pero tenéis también el fondo. Podéis ver el campo fuera del castillo, el caballero francés en el ejército del rey Enrique al mando de un ala de las fuerzas sitiadoras. Podéis ver primero al caballero español acercándose á él con ofrecimientos de soborno, y mientras así caminaba, el desesperado rey Pedro y su fiel partida de nobles abandonando el castillo y, como última esperanza, yendo á la tienda del francés. Entonces la lucha sanguinaria entre los dos hermanos, y Pedro el Cruel cayendo muerto, mientras el bastardo fratricida de Trastamara es saludado como el rey-títere de Castilla por los nobles, que han decidido hacer que les pague por su sombrío reinado hasta el último ochavo. Pero algo más podéis ver, además de la viveza, en todo esto. Podéis ver la afición inmensa de los españoles por las historias de aventuras personales, para embobar al mundo con la historia de cómo un rey mató á otro, y la más altiva corona de la Cristiandad fué conquistada por un fratricida.

Pero el progreso ulterior en manos de un artista inferior muestra esta tendencia aún más vigorosamente. Esta es la anónima *Crónica de Juan II*. Juan II fué el hijo de Catalina de Lancaster y Enrique III de Castilla. La suya fué la corte más caballeresca y fastuosa de Europa en su época. La manía de

escribir de poesía, de fausto y aventuras se había hecho de nuevo casi una enfermedad en España. Todos los hombres de posición escribían algo. Es evidente que no podían escribir todos sobre el rey; de suerte que tenían necesidad de escribir sobre otros importantes personajes en el mismo tono de recuerdos heroicos y personales. Cuanto más maravillosas eran las historias narradas; cuanto más predominante era el valor; cuanto más magnífico era el héroe, mayor sería la atención prestada á la obra; y rápidamente la crónica regia se redujo á historias de pomposas aventuras.

Tomad este ejemplo de la *Crónica de Don Juan II*; crónica oficial, recuérdese:

De lo que acaeció á ciertos caballeros de Carmona y Marchena é Olvera con los moros.

«En este tiempo salieron de Carmona é Marchena é Olvera cuarenta y dos de á caballo é veinte y ocho peones, é fueron correr á la torre del Al Ha Rem é Ayamonte y Montecorto; é yendo cerca de la Sierra de Agrazalema fueron descubiertos; é salieron á ellos de Ronda y de Setenil hasta doscientos y cuarenta de caballo. E como los Christianos los vieron venir, trabajaron por tomar un recuesto alto donde los peones Christianos estaban; é como los moros subieron al recuesto, los Christianos se vinieron para ellos tan denodadamente que de los moros cayeron quarenta de la primera espolonada; é como volvieron sobrellos los Moros comenzaron de fuir, é los Christianos siguieron el alcance, matando é hiriendo en ellos hasta los encerrar en la torre del Alha Rem; é murieron en esta pelea setenta caballeros Moros, entre los quales murió el Alguacil de Roda, y un hermano del Cabecera de Ronda é fueron presos ocho caballeros de los mejores de Ronda é Setenil, é hubieron ende los Christianos ochenta caballos é otro muy gran despojo; é asi se volvieron victoriosos é alegres á la villa de Olvera. E yendo por el camino, preguntaron á un Moro de los que llevaban presos, que por qué tanta gente se había de-

xado vencer de tan pocos Christianos y el Moro respondió quél juraba por su ley é por Mahomat, que los Christianos que con ellos pelearon habían seydo más de cuatrocientos de caballo; que conocida cosa era que cuarenta y dos de caballo no habían de vencer á doscientos y cuarenta; y que era cierto que Dios había embiado socorro á los Christianos y el Apostol Santiago les había venido á ayudar. E llevaron los Christianos dos pendones que ganaron en esta pelea, el uno blanco y el otro colorado, é pusiéronlos en la iglesia de Olvera, los cuales acabdillaron muy bien la gente é dieron causa al vencimiento. E fueron en esta pelea muertos de los Christianos seis hombres de á pie é uno de caballo.»

En toda esta *Crónica de Juan II*, que fué escrita á mediados del siglo xv, la tendencia ya indicada para la crónica á degenerar en la narración heroica es claramente perceptible. El contraste entre el recuerdo escueto tomado de documentos oficiales recogidos por Alfonso X, y los maravillosos cuentos de aventuras personales que adornan la *Crónica de Juan II*, doscientos años más tarde, es muy considerable; pero una vez precipitada la historia en este declive de decadencia, se vió forzada á degenerar todavía más, puesto que cada nuevo cronista, siendo español, juzgó necesario, para concentrar la atención en sí mismo ó en su héroe, sobrepujar á sus predecesores en los hechos asombrosos que recordaba. Además habían de encontrarse ó inventarse nuevos héroes, puesto que no había bastantes reyes de que tratar, y el héroe individual central era primariamente necesario. Personajes salientes en el Estado ó en la guerra eran ansiosamente agarrados para llenar la crónica regia general ó para dar asunto á crónicas separadas. La grandeza y el poder, así como la dramática caída, del famoso favorito de Juan II, Don Álvaro de Luna, se convirtió en el tema de innumerables moralejas, á las cuales se hará referencia en un capítulo posterior; pero los cronistas también recordaban sus hazañas en prosa tan florida que casi recordaban las antiguas *Canciones de Gesta*, en las cuales los

juglares provenzales cantaron las proezas de sus campeones legendarios. Los siguientes extractos de la última parte de la *Crónica de Juan II*, con referencia á Don Álvaro de Luna, demostrarán cómo la nota personal dominaba ya hasta en la historia oficial, al punto de relegar los asuntos nacionales á una posición secundaria respecto de los actos de un favorito regio.

De una justa que el Condestable Don Alvaro de Luna hizo en la villa de Valladolid el día primero de Mayo del dicho año (1434).

«El rey se partió de Medina en el mes de Abril del dicho año é fuese para Valladolid, donde el Condestable Don Álvaro de Luna ordenó una gran justa para el día primero de Mayo, en la cual él salió con treinta caballeros de la casa del rey é suyos, los quince vestidos de verde é los quince de amarillo. E como quiera que todos salieron con él, justaron los verdes contra los amarillos y el rey salió por aventurero é rompió una lanza en Diego Manrique, hijo del Adelantado Pero Manrique, que era uno de los mantenedores, é otra en Juan de Merlo. E fue esta muy buena justa en que hubo muchos é muy señalados encuentros; é hizo la fiesta el Condestable, é cenaron con él todos los justadores é otros muchos caballeros de los que entonces en la corte estaban. E de aquí el rey se volvió á Medina del Campo, donde con consejo de los Grandes de su Reyno é de los Procuradores de las cibdades hizo una siguiente ordenanza.»

Este decreto fué extraordinariamente importante para la supresión del desorden ilegítimo; y sin embargo, este decreto, así como el Parlamento que lo aprobó, fué indudablemente, á juicio del cronista, mucho menos interesante que las hazañas caballerescas de Don Álvaro.

Las últimas líneas de la crónica refieren la desgracia y ejecución del favorito, y moralizan así sobre su caída: «¡Oh Juan Boccacio, si hoy fueseis vivo, no creo que tu pluma olvidase poner en escripto la caída deste tan estraño y esforzado va-

rón, entre aquellas que de muy grandes principios mencionó! ¿Qual exemplo mayor á todo estado puede ser? ¿qual mayor castigo? ¿qual mayor doctrina para conocer la variedad e movimientos de la engañosa é incierta fortuna? ¡O ceguedad de todo el linaje humano! ¡O acaecimiento sin sospecha de las cosas de este mundo! ¿Quien pudiera tal creer que un hombre espurio, nacido de tan baxa madre, aunque de padre virtuoso é noble, no conocido de aquel hasta la muerte, sin herencia, sin favor, sin otra mundana esperanza, en Reyno extraño, alongado de parientes, desamparado en edad pueril, ser venido en tan grave estado é altas dignidades?»

Y aquí sigue una grandilocuente enumeración de todos los títulos, cargos y jerarquías del Condestable. La insistencia en la personalidad de los promovedores de las crónicas se nota en la descripción casi fotográfica de Don Álvaro hecha por el autor: «Fué este Maestre é Condestable de cuerpo muy pequeño y de fino rostro: miembros bien proporcionados, calvo, los ojos pequeños é muy agudos, la boca honda é malos dientes, de gran corazón, osado y mucho esforzado, astuto, sospechoso, dado mucho á placeres: fué gran caballero de toda silla, bracero, buen justador; trovaba é danzaba bien».

La misma tendencia á un deseo de recalcar la personalidad de la historia nótase en las obras del sobrino de López de Ayala, Fernán Pérez de Guzmán (1378-1460), cuya tentativa de compilar una gran historia universal—*Mar de Historias*—puede colocarse en la misma categoría que la de Alfonso el Sabio. Pero cuando llega á describir los grandes personajes de la corte de España que había conocido, demuestra cuán buen artista era. Las gentes en su época se complacieron en compararle con Petrarca, y seguramente debió haber conocido los modelos italianos; pero su penetrante toque satírico, su encrespadura—puedo decir su chocarrería—le caracterizan como el verdadero español que era.

Que Fernán Pérez de Guzmán, artista como era, reconoció plenamente la mala tendencia que rebaja la historia en Casti-

lla al nivel de fábula ampulosa, puede verse en la primera página de su celebrado libro *Generaciones y Semblanzas*, que contienen algunas descripciones verbales, maravillosamente rigorosas, de los principales personajes de la corte castellana en su época. «Muchas veces acaece—dice—que las crónicas é historias que hablan de los poderosos Reyes é notables príncipes é grandes cibdades, son habidas por sospechosas ó inciertas, é les es dada poca fé é autoridad, lo qual entre otras causas acaece é viene por dos. La primera porque algunos que se entremeten de escribir ó notar las antigüedades, son hombres de poca vergüenza é más les place relatar cosas extrañas é maravillosas que verdaderas é ciertas, creyendo que no será habida por notable historia que no contare cosas muy grandes y graves de creer, assi que sean más dignas de maravilla que de fe, como en estos nuestros tiempos hizo un villano y presumpcioso hombre llamado Pedro de Corral en una que llamó Crónica Serracina, que más propiamente se puede llamar trufa ó mentira paladina».

Pero esta tendencia creciente á lo maravilloso, aunque derive en cierto modo de las razas aborígenes de la Península, fué principalmente fomentada en esta época, como he tratado de demostrar, por la introducción continua de la nota personal en la historia; y de esta afición al detalle personal y satírico es un ejemplo el mismo Pérez de Guzmán. Fustiga en *Generaciones y Semblanzas* á un personaje tras otro, derramando algunas gotas de acíbar que manifiestan la verdad muy á las claras. Así es, por ejemplo, como describe á la reina madre Catalina Plantagenet, hija de Juan de Gante: «Fué esta reina alta de cuerpo, mucho gruesa, blanca, colorada é rubia, y en el talle y meneo del cuerpo tanto parecía hombre como mujer. Fué muy honesta é guardada en su persona é fama, é liberal é magnifica, pero muy sometida á privados é regida dellos, lo cual por la mayor parte es vicio común de los Reyes: no era bien regida en su persona. Ovo una gran dolencia de perlesía, de la cual no quedó bien suelta de la lengua ni libre del cuer-

po. Murió en Valadolid en edad de cincuenta años, año de mil y quatrocientos y diez y ocho años, á dos días del mes de Junio. Está sepultada en Toledo en la capilla de los Reyes nuevos con el Rey Don Enrique su marido, donde dotó quince capellanías, demás de las otras veinte é cinco que antes había».

Aunque Pérez de Guzmán, en su propia historia, hizo lo que pudo por corregir los abusos que se habían introducido en las crónicas, en manos inferiores la degeneración continuó. Los hombres estaban tan ansiosos de llamar la atención por milagros escritos, que la verosimilitud era de importancia secundaria. Pajes y escuderos comenzaron á escribir relatos de las románticas aventuras y galantes hazañas de sus señores. Un buen ejemplo de este vicioso progreso de la crónica cortesana es la crónica de Don Pedro Niño, conde de Buelna, gran noble que se congratuló con los servicios de un portaestandarte literario que debe haber sido un verdadero Boswell (1). Mientras Juan de Gante estaba luchando por la corona de España, y Castilla estaba en guerra con Inglaterra, el conde de Buelna fué á las guerras por mar y por tierra, y su portaestandarte recordó sus hazañas. Nadie jamás fué tan bravo, tan prudente y tan bueno como el conde ha sido, según nos lo presenta su admirador escribiente. Este, Gutierre Díez de Games, el portaestandarte, describe, entre otras cosas, la sorprendente invasión de Inglaterra por su amo; su captura de una ciudad que llama Chita, en Cornwall; su infructuoso ataque á Plymouth; su saqueo de Portland contra un número tremendo de enemigos desiguales; su gran batalla en Poole; y, finalmente, su entrada en las aguas de Southampton y su visita á Southampton, que parece confundir con Londres. Todo esto y mucho más dice Games, en un estilo tan romántico y pomposo, que hace que su crónica más se asemeje ya á la última etapa de degeneración á que llegó la crónica cortesana, á sa-

(1) Alusión al íntimo amigo del gran escritor inglés Johnson, que después de la muerte de éste escribió su célebre *Life of Johnson*.—*N. del T.*

ber: á las historias de caballería puramente imaginarias que poco después inundaron á España.

El relato de la famosa embajada de González de Clavijo á Persia, llamado *La Vida y Hechos del Gran Tamerlán*, del mismo período (1412), es un libro semejante. El gran esfuerzo es sorprender. Y un paso más hacia las novelas de caballería hinchadas y completamente ficticias, á que me referiré en mi capítulo siguiente, es el *Libro del Paso Honroso*, por Rodríguez de Lena, que defendió un puente con nueve caballeros contra todos los que pasaban, por espacio de un mes, en 1434, y peleó en seiscientos combates, al parecer por ninguna razón más que para satisfacer su vanidad personal.

Así se verá que la nota personal de la crónica regia en España había degenerado, á mediados del siglo xv, en una dirección, hasta convertirse en cuentos casi ficticios de maravillas que pronto habían de acabar en novelas hinchadas y descabelladas. Antes de que pasemos á la exposición de esta tendencia, consideraremos qué influjo ejerció fuera de España esta moda exuberante. En las mismas guerras en que López de Ayala tomó parte, y que recordó, hubo otro escritor de genio que se mezclaba con los nobles y escritores españoles, que oía su estilo romántico de recordar acontecimientos y que indudablemente leyó las crónicas que en esa Corte literaria pasaban de mano en mano. Era un francés llamado Froissart, cuya crónica de estas guerras entre Inglaterra y España, de las cuales fué espectador, está escrita con los caracteres españoles de interés personal, aventura romántica y caracterización vivaz.

La crónica de Froissart ha sido popular desde la época en que se escribió hasta la hora actual, é hizo mucho por introducir en el resto de Europa la forma de crónica caballeresca, personal ó heroica en la historia, más bien que la forma eclesiástica que había dominado anteriormente. Durante todo el período de guerra, con los ejércitos ingleses en España, algunas veces como amigos, otras como enemigos, las crónicas españolas deben haber sido familiares á los caballeros ingleses

que entendían el castellano. Cuando Constancia de Castilla, hija de Pedro el Cruel, se hizo duquesa de Lancaster, las crónicas españolas manuscritas que referían los hechos de sus antepasados deben haber ido con ella á Inglaterra, y los nobles que fueron y vinieron durante la época en que Catalina de Lancaster fué reina de España deben haber conocido esas crónicas. En estas circunstancias, no es sorprendente que desde el siglo XIV en adelante se efectuase un cambio en la forma de escribirse la historia en Inglaterra. Desde tiempo inmemorial, frailes como Gilda y Beda habían escrito crónicas de su época, y otros eclesiásticos, como Godofredo de Mommouth, Guillermo de Malmesbury, Mateo de Westminster y Ricardo de Cirencester, las habían recogido y continuado en épocas posteriores. Las que habían sido dadas á luz antes de la venida de los sajones, como las crónicas traducidas por Godofredo de Mommouth, estaban en cierto modo imbuídas del espíritu céltico de la divinidad que circundaba al soberano, y los jefes británicos y capitanes romanos ocuparon por lo general el centro del escenario, pero no se intentaba una descripción atractiva ó una caracterización. El primer cambio notable de estilo se nota al fin del siglo XIV, en la llamada *Crónica de San Albino*. Aquí el público y los acontecimientos guerreros, como el saqueo de Roxburgh por los escoceses y su reconquista por el conde de Northumberland; los tumultos en Londres, la entrada del populacho en la Torre, la destrucción del hospital de San Juan en Clerkeuwell y otros semejantes están relatados clara y vigorosamente, y se da la primera nota de la historia moderna. Pero no hay en este caso ningún culto á los héroes, ninguna centralización de acontecimientos alrededor de un personaje en una forma que desfigurase los mismos acontecimientos, como ocurría en el progreso de las crónicas españolas. Pero, además, la perspectiva más amplia, el toque satírico, la alegría que los cronistas legos habían introducido, estaban influyendo ya en los escritos históricos ingleses. Froissart se había aprovechado de la treta, y hasta había abusado

de ello, y un progreso posterior de la crónica en la dirección de narración pintoresca, en cierto modo agrupada alrededor de la persona del héroe, se observó rápidamente en Francia é Inglaterra. Con Fabián, en el siglo xv, la moda de escribir así la historia puede decirse que se ha aclimatado permanentemente en Inglaterra. La forma inglesa difería de la española, como variaban los caracteres nacionales. Había menos empeño por lo maravilloso, porque el sajón estólido había ahogado en cierto modo el elemento céltico en nuestra raza; había menos afirmación de la individualidad del soberano, alrededor del cual giraban los acontecimientos nacionales, porque era un rey feudal tenido en jaque por los varones, y no era sacerdotal; en lo sucesivo, fué el jurisconsulto, el estudiante, el cortesano, el soldado, quien escribió la historia, en vez del eclesiástico encerrado en una celda monástica; y la perspectiva fué más amplia, el estilo más viril y la agrupación de acontecimientos más atractiva. La moda de la narración histórica pintoresca se nos había impuesto, más ó menos directamente, desde España, y nuestros paisanos habían adoptado el estilo, evitando su abuso.

Martín Hume

YANG-HUN-TSY

(EL DIABLO EXTRANJERO)

NOVELA DE COSTUMBRES CHINAS

(Conclusión.)

VIII

LIENN

Vann había desaparecido como una piedra en el agua. Con él desaparecieron de la casa cierta cantidad de dinero, un par de zapatos nuevos y su diploma.

—No creo que mi padre se haya matado—decía Lienn.—Más bien habrá marchado al extranjero para ganar dinero, ó bien habrá ido á los lugares santos para pedir perdón á las almas muertas prematuramente. Le vi copiar pasajes del libro de la familia.

Pasaron días. Brzeski visitó, uno tras otro, á todos los amigos de Vann y todas las tiendas. Interrogaba á las gentes del puerto y á las de las puertas de la ciudad, y fué á todas partes donde esperaba saber algo del último paso de su profesor. Llevaba cautamente la conversación á tal asunto; pero los astutos chinos olían inmediatamente el misterio y le abrumaban á su vez con preguntas.

—¡Ah! ¿no está? ¿se ha marchado?

—Sí, se ha marchado.

—¿Cómo se ha marchado con este calor y en plena estación? ¿Y á dónde ha ido?

—A los lugares santos.

—¡Ah! Pues no le hemos visto. No nos lo hemos encontrado... Los peregrinos se reúnen en primavera ó en otoño.

Por lo demás, se encogían de hombros y fingían creerlo. Solamente Madgi expresaba dudas.

—Si mi padre se ha marchado, ¿por qué no se llevó su abanico?—dijo mirando á Brzeski con desconfianza.

La objeción era grave. La misma Lienn dejó de salir al patio cuando oía llamar, y miraba en silencio, con los ojos húmedos, al joven que volvía de sus expediciones. Este hacía mucho tiempo que había perdido la esperanza de volver á ver á Vann; solamente hubiera querido encontrar el cuerpo del chino, y rondaba, en sus momentos perdidos, por los rincones de los barrios, con la mano en el revólver.

Por fin le dijo el director:

—Me parece que ya basta. Le pueden asesinar á usted también. Es preciso que me diga usted ahora lo que va á hacer de ellos.

—¿De quiénes?

—Pues... de la viuda y de los dos huérfanos.

—No lo sé. No he pensado en ello.

—Tanto peor. Le voy á dar un consejo: que se vayan cuanto antes. He escrito á la Administración central para que se me autorice á pagarles un año del salario de Vann. Pienso que con ello tendrán bastante. Y usted, mientras tanto, ocupe la habitación de Sergio. Mandaré enjalbegar las paredes y que lo arreglen todo.

—De todos modos, me veo obligado á esperar la respuesta de la Administración central.

—¡Ah! ¿se ve usted obligado? Muy bien, muy bien... Aprovéchese, mientras todavía es tiempo.

Le volvió la espalda y salió. El tenedor de libros miró á Brzeski con la mirada de otros tiempos.

—Es un sentimentalismo edificante. Le mataron á su amigo Sergio y ni siquiera pestañeó—gruñó en voz bastante alta.

Por fortuna, Brzeski no le oyó, presa de una súbita emo-

ción... ¿Qué es esto? ¿Le acongoja el pesar?... Ciertamente que «su» suerte es digna de compasión. ¡Pobres mujeres! En China no son más que un suplemento del hombre. Madgi es todavía pequeño. ¿Qué les espera? El tendero aquel ofrecía diez liangs por un mes de tener á Lienn...—pensaba confusamente el joven, mientras copiaba cuentas...

No podía figurarse á la joven al lado de aquel chino sucio y maloliente. Veía más bien á las dos mujeres bajo el aspecto de dos esqueletos mendigando por las calles. Se estremecía cuando recordaba el frío y el fango de aquella noche de invierno en la que le quitaron unos esqueletos su paquete de ropas.

...Y así transcurrirán años y años hasta el fin, hasta el momento en que cierren sus párpados hinchados por el llanto... ¿Pero por qué había de ser forzosamente tan desgraciada su suerte? Los chinos son extraordinariamente ingeniosos. Con el poco dinero que seguramente les dará la Administración, instalarán ellas una tiendecita. Lienn se casará. Es bonita... Lo cierto es que no puede él socorrer á todas las chinas desgraciadas... Con tal de que la Administración no conteste con una negativa... Habría que escribir al tío para rogarle que interpusiera su influencia. ¿Pero con qué pretexto dirigirse al tío, que seguramente no ignora que fué Vann la causa de los sucesos tan perjudiciales para la fábrica?...

Brzeski reflexionó tristemente. Carecía de fundamento una petición de parte suya; no podía sino formular un simple ruego, sin grandes esperanzas de ser escuchado.

De las cartas de Snietycki se desprendía siempre una meticulosa contabilidad. El joven presentía la respuesta: «Tu Liann-Chann es un pillastre, que nos ha ocasionado grandes pérdidas. Además, tú le has pagado las lecciones. Estamos en paz».

¿Qué haría entonces de la viuda y de los dos huérfanos?

Brzeski estaba lleno de inquietud.

—¿Qué tiene usted, señor? ¿Malas noticias?—le preguntó Lienn, mientras comía taciturnamente en el terrado.

—No, tengo dolor de cabeza.

—Una alimentación tan moderada no le puede haber hecho daño; es el calor. ¿O ha sucedido algo en la fábrica?—replicó ella, observándole atentamente.

—Sin duda es el calor...

Contemplaba, pensativo, las copas de los árboles del convento balanceados por la brisa. La joven trajo, sin que él lo advirtiera, un gran abanico, y se puso á abanicar á Brzeski, manteniéndose á distancia.

Madgi, estupefacto, miraba á su hermana; concluyó por soltar la carcajada.

—¿Qué es eso, Lienn? ¿Quieres hacer del extranjero un gran mandarín?

La joven se ruborizó y, confusa, dejó caer el abanico.

—Eres tonto, Madgi. Yo misma me ahogo de calor.

—¡Te ahogas!—replicó como un eco su madre, sentada contra la pared, sobre un montón de almohadones.—Todo el mundo se ahoga. Desde que murió mi marido, nadie se cuida de mí.

—Es cierto... Gracias, Lienn. Déjalo ya—dijo Brzeski, saliendo de su ensueño.

Sonrió á la joven y le conmovió la mirada de aquélla, llena de afección y de temor.

Se levantó, y subiendo la escalera, que crujía lastimosamente, fué á encerrarse en su cuarto. Allí quedaban algunas huellas de Europa, porque no había podido olvidar por completo sus antiguos hábitos. A la cabecera de la cama colgaban el retrato de su madre y una crucecita de ébano. En un estante pequeño había libros; en una mesa, cerca de la ventana, los objetos, europeos y chinos, necesarios para escribir, á más de un pisapapeles, un reloj y un florero con flores frescas. Todo estaba limpio y arreglado con gusto.

Aspiró el aroma de las flores. Al mismo tiempo seguía, por la ventana abierta, los progresos del crepúsculo, que ganaba rápidamente los alrededores. La luz purpúrea había ya desaparecido de la azulada superficie del río; sus reflejos roji-

zos temblablan aún en las puntas de los mástiles, en las velas de los juncos, en las ramas de los árboles. Las últimas chispas del sol se apagaban sobre los tejados de porcelana de las casas y de los santuarios. El campo se ensombrecía; encendíanse las estrellas. Las campanas del convento volteaban, ahogando el murmurio del arroyo y el débil tintineo de las campanillas de cristal del jardín.

—Me quedaré aquí—se dijo Brzeski, y se tranquilizó.

...En ninguna parte se encontraría mejor; en parte alguna encontraría mayor solicitud. Allí podía mantenerse apartado de las intrigas y feas acciones de la fábrica y conservarse puro, como lo deseaba su madre. Allí, desde el punto de vista material también, todo era más modesto y menos costoso. Sabía lo que cuestan en China las recepciones y las costumbres á la moda europea; y en cuanto fuera á vivir en la fábrica, no evitaría las relaciones con sus compañeros. Allí tampoco economizaría, es cierto, pero mejoraría su situación cuando la aumentasen el sueldo. No experimentaba además ni el deseo ni la necesidad de manchar su género de vida. En la fábrica, la cosa hubiera sido distinta: aquello era el abismo. Su peculio desaparecería, sin que supiese cómo. Había que mostrarse práctico y evitar también la tentación, porque era joven y no tenía experiencia.

—¿Pero de dónde saca tanto opio la mujer de Vann? Desde la muerte de su marido vive en un continuo sopor—se preguntaba al desnudarse.

Llegó á esta conclusión: debe de haberse apropiado el dinero que dejara Vann, y que se supuso que se lo había llevado.

—Probablemente habrá empleado toda la cantidad en opio, y ahora fuma hasta la saciedad. Pero esto concluirá, y la vigilaré. Para quitarla esa costumbre, no se la quitaré; pero no le daré más que seis pipas al día: dos por la mañana, dos por la tarde y dos por la noche. Después de todo, que fume.

Se tranquilizó por completo y se durmió casi feliz.

.....

Pasaba el tiempo, cicatrizando las antiguas heridas y dejando que se despertasen nuevas esperanzas.

La estación tocaba á su fin; el movimiento disminuía en la fábrica; se aclaraba la multitud en las calles y en el puerto.

En la casita del valle, á orillas del arroyo, sucedíanse los días y las noches sin que se notase, silenciosos, semejantes unos á otros, como los aleteos del pájaro. Madgi iba á la escuela; Lienn estaba alegre, se había desarrollado, y se ocupaba de las provisiones para el invierno. Su madre poseía aún bastante opio. Nadie turbaba la casita, nadie iba á ver á los moradores, á excepción de los vendedores y proveedores.

Brzeski descansaba gustoso en aquel retiro silencioso, tras las faenas del día: olvidaba poco á poco las pasadas emociones.

Leía libros, periódicos de Europa, ó trataba de profundizar las obras clásicas chinas. Los pasajes difíciles se los explicaba con solicitud Chan-Seo, con quien había reanudado las relaciones durante los últimos acontecimientos.

—He esperado á que tu alma y la mía se hubiesen apaciguado—le dijo con sencillez el anciano en su primer encuentro.—Las discusiones religiosas excitan las pasiones. Me avergoncé de que un viejo decrépito, como yo, se arrebatara como un niño, se olvidase de que la simpatía, la prosperidad y las virtudes de los vecinos tienen más importancia en la vida que una oración rezada en común con ellos. ¿Has observado, joven, que muchas flores florecieran dos veces este otoño? Los hortelanos se quejan de ello, porque recogerán pocos frutos el año próximo; pero no piensan así los árboles, en los que la flor es una sonrisa.

El anciano irradiaba de nuevo apacible bondad; Brzeski le envidiaba su serenidad.

—Tiene que odiarme, despreciarme á mí, salvaje «yang-hun-tsy», por cuya culpa han muerto tantos hermanos suyos—se decía; y evitaba, en sus conversaciones, pronunciar el nombre de Ya-Su, y no se atrevía á preguntar al anciano la definición de la palabra «violencia».

Mientras tanto, pensamientos pesados como piedras y nubes sombrías habían invadido su corazón. Vagaba por medio de todo aquello, sin saber á quién amar, á quién compadecer, á quién socorrer. Kirghizos, mongoles, chinos, ignorantes, pobres, leprosos, gentes oprimidas, perseguidas, torturadas por todas las miserias; muchedumbres enteras de horribles espectros amarillos, blancos, negros, le tendían las manos... Cada uno necesitaba todo. El menor de aquellos infortunios exigía sacrificios inauditos, y él no tenía que ofrecer sino su vida. ¿A quién y con qué fin darla?

—¡Al país, al país!—gemía en aquellos momentos.

Aquí era la noche; allí brillaba para él un día claro. Aquí su espíritu se ahogaba en las tinieblas; allí le parecía que inmediatamente sabría qué hacer de su vida.

Y ésta, ahora, en el exterior de su sér, se deslizaba tranquila y monótona, como el agua sobre la piedra sumergida.

A veces se apoderaba de él un terror, cuando pensaba en aquellos días, irrevocablemente muertos, que no dejaron ninguna huella útil en su alma.

Se levantaba siempre á la misma hora, comía á la misma hora; siempre con la misma aplicación hacía é inscribía las cuentas de la fábrica, bromeaba con Lienn, sonreía á Madgi, conversaba con Chan-Seo de la voluntad, del alma, de la misteriosa trinidad de la Existencia que reúne en sí lo que ha sido, lo que es, lo que será. Experimentaba, sin embargo, la sensación de no ser el mismo, sino el espectro de sí mismo.

—Ser bueno no significa solamente compadecer y pensar equitativamente; ser bueno significa también incorporar el bien en actos.

Buscaba ardientemente de qué manera podría formular su afección por los que sufrían en torno suyo, sin dejarse absorber por completo, ni arrebatar la esperanza y la posibilidad del regreso al país. Después de largas reflexiones, resolvió enseñar á Madgi... el francés y las ciencias naturales.

El muchacho, ocupado todo el día en la escuela, acogió aquel proyecto con hostilidad.

—No quiero. ¿Para qué? Yo no he de ser un hombre de Ultramar. Tengo mi profesor. Dé usted más bien lecciones á Lienn, que no sabe nada.

—Sea—respondió Brzeski, algo turbado por la negativa. —¿Quieres estudiar, Lienn?

La joven se quedó unos momentos muy confusa.

—¿En dónde?—preguntó.—¿Tendré que ir á tu cuarto?

Madgi se echó á reir.

—No. Aquí, en el terrado.

—¿En el terrado?—repitió ella asombrada.

A su vez se ruborizó Brzeski. Se marchó y no volvió á hablar de lecciones.

A consecuencia de sus continuos ensueños y de su tristeza, sus relaciones con sus compañeros empeoraban de día en día. Pensaban que los despreciaba.

—¡Qué orgulloso es el sobrino del propietario!—decían con acritud.

Además, todo el mundo estaba irritado por el déficit que se preveía. Las esperanzas del tanto por ciento habían caído por tierra. El director, en sus conversaciones con el tenedor de libros, cultivaba cada vez más la filosofía.

—Indiscutiblemente, la esclavitud más penosa para un sér pensante es su dependencia de la multitud. Nos acostamos tranquilos, en medio de servidores fieles en la apariencia y honrados, y estamos amenazados de despertar en medio de energúmenos. Un puñado de tunantes perturba el equilibrio de miles de individuos. Uno solo comete una locura, y millones sufren las consecuencias. La sociedad, la civilización, el porvenir de las naciones, todo esto se encuentra en un estado de equilibrio inestable, que puede romper el primer imbécil que se presente. El deber de los amigos de la humanidad es, ante todo, consolidar ese equilibrio mediante una autoridad robusta que castigue á los culpables y deje en paz á los ino-

centes. En vez de esto, ¿qué sucede aquí? Los mandarines no piensan más que en sí mismos, despojan á los vivos y á los muertos, ó bien languidecen en la inercia. Todo se sepultará muy pronto en el caos de la barbarie, á menos que Europa no ponga mano en *todo esto*... ¿Qué piensa usted?

—Que así es. He aquí por qué habría que considerar todos los motines como equivalentes á incendios, inundaciones, catástrofes naturales; no deberían ejercer ninguna influencia sobre el cálculo de los ingresos normales. ¿Qué culpa tienen, por ejemplo, los empleados de la fábrica? O, en otro caso, esas pérdidas deberían cobrarse de los sueldos de los mandarines y personajes influyentes de la localidad. Estas gentes son responsables, en realidad, de la tranquilidad y del orden. Habría que someter, sobre este asunto, un proyecto al cónsul.

—¡Oh! entonces desaparecerían seguramente los motines. Pero trate de expresar ese pensamiento en público; inmediatamente caerán sobre usted, en los periódicos, todos los filántropos y los idealistas. Sin embargo, convendría á todos, especialmente al pueblo, que es el que más pierde con los motines. Las empresas vacilan, los capitales se esconden y los obreros carecen de trabajo. Una autoridad fuerte es el fundamento de toda sociedad.

Las disertaciones sobre este asunto duraban de ordinario mucho tiempo. Brzeski no se mezclaba en ellas, pero le apenaban.

—¡É iba yo á tener que estar siempre con estas gentes si viniera á vivir á la fábrica! —pensaba mientras se encaminaba de prisa á su casa.

Pero á veces elegían temas más alegres, cuentos más ó menos escandalosos, chanzas sobre las costumbres chinas. Los empleados jóvenes tomaban parte en estas conversaciones, y las risas eran generales. En las historietas de color subido sobresalía el tenedor de libros.

—El pudor de las chinas no conoce límites y su modestia es ilimitada—peroraba.—Hasta con sus hermanos hablan al

través de los biombos. Los médicos les toman el pulso á distancia, por medio de varitas de huesos, y basta que el marido vuelva la cabeza para que en seguida estén... en posición. En el fondo, los celos de los maridos se fundan en la convicción muy justificada de que una china no pueda cambiar tres palabras con un hombre sin cometer una traición. Toda la intriga de su mejor marcha se basa en ese axioma. Parece que el axioma, como todo principio en general, admite algunas excepciones, lo que tratan largamente de demostrar cuatro volúmenes enteros. Al final del cuarto volumen, la joven, la heroína de la novela, es reconocida aparte solemnemente por las damas de la corte de la emperatriz Vatt-Fair-Fisch, y se promulga un edicto, en el que... se describe minuciosamente su inocencia. Pero no todo el mundo tiene la suerte de caer bien... En la apariencia, por ejemplo, todo es regular y digno: una casita apartada, nada de visitas, todo es calma, ideal..., un idilio. Los ojos de la muchacha siguen al joven como si fuera el sol... Pero cuando está ausente, veinticuatro chinos, los frailes de todo un convento, van á visitar el nido...

Reinó el silencio en la oficina; hasta las plumas callaron.

Le pareció á Brzeski que todo el mundo le miraba; su cuello inclinado enrojeció fuertemente. El fotógrafo..., el juicio..., el perro..., el barón..., el inglés arrancado de su asno..., todo se fundió en un solo relámpago. Sin embargo, se contuvo. Pero ¿qué hacer, qué hacer? No podía, sin embargo, dejar que pasara aquello en silencio... —Me explicaré con él á la salida de la oficina—se dijo.

Paseaba maquinalmente su pluma por el papel y combinaba su discurso. Le diré con calma: «¿Por qué ofende usted á una joven que no le ha hecho nunca daño alguno?»

No; no hay que mezclarla en el asunto. Le rogaré sencillamente, sin ninguna explicación, que olvide por completo su existencia, la de Brzeski. Esperará en el terrado ó, mejor, ante el cuarto mismo de aquel individuo. Aquí podrían molestarles.

Cuando el tenedor de libros vió á Brzeski ante su puerta,

su barbilla gris se estremeció ligeramente. Pero se repuso en seguida y quiso evitarle, saludando.

—Perdone usted: dos palabras...

El tenedor de libros se detuvo y le miró de soslayo.

—¿Qué hay?

—He venido para rogarle que olvide por completo mi existencia.

—Convenido con mucho gusto. ¿Le parece á usted que le concedo demasiada atención?

—No hará usted ninguna alusión, ninguna insinuación—añadió el joven con voz que contenía á duras penas.

—¿Qué alusiones? Es un compromiso demasiado vago. ¿Puede usted ver alusiones donde no las hay?

—Mi petición es formal.

—Y si yo no la atendiera, ¿qué sucedería?

—No le retaría á usted á un duelo. No. Eso no entra en sus costumbres. Además, es un mal medio de arreglar un asunto con gentu..., con gentes como usted. Pero le aseguro que no insistiría usted...

—¿Cómo? ¿Violencia? ¿Amenazas?

Brzeski no podía ya hablar: estaba pálido; alzó el puño y lo agitó bajo la nariz del viejo.

—¡Tunante! ¡Pillo! ¿De quién vamos á depender no tardando? Es irritante. Sin embargo, no se ha atrevido á tocarme, mientras que yo he dado en el blanco. ¡Si llegara á marcharse de aquí ó tener una historia con los chinos! El director no tiene intenciones de permanecer mucho tiempo en Yu-Ku; me quedaría yo solo—murmuraba el tenedor de libros, siguiendo con los ojos al joven, que desaparecía al doblar el edificio.

Brzeski marchaba como un hombre ebrio.

Se repuso en el parque del convento. En las profundidades mudas, umbrosas, oyó de repente rumores que hasta entonces no había oído. Le llamaron la atención la multiplicidad y diversidad de huellas de pasos en el sendero. Lanzó una mirada recelosa á un fraile amarillo que le saludaba cortésmente, di-

rigiéndole la pregunta habitual sobre el arroz. El budista se paró, asombrado de la actitud extraña del joven. Brzeski sintió que el fraile le seguía con los ojos, y se volvió con inquietud.

—Me espía—pensó.

Y de repente experimentó en el corazón un dolor violento, como si una serpiente se hubiera enroscado en él; sintió en su pecho el frío del reptil.

—¿Qué es esto? ¿Amaré y estaré celoso? ¡No, no! Lo que me subleva es la abyección humana. Yo no puedo, me está vedado el... Es fea, completamente fea, una china vulgar, amarilla, sucia...

Entró en el terrado y quiso subir á su cuarto sin detenerse.

Lienn estaba poniendo la mesa, y le dirigió una ojeada. Él se detuvo.

—¿Ha venido alguien á preguntar por mí?—preguntó con viveza.

Ella meneó negativamente la cabeza.

De su figurita de niña graciosa, linda, se desprendían la alegría y una confianza sin límites; sus finos labios se entreabrían como dos pétalos de rosa; le miró con sus ojos abnegados, claros como las estrellas.

La serpiente desenroscó sus anillos, y el corazón del joven palpitó de alegría.

Una hora después, al terminar de comer, mientras que Madgi dormía con los codos sobre la mesa y Lienn quitaba los cubiertos, preguntó Brzeski tímidamente:

—Dime, Lienn: ¿es cierto que no viene nadie aquí ahora?

—Nadie, señor.

—¿Quién ha venido hoy, por ejemplo?

—El carnicero, el hortelano con sus legumbres, el adivino...

—¿Y le has interrogado al adivino?

—Sí.

—¿Qué te ha predicho?

—La felicidad—respondió ella con una bonita sonrisa.

—Sin duda son esas gentes las que han andado por el jardín. Tal vez pasan por aquí para ir á otra casa. ¿Te has fijado en ello?

—No, señor.

—¿Y los frailes, no te molestan? Puedo rogar á su superior que los vigile.

—No, señor—respondió ella, hablando cada vez más bajo, invadida por un vago temor.

—¿Cómo es que no viene nadie?

—Nos hemos quedado «sin rostros»... Nos han abandonado —murmuró.

Brzeski guardó silencio un momento.

—¿No preferirías, Lienn, ir á otra población, en la que no se supiera nada sobre vosotros?

—No sé, señor.

Se retiró con los platos. Él oyó el ruido del agua. Esperó, pero no volvió ella.

No encendió luz en su cuarto, y permaneció mucho tiempo en la ventana aspirando el aire fresco y perfumado, siguiendo atentamente el reflejo de la luna sobre el río, rizado por menudas ondas. De repente, en la columna luminosa, apareció una canoa pequeña y negra. El remero, con un sombrero parecido á una escudilla al revés, se inclinó, golpeó el agua con su largo remo y desapareció en las tinieblas.

.....

A partir de aquel día, le envolvió en la oficina una atmósfera verdaderamente glacial: el director le reñía, el tenedor de libros ni le miraba siquiera, y los otros empleados seguían el ejemplo de sus jefes. Afectaban con él una cortesía excesiva, pero las conversaciones se interrumpían cuando se acercaba, y le respondían á la fuerza á sus preguntas.

Él no dejaba ver lo que le molestaba aquella hostilidad; pero en cuanto terminaba su trabajo se apresuraba á marcharse á su casa.

Por fin, el director le llamó un día á su despacho.

—He recibido una respuesta de la Administración central. Se acepta mi proposición. Tome usted, pues, cien liangs en la caja, y entrégueselos á la viuda. En el caso de que quisiera volver á Pekín, se le abonarán también los gastos de viaje. Me ordenan al mismo tiempo que le haga á usted venir á establecerse inmediatamente en los locales de la fábrica. Todos los europeos que pertenezcan á la Administración deben de aquí en adelante vivir en el recinto, en previsión de nuevos motines.

Brzeski bajó la cabeza.

—¿No está usted satisfecho todavía? Todo se arregla perfectamente. Ha aprendido usted suficientemente el idioma; se ha divertido usted en grande... Tiempo es de pensar en trabajar seriamente. Espero que concluirá esta mascarada, que entrará usted por fin en nuestro círculo y que sus relaciones con sus compañeros mejorarán. No puedo tolerar por más tiempo esta broma. Tanto más, cuanto que me mandan, con violación de todos los derechos de antigüedad, que le tome por secretario, y más adelante por ayudante. En el estado actual de cosas, me sería absolutamente imposible hacerlo. Ha ofendido usted al tenedor de libros; trata usted á sus compañeros como enemigos. Yo lo sé todo, lo veo todo. Si quisiera ejecutar las órdenes de su tío, me quedaría sin empleados; todos se despedirían. Solamente el cambio de su conducta...

—No veo en qué podría cambiar.

—Por de pronto, vivirá usted con ellos. En este punto, además, hay orden formal del Sr. Snietycki. Desea esa instalación por otros motivos también, respecto á los cuales le escribe á usted probablemente. Aquí tiene usted dos cartas.

Entregó á Brzeski dos sobres: en uno reconoció la letra de su madre y se apresuró á abrirlo. Recorrió la carta rápidamente; estaba llena de desesperación y terror, á causa de lo que decían los periódicos sobre los sucesos de Yu-Ku. Se tranquilizó, pues desde entonces había escrito ya dos cartas á su madre contándole lo ocurrido.

En cambio, la carta de su tío le indignó profundamente.

«No te he enviado ahí—escribía el tío—para hacer novelas, sino para hacer dinero. Exijo terminantemente que termine todo esto. ¿No te avergüenzas? Tu madre, abrumada de años y de trabajo, no sabe en dónde descansar su cabeza en la vejez, y tú recoges las flores de los placeres orientales. Rompiste con el barón: te perdoné. Te disfrazaste de chino: consentí en ello. Te pegaste con un inglés: lo aprobé, aunque todo esto no fuese muy correcto. Yo me decía que cada cual podía tener sus convicciones. Me expusiste tu ideal, que era el de trabajar para tu pueblo, para la humanidad. Y en resumidas cuentas, ¿qué? Te has llevado de la capital una muchachita china, y volverás al país con media docena de chinitos: esas historias concluyen siempre así. ¿Está bien esto? ¿Está bien, te lo repito...?»

A medida que Brzeski leía, se iba poniendo rojo.

—¡Pero si no es verdad! ¿Por qué ha escrito usted en ese sentido á mi tío? Porque ha tenido que ser usted... Esa muchacha es pura y digna. ¡Esto es una calumnia!—dijo volviéndose al director.

—Tanto mejor, tanto mejor—gruñó éste.—Si escribí eso, fué porque quiero su bien y no veía otro medio. Ahora seamos francos: dígame si tiene usted la intención de romper con ellos, y cómo entiende usted esa ruptura.

—Les diré que la Administración les da dinero, y creo que se marcharán.

—¿Y si no?

Brzeski vaciló.

—Ya lo ve usted. Quiere usted ganar tiempo y demorar indefinidamente el asunto. Mientras tanto, toda esta aventura se presenta bajo mal aspecto, y todo retraso la agrava más. Me entero con gusto de que la joven es inocente, digna de estimación y pura... ¿Entonces por qué le trastorna usted la cabeza? ¿Tiene usted la intención de casarse con ella? Lo dudo... y no obstante, despierta usted positivamente en ella ciertas

esperanzas, y al mismo tiempo empaña su buena reputación... Todo el mundo, todo el mundo, sin excepción, piensa lo que yo he escrito... ¿Está eso bien?

—Ciertamente... sí he obrado mal; yo no sabía...—confesó Brzeski muy confuso. —¿Pero qué hacer ahora?

—Lo toma usted todo excesivamente por lo trágico. En las relaciones con los indígenas hay que ponerse en el nivel de su manera de ver. Lo que usted considera como una perla preciosa no es para ellos sino un pedrusco completamente vulgar. Todos hemos tenido aquí aventuras exóticas, de las que, sin embargo, hemos salido indemnes... Algunos suspiros, un poco de dinero, cierto pesar... ¿Quién no ha pasado por eso?... Si usted fuera otro hombre, no tendría que hablarle de esto: el curso natural de los acontecimientos resolvería el problema. Pero, para usted, el único remedio es huir de esas mujeres cuanto antes, hoy, mañana, pasado mañana lo más tarde. Acérquese usted á sus compañeros, haga con ellos una ó dos partidas de cartas, tome parte en sus distracciones: se convencerán de que no les desprecia usted, y le cobrarán amistad; porque veo que en el fondo es usted un buen muchacho, y veo con gusto en usted á mi futuro ayudante. Tal vez concluiremos con todas las malas inteligencias. Dios lo quiera. De modo que hasta mañana.

Brzeski permanecía inmóvil, apoyado en el quicio de la puerta.

—No me fije usted fecha. Haré... haré lo que es preciso—balbuceó con voz alterada.

—Como usted quiera. Le compadezco. Se ha enamoricado usted seriamente, por lo que veo. Aquí tiene usted un bono de cien liangs sobre la caja.

Brzeski no se sentía con ánimos de trabajar más en los registros, y salió pronto de la oficina. Tampoco tenía fuerzas para volver á su casa, y se dirigió hacia el lado opuesto. Descubrió, á orillas del agua, cerca de los muros de la ciudad, un montículo solitario y herboso; subió á él, y se tumbó con los

ojos fijos en el cielo. Sentía en su bolsillo el paquete de dinero, y experimentaba ese malestar doloroso, inexorable, que hace insoportable toda meditación. Las censuras de su tío, la desesperación de su madre, las palabras del director, sus propias ideas y sus propios pensamientos, formulados ó solamente concebidos, surgían en él sin orden, para desaparecer en seguida, como las espumas en la agitada superficie del río.

El agua brillaba al sol. Surcábanla los barcos ligeramente; cerca del montículo dos lavanderas, desnudas de medio cuerpo arriba, golpeaban furiosamente la ropa, y, cuando descansaban, maldecían de sus antepasados y de ellas mismas.

Brzeski experimentaba una gran satisfacción por poder oir y verlo todo de lejos...

Volvió á su casa ya de noche, y dejó la conversación para el día siguiente. Por la mañana oyó desde la ventana á Lienn que encargaba á un vendedor las legumbres de que él gustaba especialmente, y no tuvo valor para decirle que ya no harían falta.

En la oficina le impresionaron desagradablemente las miradas interrogadoras del director. Observó que aireaban las habitaciones de Sergio y que cambiaban las colgaduras.

—¡Qué diablo! Yo no les he prometido concluir de un golpe. Después de tanto tiempo, no se puede decirles sin motivo ni razón: ¡largo! Son seres humanos, y no perros...

Durante la comida de la noche permaneció sombrío, silencioso, y comunicó á los demás su tristeza. La misma mujer de Vann se asustó y dejó el terrado antes que de costumbre. La luna argentaba la mitad del patio, mientras que la otra estaba en sombra. El murmurio del arroyo llegaba sonoro y claro.

—Lienn—dijo Brzeski con voz alterada.

La joven se estremeció. En él también tembló el corazón.

—La Administración os envía cien liangs, que son el salario de tu padre, y me encarga que os diga que, si queréis volver á Pekín, pagará el viaje.

—¿A Pekín? ¿Y por qué? ¿Y usted?

—Yo me marcho mañana de esta casa, en previsión de motines posibles...

Su voz se quebró, y se levantó. La joven no se movió, ni le miró siquiera. Él sonrió dolorosamente, y subió á su cuarto.

Por la ventana abierta penetraban en la habitación una pálida luz lunar y tibios perfumes. Brzeski no podía dormir ni leer... ¡Qué irreparablemente crueles eran todos aquellos acontecimientos! Se levantó y se puso á andar, pero observó que el piso crujía espantosamente. Volvió á acostarse, y esperó que hubiesen callado todos los ruidos en la casa para salir sin despertar á nadie.

Cuando todo estuvo en silencio, bajó con precaución y se dirigió á la puerta del terrado. Cerca de una de las columnas rozó de repente con una forma humana que se recataba. Asustado, dió un salto.

—¿Eres tú, Vann? ¿Has vuelto?

—No, soy yo... Lienn.

—¿Qué haces aquí? Es tarde. Cogerás la fiebre.

Ella se callaba.

—Oye, Lienn—añadió.—Quería precisamente decirte que os ayudaré siempre... siempre... que pensaré en vosotros y me ocuparé de vosotros. Si me marcho, os dejaré mis señas.

Oyó un llanto silencioso, ahogado.

—¿Lloras, Lienn? Perdóname; ciertamente, he hecho mal... no sabía...

—¡Oh señor! quédese usted todavía un poco: un año, seis meses, un mes. Cuando se marche, el día desaparecerá para nosotros. ¡Quédese!

—Oye, Lienn: tengo una madre de edad, cansada...

—Ya sé que no se quedará usted para siempre. Pero quédese aún dos ó tres meses, una semana. Y sea usted para mí lo que todo el mundo dice que es usted... Déjeme por lo menos un hijo; ¡cuánto le querría, cómo le cuidaría! Brillaría ante mí

como los vestigios del sol sobre las colinas cuando la noche llega...

—Reflexiona, Lienn. Eres joven, te casarás...

—¡Oh, no! Las muchachas como yo no se casan... Desapareciendo usted, es la soledad eterna la que me espera. Además, no quiero... Nadie sería tan bueno como usted. Usted me ha respetado; á mí, que me vendieron como esclava. Su dulce voz resonará siempre en mis oídos, y no dejará que pase ninguna otra. Pero soy fea... negra... le repugno á usted, sin duda... Por eso me rechaza, por eso me huye.

—¡Oh Lienn, Lienn!

—Entonces, oye, extranjero: estréchame, bésame, apriétame en tus brazos... una sola vez...—murmuró con violencia.

Se inclinó hacia adelante con los brazos extendidos, pero no encontró más que el vacío.

Brzeski había retrocedido. Su cabeza ardía. El instinto le decía: huye. Sin notarlo, se encontró en la escalinata del terrado, bajó al patio y desapareció en el parque. Erró por él largo rato antes de llegar al sitio en que se alzaba la estatua de Buda, con la lámpara siempre encendida. Sentóse, rendido, en un banco, y la nube de pensamientos que rechazaba le invadió al punto.

¡Siempre lo mismo! Veía ante sí los ardientes ojos de la joven; sus manos morenas y finas se tendían hacia él... «Un año... un día... una sola vez... estréchame... bésame... quédate... Como los vestigios del sol... Desapareciendo usted... me espera la soledad eterna...», murmuraba la linda boca.

Y de pronto, de la obscuridad avanzó hacia él una cabeza coloreada, expresiva, que parecía viva, y que tenía las facciones de él mezcladas con las de Lienn. Arrastraban aquella cabeza por el polvo, cogida de la trenza; la sangre brotaba de su cuello segado. «Ha obtenido usted satisfacción, usted era amigo de Sergio», murmuraba una voz. Y más lejos pasaba, á la luz de la luna, una fila de chinos encadenados, que entonaban un canto maldiciendo á los extranjeros. Las ramas de los ár-

boles brillaban al través de los cuerpos transparentes de los condenados. Un diablillo gestero, brillante como una llama—su hijo y el nieto de su madre,—le apuntaba con un arco... «Así se defienden de nosotros», decía Sergio.

—¡Oh Dios! ¿Por qué delito me castigáis? ¡Cuánto sufro, ah, cuánto sufro!

Se levantó inundado de un sudor frío, y se apoyó en la balaustrada de piedra que rodeaba la estatua de la divinidad. La luz de la luna brotaba detrás de las rocas como un nimbo gigantesco. Desde abajo la lámpara proyectaba reflejos metálicos sobre el rostro de la estatua y el marco de follaje. La boca de bronce de Buda sonreía con bondad; sus ojos místicos miraban ante él bajo sus pesados párpados entreabiertos.

Brzeski fijaba sus ojos en él; y de repente, en el pedestal, llamearon letras contorneadas, antiguas, y se juntaron en una frase que le atravesó como un relámpago:

«Por el sufrimiento resolverás el enigma, y de esa solución dependerá que se haga más pesada ó más ligera la carga... Y la *maitrabala*, la ley de amor, es lo que buscas y lo que te libertará...»

La aparición se desvaneció. En la cabeza del joven todo daba vueltas, y tras él oyó un murmullo dulce, penetrante, como coros de ángeles, como el benévolo cuchicheo del viejo asceta.

Brzeski se volvió: no había nadie.

. . . . . .

Salió de la casa antes de amanecer, sin despedirse, y mandó á buscar sus efectos. Se sentó en la oficina vacía, ante su mesa, y escribió á su tío:

«Quiero volverme. No deseo dinero, ni posición, ni gloria. Quiero trabajar y sufrir en medio de los míos. Le he proporcionado una decepción, y sin duda le he costado mucho dinero; pero yo mismo ignoraba quién era. Aquí hace falta otra clase de personas: milanos, cuervos, águilas tal vez... Yo no puedo... Aquí todo muere sin eco, todo es estéril, pasajero, sin

mañana... Ahora bien: yo no puedo vivir sin ese mañana, por lejano que esté, que los ojos no perciben tal vez, pero que el alma debe siempre sentir. Aquí cada acto y cada pensamiento, bueno ó malo, caen como en un pozo sin fondo... En realidad, nada los distingue... Yo he tratado de quebrantarme, de sufrir durante algunos años con los ojos cerrados... No puedo... Ando como entre tinieblas. Me he convencido de que los hombres que luchan continuamente con su corazón se quedan como un buque sin timón y sin estrellas... Querido tío, es necesario que me vuelva, ó estoy perdido».

Todo el día vagó como entre brumas, con los ojos llenos de lágrimas.

El director le miraba con benevolencia, y sus mismos compañeros, hasta el tenedor de libros, sintiendo un cambio en él, se mostraban particularmente amables. A medida que se acercaba la noche, le invadía la fiebre... Irá: forzoso es que vaya una vez más á verlas, para consolarlas, para hablarlas, para distraerlas, para hacerlas entender que no están completamente abandonadas, arrojadas al estercolero como basura. Se lo explicará todo detalladamente á Lienn. Ahora que ambos están más tranquilos, que los primeros dolores, los más agudos, han pasado, les será más fácil entenderse. Ella sentirá que el corazón de él sangraba, y soportará más fácilmente el dolor.

Iba de prisa, echando rápidas ojeadas á los árboles, á los arbustos, á los piedras del camino, á todo lo que tan bien conocía por sus paseos cuotidianos. El corazón le palpitaba cada vez con mayor violencia, hasta el momento en que sus sentimientos sofocados estallaron como un huracán y le envolvieron por completo. Todo desapareció, se fundió en él. No veía más que el azul del cielo lleno de sol, los verdes macizos de los árboles, las doradas cúpulas del convento. Todo le sonreía alegremente, todo se le presentaba seductoramente, todo le decía que la vería pronto. Una tempestad embriagadora agitaba deliciosamente su cuerpo juvenil. Salvó el sendero en algunos saltos, rozó los arbustos llenos de campanillas y distinguió por

fin, como una aparición, en la púrpura del Occidente, la grata casa de tejado en forma de alas, el muro cubierto de hiedra, los cantos con musgo del arroyo.

En un vuelo franqueó el arqueado puente. Llegó al patio silencioso. En el terrado no había nadie. Sobre la mesa vió la vajilla y el dinero, abandonados allí desde la víspera. Entró en la sala de los antepasados. Allí estaba Madgi llorando.

—Todo el mundo duerme... No hay cena... Mamá duerme... Lienn duerme...

—¿Dónde está Lienn?

—Arriba, en el cuarto de usted.

Subió á escape y entró.

A la luz del sol poniente, sobre la cama con colcha de seda roja, estaba tendida la joven, con el rostro descubierto, con los brazos cruzados sobre la cabeza. Brzeski percibió un olor desconocido, que mareaba... La tocó: estaba helada.

—¡Está muerta! ¡Se ha matado!—exclamó.

—¡Lienn se ha muerto! — gritó Madgi, y se precipitó con estrépito por la escalera.

Brzeski permaneció allí un momento, como petrificado; después trató de reanimarla, y por fin corrió para ir á buscar á un médico, ó enviar á buscarle. A excepción de la mujer de Vann, desvanecida, no encontró á nadie en la casa. Salió corriendo. Las campanas del convento llamaban quejumbrosamente á los fieles á la oración.

El jardín estaba desierto. Brzeski siguió hacia la fábrica. La tierra oscilaba bajo sus pasos, ondulaba en espirales, repercutiendo el volteo de las campanas. Tropezó con gentes sin verlas; pero veía al mismo tiempo claramente en el río encenderse filas de luces de colores, y emerger, titilando, las estrellas del fondo del cielo. No oía las preguntas que le dirigían, pero percibía el rumor de la ciudad lejana, rumor parecido al zumbido de una colmena; distinguía el ladrido de los perros, el canto de los gallos, los gritos de los que le llamaban... Su alma parecía estallar en mil parcelas, cada una de las cuales

pensara y sintiera separadamente, esforzándose todas, con un sufrimiento indecible, por juntarse de nuevo.

Llegó con gran trabajo á la fábrica.

Cuando hubo contado al director, con voz entrecortada, lo que acababa de suceder, aquél se cogió la cabeza con las manos.

—¡Esto nos faltaba! Nos exterminarán á todos. Que se llame inmediatamente al tenedor de libros.

Presentóse éste.

Brzeski permanecía sentado, con la cabeza apoyada en una mano, sin hacer movimiento alguno. Pero cuando el director, en su relación, pronunciaba el nombre de Lienn, el joven se estremecía ligeramente.

—¡Que huya!—dijo el tenedor de libros.—No veo otro recurso. Déle usted una carta para el cónsul, explicándole todo el asunto. Llamaremos también al dao-tai mañana en cuanto amanezca, y encargaremos un palanquín de gala. Usted mismo, señor director, referirá la cosa al dao-tai, y será preciso untar bien á los funcionarios. Como siempre, ganemos tiempo, y todo irá bien.

. . . . . .

Brzeski apenas volvió en sí en la canoa; los remos golpeaban el agua cadenciosamente, y llevaban al joven por la bruma lejana del río murmurador.

WENCESLAO SIEROSZEWSKI

CRÓNICA LITERARIA

Dos muertos ilustres: Balart. Valera. — La tragicomedia *Bárbara*, de Pérez Galdós.

BALART.

El 11 de Abril último falleció en Madrid D. Federico Balart, famoso crítico y poeta. De él dijo en su *Literatura española en el siglo XIX* el P. Blanco García, que era el juez más imparcial y sensato de artes y letras que tuvimos desde los tiempos de Larra. Aunque los juicios de esta historia de la Literatura, á cuya autoridad contribuye bastante el no haber otra, no deben tomarse siempre como artículo de fe, ni mucho menos, éste me parece bastante exacto, siempre que las palabras del P. Blanco García se tomen y entiendan á la letra. Es decir, que lo de ser el juez más imparcial y sensato no se dé por equivalente á haber sido Balart el mejor escritor de crítica. Balart no fué, en efecto, á mi parecer, el mejor crítico literario que hubo desde los tiempos de Larra. La crítica—como muchas otras cosas — ha ido saliendo de los límites de su nombre, y se ha desviado algo de su misión primera para constituir un género sustantivo. A lo mejor, en ella lo criticado es un pretexto para disertar ó discretear, y en estos casos la imparcialidad queda reducida á una de tantas excelencias, á menudo no la más importante. Puede discutirse si esta desviación ó ampliación de la crítica es buena ó no, pero es un hecho, y este hecho tiene que pesar sobre la apreciación de los méritos del crítico. Valera, que frecuentemente ha sido tan

poco juez; Anatolio France, que se encuentra en el mismo caso, son, sin embargo, excelentes escritores de crítica, entendiéndola con esa amplitud.

Dado que la crítica influya algo en la marcha de la literatura y encauce ó guíe la producción literaria, Balart influyó poco, á mi juicio, en la literatura actual. Escribía poco, tal vez porque era un escritor muy concienzudo. Gran parte, la mayor, de su labor crítica, era desconocida de la generación literaria presente. Balart era ya anciano, tenía más de setenta años. Los escritos que le dieron fama en este género dormían en *La Verdad*, *La Democracia*, *Gil Blas,* periódicos ilustres y olvidados de la época anterior á la Revolución de Septiembre. Verdad es que colaboró después en otras publicaciones, como *El Globo, La Ilustración* y *El Imparcial*, pero fué á grandes intervalos y con largos eclipses. No era Balart un escritor constante, cotidiano, y no hay que maravillarse tampoco de que habiendo empezado su carrera literaria en tiempos lejanos en que las letras iban por otros rumbos, y hasta eran otras la noción y la práctica de la crítica, se sintiese en sus últimos días en un ambiente extraño, que acaso desdeñaba, en que tal vez se sentía forastero, y que no siendo, como no fué nunca, esclavo de la pluma, escribiese muy poco, últimamente casi nada.

Era un buen hablista, correcto, esmerado, un ingenio penetrante y claro, un entendimiento reflexivo. Sabía sólidamente lo que sabía. Su cultura era más profesional que enciclopédica. Poseía la técnica de la literatura y de las bellas artes, en que ejerció de crítico. En su juventud iba para matemático, y de las matemáticas conservó en el ejercicio literario la claridad y la regularidad, la probidad de las ciencias exactas, que tienen sus caminos fijos y confían en sus procedimientos y en sus reglas. Su crítica tuvo tal vez alguna sequedad magistral; no gustó de burlas, como no sirviesen y acompañasen á las veras; no la atrajeron las penumbras de horizontes confusos y lejanos; fué seria, sobria, razonadora; no la ten-

tó el ensueño. Fué como crítico el Sr. Balart un excelente gramático y retórico, un juez de las letras, como dice el padre Blanco García, y lo fué con convicción, con imparcialidad y con arte.

Como poeta se dió á conocer tarde. La poesía suele ser dón de la juventud en hombres y pueblos; pero á Balart, una crisis sentimental, honda, la muerte de su esposa, le hizo poeta siendo ya viejo, ó por lo menos hombre maduro. Su libro *Dolores*, consagrado exclusivamente á expresar la pena por la muerte de la esposa, á llorarla en versos sentidos y elocuentes, ha sido uno de los contados éxitos que ha tenido en nuestro tiempo la poesía en verso. Fitz Maurice Kelly, en su *Manual de historia de la literatura española,* dice ver en este libro y *Horizontes*, otro tomo de versos de Balart, algo de sentimentalismo afectado. Pero esto me parece más cierto referido á *Horizontes* que á *Dolores*. El gran éxito de este último libro, en que un escritor casi olvidado resucitaba ante el público revelándose poeta, no sólo se debió á la excelencia de sus rimas y á la artística expresión de los sentimientos, sino también á la índole de esos mismos sentimientos. Las crisis tumultuosas de la pasión son de más aparato sin duda que los afectos hondos del hogar, que se han hecho hábito, carne y sangre; pero éstos impresionan á mayor número de espíritus que aquéllas, que son algo excepcional y raro, algo que sólo es realidad en contados sujetos, y por lo mismo suenan las más veces á literatura y no á cosa vivida. Por otra parte, las pasiones desordenadas y frenéticas, aunque no hayan desaparecido del mundo, parecen, en nuestro ambiente gris y apacible, visiones de ensueño. Somos más accesibles á la melancolía. Y la repercusión de esa crisis sentimental de Balart en su concepto general de la vida, el retorno á la fe, el resurgir de las creencias religiosas de la niñez, que tal vez al reaparecer no son ya creencias, sino sentimientos vagos, apariciones compasivas y amables que el pasado manda á consolarnos, era también algo más que un tópico poético, era un hecho psicológico que cono-

cen los que han sido probados por el dolor, cosa que también pudo contribuir á que el libro *Dolores* fuera gustado y aplaudido por muchos. Desde el punto de vista religioso, la virtud regeneradora del dolor es indudable, al menos para las grandes religiones metafísicas, que son en el fondo pesimistas, en cuanto proclaman la vanidad del mundo, la aflicción de la vida, lo fugaz y liviano de las existencias individuales y de su dicha. Claro es que el punto de vista naturalista es enteramente contrario, y ve en estas apologías del dolor un narcótico, un ardid filosófico de que se vale el hombre para hacer llevaderos sus males y templar sus amarguras.

En Balart, tan interesante como la obra literaria, á gran parte de la cual podría aplicarse el título con que pensó coleccionar, y no llegó á hacerlo, sus trabajos de crítica: *Novedades de antaño*, me parecen la vida y el carácter. En esto de *Novedades de antaño* no se vea la menor intención de rebajar esta honrada y notable figura literaria, merecedora de una fama que alcanzó, sin perseguirla ansiosamente. Entiéndase sólo que muchos de esos trabajos referentes á un teatro que pasó, que tiene ya la suficiente lejanía para pertenecer á la historia más que á la actualidad, pasaron ellos también á la historia literaria y son cosas de antaño. Volviendo á aquella indicación del carácter, veo en él un ejemplo raro que á pocos tentará y será por pocos imitable. Balart no tenía la obsesión de las letras, no era esclavo de la pluma, no amaba inmoderadamente la fama; ó si la amó, supo pretenderla con recato. No fué un postulante porfiado de la gloria. Voluntariamente colgó por largas temporadas la pluma, y con este desasimiento y despego mostró que pertenecía á una casta de hombres raros en las letras y en las artes. Estos hombres demuestran su talento, ganan autoridad, pero no trepan á las cumbres del éxito ruidoso, tal vez no llegan á ellas, ó llegan tarde, en el ocaso de la vida. De ellos se dice: Fulano vale, Fulano tiene talento; pero Fulano no intriga, no adula, no amenaza, no quiere, á toda costa, llegar; no es *arriviste*, desdeña la feroz competen-

cia, le repugnan el ruido y la bambolla, y muchos con menores facultades se le adelantan, bullen y brillan. Fulano se va quedando atrás, solitario y olvidado, hasta que un día, cuando ya Fulano es viejo y está desengañado y fatigado, se acuerdan de él y le hacen académico ó le dan asilo en un Pritaneo cualquiera. La delicadeza moral y estética, que impide á hombres tales triunfar ó les retarda el triunfo, hace que su obra sea menor de lo que hubiera sido en un ambiente propicio, no deja dar á sus facultades todo el fruto que contenían en potencia. Su incapacidad para la intriga, el conocimiento que tienen de que ellos no podrán vencer esa repugnancia y de que, por no vencerla, se les adelantarán espíritus inferiores, llenos de avidez plebeya, de ansia, de impaciencia, de hambre de fama y de dinero, les dan por compañeros á la desilusión y el descontento, los cuales les inclinan á la inacción y les hacen amar poco aquel ejercicio ingrato en que no medran lo que merecen; ó si medran, es á par de una turbamulta cuya compañía y emulación les incomodan.

¿Fué Balart uno de esos espíritus aristocráticos? Por lo menos, procedió como si lo fuera. Los largos períodos que pasó apartado de las letras, y hasta el no haber escrito su discurso de ingreso en la Academia Española, muriéndose académico electo, sin haber ocupado el sillón para el que se le eligiera, muestran que no estaba poseído de su profesión; que no había llegado á esa total y absoluta entrega de sí mismo en que el hombre se sacrifica á un papel ó á un oficio; que no sentía la necesidad del trato con el público, la comezón del aplauso, ni el ansia de notoriedad, tan frecuentes entre escritores y artistas. Ser excepción á todo esto indica una personalidad, un carácter, una elevación, que no hallamos en los poseídos por algo, por un oficio, por un papel social, por una misión ó una inspiración, todo lo cual supone merma de la independencia, disminución del individuo. Pero, además, estos ejemplos de indiferencia ó de frialdad hacia el éxito, de poco amor á la profesión literaria, son ejemplos sanos por otro concepto, por cuan-

to revelan cierta repugnancia de un individuo selecto hacia un medio poco apetecible. La república de las letras ha perdido mucho desde el punto de vista de la moral social, de la buena educación intelectual y de las maneras con la difusión extremada, si no del arte, por lo menos del ejercicio de escribir. Es una república demasiado democrática, harto plebeya, un lugar público, donde entra todo el que quiere y alborota á veces una ruin patulea. Padece el mal de todas las profesiones que no necesitan noviciado. Antes el escritor, por lo mismo que era menos abundante, solía tener una mentalidad más distinguida, se prodigaba menos, era algo más que un productor de cuartillas; cuidaba más de su reputación y del esmero de su trabajo, quizás sabía menos cosas; pero las que sabía las sabía mejor. Balart era de éstos, y la moderna república de las letras debía de satisfacerle poco, en lo cual daba pruebas de buen gusto.

*
* *

Bárbara.

A últimos del pasado Marzo (el 28) estrenóse en el teatro Español la tragicomedia de D. Benito Pérez Galdós titulada *Bárbara*, á la cual no vendría ancho el nombre glorioso y grave de tragedia. Se representó pocas noches, siendo la fortuna de esta obra dramática manifiestamente inferior á su mérito. La tengo por una de las mejores obras escénicas de Galdós, y por una de las más hermosas de nuestro teatro moderno, aunque su belleza no sea llamativa y chillona, sino austera y armoniosa, á estilo clásico.

Una breve indicación del argumento es antecedente preciso de lo que voy á decir de esta tragicomedia. La época de la acción es el año 1815; el lugar, Siracusa. Bárbara, condesa de Termini, fué casada por sus padres con un rico comerciante griego, Lotario Paleólogo. Este Lotario es hombre grosero y violento, que maltrata á su esposa. Bárbara le aborrece, y ama al capitán español Leonardo de Acuña, que está sirviendo á la

sazón en el ejército del rey de Sicilia. Un día, después de una violenta escena entre los esposos, Bárbara da muerte á Lotario. El hecho ocurre en un antiguo bosque sagrado, junto á las ruinas de un templo de Ceres, lugar solitario por el que acostumbraba á pasear la condesa; Lotario es muerto con su propio cuchillo de caza, que se le cayó al forcejear con su mujer. No ha habido testigos del hecho; y como el griego es generalmente aborrecido, nadie se cuida de investigar quién le dió muerte, y se admite sin dificultad la versión de que fué asesinado por bandoleros. Sólo conocen el secreto Filemón, un arqueólogo que fué ayo de Bárbara, y su esposa, Cornelia. Tal vez lo sospecha ó lo conoce también Horacio Maddaloni, el intendente, jefe político ó gobernador de Siracusa.

La tragedia se inicia al presentarse en dicha ciudad Demetrio Paleólogo, hermano de Lotario, el cual ama á su cuñada y pretende que la condesa de Termini contraiga con él segundas nupcias. Horacio, que debe favores á Paleólogo y espera obtener de él otros nuevos, le ayuda en sus pretensiones. Manda sacar del archivo la causa seguida por el asesinato de Lotario, y prende al capitán Acuña, acusándole de aquella muerte. El caballero español se declara reo de ella, tanto por salvar á su amada como porque su escrupulosa conciencia le acusa de haber sido inductor de Bárbara. Alguna vez, en sus pláticas de amores, hablaron de lo felices que serían si Lotario muriera. Acuña cree que el amor de ambos ha sido el homicida.

Bárbara pide á Maddaloni la libertad y la vida de su amado. Horacio se las ofrece con una condición: ha de casarse con Demetrio Paleólogo. Bárbara se niega, indignada; se confiesa autora del crimen ante los jueces que han condenado al capitán; trata de salvarle comprando al carcelero, Esopo. Sus esfuerzos son vanos. Los jueces la dicen que su pecado es pecado de amor, y que se acusa para salvar al hombre á quien ama. Por último, el capitán Acuña, convertido por el remordimiento á la vida de santidad como los místicos á quienes desgracias

de amor apartaron del mundo, es indultado, y marcha á Tierra Santa, donde vestirá el hábito franciscano. Bárbara se resigna, y admite por esposo á Demetrio Paleólogo. A ello contribuye la despedida que la envía su amante—que no llegó á ser amante carnal,—en que la aconseja resignación y la dice que busque la paz, y que si le sale al paso la adversidad la acepte con dulzura. Demetrio es para ella la adversidad.

La tragicomedia de Galdós se presta á ser examinada desde muchos puntos de vista diferentes. Es una obra en extremo sugestiva, que solicita al pensamiento y le llama con señuelos diferentes. El desarrollo de la acción, el lenguaje que hablan los personajes, la caracterización histórica de la época, el pensamiento capital de la obra, el carácter de Horacio y el fin que persigue, ofrecen, sin duda, materia para largas disquisiciones; pero yo voy á hablar muy brevemente de estos puntos, á los cuales añadiré algunas observaciones sobre varias escenas de la obra que, sin ser las principales, me han llamado especialmente la atención.

La acción es clara y sencilla, apenas tiene episodios. Se ve en ella á un autor que domina ya el proceso, la marcha dramática del teatro. El acto primero es un modelo de exposición. En él quedan echados los cimientos del drama futuro y marcados el carácter y la situación de los personajes. En el acto segundo se forma el nudo y se inicia la tragedia (de la cual la muerte de Lotario es un antecedente). El acto tercero es el más episódico, es el puente hacia el desenlace, y podría tal vez haberse refundido con el cuarto ó repartido entre éste y el segundo. Pero si bien se mira, aun aquellas escenas que no son esenciales para el curso de la acción la dan mayor fuerza dramática y recalcan el carácter de los personajes. No puede decirse que este acto huelgue y sea un punto de parada, un momento de interrupción en la marcha de la fábula dramática.

La tragicomedia está primorosamente escrita. La elocuencia y pureza del lenguaje corresponden á la elevación de los

conceptos que expresan los personajes, á la índole del asunto, que es un asunto noble, asunto de coturno y de tragedia, del que está desterrado lo vulgar, y al ambiente clásico que se respira en la obra, aunque, como diré después, dudo que sea esencial en ella. Galdós, que empezó siendo un escritor algo incorrecto desde el punto de vista del casticismo, aunque su estilo estuviera lleno de vida y de plasticidad, cosa frecuente en los escritores de fantasía creadora y fecunda que engendran seres y acciones antes que bien concertadas palabras, y en los cuales el lenguaje es más espontáneo que trabajado, Galdós, con esos principios, va siendo cada día más castizo, más clásico, más hablista. La excelencia filológica, no buscada al principio, ha venido con el ejercicio á perfeccionar la fuerza imaginativa, el dón poético, que ante todo es creación de imágenes. Trozos hay en *Bárbara* que son verdaderos modelos de prosa.

La caracterización histórica, el color de época de la tragedia de Galdós, se presta á alguna observación. *Bárbara* no es un drama histórico; podría ocurrir lo que allí sucede en la Edad Media ó en el Renacimiento lo mismo que en 1815, y con cortas modificaciones podría adaptarse también esa acción á cualquier otra época. Quiero decir que no hay en la acción particularidad especial que la ligue á 1815, ya que las alusiones á Waterlóo son completamente secundarias y episódicas; que un gobierno absoluto, una especie de tiranía ilustrada como la del intendente Horacio se ha dado en otras muchas épocas, y que el ambiente de espionaje, de delación y de arbitrariedad que es consecuencia de esa clase de gobiernos, no es exclusivo de aquel tiempo. Tampoco en las pasiones y sentimientos de los personajes hay una precisa determinación histórica. La pasión amorosa de Bárbara no depende de la psicología colectiva de una época especial, y el renunciamiento de Acuña cabe en cualquier personaje dramático cristiano, y aun podría darse en creyentes de otras religiones; en un budista, por ejemplo.

Se ha visto en *Bárbara* un ambiente pagano. A ello contribuye la exterioridad del drama, ciertas particularidades de la presentación en escena y algunos dichos y hechos de los personajes. Pero mirando despacio estas circunstancias, lo pagano de la obra queda reducido á bien poco. Es un paganismo decorativo, exterior, artístico, como fué después de todo el de la época. Se reduce, en efecto, á recordar que en Siracusa quedan ruinas de templos y anfiteatros griegos; á ver en las habitaciones de Horacio un discóbolo y otras reliquias de escultura griega; á oir al inocente arqueólogo Filemón jurar por los dioses y á Demetrio Paleólogo jurar también alguna vez por las ternillas de Júpiter al par que por la Madona de Sitza; á saber que Bárbara echa suertes ó busca augurios á estilo pagano. Todo esto es un mínimum de paganismo muy tolerable; pero estoy muy lejos de censurar á Galdós por no haber aumentado la dosis. Eso pegaría mejor si la época de la tragicomedia fuera el Renacimiento. Entonces sí que entre la gente leída se grecizaron muchos, al modo que después se afrancesaron los cultos. Entonces sí que se juraba por los dioses, y aun creyeron algunos posible una especie de restauración del paganismo; pero en 1815, aun tratándose de un país como Sicilia, donde quedan muchas reliquias de la antigüedad, lo pagano debía reducirse, como en el resto de Europa, á cuestión de moda y exterioridad, á la forma de los trajes, al estilo de los muebles y á la afición por las antigüedades, que no era nueva al terminar el siglo XVIII. En suma, un paganismo artístico y exterior de estilo Imperio. Hay que tener en cuenta, además, que lo que caracteriza á la época de las restauraciones es una reacción santurrona y mojigata. La revolución estaba vencida y se había hecho á muchos odiosa. Por otra parte, la revolución francesa, y luego europea, sólo desde cierto punto de vista tuvo algo de renacimiento clásico (siendo tan contraria al espíritu de Renacimiento en muchas cosas). Es verdad que sus autores tenían la cabeza llena de griegos y romanos, pero era de griegos y romanos políticos,

de tiranicidas y tribunos, no de dioses, de los cuales los revolucionarios se curaban poco, como buenos ateos ó vagos teístas que eran los más de ellos.

Metiéndose á investigar el pensamiento fundamental de la obra, podría encontrarse acaso lo verdaderamente clásico de ella, advirtiendo que ese pensamiento es pagano, que es el triunfo del destino contra las rebeldías individuales. El destino de Bárbara es Lotario. Ella se rebela contra la encarnación individual de ese destino al dar muerte á su esposo; pero el destino vuelve á encadenarla, uniéndola otra vez por ministerio de Horacio á Lotario redivivo en la persona de Demetrio Paleólogo. Bien se me alcanza que estas interpretaciones generales de una acción dramática tienen algo y aun tal vez mucho de caprichosas, y que desde otros puntos de vista podría decirse que el drama significa la inutilidad de la violencia ó del pecado, la expiación de una culpa, etc. Desde luego, hay en la obra un personaje que representa el espíritu cristiano de expiación y renunciamiento: es el capitán Leonardo de Acuña, que tanto influye en la resolución final de Bárbara, inclinándola á aceptar la adversidad con dulzura, á resignarse, en una palabra, y á expiar su crimen con una pena como la del segundo matrimonio, que, aunque no figura en los Códigos, puede ser en extremo molesta y dolorosa.

La interpretación más común del pensamiento capital de *Bárbara* es que todo lo que allí sucede conduce al restablecimiento del derecho perturbado. Autorizan esta interpretación ciertas frases de Horacio Maddaloni, que habla de ese restablecimiento, que dice buscar la armonía de las cosas, la cual armonía consiste en sostener hechos y personas en el estado que toman por sí, con la espontaneidad de su propio destino, y que se alaba, por último, de entretener los ocios de su tiranía modelando con la miseria humana la estatua ideal de la justicia. Adviértase que en estas frases asoma aquella otra interpretación de que antes hablamos: el triunfo del destino sobre las rebeldías individuales.

Para aclarar algo esto del restablecimiento del derecho perturbado, no se necesita ser profundo filósofo ni jurista. En realidad, ese restablecimiento del derecho perturbado sólo puede efectuarse de una manera real y absoluta en los casos en que es posible restitución de algo de que fué uno injustamente despojado. Cuando por la índole de los hechos no cabe restitución, como sucede en este caso en que la perturbación es la muerte de Lotario, á quien no devuelven la vida las segundas nupcias de su viuda con Demetrio, hay que dar al restablecimiento del derecho otro sentido más metafísico é intrincado. O hay que admitir que lo esencial de la perturbación del derecho consiste, no en sus consecuencias materiales y exteriores, sino en el hecho de que haya una voluntad que contra él se rebele, y entonces el restablecimiento consistirá en someter á esa voluntad y sanarla de su error y su extravío; ó hay que venir á la teoría de la expiación, admitiendo que la armonía exterior del derecho exige que á cada infracción acompañe una pena, un dolor, una privación, algo que satisfaga, en suma, la vindicta pública, el sentimiento del derecho triunfante que se impone por las buenas ó por las malas y recobra luego la autoridad é imperio perdidos un momento. El desenlace vulgar y corriente en este caso sería que Bárbara fuese castigada por su delito; desenlace, ciertamente, menos estético, aunque fuese más jurídico.

El desenlace dramático no anda, sin embargo, muy distante de los desenlaces jurídicos. Al cabo, la rebelde voluntad de Bárbara se rinde y se somete. Pena es para ella, aunque sea pena moral, el matrimonio con Demetrio Paleólogo, tan parecido en lo físico á su hermano, que cuando Bárbara lo ve por vez primera cree ver á Lotario resucitado. ¿Pero cuál es el fin que persigue Horacio Maddaloni? ¿Cómo concibe el restablecimiento del derecho este sujeto, que es el más enigmático del drama? Horacio no se guía sólo por el interés. Cierto es que en la tragicomedia le vemos servicial y hasta humilde con el rico Paleólogo, á quien sin duda está obligado ó á quien

teme por el favor de que Demetrio goza con el rey de Sicilia, que le ha dado el título de príncipe de Candía. Verdad es también que Horacio recibe en pago de sus servicios perlas y estatuas de Praxiteles y Scopas, medio de cohechar que parece más decente que el vulgar y llano de recibir metálico, por cuanto el lucro se disfraza algo de afición artística; pero con todo esto mezcla Horacio filosofías sutiles y alambicadas; quiere la paz de la condesa; quiere la armonía de las cosas; busca el restablecimiento del derecho; ¿cómo entiende todo esto aquel hombre que se precia de gobernante artista, y al que por tal tienen los que le rodean? Esto es quizás lo más nebuloso é incierto de la tragicomedia. Quizás Maddaloni es un escéptico que, juzgando al mundo conjunto de apariencias, cree que armonizarlas es lo importante en el gobierno. El matrimonio de Bárbara con Demetrio Paleólogo restablece en cierto sentido esa armonía exterior; evita el escándalo que produciría la unión de la condesa con Acuña, tenido por su amante; mata las sospechas de que la muerte de Lotario se debiera á aquel amor; restablece la dignidad y el buen concepto de las clases superiores de la sociedad, de las clases directoras, como ahora se dice, aunque dirijan poco ó nada.

Es de notar que en lo del restablecimiento del derecho perturbado entra cierta dosis de sutil ironía. La hay positivamente en lo referente á Waterlóo. Al enterarse de la derrota de Napoleón, se regocijan los funcionarios siracusanos, y creen que todo volverá en Europa al sér y estado que tenía antes de la Revolución francesa. Pero la libertad ha sobrevivido, y ni aun puede decirse que fuera ella la vencida en Waterlóo. Napoleón no era el representante de la Revolución francesa, sino un continuador que la había variado mucho y era contrario á su espíritu, aunque estuviese en la lógica de las continuaciones históricas, que suelen hacer mangas y capirotes de aquello que continúan. Así como los revolucionarios quisieron escribir de nuevo el capítulo de la República romana, él escribió el del Imperio, y lo que en Waterlóo sucumbió fué una cosa mucho

más antigua que la Revolución y que el mismo antiguo régimen monárquico: el Cesarismo pretoriano; y aun ése no quedó del todo muerto, como demostraron andando el tiempo otros sucesos históricos. Napoleón era un hombre antiguo, como dijo Nietzsche y antes de él había dicho un poeta, historiador á ratos, como Lamartine. Era un Mario ó un Sila modernizado.

Dejando ya estas disquisiciones generales que podrían prolongarse mucho, por ser la obra de Galdós tan sugestiva, hablaré en particular de algunas escenas. Una de las más dramáticas es aquella en que Bárbara procura ganar al carcelero Esopo para que facilite la fuga de Leonardo. Este Esopo es un tipo de corte shakespiriano: un borracho misántropo que parece penetrado de la tristeza de la vida y la pasa á tragos. Bárbara le recuerda que siendo niña les salvó á él y á su madre, acusada de maleficios, de manos del populacho, que quería arrastrarlos; le ofrece dinero; le promete su viña de Belpasso, que da el mejor vino de Sicilia. Pero Esopo se niega. Está dominado por la idea de sacará su madre del Purgatorio. Por cada inocente que muera en Siracusa se abreviará en cien años la pena. Su madre se le ha aparecido y se lo ha dicho. La muerte de los culpables tiene escasa virtud redentora; la de los inocentes es la que salva. Siendo Leonardo inocente, debe morir. Aparece aquí la idea de los sacrificios antiguos: la inmolación de víctimas inocentes para aplacar la ira de deidades irritadas, y hay acaso en ello una honda y grave ironía. Aparte de su grandeza trágica, tiene este pasaje un realismo profundo en la concepción del personaje. Esopo, hijo de una hechicera, alcohólico, supersticioso, debe tener alucinaciones: debe ver aparecidos, departir con ellos y creer ciegamente lo que se figura que le dicen.

Otra escena muy dramática también es aquella en que Bárbara se dirige á los jueces que han sentenciado á Acuña y se declara ante el pueblo autora de la muerte de Lotario; y al ver que no la creen y juzgan extravío de amor su confesión, increpa ó insulta á los magistrados con apasionadas pa-

labras. Tal vez tiene poca realidad esta escena. Puede pensarse que á una mujer patricia como Bárbara había de repugnarle aquella confesión y aquella súplica por su amante ante el pueblo. Más verosímil sería que Bárbara acudiese en privado á los jueces, sin enterar al público de sus cuitas; pero la intensidad dramática de la escena sería de este modo mucho menor. La desesperación de aquella mujer, que ve condenado por su culpa al hombre á quien ama, y no logra convencer á los jueces de que fué ella quien dió muerte á Lotario, alcanza en esa escena, tal como Galdós la ha concebido y escrito, toda la fuerza de expresión que requiere lo dramático del conflicto.

Puede ponerse en duda también la propiedad de la escena en que Bárbara, al ver por primera vez á Demetrio Paleólogo, alucinada por el parecido físico, cree tener delante á Lotario, resucitado, y como á tal le habla, declarándole su aborrecimiento y su pesar porque haya vuelto al mundo de los vivos. Quizás sería más natural que Bárbara se desmayase sin decir palabra, ó huyera de aquella aparición odiosa, expresando el efecto que le produce tan extraño lance con sólo alguna breve exclamación. Pero el público lo entendería peor, y perdería el efecto escénico. El teatro, y sobre todo el teatro que no presenta escenas de la vida vulgar, tiene su lógica especial, distinta de la corriente fuera de las tablas. Además, el autor, que se ha cuidado de motivar muchos de los pormenores de su obra, presenta á Bárbara como mujer de exaltada imaginación y natural apasionado y vehemente. En una de las primeras escenas, Filemón, el arqueólogo, recuerda que el conde de Termini, padre de Bárbara, decía: «Tenemos en Sicilia dos volcanes, el Etna y mi querida hija».

No es cosa de ir examinando una por una las escenas de *Bárbara*. No siendo ésta una comedia de costumbres, sino un drama psicológico, la verosimilitud de cada pormenor afecta poco á la estética del conjunto. Pero aun en esos mismos pormenores, como se ve por lo dicho acerca de las mencionadas escenas, hay una motivación, ya sea meditada, ya inspirada y

espontánea, que desvanece los reparos que á primera vista sugieren ciertos particulares. Y hay también, y es parte de esa motivación de los actos, una gran realidad en la concepción de los caracteres, realidad que podríamos llamar interna y esencial, que no consiste en una minuciosa depuración de detalles y apariencias, sino que está en la índole, en el natural de las personas dramáticas. Horacio es, sin duda, la figura más incierta y nebulosa del drama. Pero á aquel antiguo jacobino, defensor luego y hierofante del orden y de la armonía jurídica, no le sienta mal esa vaguedad, pues los hombres cuya vida se modela por las circunstancias exteriores y sigue el impulso de los vientos reinantes, no suelen ofrecer ejemplos de caracteres claros, definidos y rectilíneos.

El desenlace no se aparta de la índole trágica de la obra, aunque no sea sangriento y horroroso. Bárbara se ve forzada á reanudar la vida que quiso cortar, y á la que soñó poder imprimir nuevos rumbos trazados por su deseo. El ensueño se desvanece; la austera Necesidad, indiferente á los anhelos individuales, se impone. Aparece aquí lo trágico-moral. El Destino, que en la tragedia clásica solía vencer matando ó mutilando á sus víctimas, triunfa en esta tragedia moderna conservando á Bárbara la vida; victoria menos aparatosa, pero más duradera y tan conmovedora como aquéllas.

*
* *

VALERA.

Al duelo por Balart ha seguido bien pronto otro mayor para las letras españolas. La muerte de D. Juan Valera, ocurrida el 19 de Abril, se ha llevado del mundo de los vivos á una de las más grandes figuras literarias españolas del siglo XIX, que hubiera sido personalidad eminente y principal aun en otro país de literatura más rica y variada, ó en otra época de mayor florecimiento de las letras. Valera, francés, hubiera alternado dignamente con los grandes escritores del país vecino; Valera, nacido en España, en el siglo de oro, no hubiera desmerecido

junto á los príncipes del ingenio de aquellas generaciones brillantes.

Aunque Valera ha muerto en edad avanzada, no conoció en lo espiritual la decadencia que traen los años. Los epítetos con que se honra á la vejez como á una ruina venerable, parecían fuera de lugar aplicados á aquel ingenio que se conservó fresco y lozano hasta el final de su vida, desafiando las injurias del tiempo. Un mes antes de su muerte se publicaba su último libro, *Terapéutica social*, y la muerte puede decirse que le sorprendió dictando su último trabajo: el discurso con que pensaba contribuir al centenario del *Quijote*. La vida fué en cierto modo generosa con aquel espíritu que la había amado con sereno optimismo griego, conservándole hasta el final la fuerza creadora de la juventud y eximiéndole de las tristezas del desmoronamiento senil de las facultades. Más rigurosa en lo físico, la ancianidad le privó de la vista en sus últimos años, pero la clara luz de los ojos del espíritu debió de consolarle algo de aquella aflicción.

De Valera han escrito muchos literatos y críticos notables: Menéndez Pelayo, Cánovas, Alcalá Galiano, Fernández Guerra y otros escritores de las dos generaciones de que fué contemporáneo D. Juan, trataron más ó menos extensamente de estos ó aquellos de sus escritos. Tales escritos han sido leídos por cuantos leen literatura en España, y los conocen todos los que prestan alguna atención á nuestras letras. Se comprenderá que, dados estos antecedentes, sería pretensión excesiva la de improvisar aquí en unos cuantos párrafos un estudio crítico de Valera que añadiese algo á lo ya dicho acerca de sus obras. Lo que sigue tiene, pues, meramente el carácter de recuerdo y homenaje.

Valera fué poeta erudito y traductor esmerado y elegante de otros poetas famosos; autor de rimas de clásica corrección, en que el buen gusto y la pulcritud de la forma superan, sin duda, al fuego de la inspiración poética. Fué también filósofo, aunque no escribiera tratados sistemáticos de filosofía. Fi-

losofando más aguda y profundamente que muchos de los que han escrito libros de ese género, diseminó sus meditaciones en sus trabajos de crítica y en sus mismas novelas. Sobre todo, fué crítico y novelista. A estos géneros pertenecen las mejores de sus obras, las que mayormente han contribuído á su fama. No he de citarlas, por lo conocidas que son. En las biografías de Valera, en las enciclopedias corrientes y hasta en cualquier catálogo de librería, se encuentra noticia de ellas.

Fué Valera un artista de la forma. Ningún prosista castellano del siglo XIX le supera. El que más, podrá aspirar á igualarle, y aun es dudoso. Había conservado la pureza y elegancia del castellano clásico, adaptándolas á los giros y modo general de decir en los días actuales. Era un clásico sin afectación ni arcaísmo. Unió á la nobleza del habla en frases y vocablos la naturalidad, consorcio raro y feliz. Su léxico era rico, ligera y gallarda la marcha de la frase, clara y armoniosa la construcción. Su estilo no tenía nada de la hinchazón oratoria común en escritores españoles, ni aun cuando trataba de las más graves cuestiones. Era tan buen hablista como cualquiera de los excelentes de nuestros siglos XVI y XVII, pero sin imitarlos servilmente, ni pretender retrotraer el castellano actual al que se hablaba entonces.

Al buen decir unía el agudo y sagaz pensar. No fué uno de esos escritores que repiten con corrección y elegancia pensamientos vulgares y cosas de poca substancia, ganando á veces con ello fama de amenos y notables literatos. Valera tenía un ingenio vivo, penetrante y curioso, al que solicitaba á discurrir cualquier objeto, cualquier libro, hasta los libros triviales y malos, de que sacó excelentes disertaciones críticas. Aquel gran entendimiento era prolífico y fácil para el alumbramiento. A la manera de los filósofos antiguos, que filosofaban conversando en la plaza pública, en los banquetes ó ambulando por jardines y paseos, Valera filosofaba también en las conversaciones que entablaba con el público á propósito de cualquier libro, ó hacía filosofar á los personajes de sus

novelas con motivo de los sucesos que les iban ocurriendo.

A esta claridad y actividad naturales de su inteligencia ayudaba y servía la extensa y profunda cultura de Valera. Al sólido conocimiento de las Humanidades, adquirido ó empezado á adquirir en época en que aún se estudiaban en España, fué sumando el ilustre autor de *Pepita Jiménez* en el curso de su dilatada vida numerosas y varias lecturas de autores selectos antiguos y modernos. Puede decirse que le eran conocidas, en sus principales autores, todas las grandes literaturas, desde las más remotas en la historia. Al estudio de las Letras unió el de la Filosofía y el de las ciencias del hombre y de la sociedad, si bien el tipo de su cultura fué siempre el del humanista, y todos los conocimientos tendían en su espíritu á servir á fines estéticos. Este saber de Valera no fué un saber almacenado en la memoria, sino un saber que hizo suyo, que se incorporó, sacando de él los elementos que mejor convenían á sus gustos y á las tendencias de su espíritu. Su entendimiento no era puramente receptivo, sino activo; y los conocimientos que á él llegaban, en vez de quedar allí inertes como un estrato mental, eran como un fermento que activaba la producción del pensamiento propio.

Valera no era un especialista en ninguna de las disciplinas humanas. Era un espíritu abierto y enciclopédico en todo lo referente á las ciencias del espíritu. No era un sabio en el sentido moderno, que lleva aneja la noción del profesor y del especialista, sino en el sentido antiguo, que daba más flexibilidad al concepto del saber y no le imponía métodos tan rigurosos, pero en cambio le dejaba más amplios horizontes, sin encerrarle en el círculo de una especialidad. Era uno de los españoles que habían leído más y mejor, y todavía, después de empaparse en las obras de los maestros, tuvo humor para leer ú hojear al menos muchos librillos insignificantes y disertar sobre ellos, realizando en sus disertaciones milagros de trasmutación, como los que persiguieron los alquimistas, pues sacaba oro de ley, con sus comentarios, de aquella ruin materia.

Por lo mismo que el saber de Valera era sólido, *propio,* incorporado á su espíritu, y por la misma tendencia estética que en él predominaba y que daba el tono á todas sus obras, jamás hubo en éstas el menor asomo de pedantería ni ostentación de conocimientos. Valera no era dómine, ni esclavo del criterio de autoridad, ni citaba nunca por citar y fuera de propósito, sino cuando la cita venía á cuento, cuando era oportuna y hasta contribuía á la amenidad. Se alababa con razón el saber de Valera, que tanto le distinguía de la incultura de muchos de nuestros escritores, ayunos en particular de lo clásico; pero todavía esa incultura, cuando ha ido acompañada del buen sentido necesario para no hablar de lo que se ignora, es más disculpable y menos molesta que la pseudo-cultura ridícula de que ahora se alardea á menudo, gracias al atrevimiento inaudito que ha desarrollado el periodismo industrial. Es cosa de risa leer ciertos artículos que se publican atiborrados de citas traídas por los cabellos, y en que á lo mejor padece hasta la ortografía de los nombres propios. Los cocheros de punto y los tenderos de ultramarinos que lean tales escritos, si los leen, pues suelen ser bastante aburridas esas lucubraciones, puede que queden convencidos de que el autor es un pozo de ciencia; pero el que sabe algo de la materia, aunque sea un estudiante de la Universidad, no puede menos de reirse á mandíbula batiente de estos eruditos de *doublé* que ponen en acción el conocido cuento del arquitrabe hablando de cosas que no se les alcanzan y de autores á quienes no han leído y sólo conocen por muy incompletas referencias, lo cual no impide que los traten con la mayor familiaridad, todo por darse aire de leídos y estudiosos. El Don Hermógenes de Moratín es un portento de sabiduría, de discreción y de modestia comparado con estos Hermogenillos que hacen desear las disciplinas de un crítico avinagrado y feroz. Dígase si donde la desaprensión y la osadía abundan tanto como falta la cultura no ha de ser caso de pasmo el de una erudición tan completa y usada con tanta modestia y tino como la del Sr. Valera.

Como crítico fué Valera extremadamente benévolo. Era poco amigo de mortificar á nadie. Las buenas maneras de su estilo no le permitían más que cierta zumba cortés. Para ser crítico virulento se necesita algo de mala educación y de bilis, y D. Juan era modelo de buena crianza, optimista y alegre. Pero no creo yo que su extremada blandura obedeciese sólo á benignidad y cortesía, ni tampoco opino, como han pensado algunos, que los elogios que prodigó fuesen guasa pura, aunque á veces usara moderadamente de ella. Tal vez influyó más que todo esto el modo que tenía Valera de entender la crítica. No era un crítico magistral. No era la suya una crítica judicial atareada en repartir premios y castigos. La crítica era para él disertación; el libro, motivo ú ocasión para disertar. Como su ingenio sutil descubría frecuentemente en libros medianos y malos estos motivos y ocasiones para amenos discreteos y sagaces observaciones, no es raro que tratase benignamente á los autores, perdonándoles lo malo que habían hecho en gracia al pie que le habían dado para lucir su agudeza y buen entendimiento. Su crítica no era una crítica adjetiva, sino sustantiva, en que el crítico se sobreponía luego á lo criticado; y esta clase de crítica no es natural que sea muy rigurosa y severa, puesto que para ella lo que critica es sólo un punto de partida, una estación donde se embarca el crítico para los campos de la divagación filosófica ó literaria.

Como novelista, Valera no había aceptado los procedimientos que hoy privan en la novela moderna. Seguía fiel á las normas antiguas. Era un novelista narrativo, historiador y aun historiador pragmático, aficionado á reflexiones. No se eclipsaba dejando solos á sus personajes con el público. No escribía novela objetiva, *representativa* de acciones, en vez de ser narradora de ellas. Y el triunfo grande de su ingenio y de su intuición artística consistió en que con métodos menos perfectos que los de la novela moderna, con moldes viejos, como suele decirse, hizo obras llenas de hermosura y de vida, dotadas de los más preciados dones de la gracia artística.

Por esta presencia del autor, las novelas del Sr. Valera se parecen algo, aunque los asuntos sean, naturalmente, distintos, y hasta lo sean las épocas en que acaece la fábula, pues en sus cuentos y novelitas de corta extensión trató D. Juan asuntos históricos ó revestidos de cierto ambiente histórico. Al principio se repitió algo, como se ve en la semejanza de *Doña Luz* con la incomparable *Pepita Jiménez,* pero después fué dando mayor variedad á sus ficciones. A los problemas de la ascética y á los casos de conciencia de la teología moral cristiana, á que tan inclinado se mostró el autor en sus primeras novelas, había sucedido después cierta tendencia teosófica, revelada, por ejemplo, en *Morsamor* y *Garuda ó la cigüeña blanca*, entre otras obras. La curiosidad del espíritu de Valera no desdeñaba los residuos de ocultismo que quedan en los tiempos modernos; y á juzgar por las frecuentes alusiones que á ella hace, la teosofía explicada por la famosa Elena P. Blavatsky debió de interesarle singularmente.

Sería cosa de no acabar si nos metiésemos ahora en un examen detenido de las novelas del Sr. Valera. Resplandecía en ellas, tanto ó más que en los otros escritos del insigne literato, aquella gracia, aquel dón de gentes del estilo que cautivaba á las personas de más opuestos gustos y opiniones, y consistía no sólo en el bello decir, sino también en la índole de las imágenes y conceptos.

Solían ser estas imágenes alegres, y esos conceptos piadosos y serenos; D. Juan fué un poeta apolínico, para aplicar al caso, estirándola un poco, la terminología nietzscheana, ó acaso será mejor decir, recordando á Schopenhauer, que fué un poeta de la voluntad de vivir. Era un optimista, que es la filosofía de la salud y la fortuna, y la filosofía á que inclina el espectáculo de la antigüedad clásica y el trato con ella. No es el optimismo la filosofía más profunda, pero es la más amable. No obstante ser partidario de la alegría y del grato vivir, el autor de *Pepita Jiménez* no era un hedonista absoluto ni un epicúreo; su hedonismo relativo estaba limitado por cierto es-

piritualismo platónico, de formas cristianas, pues Valera no rompió nunca abiertamente con la religión en que había nacido.

Ese optimismo de Valera nos deja una herencia de belleza riente y serena, de gracia helénica. Dón precioso en tiempos en que tan á menudo oímos decir á pensadores y artistas lo que dice el Esopo de *Bárbara:* que la vida es cada día más triste. Por lo menos parecemos empeñados en entristecerla, aunque los tiempos en que vivimos no sean en resumen peores que los que quedan atrás, y en ellos se hayan suprimido ó atenuado algunos motivos de dolor y tristeza.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Psicofísica: El símbolo de la danza en Nietzsche.=Literatura: El humorismo americano: Marco Twain.=Gramática: El femenino de *auteur*.=Costumbres: Padres mártires.=Impresiones y notas: El árbol escuela.—Las pequeñas industrias rurales en Rusia.—La nación polaca.

PSICOFÍSICA

El símbolo de la danza en Nietzsche.—Publicado el tercer tomo de la correspondencia de Nietzsche, el último volumen de su biografía por su hermana, y el último de sus obras completas, pueden estudiarse á fondo ciertos problemas obscuros de la psicología del filósofo; y Ernesto Seillière estudia, en efecto, en la *Revue Bleue*, el símbolo de la danza, que tanta importancia tiene en la labor nietzscheana.

Hay en Nietzsche una sensación física que figura en primera línea en cuanto se fija un momento su pensamiento consciente: la sensación del vuelo flotante. «Yo vuelo en sueños—dice;—yo sé que ese es mi privilegio, y no me acuerdo de un solo caso en que no haya podido volar en sueños; es una felicidad tan especial, que á la larga ha impregnado en mí la sensación fundamental de la felicidad; cuando estoy de buen humor me siento siempre en condiciones de flotar libremente, hacia arriba ó hacia abajo, á voluntad, sin tensión en el primer caso y sin caída en el segundo». Este párrafo, inédito du-

rante la vida del autor, ha sido recopiado casi textualmente en *Más allá*, añadiendo otras consideraciones como ésta: «Lo que nos ocurre en sueños, con tal de que sea frecuente, acaba por incorporarse á las costumbres de nuestra alma tanto como lo que ha ocurrido en realidad». En los aforismos póstumos dice también: «Se dirá que me adorno con cosas que no he vivido, sino tan sólo soñado, á lo cual podía responder que es hermoso soñar así; además, nuestros sueños son más acontecimientos nuestros que lo que vulgarmente se cree; hay que rectificar nuestra idea del ensueño; si yo he soñado miles de veces que vuelo, ¿no creéis que, hasta en estado de vigilia, tendré un *sentimiento* y una *necesidad* más que el resto de los hombres?»

Tal es la sensación que le producen sus más queridos goces artísticos: la prosa de Sterne, que da «la impresión vaga de flotar, porque no se sabe ya si se anda ó si se está de pie ó acostado»; y la música de Wagner, que da «la ilusión de nadar y de balancearse en los aires». No ignora, sin embargo, Nietzsche, que todo lo que dice del vuelo es metafórico; el problema de la aviación no está resuelto todavía, y no es posible conocer, por lo tanto, la verdadera sensación del vuelo. Pero el amante instintivo de este *sport* del porvenir-le ha revelado una especie de sucedáneo, un ejercicio que en último término hace las veces del vuelo: la danza, el baile. «Comprendo—dice—del modo más fácil á los coribantes y hasta el *estado dionisiaco* en general, cuando en él veo un enjambre de animales sin alas, para dárselas imaginarias y levantarse sobre el suelo; el ruido nacido de un movimiento en el colmo de la violencia parece un inmenso latido de alas; da casi la ilusión de estar suspendido en el espacio».

Este pasaje explica la incompresible seducción que ejerce siempre sobre la sensibilidad de Nietzsche el sátiro griego; estaba predestinado á colocar su ideal intelectual, moral y social en el orgiasmo y en la bacanal desenfrenada, porque los brincos caprichosos del hombre-cabra tenían á sus ojos alguna

misteriosa analogía con el vuelo, tenaz ilusión que ha resistido á sus más apolínicas inclinaciones. El baile es su símbolo favorito, el de la alta cultura y el de la independencia intelectual. Si alguna vez apoliniza este concepto, generalmente le presta las tendencias tropicales del dios Dionisio, hasta confundirlo con una especie de *cake-walk* desordenado y frenético. Tal es el carácter de la invocación al mistral, viento de la danza, la más brillante quizá, pero también la más incoherente de sus inspiraciones poéticas. Tal es el tinte general de *Zarathustra*, que apenas es más que una larga serie de saltos á propósito de todo y de nada, escrito por otra parte bailando, y cuyo protagonista es un bailarín que no cree en un dios que no sepa bailar también.

Es ese uno de los casos más curiosos que jamás se hayan señalado del papel de lo *inconsciente*, de lo *subliminal*, en las creaciones de un espíritu genial. Schopenhauer declaraba que su filosofía se había construído en él por sí misma, sin su colaboración. Puede decirse que lo subliminal en Nietzsche encerraba la imagen obsesionante de una especie de baile cuyos movimientos tuvieran la agilidad del vuelo. La danza nietzscheana se acompaña ordinariamente de gestos extraños y violentos, y va asociada casi inseparablemente á la risa, que, si á veces es discreta, llega en el episodio del pastor y la serpiente de Zarathustra á un acceso de hilaridad sobrehumano. La hermana de Nietzsche dice que su hermano, para luchar contra el insomnio, había aceptado de un holandés un narcótico de Java, del que usaba con mucha prudencia, pues una vez que echó algunas gotas más en un vaso de agua se embriagó y fué presa de accesos de hilaridad incomprimibles; al principio de su última enfermedad los accesos de risa reaparecieron, pudiendo atribuirse su decadencia intelectual al abuso de aquel veneno del sistema nervioso.

El baile dionisiaco no es perfecto si los brincos y las carcajadas no se completan rompiendo algo; el gusto de romper es un preparativo de la santa evolución, y Nietzsche se com-

place sobre todo en romper la lógica y la gramática. El símbolo de la danza ha suministrado á la poderosa imaginación de Nietzsche páginas de arrebatadora poesía, y en su ritmo endiablado la invocación al mistral es un pean inolvidable. Pero su autor no es sólo un poeta, es un moralista, y la crítica tiene el deber de detenerle en su camino.

LITERATURA

El humorismo americano: Marco Twain.—Sabido es—dice en la *Nuova Antologia* Livia Bruni—que el llamado *humour* está constituído por cierta forma de ligero, benévolo y espirituoso sarcasmo, bastante frecuente en muchos escritores ingleses y americanos y en algunos alemanes. La palabra *humour*, que ninguna lengua ha hecho suya todavía, aun adoptando sus derivados *humorismo y humorista*, evoca en nuestra mente el grato recuerdo de muchas páginas de Sterne y de Dickens, de Douglas Serrold y de Carlos Browne, de Juan Habberton y de Marco Twain.

El *humour* no tiene la brillante vivacidad del espíritu francés; no es la expresión de una alegría franca y sin escrúpulos como la que destilan ciertas novelas de Boccacio, ciertos capítulos de Berni y tantas páginas del inagotable Rabelais. El *humour* es más fino, más filosófico y, sobre todo, más subjetivo, ligeramente sarcástico siempre é iluminado á veces por involuntario sentimiento de tristeza. El humorista sabe coger el lado cómico y ridículo de una flaqueza, de una idiosincrasia, y burlarse de él conservando imperturbable serenidad. No hay tratado de literatura que defina esta especie de espíritu, siendo realmente difícil su definición. ¿Cómo analizar la magia sutil que arranca una sonrisa leyendo ciertas escenas de Shakespeare ó ciertas páginas de Cervantes y Manzoni?

En este género sobresalen los americanos, y en él demuestran una imaginación llena de energía é ingenuidad, una alegría infantil unida á una bonachonería que se complace en

exageraciones, imposibilidades y rarezas sin cuento, un arte infinito para no expresar de un rasgo el pensamiento, sino velarlo sutilmente; léase para muestra el siguiente trozo en que Twain describe la plebe de Civittavecchia:

«El pueblo vive en medio de callejuelas de seis pies de ancho que emanan un perfume original, nada agradable; es gran cosa que las calles no sean más anchas, ya que tales como son contienen todo el mal olor que pueden contener; naturalmente, si fuesen más anchas contendrían más y la gente reventaría de asfixia. Se camina sobre un pavimento de gatos muertos, trapos y cáscaras ú hojas de frutos y legumbres en descomposición y de pedazos de zapatos viejos, todo generalmente anegado en rebañaduras de puchero; pues bien, los indígenas están allí, sentados en círculo sobre sus sillas, felices como tantos reyes. Estos seres son indolentes, y, sin embargo, no puede decirse que tengan muchas distracciones; trabajan, sí y no, un par de horas, luego descansan y cazan moscas; eso no exige aptitudes especiales, pues basta cerrar la mano; si no cogen precisamente la mosca que miran, cogen otra; para ellos es lo mismo, no tienen preferencias; poseen también insectos de otra especie, pero no se enorgullecen por ello: son gente modesta, de pocas pretensiones».

El humorismo anglosajón es siempre sano y honesto, á diferencia del espíritu francés, basado con frecuencia en la pornografía. Entre los humoristas, el primer puesto por la cantidad y la calidad, corresponde á Marco Twain, cuyo verdadero nombre es Samuel Langhorue Clemens, nacido el 30 de Noviembre de 1835 en Florida del Misurí, y huérfano á los doce años, en que tuvo que ganarse la vida como cajista primero, como piloto después, hasta que, en la guerra de secesión, Lincoln ofreció á él y á su hermano un puesto de confianza en la Nevada. «Mi revólver de siete tiros—escribía—tenía la carga como píldoras de gorda, y se necesitaban las siete para componer la dosis suficiente para un adulto; pero yo estaba orgulloso con aquello; me parecía un arma homicida; tenía, sin em-

bargo, un defecto: no era posible, disparando, pegar donde se apuntaba; una vez probé matar una vaca, y mientras el animal estuvo inmóvil, pastando tranquilamente, no sufrió ningún daño; sólo cuando yo, desalentado, apunté á un cuervo lejano, es cuando la pobre vaca recibió una descarga de píldoras. El revólver de mi hermano era todavía más formidable; el conductor de la diligencia afirmaba que si con aquel arma no se pegaba donde se apuntaba, era casi seguro que se pegaba en otra parte; una vez la bala debió dar en un árbol, pero dió en un mulo que estaba más de cien metros distante de aquel árbol invulnerable; mi hermano no tenía necesidad del mulo, pero el propietario se presentó con una carabina y le persuadió á que lo comprase sin chistar.»

En Nevada se dedicó algún tiempo, sin resultado, á la busca de oro, pasando después á ser *reporter* de un periódico de Virginia-City; allí reunió mucho dinero y cientos de cédulas mineras; pero vino el *krach* y con él otra vez la ruina de Clemens, que se vió reducido varios meses á la miseria; un amigo le proporcionó una colocación en un periódico; pero aunque sus crónicas llamaron la atención, volvió á quedarse sin empleo; entonces se le ocurrió meterse á conferenciante, profesión que estaba en gran boga y con la que Carlos Browne se estaba enriqueciendo. Clemens no había nunca hablado en público; pero animado por un editor, alquiló por 50 duros un teatro, se gastó otros 150 duros, prestados, en carteles y billetes, y anunció su conferencia, esperando con ansia y con temor el día de su aparición en las tablas.

Su miedo era tan grande, que fué en busca de tres amigotes de voz estentórea para que le animaran desde la sala con sus aplausos y sus risas; luego por la calle se encontró con otro hombrachón que le dijo:—Usted no me conoce, pero no importa; no tengo un cuarto; pero si usted supiese la gana que tengo de reir, me regalaría usted un billete. Clemens se lo regaló (valía un duro la entrada), recomendándole que riese con todas sus fuerzas. Llegó el gran día, y á las cinco de la tarde Clemens se

dirigió al teatro. ¡La taquilla estaba cerrada! Al pobre Clemens le dió un vuelco el corazón y se le doblaron las rodillas. ¡Esto quiere decir que no se ha vendido nada!—pensó para sí, temblando y dudando si escaparse ó matarse. Avanzó, sin embargo, entró en la escena, y antes de que pudiera reponerse, alzaron el telón y se encontró ante un mar de caras que le miraban sonrientes mientras un loco terror le paralizaba. Se había vendido todo. El miedo pasó; Clemens reconoció á sus tres amigos en primera fila, y dió su conferencia, que fué un verdadero éxito, comenzando así su vida de conferenciante, no abandonada todavía.

Después, en 1867 hizo un viaje por Europa y Palestina, dando sus impresiones en dos volúmenes: *Los ingenios en el extranjero* y *Nueva peregrinación*, llenos de sorprendentes observaciones. Vuelto á América, renunció á la vida vagabunda, y se casó en 1879 con Olivia Langdon, de la que tuvo tres hijos, que murieron, y dos hijas, Clara y Juana, que viven. Primero se estableció en Buffalo, y luego en Hartford, en una *villa* que hizo construir por planos de su invención, con prohibición al arquitecto de cambiar nada; el arquitecto obedeció; y cuando Clemens fué á visitar su hotel terminado, se encontró con que su acceso no era fácil, por faltarle la escalera, que se le olvidó incluir en sus planos. Allí escribió *Tom Sawyer* y *Huck Finn*. Son también de notar *Rico y pobre*, los *Recuerdos personales de Juana de Arco*, *Un yanki en la corte del rey Arturo* y cien obras más, entre las que sobresalen sus bosquejos autobiográficos. En 1894 perdió gran parte de su fortuna, comprometida en una especulación editorial, y para rehacerla dió la vuelta al mundo con su familia, celebrando conferencias y fijándose por algunos años en Europa, especialmente en Viena, sin dejar de escribir artículos y obras.

La notoriedad de Marco Twain es tanto más sorprendente, cuanto que sus escritos se traducen muy mal, dependiendo la mayor parte del efecto que producen del idioma pintoresco y atrevido que emplea y de su estilo vibrante y nervioso, que

pierde todo su vigor y gracia en la traducción. Con esta advertencia, he aquí dos pequeños bocetos para dar una idea de los escritos de Marco Twain:

El hombre que riñe con los gatos.—A falta de otra cosa, contamos una vez en nuestro periódico la aventura de un desgraciado, que, según nuestro relato, para poner término al infernal estrépito de unos gatos enamorados, se había encaramado en camisa en el tejado la noche del 31 de Diciembre, provisto de zapatos viejos como proyectiles. Después de haber continuado la caza airadamente sobre siete ú ocho tejados, el hombre se había resbalado por un tragaluz y había caído en una habitación desconocida, de la que escapó perseguido por un hombre espantado, teniendo que ocultarse tras una chimenea y esperar el alba tiritando, con el miedo de que la policía le descubriese y le descerrajase un tiro. El episodio era pura invención, y al héroe se le había dado un nombre cualquiera muy común: el de Smith; pero una semana después entra en la redacción un anciano caballero, en cuya fisonomía se pintaba piramidal ingenuidad. Se llamaba Smith; vivía en una casa como la descrita en el cuento, y venía á declarar que la anécdota era completamente falsa y extremadamente ofensiva para él.

—Mire bien, querido señor—le dijimos, mirándole fríamente.—Mire bien cómo habla. Conocemos á fondo todas las circunstancias del hecho. ¿Querría usted negar acaso que ha andado usted á zapatazos con aquellos gatos?

—¡Nunca, nunca!—exclamó Smith.—En mi vida he estado sobre ningún tejado en camisa.

—Y nadie ha dicho que usted haya estado. ¿Quién diablos ha oído hablar nunca de tejados en camisa? Sería un tejado extraño, muy extraño.

—Quiero decir—replicó Smith—que no es verdad que yo haya saltado de la cama en camisa.

—Tampoco encontrará usted eso en el periódico. ¿Dónde hay camas en camisa?

—¡Pardiez!—objetó Smith.—Lo que quiero decir es que nunca he pegado á los gatos en camisa.

—Y se comprende, querido señor. Y ¡ojalá no tenga usted nunca que tratar con gatos en camisa, ni siquiera en pantalones!

—Pero ¡por Dios!—imploró Smith, esforzándose por permanecer tranquilo.—Ustedes han escrito que yo he salido al tejado sólo con mi camisa para espantar á los gatos.

—Dispense usted. Nosotros no hemos dicho que usted se haya puesto la camisa sólo con ese objeto, ni menos nos hemos metido en si la camisa era ó no la suya. Por lo que sabemos de ella, podría ser hasta la camisa de Mahoma.

—Pero si, según ustedes, yo he puesto en fuga á los gatos con zapatos viejos.

—Nosotros no hemos hablado de gatos con zapatos.

—¡No quieren entenderme! — aulló Smith, furibundo.— Nunca jamás he tenido que hacer con gatos en los tejados, ni tirado zapatos en camisa.

—¡Sr. Smith, seamos formales! Si puede usted indicar un párrafo del periódico en que se le acuse de poner camisas á los zapatos para tirarlas á los gatos, estamos prontos á escribir una apología de cuatro columnas, y además, cuando muera, le haremos un monumento. Usted no puede ser capaz de semejantes extravagancias... ¡Oh, no!

—¡Dios os maldiga!—aulló Smith.—Yo os digo que todo el maldito relato de la caza gatuna, y del tirar zapatos, y del quedarme en el tejado pegado á una chimenea para estar caliente, es una calumnia descarada.

—¿Y para qué pegarse á la chimenea sino para calentarse?

—Yo no me he pegado á la chimenea. Yo no he visto acabar el año sobre el tejado, pegado á la chimenea.

—Pero vea usted, Sr. Smith, vea usted. ¿Cuándo hemos dicho nosotros que el año haya concluído sobre el tejado, pegado á la chimenea? Usted desvaría, Sr. Smith.

—¡Basta! ¡Lo veremos!—gritó Smith, frenético.—¡Yo no he tirado zapatos! ¡Nada es verdad! ¡Toda la noche he estado en la cama! ¡Quiero una rectificación... ó le acuso de libelo! ¡Le acuso, le acuso!

Y el pobre Smith salió furibundo. Queriendo darle una especie de reparación, preparamos la rectificación siguiente:

«Para aquellos á quienes puede interesar. Sepan todos por la presente declaración que si se ha hecho alguna de las siguientes afirmaciones en estas columnas, la retractamos y la declaramos inexacta: Que un hombre llamado Smith, y que vive en la calle X, tenga un tejado en camisa; que el llamado Smith tenga la costumbre de hacer frente á legiones enteras de gatos en camisa, y los desafíe y combata; que vista los zapatos con camisas; que haya visto al año último expirar adosado á una chimenea; que haya encontrado gatos en zapatos; que acostumbre á tirar tragaluces por el aire; que se haya puesto la camisa propia para combatir á los gatos, ó haya hecho otra cosa durante los últimos seis meses que dormir como un lirón, excepto una noche, en que le pareció sentir ladrones en casa, y mandó á su encuentro á su mujer armada con el asador, mientras él se echaba las sábanas sobre la cabeza y temblaba».

*
* *

La botella tapada.—En la mesa redonda del hotel S... se sentaba aquella noche frente á mí un hombre muy grave, de una gravedad solemne y casi austera. Estaba el hombre medio ebrio, pero hacía lo posible por disimularlo. Cogió de la mesa una botella cerrada, la inclinó distraídamente algunos instantes sobre su vaso, luego la volvió á su sitio y siguió comiendo. Poco después llevó el vaso á los labios, y, naturalmente, lo encontró vacío. El amigo pareció sorprendido, y miró receloso á hurtadillas á una buena señora de edad que tenía á la derecha; luego movió la cabeza, como diciendo: «no, no es capaz de ello»; y echó de nuevo con la botella cerrada,

mirando entre tanto á derecha é izquierda para descubrir si se fijaban en él.

Tomados unos bocados, llevó de nuevo el vaso á los labios, y, naturalmente, lo encontró vacío como antes; la mirada atravesada y acusadora que dirigió entonces á la anciana señora valía un tesoro; pero ella continuaba charlando, y de nada se percataba. El hombre grave movió entonces la cabeza con aire extremadamente cauteloso, y puso en salvo á la izquierda de su plato la botella y el vaso. Echóse entonces por tercera vez la imaginaria bebida, tomó un bocadillo y procedió á beber de nuevo. Como de costumbre, vaso vacío.

Fué aquello una sorpresa estupefaciente. El hombre se irguió en la silla, é inspeccionó deliberadamente con mucha tristeza á las dos señoras ancianas que tenía al lado, primero á una y luego á otra. Separando entonces el plato, se puso bien frente al vaso, teniéndolo sujeto y sin soltarlo con la mano izquierda, echando atentamente con la derecha. Esta vez cayó en la cuenta de que no salía el líquido. Volteó la botella con el cuello para abajo, pero no salió ni una gota. El desgraciado lanzó á sus vecinas una mirada febril, murmurando entre dientes: «¡Todo se lo han tragado!» Luego dejó, resignado, la botella, y engulló el resto de la comida, sin beber.

GRAMÁTICA

El femenino de «auteur». — Es curiosísima la polémica suscitada en Francia acerca de cuál debe ser el femenino de la palabra *auteur*, polémica suscitada por el deseo de la Academia femenina fundada por la elegante Revista *La Vie Heureuse* de llenar el vacío que en esta materia se nota en el Diccionario de la otra Academia, en el que se encuentra la palabra *auteur*, pero sin femenino, teniendo las señoras y señoritas que cultivan la literatura que servirse del término masculino para darse á conocer como *autoras*.

Para resolver la cuestión, la Academia femenina acudió á

Antonio Thomas, miembro del Instituto y autor, en colaboración con Darmesteter, del mejor Diccionario etimológico que existe en Francia. Thomas se decidió por el femenino *autrice*: «Las palabras sabias (es decir, las calcadas artificialmente sobre el latín)—contestó—que terminan en *teur* (latín *tor*) no admiten más que una sola forma de femenino, á saber: *trice* (calcada en la desinencia latina correspondiente *trix, tricis*): *acteur*, *admirateur*, *protecteur*, etc., hacen, por confesión de todos, *actrice*, *admiratrice*, *protectrice*). Hay, pues, que decir una *autrice*, como lo han hecho algunos escritores desde el siglo XVI; el Diccionario de Cotgrave, publicado en 1611, da *authrice* como femenino de *autheur*, y *autrice* se encuentra en el *Mercure de France* de Junio de 1726».

La autoridad era grande y la solución parecía acertada; pero un exceso de celo hizo que se preguntara también á un literato, á Remy de Gourmont, y éste dijo: «La forma en *ice* (bien se ve que no se trata ya de un filólogo cuando no sabe distinguir la forma en *ice* de la forma en *trice*, supuesto que se trata de un tipo especial de nombres en *eur*, como son los en *teur*) fué adoptada en otro tiempo para feminizar las palabras en *eur*, y es verdad que el *Mercurio de Francia* de 1726 contiene una poesía adornada con la palabra *autrice*; pero no nos confundamos: aquello no era una innovación. Si la palabra *auteur* hubiera sido antiguamente dotada de femenino, habría, sin duda, dado *auteresse*, como *enchanteur*, *enchanteresse*, *défendeur*, *défenderesse*, *chasseur*, *chasseresse*, etc.; el primer femenino de *menteur* ha sido *menteresse*. Las voces en *esse* no han caído en desuso, puesto que *poétesse*, que se remonta por lo menos á 1640, vive todavía, y *peintresse* acaba de nacer. Decimos, pues, que *auteresse* representa la pura tradición, y tiene numerosos análogos».

¿A quién seguir? ¿A quién creer? La Academia femenina, para salir de apuros, consultó á un tercero, el profesor Luis Havet. «*Autrice*—contestó este sabio—exigiría demasiado conocimiento del latín, siendo falso, por otra parte, atendiendo

al sentido; *auteresse* no recordaría ningún verbo, como lo hacen *chasseresse*, *enchanteresse*, *pécheresse*. Lo que debe decirse es *autoresse*, como se dice *doctoresse*; la misma expresión moderna con clara formación existe en inglés».

Tres consultas y tres opiniones. Miguel Breal, consultado á su vez, votó por *autoresse*. «Digamos *autoresse*—declaró.—No es muy seductor; pero la acogida algo fría que se hace á esta palabra procede más bien de los prejuicios del público contra la mujer-autor que de los defectos de la palabra misma; *authoresse* se ha hecho adoptar en Inglaterra, y bastará que literatas de verdadero mérito y sin pretensiones consientan en llamarse así y en adornarse con ese nombre, para que triunfe desde luego».

Sumidas en un mar de confusiones, las académicas acudieron á Salomón Reinach, pensando, sin duda, que un profesor de su fama, llamado Salomón por añadidura, sería quien mejor pudiera darles la clave del enigma. «*Autoresse*—contestó Reinach—no sería más que un préstamo del inglés con supresión de la *h*, préstamo no bastante autorizado por el neologismo *doctoresse*, que no parece destinado á prevalecer. La forma *auteresse* hay también que rechazarla porque no es eufónica. Yo preferiría *autrice:* 1.°, porque ya tenemos *fautrice;* 2.°, porque los italianos dicen *autrice;* 3.°, porque el latín *auctrix*, femenino de *auctor,* se encuentra á fines del siglo II antes de Jesucristo. Pero hay otra forma mejor todavía, que es *auteuse*, por analogía con *danseuse*, *chauffeuse, coiffeuse;* es verdad que ofrece el inconveniente de que el sufijo *euse* implica, no sé por qué, cierto matiz de desdén; por eso una *chanteuse* no es tan estimada como una *cantatrice*. Hasta se ha propuesto—no sé si por Teodoro de Banville ó por Coppée—escribir en poesía *blanchisseresse*, porque *blanchisseuse* no es de alto tono; pero la tendencia popular favorece las palabras en *euse*».

Nueva confusión de las consultantes: *¿autrice*, *auteresse*, *autoresse* ú *auteuse?* Ya sólo faltaba que á otro se le ocurriera defender la regla general de los femeninos aplicando á *auteur*

una *e* y haciendo *auteure*; es verdad que los tipos en *eure* son todos procedentes de adjetivos originariamente comparativos, como *anterieure*, *superieure*, *inferieure*, etc.; pero no faltaría el argumento de que tratándose de una palabra nueva, construída artificialmente y sin proceso evolutivo ninguno, lo mejor sería ajustarla á la regla general, prescindiendo de excepciones.

Paul Meyer, el insigne director de *Romania* y de la Escuela diplomática, fué consultado en suprema apelación. El gran erudito, de quien se esperaba alguna novedad decisiva, optó porque no se crease femenino ninguno. «Creo—dijo—que podemos contentarnos con el nombre de *femme-auteur*. Las demás formas propuestas, *autrice*, *auteresse*, aunque bastante legítimas por sí mismas, costará trabajo hacerlas aceptar; estamos obligados á decir *femme-écrivain*, porque *écrivaine* desagradaría».

¿Qué hacer? En su sesión del 2 de Marzo, la Academia femenina de *La Vie Heureuse* acordó no emplear ninguna palabra nueva para designar á la *femme-auteur*.

COSTUMBRES

Padres mártires.—La leyenda de los padres bárbaros y de los hijos mártires es de tal modo popular, que con razón teme Luis Albanel que se tache de paradójico el título del artículo que ha publicado en *La Grande Revue*, de París, y que nosotros reproducimos al frente de este extracto. Desde los tiempos más antiguos, los legisladores se han preocupado de los derechos de los menores, y la persona misma del niño ha sido objeto, en el último cuarto de siglo, de la más paternal atención.

Al lado de la colectividad, la familia, representada por su jefe natural, el padre ó la madre, tiene derechos reconocidos que derivan de la autoridad natural y que están sancionados legalmente. La relajación de la autoridad paternal no es con-

secuencia de las garantías de que están rodeados los niños, y sólo las costumbres son las que han producido esa progresiva emancipación. En las familias normales, hay que distinguir las que tienen recursos para corregir las tendencias viciosas de sus hijos, y las que carecen de ellos. Las primeras pueden acudir al internado, á los cuidados científicos, para mejorar la cerebración anormal de sus hijos; en último resultado, si no llegan á corregirse los defectos de estos niños, sus padres, aunque dignos de compasión, pueden vivir tranquilos, asegurada la existencia material de sus hijos.

Pero en las familias pobres, cuando los hijos se revuelven contra la autoridad paternal, la situación es muy distinta, y la sociedad tiene que intervenir; pues aunque la pobreza y la riqueza por sí mismas, como decía Tarde, no sean los escollos de la honradez, no es menos cierto que casi todos los penados se reclutan entre las gentes desgraciadas. La criminalización de los jóvenes no proviene simplemente, como muchos creen, de la mala educación recibida, sino de causas extrañas muchas veces á la influencia familiar. Luis Albanel se ha convencido del error de esa opinión que atribuye á la familia la depravación de los niños, en su larga práctica de magistrado, durante la cual han desfilado ante él miles de niños criminales.

Para proceder con orden, Albanel ha examinado 600 expedientes de menores de diez y seis años, averiguando ante todo cuántos niños pertenecientes á esas 600 familias se habían hecho delincuentes, y cuántos habían permanecido indemnes. Ahora bien, esas 600 familias habían criado 2.250 niños: 70, sólo tenían un hijo; las 1.190 restantes tenían de 2 á 12, y por término medio, 4. ¿Por qué los hermanos y hermanas de esos 530 niños delincuentes (descontados los 70 hijos únicos) han permanecido intactos, y por qué uno solo en cada familia se ha hecho criminal, descontando otros 45 hermanos y hermanas? ¿Por qué 1.675 niños se conducían bien, y sólo el resto hasta 2.250 se conducían mal, habiendo recibido la misma educación?

Hay que notar que una quinta parte de los padres tenían malos antecedentes, y de entre ellos, 20 habían sido condenados por diversos delitos; en los hijos de tales seres se explica la delincuencia, por la contaminación; pero ¿y en los demás? ¿Es el atavismo? En ese caso sólo la mitad habrían sufrido las consecuencias de la ley de la herencia. En cuanto á los factores telúricos ó ambientes más visibles, no hacen tampoco necesariamente malo al que está sometido á ellos, y los ejemplos abundan: Albanel recuerda el caso de un muchacho de quince años, detenido por atentados al pudor, graves y repetidos; su padre era borracho, grosero é inmoral, y su madre se había ido con un amante; en cambio, una hija de diez y seis á diez y siete años vivía en aquel ambiente emponzoñado, como la Flor de María de *Los Misterios de París*, hasta que tuvo que pedir amparo á un patronato, para conservar su pureza; aquellos dos hermanos, hijos de padres corrompidos y viviendo en el mismo medio, ofrecían dos tipos opuestos de costumbres.

Si esto sucede en el seno de una familia amoral, el caso contrario es también frecuente, y hay niños que, viviendo en un ambiente familiar sin tacha, se hacen criminales para desesperación de sus padres. ¿Qué decir de esos niños que, no contentos con *hacer novillos*, se escapan de la casa paterna para vagabundear por las calles? La vagabundez es el delito predilecto de los niños, y sus adeptos lo soportan todo, hambre, frío, falta de lecho, con tal de *correrla* libremente; pero como tienen que comer, se ingenian para reunir lo que necesitan, y de la vagabundería pasan á la mendicidad y al hurto, y cuando los prenden se pasan semanas enteras sin decir quiénes son, para no volver al lado de sus desgraciados padres. De entre esos vagabundos salen los ladrones, los *chulos* y los demás malhechores del ejército del crimen; en cuanto á las mujeres, su suerte no es menos lamentable, y desde la edad de trece años se prostituyen muchas, sin que sus padres tengan que echarse en cara ninguna falta.

¿No puede evitarse tanto daño? La escuela, con sus canti-

nas, sus clases, sus patronatos y sus colonias, es un gran recurso; pero no basta contra esos seres indisciplinados, que huyen de toda sujeción y se hacen echar de la escuela por su conducta. Las escuelas de preservación podrían contribuir á corregir el mal, si se las sabe dirigir y no se convierten en medios de explotación. En cuanto á los anormales y degenerados, se impone el tratamiento médico-pedagógico: hay que crear para ellos clases especiales, como las que existen en Bélgica, de modo que no se mezclen con los alumnos normales y puedan ser objeto de un tratamiento de ortopedia mental. No basta repoblar á todo trance un país: hay que fortificar física y moralmente á sus pobladores.

IMPRESIONES Y NOTAS

El árbol escuela.—En los montes de Winstay, distrito de Querosland, en Australia, existe un árbol milenario de los que sólo se conservan ya en aquella parte del mundo, cuyas enormes proporciones han permitido utilizar su tronco para instalar en él toda una pequeña escuela, con casa para el maestro director.

El tronco se halla, naturalmente, hueco, como los que pueden verse en el paseo de la Florida de Madrid, entre San Antonio y la Bombilla, refugio de golfos y escondite de chicuelos de la vecindad; no es excesivamente alto, pues sólo tiene unos diez metros de elevación; pero su extremo superior se ha cerrado con una especie de casquete para poner el interior al abrigo de la intemperie, y el resto se ha dividido en tres pisos: uno para escuela, otro para habitación del maestro, y otro para desván ó granero. Las hendiduras de la capa cortical, ensanchadas con el tiempo, se han convertido en ventanas, con sus marcos y cristales correspondientes adaptados á la figura de las grietas, haciendo de puerta la gran abertura que presenta el tronco en su base. Es una escuela original y seguramente única en el mundo; y si acaso no existiese—porque tra-

tándose de noticias americanas y australianas hay que ponerse siempre en guardia, y todo puede suceder,—es indudable que merecería existir, partiendo siempre del supuesto de la existencia del tronco del árbol milenario.

*
* *

Las pequeñas industrias rurales en Rusia.—Según dice Héctor Marchioli en la *Critica Sociale*, de Milán, el aldeano ruso es muy distinto de lo que vulgarmente se cree. Las asociaciones para el trabajo de los campos y para los oficios manuales tienen en Rusia considerable desarrollo, calculándose que de los 80 millones de habitantes que la pueblan, 10 ejercen oficios manuales domésticos, produciendo anualmente por valor de cinco mil millones de francos. Las sociedades cooperativas para estas pequeñas industrias se hallan muy extendidas, y reciben el nombre de *artel*.

Y no se crea que los productos de estas industrias domésticas sean objetos groseros ó bastos únicamente, pues muchos son artículos de lujo: los sombreros de seda que se venden en los grandes almacenes de San Petersburgo, y que pasan por *nouveautés parisiennes*, son obra de los aldeanos moscovitas, y lo mismo sucede con los muebles de madera curvada, que se venden como «muebles de Viena»; y lo que más llama la atención no es sólo lo concluído y lo fino de estos productos, sino la rapidez con que su fabricación se ha extendido por las aldeas rusas.

Entre las industrias más desarrolladas están las que emplean la madera y las pieles como primeras materias. En casi todas partes se fabrican vehículos de todas clases: en las aldeas del gobierno de Moscú, muebles y juguetes; en las de Nijni-Novgorod, productos de ebanistería; en el gobierno de Kostroma, cestos; en el de Tver, calzado; y en el de Wladimiro, gorros de pieles de carnero y pellizas.

De un extremo á otro de Rusia, las mujeres hilan, tejen y recaman durante los meses de invierno, reunidas generalmen-

te en talleres que les suministra la cooperativa. En las filaturas y tejidos están empleadas muchas más mujeres que hombres. Los hombres, para evitarse el gasto y la explotación de los intermediarios, se hacen vendedores ambulantes y llevan hasta el Cáucaso los trabajos de sus mujeres.

Otros productos muy estimados de las industrias rurales son los instrumentos de música, especialmente las guitarras, flautas y violines, distinguiéndose en esta producción los aldeanos de los gobiernos de Moscú y de Kaluga; las guitarras se pagan en Moscú y en San Petersburgo á 50 rublos, y las flautas á 40. En la aldea de Volozoff se fabrican instrumentos de física. ¡Véase hasta qué punto saben sacar partido de su habilidad estos supuestos salvajes!

*
* *

La nación polaca.—Polonia no ha muerto: su nacionalidad vive en los tres fragmentos en que la violencia la ha dividido. En nuestros días, según *The Quarterly Review*, Polonia atraviesa un período de renacimiento que reaviva, con el espíritu de independencia, las aspiraciones nacionales, jamás abandonadas.

En Austria, las condiciones en que viven los polacos no son malas. En Rusia, el yugo político ha sido aligerado, gracias á los sentimientos humanitarios del Zar, que ha permitido que los polacos reciban la instrucción religiosa en su propia lengua, no siendo ya castigados los que abrazan el catolicismo, y habiendo sido reintegrado en su sede el obispo de Vilna, antes desterrado por haber protestado contra la apostasía que se imponía á los niños católicos por la fuerza; á pesar de esto, la fuerza de la rutina es tan grande en Rusia que, no obstante las buenas intenciones del Zar, los polacos no pueden librarse de la opresión de aquel sistema despótico é injusto.

En Prusia, los polacos son maltratados y molestados de mil maneras por el Gobierno de Berlín, que quisiera borrar toda huella de la nacionalidad polaca. Los polacos, sin embargo,

se resisten con increíble tenacidad, y afirman la existencia y el incremento de su raza frente á los tudescos; en vano el Gobierno prusiano envía colonos de Siberia y de Pomerania para ocupar las tierras polacas; en vano se multiplican las expropiaciones territoriales en provecho de los prusianos: la población prusiana crece en la proporción de un 3,70 por 100, y la polaca en la de un 10 por 100; la fecundidad de la raza eslavo-polaca desconcierta y destruye todos los propósitos de germanización.

Para dar una idea de los medios á que apelan los prusianos para perseguir á los polacos, baste decir que si una carta lleva el sobre en francés ó en inglés, por ejemplo, nadie la detiene; pero si está en polaco, la detienen ocho ó diez días, so pretexto de que hay que traducir la dirección; los certificados de bautismo son rechazados si el bautizado no lleva el nombre en alemán, y gritar «¡Viva Polonia!» es considerado como un delito de orden público. La nacionalidad, sin embargo, se afirma cada vez más, y no hay medidas que basten para ahogar en el corazón de los polacos el amor á su patria despedazada y la santa aspiración á reconstituirla.

Fernando Araujo

INDICE

Págs.

Ediciones del ***Quijote,*** por Julio Cejador 5

Referencias legales y jurídicas del ***Quijote,*** por Augusto Martínez Olmedilla 18

El Dos de Mayo de 1808, por Juan Pérez de Guzmán 32

Poetas americanos.—Primo vere, por Juan Francisco Ibarra 58

Recuerdos, por José Echegaray 60

La cuestión agraria en el Mediodía de España, por Enrique Sánchez Pastor 72

Influencia española sobre la Literatura inglesa, por Martín Hume. 116

Yang-Hun-Tsy (el diablo extranjero), por Wenceslao Sieroszewski. 142

Crónica literaria (Dos muertos ilustres: Balart. Valera.—La tragicomedia ***Bárbara,*** *de Pérez Galdós)*, por E. Gómez de Baquero 165

Revista de Revistas por Fernando Araujo 188

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 17. NUM. 198.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

JUNIO 1905

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, núm. 22.—Teléfono 2.000
10.431

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

FRANCISCO DE ZURBARÁN

Y

LA EXPOSICIÓN DE SUS CUADROS

En el año V del siglo XX ha llegado su turno á Zurbarán en la serie de esos actos nacionales que, como los «Centenarios» y, lo mismo que los «Centenarios», las «Exposiciones de obras de arte», después de muchos años de fallecido su autor, no son otra cosa en el terreno profano que las canonizaciones en el religioso; esto es, la consagración de los hombres superiores reconocida y confirmada por la posteridad.

Y ha sido necesario este acontecimiento, para que los eruditos caigan en la cuenta de que aún permanecía ignorada gran parte de la existencia del pintor, y se sientan estimulados á la rebusca en archivos, bibliotecas y museos de los datos que faltaban para completar, y hasta podría decirse que escribir por vez primera, su interesante biografía. ¿Cuál fué la verdadera vida de Zurbarán? ¿Cuál su posición social como hombre, y cuál su significación y su importancia como artista?

Algo puede decirse acerca de estos puntos, gracias á las investigaciones últimamente realizadas por bibliófilos y críticos; pero hasta hoy era muy poco y, además de poco, confuso, lo que se sabía del artista extremeño. Mientras los biógrafos se limitaban á copiar y comentar los escasos datos aportados por Palomino y Cean Bermúdez, la imaginación popular había

formado una serie de leyendas á cual más disparatada y absurda.

En la villa de Fuente de Cantos, su pueblo natal, se contaba, y aún se cuenta, que era un pobre pastorcito, con tan decidida afición al dibujo, que mientras su rebaño pacía, él *retrataba* en los troncos de los árboles todos los objetos que divisaba en el horizonte; hasta que un día, admirados de su habilidad unos caballeros que atravesaban aquellos lugares, se lo llevaron con ellos á Sevilla, cuando ya contaba doce años y había recibido algunas lecciones de dibujo, costeadas por el bondadoso párroco del pueblo.

Antes de salir de Fuente de Cantos, dicen que hubo de pintar la caricatura de un joven aristócrata llamado Silverio Luarca, el que, ofendido por aquélla obra, se vengó del artista dando muerte al padre de éste y huyendo á Madrid, donde al cabo de muchos años fué reconocido una noche por el mismo Zurbarán, quien lo mató en lucha de una estocada. A consecuencia de este hecho, añaden los narradores de esta leyenda, huyó á Portugal, donde acabó sus días.

Pero, respecto al motivo de la fuga á Portugal (donde jamás estuvo) y á las circunstancias de su muerte, corre otra versión no menos falsa. Dícese que, habiendo ido á su patria con ánimo de contraer matrimonio con una su prima, tuvo un desafío con cierto joven pariente suyo, á quien mató en buena lid. La Inquisición de Llerena actuó en este proceso, y Zurbarán huyó á Portugal, viviendo oculto muchos años en Lisboa; revelando su persona y sus peripecias al fraile que le administró los últimos sacramentos, en el hospital de San José, donde expiró el *año 1661* (?), con la coincidencia de morir en el mismo cuarto y en la misma cama en que había fallecido el famoso Camöens, y de ser el fraile que le administró los sacramentos el mismo que confesó y ayudó á bien morir al poeta lusitano *ochenta y tres años antes* (el 5 de Octubre de 1579); lo que ni es cierto, ni hubiera sido posible.

Si de la leyenda pasamos á la historia, aún se desconoce la

fecha y el lugar de su fallecimiento, sabiéndose sólo, por D. Lázaro Díaz del Valle, que en 1662 vivía el maestro en esta villa de Madrid; y para colmo de omisiones, hasta al cura de su pueblo se le olvidó escribir el día en que aquél nació, pues en la partida de bautismo sólo se dice que:

En la villa de Fuente de Cantos, á siete días del mes de noviembre de mil y quinientos y noventa y ocho años, el señor Diego Martínez Montes, cura de la dicha villa, bautizó un hijo de Luis de Zubarán y de su mujer Isabel Márquez. Fué su padrino Pedro García del Corro, presbítero, y la partera María Domínguez, á los cuales se les exhortó el parentesco y la obligación que tienen, y se llamó Francisco, y lo firmó Diego Martínez Montes.

Para reconstituir seriamente la historia de Zurbarán, el proceso de su formación y las ideas que recibe y sintetiza, conviene proceder con el mayor detenimiento, examinando el estado político, religioso y social del medio en que nace y se desarrolla, el de la cultura literaria y artística de su época, el juicio que mereció á sus contemporáneos, el que merece á los nuestros, los errores en que unos y otros incurren, sus cuadros más famosos y su significación en la historia del arte.

La ignorancia de sus primeros biógrafos ha contribuído á que se le llame el Caravaggio español, considerándosele como un imitador del artista italiano, cuando nada aprendió ni quizás conoció de éste; á que se le considere como un genio no comprendido y poco apreciado por sus contemporáneos, cosa imposible dada la cultura de entonces, y condenado á trabajar á sueldo, cuando no tenía espacio para ejecutar los muchísimos encargos que directamente le hacían de todas partes.

La personalidad de los artistas, como la de los literatos, por cuanto representan el gusto, las ideas ú otro aspecto especial de su época, es más colectiva que individual y no puede estudiarse aisladamente, sino en relación con el ambiente en que vivieron; pues así como no hay abeja que labre miel sin flores, Zurbarán no habría sido lo que fué caminando á través de un

campo yermo. Pero, lejos de vivir en tiempos de decadencia, tuvo la suerte de nacer al finalizar el siglo XVI, esto es, al ocupar el trono Don Felipe III, y aún residía en Madrid tres años antes de morir Felipe IV.

En la sociedad española de estos dos reinados crece y se desenvuelve Zurbarán, que no llegó á salir de la Península. ¿Qué espectáculos, qué cosas pudo presenciar este maestro en su infancia y en su primera juventud? La vida de un príncipe que ocupaba el tiempo en la caza y el juego, pero también en las festividades religiosas; que se veía obligado á inventariar la plata labrada; á enviar mayordomos y párrocos á pedir por él de puerta en puerta; á reunir tres veces Cortes para atender á las necesidades del reino, pero que ponía á los españoles en comunicación constante con los demás pueblos de Europa y América, mediante las frecuentes guerras con los Países Bajos, Inglaterra, Saboya, Venecia, la Valtelina, los berberiscos y los turcos, y las conquistas de Nuevo México y el valle de Arauco. Aún no tenía Zurbarán doce años cuando presencia la expulsión de los moriscos. Ve la Inquisición en su apogeo y el clero secular y regular preponderantes. Las primeras inteligencias florecían en los conventos ó á su sombra. Entonces se celebran las beatificaciones de San Isidro Labrador, Santa Teresa de Jesús, San Raimundo de Peñafort y San Ignacio de Loyola, y se desarrolla el culto de la Inmaculada Concepción. El sentimiento religioso era la nota dominante. ¿Qué de extraño tiene el que impresionara tan intensamente á este pintor, inclinando su musa hacia los asuntos místicos, y convirtiéndolo en el intérprete más fiel de la vida monacal y ascética?

Si en el terreno de la política y de la religión ofrecía España el cuadro descrito, en el intelectual triunfa la literatura de la influencia italiana, se perfecciona el romance caballeresco, aparecen las novelas realistas y la dramática llega á su apogeo con Lope de Vega, abriéndose los teatros del Príncipe y de la Cruz. Entre los líricos se destacan: Rioja, Rodrigo Caro, Juan de Jáuregui y Luis de Argote y Góngora; entre los

épicos: Fray Diego de Hojeda, Alonso de Acevedo y Bernardo de Balbuena; entre los satíricos: Villamediana; entre los novelistas: Cervantes, Mateo Alemán, Espinel y Quevedo; entre los escritores políticos: Diego de Saavedra Fajardo; entre los prosistas: Rivadeneira; y entre los historiadores: el Padre Mariana y el inca Garcilaso.

Si tan florecientes se hallaban las Letras, la Pintura no podía decaer, máxime cuando sus hermanas la Arquitectura y la Escultura producían las preciosidades del estilo plateresco y contaban con cinceles como los de Berruguete, Gaspar Becerra y Alonso Cano.

Muertos Rafael y Miguel Angel, el ideal de las escuelas que fundaron degeneró en sus discípulos en rutina y amaneramiento; y, como sus insípidas imitaciones no podían constituir la aspiración de los genios, pronto fueron los vulgares clasicistas obscurecidos por los naturalistas, artistas verdaderos que preferían para sus creaciones la interpretación directa de los seres reales y vivientes á los de las escuelas eclécticas de Italia.

Muertos, al principiar el siglo XVII, los introductores del neoclasicismo, en Sevilla, los artistas que les sucedieron procuraron olvidar sus lecciones para recibir las de la naturaleza, y sólo uno de los maestros de las cuatro academias que entonces existían en la metrópoli andaluza, Francisco Pacheco, se empeñaba, inútilmente, en conservar puro el gusto greco-romano. En cuanto á los jefes de las otras academias, Francisco de Herrera el Viejo y Juan del Castillo, se alejaron de él cuanto pudieron, y Juan de las Roelas (que había estudiado á Ticiano y visto trabajar á los grandes coloristas Tintoreto y Veronés) consiguió desligarse de sus trabas.

Tal era el ambiente que empezó á respirar el pintor extremeño cuando, separándose de sus padres (que debían ser modestos labradores), se trasladó á la ciudad de Sevilla, sin otra preparación, seguramente, que las ligeras nociones de dibujo que recibiera, en su pueblo, de algún olvidado discípulo de

Morales, y que empezó á perfeccionar desde que fué recibido en la Academia del licenciado Juan de las Roelas.

Allí no tardó en distinguirse, y á los diez y ocho años de edad, en 1616, pintaba su primer cuadro conocido, consistente en una Inmaculada Concepción, representando á la Virgen muy niña, sostenida en el espacio por un grupo de querubines y cantada y aclamada abajo por trece angelitos desnudos, doce de los cuales, unos de pie y otros sentados, fijan la vista en papeles de música, mientras el que aparece de espalda, en uno de los extremos del lienzo, toca una trompeta.

Hablando de este cuadro, ha dicho D. Elías Tormo y Monsó:

«Este grupo es una hermosa composición que recuerda tantas otras italianas, desde las esculturales de Donatello y della Robbia hasta el dibujo célebre de Pordenone, conservado en Florencia. Viste María, como ya casi era de rigor en 1616 en España, blanca túnica y azul el manto, colgante, suelto. Quiere ser inspirada y mística su mirada puesta en el cielo; quiere ser delicada la expresión de las cabezas infantiles; no acertó á tanto éxito el dibujo duro, aunque estudiado y escrupuloso, del autor, como tampoco logró acertar, aun con las tonalidades de oro, al pintar un celaje celestial alrededor de la figura original de la Inmaculada.»

A pesar de las deficiencias que observa el Sr. Tormo, no puede negarse que ya en este cuadro se indica el carácter de la técnica de Zurbarán. La figura de la Virgen es el retrato de una niña de diez años, donde la imaginación del artista ha modificado muy poco la expresión del modelo.

No obstante lo correcto del dibujo, se nota que el artista se hallaba en el período de formación, y esta obra no debió ser hecha por él sino como un ensayo. La enseñanza de Roelas y el ejemplo de sus compañeros, unido todo á las aficiones de la época, condujeron á Zurbarán á un discreto naturalismo, y antes de manejar la paleta debió dibujar mucho y con provecho, según la maestría que desde sus primeros cuadros reveló.

Si la cultura literaria de sus contemporáneos le obligó á

ser ilustrado; si las ideas religiosas de la sociedad en que vivía le inclinaron al misticismo; si el gusto predominante en la pintura le llevó al naturalismo, ¿qué otras circunstancias, además de sus prodigiosas facultades, le llevaron á ser tan gran pintor? La noble ambición de descollar entre tantos famosos compañeros y el brillante porvenir que aquella ciudad ofrecía á los más aventajados, debieron inspirarle la constancia y la laboriosidad necesarias para llegar á distinguirse, hasta el punto de que su fama corriera por todas partes mucho antes de que saliese del estudio de Roelas y empezase á trabajar por su cuenta.

Ahora bien: ¿le costeó el autor de sus días el viaje y la estancia en Sevilla, ó entró de criado en casa de Roelas para moler los colores y prestar otros servicios á cambio del aprendizaje que deseaba?

Dato es éste que no está averiguado todavía, ofreciendo la misma obscuridad que otros períodos y circunstancias de su carrera, reconstituíbles solamente atendiendo al número, calidad y fechas de sus cuadros, y á los poquísimos documentos que hasta el día se han encontrado.

¿A qué puede obedecer esta falta de noticias acerca de la vida de pintor tan eminente? A que Zurbarán no se distinguió ni por sus relaciones con elevados personajes como Velázquez, ni por sus desgracias como Coello, ni por sus amores como el Giorgione, ni por sus pendencias como Alonso Cano y Valdés Leal, ni por las alternativas y vicisitudes de su vida como tantos otros, cuya existencia novelesca y de aventuras ha contribuído no poco á popularizarlos.

Aparte de estas razones, el siglo que siguió al suyo no era el más á propósito para fomentar la reputación de un pintor de santos y de frailes, y nadie se cuidó de investigar y anotar las particularidades de su vida para transmitirlas á la posteridad en un trabajo armónico.

De aquí la ignorancia y los errores que hemos lamentado después.

Zurbarán no fué un hombre de aventuras ni de extravagancias, sino un perfecto equilibrado; muy amante, sin duda, de la familia, puesto que se casó dos veces, la una con D.ª Beatriz de Morales y la otra con D.ª Leonor de Jordera, teniendo varios hijos. Su vida regular y consagrada al trabajo no pudo llevar su nombre á los labios del vulgo. En cambio era conocido y altamente admirado de las personas más cultas, como lo prueba el que apenas contaba veinticinco años cuando el marqués de Malagón le confiaba la ejecución de las nueve grandes composiciones, tomadas de la vida de San Pedro, que decoran el retablo de la capilla colocada bajo la advocación del apóstol en la catedral de Sevilla; obra en que hizo el artista extremeño sus primeros alardes de experto dibujante y gran colorista, y en la que se distinguió además por la hermosa disposición y por la dignidad y la nobleza de las actitudes y de las fisonomías de las figuras.

El cuadro del centro de este retablo representa á San Pedro sentado y vestido de pontifical; y en los lados la visión de los animales inmundos, y el santo llorando su pecado. En el segundo cuerpo, junto á la aparición del ángel en la cárcel, la de Cristo cuando San Pedro huía de Roma, una Concepción de Nuestra Señora, la confesión de San Pedro delante de los demás apóstoles, su vacilación en la fe y el milagro del tullido.

Con estos cuadros comienza el apogeo de Zurbarán, que los terminó en 1625, cuando ya reinaba Felipe IV, protector entusiasta y decidido, no sólo de toreros, cómicos y cortesanas, como afirman algunos historiadores, sino principalmente de las artes y las letras.

Luchas exteriores y desastres nacionales acibararon la vida del monarca, con guerras como las de Holanda, Francia ó Inglaterra; con sublevaciones como las de Cataluña y Nápoles; con la libertad de la Valtelina y con la independencia de Portugal; autos de fe como los de Madrid, Valladolid, Córdoba y Sevilla, nublaron la alegría de estas ciudades. Pero aún alen-

taba Lope de Vega y estaban en la cumbre de su gloria Tirso de Molina, Ruiz de Alarcón, Rojas, Zorrilla, Calderón, Moreto, Vélez de Guevara, Góngora, Villamediana, los Argensola, Mariana, Quevedo y cien más, todos ellos ingenios eminentes que solían disfrutar del favor regio.

En cuanto á la conducta de este rey con los artistas, dice Jaime Fitzmaurice-Kelly: «Arte y letras fueron su constante preocupación, y no estaba desprovisto de dotes personales. No se contentaba con dar instrucciones á sus ministros para que adquiriesen todo buen cuadro que se les ofreciera en mercados extranjeros: sus propios bocetos demuestran que había aprovechado viendo pintar á Velázquez. No es pequeño motivo de gloria para él haber adivinado de una sola ojeada el genio del desconocido maestro sevillano y haberle nombrado—cuando apenas salía de los diez y nueve años—pintor de cámara. Recomendó asimismo al artista Alonso Cano para una canongía en Granada... Llegaría hasta detener el curso de la justicia para proteger á un artista. Así, cuando el maestro de Velázquez, el medio loco Herrera, fué acusado de falsificar moneda, el monarca intervino, haciendo esta observación: *¡Recordad su San Hermenegildo!*

Los primeros estudios de Zurbarán (quien en el resto de su vida no pintó cosa alguna que no fuese con modelo) presentan con los del autor de *Las hilanderas* la analogía de estar todos pintados directamente del natural, absteniéndose en absoluto de todo convencionalismo ó tradición de escuela, y en los lienzos del retablo de San Pedro se reveló ya como un consumado artista.

Después de acabar este trabajo pasó de Sevilla á Extremadura, donde pintó varias obras para el monasterio de Guadalupe, entre ellas los ocho grandes cuadros con asuntos de la vida de San Jerónimo, que se conservan en su sacristía; y se estableció en Llerena, de donde fué llamado á la capital andaluza para que pintase los cuadros que se habían de colocar en el claustro nuevo del convento de la Merced Calzada, referen-

tes á la vida de San Pedro Nolasco, y el crucifijo, entre otros cuadros, del convento de San Pablo.

Aquéllos y éste quedaron terminados en 1629; y fué tanta la reputación que con ellos adquirió Zurbarán, que se le reconoció como el primer pintor de asuntos religiosos; y el cabildo de aquel pueblo, donde tan insignes artistas florecían, hubo de pedirle oficialmente que no volviera á marcharse de allí, para ser honra de la ciudad.

Este acto singularísimo del cabildo hispalense, no muy bien conocido por Palomino, primer escritor que lo refiere, ha sido negado con razones muy lógicas por Cean Bermúdez, que no se lo podía explicar.

«Es fama—dice Palomino—que habiéndose retirado á vivir á Fuente de Cantos, su patria, la ciudad de Sevilla le envió su diputación pidiéndole se dignase de venir á vivir en Sevilla para honrarla con su persona y eminente habilidad, siendo así que había entonces en ella otros pintores célebres; él lo hizo así, como lo merecía honra tanta».

Cean Bermúdez hace observar que «no parece cierto, ni aun verosímil, lo que cuenta Palomino, de que habiéndose retirado Zurbarán á vivir en Fuente de Cantos, el Ayuntamiento de la ciudad de Sevilla le hubiese enviado una diputación á fin de que volviese á establecerse en esta ciudad, y que haya aceptado este partido, pues que no se halla pintura alguna de su mano en la villa de Fuente de Cantos, ni hay noticia en los libros de su parroquia relativa á su residencia, desde que salió muy joven de ella; y además, el Ayuntamiento de Sevilla no tenía necesidad de honrar tan extraordinariamente á un forastero, cuando abundaba en buenos y excelentes pintores patrios sobre las demás ciudades del reyno».

Quizás los admiradores del *forastero* entendiesen que ninguno ó muy pocos de los *buenos* y *excelentes pintores patrios* rayaban á su altura en los asuntos religiosos, porque lo fundamental del hecho es cierto, si bien Zurbarán no se trasladó á Fuente de Cantos, sino á Llerena, como queda dicho;

ni pasó la cosa sin la protesta de los artistas hispalenses.

He aquí la verdad de lo ocurrido, según los documentos encontrados por D. José Gestoso y Pérez en el Archivo municipal de Sevilla. Llevado á ésta por los frailes de la Merced, y cuando ya había terminado los cuadros que éstos le encargaron y el Crucifijo de la sacristía de San Pablo, el 27 de Junio de 1629, el Sr. Rodrigo Suárez, veinticuatro, presentó un escrito al Cabildo de la ciudad, proponiendo que, en vista de lo *consumado artífice* que se había mostrado en *estas obras*, y presuponiendo *que la pintura no es el menor ornato de la república*, pidiese á dicho Francisco Zurbarán que se quedase á vivir allí, si ya no con salario ni ayuda de costas... á lo menos con palabras significativas de que se holgara, que esta sola diligencia sería bastante para que la súplica surtiese efecto. Apoyaron esta proposición D. Antonio de Bobadilla, veinticuatro; D. Pedro Galindo de Abreu, veinticuatro y procurador mayor, y D. Diego Caballero Illesca.

Visto por la ciudad y por D. Diego F. de Mendoza, asistente, fué encargado el Sr. Rodrigo Suárez de manifestar á Zurbarán lo mucho que la ciudad deseaba que se fuese á vivir á ella, *por las buenas partes que se habían conocido de su persona*, que *la ciudad tendría cuidado de favorecerlo y ayudarle en todas las cosas que se le ofrecieren.*

Zurbarán debió acceder en seguida, pero no tardó en surgir la protesta.

El miércoles 29 de Mayo de 1630 fué vista y leída en el Cabildo una petición de Alonso Cano, pintor, protestando de aquel acuerdo y pretendiendo que la ciudad *mande que se examine Francisco de Zurbarán ó dé licencia para que use de sus ordenanzas.*

El artista extremeño se negó á sufrir dicho examen, y supo defenderse, haciendo á la vez constar cómo «habiendo ido de Llerena á pintar la sacristía del convento de San Pablo y los cuadros del claustro del convento de Nuestra Señora de la Merced, acordó la ciudad y le mandó el señor asistente que se

quedase en ella de asiento, *honrándole con declarar el acuerdo que se hacía por considerarle insigne y convenir al lustre de la ciudad y obras de sus templos; y él, reconocido á tanto honor, con incomodidad llevó su casa á Sevilla.*

Despechado, sin duda, y para imponerse por el genio á sus ofendidos rivales, debió concebir entonces (y no á continuación de los cuadros de San Pedro, como dicen Madrazo, Bermúdez, Mier y Palomino) la ejecución de su obra maestra, que realizó al ser encargado de decorar el retablo mayor de la iglesia del convento-colegio de Santo Tomás de Aquino, donde representó la apoteosis de este santo.

Si la hubiese realizado antes se haría mención de ella en el pleito transcrito con Alonso Cano, como se hace mención del Cristo de San Pablo y de los cuadros de la Merced Calzada.

Todos los personajes de este cuadro exceden como proporción el tamaño natural. Hacia los cielos entreabiertos donde se ven á Cristo y á la Virgen acompañados de San Pablo y Santo Domingo, se eleva, entre cuatro Santos Padres que le rodean sentados, la figura del doctor angélico (figura que, según el manuscrito de Loaysa, es el retrato de D. Agustín Abreu de Escobar, racionero que fué de aquella santa iglesia).

Varios ángeles se distinguen en la gloria del fondo presenciando la escena desde su ángulo. En la parte baja del cuadro, y en primer término, en un grupo que ocupa la derecha, está representado Carlos V con el cetro y cubierto con el manto imperial, hallándose á su espalda varios caballeros, entre los que se reconoce un retrato del autor. A la izquierda se encuentra el arzobispo D. Diego Deza, fundador de la iglesia, acompañado de frailes dominicos.

Se ve claramente, como indica Lefort al estudiar esta producción de Zurbarán, cuáles fueron las fuentes y los ejemplos en que se inspiró para componerla y ejecutarla. Roelas con su obra maestra la *Muerte de San Isidoro*, y Herrera el Viejo con su *Triunfo de San Hermenegildo*, del colegio de los jesuítas, pintado en 1624, ejercieron cada cual su parte de influencia

sobre los comienzos del artista; el que, además, desde 1620 á 1625 tuvo ocasión en la misma Sevilla de ver pinturas de Ribera, y por otro lado no dejó de asimilarse algunas de las sólidas prácticas del Españoleto.

Hoy se conserva este lienzo (que no ha venido á la Exposición) en el Museo provincial de Sevilla, «tras azarosas vicisitudes—dice el Sr. Madrazo,—que afortunadamente no han hecho más que extender la fama de su autor por la Europa culta».

Cuando, antes de colocarlo en el sitio que está, se procedió á forrarlo, encontróse pegado á su dorso un documento con la siguiente historia:

«Este lienzo lo sacaron de la capilla y colegio dos colegiales en la invasión de los franceses ocurrida en 1.° de Febrero de 1810. Los franceses lo tomaron después y lo colocaron en el Alcázar Real de esta ciudad. En su fuga, que fué el 27 de Agosto del año 12, se lo llevaron á París, desde donde volvió á Madrid, en donde estuvo hasta el año 1818, cuando lo concedió al colegio el Sr. D. Fernando VII, y se colocó en su altar el 26 de Enero de 1819, siendo rector el M. R. Padre maestro F. Juan Gómez Muriel.»

En el mismo año de 1629, en que terminó los cuadros de la Merced Calzada, pintó Zurbarán, para la Cartuja de Santa María de las Cuevas, el *San Bruno conversando con el Papa Urbano II*, *La Virgen acogiendo á unos frailes mercenarios bajo su manto*, *El milagro de San Hugo* y *El Niño Jesús hiriéndose al tejer una corona de espinas*; y en 1633 dió por terminados los cuadros del retablo de la Cartuja de Jerez, firmando en uno de ellos, en el que representa *La adoración de los pastores*, como *pintor del rey*.

«Por el uso de este título (dice D. Ceferino Araujo y Sánchez) se presupone que antes de esta última fecha debió el pintor estar en Madrid, pero no se sabe cuándo, ni tampoco si estuvo; pues pudo obtener el título sin ir por entonces á la corte».

«Tampoco se sabe (añade el Sr. Madrazo) dónde estuvo los años que transcurrieron desde que terminó esta obra de la Cartuja hasta que volvió á Madrid en 1650, llamado, como asegura Palomino, por D. Diego Velázquez de Silva, de orden de S. M.; pero nos consta que estaba en Sevilla el año 1639». Y más abajo agrega que igualmente se ignora la fecha de las infinitas obras que ejecutó para las parroquias de San Esteban y San Román, de Sevilla, para la iglesia de *San Buenaventura*, Colegio de San Alberto, Carmelitas Calzadas, *Merced Calzada*, Mercenarios Descalzos, Santo Domingo de Portaceli, Trinitarios Calzados, Capuchinos, *convento de San Pablo* y Colegio de Maese Rodrigo, de la misma ciudad; y para los conventos de San Pablo y la Merced, de Córdoba, y de Capuchinos, de Jerez de la Frontera.»

Ya queda dicho cómo fué Zurbarán desde Llerena á Sevilla para pintar los cuadros de los conventos de San Pablo y la Merced Calzada, y que éstos, como los de Santa María de las Cuevas, estaban terminados en 1629. En este mismo año pintó los de la iglesia de San Buenaventura, de los que se conserva uno, *San Buenaventura mostrando el crucifijo,* en el Museo de Berlín, y todos los datos demuestran que, lejos de tener fundamento las dudas de Madrazo, puede afirmarse con seguridad que nuestro artista no movió su estudio de Sevilla y los pueblos inmediatos, donde ejecutaría todas las obras á que alude aquél, desde 1633 á 1650; apareciendo firmados, entre otros cuadros, los de la Cartuja, de Jerez, en 1633; los de la Merced Descalza, en 1636, á juzgar por uno de esta procedencia: el *San Lorenzo* que posee el Museo del Ermitaje de San Petersburgo, y que lleva esta fecha, y las pinturas del navío del santo rey D. Fernando, que Sevilla regaló á Felipe IV, en 1638. En 1639 consta que estaba en Sevilla, «por un documento que se conserva en el Archivo de Palacio (Pardo y sus agregados. Felipe IV, leg. 2, núm. 1), que es parte de una correspondencia epistolar habida entre Francisco de Zurbarán y el marqués de las Torres, superintendente á la sazón de las obras del Alc.

de Madrid, acerca de los dorados del *salón grande* de dicho R. Alc. y Pal.»

Estaba ya en relaciones algo familiares con la corte cuando fué llamado en 1650 para adornar con diez composiciones, representando los *Trabajos de Hércules*, la parte alta del saloncete del Palacio del Buen Retiro.

Al tratar de este viaje, dicen casi todos los biógrafos que en 1650 fué llamado por Velázquez, de orden de Felipe IV, para adornar con diez composiciones... uno de los grandes salones del Buen Retiro; cuatro de las cuales, conservadas en el Museo del Prado, fueron de mano de Zurbarán, y las otras ejecutadas bajo su dirección.

No es uno solo el escritor que ha demostrado que «el célebre pintor palatino no fué gran amigo del que, sin ser cortesano, ostentaba el título de *Pintor del Rey*»; mas aunque lo hubiese sido, no era posible esta intervención, por hallarse Velázquez en Italia, para donde salió del puerto de Málaga en Enero de 1649, no regresando hasta Junio de 1651, en que arribó á Barcelona.

Dada la cultura y las aficiones artísticas de Felipe IV, me inclino yo á creer que no necesitó inspiradores, sino que, espontáneamente, desearía tener trabajos de todos los artistas que se distinguían en su época, dándoles ocupación en cuanto se le presentaba ocasión de ello; y el decorado del saloncete del Buen Retiro se la ofreció para llamar á Zurbarán, quien pintó después en Madrid otros muchos cuadros para la Casa de Campo y algunos sitios reales, y lienzos de caballete para varios particulares. Viviendo en la corte en 1661, pintaba todavía (si hemos de creer á Lefort) para diversos palacios y conventos, y en 1662 escribía D. Lorenzo Díaz del Valle: «vive en esta villa de Madrid».

Su residencia habitual fué, sin embargo, Sevilla, donde dejó, entre otros discípulos, á Martínez de la Gradilla, que le prestó grande ayuda en los trabajos de decoración del convento de la Merced Calzada; á Bernabé de Ayala, pintor de

algún mérito, á quien recomienda su hermosa y sólida factura; y á los dos hermanos Polanco, que reprodujeron con fidelidad pasmosa muchos de los cuadros del maestro.

Como observará el lector, por lo escrito hasta aquí, el Zurbarán verdadero es otro muy distinto del Zurbarán que sus biógrafos nos han venido presentando, y á quien se le creía poco menos que desatendido, viviendo en la condición del jornalero.

Zurbarán pudo ser hijo de padres pobres; sin duda lo fué; pero él por sus propias fuerzas supo llegar, si no á ser muy rico, á vivir holgadamente y, sobre todo, á merecer las consideraciones, el respeto y la admiración de los más poderosos, y á obtener las más señaladas distinciones de la más culta de las ciudades; recuérdese el acto del cabildo de Sevilla al rogarle que se quedase en ella de asiento para honrarla.

La especie de que tuviera que vivir de un sueldo queda también desmentida ante las pruebas evidentes de los cuadros que directamente le encargaban, desde el marqués de Malagón hasta el monarca, los opulentos jerónimos de Guadalupe, los conventos de San Pablo y la Merced Calzada, las parroquias de San Esteban y San Román, el colegio de San Alberto, las Carmelitas Calzadas, la Merced Descalza, Santo Domingo de Portaceli, los Trinitarios Calzados, el colegio de Maese Rodrigo y los Capuchinos de Sevilla, los conventos de San Pablo y la Merced de Córdoba y los Capuchinos de Jerez de la Frontera.

Por si no fuesen bastante estas pruebas de que le faltaba tiempo para ejecutar todos los trabajos que directamente le encargaban, las confirma el testimonio del pintor en la siguiente carta, que se conserva en el archivo de la catedral de Badajoz:

«Madrid, 2 de Enero de 1662 años. Ilmo. y M. preciado señor: Hace tiempo, Dios lo sabe, que proponíame dar alguna contestación á Vm. y S. sobre los encargos que me honra encargándome para esta Santa catedral. Primeramente quiero

decir á Vm. y S. que el Sr. D. Jerónimo Rodríguez, que en el cielo descanse, me había pedido un cuadro de San Athón y dos grandes para las capillas que quería decorar de nuevo, y uno para la de él y su palacio. Ahora no puedo responder á nada, hasta poner fin á los encargos que tengo de S. M. el rey. Nuevamente me reitera de nuevo Vm. y S. las pinturas ya dichas, más otras dos, y yo puedo decir á Vm. y S., muy agradecido por la merced que me da en esta comisión y empleo, que para el año entrante, y contando con la gracia de Dios y su Santa Madre S. S., que comenzaré con este trabajo, que haré con otros que me hacen también para el convento de Santo Domingo de Atocha, en esta corte, y remitiré según termine y con arreglo á los precios que Vm. y S. me ofrece, aunque no muy largos sean, que ya convendremos en subir más para hacer con anchos deseos una obra buena, que en estas obras de pintura lo bueno no ha de costar poco. Y mandándole mucha salud y amor en Cristo, le besa la mano á Vm. su criado y dueño, *Francisco Zurbarán*».

Las consideraciones que le guardaban y los encargos que le hacían, dicen con bastante elocuencia el juicio que Zurbarán mereció á sus contemporáneos; ¿cuál ha sido el de los críticos posteriores?

Estos pueden dividirse en dos grupos: uno, el de los que apenas han estudiado las obras del pintor extremeño, y hablan con la ligereza de Palomino, Ceán Bermúdez, Manjarres y Symond; y otro, el de los que, como Madrazo, Araujo y Sánchez Cossío, Blanc, Mier y Lefort, han hecho un detenido estudio del carácter, de los procedimientos y de las influencias que reflejan los cuadros de Zurbarán.

Todos reconocen que este artífice era tan estudioso, que todos los paños los hacía por el maniquí y las carnes por el natural, siendo inimitables los hábitos blancos de sus monjes, por la elegancia de sus pliegues y por la verdad, el tono y la suavidad con que están tocados.

Pero mientras los primeros lo consideran un imitador del

Caravaggio, añadiendo algunos, como Manjarres, que apenas dió muestras de conocer la perspectiva, y otros, como Symond, que «Zurbarán fué realista, sin alcanzar á reflejar la vida», los segundos demuestran que, si por la propensión á los grandes juegos de claro-obscuro se le ha llamado hasta nuestros días el Caravaggio español, ha sido con injusticia, porque jamás conoció ni pudo imitar al famoso italiano, teniendo más semejanzas con Ribera, y diferenciándose de aquél tanto como la moderación del exceso.

Zurbarán, á juicio de los mejores críticos, cultivó mucho y con provecho el retrato, lo que quizás haya contribuído á esa manera de proceder por estudios aislados que se nota en algunos de sus cuadros, ofreciéndose en todos ellos como correcto dibujante y valiente colorista, mas no como un prosélito del naturalismo de su época, sino que, como dice Mr. Blanc, «no ha habido pintor, sin exceptuar al mismo Murillo, que haya correspondido mejor á las dos tendencias más pronunciadas del carácter español: la pasión de la realidad y la aspiración al ideal católico...» Y, como afirma Lefort, «con un sentimiento religioso muy penetrante, más viril que en Murillo, muy de otro modo expresivo que en Velázquez, su naturalismo, tan robusto como el de Ribera, es acaso todavía más verdadero, más franco y más espontáneo».

***

La Exposición de las obras de Zurbarán, que se inauguró el día 13 de Mayo en el Museo del Prado, aunque lo bastante surtida para que los aficionados puedan estudiar á este pintor, no ha sido tan hermosa como hubiera resultado al ser más completa. No sólo han dejado de venir los numerosos cuadros que se conservan en las galerías y colecciones extranjeras, sino también el renombrado de la *Apoteosis de Santo Tomás de Aquino*. Y las desconfianzas de Sevilla, más ó menos fundadas por la debatida cuestión de la *Santa Isabel* de Murillo, se han

transmitido al pueblo de Guadalupe, donde se recuerdan los estragos de la funesta desamortización, y se niegan autoridades y vecindario á remitir los famosos lienzos de la vida de San Jerónimo que se conservan en la sacristía del monasterio.

En cambio, figuran en la Exposición, además de los enviados por Sevilla, los cuadros más notables de Castellón, Cádiz, la familia real y diferentes coleccionistas, desde la *Inmaculada Concepción* (que posee el Sr. López Cepero), tenida por el primer ensayo de Zurbarán, hasta la renombrada Virgen de la Cartuja de las Cuevas, la Coronación de San José, el Beato Pozon, un Santo Domingo (propiedad del Sr. Prado y Palacio), una Santa Rosalía (de la infanta Doña Isabel), el celebradísimo *Cristo* de la sacristía de San Pablo, los cinco religiosos de la Merced (de la Academia de San Fernando), los Trabajos de Hércules, los retratos de D. Diego y D. Gonzalo de Lara y el San Bruno conversando con el Papa Urbano II.

La falta de muchos cuadros de los que no han podido venir está suplida, hasta donde es posible suplirla, con las fotografías de los mismos, convenientemente expuestas.

José Cascales y Muñoz

LA NUEVA PERFORACIÓN DE LOS ALPES

Jamás olvidará el que estas líneas escribe el pintoresco espectáculo que presentaron las calles de Ginebra al obscurecer el día 23 del pasado Febrero.

Transitaba la gente con ese paso especial, característico de los pueblos trabajadores; empezaban á iluminarse los escaparates de las tiendas; apresurábanse á subir en los tranvías los que, después de un día de labor en la oficina, el escritorio ó el taller, ansiaban el descanso en la casita alejada de la aglomeración urbana; se elevaban del lago Lemán las neblinas nocturnas que, extendiéndose poco á poco por los valles del Ródano y del Arve, iban trepando por los flancos de las cadenas de los Alpes y del Jura, para quedar luego prendidas á las montañas hasta el próximo orto del sol; la edad del Mundo estaba á punto de recibir el incremento de un día. De repente hienden el aire poderosas salvas de artillería y percibe el oído un general repique de campanas, entre las cuales se advierte la *Clemence*, cuya voz no suena más que para anunciar un acontecimiento de excepcional importancia.

Los transeuntes se detienen é interpelan, con el semblante gozoso y revelador de grande alegría; los conductores de los vehículos eléctricos hacen alto, olvidando por algunos instantes los apremios de los horarios reglamentarios; las luces parecen más vivas, y hasta se nos antoja, ¡oh prodigios de la ilusión!, que la evaporación del lago y del Ródano cesa un momento, á fin de no aumentar la densidad del aire y que puedan

las sierras vecinas devolver, sin atenuarlos, los ecos de las voces del acero y del bronce...

Todos sabíamos, porque las autoridades nos tenían prevenidos, que el volteo de las campanas y los disparos de los cañones eran nuncio de que se había realizado la perforación del Simplón, de que otro boquete se había practicado en ese formidable macizo que, durante siglos y más siglos, se mantuvo intacto, desafiando con sus cimas inmaculadas, sus precipicios insondables, sus pavorosos aludes y sus cataclismos geológicos, al temerario que pretendiera franquearlo. Sucediéronse las generaciones, la tierra devoró millones de hombres, y los Alpes continuaron impasibles, luciendo sus cumbres eternamente blancas y sus faldas embellecidas por fascinadores efectos de luz; guardando celosamente el secreto de su vida misteriosa y de sus leyes extrañas, en virtud de las cuales, frágiles florecillas de matices pálidos, expresión perfecta de cuanto es suave, delicado y débil, florecillas como el *edelweiss*, brotan y viven en regiones terribles, donde las borrascas de nieve, los desplomamientos de los ventisqueros, las trombas de las cataratas, los torrentes despeñados, y tantos otros imponentes fenómenos de la alta montaña, son manifestación suprema de la fuerza y de un irresistible poder de destrucción. Transcurrió el tiempo, una Era histórica siguió á otra, y los Alpes continuaron separando á los hombres del Piamonte y de la Lombardía de los montañeses de la Helvecia y de las dos Saboyas.

La historia antigua no cita más que un caso de haberse vencido los obstáculos de la orografía alpina. Aníbal llevó á cabo la invasión de la Italia septentrional, pero la posteridad ignora los procedimientos que aquel caudillo hubo de emplear para efectuar tan prodigiosa operación. Hasta Napoleón, nadie se atrevió á repetir la proeza del guerrero cartaginés.

En Mayo de 1800, el primer cónsul Bonaparte, á la cabeza del famoso ejército denominado *de reserva*, cuyos efectivos eran de unos 60.000 hombres, pasó los Alpes por el Gran San Bernardo, y, reforzado por la división Chabrán, que había

atravesado el Pequeño San Bernardo, marchó al encuentro de los austriacos, mandados por Melas. Tuvo lugar el choque de aquellas fuerzas el 14 de Junio, entre el Tanaro y su afluente el Fontanone, en Marengo, pueblo situado al Sureste de Alejandría. Sabido es que aquella batalla, página gloriosa de los anales militares de Francia, y la cual costó la vida al intrépido general Desaix, obligó á Austria á suscribir el tratado de Alejandría, que estipuló la retirada de los austriacos á la orilla izquierda del Adigio y la devolución á los franceses de quince plazas fuertes.

A pesar de que en el éxito de la batalla de Marengo influyó bastante la heroica resistencia de Massena en Génova, merced á la cual 25.000 austriacos á las órdenes del general Ott no pudieron comparecer oportunamente en el teatro de dicha acción, lo cierto es que la causa principal del triunfo de los soldados de la República fué la moniobra audaz de Napoleón, en cuya posibilidad no creyó el generalísimo austriaco hasta que supo que el enemigo había entrado en Milán.

Leyendo la Memoria del general de ingenieros francés Marescot, relativa al paso del Gran San Bernardo por los soldados de Napoleón, se forma uno idea de la magnitud de aquella empresa. Baste decir que las tropas sólo podían caminar de noche, á la luz de la luna, ó en las primeras horas de la mañana, antes de que el sol ablandara la nieve; que, para evitar los aludes, á veces provocados únicamente por las pisadas ó las voces de los hombres, la artillería disparaba de vez en cuando, antes de que se penetrara en regiones donde se sospechaba que pudieran producirse desprendimientos; en fin, que la mayor parte de la impedimenta debió transportarse á lomo de mulas, en cuévanos y en una especie de trineos, compuestos de dos largos maderos unidos por traveses y arrastrados por uno ó dos caballos.

Después de aquel primer atentado á la intangibilidad del coloso, se construyeron en él algunas carreteras, y desde entonces tuvo que resignarse á dejarse hollar por algo más que

por la planta del pastor, del cazador, del contrabandista. No pudo, en adelante, sustraerse á la curiosidad del simple turista, con tal que éste fuera capaz de resistir el traqueteo de los carricoches de principios del siglo pasado. Tampoco logró impedir que los pueblos entre los cuales se interponía comenzaran á cambiar entre sí sus respectivos productos.

Apareció la locomotora, y al punto comprendieron los ingenieros que era indispensable herir sin compasión el macizo alpino, perforarle, probarle que la roca más dura, la cúspide más elevada, el peligro más grande, no arredran al genio humano.

En un pueblecito de la alta Saboya, llamado Saint-Jeoire, podéis contemplar la estatua de uno de sus hijos, del ingeniero Sommeiller, á quien cupo la gloria de dirigir la construcción del túnel del Monte Cenis, de haber efectuado la primera perforación de los Alpes, cuyos trabajos principiaron en 1857 y tuvieron remate el 17 de Septiembre de 1871, fecha de la inauguración de la línea férrea de Modane á Turín.

Dicho túnel tiene 12 kilómetros de largo. En él se practicó, por primera vez en grande escala, la perforación mecánica de la roca, utilizando la perforadora de aire comprimido inventada por el físico ginebrino Colladon. En aquella obra se procedió abriendo en el frente de ataque unas noventa cavidades de mina de cuatro centímetros de diámetro y 80 centímetros de profundidad, que se cargaban con pólvora ordinaria; las aguas de infiltración no fueron considerables, ni tampoco las temperaturas, gracias á la buena ventilación obtenida por medio del movimiento de las perforadoras.

La primera vía férrea subalpina produjo un tráfico notable, y como, por otra parte, á nadie podía ocultarse la necesidad de disminuir todo lo posible la distancia que separa el Norte y el Nordeste de Europa del canal de Suez, Alemania invitó á Suiza é Italia á entenderse para realizar la perforación central de los Alpes en el macizo del San Gotardo, obra gigantesca que duró desde 1872 á 1881, y ofreció muchísimas más

dificultades que la construcción del túnel del Monte Cenis.

El del San Gotardo, situado entre los valles del Reuss y del Tesino, tiene tal altitud que fué preciso alargar su longitud, con objeto de establecer pendientes aceptables, es decir, inferiores al declive máximo de 26 por 100, lo cual exigió la intercalación de túneles secundarios ó helizoidales. Así llegó el túnel de referencia á alcanzar la longitud de 15 kilómetros. Complicaron también el trabajo la naturaleza del terreno, las infiltraciones, que llegaron á exceder de 230 litros por segundo, y, en fin, las elevadas temperaturas interiores.

Se emplearon perforadoras perfeccionadas, y las minas se cargaron con dinamita. Sólo el túnel del San Gotardo costó 70 millones de francos; la línea entera demandó un gasto de 276 millones, cantidad que fué abonada por las tres naciones precitadas.

Empresa tan grandiosa tuvo que causar numerosas víctimas. Entre ellas merece particular mención el nombre de Luis Favre, ingeniero, natural de Chene, arrabal de Ginebra. Contratista de la obra del Gotardo, Favre supo luchar, gracias á su privilegiada inteligencia y á su indomable energía, contra todos los obstáculos que se levantaron ante su empresa, debidos unos á las fuerzas de la naturaleza y suscitados otros por las miserables pasiones humanas que suelen concitarse contra el verdadero mérito. Pero su robusto temperamento acabó al fin por usarse, y Favre murió en el mismo túnel, en vísperas de dar remate á su ímproba labor; y por toda recompensa, su familia fué arruinada, so pretexto que el difunto no había terminado el túnel el día fijado en el contrato. ¡Uno de los ejemplos más tristes es éste de la ingratitud humana!...

Como ya dijimos, la iniciativa de la perforación de los Alpes centrales se debió á Prusia, en su deseo de enlazar los territorios alemanes con los puertos de Trieste y de Brindisi y, por tanto, con los países de Oriente. El túnel del San Gotardo no sólo determinó los beneficios económicos previstos por Bismark para Alemania, sino que infirió un golpe terrible al

comercio y á la industria de Francia, y fijó, con el establecimiento de la triple alianza, la orientación de la política exterior contemporánea del imperio de los Hohenzollern.

No dejaron de ver muchos patriotas franceses el peligro que corría su nación si se abría un boquete en el San Gotardo. Pruébalo que ya el 21 de Junio de 1870, es decir, en cuanto se conoció el acuerdo de los tres Gobiernos interesados en la obra en cuestión, Gambetta, Sadi-Carnot y otros diputados presentaron una moción al Cuerpo legislativo, pidiendo que se votara un crédito de 48 millones de francos para proceder á la perforación lateral de los Alpes en el macizo del Simplón, con el propósito de establecer una línea directa de comunicaciones entre los puertos de la Mancha y los del Adriático que impidiese que la arteria económica mundial favoreciera á los alemanes.

Pero los dolorosos sucesos de 1870-71 y el período reconstituyente que les siguió impidieron á los Gobiernos de la tercera República contrarrestar los desastrosos efectos que para Francia había tenido la perforación del San Gotardo. Es verdad que ni siquiera en estos últimos tiempos, de relativa quietud en la vida exterior é interior de nuestros vecinos, les ha parecido á ellos oportuno el cuidarse de enlazar bien su territorio septentrional con los puertos italianos. Entretenidos con pequeñeces de una política menuda, prestando exagerada atención á los *affaires* sucesivos, empezando por el *boulangisme* y acabando por el de las *fichas de delación*, después de haber recorrido los términos principales de la serie, á saber, *l'affaire* de las quiebras de la Unión general, de la Compañía de los ferrocarriles del Sur y del Panamá, *l'affaire* Dreyfus, el de la familia Humbert, etc., etc.; entretenidos, decimos, los hombres de Estado de Francia con cosas de semejante trascendencia, no tuvieron tiempo de escuchar las proposiciones juiciosas que les hizo Suiza de entenderse para ejecutar en común la perforación del Simplón. Obrando con esa negligencia de los intereses económicos del país, no es extraño que Francia, que era

en 1870 la segunda nación desde el punto de vista del valor de su marina mercante, sea hoy la duodécima.

¡En cambio, Alemania, cuya marina mercante era nula en aquel año, es ahora la segunda del mundo!...

No obteniendo resultado las gestiones en Francia, acordó Suiza entenderse exclusivamente con Italia. Desde 1893 á 1896 duraron las negociaciones y los estudios referentes á la obra propuesta. Reunida entre ambas naciones la cantidad de 70 millones de francos, total del presupuesto establecido por los ingenieros para la construcción del túnel del Simplón, se firmó el 13 de Agosto de 1898 un tratado por los representantes de los dos Gobiernos interesados, la Compañía ferroviaria del Jura-Simplón, dueña de la línea suiza de acceso al túnel, y, en fin, por la Sociedad de contrata, tratado cuyas cláusulas principales estipulaban: 1.°, los trabajos habrían de empezar, lo más tarde, el 13 de Noviembre del mismo año; 2.°, el primer túnel y la galería del segundo habrían de estar terminados y en poder de la Compañía de explotación cinco años y medio después de dar principio á la perforación mecánica; es decir, el 15 de Mayo de 1904.

Formaban la Sociedad de contrata los ingenieros Brandt y Brandau, de Hamburgo; las casas de construcciones mecánicas de Winterthour y de Zurich, respectivamente, Sulzer hermanos y Zocher y Compañía, y, en fin, el Banco de Winterthour. Los contratistas cobrarían 5.000 francos de prima por día de anticipación en la conclusión de la obra, y abonarían igual cantidad por día de retraso; quedaban obligados á depositar una fianza de 5 millones de francos, y únicamente en los casos siguientes podrían eximirse de las obligaciones contraídas: guerra en que estuviera comprometido uno de los Estados del convenio, huelgas generales, terremotos.

El ingeniero Brandt había intervenido en la construcción del túnel del Arlberg, otra perforación alpina efectuada entre los valles del Inn y del Rhin, cerca del lago de Constanza, por iniciativa de Austria, con intención de emancipar sus lí-

neas férreas de las alemanas para las comunicaciones con Suiza y Francia. Esta empresa demandó la construcción de un túnel de 10 kilómetros bajo la montaña del Arlberg, y una vía férrea de 137 kilómetros de longitud.

En esos trabajos, que duraron tres años, empleó Brandt por primera vez su perforadora hidráulica, que tiene la ventaja de no producir polvo alguno. Ese distinguido ingeniero falleció pocos meses después de haberse principiado los trabajos del Simplón.

La perforación de este macizo montañoso, cuya altitud es superior á 3.500 metros, y cuyo espesor es de 19.732 metros, significaba la construcción del túnel más largo del mundo. Si no hubiera sido menester vencer más dificultades que las ocasionadas por las dimensiones extraordinarias del túnel, es claro que el problema se reducía á una cuestión de tiempo y, por tanto, de paciencia y perseverancia. Mas rara vez se manifestó como en el Simplón la Naturaleza tan dispuesta á torturar el genio humano.

En efecto: la primera sorpresa desagradable que tuvieron los ingenieros fué motivada por una circunstancia de índole geológica. Un bloque del gneiss de Antigonio (materia dominante en el frente sur de ataque) fué sometido en 1891, en Wirtenthour, á experiencias de perforación; se observó que con la máquina rotativa de Brandt, provista de dos floretes, la perforación obtenida era de un metro en doce ó quince minutos; de lo cual se dedujo, teniendo en cuenta la duración de las operaciones complementarias, que podrían ganarse diariamente cerca de seis metros en el ataque de la roca. Pues bien, en la práctica, los progresos diarios del adelanto apenas llegaron á cuatro metros. Después se descubrió que, en los experimentos preliminares, se había prescindido de la enorme presión ejercida por la mole del Simplón sobre la piedra de Antigonio: de ahí la notable diferencia notada entre lo previsto y la realidad.

Por semejante motivo, en Marzo de 1901, la galería que-

arranca de Brigue (vertiente norte) tenía ya 4.693 metros de longitud, al paso que la de la vertiente opuesta, cuyo punto inicial es Iselle, sólo tenía 3.610 metros. Pero la galería de Iselle tuvo que luchar con dificultades mucho más importantes que la dureza de la peña.

A fines de 1900, entre los kilómetros 2.400 y 3.800, la temperatura de la piedra descendió bruscamente de 33° centígrados á 26°. En Mayo del año siguiente se descubrió la causa de tal fenómeno: era que los mineros habían penetrado en una región acuífera refrigerante, correspondiente á una extensa capa subterránea de agua. Desde entonces las infiltraciones produjeron inundaciones terribles, de cuya importancia podremos formarnos idea sabiendo que el caudal de aguas de alguna de ellas no bajó de 12.000 litros por minuto. A pesar de la energía de los ingenieros y de los obreros, hubo un momento (kilómetro 4.397) en que las perforadoras no pudieron seguir funcionando. En aquella fecha (30 de Septiembre de 1901), un torrente impetuoso paralizó los trabajos; primero se trató de derivar el curso de aquella poderosa corriente; luego, de tapar los orificios por donde fluía el líquido: todo fué en vano; se decidió al fin que se elevaría el nivel de la masa de agua por medio de un muro de contención, y que se dirigiría la galería por encima del enojoso manantial, con objeto de salvarlo, dando un rodeo, para venir después hacia él en sentido contrario á la dirección normal de la perforación. Todo eso exigió muchísimo tiempo.

Además sucedió que, por más que se había dado á la galería sur una pendiente superior á la de la otra galería (7 por 100), para facilitar el desagüe, la evacuación de aquellos enormes volúmenes de agua hizo necesaria la construcción de bastantes canales accesorios. En Mayo de 1901, el caudal de aguas arrojado por la boca meridional del túnel era de dos litros por segundo; en Junio siguiente, de 215 litros; y en Diciembre, de ¡874! Este número explica lo que debieron ser las infiltraciones del Simplón.

El segundo semestre de 1901 fué atroz para los valientes constructores de ese túnel: debieron luchar contra el agua, contra las formidables presiones de la montaña, que parecía decidida á hundir los revestimientos más sólidos, y contra las temperaturas sofocantes que empezaron á reinar, sobre todo en la galería norte, temperaturas no previstas tampoco por los ingenieros.

En opinión de éstos, una temperatura de 40° á 50° centígrados podría fácilmente reducirse á 15° por medio de la pulverización de agua á 12°, bajo una presión de 5,5 atmósferas. Esto es cierto; pero aquellos señores habían olvidado las dificultades de proporcionarse bajo la montaña agua á la temperatura de 12°. El agua del Ródano se calentaba en su viaje subterráneo hasta el frente de ataque, de manera que su temperatura al salir de las perforadoras era de 23°; la cual pudo reducirse á 16°, cubriendo la canalización con un revestimiento de madera, rodeado á su vez de materias poco conductoras del calor. El aire enviado á las galerías por el aparato de ventilación pasaba asimismo rápidamente de la temperatura de 17°, á su entrada en el túnel, á la de 30°; para refrescarlo, se le hizo pasar alrededor de cilindros llenos de hielo, que un vagón especial transportaba en el túnel; pero con este procedimiento no se consiguió bajar la temperatura del aire más que dos grados.

En Noviembre de 1902, el termómetro en el túnel marcó 54° centígrados. Era, pues, indispensable buscar medios poderosos de refrigeración. Las cañerías de 10 centímetros de diámetro, que aportaban el agua del Ródano á las perforadoras, se reemplazaron por otras de 12 centímetros, y se estableció otra cañería de 25 centímetros, destinada especialmente á la refrigeración, y que mediante potentes bombas centrífugas suministraba de 50 á 55 litros de agua por segundo. Gracias á esa mayor cantidad de líquido y al uso de buenos y numerosos aparatos de pulverización, el aire producido por los ventiladores se despojaba de gran parte del calor adquirido en el

subsuelo, y pasando luego por unas alambradas, perdía su exceso de humedad. No obstante las dificultades halladas en la galería norte, debidas particularmente á las temperaturas exageradas, los trabajos en ella fueron más fáciles que en la galería de Iselles, donde, según expresamos, la resistencia de la roca, las infiltraciones y las presiones de la mole ocasionaron retrasos considerables; tanto que, á fines de Noviembre de 1903, la perforación del lado septentrional había llegado al punto culminante del túnel, es decir, á su punto medio; porque sabido es que todos los túneles se trazan en pendientes contrarias, á partir del centro, é inclinadas hacia las bocas, á fin de facilitar el desagüe.

Desde entonces prosiguieron los trabajos de la galería de Brigue en contrapendiente, hasta Mayo del año anterior, época en que el depósito de agua termal formado por los caudales de una porción de manantiales que se descubrieron sucesivamente, y la imposibilidad de vaciarlos por estar la contrapendiente obstruída por las rocas todavía no perforadas de la galería sur, obligó á cesar definitivamente los trabajos de la galería norte, quedando detenidos en el kilómetro 10.376. En el kilómetro 10.129 se colocó una puerta de hierro, como pared septentrional del mencionado depósito. En resumen: á mediados de 1904 sólo faltaba para terminar la perforación del Simplón que las máquinas de la galería sur horadaran la pared meridional del repetido depósito de agua, cuyo contenido se calculaba en millón y medio de litros. Todas las dificultades someramente indicadas habían sido fundamento para que las naciones concesionarias de esa obra gigantesca otorgaran á los contratistas una prórroga de catorce meses para la terminación de los trabajos. El 1.° de Julio del corriente año, la línea férrea Brigue-Iselle habría de estar lista para la explotación.

El 24 de Febrero último, á las siete y veinte minutos de la mañana, el florete de la perforadora encargada de dar el postrer pinchazo á la roca, giró libre de toda resistencia. Retira-

do aquel florete, un chorro de agua caliente anunció que el Simplón estaba perforado...

Algunos segundos después, aquellos hombres intrépidos, que anhelantes y trémulos de emoción asistían en la lobreguez de la mina, abierta en las profundidades del macizo montañoso más imponente de Europa, á la coronación de una obra que ha requerido esfuerzos inconcebibles, sabiduría prodigiosa, perseverancia extraordinaria y sufrimientos de toda especie, aquellos hombres tuvieron que huir perseguidos por una formidable ola de agua abrasadora, sintiendo las angustias de la carencia de oxígeno y de la abundancia de vapores mefíticos.

En aquella trágica retirada, en aquellos espantosos momentos en que la montaña, cual si presa de violenta ira quisiera desencadenar sus elementos de aniquilamiento y destrucción contra los que habían osado traspasarle las entrañas, dos ingenieros italianos, los señores Bianco y Grassi, perdieron la vida... Dos nombres más que hay que añadir al martirologio de la ciencia...

Al conocerse la fausta nueva de la perforación del Simplón, los Gobiernos de Suiza é Italia se felicitaron mutuamente por telégrafo. En ambos países la alegría ha sido indescriptible, pues para los dos va á iniciarse, en cuanto circulen los trenes entre Brigue y Domo d'Ossola, una era de prosperidad incomparable.

No es, por tanto, extraño que el repique de las campanas y las salvas de artillería de que hablábamos al principio de este artículo, llenaran de júbilo á los ginebrinos.

Y en verdad que sobrados motivos tienen para alegrarse. Dentro de algunos meses, la cuenca del Lemán estará en íntima comunicación con el valle del Po; los cantones suizos del Valais, de Vaud y de Ginebra, el país de Gex y la alta Saboya no se verán ya separados de los llanos de la Lombardía y de la Venecia por el macizo, que se extiende desde el Monte Blanco hasta el collado de Nufenen. La diligencia que actualmente

va de Brigue á Domo d'Ossola, por la carretera construída por orden de Napoleón I, tarda nueve horas en recorrer dicho itinerario; para ir de Martigny á Aosta, por el Gran San Bernardo, se necesitan diez y ocho horas; para recorrer la distancia que hay entre Chamonix y Courmayeur, por el Pequeño San Bernardo, son necesarios tres días de marcha. Se explica, por consiguiente, que cuantos deseen dirigirse á Italia desde Suiza prefieran dar un rodeo, yendo por Lucerna y el San Gotardo á Milán, ó por Bellegarde, Modane y el Monte Cenis á Turín. De Ginebra á Milán, por el Simplón, habrá 382 kilómetros, ó sea 144 kilómetros menos que por el San Gotardo, y 70 menos que por el Monte Cenis. Con ser ventajosísimo este acortamiento, aún resulta favorecido el itinerario de referencia, por las mejores condiciones de la línea del Simplón; porque, en efecto, habiéndose abierto el túnel en la base de la montaña, podrán atravesarlo los trenes á velocidades grandes, cosa que no es posible hacer en los túneles del San Gotardo y del Monte Cenis, toda vez que ambos han sido construídos á considerable altitud.

Ahora se invierten, para ir por el Monte Cenis, de Ginebra á Turín, diez horas, á Génova trece, á Milán catorce; por el San Gotardo, se llega á dichas ciudades, respectivamente, en quince, diez y ocho y doce horas. Por el Simplón se supone que se necesitarán sólo siete horas para trasladarse de Ginebra á Milán, centro de la red ferroviaria del norte de Italia; el viaje á Turín durará tanto como dura ahora por el Monte Cenis, y á Génova se llegará en menos de diez horas.

Esos datos son suficientes para imaginar el aumento de viajeros y de tráfico que va á proporcionar á Italia y Suiza la línea del Simplón, cuyos fines tienen que ser aún más importantes, porque su zona de alimentación no ha de limitarse á las comarcas que separan la cuenca del alto Ródano y la del Po, sino que debe extenderse más allá de Francia y de la Venecia, hasta el Atlántico y los puertos de la Mancha, por un lado, y, por el otro, hasta los países del Extremo Oriente. Tiene que

ser la grande arteria comercial que una esas dos poderosas naciones insulares que se llaman Inglaterra y el Japón. Y, para que el túnel del Simplón dé vida á tan maravilloso instrumento económico, es preciso que Francia se avenga á construir una línea directa entre París y Brigue. Ya que los poderes públicos de esa última nación cometieron la insigne torpeza de desoir los consejos de Gambetta y de otros patriotas, procuren rescatar su culpa apresurándose á decretar los trabajos necesarios para utilizar las ventajas inmensas que puede reportar á Francia la perforación del Simplón, la cual no le ha costado ni un céntimo y es capaz de devolverle la prosperidad comercial que le arrebató el túnel del San Gotardo.

En la actualidad, no existe línea directa entre París y Ginebra; no hay más que un ramal que arranca de Culoz, de la línea París-Turín, por Dijon, Macon y el Monte Cenis, salvando por el Suroeste el macizo del Jura. La línea París-Ginebra demandaría, pues, la perforación de este macizo, la cual ha sido perfectamente estudiada, desde el punto de vista técnico y financiero, por una sociedad semioficial, constituída especialmente en Ginebra con ese fin.

En el proyecto de tal sociedad se recomienda la perforación del Jura en la Faucille y la construcción de una línea férrea que arranque de Lons-le-Saulnier, prolongando la que está haciendo la Compañía París-Lyon-Meditarranée entre Dijon y Lons-le Saulnier, y termine en Ginebra, después de atravesar los túneles de la Faucille. Esa línea, cuyo coste se ha calculado en unos cien millones de francos, sería la mejor solución del problema, porque además de favorecer á las regiones inmediatas á Calais, con ella todos los departamentos occidentales de Francia quedarían perfectamente ligados á la gran arteria, merced á las vías férreas transversales ya existentes.

El proyecto de la perforación de la Faucille tiene contra sí el inconveniente de su elevado coste y la guerra que le hacen los intereses particulares y locales.

Como Francia ha visto que el Simplón se ha perforado sin

imponerse sacrificio alguno, se figura que lo mismo ha de suceder en la construcción del túnel del Jura. Alegando que esta obra beneficiará, sobre todo, á Ginebra, reclama de esta ciudad una amplia cooperación financiera. Mas, por muy deseosa que se halle Ginebra de ver realizados unos trabajos que, en efecto, han de producirle grandes beneficios, no puede aportar más de veinte millones de francos á la masa del capital de la empresa. El cantón de Ginebra ha solicitado de la Confederación una subvención crecida, para aumentar aquel fondo, basándose en que se trata de una obra de interés para toda Suiza; pero el cantón vecino de Vaud se opone enérgicamente á tal concesión, pretendiendo que las vías de acceso al Simplón por territorio suizo pueden obtenerse con menos dinero, construyendo el ramal Frasne-Vallorbe (17 kilómetros), que acortaría bastante la distancia entre París y Lausanne, evitando el rodeo por Pontarlier. El coste de dicho ramal se cree que no excedería de veintiocho millones de francos.

El cantón de Berna procura también arrimar el ascua á su sardina, preconizando la unión de la capital federal á Brigue por medio de un ferrocarril que atraviese el Lotschberg.

En fin, la compañía Paris-Lyon-Mediterranée es partidaria de que se construya la línea Saint-Amour-Bellegarde (setenta y cinco kilómetros), la cual se enlazaría con la que, sin salir del territorio francés, costea la orilla izquierda del lago Leman y penetra en el cantón suizo del Valais, en Saint-Gingolph. Esta línea sería sumamente perjudicial para Suiza, pues no utilizaría este país más que en el corto trayecto de Saint-Gingolph á Brigue.

Se ve, por tanto, que las proposiciones no faltan. Por encima de todas ellas está el interés general, y hora es de que se falle el pleito.

Las Cámaras de Comercio, las entidades financieras y cuantas se ocupan, en Francia, de los intereses económicos del país, piden enérgicamente que se resuelva el asunto. Un grupo parlamentario se apercibe á plantear la cuestión en el terreno le-

gislativo. Todo hace prever, en suma, que no ha de hacerse esperar mucho la tan deseada solución...

Entre tanto, saludemos con respeto á los sabios ingenieros y á los valientes obreros que han perforado el Simplón. Rindamos también tributo de admiración á esas dos naciones á las cuales se debe tan magnífica obra: á Italia, que, justificando aquella frase *Italia fara da se* del rey del Piamonte Carlos Alberto, pronunciada cuando, en 1848, fracasó la primera tentativa de constituir la unidad italiana, se afana en ponerse entre las naciones que marchan á la cabeza de la civilización; á Suiza, á esa admirable Confederación de 22 repúblicas, al país de la libertad y del progreso.

Saludemos, en fin, á la Ciencia.

Gracias á ella, ninguna barrera, ningún obstáculo natural resiste al esfuerzo del hombre. Ayer se rindieron el Monte Cenis, el Arlberg y el Gotardo; hoy se ha rendido el Simplón; mañana se rendirá el Monte Blanco. Y la montaña, acribillada por todas partes, no tendrá más remedio que dejar á los pueblos que se den la mano á través de su mole, que con el comercio de las ideas y de las materias desechen prejuicios seculares, establezcan vínculos apretados, franqueen una etapa más en la dirección de ese ideal de fraternidad humana que se deriva de la concepción religiosa del monoteísmo. Gracias á la Ciencia, no sólo la montaña abre sus entrañas al hombre, sino que le permite escudriñar los flancos de ella y trepar hasta sus cumbres más altas. En 1.° de Agosto próximo estará terminado el ferrocarril de la Jungfrau hasta la estación del túnel de Eiger, á 3.161 metros de altitud, y no ha de tardarse mucho en que el viajero ascienda cómodamente hasta los picachos de la virgen alpina.

Con la Ciencia, el hombre ha conquistado la altitud y la latitud. Noruegos, belgas, franceses é italianos han pasado uno, dos y hasta tres inviernos en las tinieblas de los hielos polares; una americana ha hecho más: la esposa del célebre explorador Peary, el que ha llegado más cerca del polo (83°5′), se

dió el lujo de dar á luz una robusta niña á bordo del *Windward*, encallado en los hielos, á una temperatura de 40° bajo cero. Y una porción de ciudades florecientes, cuyo tipo es Dawson, capital improvisada del aurífero Klondyke, surgen y se pueblan del lado allá del círculo ártico, delante de la barrera imaginaria que, durante mucho tiempo, se fijó como límite de las zonas habitables.

Con la Ciencia, el hombre ha vencido á la corteza terrestre y llegará á dominarla en toda su extensión. Con la Ciencia, el hombre ha suprimido las distancias y captado multitud de fuerzas naturales, muchas de ellas un día agentes de destrucción y que hoy producen energía vivificadora, movimiento útil, bienestar y riqueza. Todos los días la Ciencia permite arrancar al Universo un nuevo secreto, descubrir una verdad. El pensador, el filósofo, el técnico, cuantos viven en el culto de la Ciencia, no cesan de conmover al mundo con extraordinarias revelaciones, por virtud de las cuales la evolución se precipita y se va transformando la mentalidad de los pueblos.

Bajo la acción irresistible de la Ciencia, caen los falsos dioses, se desploman las instituciones basadas sobre la injusticia, la iniquidad y la mentira, se opera la selección entre los individuos y las colectividades, y la humanidad se dirige consciente y confiada hacia su destino...

ANTONIO PAGÉS

Ginebra, Marzo 1905.

RECUERDOS

Un escritor contemporáneo de mucho ingenio y muy original defendía hace poco esta tesis: Que todo el que se dirige al público debe presentarse tal como es. Y el escritor á que me refiero agregaba, en su pintoresco estilo, que todos debíamos presentarnos desnudos á nuestros lectores.

Tanto como desnudos no diré yo, porque nos saldrían al encuentro los agentes de orden público, que partidarios, por lo visto, de los antiguos moldes, nos recogerían para consignarnos al Gobierno Civil ó á la delegación.

Pero si no desnudos, no está de más que en ocasiones nos presentemos en traje de casa, sin convencionales libreas de etiqueta. Y en estos recuerdos vengo yo dando desde el principio no sé si buen ejemplo ó mal ejemplo de franqueza y familiaridad.

Me asalta un recuerdo modesto, insubstancial, vulgarísimo: pues como me asalta, lo recojo y á la imprenta lo mando.

Y no lo adorno, no lo aderezo, no le doy ni siquiera forma literaria: como lo recuerdo lo pienso, y como lo pienso lo digo.

¿Que todos estos recuerdos son insignificantes? Qué remedio, si no tengo otros.

A veces me asaltan temores, y recientemente me han asaltado muchos: ¿debo yo publicar estas pequeñeces? Pero me he consolado leyendo la opinión autorizadísima del insigne escritor á que antes me he referido.

Porque éste dice, en mejores términos que yo, pero en substancia lo mismo que yo voy á decir: ¡Oh jóvenes que escribís para el público! ¿queréis ser originales? Pues no os empeñéis en serlo de una manera artificiosa y rebuscada; mostraos como sois; haced transparente vuestra envolvente material; que os vea todo el mundo sin disfraz y que todas las miradas penetren hasta el interior de vuestro sér! Sólo con que os vean como se ve la luz de un farol al través de los cristales, habréis conseguido la más perfecta originalidad; porque, sabedlo, todos somos originalísimos: todo individuo es tan él mismo, que no se puede confundir con ningún otro individuo, como no se empeñe artificiosamente en imitar á otro sér humano; es decir, en representar en la comedia de la vida otro papel, que no sea el suyo.

Esto me recuerda la opinión, también muy original, de un amigo mío que se llamaba D. Francisco Gómez, y á quien llamábamos familiarmente Paco Gómez.

Pues este Gómez, que alardeaba de franqueza, que odiaba todo convencionalismo, que pretendía mostrársenos siempre tal como era, aun cuando no hubiese llegado á la perfección del sistema, porque no iba desnudo, sino muy bien vestido, y hasta vestido con elegancia, se burlaba de los actores en general y les negaba todo mérito.

—Todo actor—decía él, con sus exageraciones de costumbre, á que él daba el nombre de claridades—no representa bien más que tres ó cuatro tipos, que son aquellos que se acomodan á su naturaleza.

—Aunque yo no he representado nunca—agregaba,—yo soy el primer actor del mundo para representar determinado personaje.

Que resucite Romea y que venga aquí; y usted mismo, querido Vico, venga también conmigo, y á ver si ustedes, ni Talma y Máiquez, que volviesen á la vida, son capaces todos juntos de representar con tanta verdad como yo *el papel de Paquito Gómez*.

Ese personaje, no hay más que uno en el mundo capaz de interpretarlo, que soy yo mismo.

Me parece que la teoría de Paco Gómez es la teoría de la originalidad personal.

Cierto es que Vico le contestaba, con sonrisa entre burlona y filosófica:

—Pues mira, Paquito: eso que dices será verdad; pero yo estoy seguro que si sales á escena á representar *tu papel*, ese papel que dices de Paco Gómez, que estás representando hace cuarenta años, lo harás muy mal y con torpeza y con amaneramiento, y de fijo te equivocas y te silban, y todo el mundo saldrá diciendo: «Pero qué mal hace Paco Gómez el papel de Paquito Gómez». Que de estas cosas diabólicas é incomprensibles, querido Paco, tiene muchas nuestro arte.

Sea de ello lo que fuere, y sin pretender ahondar en tales problemas, que son más intrincados de lo que parece, continúo mi tarea, que no sé si servirá para algo, y aun sospecho que para nada ha de servir, pero que á mí me proporciona unas cuantas horas agradables, porque voy recorriendo, según la veo, mi ya larga vida, que con ser poco dramática y poco interesante, es la única de que pude disponer desde la creación hasta la fecha.

***

Seguía, pues, en Londres, visitando á diario la Exposición y tomando notas y apuntes para la Memoria, que estaba obligado á presentar, á mi vuelta, al director de Obras públicas.

Un día recibí un telegrama de París, que decía de este modo:

«Ven inmediatamente. Te necesito para un asunto importante y de mucha urgencia. No admito excusas».

Y lo firmaba Leopoldo Brockman.

Firmaba el telegrama, como digo, mi más querido compañero en ingeniería y condiscípulo que fué en la Escuela de Caminos.

Mas, en rigor, ¿quién creen ustedes que me llamaba á París?

No es fácil que ustedes lo acierten, ni yo podía sospecharlo.

Pues me llamaba Napoleón III, el entonces emperador de los franceses. Ni más ni menos: el emperador.

Verdad es que yo jamás le había visto, que jamás había cambiado con tan alto personaje ni una palabra ni un saludo. Verdad es que él ignoraba que yo existiese en el mundo, y que murió sin sospecharlo.

No importa: de una manera indirecta, pero eficaz, él me llamaba, y por él fuí yo á París.

A veces en la vida, por alguno de esos mil conductores eléctricos, que en todos sentidos cruzan la sociedad moderna, se ven enlazadas, aunque lo ignoren, dos personas que viven á mil leguas de distancia física y social, ignorando cada una de ellas la existencia de la otra.

Qué digo dos personas: dos seres cualesquiera, racionales ó irracionales.

Yo demostré hace algún tiempo, con demostración matemática, que se traducía en hechos positivos, que una misteriosa influencia se había establecido en un momento dado entre el *presidente* de la República de los Estados Unidos y una *perrilla* de un modesto empleado de Hacienda, que todos los días á hora determinada pasaba por la Carrera de San Jerónimo: es decir, pasaba la perrilla y con ella pasaba también el amo.

No he de repetir aquí la demostración; pero conste que el hecho es real, y que el gran presidente de la poderosa República estuvo á punto de costarle á la humilde perra el perder la *cordilla*, que constituía su alimento, durante unos cuantos meses.

Todo esto se aclarará más adelante; ahora vamos á mi viaje á París.

* * *

Pocas horas después de recibido el telegrama, llegaba yo á la estación y pedía un billete de primera para la capital de Francia. ¡De qué manera tan cruel se imponen los resabios literarios! Para no repetir la palabra París, que ya he empleado muchas veces, he dado un rodeo tan inútil como enfático, ¡la capital de Francia!

¿Vale la sinceridad? Pues confieso que el dar la orden al cochero de que me llevase á la estación y el conseguir que me entendiera, el acercarme á la ventanilla con desembarazo y cierta superioridad y pedir billete de primera, en inglés por de contado, y el ver que me entendían, y el pagar y cobrar la vuelta y cambiar media docena de palabras en inglés; todas estas insignificantes maniobras, llamémosles maniobras aunque no lo sean, despertaban en mí sentimientos vanidosos.

Decididamente, yo iba dominando el inglés: unos meses más, y me hombreaba con Shakespeare; y eso que por entonces no había entrado de lleno en mi carrera dramática.

Seguí mi viaje gallardamente: hasta pasé el estrecho sin marearme; llegué á París y me fuí directamente al hotel *Meurice*, que era por aquellos tiempos uno de los hoteles más aristocráticos de la capital, aunque no de los más lujosos.

No es que yo acostumbrase á residir en hoteles aristocráticos: á él fuí porque en él estaba Brockman, que como ingeniero en jefe de la red italiana, que en aquella época construía D. José Salamanca, podía permitirse lujos, que no estaban al alcance de un modesto profesor de la Escuela de Caminos con doce mil reales de sueldo. Entonces se contaba por reales, y yo no he perdido todavía esta costumbre, sobre la cual en otra ocasión me permitiré someter á mis lectores á algunas consideraciones filosóficas.

Inmediatamente vi á mi compañero, y éste me explicó el asunto de que se trataba, y que le había obligado á llamarme con tanta urgencia.

Es el caso que Brockman, que era un excelente ingeniero, era también un poeta de alta inspiración; y de la mezcla de las

aptitudes ingenieriles y de los impulsos poéticos, resultaban á veces proyectos grandiosos, atrevidos y hasta fantásticos, que, como es natural, no realizaba nunca.

De uno de estos proyectos le habló un día á D. José Salamanca, como hubiera podido hablarle de un sueño ó del argumento de un drama.

Y el proyecto era éste: *el paso del Canal de la Mancha por medio de un ferrocarril colosal.*

No se trataba de un túnel: tal proyecto ya existía por entonces; no pretendía Brockman construir un puente de orilla á orilla, idea que tampoco era nueva. Tratábase de un ferrocarril, como digo, cuya vía robusta, poderosa y de construcción especialísima, había de ir por el fondo del estrecho, escogiendo, naturalmente, la parte de menor profundidad, que resultaba ser de unos cincuenta metros en el centro.

Sobre esta vía correría de una costa á otra, desde Francia á Inglaterra quiero decir, un gran armazón de hierro, una especie de torre á cuya plataforma pasaría el tren que llegaba de Francia, y la torre, movida por enormes hélices, lo transportaría hasta la costa de Inglaterra; y viceversa.

Tal era el pensamiento de Brockman; y no entro en los pormenores del sistema, primero porque no serían propios de este lugar, y además porque el proyecto no pasó de la categoría de proyecto más ó menos fantástico.

Pero es el caso que D. José Salamanca, para las grandes empresas, tenía mucho también de soñador y poeta, y el pensamiento de Brockman no solamente le agradó, sino que le entusiasmó.

Vió sin duda la creación de una gran sociedad; muchos millones en danza; la protección de Francia, con la subvención correspondiente; la protección de Inglaterra, con la correspondiente subvención; el nombre de Salamanca elevándose á cien codos sobre todos los nombres de todos los constructores del mundo; gran prestigio y fama para los ingenieros españoles, á los que siempre el gran banquero concedió noble protec-

ción; y como natural complemento de todo ello, un gran negocio financiero y una ganancia colosal.

Ya ven mis lectores que, si poeta era mi compañero Brockman, poeta era también, á su modo, D. José Salamanca.

Con tanto empeño acogió la idea aquel singularísimo hombre de negocios, que fué Brockman el que, sin duda por descargo de su conciencia, apuntó tímidamente algunas objeciones, deseando por de contado que no prevaleciesen.

—El proyecto es muy difícil—le dijo.

Y Salamanca le replicó, haciendo ya el proyecto suyo:

—Difícil, sí; pero no imposible. ¿No he visto yo correr á la locomotora y al tren por una llanura inundada? Pues si la caldera hubiese estado encima del agua y la vía hubiese sido bastante sólida, el tren hubiese continuado su marcha; y este es nuestro caso. ¿Qué más da medio metro de agua que 50 metros? El principio es el mismo, y cuenta de los ingenieros es vencer las dificultades materiales; ¿ó es que ustedes no sirven más que para lo rutinario?

Todo esto me contaba Brockman, entusiasmándose con el espíritu emprendedor de D. José Salamanca.

Pero no era D. José hombre que se contentaba con soñar, ni dejaba nunca que las ideas flotasen en el aire: de la idea flotante quería él pasar con rapidez á la realidad sólida y tangible; así es que á los pocos días, apresurando su viaje á París, á París llegó trayendo consigo á Brockman, y sin perder tiempo, y valiéndose de su amistad con la emperatriz y de la simpatía con que siempre le había distinguido el emperador, á éste sometió el proyecto de que se trata.

Hasta aquí el proyecto de mi amigo iba hacia adelante con fortuna, porque en su camino encontraba siempre poetas, soñadores y hombres de entusiasmo.

Soñador y poeta era Brockman, aun como ingeniero; poeta y soñador era también D. José Salamanca para las grandes empresas, y esto quizá le perdió algunos años más tarde; y el mismo emperador, con sus apariencias frías, era un

soñador colosal en el orden político. Lo fué toda su vida, y en todas sus empresas revolucionarias, políticas y guerreras, dominó siempre la nota dramática, mejor dicho, la nota romántica.

Al fin y al cabo, construir un ferrocarril submarino no había de parecerle al emperador Napoleón III empresa más difícil que construir un imperio al humilde revolucionario de Italia, al pobre prisionero de Hans ó al expatriado en los Estados Unidos.

De aquí resulta que no acogió el emperador el proyecto de Salamanca ni con desdén ni siquiera con frialdad.

Según D. José le refirió á Brockman, y Brockman me refirió á mí, el emperador le contestó poco más ó menos lo siguiente:—El proyecto es grandioso. Si técnicamente es posible, cuente usted con mi protección; y aunque en Inglaterra nos pongan algunas dificultades, yo confío que podré vencerlas.

Era la época, en efecto, de las grandes amistades y simpatías entre Napoleón III y la reina Victoria, y de las recíprocas visitas entre el emperador y la emperatriz por una parte, y la reina Victoria y el príncipe Alberto por otra.

El emperador completó su pensamiento de este modo:

—Haga usted—vino á decirle á D. José Salamanca—que sus ingenieros formalicen un proyecto serio sobre ese gran pensamiento, con su Memoria, sus planos y su presupuesto, y todos los datos técnicos que demuestren que la idea, aunque difícil, es realizable. Usted me trae todos esos documentos; yo nombraré una Comisión de ingenieros franceses de mi confianza, y haré que en brevísimo plazo me presenten su informe; que si el informe es favorable, ó por lo menos no es desfavorable por completo, yo tomaré la empresa bajo mi protección.

Realmente, el emperador no pudo hacer más.

Volvió sobre Brockman D. José, con toda su energía y sus apremios, y le encargó que inmediatamente hiciese el proyec-

to; *pero inmediatamente*: en el plazo de diez días á lo sumo.

Brockman quedó encantado y espantado al mismo tiempo.

—Pero, D. José, ¿cómo he de hacer yo ese proyecto en tan pocos días?

Mas D. José, que no admitía objeciones ni reparaba en obstáculos, le dió inmediatamente la solución, ó algo que él creyó que podría ser una solución.

—En qué poca agua se ahoga usted, amigo Brockman; ¡y usted quiere pasar el estrecho!

—Pero, D. José...

—Nada, nada; las cosas hay que hacerlas, y á usted le interesa el asunto más que á nadie.

—Es materialmente imposible que yo solo...

—Oiga usted, que á usted nada le ocurre; ¿no es probable que en Londres estén, con motivo de la Exposición, algunos ingenieros amigos de usted?

—Sí; por lo pronto, está Echegaray.

—Magnífico: pues le llama usted ahora mismo, por telégrafo; mañana está aquí, y en ocho días redactan ustedes el proyecto entre los dos.

Y así lo hizo Brockman, como D. José se lo había ordenado.

Y por eso fuí yo al hotel *Meurice*, y oí con asombro la relación que precede, y quedé más espantado que Brockman, el cual, á decir verdad, estaba en sus glorias.

Conque ya ven mis lectores cómo yo tenía razón al afirmar que, por el mandato del emperador Napoleón III, había ido desde Londres á París. El emperador le había pedido un proyecto á Salamanca, sobre el paso del Canal, por el sistema Brockman.

Y Salamanca le había aconsejado á Brockman que me llamase, y, en efecto, Brockman me había llamado.

Luego era una cadena lógica que directamente nos enlazaba al emperador y á mí, como tantas otras cadenas lógicas y misteriosas, aunque ésta de misteriosa no tenía nada, que en-

lazan en la vida personas y cosas las más distantes y aun opuestas.

*
* *

El emperador le había dicho á Salamanca: «Dentro de diez días me trae usted el proyecto». Salamanca le había dicho á Brockman: «Dentro de ocho días me dan ustedes el proyecto». Y Brockman me dijo: «En cinco días necesitamos redactar el proyecto, para tener tiempo de copiarlo y de poner los planos en limpio».

Afortunadamente, Brockman había traído de Italia ó había buscado en París escribientes y delineantes, sin contar con que él mismo dibujaba con mucha perfección.

Pues á la obra. Y nos pusimos á redactar la Memoria, que nos iban traduciendo al francés cuartilla por cuartilla.

Hicimos los cálculos, que, hay que confesarlo, y nos lo confesábamos á nosotros mismos, eran imaginarios, como fundándose en cifras caprichosas, más ó menos racionales; pero ni experiencia, ni estudio serio, ni nada verdaderamente sólido, porque esto hubiera exigido en conciencia meses y aun años de trabajo.

Hicimos los planos, que resultaron, según me dijo Brockman, una vez puestos en limpio, muy artísticos y muy sugestivos.

Y, por último, redactamos el presupuesto; que éste, dejando aparte lo fantástico de la idea y la parte eventual, que en aquel caso era enorme, podía tener cierto carácter de seriedad.

En suma: en cinco días terminamos la empresa, y nos miramos, como dicen que se miraban los augures en la antigua Roma, cuando por casualidad se cruzaban en el foro ó en las vías de la Ciudad Eterna.

—¿Pero tú crees—le pregunté yo—que todo esto es serio?

Y él, que aunque soñador tenía buen sentido, tuvo que confesarme que no lo era. Era, en todo caso, el programa de un trabajo serio sobre una empresa muy artística, pero que tanto tenía de artística como de quimérica.

La vía férrea, aquella vía sólida, poderosa, que había de construirse en el fondo del canal, con 60 metros de agua encima, cruzada de corrientes, coronada por tempestades, entre aluviones de arena, sumergida, en suma, en lo desconocido, era una obra digna de la imaginación de Julio Verne; pero no podía sufrir la crítica de los hombres de ciencia.

De todas maneras, el proyecto quedó terminado, y, como forma, resultó bastante agradable.

Cumplida mi misión, y prestado aquel servicio de amigo á un buen amigo y un buen compañero, le anuncié mi regreso á Londres para el día siguiente.

Él, siguiendo sus impulsos generosos, quería que los dos firmásemos el proyecto; pero yo declíné la invitación, fundándome, y así era la verdad, en que la idea no era mía, y que tampoco tenía mucha confianza en su realización; de suerte que hasta era caso de conciencia el no firmar yo lo que no creía que fuese cierto. Hermoso, sí; pero, á mi modo de ver, si no irrealizable, porque esta palabra es peligrosa, poco menos que irrealizable.

Nos despedimos con esto; me despedí afectuosamente de D. José Salamanca, que siempre me fué muy simpático, y volví á Londres. Por vez segunda pasé el estrecho sin marearme; acaso adivinaba el endiablado estrecho la que le estábamos preparando, y no quería ponerse mal conmigo.

***

Otra vez á Londres, otra vez á la Exposición, otra vez á mis concienzudos trabajos.

La masa de prospectos, folletos, Memorias, artículos y datos de toda clase que yo recogí, era una masa verdaderamente enorme.

Lástima fué que todo aquello no diera ningún resultado práctico. Fué un trabajo completamente perdido, como explicaré más tarde.

Aquella soberbia *galería de máquinas* la sabía yo de me-

moria, como vulgarmente se dice. Cada monstruo de hierro era un amigo, del cual tenía yo un retrato exacto y fiel, y la mayor parte de las noches las pasaba haciendo apuntes y reproduciendo croquis de memoria; apuntes y croquis que comprobaba al día siguiente sobre el terreno, es decir, ante la maquinaria.

Otros muchos recuerdos tengo de Londres; pero son ya tan mínimos, que no me atrevo á consignarlos por escrito.

Todo acaba en este mundo, y acabó mi expedición, de la cual conservo memorias gratísimas. Cuarenta y tres años han pasado ¡y aún veo el palacio de Kensington!

A España, pues.

Al cruzar el estrecho, sufrí un nuevo mareo. Aquella vez no me tuvo consideración: sin duda llegó á su noticia que el proyecto de Brockman había fracasado por completo. Liquidemos este asunto.

Acogió el emperador bondadosamente las dos grandes carpetas en que la Memoria, los presupuestos, los planos, y hasta otra Memoria especial sobre el sistema de construcción, estaban contenidos.

Lo envió todo ello á informe de una Comisión nombrada por el emperador mismo, y la Comisión, en la cual no debían abundar los poetas, informó en términos desfavorables.

Al agua fué el pensamiento. Naufragó para siempre en las aguas revueltas del Canal de la Mancha.

De todo ello no quedó más que un precioso artículo, medio científico, medio fantástico, que escribió algunos años más tarde Leopoldo Brockman, y que publicó en no sé qué periódico de Madrid.

¡Pobre Brockman: qué alma tan noble y tan pura, qué carácter tan simpático, cuánto talento, cuánto ingenio, cuánta poesía, y cuánto tuvo que luchar en la vida!

La vida fué para él, y con él se portó, como hubiera podido ser y hubiera podido portarse la más cruel de las coquetas con el más fervoroso de sus amadores.

Al principio, sonrisas y caricias; simpatías por todas partes; una carrera brillantísima; una familia buena y cariñosa; una posición elevada en Italia; sueldos de no sé cuántos miles de duros: 14 ó 16.000; entusiasmos de D. José Salamanca; éxitos como ingeniero constructor; grande protección en la corte romana: la felicidad en pleno azul.

Y luego, en breve tiempo, todo cambia: amistades que cesan; horizontes que se ennegrecen; la salud que declina; las fuerzas que faltan, y la lucha por la vida, que arrecia, al mismo tiempo que las energías decaen.

Y al fin la muerte, cuando era muy joven todavía, cuando la esperanza con terquedad aleteaba.

Muchas veces he pensado que aquel proyecto del paso del Canal de la Mancha fué simbólico para el pobre Brockman.

¡Quién sabe! ¡Acaso desde entonces empezó á declinar la confianza de D. José en su ingeniero predilecto!

Volvamos á España, y recorramos el tiempo que media entre el año 62 y el año 68.

Aún me quedan muchos años de vida desde el 62 hasta el momento presente, sin contar con la prórroga que tengo solicitada.

José Echegaray

INFLUENCIA ESPAÑOLA SOBRE LA LITERATURA INGLESA

IV

NOVELAS DE CABALLERÍA Y PASTORILES

La crónica regia en España, escrita por caballeros ú oficiales de palacio, puede caracterizarse en dos direcciones: primero, la tendencia á la historia moderna y seria continuada por eruditos y eclesiásticos, como Zurita y Mariana; y en segundo lugar, la tendencia á las aventuras altisonantes y maravillosas que se agrupaban alrededor de la figura del héroe de la crónica personal. Desde este último progreso á las historias completamente imaginarias, desligadas de toda pretensión de verdad, ó siquiera de probabilidad, no había más que un paso. Como hemos visto, el carácter del pueblo siempre les había inducido á desarrollar sus formas literarias en la dirección de lo maravilloso. Su imaginación era tan fértil como florido era su lenguaje. Su mixtura céltica les había dado una devoción mística y abnegada hacia cualquier abstracción exaltada que les atrajese; y en el siglo xv, cuando el poder de los musulmanes se había reducido á una sombra en un rincón de la Península, y faltaron los episodios románticos de corte guerrero, los cristianos españoles se volvieron, con la avidez de un hombre hambriento á un manjar, hacia las fábulas heroicas que ya se habían hecho vulgares y fastidiosas para el resto de Europa.

Estas maravillosas aventuras de proezas imposibles, llevadas á cabo por imposibles caballeros, en pro de princesas igualmente imposibles, no fueron mucho más exageradas que lo habían sido las últimas crónicas personales de los españoles; y daban infinitamente más vuelo á la imaginación, porque volvieron á introducir los bienes parafernales de brujería y encantamiento, de cristianos abnegados y de corazón puro, combatiendo denodados contra los poderes sobrenaturales del demonio; y en su mayor parte se colocaban en vagas comarcas extranjeras, donde pudiera presumirse que ocurría algo extraordinario. Ya hemos visto que antes del siglo xv España había estado demasiado ocupada en las reales aventuras románticas con los moros, para prestar mucha atención á las historias puramente ficticias de caballería andante. Los juglares y recitadores habían importado de Francia los poemas épicos sobre Rolando y Carlomagno; y el heroico *Poema del Cid*, en que las aventuras maravillosas se agrupan alrededor de una persona real, había sido una imitación directa de aquéllos. Pero de las formas *genuinas* españolas, como he demostrado en las páginas anteriores, la principal manifestación de actividad literaria había sido el apólogo didáctico, el aforismo sentencioso y la crónica regia. Por el momento pospondremos la consideración del progreso de las novelas de caballería en España y la extraordinaria influencia que ejercieron al revivir el culto moribundo en el resto de Europa, y nos esforzaremos por encaminar cómo vino á España el germen de estas historias.

Siempre hubo mucha diferencia de opiniones con respecto al origen del elemento mágico en estos cuentos. Muchas autoridades han indicado que los dragones, anillos mágicos, amuletos y encantadores no hicieron su aparición en Europa hasta después que los guerreros cristianos hubieron vuelto de la cruzada en el siglo xii; mientras que en la primera forma conocida de historia oriental han sido parte integrante de la tramoya, como podéis ver en *Las mil y una noches*. El dragón,

dicen, sólo fué el caballo alado de los antiguos persas, que había sido llevado por los moros á España como elemento de ficción, y á través de Francia habían llegado al resto de Europa. No puedo estar de acuerdo con esta opinión, por razones que expondré más adelante. Otros aducen que los cuentos de magia, en unión de los héroes caballerescos y abnegados, son los descendientes directos de los *sagas*, cantados por los paganos septentrionales alrededor de sus héroes muertos y vivos; canciones que, según dicen, fueron llevadas á Normandía y Bretaña por los normandos, cuando vinieron hacia el Sur. Durante algunos siglos anteriores á las Cruzadas, los normandos cantaban las hadas y los dragones, y la intervención de sus deidades paganas en los asuntos cotidianos de los hombres. Por otra parte, la institución de la caballería como orden escogida de guerreros probados y abnegados fué indudablemente germánica, brotando naturalmente de las circunstancias de una raza organizada con arreglo á procedimientos militares, que se abrió camino durante muchos siglos entre pueblos enemigos, y por consiguiente que apeló con frecuencia al sacrificio individual por el bienestar común. El origen más probable del elemento mágico en los cuentos es la tradición céltica prehistórica. Esto no es, sin embargo, completamente incompatible con el debate noruego, porque muchos creen que los noruegos fueron de origen céltico. En todo caso, las historias, tanto de elementos mágicos como de caballeros heroicos, fueron narrados en céltico irlandés, y también probablemente en céltico británico, algunos siglos antes de las Cruzadas ó de la invasión normanda de Bretaña, como puede verse por las dos hermosas colecciones de esas historias: *Cuchulaim* y *Gods and fighting men*, recién publicadas por lady Gregory.

Además de estas fábulas tradicionales, cualquiera que sea su origen, repetidas de padre á hijo por espacio de innumerables siglos, surgió en el siglo XII en Inglaterra una serie concreta y encadenada de leyendas, vertidas al latín y más tarde

al francés por escritores anglonormandos. Aún es incierto si hubo realmente un rey Arturo de Bretaña. La *Crónica de Bretaña*, adaptada ó traducida por Godofredo de Monmouth en el siglo XII, de un antiguo libro británico, constituye una historia metódica de cierto portentoso rey Arturo, con el mago Merlín por consejero; y así hace Ricardo Wace el normando en el siglo anterior en su *Novela de Bruto*. Ambas habían introducido en su historia del rey la extraña leyenda de José de Arimatea, que se supuso que había poseído y había perdido el santo cáliz lleno de la sangre de Cristo, llamado el Sangreal ó Santo Grail (1). Se dijo que el santo caía en éxtasis al fin de cada siglo, y despertaba rejuvenecido; y en realidad, se afirmaba que trece siglos después de la crucifixión, á la cual había estado presente, San José se apareció en Inglaterra y comió á la mesa de un obispo. El espino de Glastondbury ha sido su báculo de camino, que plantó en el suelo donde se construyó la primera iglesia cristiana en Inglaterra. De todos modos, está inextricablemente embrollado en las leyendas con el más ó menos real rey Arturo y su ministro Merlín; y Arturo se dice que ha conservado un puesto vacante en el Santo Graal cuando éste sea encontrado y recobrado. Esta leyenda ó serie de leyendas, primero popularizadas en la escritura por los escritores anglonormandos y franceses del siglo XII, llegó á ser en el siglo XIII el asunto de una *Vida de Merlín*, escrita en prosa francesa por un tal Barron. Refiere cómo el demonio, alarmado por el gran número de convertidos cristianos hechos por San José en Bretaña, convoca un congreso de sus diabólicos compañeros para discutir la situación. Deciden enviar á uno de ellos á Inglaterra para casarse con una doncella cristiana y hacerse padre de un niño que destruyese alguna vez la raza humana. El demonio está representado como residiendo en la casa de un noble bretón, con tres hermosas hijas, y después de

(1) Recuérdese que de esta leyenda sacó una de sus mejores óperas Ricardo Wagner.—*N. del T.*

mucha estrategia ingeniosa, pero ineficaz, trata de tomar posesión subrepticiamente de la mayor. La muchacha es encerrada en una cárcel por su supuesta incontinencia, y allí nace su hijo y es cristianado por el sacerdote con el nombre apropiado de Blas. Cuando el niño Merlín tiene un mes, la madre es condenada á muerte por su supuesta ofensa; pero el niño la consuela con la promesa de que la salvará, y se presenta delante de los jueces, y en una arenga elocuente para un niño de un mes, confunde al tribunal con las pruebas de que el nacimiento del juez principal no es del todo limpio; siendo el resultado que el juez primero, no queriendo poner á su madre en una situación desfavorable, deja en libertad á Merlín. En aquella época estaba declarada una guerra civil entre bretones y sajones; y el usurpador británico Voltigern, que ha desposeído á los dos príncipes, construye una elevada torre para su defensa; pero poco á poco, justamente cuando la última piedra está colocándose en la cúspide, la torre se desmorona. En vez de dejarla sin la piedra de remate, Voltigern convocó á una junta de astrólogos, que le dicen que la torre está encantada por un niño no engendrado por ningún hombre mortal; y mientras no se encuentre á ese niño y su sangre no se derrame en el almirez, la torre nunca estará en pie. Se dan órdenes para que se busque al niño por toda Bretaña, y Merlín, oyendo esto, se presenta espontáneamente y hace saber al usurpador que la razón para la inestabilidad de su torre es que dos dragones, uno blanco y otro rojo, están empeñados en mortal combate debajo de tierra. Al remover ésta, se ve que es cierto; y el terrible combate de las bestias míticas lo interpreta Merlín como si significase la rivalidad de los dos hermanos aspirantes al trono, los príncipes Pendragon y Uther. Poco después, estos dos príncipes desembarcan en Inglaterra desde Bretaña, donde se habían refugiado, derrotan á Voltigern y le queman en las ruinas de su torre. Pendragon sube al trono, pero pronto es muerto en la batalla con los sajones; y Uhter se hace rey, con Merlín el encantador como primer ministro, suavizando algo el naci-

miento cristiano y el bautismo sus tendencias diabólicas, de suerte que se presente como una personificación del poder del demonio debilitado por el Cristianismo. Por consejo suyo, el rey Uther funda la sociedad de la Tabla Redonda, donde están sentados con el rey cincuenta ó sesenta caballeros, con un sitio vacío que se deja para el Santo Graal cuando se encuentre. Cuando Uther muere, Arturo, su hijo ilegítimo, se apodera del trono, con gran descontento del pueblo. Pero se revela como un caballero tan esforzado, que puede arrancar de la sólida roca la espada que el mago Scalibur había enterrado en ella, aunque doscientos y uno de los mejores caballeros de Bretaña habían tratado anteriormente de extraerla en vano; y es saludado por el pueblo británico como el rey héroe digno de reinar sobre ellos. Merlín llega á ser el primer ministro de Arturo, cambiando de forma á capricho para lograr sus fines, siendo tan pronto un enano, como una arpía, como un animal, empleando sus poderes mágicos en servicio de Arturo y para derrotar á sus enemigos. La esposa de Merlín, Bibiana, ha sido iniciada en los secretos de su brujería, para que pueda emplearlos en caso de necesidad; y como está ansiosa de ver cómo es la cosa, practica, en apariencia, uno de los encantamientos; pero en virtud de alguna equivocación, deposita al mismo Merlín en el interior de un árbol de espino blanco en medio de un espeso bosque, donde sus terribles gritos y lamentos resuenan á muchas leguas en contorno, sin que nadie pueda rescatarle. Esta fué la primera versión completa de la vida de Merlín, escrita en el siglo XIII por el francés Barron; y he reproducido la historia detalladamente, para que se vea cómo fué agrandándose por la imaginación popular y pueda trazarse su desarrollo ulterior. Hasta esta época no hubo mucho elemento caballeresco en la historia. Arturo fué aquí una vigorosa figura, como un semidiós noruego; pero las ideas de heroico enderezamiento de entuertos y pura abnegación no fué un rasgo especial. Ese había de venir un siglo después, y fué, acaso, más germánico ó francés que celta.

En el siglo XIV, Tomás Lonelich, más tarde escribiente en la corte de Enrique IV de Inglaterra—contemporáneo de Chaucer,—escribió en verso, que fué después traducido á prosa francesa, el primero del ciclo real asturiano de cuentos, llamado *El San Graal*. Allí la leyenda comienza por decir cómo San José de Arimatea había conseguido el santo cáliz de manos del Salvador y lo había llenado de la sangre que manaba de sus heridas. Los judíos se irritaron tanto con esto, que encierran á San José en la cárcel, donde Cristo se le aparece y le devuelve la copa. A la captura de Jerusalem por Tito Vespasiano cuarenta y dos años después, San José recobra su libertad y viaja por el mundo predicando el Evangelio. Los poderes del demonio conspiran contra él, y logra posesionarse del cáliz; y Merlín aconseja al rey Arturo fundar una sociedad de caballeros, que se sienten con él alrededor de su mesa, siendo su objeto recobrar el cáliz, jurando dedicar su vida, si fuese necesario, á ocupar el sitio vacante que queda en su mesa para el Santo Graal. La historia de Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda (1) consiste principalmente en las heroicas hazañas de los caballeros por recobrar el cáliz. Aquí vemos el elemento puramente caballeresco y abnegado añadido á las maravillas y magia de las leyendas célticas. La historia atraía vigorosamente el espíritu inglés del siglo XIV, y fué seguido por sectas de varios escritores, el más importante de los cuales es *Sir Lancelot del Lago y su hijo Sir Galahad*. Sir Lancelot del Lago se supone que es el hijo de un rey de Bretaña, que estando sitiado en su castillo, huye con su esposa Elena y su hijo Lancelot. Volviéndose, cuando llega á la cumbre de una montaña, á mirar el reino que ha perdido, cae

(1) Me parece que, una vez reconocido el origen de la leyenda, se comprenderá lo impropio de la traducción de la frase *Romid Table* por Tabla Redonda, traducción que yo acepto por haberse hecho tradicional, pero que yo creo debiera sustituirse por la traducción genuina, que es: *Mesa Redonda*, aunque acaso no se haya aceptado esto por sonar á cosa de fonda.—*N. del T.*

muerto de dolor; y su esposa, dejando á su hijo al borde de un lago, corre en auxilio de su marido. En el momento en que la madre vuelve atrás, la Dama del Lago, Bibiana, la esposa de Merlín, cuya desgracia con su magia ha consistido en encerrar á su marido en el espino blanco, surge de las aguas del lago, donde vive, y, cogiendo al niño, se hunde en el lago con él. Cuando Elena vuelve, ve que su hijo ha desaparecido. Lancelot es tratado con ternura por la Dama del Lago, y á la edad de diez y ocho años se agrega á la corte del rey Arturo para entrar en la Orden de Caballería. Cuando ha sido armado caballero, la esposa de Arturo, la reina Guinevère, se enamora de él; y sus amores é intrigas ocupan una gran parte del libro. La reina propone á Lancelot toda suerte de tareas aparentemente imposibles y de hazañas peligrosas, como prenda de su amor; y él arrostra mil peligros, humanos y sobrenaturales, para complacerla, conquistando reinos y apoderándose de coronas para ponerlas á sus pies.

Aquí tenemos primeramente como motivo el heroico sacrificio de un hombre, simplemente para satisfacer el capricho de una dama á quien ha entregado su vida. Guinevère no nos parece, seguramente, una heroína amable ó digna para exigir esos sacrificios; pero eso probablemente agrande el sacrificio de un hombre que no está obligado, por deber, á servirla, y sólo lo hace por amor. Guinevère invade á Northumberland y se apodera del castillo de Berwick; pero al saber que Arturo sospecha de su fidelidad, ella y Lancelot deciden destronar á Arturo y coronar como reina á Guinevère, y la falsedad de Guinevère es revelada á Arturo por Morgana, su hermana, por medio de un caballero de la Tabla Redonda, llamado Sir Gawain. Arturo, en su rabia, congrega á sus tropas y marcha contra Lancelot, que está en Berwick. Mientras está peleando con su rival, Arturo sabe que Mordred, su hijo, se ha alzado en rebelión contra él, ayudado por los sarracenos españoles. Se precipita, pero es detenido, en la llanura de Salisbury, por su hijo y los rebeldes. Aquí cae, y su

cadáver no se encuentra nunca. Lancelot, en venganza suya, mata á su hijo Mordred; y, en vez de coronar á Guinevère, asciende al trono á un pariente de Arturo. Lancelot se hace después ermitaño, y á él se une el último caballero sobreviviente de la Tabla Redonda, mientras que Guinevère se hace monja; y, finalmente, Sir Galahad, hijo de Lancelot, con Sir Percival, recobra el Santo Graal.

Este es el segundo progreso en que el amor caballeresco se convierte en el motivo principal de la abnegación. En francés, y después de *Sir Lancelot*, vino *Tristan de Lyonesse*, el mejor de la serie, literariamente considerado. La mayor parte de la acción pasa en Cornwall; y de nuevo se repiten los encantos de Merlín, las esposas fieles y las tremendas aventuras de sus amantes para complacerlas ó resguardarlas del peligro. Estas son las principales historias arturianas (1) que en los siglos XIII y XIV absorbieron los espíritus de los lectores que existían en Europa, con excepción, acaso, de España. Otras eran de origen puramente francés, fundadas en la crónica apócrifa atribuída falsamente al obispo Turpin, referentes á las hazañas de Carlomagno y los doce Pares de Francia, especialmente el caballero Rolando; pero esta serie estaba relacionada con las supuestas hazañas de los franceses al implantar el Cristianismo en España con la punta de la espada, y las historias están, indudablemente, inspiradas por las *Canciones de Gesta* (ó recitados épicos referentes á los mismos acontecimientos) ó son oriundas de ellas más bien que de los cuentos reales de altruístico heroísmo individual. Por consiguiente, no insistiré sobre ellas, sino que volveré al tema de la verdadera novela de caballería y de magia, que se desarrolló, como he ex-

(1) Es cierto que en un período posterior (1450) la hermosa historia de Mallory, *Morte d'Arthur*, fué escrita en inglés; pero antes de esa época la caballería, como fuerza viviente, había desaparecido en Inglaterra, y la disciplina y el reinado de la ley habían ocupado su puesto, como medios de restricción social. El libro de Mallory se lee, como todavía se lee; pero como una historia, no como un evangelio.

plicado, principalmente en Inglaterra por los elementos mezclados, célticos y germánicos.

Estas novelas, interesantes, pero completamente irreales, satisfacían una necesidad, al estimular la imaginación, y proporcionaban, mientras fué necesario, un incentivo altruístico á la acción y una razón exaltada ó espiritual para la adhesión á un jefe; cosas ambas que eran muy necesarias en las guerras, tales como las cruzadas, donde cada caballero guiaba una partida casi independiente á la batalla, y donde había poca cohesión organizada en un ejército. Pero no era esto lo que ocurría en Inglaterra. Las batallas del Príncipe Negro en Francia, y aún más las de Enrique V, fueron ganadas principalmente por movimientos disciplinados y combinados, más bien que por encuentro heroico y personal; y cuando la disciplina y la ley se hicieron más fuertes, el sentido del deber reemplazó á la idea de la caballería como un motivo para la acción. Por consiguiente, aunque las novelas arturianas de caballería continuaron leyéndose como literatura, y especialmente la *Morte d'Arthur*, de Mallory, la misma caballería, como fuerza viviente, decaía en Inglaterra antes de terminar el siglo xv (1). Sin embargo, en España era muy distinto. Los milagros siempre atrajeron al pueblo. Habían faltado en la literatura hasta el fin del siglo xiii, y, como he indicado, pron-

(1) Esto se observa por la manera desdeñosa con que el Huésped interrumpe á Chaucer en los *Cuentos de Cantorbery* cuando, en respuesta á la invitación de contribuir al entretenimiento de la compañía, el poeta comienza la rima caballeresca de Sir Thopas. El Huésped pierde pronto la paciencia con lo absurdo del cuento, é interrumpe así:

No more of this, for Godde's dignitec,
Quod our hostè, for thou makest me
So weary of thy very lerredeness
That also wisly God my sohlè bless
Myn earès achen at thig drasty speech,
Now such a rhym the devil y beeteech;

y continúa suplicando al infortunado recitante que cuente algo sensible en que haya alguna alegría ó doctrina.

to mostraron su irreprimible inclinación á convertir su historia en novela en el transcurso de siglo y medio; y cuando llegó el momento, se apoderaron de la idea caballeresca más vigorosamente que ningún otro país.

¿Cómo estos cuentos célticos llegaron á España? Recordad que no había imprenta; pero, de todos modos, las leyendas inglesas que he descrito eran corrientes en España en el siglo XIV y, probablemente, mucho antes. Acaso los monjes del Cluny, que se congregaron en España en el siglo XIII, las importaron de Francia; acaso las turbas de peregrinos que venían á Santiago las contaban unos á otros y á sus huéspedes de España; acaso los caballeros ingleses y los soldados que vinieron con Eduardo I y su biznieto el Príncipe Negro las divulgaron, ó, finalmente, también se habían conservado quizás desde los tiempos prehistóricos en los pueblos célticos del Oeste de la Península, para revivirse por los ecos de los cuentos que habían sido sacados de ellos por sus lejanos parientes de Bretaña, Gales é Irlanda. En todo caso, llegaron, y el disoluto sacerdote-poeta, el Arcipreste de Hita, menciona estos cuentos británicos á mediados del siglo XIV. Al mismo tiempo, un poeta llamado Ferrus, escribiendo una rimada letra jocosa al famoso Pero de López de Ayala, el cronista y sátira, menciona á Arturo, á Lancelot y á Tristán de Lionesse. La *Historia de Merlín*, como sabemos, fué traducida al francés, italiano y latín, acaso al español, en el siglo XIV, y *Lancelot del Lago* fué traducido seguramente al francés ó al español casi al mismo tiempo, porque López de Ayala, en su famosa sátira rimada *Rimado de Palacio*, la menciona por nombre. Todo esto arguye que los cuentos arturianos se habían hecho bien conocidos, á mediados del siglo XIV, al pueblo que podía leer en España, y formaban la atracción intelectual de la época.

Si hubo un cuento francés ó inglés, ahora perdido, llamado *Amadís*, no lo sabemos. Pero lo cierto es que en el siglo XIV hubo un libro llamado *Amadís de Gaula* (ó *Gales*), corriente en España, que se menciona, por lo general, en unión de los

libros arturianos, y que parece haberse escrito en español. Quién lo escribió ó cuándo, nadie lo sabe y acaso nunca se sabrá; pero el libro, ó mejor dicho, la serie de libros, porque eran nueve en conjunto, estaban inspirados, indudablemente, por la serie arturiana que he descrito. La primera copia de *Amadís* que nos es conocida fué una portuguesa, adaptada ó preparada para un príncipe portugués en el siglo XIV por un tal Vasco de Lobeyra, que, según todas las probabilidades, debe haber tenido á la vista una versión española, ahora perdida, puesto que López de Ayala, en su ancianidad, deploraba el tiempo que había gastado en leer *Amadís* en su juventud, y no es probable que la versión de Lobeyra pueda haberse escrito antes de eso. Todo lo que sabemos de la cuestión es que *Amadís de Gaula* en el siglo XV hizo furor en España; y como había ocurrido con la serie arturiana en Inglaterra, le agregaron varias manos comentarios, hasta que brotó una literatura especial del *Amadís*, y se siguieron rápidamente una tras otra imitaciones por docenas.

Aquí había una forma que daba á los escritores españoles libre vuelo para su afición á lo maravilloso y su imaginación exuberante. Ni la probabilidad del incidente, ni la unidad de la acción, ni la precisión de la localidad les limitaban. Pero á estas cualidades agregáronse en el siglo XV, y casi simultáneamente, los grandes factores, que obraron más que ningún otro al implantar firmemente en España la idea caballeresca, que en lo sucesivo influyó tánto al señalar el destino del pueblo español. Estos factores fueron: primero, la invención de la imprenta; y segundo, la política meditada de Fernando é Isabel de unir los reinos separados que habían de constituir á España, fomentando el orgullo de la exclusiva ortodoxia religiosa, excitando en los corazones de todos los españoles, desde el gallego celta hasta el murciano semiafricano, esa exaltación espiritual y sed de distinción personal por el sacrificio que ya arraigó profundamente en el carácter nacional.

Así cuando *Amadís de Gaula* se imprimió en 1508, cayó en

suelo fructuoso. El último gobernante moro había sido expulsado de España, y en todo el reino la Inquisición quemaba judíos y herejes. Con la condenación de todo apóstata de la verdadera fe, el orgullo espiritual de cada individuo español de la mayoría aumentó. Todos los hombres eran sospechosos menos él mismo. Era de la verdadera aristocracia de Dios, ansioso de distinguirse á los ojos del Altísimo por el sacrificio y el sufrimiento. Ermitaños, videntes y soñadores maceraron su carne y se complacieron en la miseria, el frío y la suciedad por las cuales trataban de atraerse la visitación de Dios sobre sí mismos. La abnegación era el rasgo nacional. La distinción personal, por el paciente sufrimiento en la causa del bien contra el mal, era la palpitación de corazón que transmitía la sangre á los miembros de la nación. La literatura de la caballería, saliendo de la imprenta en el momento en que lo hizo, daba una nota que encontraba eco en todas las almas. Aquí se expuso, en la forma de historia maravillosa de aventura personal, la lección de que la fe y la constancia en el amor divino ó humano era al fin irresistible, de que el valor paciente é indomable resguardaba al guerrero de corazón puro que peleaba por el bien contra todos los dolos del demonio y de su hueste de malos brujos. Aquí había alimento mental que satisfacía plenamente el amor á las maravillas; aquí había alimento espiritual que hizo á todos los corazones españoles inflamarse con el conocimiento de que, aunque fuese ardua la forma de sacrificio heroica, sin embargo, al fin daba, seguramente, felicidad y distinción á los que peleaban brava y denodadamente. Era un ideal puro, bello y noble. Pero era un ideal, y nunca podía ser real, porque se dejaba á cada hombre que fuese juez de lo que *era* el bien, y la conducta en la vida se divorciaba de la religión. Una devoción exaltada, la seguridad mística del favor divino, la fiel aceptación de una doctrina y un ritual determinados, habían de encubrir toda clase de mala conducta ó lo que pudiera juzgarse mala. Y así España llegó á ser, en los siguientes ciento cincuenta años, un país donde la religión era

una cosa aparte, y no íntimamente relacionada con la conducta en el mundo; y las altas profesiones, perfectamente sinceras, iban acompañadas constantemente por la moralidad inferior.

Amadís de Gaula mismo y sus ocho ó nueve comentarios estaban modeladas casi exactamente con arreglo á los rasgos de las leyendas arturianas, en lo que respecta á la localidad y al incidente, pero con ciertas alteraciones de espíritu que indicaré ahora. La historia de Amadís es como sigue: Perión, rey de Gaula ó Gales, está casado con Elisena, princesa de Inglaterra. Tiene un hijo ilegítimo llamado Amadís, que al matrimonio del rey es abandonado en las orillas del mar, donde es rescatado por un caballero y llevado á Escocia. Cuando crece se llama el Caballero del Mar, y entra al servicio de Lisnarte, rey de Bretaña, de cuya hermosa hija, Oriana, se enamora. El destino le pone en contacto con su hermano de madre, Galaor, príncipe de Gaula, de quien después de combatir se hace amigo íntimo, y tiene noticia de las relaciones que les unen. En lo sucesivo buscan juntos aventuras combatiendo á encantadores, rescatando á sus damas de innumerables peligros, y finalmente, Amadís se hace rey de Gaula y se casa con la sin par Oriana. El texto, tal como ha llegado á nosotros en el español de Montalván, es rico en incidentes y exuberante de imaginación. A los lectores actuales las aventuras les parecerán aburridas y pueriles, y se extrañarán de cómo el libro y sus muchas imitaciones han arraigado en Europa como lo hicieron.

De los comentarios de *Amadís* no necesito decir mucho. *Palmerín de Oliva* y *Palmerín de Inglaterra* son quizás los más famosos. *Sergas de Espalandrín* y *Artus de Algarve* son algo menos. Pero la tramoya fué siempre la misma: caballeros andantes, príncipes, por lo general, pasaban por innumerables aventuras, y finalmente mataban á todos los gigantes y brujos enemigos suyos y de las damas á quienes amaban y con quienes después vivían felizmente. Es increíble con qué fuerza arraigaron estos cuentos en la imaginación de España en el siglo XVI.

Cuando Felipe II vino á Inglaterra á casarse con la reina María, varios de sus cortesanos escribieron relatos de lo que vieron, y el mayor placer de estos españoles era identificar las escenas de Amadís y las aventuras imaginarias de Arturo. En Winchester el principal objeto de interés para ellos fué la llamada Tabla Redonda de los caballeros, que todavía pende de la pared del castillo. Cuando el embajador español en Inglaterra deseó decir algo excesivamente acerbo sobre Isabel y su Gobierno, no pudo imaginar nada más eficaz que compararlos con algunos de los caracteres del *Amadís*. La constante alusión á estos libros en la correspondencia de la época demuestra que un conocimiento de las historias se consideraba como una hazaña literaria. No tenéis más que hojear el primer libro de *Don Quijote*, que satirizó las quimeras exageradas y la risible caballería de España, para ver cuán profundamente habían penetrado en la vida nacional. Todo el siglo XVI vió á España dominada por una idea impracticable. La persecución no tanto fué en pos del provecho mundano, aunque eso no se perdió de vista, como de la gloria; pero el origen de la grandeza de España, temporal y fluctuante, fué el orgullo de la elección y distinción especial por la fidelidad á un exaltado ideal místico, religioso ó amoroso; y toda la nación corrió atropelladamente tras un anhelo ilusorio de gloria (1), que, aunque todos llevaban como mira en su ímpetu, les condujo finalmente al pantano de la pereza, la ostentación, la profesión excelsa y la conducta moral inferior, á la ruina y la decadencia nacional.

Ahora es tiempo de volver á la influencia ejercida en Inglaterra por esta curiosa manía. Se ha indicado que la idea caballeresca (aparte de la mera recreación literaria de libros como la *Morte d'Arthur*) había perdido su fuerza en Inglaterra.

(1) La frase inglesa *an illusive Will-o'-the Wip* no puede traducirse literalmente, porque así sería: un ilusorio deseo de ¡paja larga! (*Wip*).—*N. del T.*

á mediados del siglo xv. La vida inglesa se había hecho práctica por esa época. El poder feudal de los nobles había decaído, la clase media se había hecho rica y fuerte, y la adhesión visionaria á una abstracción no afectaba al carácter sajón dominante. Pero casi simultáneamente con la popularización de las novelas caballerescas en España subió al trono inglés un rey de sangre gala, cuyos derechos hereditarios á la corona eran débiles ó nulos. Enrique VII, sabiendo que así era, soltó la afirmación de que descendía de los antiguos reyes británicos. Se construyeron para él genealogías rebuscadas, y para reforzar su influjo sobre la imaginación del pueblo hizo lo que pudo por resucitar la antigua tradición británica, y, sobre todo, las historias del heroico rey Arturo, de quien se declaró descendiente. A consecuencia de esto, había mandado hacer una gran mesa de madera de Westminster con los nombres del rey y sus caballeros pintados en ella. Llamó á su hijo mayor Arturo, príncipe de Gales, y el patrocinio que pudo prestar á la literatura se prestó á la resurrección y propagación de la idea caballeresca. En esto fué seguido en cierto modo por su hijo Enrique VIII; pero era demasiado tarde para que prendiese la heroica idea caballeresca. En el reinado de Isabel, Antonio Munday, una medianía más habilidosa, tradujo algunas de las novelas españolas caballerescas, y los caracteres del *Amadís* y, aún más, de *Palmerín de Inglaterra*, fueron bien conocidos de nombre en Inglaterra; pero su efecto sobre el pensamiento nacional fué casi nulo, porque la vida inglesa se había hecho demasiado real para tales visiones.

Pero hubo una variante de las novelas caballerescas y altruísticas, que vino de España á Inglaterra, y aunque era artificial ejerció una influencia considerable sobre la literatura inglesa. Me refiero á la novela pastoral. A primera vista, nada parecería más incongruente que el mezclar pastores y pastores con las historias de heroicos caballeros, bellas damas y terribles demonios. El ímpetu no fué indudablemente de origen español, sino clásico; porque las *Églogas* de Virgilio y su

escuela habían estado de moda siglos antes, y en manos de Sannazaro habíanse hecho populares en Italia, á principios del siglo XVI. Hubo en España antes de esto una ligera tendencia hacia la forma pastoril, en un libro más popular, escrito por San Pedro y llamado *La cárcel de amor*, que narra la historia de un joven á quien conduce encadenado por los desiertos de Sierra Morena un encantador de mala traza, que se supone representa el «deseo». El joven es conducido por el deseo al castillo del amor, donde se le hacen sufrir crueles tormentos. Al fin, apaciguado por sus melancólicos cuentos de verdadero amor á la pastora de sus pensamientos, su carcelero le suelta; y después de llevar á cabo muchas aventuras, muere á los pies de su dama. Esta *Cárcel de amor* fué traducida al inglés por lord Berners y publicada en Londres en 1540, llegando á ser un libro favorito. Pero la verdadera novela pastoril no apareció hasta mediados del siglo XVI, cuando el portugués Montemayor produjo un libro llamado *Diana*. A los modernos lectores pareceráles aún más artificial que la novela caballeresca; pero, por falsa que fuese, ocupó un elevado puesto por espacio de unos dos siglos, é implantó la moda juntamente con las obras italianas de la misma tendencia, hasta mediados del siglo XVIII, al menos en Francia, donde los zagales de afectada sonrisa, y las pastoras vestidas de raso del período Watteau, perpetuaron los cuentos imaginarios de Cloe y Stepheron.

Era *Diana* de Jorge Montemayor, un progreso evidente sobre los insípidos modelos italianos que copió. Está parte en prosa y parte en verso, y mezcla la magia y la brujería con los cuentos de los pastores heridos de amor. No ha de indagarse por qué el estilo arraigó en Inglaterra. Los caballeros en busca de aventuras estaban completamente pasados de moda en la Inglaterra de Isabel, y algún vehículo completamente ilusorio se necesitaba para transmitir obras de pura imaginación. Pastores y pastoras en las imposibles condiciones arcadianas eran una antigua tradición clásica. Podían realizar cualquier aventura sin ofender la verosimilitud, toda vez que

ellos mismos eran inverosímiles, y estaban más penetrados que los caballeros andantes de las ideas altruísticas que nadie podía comprender en la tenaz Inglaterra. Así, cuando Bartolomé Young escribió su traducción de *Diana* al inglés en 1583, llamó de una vez la atención, aunque no se publicó hasta 1598, cuando se hizo extraordinariamente popular. El segundo libro de *Diana* se formó con una historia interpolada, llamada *La historia de la pastora Felismena*, que hace saber cómo una dama enferma de amor, abandonada por su inconstante adorado tormento, le sigue á tierras extranjeras en guisa de paje, y se sacrifica á él hasta el extremo de servir de mensajero para avivar su nueva llama. Esta última se enamora de la dama que va vestida de joven, y las complicaciones que se siguen son numerosas é intrincadas. En el capítulo sobre el drama indicaré lo que debe Shakespeare á este incidente para su intriga de los *Dos caballeros de Verona (Two Gentlemen of Verona)*, que, como veréis, es idéntica á ella.

Shakespeare debe haber visto el manuscrito de Young, ó haber oído el cuento narrado, porque el libro no fué impreso en Inglaterra hasta después de haberse escrito los *Dos caballeros de Verona*. Pero otros que Shakespeare fueron atacados de la manía pastoral por leer á *Diana*. *El calendario del pastor (The Shepherd's Calendar)*, donde Colín Clont y sus juegos pastoriles dan la vuelta á los meses del año con sus historias en verso, está claramente inspirado por ella; y en Francia y España, así como en Inglaterra, el escribir poemas é historias sobre pastores y pastoras imaginarios hízose universal. Cuando Sir Philip Sidney estaba á punto de morir, dió orden para que se destruyese su historia pastoril, llamada *Arcadia*, escrita para el entretenimiento de su hermana la condesa de Pembroke. Afortunadamente, su mandato fué desobedecido, y se conservó una de las joyas de la literatura inglesa. Está escrita premeditadamente en lo que se llama estilo enfuístico, afectado, oscuro y precioso, que había estado de moda en Inglaterra, como he indicado en el capítulo anterior, por la po-

pularidad de las obras de Guevara. Este estilo, que es también el del mismo Montemayor, es adecuado á los cuentos pastoriles completamente artificiales, aunque probablemente el gusto correcto y el buen juicio de Sidney no deseaban consolidar su fama para siempre con un estilo que peca contra la sencillez. Sin embargo, ha escrito en un inglés bastante puro y bello para que miremos con indulgencia su *Arcadia*. Si leéis la traducción de *Diana* hecha por Bartolomé Young, y luego leéis la *Arcadia* de Sidney, veréis que copia al pie de la letra. En realidad, en la lírica con que está interceptado el texto, aventaja en mucho al libro español, que no tradujo (entiéndase bien), sino imitó. Estas dos estrofas de Sidney, por ejemplo, son mejores que todo lo que pudo escribir Montemayor:

Of this high grace with bliss conjonied,
No further debt on me is laid.
Since that is selfsame metal coined,
Sweet Lady, you remain well paid.
For if my place gire me great pleasure,
Having before me nature's treasure;
Yn face and eyes, mumatched being,
You have the same in my hamds, seeing
What in your face mine eyes do measure,
Nor think the match unevenly made
That of those beams in you do tarry.
The glas to you but gives a shade,
To me mine eyes the true shape carry;
For such a thought, most highly prised,
Which ever hath Love, yok despised,
Better thau one captiv, perceiveth;
Though ne the lirely form receiveth,
The other sees it but disguised (1).

Durante todo el siglo XVI y XVII, en Inglaterra y Francia la forma pastoral de novela y poesía continuó en boga. Com-

(1) «De esta suma gracia unida á la gloria no recae sobre mí deuda alguna. Puesto que es el mismo metal acuñado, quedáis pagada, dulce Señora. Porque si mi situación me causa gran placer, por tener delante de mí el tesoro de la naturaleza, el ser simpar en semblante y ojos, vos tenéis lo mismo en mis manos, viendo lo que en vuestro semblante con-

pletamente divorciada de la verdad ó verosimilitud, permitió, con todo, que el sentimiento del amor, que es siempre real, fuese acompañado de tan ideales circunstancias. Pero como la fuerte escuela realista de Inglaterra ganaba terreno en el siglo XVIII, cuando la época de la reina Ana, nos trajo escritores de prosa fuerte, natural é inglesa; cuando Swift se mofó de los fingimientos; cuando Addison, Steele y Fielding contemplaban la vida tal como era, con ojos abiertos que veían, entonces las débiles imitaciones de lo que á lo sumo era un estilo artificial sólo lograban la irrisión; y Ambrosio Phillips, cuyo ridículo apodo ha agregado una expresión á la lengua inglesa, escribía sobre los amores ideales de pastores rústicos y pastoras harapientas, y el linaje de escritores pastoriles acababa en Namby Pamby, y murió como merecía.

MARTÍN HUME

templan mis ojos. Ni penséis que la pareja está desigualmente formada, la de esos rayos que de vos destellan. El espejo para vos no es más que una sombra; á mí, mis ojos me representan la forma verdadera: porque esa idea, la más sumamente enaltecida, mejor la comprende quien siempre ha despreciado el yugo del amor que un cautivo de él; aunque el uno recibe la forma viva, el otro la ve sin velos».

LA ESPAÑA NUEVA

SINTESIS DE LA HISTORIA ECONÓMICA DE ESPAÑA

No existe duda alguna de que, antes del descubrimiento de América, España era un país muy próspero. Su unificación se realizaba dentro de las mejores condiciones, y fué precisamente debido á su potencia guerrera y económica por lo que el país pudo enviar tan lejos flotas importantes.

El descubrimiento de Cristóbal Colón debía enriquecer á la nación madre con sumas considerables. Desde 1500 á 1702 las colonias españolas enviaron 54.000 millones de oro, ó sea, por término medio, unos 270 millones por año, es decir, casi el tercio del presupuesto actual del país.

El acrecentamiento de riquezas minerales no ha sido el único resultado del descubrimiento de América. Los inmensos territorios exigían colonos; los jóvenes más activos, animosos, emprendedores, abandonaron la madre patria por el Nuevo Mundo, y esto durante muchas generaciones sucesivas. Frecuentemente, era lo mejor de la fuerza del país la que se escapaba como por una herida abierta. La raza española se fué así poco á poco debilitando por la succión americana de las energías más viriles. Por otro lado, los que permanecían en España recibiendo á montones el oro, iban perdiendo el hábito del trabajo, de la *Struggle for life,* limitándose al papel de consumidores de productos proporcionados por otras regiones. Todo

concurría, pues, á la decadencia del pueblo, á hacerle dependiente, cada día más dependiente, de las colonias nutrices.

«Sin ataque exterior ninguno, y por el solo efecto de la decadencia interior—dice Reclus,—la nación declinó en el mundo con una rapidez sin ejemplo. Después de la expulsión de los judíos, los ciudadanos más industriosos del país, toda actividad lentamente se apaga. Los talleres á millares se cierran en ciudades, en otro tiempo tan industriales, como Sevilla y Toledo. Los procedimientos técnicos se pierden por falta de artesanos; el comercio, entregado al monopolio, pierde los mercados y abandona los puertos; se dejan de explotar las minas y las canteras; muchas veces también—afirman los cronistas de aquellos tiempos—los campos de Navarra hubieran permanecido incultos al lado mismo de las ciudades, si los aldeanos bearneses no hubieran acudido á hacer la sementera y á recoger la cosecha. La juventud española entraba en los monasterios para gozar del privilegio de la ociosidad, y más de nueve mil conventos de varones, cuyos campos se cultivaban á expensas del resto de España, se establecieron en todas las partes del reino. Los españoles habían caído tan bajo, que llegaron á perder el viejo renombre de virilidad, tan justamente ganado. Después de la instauración de la Monarquía borbónica, cuando hubo necesidad de acudir á los extranjeros, franceses, italianos, irlandeses, para que ocupasen los altos puestos del Estado, fué porque los naturales, refractarios al trabajo y faltos de iniciativa, habían llegado á ser incapaces para la gestión de los negocios.»

Cuando se da uno cuenta del estado de apatía y de decadencia á que el país había llegado, parece casi increíble que haya podido levantarse de un modo tan rápido. Y este resurgimiento es innegable: es un hecho realizado ya. Sólo un conocimiento profundo del carácter español puede explicarnos este fenómeno, que sería tal vez imposible en cualquiera otro país. Pero continuemos trazando á grandes rasgos la historia económica de España.

Poco á poco las colonias dejaron de alimentar tan ampliamente las cajas del Estado; los particulares fueron obteniendo cada vez menos de las lejanas empresas; más tarde, paulatinamente, cada una de estas colonias fueron sacudiendo el pesado yugo de la madre patria, reclamando y obteniendo su independencia..Por fin, hemos presenciado en 1897-98 el último acto de esta larga tragedia, soberbia en esfuerzos inútiles, fecunda en actos de heroísmo.

Si el pueblo español no hubiera sido tan sobrio, tan poco exigente, tal vez no hubiera sido posible un tan pronto despertar. Mas habituado á contentarse con poco, supo soportar la creciente penuria, permaneciendo en la apatía, abandonando sus fuerzas. Quizás España es el único país del mundo donde se ha visto á los obreros abandonar su trabajo ordinario para ir á reclamar su parte, en la pitanza que se distribuía á los indigentes en ciertos días de la semana. La sobriedad española—que hacía decir á Wellington que allí donde un ejército francés tenía lo necesario, un ejército español nadaba en la abundancia y uno inglés moría de hambre,—esta sobriedad adormeció el espíritu de lucha é hizo mucho daño al país.

Y, sin embargo, por ciertos signos se vislumbraba que el país no estaba muerto, sino profundamente aletargado.

Napoleón no pudo conquistarle; y en las guerras que entonces tuvo que sostener España, pronto va á hacer un siglo, las energías se encendieron furiosamente, la nación entera se levantó en masa, sin excepción, sin traiciones odiosas, en un soberbio movimiento de viril patriotismo que asombró á Europa.

Desde entonces no se ha apagado la luz del progreso. Se han sucedido las generaciones en creciente superioridad, apareciendo cada una de ellas mejor armada para la lucha; buen número de jóvenes fueron enviados al extranjero, y con el buen sentido, el espíritu práctico y frío, el golpe de vista claro y preciso que caracteriza al español, han adquirido allí

una instrucción sólida, una base segura sobre la cual luego han trabajado fecundamente en su país. Así han conseguido las simpatías de los demás pueblos, que poco á poco han ido estableciendo numerosas empresas en la nación.

Pero, á la vez, esta energía se gastaba en luchas intestinas estériles, fenómeno muy frecuente en los países de variada configuración territorial y de diversidad de caracteres entre sus pobladores. A pesar de los graves inconvenientes de estas guerras civiles, en que el país malgastaba parte de su reserva de fuerza y vigor, el progreso era constante, sostenido, aunque muy lento. Venía á ser éste el período de preparación, de reflexión preliminar necesaria antes de todo paso decisivo y seguro, que predispuso á la nación para soportar el golpe final y liberador: la pérdida de sus últimas colonias.

Nosotros hemos asistido hace pocos años á este hecho, y la simpatía de la Europa continental ha acompañado á los ejércitos españoles en esta desigual lucha. Después de la derrota, hubo verdadera ansiedad. ¿Cuál iba á ser el destino de este país?

Hoy la respuesta á esta pregunta es clara, y la contestación se impone á todos los economistas. El país se levanta con una vitalidad insospechable, quizá imposible en cualquier otro, y que en éste se puede explicar por tratarse de una raza sobria, sufrida y tenaz. Precisamente las mismas cualidades que prolongaron la apatía del país son las que ahora aseguran su rápido progreso. Como todo estímulo para obrar es tanto más enérgico cuanto más tiempo ha estado contenido, así el movimiento actual es tanto más vigoroso cuanto que la decadencia anterior había sido más profunda. Sola ahora España, aislada de sus antiguas colonias, desembarazada de su peso, resurge más potentemente, y disponiendo de un suelo lleno de riquezas de todas clases, entra en un período histórico que ha de ser el de la España nueva.

Este despertar es el que nosotros queremos dar á conocer; porque transcurridos ya cuatro ó cinco años, este período apa-

rece suficientemente definido para que pueda intentarse un estudio analítico verdaderamente completo del mismo.

*
* *

Para juzgar con entero acierto el valor económico de un país, pueden emplearse dos criterios seguros:

1.° El estudio de sus recursos financieros, que indican su potencia productora; porque cualquiera que sea la naturaleza del impuesto y su objeto, y la manera de hacer la imposición, el hecho es que tales recursos son una riqueza común creada por la actividad del país. Si ésta no se amengua, sino al contrario, se acrece, como en el caso de España, los recursos financieros caminan á la par con la productividad del país, y dan en cierto modo la medida de la actividad económica de la nación.

2.° El examen del curso de la Renta exterior y de sus fluctuaciones, que permite apreciar el pulso de la opinión general.

El conjunto de estos dos procedimientos, uno interno y otro externo, servirán para establecer nuestro juicio de una manera definitiva, si ambos se complementan recíprocamente.

El examen de los siguientes cuadros es, después de estas indicaciones, verdaderamente necesario.

INGRESOS DEL PRESUPUESTO ESPAÑOL

Años.	Millones de pesetas.	Años.	Millones de pesetas.
1889-90	703	1896-97	818
1890-91	755	1897-98	841
1891-92	662	1898-99	921
1892-93	651	1900	967
1893-94	732	1901	995
1894-95	782	1902	1.014 (1)
1895-96	792		

(1) Réservamos para el apéndice los datos relativos á los años 1903 y 1904.—*(N. T.)*

CURSO DE LA RENTA EXTERIOR

Años.	Fin de Junio.	Fin de Diciembre.
1890	76 11/32	75 7/8
1891	74 5/8	64 1/2
1892	65 1/8	63 1/16
1893	65 7/16	63 3/8
1894	65 13/32	73 1/2
1895	67 3/8	61 15/16
1896	64 17/32	60 27/32
1897	63 3/32	60 27/32
1898	34	46 7/8
1899	60 1/14	65 3/4
1900	71 9/16	69 3/8
1901	71	76 5/16
1902	81 1/4	87 3/4
1903	90	

Examinando estas cifras, se observa que en 1893 los ingresos llegan al mínimum. En estos momentos se encuentra el país en plena crisis. El Exterior gira entonces alrededor del entero 65, sin fuerza para traspasarle. Sin embargo, se acentúa un cierto movimiento en los negocios que hacen mejorar la situación y que elevan la Renta á fin del año siguiente á 73. Mas á pesar de esto, á pesar también del mejoramiento en la recaudación de los ingresos, la confianza general no está del lado de España, y el Exterior vuelve á descender á 60-65. ¿Es, quizás, la previsión de la guerra cubana la que desconcierta á la nación-madre, para que más tarde resurja con una vida económica enteramente nueva? La caída súbita del Exterior á 34 es la consecuencia final de la guerra y de los temores que inspira el trastorno del país.

Sin embargo, el buen estado de los ingresos continúa en progresivo aumento, y poco á poco la confianza empieza á renacer.

El Exterior sube lentamente, pero con firmeza, con la sola excepción del mes de Enero de 1901, en el momento en que la

crisis industrial general hace retroceder el curso de todos los valores.

Después de 1901, los recursos del Estado traspasan la cifra de 1.000 millones, y el curso de la Renta crece con una regularidad casi matemática hasta nuestros días.

Tal es el cuadro sintético económico de España en los trece últimos años.

Pero si concentramos nuestra atención en la España nueva, la que se ha formado después de la guerra cubana, á raíz de la amputación de las partes enfermas, y mientras se cicatrizaban las heridas, nos asombraremos de ver con qué energía, y sobre todo con qué regularidad, se ha realizado su progreso. Este no ha sido el resultado de alguna feliz casualidad, de una excitación pasajera, sino de una actividad reposada, pero vigorosa, del equilibrio de las fuerzas económicas de la nación, unidas en un impulso razonado, lento y seguro.

Pero no sólo existen estos criterios, que pudiéramos llamar clásicos, de los ingresos y de la Renta, para juzgar de la situación actual del país; á su lado existen otra multitud de hechos generales y especiales indicaciones que demuestran decisivamente el levantamiento de España, que reflejan el nuevo desenvolvimiento de la industria y el comercio, especie de revolución pacífica en la cual, sin duda, ha influído el ejemplo de los españoles establecidos en las antiguas colonias y en las recientemente perdidas, cuyas iniciativas fecundas dieron aliento á los que del otro lado de los Pirineos soñaban con el resurgimiento de la patria después de la derrota.

Efectivamente, el comercio exterior de España crece visiblemente; el movimiento de la navegación ha mejorado en proporciones enormes; los ingresos de las Compañías ferroviarias registran incesantes beneficios; la industria en general se ha desenvuelto notablemente, y por todas partes han surgido multitud de empresas mineras, metalúrgicas, financieras ó industriales. Así es cómo aquella España de otros días, aquella España que para la generalidad de los espíritus no aparecía

sino bajo el renombre pintoresco de sus prestigiosas ciudades, de Madrid, Toledo, Sevilla, Burgos, Córdoba, Cádiz, Granada y Valencia, ciudades de maravillosa arquitectura, de «corridas» y bailes... ha sido reemplazada por una España diversa, dirigiéndose la atención hacia otras ciudades distintas, conocidas con los nombres de Barcelona, Bilbao, Santander, Oviedo, Gijón, Vitoria, centros industriales que cada día registran nuevos éxitos. ¿No es éste el mejor signo de los tiempos presentes?

*
* *

Por lo demás, España, reuniendo todos estos elementos que hacen de ella un país admirable; esta España, cuyo pasado en la historia fué tan glorioso, es una tierra inmejorablemente predispuesta para constituir una nación moderna, industrial y comercialmente de las más florecientes. No faltaba más que la voluntad de llegar al rango de los Estados industriales, que no se ha manifestado sino hasta estos últimos años.

España tiene una superficie de 504.903 kilómetros cuadrados, con 3.318 kilómetros de costas, sobre las cuales se escalonan multitud de ciudades importantes. Posee una población de 18.218.000 habitantes, y tiene, por tanto, una densidad de 36,08 habitantes por kilómetro cuadrado.

Bajo su hermosísimo clima, se encuentran multitud de recursos naturales debidos á la fertilidad de su suelo, recursos cuya variedad en nada cede á la de sus riquezas minerales, verdaderos tesoros inagotables escondidos en las entrañas de su subsuelo. La vida resulta fácil y cómoda, tanto más cuanto el español hemos dicho que se distingue por una gran sobriedad. Pocas razas existen, por otro lado, que tengan una inteligencia tan pronta y tan abierta como la del pueblo español, capaz de fecundos esfuerzos. Los obreros, diestros y dóciles, son excelentes. Trabajan con gusto y se contentan con un salario modesto, gracias á la baratura de la vida popular en España.

Son estos elementos suficientes para preparar el desenvolvimiento económico de la nación, á pesar de los obstáculos y dificultades geográficas que á veces la perjudican notoriamente.

Precisamente ha sido cuando España se encontraba en la situación más difícil, de 1895 á 1898, cuando han surgido los estímulos poderosos que han contribuído á su despertar enérgico y patriótico. No es un secreto para nadie que el renacimiento industrial y mercantil brotó de la decadencia financiera á que el país había llegado, y que hizo pagar el oro en Madrid con una prima media de 53,85 por 100 en 1898, prima que se elevó hasta ¡115 por 100!, y que había de producir un estado verdaderamente anormal para la economía de España. La elevación del cambio hizo los productos extranjeros de tal manera costosos, que se procuró buscar y utilizar los productos nacionales, y la importación extranjera disminuyó tanto más cuanto que la industria y el comercio del país no quisieron perder esta ocasión para levantarse. Por otra parte, la producción nacional, ventajosa para el extranjero por el buen mercado de la peseta, comenzó á ser aprovechada en mayor escala por los exportadores en cantidades considerables.

Claro es que, de acuerdo con los dictados de la ciencia económica, los felices resultados obtenidos con semejante movimiento producido por un elevado agio, no podían ser más que momentáneos, y que los precios debían aumentar en el mercado interior, bajo la influencia de la ley de la oferta y la demanda, así como por otras razones. No es menos verdad que el comercio y la industria españoles, puestos en actividad, aguijoneados por las necesidades del mercado interior, por el creciente aumento de la exportación, continuaron desenvolviéndose, persistiendo en su movimiento de avance, aun después de haber declinado bastante el cambio, y como queriendo conservar las posiciones adquiridas.

La España nueva nacía robusta, valiente, decidida. A su Gobierno tocaba ahora la suprema misión de dirigirla bien,

de estimular su desenvolvimiento, de evitarla nuevas caídas y de proporcionarla todas aquellas condiciones necesarias á su nueva existencia. La obra, verdaderamente dificultosa, puesto que entraña la reorganización financiera del país, ha comenzado ya; la hora de las reformas parece haber sonado, y no es, por tanto, dudoso de que empiece para España una vida nueva.

Feliz el pueblo en el que la energía y el sentimiento nacional es tan grande, que por sí solo basta para hacerle pasar de un modo tan rápido por tan diversas fases económicas.

Feliz su monarca, que presencia cómo con la aurora de su reinado coincide la transformación industrial del país, su entrada en la vida del progreso y el comienzo de una España nueva.

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN.—LA MARINA MERCANTE. LOS FERROCARRILES

La configuración de España hace que este país sea, después de Montenegro, uno de los de Europa en que más difíciles son las comunicaciones naturales y más costoso el establecimiento de un buen sistema de medios de comunicación.

Se puede dividir al país en dos regiones distintas: las costas y el interior. Las costas ofrecen excelentes puertos naturales; pero á poca distancia del mar el terreno se eleva á grandes alturas, formando escarpadas montañas á manera de murallas. De aquí que estas costas sean menos visitadas por los navíos de lo que á primera vista pudiera pensarse, y que el comercio no sea tan importante como de la riqueza y la fertilidad del país fuera de esperar. La zona del litoral es muy estrecha, y los habitantes de las montañas encuentran dificultades para transportar á los puertos sus productos.

Por lo demás, la población cercana á las costas es menos numerosa que en el interior, á excepción de las ciudades industriales como las de Vizcaya. La tendencia general de la

población es hacia los centros fabriles. Así como al principio del siglo último la agricultura representaba más de la mitad de la población (1), actualmente apenas representa la cuarta parte. España se «industrializa», como veremos en uno de los capítulos próximos, por un movimiento enérgico que no ha contribuído poco á hacer más activo el comercio marítimo.

Un país como el de la Península Ibérica, encuadrado en una línea de puertos, en el número de los cuales están al Este: Barcelona, Tarragona, Valencia y Alicante; al Mediodía: Almería, Málaga, Cádiz y Huelva; al Norte: la Coruña, Santander, Gijón, Bilbao y San Sebastián, reúne las mejores condiciones naturales para que su comercio exterior sea predominantemente marítimo. España ha abandonado durante mucho tiempo esta fuente de riqueza, dejando la explotación de este comercio al pabellón extranjero.

Desde hace unos veinte años ha intentado progresos constantes en favor de su marina nacional, y en vísperas de la guerra americana estaba decidida á tomar una parte seria en los transportes marítimos, aumentando en primer término la flota mercante. Mientras que su comercio exterior se desenvolvía paulatinamente, adquiría cada año una posición mejor frente á la concurrencia extranjera; y aunque actualmente todavía no representa la bandera nacional más que el tercio del tráfico marítimo, el estado siguiente muestra con toda claridad el terreno ganado por el pabellón español, sobre todo en el comercio de exportación, á la vez que el aumento del extranjero no es proporcional al crecimiento progresivo de aquél.

(1) En el año 1826, la población agrícola contaba 8.130.000 almas, en 13.902.000 habitantes.

COMERCIO MARÍTIMO DE ESPAÑA

AÑOS	IMPORTACIÓN		EXPORTACIÓN		TOTAL
	Pabellón nacional. — *Tonelaje.*	Pabellón extranjero. — *Tonelaje.*	Pabellón nacional. — *Tonelaje.*	Pabellón extranjero. — *Tonelaje.*	
1855....	101.217	500.938	57.322	397.237	1.056.714
1880....	374.444	1.191.037	561.343	4.515.979	7.142.803
1901....	1.321.688	2.452.404	3.145.557	6.081.378	13.001.027
Aumento proporcional.	13	5	55	15	12.3

De otra parte, los transportes marítimos españoles alcanzan las cifras siguientes, importaciones y exportaciones reunidas:

TRANSPORTES MARÍTIMOS ESPAÑOLES

AÑOS	TONELADAS
1855.....	158.539
1877.....	406.000
1880.....	935.787
1897.....	2.419.000
1901.....	4.467.245

Como se ve, de 1855 á 1901 los buques españoles transportan veintiocho veces más, mientras que los navíos extranjeros sólo aumentan, en el mismo período de cuarenta y seis años, 9 ½ veces.

La distribución por países del pabellón extranjero, en el comercio exterior de España, y en los años de 1880, 1900 y 1901, es como sigue:

EL PABELLÓN EXTRANJERO EN EL COMERCIO MARÍTIMO DE ESPAÑA

PABELLÓN	IMPORTACIÓN		EXPORTACIÓN		IMPORTACIÓN Y EXPORTACIÓN
	1880 — *Toneladas.*	1900 — *Toneladas.*	1880 — *Toneladas.*	1900 — *Toneladas.*	1901 — *Toneladas.*
Alemán...	8.781	146.873	78.873	353.214	544.620 +
Austriaco.	3.404	23.808	2.132	21.781	—
Belga.....	19.974	49.868	86.304	246.331	244.595 —
Danés.....	9.784	45.602	11.464	34.734	—
Francés...	96.087	106.397	600.762	361.771	416.469 —
Holandés..	18.028	26.312	347.801	63.560	282.452 +
Inglés.....	900.909	1.294.009	2.814.246	5.610.516	6.286.283 —
Italiano...	57.024	175.213	8.557	200.454	?
Noruego..	»	243.780	—	100.454	789.465 +

El comercio marítimo español se realiza principalmente por los puertos de Bilbao (N.), que exportó en 1901 más de cuatro millones de toneladas de minerales; Barcelona (E.) y Cádiz (M.). Después siguen, por orden de importancia, Valencia, Málaga, Santander, Vigo, Coruña, Alicante, Almería y San Sebastián. Hay que advertir que el puerto de Gijón adquiere cada día mayor desenvolvimiento, así por sus instalaciones como por su tráfico.

Barcelona representa el tercio del movimiento marítimo español. En desquite, Bilbao llegará á ser seguramente uno de los puertos más importantes, cuando los trabajos comenzados en 1888 para la construcción del puerto exterior estén terminados. Ya se organizan nuevas líneas de navegación para dotarle de una completa y sólida organización marítima, en previsión de que se agoten sus minas, que le robarían la mayor parte de su importancia.

La flota mercante española se ha desenvuelto sobre todo, como hemos indicado, desde 1898. Hoy comprende 546 veleros y 574 vapores de 50 toneladas como mínimum, ó sea 1.120 navíos de un tonelaje total de 733.251; es decir, 55.195 toneladas de los primeros y 689.050 para los segundos, pertenecientes á Compañías que residen la mayor parte en Bilbao ó Sevilla (1). Numerosos elementos de esta flota mercante son de adquisición reciente y de origen principalmente inglés.

En 1880, las Compañías españolas no representaban más que el 13 por 100 del tráfico internacional; en 1895, el 19 por 100; y en 1902 alcanzan ya el 25 por 100. Hay, por tanto, un progreso visible en el comercio marítimo español, animado de un vigoroso espíritu de empresa. Hay que notar que el tráfico por veleros ha ido perdiendo importancia, adquiriéndola en cambio los vapores, como demuestran las siguientes cifras:

LA FLOTA MERCANTE ESPAÑOLA

Años.		Veleros.	Vapores.
1869.....	*Toneladas.*	430.000	62.000
1897.....	»	164.000	492.000
1901.....	»	55.000	689.000
	Diferencias.	—375.000	+627.000

El tonelaje de vapor en 1901 era, por tanto, 12 ½ veces mayor que el de vela. Desde hace treinta años se ha desenvuelto en una proporción de 110 por 100 (2).

(1) Las principales Compañías de navegación son:

Compañía Trasatlántica de Barcelona...	34 nav.	85.022 t.
D. Ramón de la Sota, de Bilbao.....	25 »	49.723 »
Compañía Bilbaína de Navegación.....	20 »	44.393 »
«Ibarra y Compañía», Sevilla.....	21 »	28.852 »

(2) La flota mercante del mundo también ve aumentar su tonelaje de vapor desde hace diez años: Alemania, 107 por 100; Holanda, 57 por 100;

En 1900, el movimiento de los puertos españoles fué el siguiente:

Entrada: 10.161 navíos, de los cuales 6.420 eran españoles (5.186 vapores), con un tonelaje de 7.332.737.

Salida: 14.789, de los cuales 7.044 españoles (5.837 vapores) y 12.692.916 toneladas.

***

Desgraciadamente, las comunicaciones por agua en el interior del país están lejos de ser tan fáciles. La poca abundancia de aguas, debida al desmonte; la naturaleza de las grandes corrientes, que forman, cuando no torrentes devastadores, ríos sin régimen regular que los haga útiles y aprovechables para el riego de las varias comarcas; la elevación de las montañas, que impiden la construcción de canales, son otros tantos obstáculos que se oponen á aquella comunicación.

Las partes navegables de los grandes ríos son poco numerosas, y si no fuera por el Tajo y el Guadalquivir, el interior de la Península estaría privado de comunicaciones fáciles con el mar. El Ebro también es hasta Logroño navegable, y constituye el principal caudal de algunos canales.

Entre éstos, los más importantes son: el canal de Aragón, que, derivando sus aguas del Ebro cerca de Tudela, recorre una extensión de 10 leguas; el canal de Castilla, sin concluir; el de Manzanares (14 kilómetros de longitud); el de Guadarrama (17 kilómetros); el de San Carlos (11 kilómetros); el de Murcia; el de Tauste; el canal antiguo de Castilla, que va de Valladolid á Alar del Rey; el de María Cristina (25 kilóme-

Italia, 68 por 100; Rusia, 65 por 100; Noruega, 191 por 100; Suecia, 64 por 100; Dinamarca, 76 por 100; Portugal, 110 por 100; Grecia, 158 por 100; Japón, 231 por 100. La marina francesa ha disminuído en un 10 por 100 su tonelaje de vapor, por efecto del exceso de la importación sobre la exportación.

tros), etc., etc., que hacen un total de unos 700 kilómetros, que se vienen á sumar á los 1.300 kilómetros de ríos navegables.

***

La misma disposición del suelo, que hace difíciles ó imposibles los transportes por agua, estorban también la creación de caminos largos y fáciles. El suelo es muy accidentado, demasiado pedregoso y duro.

Las carreteras del Estado medían en 1896 una longitud de 32.512 kilómetros; las provinciales, 6.832; y los caminos vecinales, 19.348. Pero en general, excepto las carreteras nacionales, son bastante medianas. Frecuentemente son simples caminos á través de montañas, por donde cualquier vehículo pasaría difícilmente, teniendo que transportar la carga en el lomo de las mulas.

Estos transportes resultan muy costosos, y no pueden, por tanto, aplicarse más que á materias de un valor intrínseco considerable. La hulla, el mineral de hierro, etc., no pueden explotarse en sitios en donde es preciso acudir al transporte á lomo, y bien puede asegurarse que toda mina situada á más de tres ó cuatro kilómetros de un medio de transporte fácil resulta muy ingrata su explotación. Claro es que los minerales de mercurio, cobre, plomo, calamina y otros de gran valor ya pueden tolerar transportes más caros.

***

La explotación, por tanto, de las riquezas minerales, así como de las demás riquezas de España, exige una red extensa de ferrocarriles, con objeto de que estén servidas todas las partes del país. La nación así lo ha comprendido, y desde 1848 se comenzaron á construir numerosas líneas, cuyo desenvolvimiento, para el actual y futuro bien de España, se persigue sin cesar por las más importantes empresas. El cuadro siguiente muestra la progresión creciente de kilómetros construídos.

LA RED FERROVIARIA DE ESPAÑA

Años.	Kilómetros.	Años.	Kilómetros.
1848.....	28	1888.....	9.583
1858.....	855	1896.....	10.864
1868.....	5.384	1897.....	12.916
1878.....	6.687	1900.....	13.281
		1903.....	14.000 (cerca).

Estas vías tienen diferentes anchos, desde 0^m,60 hasta 1,67, que es el normal para las grandes líneas.

Madrid ocupa el centro de la red, que se extiende como una tela de araña por todo el territorio nacional, representando una de las mayores riquezas del país. Sabemos todos las vicisitudes y obstáculos financieros por los cuales han tenido que atravesar los ferrocarriles españoles, de los cuales aún no se han librado enteramente. Su establecimiento ha sido verdaderamente costoso, dada la naturaleza accidentada del suelo y la roca dura de las sierras, que ha exigido verdaderas obras de arte. La inauguración de vías estrechas ha permitido en los últimos años disminuir los gastos de establecimiento. Así y todo, los capitales comprometidos en estas empresas son considerables, y se comprende, por tanto, el interés que inspirará su desenvolvimiento, que tiene que ser paralelo al del progreso económico y financiero del país.

He aquí una idea de las principales Compañías ferroviarias, de sus capitales y de su importancia:

COMPAÑÍAS	Acciones.	Obligaciones.	Capital total.	Kilómetros.	CONSTITUCIÓN	
Norte de España	245.100.100	751.563.961	996.663.961	3.656	Madrid,	1858.
Madrid-Zaragoza-Alicante	236.583.699	685.745.599	922.329.298	3.650	Madrid,	1857.
Andaluces	36.000.000	155.000.000	191.000.000	1.067	Madrid-París,	1877.
Sur de España	10.000.000	21.626.900	31.626.900	296	Madrid-París,	1889.
Central Catalán	6.000.000	10.114.100	16.114.100	350	Barcelona-Lieja,	1890.
Madrid á Villa del Prado	6.000.000	1.800.000	7.800.000	74	Madrid-Bruselas,	1890.
Oeste de España	22.000.000	47.000.000	60.000.000	350	Madrid-París,	1888.
Cartagena (de la Sierra)	1.825.000	2.700.000	4.525.000	65	Bruselas,	1895.
Valencia y Aragón	9.000.000	6.000.000	9.000.000	30	Bruselas,	1888.
Madrid-Cáceres	25.000.000	75.000.000	100.000.000	429	Madrid,	1880.
Extremadura	2.000.000	?	2.000.000	100	Brujas,	1892.
Andaluces (secundarios)	2.001.000	1.000.000	3.001.000	25	Bruselas,	1896.
TOTALES	595.509.699	1.747.550.560	2.343.000.259	10.192		

Se eleva, por tanto, á la cifra enorme de dos mil y medio millones el capital interesado en estas Compañías. Este dinero, suministrado principalmente por los franceses y los belgas, está lejos de producir hoy un interés normal, habiendo pasado los establecimientos financieros iniciadores de estas empresas, por numerosas desilusiones y dificultades. Después de haber cesado las antiguas Compañías en el reparto de dividendos por los años de 1892-94 (1), ha llegado para ellas el período del «convenio», arreglos financieros de todas clases, que han repercutido en la cotización de sus valores, y cuyas causas son muy variadas. La primera de todas es que el trazado se hizo sin estudiar bien la necesidad á que iba á atender.

La prueba se encuentra en el reducido número de trenes que funciona en muchas de las líneas: en el Sur apenas hay sino un tren de viajeros por día. Hubiera sido preciso un mayor desenvolvimiento industrial para que estos ferrocarriles no hubieran permanecido inactivos, contribuyendo por su parte poderosamente á la explotación de las riquezas que duermen en las entrañas del suelo, y recibiendo en cambio, con un mayor ingreso, la remuneración de los capitales interesados en las Compañías (2).

Así, pues, el porvenir reservado á los ferrocarriles españoles, depende principalmente de este movimiento de progreso industrial iniciado claramente desde 1897 y 98, mientras por otro lado sufren las angustias y quebrantos del cambio, que amengua considerablemente sus ingresos, pues recibidos éstos en pesetas, siendo el capital interesado extranjero, los dividendos é intereses han tenido que pagarse en francos, así como la compra del material necesario á la explotación. La Compañía del Norte ha calculado que la depreciación de la moneda

(1) Norte, 1892; Madrid-Zaragoza-Alicante, 1893; Andaluces y Sud, 1894.

(2) Es una verdad innegable que en lugar de atender el trazado de las líneas á un criterio económico, ha seguido el político, pasando más bien por los grandes centros de población que por los núcleos productivos. (*N. T.*)

la ha producido en diez años, de 1892 á 1902, una pérdida de 127 millones de pesetas.

Ahora, es incontestable que los transportes por ferrocarril vienen, en los últimos años, desde 1897, en progreso constante, pareciendo haber llegado para estas empresas el período remunerador de su capital. Así se desprende del siguiente cuadro de los ingresos recibidos desde hace seis años, por las tres principales Compañías del Norte, Alicante y Andaluces; á saber:

LOS INGRESOS DE LAS COMPAÑÍAS DE FERROCARRILES

Años.	Millones de pesetas.	Aumentos.
1897.....	187	»
1898.....	202	15
1899.....	211	24
1900.....	218	31
1901.....	220.9	33.9
1902.....	235.5	48.5

Este aumento de 48 ½ millones en los ingresos de las tres principales Compañías desde 1897, ó sea en una proporción de 20,6 por 100, es tanto más digno de observar, cuanto que en el beneficio de los transportes de 1897-1898 hay que anotar el aumento debido á la guerra cubana, y en el de 1900 el ocasionado por la exposición de París. Y estas cifras aún parecen más elocuentes comparándolas, en igual período, con la disminución creciente de los ingresos de la mayor parte de las Compañías extranjeras, como los ferrocarriles franceses, los austriacos, lombardos, portugueses, etc.

El producto total de los ferrocarriles españoles en 1901 ascendió á 265.366.301 pesetas, por 261.372.689 en 1900.

He aquí un cuadro detallado de los ingresos de las tres principales Compañías en los cuatro últimos años, añadiendo los de otras dos igualmente en progreso.

LOS INGRESOS DE LOS FERROCARRILES ESPAÑOLES
EN MILLONES DE PESETAS

COMPAÑÍAS	1899	1900	1901	1902
Norte.....	102.0	106.0	109.0	115.9
Alicante.....	89.0	92.0	94.7	101.7
Andaluces.....	18.6	19.3	19.2	21.5
Cáceres.....	3.7	3.9	4.3	4.6
Sur.....	1.9	3.1	3.3	3.8

Como se ve, el aumento desde 1899 es de 11 por 100 para Norte y Alicante; de 15 por 100 para los Andaluces; de 22 por 100 para Cáceres, y de 50 por 100 para el Sur de España. Entre las Compañías cuya vitalidad tiende á aumentar, se cuentan además las del Central Catalán, Madrid-Villa del Prado, Santander-Bilbao, Plasencia-Astorga, etc.

Este impulso progresivo continúa contrarrestado por influjo del cambio que las Compañías han tenido que pagar en 1902 al curso medio de 35,8 por 100, contra 38 y 39, es verdad, en 1891. Esta mejora puede servir para alentar las esperanzas surgidas; mas será necesario resolver este problema del cambio, para que los ferrocarriles entren en un período normal y se desenvuelvan con toda esplendidez y vigor.

En cuanto al reparto de dividendos, la Compañía de Madrid-Zaragoza-Alicante, desde 1899 ha vuelto á acordarlos sin interrupción (1), pues desde 1892, que cerró el pago por uno de 4,25 pesetas, no había repartido más. El Norte también parece que este año se encuentra en condiciones de concederlo. Pero, generalmente, las Compañías españolas po-

(1) 1899: 9 pts.; 1900: 9 pts.; 1901: 12 pts.; 1902: 12 pts.

sean una administración prudente, aguerrida por la experiencia, que contiene el reparto de beneficios, pensando en los grandes gastos que exige la explotación, por el mayor desenvolvimiento del tráfico.

Por otra parte, el porvenir definitivo de los ferrocarriles españoles depende de la creación de líneas nuevas. No es esto una paradoja, porque bien puede afirmarse que si los ingresos no alcanzan la cantidad deseada, si el capital no obtiene el interés suficiente, es porque el país no cuenta con un plan perfecto de ferrocarriles, ni de caminos fáciles para auxiliar el desenvolvimiento de la producción nacional. La red actual, para aspirar al rendimiento máximo, debería completarse con una red secundaria de interés local, de vía estrecha, que conviertan la línea principal en una especie de espina de pescado, por el género de la línea de San Petersburgo-Moscou, que un capricho imperial ha hecho pasar lejos de todas las ciudades, á las cuales conducen á derecha é izquierda numerosas ramificaciones. Puede juzgarse del abandono del país en este punto, teniendo en cuenta que para 504.903 kilómetros cuadrados de superficie hay 14.000 de rails, y teniendo en cuenta que cada uno de éstos beneficia unos diez kilómetros, resultan 140.000; es decir, el 35 por 100 del suelo como máximum. El Gobierno español no ignora esto: por eso ayuda en todo lo que puede á las empresas ferroviarias. ¿No ha subvencionado ya con 30.790.000 pesetas la construcción de la línea del Sur, como ha acordado auxilios á las líneas de Zaragoza, Huelva, Cartagena, Córdoba, Ciudad Real y Gerona, etc.?

Por lo demás, la obra de ampliación de la red española se persigue seriamente; y sin tratar de exponer aquí las nuevas comunicaciones establecidas y las en estudio, así como las concesiones de doble vía, diremos que en 1901 se ha inaugurado la línea de Calatayud-Teruel-Sagunto (260 kilómetros); que la línea de Almorox se ha abierto á la explotación el 1.° de Agosto de 1902, y que la empresa de los Andaluces estudia la construcción de nuevas vías en este distrito eminentemente mine-

ro, de Cabeza de Vaca á Llerena, de Belmez á Horcajo, de Tobaria á la Carolina, constituyendo un conjunto que sería de utilidad inmensa para el desenvolvimiento industrial.

Cuando se examinan las cifras del tráfico español para el año 1901, se encuentran los resultados siguientes, que dan idea de su movimiento:

Viajeros por año		33.386.258
» por kilómetro		2.552
» por día		91.469
Toneladas por año		1.798.440
» por kilómetro		1.436
» por día		51.502
Ingresos totales	*Pesetas.*	265.336.301
» por kilómetro		20.284
» por día		727.030
» por habitante		14

En cuanto al material móvil, comprendía el año último 1.900 locomotoras, de las cuales 200 para trenes de viajeros, 684 mixtas y 1.016 para mercancías; 5.600 coches de viajeros, 1.500 furgones, 16.000 vagones de mercancías y cerca de 20.000 plataformas y vagonetas. El año último han hecho las Compañías grandes adquisiciones: sólo la de Madrid-Zaragoza debe recibir 1.345 coches y vagones y 47 locomotoras.

Respecto de esta Compañía, una de las que funcionan más normalmente, el resultado de los últimos siete ejercicios ha sido el siguiente:

LA COMPAÑÍA MADRID-ZARAGOZA-ALICANTE

AÑOS	Pesetas.
1896	78.643.070
1897	81.199.537
1898	87.014.085
1899	90.580.451
1900	93.491.080
1901	95.438.229
1902	101.341.000

El Norte, igualmente, no cesa de registrar aumento en los ingresos, como puede verse:

LA COMPAÑÍA DEL NORTE

AÑOS	Millones de pesetas.
1891.....	89.3
1894.....	84.0
1898.....	93.8
1899.....	104.4
1900.....	107.9
1901.....	109.4
1902.....	115.9

Indudablemente, parece que ha sonado para la industria de transportes la hora del progreso. El aumento creciente de los ingresos es el resultado del renacimiento industrial del país. El mejoramiento de los últimos balances de las Compañías tienen su causa en los progresos últimos de la industria, del comercio y de la agricultura, porque el aumento del transporte obedece á una mayor producción y consumo, que habla muy elocuentemente á favor de las energías recientemente despertadas, y que si perseveran en su vitalidad, dentro de poco se tocarán sus admirables resultados.

J. Hogge Fort F. V. Dwelshauvers-Dery

EL IMPERFECTO Y EL FUTURO DE SUBJUNTIVO

EN EL *QUIJOTE*

Bajo esta denominación siguen estudiándose en nuestras gramáticas las tres formas verbales, *ra*, *ría* y *se*, *amara*, *amaría* y *amase*, para eterno baldón de nuestros arrestos científicos en achaque de lingüística. Ni *amara* ni *amaría* son imperfectos, ni *amaría* es subjuntivo, ni estos tres tiempos significan lo mismo, para que sigan unidos en feroz maridaje bajo una misma denominación. En ello convienen Bello y Benot, y todos los extranjeros. Dejemos por ahora la forma *amaría*, que es de indicativo, y estudiemos un poco las otras dos, y con ellas sus compuestos correspondientes *hubiese amado* y *hubiera amado*.

Las formas *amase*, *hubiese amado*, siempre son subordinadas de pasado, esté expreso ó tácito el verbo subordinante; y esto, en todos los monumentos antiguos, antes del clasicismo y en el clasicismo, y hoy día; es decir, que es un imperfecto del subjuntivo ó, mejor dicho, del conjuntivo.

Proviene *amase* de *ama-vi-ssem*, que tenía el mismo empleo y valor. Conviene entender bien este empleo para no confundir este tiempo con *amara*, como se confunde hoy, y no se confundía en tiempo de Cervantes. *Amase*—repito—es siempre conjuntivo, es decir, subordinado de otro verbo con *que* expreso ó tácito, é indica tiempo pasado. Véanse estos ejemplos del *Qui-*

jote, entre otros mil (1): «Consideren lo mucho, que *estuuo* despierto por dar la luz de su obra con la menos sombra que *pudiesse* (I, 3, 13). Y sus historias ya que no las *quemassen*, *merecian* que a cada una se le *echasse* un sambenito, o alguna señal, en que *fuesse* conocida por infame (II, 6, 20). Y la bolsa de dinero, que le *dio* don Quixote, para lo que *se ofreciesse* (I, 7, 26). No *estaua* tan claro, que *pudiesse* echar de si rayos algunos (II, 8, 27). Y diziendo que que *auia visto* en ella, para no ponerla en el numero de las otras, que *alargasse* la satira, y la *pusiesse* en el ensanche, sino que *mirasse* para lo que auia nacido (II, 8, 27). *Abraso* el templo famoso de Diana... solo porque *quedasse* viuo su nombre en los siglos venideros (II, 8, 28). Y el dia siguiente, sin acontecerles cosa, que de contar *fuesse* (II, 8, 30). Sin *auer hablado* antes a su señora, pidiendola *fuesse* seruida, de (I, 10, 32). Sin esperar son de trompeta ni otra señal que los *auisasse* (II, 14, 51). Sobre que medio se podria tomar, para reduzir a don Quixote, a que *se estuuiesse* en su casa quieto y sossegado, sin que le *alborotassen* sus mal buscadas auenturas, de cuyo consejo *salio*... que *dexassen* salir a don Quixote, y que Sanson le *saliesse* al camino... y *trabasse* batalla con el... y le *venciesse*... y que *fuesse* pacto y concierto, que el vencido *quedasse* a merced del vencedor (II, 15, 53).»

Así como el presente de subjuntivo se subordina al de indicativo, así el imperfecto *amase* se subordina á los tiempos pasados, siempre con *que* expreso ó subentendido: «Ni *procuro que* nadie me *tenga* por discreto (II, 1, 4). *Mandó* a un Capellan suyo se *informasse* del Rector de la casa (II, 1, 3): suple *que*. De cuyo consejo *salio... que dexassen* salir a don Quixote (II, 15, 53).» Hoy dicen: «Salio... *que dejaran*». En Cervantes *amara* jamás se emplea en este caso: nunca es conjuntivo de pasado.

*
* *

(1) El primer número indica el capítulo; el segundo, el folio de la edición de Cuesta de 1608 y 1615.

En las condicionales, *amase* se halla en la hipótesis de tiempo pasado, y de ella pasó más tarde á la apódosis; pero sólo, cuando hay también *amase* en la hipótesis, sin duda por atracción, así como *amara*, que pasó de la apódosis á la hipótesis. En Berceo siempre hay *amase* en la hipótesis de pasado, nunca *amara*. «Si tu nunca *moriesses*, viuir yo non podria» (*Loor* 97). «Si nacido non *fuesse*, mucho meior auria» (*Mil.*, 756). Lo mismo en el *Poema del Cid:* «Dios que buen vassalo, si *ouiesse* buen sennor» (20). «Que si non la *quebrantas* por fuerça, que non gela *abriese* nadi» (34). Otro tanto sucede en el *Quijote:* «Si a los oydos de los Principes *llegasse* la verdad desnuda, otros siglos correrian (II, 2, 8). Y que si le *pareciesse* que tenia juyzio le *sacasse*, y *pusiesse* en libertad (II, 1, 3). Quando yo *quisiesse* oluidarme de los garrotazos que me han dado, no lo consentiran los cardenales, que (II, 3, 11). Que no diran cosa por otra si *rebentassen* (II, 7, 23). Bonico soy yo para esso, mal me conoce: pues a fê que si me *conociesse*, que me *ayunasse*» (I, 25, 115).

Sólo cuando hay *amase* en la hipótesis, puede ir *amase* en la apódosis, como en los citados ejemplos. Es queja general que en estos últimos años ha cundido en España el uso de *amase* en la apódosis de las condicionales fuera del caso dicho. Efectivamente, se suele oir y leer: «si al menos hubiera tenido la cordura del silencio, *hubiese* conservado la vida», «yo te *hubiese* escrito si hubiera tenido ocasión». Cervantes hubiera empleado *hubiera* en la hipótesis y en la apódosis, en ambos casos. Que si le *pareciesse* que tenia juyzio le *sacasse*; y no siendo pasado conjuntivo, *amara*: Que *dixera* el señor Amadis, si lo tal *oyera* (II, 6, 20). Nótese bien la diferencia: en el primer ejemplo es puro conjuntivo ó subjuntivo, subordinado, se subentiende el *que*: *que le sacasse*; en el segundo es potencial, no subordinado á otro verbo, sin *que*.

La confusión que actualmente cunde entre *amara* y *amase*, fuera de las condicionales, es la causa de emplearse *amase* en la apódosis de las condicionales fuera del único caso en que se

ha empleado hasta ahora. Y esta confusión es de grandísima trascendencia para el castellano. No se trata de una palabra exótica que hiere más ó menos con desapacible dejo los oídos de los puristas; trátase de dos formas verbales de vital importancia en la sintaxis castellana; mejor dicho, de tres, porque, como veremos, también el *amare* anda aquí en cartas.

A juzgar por la tendencia que arrastra á esa confusión, las formas en peligro son *amara* y *amare*, precisamente las más idiomáticas de nuestro romance y las de matiz más delicado. Es que no existen tales formas en francés. Son flores demasiado exquisitas para el gusto nivelador y cosmopolita de ciertas gentes, que quisieran reducir el habla á cuatro fórmulas breves comerciales, y para quienes el inglés de oficina es el ápice del ideal. Mal año para la estética del lenguaje, para la literatura. Pero no de sólo pan vive el hombre; y si los comerciantes sajones prefieren la brevedad seca y escueta de una fórmula, los meridionales han sido siempre artistas y han concedido al elemento estético del habla lo que se le debía conceder, si el hombre es algo más que un alcabalero ó que un trujamán. Si algo se nos da por el arte, debemos oponernos con todas nuestras fuerzas á que cundan entre nuestros escritores esas teorías cosmopolitas de lengua internacional, reducida á descarnados guarismos. Venga, norabuena, esa lengua para el comercio; pero déjennos para la literatura y para la vida nuestra rica y hermosa lengua castellana. Y para ello todos nuestros esfuerzos estarán muy bien empleados en desterrar el abuso, que hoy va cundiendo, de confundir *amara* con *amase* por una parte, y por otra estas dos formas con *amare*. Los americanos, á quienes achacan algunos el que vayan corrompiendo el castellano, pudieran con mayor razón achacárnoslo á los españoles en este y otros puntos.

*
* *

Hoy ponen los autores como sinónimos *amara* y *amase* como imperfectos de subjuntivo; es decir, subordinándose á

otro verbo, y correspondiendo al imperfecto y al pretérito de indicativo. Horrible confusión, que ha llegado ya al extremo de que ni los gramáticos la tengan por tal. En Cervantes, en los clásicos y en los monumentos más antiguos, yo no he hallado *amara* con semejante empleo. Sólo hay excepciones raras (*Cid*, 3319, 3591), y casi siempre en la apódosis de las condicionales, donde equivale á la acepción potencial que vamos á ver siempre en esta forma *amara*, y que puede compararse con «Si non errasset, *fecerat* illa minus» de Marcial (I, 22). Así en Berceo: «Si a Millan crouiessen, *ficieran* muy meior» (*S. Mill.*, 288). Hoy se dice: «dijo *que vinieras*»; Cervantes diría: «dijo *que vinieses*».

Amara viene de *ama-ve-ram* = había amado, y este valor de pluscuamperfecto lo tuvo *amara* hasta el siglo XVII, en que cayó en desuso tal vez por emplearse en tantas otras acepciones. En Berceo: «Lo que les *prometiera* el padre verdadero Tardar non gelo quiso por al dia tercero» (*S. Dom.*, 370). En *Calila e Dymna*: entendio que el su saber non le tenia pro, pues que non *usara* del» (*Prólogo*). En esta acepción han vuelto á resucitarlo modernamente, y no lo tengo sino por muy loable, pues conviene á veces echar mano de esta forma breve, para la velocidad en la frase y para la poesía, en vez del compuesto *había amado*.

No así el empleo de *amara* por *amé*, *amaba*, *he amado*, confusión en que han caído algunos, sin que les valga el que antiguamente se empleó por el pretérito: «El padre le *echara* fuera, | que nada le huvo hablado, | A los dos *metiera* juntos... | Al Cid *metiera* el postrero» (M. PELAYO, *Antología*, VIII, 55). Emplear *amara* por todos los tiempos pasados de indicativo sería el caos.

***

El empleo propio de *amara* es el de un *subjuntivo potencial*, que difiere de *amaría*, verdadero potencial de indicativo, en que, como toda forma de subjuntivo, siempre lleva envuelta la

idea de apreciación subjetiva, de la que carecen las formas de indicativo, las cuales anuncian el hecho objetivo sin apreciación alguna subjetiva. Por ser *amara* un *potencial*, conviene con *amaría*, y por eso dijo tal vez Cuervo (1) que se emplea en nuestros clásicos «en frases que pudiéramos llamar *potenciales*, en las cuales se representan los hechos como meramente *posibles*». Por ser *subjuntivo*, es decir, por llevar consigo la duda, el deseo ó cualquiera otra apreciación subjetiva, difiere *amara* de *amaría*, y en este sentido pudo añadir el mismo Cuervo que se emplea: (en frases...) «que son en cierto modo oraciones condicionales incompletas, por faltarles una hipótesis vaga, que varía según los casos». Digo que en este sentido, porque de otra manera no veo que tales oraciones lleven *hipótesis vaga* de ninguna especie, fuera del dudar, desear, etc., del carácter subjuntivo.

Véanse ejemplos con ese doble matiz de potencial y de subjuntivo, pero sin hipótesis alguna. En *Calila e Dimna*: «ca serie atal como el mercadero perdidoso que vendio sus piedras por vidrio que non valia nada, é *podiera* haber del precio dellas riqueza para en toda su vida» (c. 2). Aquí se está viendo cómo del valor de pluscuamperfecto sale el de potencial subjetivo, *habia podido*, *hubiera podido* ó *pudiera*. «E podrie acaescer cosa por ello que *pesara* á mi et a ti» (íd.): *que pudiera pesar*. «Non *debieras* tu decir cerca del pozo, pues yo habia de ir al caño (íd.): *no debias haberme dicho*. «Desi temime que non *pudiera* sofrir la su vida (de religioso), et que me tornaria á la costumbre» (íd.). «Et que dejaria algunas cosas que tenia comenzadas et habria fechas ante de que *hobiera* galardon». En estos mismos ejemplos se halla la distinción entre *amara*, subjuntivo ó subjetivo, y *amaría*, indicativo ú objetivo.

Vengamos al *Quijote*: Assi es, dixo el Barbero, y *holgara* mucho saber, que trataran aora los dos (II, 2, 7). —En la manta no hize yo cabriolas, en el aire si, y aun mas de las que yo

(1) Bello-Cuervo: *Gramát. cast.*, 7.ª edic., nota 94.

quisiera (II, 3, 11).—Dizen algunos, que han leydo la historia, que se *holgâran*, se les *huuiera oluidado* a los autores della algunos de los infinitos palos, que (II, 3, 11).—Tambien *pudieran* callarlos por equidad (íd.).—Esso *fuera* hazer milagros (II, 3, 12).—Pero a buen seguro que el te *perdonara*, porque (II, 6, 20).—mas tal te *pudiera* hauer oydo, que no te *fuera* bien dello (íd.).—y cosas te *pudiera* yo dezir... que te *admiraran* (II, 6, 21).—venia tal el triste, que no le *conociera* la madre que le pario (II, 7, 23).—assi *pudiera* cantar el romance de Calainos, que todo *fuera* uno (II, 9, 31).—dize que *quisiera* passarle en silencio temeroso de que no auia de ser creido (II, 10, 32).—y quien os *viera* a todos ensartados por las agallas como sardinas en lercha (II, 10, 36).—y si ello es encantamento como v. m. ha dicho, no auia en el mundo otros dos a quien se *parecieran* (II, 16, 54).—Esso *tuuiera* yo por afrenta, mas que quantas *pudieran* dezirme (II, 31, 117). que en el particular de mi asno que no le *trocara* yo con el rozin del señor Lanzarote (íd.).—Al mismo Duque de Alua se la *quitara*, para darsela al señor maesse Pedro (II, 25, 96).—que persuasion *fuera* bastante para persuadirme que (II, 25, 97).—el sentido, que no se lo *sacara*, ni las *entendiera* el mismo Aristoteles, si *resucitara* para solo ello (I, 1, 1).—donde puso el amor toda la gloria que yo *acertara* a desearme (I, 24, 102).

***

Es muy propio *amara* de la apódosis de las condicionales, precisamente por esta potencialidad dependiente de la condición; pero de la apódosis pasó también á la hipótesis; al revés de *amase*, que de la hipótesis pasó á la apódosis: pero aunque *fuera* de mezcla, *cumpliera* mi palabra (II, 41, 154).—y sino lo *cumpliera*, me parece que *rebentara* (II, 41, 157).—y si yo *fuera* tan agorero como otros, tu pusilanimidad me *hiziera* cosquillas en el animo (II, 41, 154).

Con otra forma en la hipótesis, no hallo *amara* en la apó-

dosis; pero sí en la hipótesis, cuya apódosis tiene *amaría*, *había de amar*: Mira Sancho, yo bien te *señalaría* salario, si *huviera hallado* en alguna de las historias... exemplo (II, 7, 24). que si *huviera dicho* de mi cosas, que no fueran, muy de christiano viejo... que nos *auian de oyr* los sordos (II, 3, 12). *Amaría* no puede ir en la hipótesis, porque toda hipótesis subjuntiva lleva consigo el subjetivismo del que la enuncia; en cambio, *amara* cabe muy bien en los dos miembros.

He dicho que hoy *amara* equivale á *amase* en la acepción de subordinada subjuntiva de tiempo pasado. En el *Quijote* no hallo ni un solo ejemplo de *amara* en tal acepción y empleo, ni tampoco en los demás clásicos ni en los autores anteriores al siglo XVI. «De la apódosis pasó *amara* á la hipótesis, y de las oraciones condicionales á las puramente subjuntivas», dice Cuervo. No son, pues, sinónimos *amara* y *amase*. En Berceo nunca se confunden, ni *amara* es subordinada subjuntiva, ni está en la hipótesis de tiempos imperfectos ó perfectos, es decir, pasados; en todos estos casos hay *amase* (LANCHETAS).

***

En el subjuntivo optativo las formas *amase* y *amara* y sus compuestas indican lo inútil del deseo, cuyo cumplimiento ya no se espera: Y *pluguiera* á los altos cielos que el amor no me *tuuiera* tan rendido, y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata, que digo entre mis dientes, que los desta fermosa donzella *fueran* señores de mi libertad (I, 16, 57). Al revés, se espera como posible el cumplimiento del deseo, cuando se expresa con formas de presente-futuro: *Plegaos* señora de membraros (I, 2, 4).—A Dios *plega*, que esta llegue á vuestras manos (I, 27, 126).—Oy dia a tantos de tal mes, y de tal año tomô la possession desta insula el señor don Sancho Pança, que muchos años la *goze* (II, 45, 169).—*llore*, o *cante* Altisidora, *desesperese* Madama..., que yo tengo de ser de Dulcinea (II, 44, 168).

La forma *amara*, como subjuntivo optativo, indica pesar

de un hecho no cumplido, y no pende de otro verbo: es forma elegantísima: Pero ya tenia abierto uno el barbero, que se llamaua las *Lagrimas de Angelica. Lloraralas* yo, dixo el Cura en oyendo el nombre, si tal libro huuiera mandado quemar (I, 6, 20).—que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. *Hablara* yo para mañana, dixo don Quixote, y hasta quando aguardauades a dezirme vuestro afan? (I, 19, 73): expresión aplicada por Covarrubias al «que viendo que se trata de su negocio, no alega de su justicia». Véase el Soneto: O quien *tuuiera* hermosa Dulcinea (VII), todo en optativo. En Berceo: «Mas plus seli *valiera* que souiesse quedado». (*Loor* 58.)

Con *amase*: y oxala *parasse* en ellos lo que amenaza esta auentura tan desuenturada (II, 68, 261): se subentiende *que*. Y *que* no *viesse* yo todo esso Sancho (II, 10, 36).

***

El llamado futuro de subjuntivo *amare* y su compuesto *hubiere amado* no existieron en latín, y de las demás románicas sólo en portugués y en válaco. Deriva del futuro perfecto subjuntivo *ama-ve-ro*. En castellano todos convienen en que también es subjuntivo y futuro, aunque no futuro perfecto. Lo han llamado algunos subjuntivo hipotético ó condicional; pero subjuntivos é hipotéticos ó condicionales son también *amase* y *amara*, además de que no siempre *amare* es condicional, ni pertenece á las oraciones condicionales. Futuro simplemente tampoco es, además de que el llamado presente *ame* es un futuro.

Como hipotético pide en la apódosis futuro de indicativo ó imperativo, ó presente de subjuntivo cuando sustituye al imperativo. En el *Cid*: «Si essa despensa nos *falleciere* o nos *menguare* algo, | Bien las abastad, yo assi uos lo mando» (258). En el *Quijote*: Y si yo no me *declarare* entonces podra enmendarme (II, 7, 23).—si alguna cosa *faltâre*, y si *fuere* necessidad seruir a tu magnificencia de escudero, lo tendré a felicissima

ventura (íd.).—si tu me los *relatares*, como ellos fueron, sacare yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su coraçon (II, 10, 32).—si acaso *viniere* a verte, quando estés en tu insula alguno de tus parientes, no le desheches (II, 42, 160). —Si *truxeres* a tu muger contigo... enseñala, doctrinala (íd.).—Si acaso *enuiudares* (cosa que puede suceder) y con el cargo *mejorares* de consorte, no la tomes, tal que (íd.).—Quando *pudiere* y *deuiere* tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delinquente (II, 42, 160).—Si acaso *doblares* la vara de la justicia, no sea con el peso de la dadiua, sino con el de la misericordia (íd.).—si ella *fuere* de tanta hermosura como significays, de buena gana... confessaremos la verdad (I, 4, 13).

Comparado con *amara*, se ve que en éste lo condicionado puede ó pudo ó podría ser, de verificarse la condición; pero que ésta no se verificó, ó no se verificará. En cambio, con *amare*, lo condicionado se espera y supone como cierto, dado que se verifique la condición, la cual por su parte no se supone que haya de verificarse ó dejar de verificarse. Es decir, que la condición es puramente hipotética con *amare* y negativa con *amara*, así como es positiva con indicativo. Son las tres clases de condicionales castellanas. En *amara* se trasluce su origen de pasado, en *amare* la contingencia propia de lo futuro, y de lo futuro precisamente no conocido, y que no está en nuestra mano. Compárense. Indicativo: Si por buena fama, y si por buen nombre *va* solo v. m. *lleua* la palma a todos los Caualleros Andantes (II, 3, 10).—mas si v. m. *quiere* saber todo lo que ay..., yo le *truere* aqui luego al momento quien se las diga (II, 2, 9).—si â ti te *mantearon* una vez, â mi me *han molido* ciento (II, 2, 8). Con *amara*: si yo *fuera* tan agorero como otros, tu pusilanimidad me *hiziera* algunas cosquillas en el animo (II, 41, 154).—Mala Pascua me *dê* Dios..., si le *trocara* por el (II, 13, 44). Con *amare*: si tu me los *relatares*... sacare yo (II, 10, 32).

Por la misma idea de contingencia pura, no puede emplearse nunca *amare*, cuando pende de otro verbo, es decir, cuando

había de ser puro subjuntivo ó conjuntivo. No cabe decir *dudo que viniere*, como se dice *dudo que venga* ó *dudé que viniese*. Por consiguiente, hay un caso en que la tercera clase de condicionales, la de pura hipótesis, no puede llevar *amare*, y es cuando la oración condicional pende de otra ó por la idea tiene que ser subjuntiva: en este caso se emplea *amase*: Y pareceos que fuera acertado, y bien hecho que si los del Toboso *supiessen* que estays vos aqui con intencion de yr a sonsacarles sus Princessas... *viniessen* y os *moliessen* las costillas a puros palos, y no os *dexassen* huesso sano? (II, 10, 33).—quiero que sepas, que si a los oydos de los Principes *llegasse* la verdad desnuda... otros siglos *correrian* (II, 2, 8).

***

Véase ahora *amare* fuera de las condicionales, siempre como un futuro contingente: En verdad te digo, que de todo aquello que la muger del juez *recibiere*, ha de dar cuenta el marido en la residencia uniuersal, donde pagarâ con el quatro tanto en la muerte las partidas, de que no *se huuiere hecho* cargo en la vida (II, 42, 160).—Al culpado que *cayere* debaxo de tu juridicion... y en todo quanto *fuere* de tu parte... muestratele piadoso (íd.).—Toma con discrecion el pulso a lo que *pudiere* valer tu oficio (II, 43, 161).—uno ha de ser el mejor, y del que *abatieres* seras aborrecido, y del que *leuantares* en ninguna manera premiado (íd.).—teniendo yo el mando, y el palo harê lo que *quissiere* (íd.).—el bien que *viniere* para todos sea, y el mal para quien lo *fuere* a buscar (I, 20, 77).—o haz lo que *quisieres*, que yo hare lo que *viere* que mas viene con mi pretension (I, 20, 77).—acabe norabuena donde *quisiere* (I, 20, 79).—de lo que acerca desto les *huuiere sucedido* (II, 11, 37).—Assi que de cualquiera manera que responda, saldrê del conflito, y trabajo en que me *dexares*, gozando del bien que me *truxeres* por cuerdo, o no sintiendo el mal que me *aportares* por loco (I, 25, 109).

Pero hay un modismo propio de la forma *amare*, fundado

precisamente en este valor de *futuro contingente* desconocido, y es el de las oraciones concesivas: dude quien *dudare* (I, 50, 193): es decir, quienquiera que sea el que quiera dudar.—sea quien *se quisiere* (II, 59, 228).—lleguen por do *llegaren* (II, 60, 229).—sea lo que *fuere* (I, 34, 173).—se puso a escribirla: salga lo que *saliere* (II, 3, 12).—sease ella señoria, y venga lo que *viniere* (II, 5, 17).—pero vengan sobre lo que *vinieren*, ellas vienen lo mas galanas señoras del mundo (II, 10, 34).—pese a quien *pesare* (II, 7, 25).—sea el que *se fuere* (I, 16, 54).

Esta contingencia futura, este valor de concesión por desconocerse la cosa, dándose tan sólo como posible, indican que esta forma es potencial, y la más potencial, la de lo puro contingente: es, pues, *un subjuntivo futuro potencial ó contingente*.

Tal es la razón de que no esté bien empleado *amase* por *amare*, cuando se trata de lo futuro. Es un solecismo decir: «si *hubiese* teatro esta noche, iré»; «si *hubiese* llegado mañana Fulano, iré á verle»; debe decirse: «si *hubiere* teatro» ó «si *hay*», «si *hubiere* llegado»; pues se trata de futuro, no de pasado, que es lo que indican *hubiese* y *hubiese llegado*. Ya hemos visto el único caso en que se debe emplear *si amase* como condicional, cuando pende de otro tiempo, que es cuando no se dice *amare*.

Conviene repetir el principio práctico de Bello (470): «Siempre que á la forma en *ase*, *ese* vemos que consiente la lengua sustituir la forma en *are*, *ere* (acerca de lo cual no cabe error en los que tengan por lengua nativa la castellana), podemos estar seguros de que esta segunda es la forma propia». Porque *amare* sólo cabe en el futuro potencial, cuyo dominio le quiere usurpar hoy el *amase* pasado, con grave perjuicio de nuestra lengua.

Hemos visto que *amase* está hoy malamente desposeyendo á *amara* y á *amare* de sus propios lugares. Este hecho es una corruptela, que nos pueden echar en cara los americanos á los españoles, en cambio de las que nosotros les achacamos. Los delicados matices de *amara* y *amare* están en vías de desapa-

recer. Yo me barrunto que la culpa está en que el francés no tiene estos tiempos, y que los malos traductores y los que piensan en francés al hablar en castellano, se atienen al *amase* de munición, por no conocer bien los resortes que posee nuestra lengua. Añádase á esto la deficiencia de nuestros estudios gramaticales. En pocas gramáticas se deslindan bien los valores de estas formas, y la nomenclatura imperfectísima con que son llamadas perpetúa la ignorancia y aun la canoniza. Poniendo *amara* y *amase* como *imperfectos de subjuntivo*, nadie duda de que pueden emplearse indistintamente; llamando á *amare* futuro ó condicional, queda confundido con otros tiempos. Pero ¿quién ha deslindado hasta hoy las clases de las oraciones condicionales? Que yo sepa, nadie: en Bello este campo es un berenjenal; en otros, un desierto.

JULIO CEJADOR

LOS DUQUES DE RIVAS

ANGEL Y ENRIQUE RAMÍREZ DE SAAVEDRA, COMO POETAS

Angel Saavedra, Duque de Rivas.

Nació Angel Saavedra en Córdoba, el 10 de Marzo de 1791. Fueron sus padres los Excmos. Sres. D. Juan Martín Ramírez de Saavedra, duque de Rivas, grande de España, y doña María Dominga Remírez de Baquedano y Quiñones, marquesa de Andía y de Villasinda. No fué D. Angel primogénito, por lo que no le correspondían los títulos y mayorazgos que llevó y poseyó por muerte de su hermano, acaecida el 12 de Mayo de 1834. Educado primero en su patria, que lo había ya sido de Séneca y Lucano, Averroes y Aviara, Juan de Mena y Góngora, pasó después á Madrid, al Real Seminario de Nobles. Guardia de Corps en 1807, luchó durante la guerra de la Independencia como bravo, y herido gravemente en Ocaña, salvado por milagro de una muerte cierta, marchó al lado de su madre á Córdoba; se repuso, volvió á la campaña, fué encargado del negociado de Estado Mayor, y como tal escribió unas curiosas relaciones de la guerra. Votó como diputado en las Cortes del 20 al 23 la incapacidad de Fernando VII, y condenado á muerte, emigró, hasta que la famosa amnistía de Cristina le abrió las puertas de España.

Presidente del Consejo de Ministros, embajador de España en París; pintor, para ganarse el sustento, en Malta y Orleans; condecorado con el Toisón de Oro, la Legión de Honor y otras

cruces extranjeras; caballero de Malta, director de la Real Academia Española, presidente de la de Bellas Artes de San Fernando, individuo de número de la de la Historia... todo esto hizo y todo esto fué el tercer duque de Rivas.

Mentira parece tuviera tiempo para escribir, y, sin embargo, fué valiente soldado, hábil pintor y distinguidísimo poeta.

Murió el 22 de Junio de 1865, en Madrid, y está enterrado en Rivas, aldea junto al Jarama, señorío antiquísimo de su familia, que poseyeron sus ascendientes Gracián Ramírez, fundador de la iglesia de Atocha; el famoso Francisco, conquistador de Málaga y marido de doña Beatriz Galindo, *La Latina*, maestra de Isabel la Católica, y el no menos célebre D. José Ramírez de Saavedra, segundogénito del conde de Castellar, y primer marqués de Rivas, por Felipe IV.

Dejó nueve hijos, cinco varones y cuatro hembras, todos de su único matrimonio con Encarnación Cueto, hermana del primer marqués de Valmar.

Enrique R. de Saavedra, Marqués de Auñón, Duque de Rivas.

D. Enrique Ramírez de Saavedra y Cueto, primogénito varón del tercer duque de Rivas, nació en Malta durante el destierro de su padre, el 13 de Septiembre de 1828. Estudió la carrera de leyes en Sevilla y en Madrid; graduóse de abogado, y antes se dió á conocer como poeta con el título de marqués de Auñón, que le cedió su padre en 1850, y que ilustró en el siglo XVII el gran D. Rodrigo de Herrera,

Insigne en letras y en virtudes claro,

como escribe Cervantes en su *Viaje del Parnaso*.

Concejal del Ayuntamiento de Madrid, teniente alcalde, diputado á Cortes el año de 1857, figuró algo en política; pero más aficionado á las letras, ingresó en la Real Academia Española á la muerte de D. Agustín Durán, siendo hoy el segundo

de los académicos desde el reciente fallecimiento de su consuegro D. Juan Valera, que ocupaba ese lugar inmediato al del nonagenario conde de Cheste.

El general Narváez, que le apreciaba mucho, le envió á la corte de Víctor Manuel, para contenerle en sus miras ambiciosas y usurpadoras de los derechos de la Santa Sede; pero la Revolución de Septiembre de 1868 le obligó á dimitir su cargo de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca del rey de Italia.

De Florencia fué á París al lado de doña Isabel; aconsejó su abdicación; acompañó al príncipe de Asturias, luego Alfonso XII, en su visita á Pío IX, y con él desembarcó en Barcelona el año 75. Cánovas le ofreció la cartera de Estado, que rehusó; y elegido senador por Madrid, fué nombrado senador vitalicio. Coronó á Zorrilla en Granada.

Es gentilhombre de cámara con ejercicio y servidumbre, gran cruz y collar de Carlos III y caballero de la insigne Orden del Toisón de Oro.

Vive en Madrid, casado con una hermana del marqués de Montelo, de la que le viven dos hembras, doña Consuelo y doña Clemencia, marquesa de Villasinda.

Ha publicado tres tomos de poesías, uno de *Historias novelescas*, dos de *Cuadros de la fantasía y de la vida real*, y otras obras sueltas, entre ellas su autobiografía, inserta en el número de *Gente Vieja* correspondiente al 30 de Marzo de 1905.

***

De mano maestra—como él sabe hacerlo—indicó nuestro incomparable Menéndez Pelayo la diferente índole literaria de los dos duques de Rivas (padre é hijo), al escribir en el Prólogo á la segunda edición de las poesías de otro noble prócer, pariente de entrambos, el marqués de Heredia, las siguientes palabras: «Limitándonos ahora á las bellas letras, baste recordar al duque de Rivas, el más español de todos los ingenios de esta Era, el de más lozana, generosa y simpática inspira-

ción; á su hijo, poeta tan *subjetivo*, *delicado* y *soñador* como fué su padre *objetivo* y *leyendario*».

Resplandece, en efecto, el más puro españolismo, el amor más ferviente y desinteresado á la tierra en que nació, en las hermosísimas producciones de D. Angel Saavedra. Y es tanto más significativo este amor, cuanto que el insigne autor de *Don Alvaro* no pudo gozar la quietud y sosiego de una vida tranquila, no pudo

dormir anciano á la sombra
do pequeñuelo jugaba,

como diría Lista, su gran amigo, sino que las vicisitudes de la política y el nobilísimo amor del Duque á la libertad, en sus años mejores, y el deseo de premiarle tantos sacrificios en la madurez de su vida, le mantuvieron alejado de su España querida, y especialmente de las dos poblaciones de ella que parece haber amado con mayor pasión: Córdoba y Sevilla. Y ensancha el alma de los que nos honramos con haber nacido en España ver al pie de los Romances del *Moro expósito* la indicación de las poblaciones extranjeras (Malta, París, Tours) en las que sucesivamente fué desarrollando la narración hermosa de su poema legendario, y el pensar que la ausencia del nativo terruño producía en aquella alma tan poética y tan noble el mismo efecto que, según nuestro cantar, produce el aire en los grandes incendios. Este españolismo suyo le llevó á ser el cantor de las grandes figuras de nuestra Historia: de D. Pedro I de Castilla, de D. Alvaro de Luna, de la gran Reina (ó Rey, como diría nuestro Cavanilles) Isabel la Católica, del gran Carlos I, de su hijo D. Felipe, de su biznieto *El ingenio de esta Corte*, de San Francisco de Borja, de D. Antonio de Fonseca, de don Alonso de Córdoba, del conde de Benavente, del de Villamediana, de D. Juan Enríquez de Lara, tan simpático en su vida como desgraciado en su trágica muerte, y del gran Castaños. Este españolismo le llevó á dedicar al *Moro vengador de su linaje*, al insigne Mudarra, el más extenso de sus poemas. Esto

españolismo palpita en todas sus obras, si se exceptúa una pequeña parte de sus composiciones líricas inspiradas en el eterno tema del amor, igual en todos los tiempos, lugares y climas, y en los que dió rienda suelta aquella alma vehemente á las dulcísimas impresiones de pasión tan humana.

Este españolismo, finalmente, le llevó á ser poeta objetivo y leyendario.

Para demostrar este carácter en las Poesías del duque de Rivas, sería preciso citarlas íntegras casi todas. Copiemos, sin embargo, algunos trozos, sin trabajo ninguno, pues en huerto repleto á poca costa se llenan las cestas de frutas sabrosísimas.

Léase, por ejemplo, este retrato de nuestra gran Reina Católica:

En un camarín pequeño,
Vestido con pabellones
De berberiscos damascos
Y una alfombra de colores;
Junto á un cuadrado bufete
Que rico tapete esconde
De carmesí terciopelo
Con franjas de oro y borlones;
Enfrente de un oratorio
De concha, nácar y bronces,
Donde la imagen brillaba
Del Redentor de los hombres;
Y á la luz de dos bujías,
De aquel breve cielo soles
Que en candeleros de oro
Daban vivos resplandores;
Sentada en la regia silla,
Con la presencia más noble
Que jamás tuvo matrona
Que jamás respetó el orbe,
Doña Isabel, la gran Reina
De Castilla y León, mostróse
A los admirados ojos
Del genovés sabio y pobre.

Un brial de raso morado
Con castillos y leones
De perlas, esmaltes y oro
En recamadas labores,
Era su traje. En su pecho
Brillaban, como en la noche
Los luceros rutilantes,
Las cruces que en los pendones
De las órdenes guerreras
Son de la victoria norte.
Y de flamencos encajes
Que regia diadema coge,
Una delicada toca
Ornaba su rostro, donde
Formando un todo divino
De altos celestiales dotes,
El más claro entendimiento,
La virtud más pura y noble,
El esfuerzo más gallardo
Resplandecían conformes.

No es menos hermoso el retrato de su nieto el emperador y rey. Es el cuadro de Tiziano, puesto ante nuestros ojos por la magia del verso:

En una anchurosa cuadra
Del alcázar de Toledo,
Cuyas paredes adornan
Ricos tapices flamencos;
Al lado de una gran mesa
Que cubre de terciopelo
Napolitano tapete
Con borlones de oro y flecos;
Ante un sillón de respaldo
Que entre bordado arabesco
Los timbres de España ostenta
Y el águila del Imperio,
De pie estaba Carlos quinto,
Que en España era primero,
Con gallardo y noble talle,
Con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco
Viste tabardo tudesco,
De rubias martas orlado
Y desabrochado y suelto,
Dejando ver un justillo
De raso jalde, cubierto
Con primorosos bordados
Y costosos sobrepuestos,
Y la excelsa y noble insignia
Del Toisón de Oro, pendiendo
De una preciosa cadena
En la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
Con un blanco airón, sujeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafeo,
Descubre por ambos lados,
Tanta majestad cubriendo,
Rubio, cual barba y bigote,
Bien atusado el cabello.
Apoyada en la cadera
La potente diestra ha puesto,
Que aprieta dos guantes de ámbar
Y un primoroso mosquero,
Y con la siniestra halaga
De un mastín muy corpulento,
Blanco y las orejas rubias,
El ancho y carnoso cuello.

No es menos hermoso, aunque esté trazado con menos cariño hacia el personaje, el de Don Felipe el Prudente. Hay en este retrato más de Quintana que de Sánchez Coello.

Melancólico era el uno,
De edad cascada y marchita,
Macilento, enjuto, grave,
Rostro como de ictericia;
Ojos siniestros, que á veces
De una hiena parecían;
Otras, vagos, indecisos
Y de apagadas pupilas.

Hondas arrugas, señales
De meditación continua,
Huellas de ardientes pasiones,
Mostraba en frente y mejillas.
Y escaso y rojo cabello
Y barba pobre y mezquina,
Le daban á su semblante
Expresión rara y ambigua.
Era negro su vestido,
De pulcritud hasta nimia,
Y en su pecho campeaba
Del Toisón de Oro la insignia.

¡Qué movimiento y qué vida hay en este trozo en que se describe el que presenciaban los sevillanos del siglo XVI el día en que Hernán Cortés zarpó de sus orillas!

Magnífica era la escena,
Soberbia la perspectiva,
Espectáculo grandioso
El que deslumbró la vista:
Cubierto el río de naves
De mil naciones amigas,
Con flámulas, gallardetes,
Banderolas y divisas,
Donde espléndidos colores
Con el sol poniente brillan,
Donde se mecen las auras,
Donde retozan las brisas.
Ambas márgenes cubiertas
De cuanto la Europa cría,
De cuanto el arte produce,
De cuanto ansia la codicia,
De armas, víveres, aprestos,
Fardos, cajones y pipas,
De extraordinarias riquezas,
De varias mercaderías.
Y en las naves y en las barcas,
En los muelles y marismas,
Y en arenal, alameda,
Muro, almacenes, garitas,

Un enjambre de vivientes
De todos reinos y climas,
De todos sexos y clases,
De todas fisonomías,
Del grande español imperio
Hombres de todas provincias,
Y de todas las naciones
Que la Europa sabia habitan.
Moros, moriscos y griegos,
Egipcios, israelitas,
Negros, blancos, viejos, mozos,
Hablando lenguas distintas.
Mercaderes, marineros,
Soldados, guardas, espías,
Alguaciles, galeotes,
Canónigos y sopistas,
Caballeros, capitanes,
Frailes, legos y de misa,
Charlatanes, valentones,
Rateros, mozas perdidas,
Mendigos, músicos, bravos,
Quincalleros y cambistas,
Galanes, ilustres damas,
Gitanas, rufianes, tías;
Todo bullicio tan grande,
Tan extraña algarabía,
Tal confusión de colores,
Tal movimiento y tal vida,
Ofreciendo bajo un cielo
Como el cielo de Sevilla,
Que era un pasmo de la mente,
Un cuadro de hechicería.

La misma pluma que con tal bizarría y movimiento trazó este cuadro, supo encontrar modo de hacer llegar al alma del lector este otro, describiendo el gran desengaño que trocó en el austero San Francisco de Borja al distinguido cortesano que se llamó marqués de Lombay:

La obligación y el respeto
Que al regio cuerpo se debe

Pronto al prelado, cabildo
Y caballeros compelen
A volver, porque el cadáver
Sin sepultura no quede;
Y aunque no muy cerca, tornan
Y al marqués llaman. Mas éste
Ni ve más que un desengaño,
Ni oye más que una solemne
Voz del cielo; ó ya es un tronco
Que ni ve ni oye ni siente.
Un su gentilhombre llega,
Notando que allí la muerte
Está bebiendo insaciable,
Y le tira de la veste.
Todo en vano. Decidido
Con él se abraza; parece
Que está abrazado de un roble
Que raíz profunda tiene.
En esto un paje la tapa
Del féretro, de repente
Cierra, con cuerdo discurso
Porque aquella infección cese.
Y al ocultarse á la vista
Todo el horror que contiene,
Y al estruendo de los gonces,
Cerraduras y batientes,
Tiembla el marqués, da un gemido,
Su rígida fuerza pierde,
Y á brazos del gentilhombre
Flojo y desplomado viene.
Acuden sus servidores,
Y entre todos, cual si fuese
Cadáver, fuera del templo
Le conducen como pueden.
En cuanto le dió en el rostro
A cielo abierto el ambiente,
Los ojos abre, suspira,
De nuevo á la vida vuelve,
Se pone en pie, gira en torno
La vista, como si hubiese
De una pesadilla horrible
Despertado. En la celeste

Bóveda la clava y dice
Con acento tan ferviente
Y una expresión tan sublime
Que hasta las piedras conmueve:
«No más abrasar el alma
Con sol que apagarse puede;
No más servir á señores
Que en gusanos se convierten.»

Hermosísimo es aquel pasaje del romance *Recuerdos de un grande hombre*, en el que después de pintarnos á Colón y á su hijo llegando al convento de la Rábida, dice el Duque:

Fray Juan Pérez de Marchena,
Guardián entonces por dicha,
Junto á los viajeros pasa
Volviendo de decir misa;
Y curioso contemplando
Su apariencia peregrina,
Informóse del socorro
Que cortésmente pedían.
Y por un secreto impulso
Que en favor de ellos le anima,
Inspiración de los cielos
Que su nombre inmortaliza,
O porque era religioso
De caridad y de eximia
Virtud y muy compasivo
Con cuantos allí venían,
A aquellos huéspedes ruega
Que en su pobre celda admitan
Parte de su escaso almuerzo
Y descanso á sus fatigas.
Aceptado fué el convite;
Y por la escalera arriba,
El religioso delante
Y el hijo y padre en pos iban,
Formando un sencillo cuadro
Cuyo asunto ser dirían
El talento y la inocencia
Con la Religión por guía.

¡Hermoso símbolo de aquella época, en que *el talento* de Don Fernando de Aragón y *la inocencia* de la incomparable Isabel de Castilla eran guiadas y conducidas á empresas épicas por nuestra Religión sacrosanta!

Los estrechos límites que su índole impone á este trabajo impiden cosechar en el largo é interesante poema del *Moro Expósito* algunas de las muchas descripciones bellísimas que le amenizan. Sólo citaré dos que parecen completarse. Es la primera aquella terrible en que el buen señor de Salas, Gonzalo Gustios, recibe el trágico regalo que le ha preparado el malvado Giafar:

Sí; el noble Lara, el desdichado padre,
Vió de sus siete hijos las cabezas
Encima del bufete, en una fila,
Y por orden de edad, ¡ay triste!, puestas.
Aunque desfiguradas y espantables
Cual de lejos traidas y entre yerbas,
Espíritus y sales conservadas,
Distinguió en cada cual las propias señas.
En estatua de hielo convertido,
Fijos los ojos, sin moverse, en ellas,
Y los latidos del hinchado pecho
Dando tan sólo en él de vida muestras,
Quedó Lara infeliz... ¡Ah! ¿cómo puede
Mi débil voz la situación horrenda
Con palabras pintar?... Padre es preciso,
Padre es preciso ser, para entenderla.
Un esclavo que, oculto allí con otros
Por orden de Giafar, estaba alerta,
Mil veces me ha contado de aquel dia
Hasta las circunstancias más pequeñas.
Sin habla Gustios, ó mejor, sin vida,
Estuvo sin moverse una gran pieza;
Luego un temblor ligero, imperceptible,
Apareció en sus miembros, y en violenta
Convulsión terminó; pero tornando
A la inmovilidad, gira y pasea
Los ojos, cual los ojos de un espectro,
Por una y otra de las siete prendas.

Sonrisa amarga agita un breve instante
Sus labios sin color, y en tanto queman
Sus mejillas dos lágrimas, y luego
Los tiernos hijos á nombrar comienza,
Los ojos enclavando en el que nombra,
Y esperando tal vez ¡ay! su respuesta:
¡Diego!... ¡Martín!... ¡Fernando!... ¡Suero!... ¡Eurico!...
¡Veremundo! ¡Gonzalo!; y cuando llega
A este nombre dos veces lo repite;
Y recobrando esfuerzo y vida nueva,
Entrambas manos trémulas extiende,
Agarra de Gonzalo la cabeza,
Y la alza; pero al verla sin el cuerpo,
Un grito arroja y súbito la suelta,
Cual si hecha de encendido fuego fuese.
Empero torna á asirla, se la lleva
A los labios, y un beso en la insensible
Mejilla imprime... La frialdad horrenda,
La ascosa fetidez, sufrir no pudo,
Y como cuerpo muerto cayó en tierra.
Aquel resto infeliz del hijo suyo
Cayó sobre su pecho, y desde él rueda
Por la alfombra, dejando sucio rastro
De sangre helada, corrompida y negra.

Otra es aquella escena admirable en que, llegados Mudarra y Zaide á la presencia de Gonzalo Gustios, éste oye y abraza á su hijo, que viene á vengar el honor de la familia, no pudiendo verle por la ceguera que padecía.

En conjeturas varias divertido,
Aun Lara estaba en su sillón de roble,
Disfrutando con Nuño y rodeado
De escuderos y armados servidores;
Pero el vecino estruendo de herraduras,
El crujir de las armas, los rumores
De la confusa muchedumbre oyendo,
A retirarse, cauto, se dispone;
Y por dos escuderos sostenido
Estaba ya de pie, cuando en desorden

Ante él la mora y castellana gente
Y la caterva popular paróse.
Lo advirtió, y levantando la cabeza,
Vistió de dignidad su aspecto noble;
Y el anciano andaluz en él los ojos
Clavando ansioso, en resonantes voces
Dijo al tierno mancebo: —Ese es tu padre;
Ante sus plantas á arrojarte corre,
Y, absorto el mundo al verte entre sus brazos,
La Providencia omnipotente adore.
No había terminado estas palabras,
Cuando el mozo, dejando los arzones,
Exclamó *¡¡padre!!*, y, prosternado en tierra,
Del ciego á las rodillas abrazóse.
Al mismo tiempo, conociendo Nuño
Al anciano, cual fuera de sí rompe:
—¡Oh Zaide!... ¡oh bienhechor!... ¡oh tierno amigo
Y se arroja en sus brazos. Yerto, inmoble,
Lara quedó. La falta de los ojos
Le sumerge en un mar de confusiones.
De ambos mozos la voz no le es extraña...
Mas cuando al docto Zaide nombrar oye,
Y siente que le estrechan unos brazos,
Y repetir de *padre* el dulce nombre,
Y que en sus manos trémulas se imprimen
Unos labios de fuego, reconoce
Toda su dicha, y, embargada el alma,
En el sillón, sin fuerzas, derribóse...

Estos cortos fragmentos, copiados al azar del tesoro poético del duque Ángel, dan una idea ligerísima, pero exacta, de lo que fué aquel pintor inmortal en verso castellano, aquel en cuyas obras reviven, para no morir nunca, pasajes de nuestra historia nacional, que si hoy la crítica relega algunos de ellos á la poética región de las leyendas, vivirán eternamente en la memoria y en el alma de nuestro pueblo, mientras sea nuestra lengua el habla hermosa de Cervantes y de Lope.

*
* *

Pasar de las obras del duque Angel á las del duque Enrique es descansar de las fatigas de un largo viaje después de contemplar hermosos panoramas y de codearnos con toda suerte de gentes en el primorosísimo gabinete de alguna dama tan ilustrada como aristocrática. Ese efecto nos ha hecho siempre; y cuenta que es impresión que hemos recibido con frecuencia, pues no sabemos dejar de las manos unas y otras composiciones.

El alma del duque Enrique es una de esas privilegiadas y superiores que repelen de sí todo lo que sea tosco ú ordinario. Por eso es poeta *subjetivo*, y sólo pueden entenderle las almas soñadoras y delicadas. Los versos de su padre pueden gustar (y de hecho gustan) á toda clase de gentes; los suyos son letra muerta para ciertos entendimientos positivistas ó para ciertos paladares atrofiados con el bodrio intelectual que hoy (con raras é ilustres excepciones) se sirve en los periódicos y folletos. Por eso, críticos tan insignes como Valera (verdadero hombre del Renacimiento, por la delicadeza de su finísimo gusto, y verdadero hombre de su siglo, por abarcar como nadie toda la producción poética moderna) encomian y gustan mucho de las pocas pero bellísimas poesías que forman el tesoro del simpático y cultísimo duque.

Cuatro son, en opinión de Valera, las mejores composiciones de aquel poeta: *El canto de la sirena*, *El beso*, *Contemplación nocturna desde una altura de los Alpes* y *Dos ángeles*. Nosotros añadiríamos á éstas *A un árbol*, *Humo y ceniza*, *El zapato* y la campoamoriana *Juramentos de amor*.

El principio de *El canto de la sirena* no puede ser más dulce ni más poético:

Ya asoma la luna
Por la cumbre del monte vecino,
Su rostro divino
Refleja en la mar.
Mi Delio reposa
En su barco, que envuelve la bruma,

Y ya puedo, cantando amorosa,
Batiendo la espuma,
Su sueño arrullar.
¡Bendita la noche,
Y benditos los tibios fulgores
Del astro de amores
Que argenta tu sien!
Entre olas levanto
Mi cabeza á su lumbre indecisa,
Y suspenden, si entono mi canto,
Su arrullo la brisa,
La mar su vaivén.

En *El beso* están templados los ardores de la pasión con la delicadeza de una versificación elegantísima, no cayendo en lo que hace temer el título.

No apartes de mí los ojos,
Que en mi amorosa locura,
Ni quiero causarte enojos
Ni mancillar tu hermosura.
El aura besa la flor,
Y su cáliz queda ileso;
Que no es afrenta al honor,
Laura, un beso.
. . . . . .
De vagas tintas suaves
Se reviste el horizonte;
Ya apenas cantan las aves,
Ya se hunde el sol tras el monte.
Cesa el tumulto del día,
Y yo de amarte no ceso:
Dame, por Dios, Laura mía,
Dame un beso.

Aunque el soberbio escenario que inspiró al poeta *La contemplación nocturna desde una altura de los Alpes* pudiese hacer sospechar á quien no le conoce que se extasiaba demasiado en la contemplación del panorama que ante sus ojos tenía, bien pronto le advertirá el final de que lo que principalmente quie-

re mostrarnos es el estado de su espíritu en aquella noche tan poética.

Plácida noche, tu piadoso manto
Cubra mi pequeñez: no en mente humana
La excelsitud de tu misterio cabe;
Mas tu sosiego y paz, tu dulce encanto,
Mi triste corazón comprender sabe.
Bañad, bañad mi frente,
Astros con que la noche se engalana:
Polvo seré mañana
Que esparcirá en sus ráfagas el viento.
Mas vosotros, del vasto firmamento
Diadema prodigiosa,
Bellos faros de lumbre misteriosa
En esos insondables oceanos,
Mientras el orbe aliente
Gloria seréis de Dios omnipotente,
Y asombro de los míseros humanos.

Ese mismo sentimiento subjetivo y personal late en la fantasía *Dos ángeles,* con acentos tan sentidos como bien expresados:

Todo, sombras quiméricas
Que en torno de mi frente
Giran; mundo fantástico
Rodando por mi mente
En loca confusión,
O recuerdos dulcísimos
De tiempos que pasaron,
De celestiales ámbitos
Que mis alas cruzaron,
Vagos sones angélicos
Que aun sueña el corazón.

Místico sér, purísima
Emanación del cielo:
Si tu mirada fúlgida
Es iris de consuelo,
Mi espíritu sostén;

Perdido en negro piélago,
Abismos sólo alcanza;
Vuélvele tú benéfico
La luz de la esperanza
Y con la blanca túnica
Al fin toca mi sien.

El duque de Rivas sabe poetizar hasta aquellas acciones que al parecer distan más de la Poesía; oídle cómo sueña después de sabrosa comida.

Fumaba yo tendido en mi butaca,
Cuando al sopor de plácido mareo,
Mis sueños de oro realizarse veo
Del humo azul entre la niebla opaca.
Mas ni la gloria mi ambición aplaca,
Ni hallo dicha que colme mi deseo,
Hasta que al fin por el ambiente creo
Verte mecida en vaporosa hamaca.
Corro hacia ti, mi corazón te invoca:
Y cuando el fuego del amor me hechiza,
Y van mis labios á sellar tu boca,
De ellos ¡ay! el cigarro se desliza;
Y sólo queda de ilusión tan loca
Humo en el aire y á mis pies ceniza.

Bien quisiera que los trozos de obras del duque Enrique que acabo de citar fueran incentivo, en quien no las conoce, para que las leyera y saboreara.

***

Parece que al comparar y diferenciar las obras de uno y otro poeta ha de inclinarse el ánimo hacia alguna de las dos tendencias, y considerar inferior al que descuelle en el campo opuesto. Felizmente, no es este el caso. Gran deleite pueden dar á nuestra alma las páginas históricas ó legendarias que con áurea pluma nos dejó el duque Angel; pero deleite no menor proporcionarán las páginas íntimas y personales que con tanta lealtad como elegancia presenta su hijo. Los sentimien-

tos heroicos, guerreros y patrióticos se vigorizarán en nosotros si saboreamos con frecuencia las composiciones del autor de *El Moro Expósito;* los dulcísimos, amorosos, tiernos y delicados se refrescarán y adquirirán nueva lozanía con la lectura de las obras del autor de *El Canto de la Sirena.*

No olvidemos que, según dijo D. Aureliano Fernández Guerra, «los grandes ingenios... á veces se completan, nunca les son embarazo, sino compañía» (los unos á los otros). Y con frase hermosísima amplió este pensamiento nuestro Menéndez Pelayo, escribiendo en su estudio sobre *Enrique Heine* estas palabras: «Muchas puertas llevan á la encantada ciudad de la fantasía; no nos empeñemos en cerrar ninguna de ellas, ni en limitar el número de los placeres del espíritu».

NARCISO JOSÉ DE LIÑÁN Y HEREDIA

Madrid, Abril de 1905.

LA SÍLABA

I

Monsieur Jourdain había estado hablando cuarenta años *en prosa* sin saberlo.

En esta época de los llamados en la jerga literaria analfabetos, es ya dar un gran paso hacia adelante el hablar de

las sílabas

cuando hay tantos casi personajes que han estado toda su vida descomponiendo en sílabas las palabras sin percatarse de lo que hacían.

Pero, entremos en materia.

Con sólo un poco de atenta práctica puede cualquiera observar que, para pronunciar cada una de las cinco vocales, hay que dar á los órganos de la palabra una posición especial; y que la respectiva vocal no suena si la posición es diferente.

Diga quien quiera

a — u
o — u
e — u
i — u;

y, sin ningún esfuerzo, echará de ver, poniendo una mano en las mejillas, que los órganos, desde la posición necesaria para la *a*, pasan á otra muy diferente para decir *u*; y que lo análogo sucede para pronunciar las otras combinaciones propuestas de vocales,

o u, e u, i u,

y las demás que quieran asimismo examinarse:

e a, e o, e u, etc.

Así, pues, por apropiados movimientos de la lengua, los labios, los carrillos, la laringe (bien que éstos no se ven, pero con un poco de práctica llegan á sentirse)... los volúmenes de aire contenidos dentro de las cavidades de la boca, toman las dimensiones necesarias para reforzar el número de las vibraciones especiales productoras de cada vocal.

Claro es que sin los admirables é ingeniosísimos aparatos de medida inventados por los físicos, habría sido imposible determinar la índole de los sonidos de la palabra; pero, por fortuna, ya no es posible dudar de la naturaleza científica de esos sonidos.

La esencia de las vocales está en ser vibraciones isócronas de carácter pendular. Y no vibraciones cualesquiera, sino vibraciones especiales de las llamadas hipertonos (*harmoniques* de los franceses), reforzadas por el aire contenido en volúmenes adecuados dentro de las cavidades de la boca y de las cavidades adyacentes.

Para la	*u*,	por segundo,	470	vibraciones	simples.
» »	*o*,	el doble,	940	»	»
» »	*a*,	»	1.880	»	»
» »	*e*,	»	3.760	»	»
» »	*i*,	»	7.520	»	»

Cada vocal exige, pues, posiciones distintas de los órganos de la fonación; y, según lo antes indicado, resulta fácil adquirir la certeza de que cada vocal requiere, para reforzar las vibraciones que la producen, un volumen especial del aire contenido en la boca.

II

Hasta aquí no aparece dificultad notable.

Pero la importancia que entraña la teoría de la fonación, y, sobre todo, la de las vocales, exige el estudio detenido de

otros fenómenos de índole muy distinta: esto es, de las SUCESIONES de los sonidos.

1.° Ya sin soluciones de continuidad.

2.° Ya con ellas.

Desde una posición de la boca propia para pronunciar una vocal, puede en muchos casos pasarse, sin solución de continuidad, á otra posición adecuada para pronunciar otra vocal, como, por ejemplo,

en los diptongos AU, AI de *aura* y *aire*;
en los triptongos UEI, UAI de b*uey*, averig*uáis*;
en los tetraptongos IOAI, IOAU de los endecasílabos

Estos, Fabio, ¡AY dolor!, que ves ahora;
Del quinto Carlos el palacio AUgusto;

y en el clásico pentaptongo IOAEU del verso

Volvió Á Eurídice el mísero los ojos;

etc., etc.

Asimismo, sin solución de continuidad, puede pronunciarse una consonante (por ejemplo, cualquiera de las *bien* ó *mal* llamadas explosivas, P, B, M...) á cuya articulación siga una vocal:

pa, pe, pi, po, pu;
ma, me, mi, mo, mu;
mi mamá me mima; etc.

Estando la boca cerrada, como es necesario para pronunciar una consonante labial explosiva, se separan de golpe los labios, como sea conveniente, para pronunciar

la P, la B, la M,...

y á esta articulación, sin parada ninguna, sigue la vocal correspondiente.

Por último: también sin solución de continuidad, puede en muchos casos pasarse desde la posición necesaria para pronunciar una vocal á la enunciación de una explosiva, como sucede en

APtitud, siLEPsis, eclIPse, ÓPtica, abrUPto,
EMPezar, EMBestir,...

en donde la boca, desde las posiciones convenientes para pronunciar las vocales

a, e, i, o, u,

se cierra seguidamente para que resulte la pronunciación de

ap, ep, ip, op, up,...
em,...

La *p* es consonante labial que no puede pronunciarse sin cerrar los labios; y, claro es que, cuando los labios se cierran, cesa de haber sonido.

La misma oclusión repentina se verificará si á una vocal siguiese cualquiera de las consonantes que (como la *p*) se llaman explosivas; v. gr.:

AB-rogar,
SUB-rayar,
HIM-no,
GIM-nasia,
EM-pezar,
EM-bestir,... etc.

III

Y ya nos encontramos aquí con el fenómeno de la *solución de continuidad*, de cuyo examen no es posible prescindir en la determinación de las sílabas, por más que las pausas nada tengan que ver con los sonidos; pues no puede haberlos mientras haya pausas.

Cuando decimos

ap, ep, ip, op, up,

es evidente que, después de cerrados los labios, hay un instante de parada en que cesa todo sonido de los órganos de la fonación.

Esto tiene necesariamente que suceder cuando se trata de articulaciones que no pueden ser duraderas, como las de la *b*, la *p*,... y las de otras consonantes que requieren el contacto instantáneo de ciertos órganos, ya para iniciar, ya para finalizar una sílaba, ó ya para ambas cosas á la vez.

La rapidez con que hablamos, ó más bien nuestra falta de hábito en notar estas carencias momentáneas de sonido, nos inhabilita casi para percibirlas.

Pero el raciocinio (cuando no nuestra sensibilidad) nos convence de que, sin remedio, existen estas pausas y sus consiguientes instantes de cesación de sonido.

En toda oscilación de un péndulo, éste, en la segunda mitad de su marcha, camina hacia arriba con velocidad decreciente hasta la parte más alta de su curva, donde se queda un instante EN QUIETUD para luego descender con velocidad creciente hasta la parte más baja de la misma curva, desde donde, en sentido contrario, asciende para volver á PARARSE y descender de nuevo, etc.

Estas PARADAS pendulares no se perciben con los ojos, pero ¿habrá alguien que no se vea obligado á concebirlas? Y análogamente, ¿habrá quien no admita la cesación de todo sonido cuando los órganos de la fonación cesan de funcionar, por breve que sea el tiempo de parada?

No obstante, á veces, las pausas silábicas se notan sin dificultad, si la recitación se hace muy despacio:

SUB-ra-yar,
AP-to,
OP-to,
PROS-PEC-TO,
EM-ple-za,
EM-bis-te,
mi ma má me mi ma.

En este último ejemplo, pronunciado el primer *mi*, se juntan los labios para pronunciar el primer *ma*; pronunciado éste, vuelven á juntarse para enunciar el segundo *ma*; etc.

SUB-RO-GAR,
SUB-REP-TI-CIA-MENTE, etc.

Las pausas en los versos son paradas á veces muy perceptibles:

HIM-NOS-SIN-FIN-AL-BIEN-HE-CHOR-DEL-MUN-DO.

Aquí morirá Sansón ||
con todos sus filisteos; ||
él || por amigo de Dios, ||
y por enemigos || ellos. ||

Esta cuarteta será todo lo mala que se quiera, pero las paradas se perciben perfectamente en ella.

IV

Las sílabas nacen de esta necesidad de que á las emisiones de sonidos sigan pausas, ya por ejemplo cuando se emite

una vocal solamente,

ó bien

una consonante seguida de vocal,

ó bien

una consonante seguida de vocal y consonante,

ó bien cuando resultan las demás combinaciones constituyentes de las sílabas.

La sílaba tiene condiciones orgánicas; y, si no se observan estas condiciones, no hay sílaba.

Para que muchas vocales constituyan sílaba formando diptongo, triptongo, tetraptongo, pentaptongo... es preciso que las vocales se sujeten á condiciones orgánicas.

Así, pues, para pronunciar ciertas vocales tenemos que abrir menos la boca que para pronunciar otras.

Y, así también, cuando se enuncian muchas vocales en una sola emisión de voz, hay que abrir la boca, y, en caso necesario, reducir luego su cavidad; pero no abrirla, reducir su espacio y volverla á abrir.

Por esto la *a* suele estar en el centro de las combinaciones.

Volvió á Eurídice el mísero los ojos.

En la pronunciación de la segunda sílaba

ioaeu

abrimos un poco la boca para emitir el sonido *i*; se abre en seguida un poco más para pronunciar la *o* siguiente, más aún para pronunciar la *a*; empieza á cerrarse para la *e*, y se reduce finalmente la abertura bucal para la *u*. Y no podría volverse á abrir en la misma sílaba.

Por consiguiente, hay muchas clases de sílabas.

1.° Sílabas constituídas por una sola vocal aislada:

o-í-a, hu-í-a.
Más cerca cada vez el son o-í-a.

GARCI-LASSO

2.° Sílabas en que dos vocales se pronuncian en una sola emisión:

¡AY!, DEU-do, PAU-ta, BAI-le.

3.° Sílabas que empiezan por una consonante cuyo sonido es prolongable seguida de una ó varias vocales:

vio-a-eu.
Volvió á Eurídice el mísero los ojos.

4.° Sílabas que acaban en articulación cuyo sonido puede prolongarse:

par.

5.° Sílabas que empiezan con una articulación instantánea:

bio-ay:
Estos, Fabio, ¡AY dolor!, que ves ahora.

6.° Sílaba terminada con una articulación instantánea:

frac, galop, club.

7.° Combinaciones de los casos anteriores:

CLAUStro, clauSTROS;
MONStruo, monSTRUOS;
ATlas, TRansatlántico;
clUBS;
complOTS;
Guardia de CORPS;
el vapor LINIERS;
los VOLSCOS;
los BOERS;
Hay que variar á esta pila los ZINCS.

La sílaba no es, pues, una reunión de signos escritos.

Sílaba es una emisión vocal ó reunión de varias vocales, ya precedidas, seguidas, ya precedidas y seguidas de articulaciones prolongables ó instantáneas.

vocales aisladas	o-í-a;
vocales unidas	¡ay!
consonante y una ó más vocales	va, voy, buey;
consonantes y una ó más vocales	fra, frai;
vocal y consonante	as;
consonante, vocal y consonante	mal;
consonante, vocal y consonantes	vals, zincs;
consonante, vocales y consonante	cual;
otras combinaciones	TRIA en PATRIA; TRUOS en MONSTRUOS.

V

Como se ve, no puede quedar duda de que para que muchas vocales constituyan sílaba, formando diptongo, triptongo, tetraptongo, pentaptongo... es preciso que las vocales se sujeten á condiciones orgánicas. Y, si no se observan estas condiciones, no hay sílaba.

No cabe pronunciar muchas vocales en una sola sílaba, si para ello hay que abrir, cerrar y volver á abrir el ángulo maxilar. Únicamente caben en una sílaba dos de esos movimientos; pero no los tres.

Porque sólo hay dos movimientos, resultan versos los citados

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora;
Volvió á Eurídice el mísero los ojos.

Por eso en

Amiga y discípula

forman diptongo la *a* y la *i* consecutivas; pues, abierta la boca para la *a*, cabe cerrarla para la inmediata *i*.

Mas ya no puede formarse triptongo en

Amiga y antigua discípula;

pues, abierta la boca para la *a* final de *amiga*, hay que cerrarla para la conjunción *i*, y volver á abrirla para la *a* inicial de *antigua*; y no caben en una sílaba tres movimientos antagonistas del maxilar.

Si decimos

tristón ú optimista,

la *u* puede unirse en diptongo á la siguiente *o*, porque la boca no tiene que hacer movimientos antagónicos; pero no podría haber triptongo si dijéramos:

pesimista ú optimista;

porque tendríamos que abrir la boca para la *a* final de PESIMISTA, cerrarla para la *u* y volver á abrirla para la siguiente *o*.

VI

Baste con esto para la inteligencia de lo referente á las condiciones orgánicas, y pasemos á las condiciones acentuales que se oponen á la formación POR SINALEFA de las sílabas métricas en la versificación.

Este problema es uno de los más difíciles de la prosodia

castellana; y está tan erizado de dificultades y excepciones, que no puede ser tratado incidentalmente.

Pero, de un modo muy general, cabe decir que la vocal final de una palabra forma SÍLABA POR SINALEFA con la vocal de la palabra siguiente cuando ninguna de las dos vocales tiene acento prosódico; y que no hay diptongo, ni por consiguiente sílaba, cuando tiene acento prosódico la vocal inicial de la segunda palabra de las dos contiguas.

Si no hay acento, pues, cabe el diptongo; por ejemplo:

joven Y alegre,
setentón Ú octogenario;

pero no cabe unir en diptongo dos vocales consecutivas si la segunda está acentuada:

joven Y ‖ ágil,
joven Y ‖ alta,
violín Y ‖ arpa,
él Y ‖ ella,
amor Y ‖ odio,
ácido ‖ úrico,
uvas È ‖ higos,
diez Ú ‖ once.

Por eso resultan malos los versos en que se unen por sinalefa una vocal sin acento con otra acentuada:

Ya no ME⁀AMA Rogundo; me abandona;
Las cenizas del héroe encierra LA⁀URNA,

y suenan admirablemente bien aquellos en que no hay sinalefa:

Diosa de juventud, púdica Hebe;
Y sus cenizas yacen en la URNA.

Las contracciones

M'AMA, L'URNA

no pueden ser más deplorables.

VII

Las lenguas de gran vocalidad apetecen la sinalefa. En español la ansiamos. El italiano la solicita. El inglés, por lo contrario, se complace en el adiptongo. Los franceses evitan uno y otra.

Ni la pausa que exige el sentido estorba al diptongo por sinalefa:

¡El mundo! ¡El mundo!—Ello es cierto
Que se ven cosas que pasman.
Dadme una seña.—Esta mano.

Entre nosotros es frecuentísima la sinalefa de *dos* vocales. No lo es tanto la de *tres;* mucho menos la de *cuatro*, y rara la de cinco. ¡¡Rarísima la de *seis!!*

o a E. El muro de Magón abierto Á España (*triptongo*);
io i. ¡En qué silencio Y majestad caminas!
io e. Se estremeció EL profundo.
o a Eu. Del Nilo Á Eufrates fértil é Istrofrio (*tetraptongo*);
io au. Del Quinto Carlos el palacio Augusto (*tetraptongo*);
IO AI. Estos, Fabio, ¡AY dolor!, que ves ahora (*tetraptongo*);
io a Eu. Volvió Á Eurídice el mísero los ojos (*pentaptongo*);
ue a Eu. Fué Á Europa asombro de Bailén el triunfo (*pentaptongo*);
ie a Eu. Sacie Á Europa.
ueo a Eu. Y el móvil ACUEO Á Europa se encamina (*hexaptongo*).

Y ¡naturalmente! en virtud de lo dicho sobre las condiciones orgánicas, cuando la sinalefa condensa muchas vocales, es preciso que la *a* y la *o* estén hacia el centro de la combinación, y la *i* y la *u* en los extremos. Si acontece que la *u*, y especialmente la *i*, ocupan el centro, no hay sinalefa por triptongo ó tetraptongo:

a i o. Pára Y óyeme, ¡oh sol!!...
oi o. Gran número de vates: soY obscuro;
e i e. Dejaron de tirarle Y en profundo;
o i hé. Silencio quedó el campo Y Héctor dijo;
ia u ho. Tibia U honesta.

No es, pues, precisamente el tiempo ó duración lo que cons-

tituye cada sílaba, sino la no ejecución de movimientos antagonistas por el aparato vocal.

Así, cuando en un período nos hallamos con un punto final entre vocales que debe unir la sinalefa, el tiempo que invertimos para indicar la terminación del sentido puede ser muy grande, y, como los calderones en la música, durar al arbitrio del recitador. Y cuando en un drama la sinalefa se reparte entre dos actores, no puede menos de ser comparativamente considerable el tiempo que se emplee en ella:

—Dadme una seña.—Esta mano.
—¿A la una?—En punto.—¡Ay, qué miedo!

Repárese que el poeta pudo haber dicho:

—Dadme una seña.—Mi mano.
—¿A la una?—Justo.—¡Qué miedo!

donde ya desaparecían las sinalefas efectuadas por dos actores. ¡Tan fáciles son al oído, que nadie se toma el trabajo de evitarlas!

VIII

¿En qué consiste, pues, la sílaba?

No depende sólo de la uniformidad de series consecutivas que tienden á la igualdad de los tiempos invertidos en producir vocales, consonantes y pausas, sino también en la conformidad con UN TIPO MENTAL de las posiciones orgánicas no antagonistas, que nos es conocido por el hábito y la educación, ya consciente, ya inconsciente.

¿Sabemos ó, más bien, sentimos que la boca no se abre, se cierra ó reduce y se vuelve á abrir jamás en una sílaba?

Pues bien: dice la sensibilidad, generalizando á su modo: «Cuando no se hagan semejantes tres movimientos antagonistas, el resultado de nuestra enunciación es una sílaba».

¡Admirable noción de lo inconsciente!

E. BENOT

CRÓNICA LITERARIA

El centenario del *Quijote*.—Lo que ha sido y lo que debió de ser.

El acontecimiento literario del mes de Mayo último ha sido la celebración del tercer centenario del *Quijote*. Iniciada por D. Mariano de Cavia la idea de conmemorar esta fecha, algo incierta, puesto que no se sabe en qué mes de los primeros de 1605 salió de las prensas de Juan de la Cuesta la primera edición príncipe del *Quijote*; apoyada por los periódicos, aceptada por el Gobierno, se nombró para llevarla á la práctica una Comisión ó Junta, según se acostumbra, y el aniversario de aquel suceso, que bien puede decirse que es el primero en la historia de la Minerva española, se ha celebrado con varias solemnidades literarias y algunos festejos públicos. Hemos tenido batalla de flores, retreta militar, fiesta coral en la Plaza de Toros, sesiones solemnes del Claustro universitario y de la Academia Española, sesiones en otras Academias y en el Ateneo, Exposición cervantina, coronación de la estatua de Cervantes, representación en el Teatro Real de algunas escenas del *Quijote* arregladas para el caso, y aun puede que se me quede algo en el tintero, pues no tengo el programa á la vista.

Más censuras que alabanzas ha habido para estas fiestas del centenario. Ha parecido á muchos la conmemoración asaz menguada. Hubieran deseado mayor solemnidad, más pompa, entusiasmo más general y caluroso. Mas estas censuras, que muy profusamente han andado impresas en los papeles públicos, no deben admitirse sin hacer en ellas un expurgo más ri-

guroso que el famoso escrutinio á que se vió sujeta la librería de Don Quijote, y aun es de pensar si lo que quede de tales razones después de bien expurgadas será cosa de admitirlo ó de echarlo finalmente al carnero.

En este caso, como en los muchos que nos ofrece á diario la vida española, lo primero que salta á la vista es nuestra afectación y falta de sinceridad. Nos engañamos unos á otros, y empezamos por engañarnos á nosotros mismos con una porción de tópicos sonoros. Nos pierde la afición á la prosopopeya. Ahora se ha descubierto que los homenajes á literatos vivos ó muertos, cuando salen bien, son un medio fácil y expedito de regenerarse los pueblos y cobrar nueva vida. Lo vimos recientemente con ocasión del homenaje á Echegaray. Salieron bien aquellas fiestas literarias, ó con las letras relacionadas, y hubo quien dijo que allí empezaba nada menos que la regeneración de España, como antes habían dicho otros que al festejar á Echegaray festejábamos nuestra decadencia. Estas cosas se dicen frecuentemente; y como todos los que leemos periódicos y asistimos á asambleas políticas y literarias estamos acostumbrados á este estilo enfático y pomposo, no nos llaman mayormente la atención. Lo dudoso es que haya quien crea tales cosas, si tiene algún discernimiento y las medita un poco.

La verdad es lo que dijo hace tiempo el Sr. Silvela: que somos un pueblo sin pulso, poquísimo inclinado al entusiasmo, dado á rebajar hombres y cosas más que á enaltecerlos, aficionado á poner peros y á tomar á burla lo que se presente, sea lo que fuere. Por otra parte, la falta de entusiasmo público en el centenario del *Quijote* se explica perfectamente. Son muchísimos los españoles que no lo han leído ni saben apenas quién fué Cervantes. Hasta entre personas no completamente iletradas abundan las que no han leído la historia del ingenioso hidalgo, ó la han leído mal y de prisa ó á trozos. Literatos hay que se jactaban no ha mucho (cuando no se había pensado aún en el centenario) de no haber leído la obra maestra de

Cervantes y aun de no hacerla caso. Y entre los mismos que se han entusiasmado como pedía la ocasión, al celebrarse el centenario, hay muchos cuyo entusiasmo ha revelado lo mismo que la indiferencia y apatía de los otros: que no estaban familiarizados con el *Quijote* ni se habían empapado de él. Sin gran temeridad puede pensarse de algunos que lo leyeron de prisa y corriendo para ponerse á la altura de las circunstancias y poder escribir un artículo.

A esto se une cierto mal gusto lugareño ó provinciano que nos hace preferir en estas solemnidades las fiestas vistosas y de aparato. Hay muchos pueblos donde no parece completa la función del Patrón si no se queman fuegos artificiales en gran cantidad. De igual manera en los centenarios, homenajes y solemnidades semejantes se inclinan con exceso muchas gentes á las procesiones más ó menos históricas, á las manifestaciones públicas y á otros actos por el estilo, que á veces tienen algo de carnavalesco y que á menudo no guardan relación alguna con aquello que se celebra ó conmemora.

A mi parecer, no hay que censurar el centenario porque haya habido pocas fiestas de esta clase ó hayan sido poco brillantes, sino por haberse omitido lo que era más adecuado al suceso literario que se conmemoraba.

Creo que conviene mucho separar en estas conmemoraciones aquello en que consiste propiamente la conmemoración, de los festejos públicos que pueden acompañarla, aunque no sean parte indispensable de ella. Los festejos son tarea edilicia, y hubieran debido encomendarse al Ayuntamiento ó dejarle que los organizara como supiera, pudiese y quisiera. Diré de pasada que el Ayuntamiento, sin estar formado de literatos, tuvo más acierto que la Junta del centenario, pues el proyecto de aquél, no llevado á la práctica, de establecer cinematógrafos populares que reprodujeran las principales escenas del *Quijote*, guardaba una exacta relación con el centenario, y hubiera contribuído más á excitar la curiosidad del público hacia el libro inmortal de Cervantes, y aun á darle alguna noción de él,

aunque fuese vaga é imperfecta, que la batalla de flores, la fiesta de los coros y la retreta, festejos que poquísimo ó nada tenían que ver con el centenario del *Quijote*.

Para que estas conmemoraciones llenen su fin y sirvan de algo, lo primero que se necesita es fijar bien la índole de lo que en ellas va á celebrarse, y hacerse cargo del estado social en el momento y lugar en que aquéllas se celebran. ¿Qué era el centenario del *Quijote?* Era la memoria, el recuerdo de un gran acontecimiento literario y tipográfico. Su fin era que los españoles recordasen con satisfacción y orgullo que tres siglos ha, por aquella fecha aproximadamente, salió de las prensas de Juan de la Cuesta uno de los más famosos y mejores libros que se han escrito. La naturaleza de la conmemoración estaba marcada por este antecedente; debía ser, ante todo, literaria y tipográfica, tipográfica también.

Atender al estado social era asimismo importante para que resultase bien el centenario y no fuese fiesta de unos pocos leídos y letrados, sino del mayor número posible. Ese estado social es bien notorio que es un estado de incultura, de ignorancia del *Quijote* por parte de muchos. Para que los españoles se acordasen del *Quijote* al cumplirse los tres siglos de su publicación, era indispensable que se enterasen de él los que lo ignoraban del todo ó á medias. El centenario debía tender, pues, á dar á conocer el *Quijote*, á divulgarlo.

Mi programa del centenario hubiese tenido pocos números. En el día señalado, todos los maestros de España hubiesen dado una lección de vulgarización sobre el *Quijote* y Cervantes; no una conferencia erudita y pretenciosa, sino una sencilla lección acomodada á las inteligencias infantiles. Hubieran contado lisa y llanamente los maestros, que hace tres siglos vivía en España un sujeto llamado Miguel de Cervantes, que fué soldado y estuvo en Lepanto, y fué cautivo en Argel; que fué escritor, y escribió el *Quijote*; hubieran explicado en pocas y claras palabras á sus discípulos lo que eran los libros de caballerías, y algo del argumento del *Quijote* y de la esti-

mación universal que ha alcanzado. Si se desconfiaba de que todos los maestros pudieran llenar este cometido, no difícil de cumplir si lo concebimos con llaneza, limitado á las proporciones modestas de una plática escolar, de un cuento histórico y real, se hubiera podido hacer redactar por un literato experto una brevísima biografía de Cervantes y una somera exposición del *Quijote* que cupiesen en poquísimas cuartillas y no tuviesen otro fin que el de vulgarización, el de servir de guía á los maestros que la necesitaran, enseñándoles cómo se puede decir bien, en sencillas y breves palabras y en la forma más atractiva posible, lo elemental, lo conocido, lo más esencial acerca del *Quijote* y de su autor.

En todos los centros de enseñanza, altos y bajos, se hubiera dado una lección semejante, acomodada en cada uno á la índole y conocimientos de la masa escolar, pero con el mismo sentido de vulgarización, si bien dejando al profesor ó disertante libertad é iniciativa para que, dentro del sentido general de estas conferencias, diese á la suya el giro que juzgase más conveniente, y aun la relacionase, si había oportunidad para ello, con las materias de su facultad ó enseñanza. Esas breves lecciones ó conferencias, esos sermones del *Quijote* se hubieran extendido á los cuarteles, á los establecimientos penitenciarios, á todos los centros oficiales donde existiera una masa de gentes que bien podía necesitar enterarse del *Quijote* para recordarle, ó á la cual pudiesen estimular para el recuerdo tales pláticas. Y saliendo de la esfera inmediata del Estado, se hubiera procurado, de realizar este plan que yo imagino, que en los establecimientos particulares de enseñanza, en las sociedades y círculos que á ello se prestaran, se recordase también el *Quijote* por la persona que fuese más capaz para ello, procurando siempre que estas conferencias ó lecciones fueran, no para lucimiento del disertante, sino para provecho y enseñanza del auditorio; huyendo de hacer retórica, de alambicar el pensamiento, de buscar la quinta esencia del asunto, de perseguir á toda costa la novedad; hablando, en fin, sin temor de repetir

cosas sabidas por los doctos, ni de exponer datos elementales, dejando para las academias de los sabios y de los literatos las altas labores de investigación y crítica, el filosofar sobre el *Quijote*, el estudiarle á fondo en la historia literaria y, en relación con ella, el agotar los conocimientos bibliográficos. En este círculo selecto de entendidos y especialistas, toda la originalidad que se quisiera (y quien dice originalidad, mienta el peligro de la extravagancia); en aquella otra amplia esfera de vulgarización, llaneza y sentido práctico, procurando, claro está, decir las cosas del mejor modo posible, de la manera más comprensible, bella y atrayente que á cada uno se le ocurriera.

A esta propaganda oral del *Quijote*, que hubiera hecho enterarse ó acordarse de él á muchos miles de españoles de todas edades y condiciones, posible es que á centenares de miles, se hubiese unido la difusión del libro, y aquí entra la parte tipográfica del centenario. De dos maneras hubiera debido contribuir la imprenta al recuerdo de la impresión del libro célebre. La primera y principal de ellas hubiese sido una edición popular del *Quijote*, una verdadera edición monstruo por el número de ejemplares, que hubiese podido alcanzar la cifra de un millón ó más de ellos, y se hubiese repartido en las escuelas y demás establecimientos de enseñanza, en los cuarteles, establecimientos penitenciarios y benéficos; en suma, en todos los establecimientos donde se hubiesen pronunciado las breves conferencias sobre el *Quijote* de que antes se habla, y aun en muchos otros, como fábricas, talleres, etc., donde tal vez no hubiera sido fácil organizar los sermones del *Quijote*. Esta edición colosal ó serie de ediciones, hechas bajo el mismo plan y con semejantes tipos en diferentes imprentas, hubiera tenido el fin de que todo español que supiera leer y careciese de medios para comprar libros recibiera un ejemplar del *Quijote*. Algún literato notable, de los de más sugestivo y limpio estilo, hubiera debido escribir para esta edición popular una breve introducción biográfica de Cervantes y bibliográfica del

Quijote, que en las menos páginas posibles, y sin pretensiones eruditas, dijera amenamente lo más elemental de lo que conviene saber acerca del primero de los libros españoles y de su autor.

Además de esta edición popular, hubiera podido hacerse una edición monumental que excediese, á ser posible, en belleza á las que existen, y para la cual se hubiera podido y debido recabar el concurso de los grandes pintores y dibujantes españoles. De la parte literaria de esta edición, para adornarla con todos los primores de la erudición y de la crítica, se hubiera encargado á los más notables cervantistas y á las mayores autoridades actuales de nuestra historia literaria, distribuyendo convenientemente entre ellos el trabajo. Menéndez Pelayo, por ejemplo, hubiera podido dirigir este *Quijote* del centenario.

Sin duda, esa segunda parte del homenaje tipográfico era más difícil de realizar que la primera. Pero aunque hubiésemos tenido que contentarnos con la edición popular, que era, después de todo, la principal en el centenario, se hubiera conseguido mucho. Y si lo que faltaba para la segunda era tiempo, se hubieran podido iniciar al menos los trabajos para llevarla á cabo.

Esos hubieran sido los números fijos del centenario del *Quijote*, tal como yo lo concibo. Aparte de eso, las Academias y Corporaciones literarias hubiesen podido contribuir á la conmemoración en la forma que mejor les pareciese, y el Gobierno, el Ayuntamiento y las Sociedades particulares habrían organizado los festejos que hubiesen juzgado más decorosos y oportunos para distraer á los forasteros y á los madrileños.

Es posible que ese programa del centenario, programa desinteresado de un suceso que ya pasó, le parezca á alguno un programa demasiado seco y docente, un programa de maestro de escuela. A mi juicio, hubiera tenido más importancia y hubiera dado mayor impulso á la cultura que las fiestas á que acabamos de asistir.

No debe confundirse, sin embargo, en un exagerado desprecio todo lo que se ha hecho al conmemorar como se ha podido, con poco estudio, poca preparación y poco entusiasmo público, la aparición del *Quijote*. Algo quedará del centenario. Quedará el discurso de Menéndez Pelayo, que es lástima no se hubiera impreso con la suficiente antelación; quedará el de Valera, quedarán algunos libros notables por diversos conceptos, como los de los Sres. Navarro Ledesma, Unamuno, Salillas y varios otros merecedores también de elogio; quedará, como muestra de lo que puede hacerse en el teatro en casos tales, la representación de los pasajes del *Quijote*, que arreglaron para las tablas el Sr. Sellés, los hermanos Quintero y el Sr. Ramos Carrión; escenas que, en vez de representarse únicamente en una función de gala del Teatro Real, hubiera debido procurarse que se representaran á la vez en todos los teatros de Madrid, y en el mayor número de los de España en que hubiese sido posible hacerlo, á no ser que se hubieran puesto en escena otros pasajes del *Quijote*. Y puede que una memoria más diligente que la mía prolongase algo más la lista de las cosas dignas de recuerdo en el centenario.

Aunque éste no haya sido en conjunto muy brillante, y hayan faltado en él cosas tan esenciales, á mi parecer, como las que antes digo, no debemos afligirnos demasiado por ello, sino tomarlo con paciencia y filosofía. Los errores y deficiencias en que se haya incurrido no son irreparables, ni aun para la generación actual; pues en este caso no hay que esperar á que pasen cien años para hacerlo mejor. Próximo relativamente está el tercer centenario de la muerte de Cervantes, que falleció, como es sabido, el 23 de Abril de 1616. Tal vez hubiera sido preferible elegir esta fecha, que, á diferencia de la del nacimiento del autor del *Quijote* y la de la publicación de este libro, es determinada y segura, para la conmemoración que acabamos de celebrar, y que no ha sido conmemoración exclusivamente del *Quijote*, sino, en general, conmemoración cervantina. En los once años que faltan, bien se puede ir pen-

sando la manera de organizar ese centenario mejor que el reciente. Si nuestra regeneración depende de celebrar estas fiestas y celebrarlas bien, si puede esperarse de ellas un resurgir de las virtudes del alma nacional, bien podemos esperar esos once años, y por satisfechos nos deberemos dar si no tenemos que aguardar más tiempo á regenerarnos.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Ocultismo: La resurrección religiosa.=Costumbres: Los caballeros del robo en los Estados Unidos.—El amor en el Código.=Supersticiones: Los amuletos.=Literatura: *Les plaideurs*, de Racine.=Psiquiatría: Psiquiatría y neuropatología.=Sociología: La familia y la sociedad en los animales y en los vegetales.=Psicología: La psicología de las pasiones, según Nietzsche.=Impresiones y notas: Clasificación de la locura.—Decadencia de la literatura yanki.—El método hipnótico en Pedagogía.—Las bibliotecas del porvenir.—El krausismo en España.—Los microbios y la moneda.

OCULTISMO

La resurrección religiosa.—Un fenómeno de incalculable alcance se produce en estos momentos al mismo tiempo en Inglaterra y en los Estados Unidos: la resurrección del sentimiento moral y religioso, en forma tan espontánea y entusiasta, que ha llamado la atención de los espíritus observadores; el director de la *Review of Reviews*, de Londres, Stead, ha estudiado de cerca este movimiento en el país de Gales, y da cuenta del mismo en *La Revue*, de París.

El *despertar*—dice—es una verdadera epidemia que se propaga como el cólera, y cuya aparición es tan misteriosa como la de la gripe; fenómeno tan inusitado tiene derecho á ser examinado por cuantos se interesan en la evolución de la sociedad humana. En medio de una época escéptica y materialista, vemos vastas multitudes de hombres y mujeres, pero más de hombres que de mujeres, trastornar de pronto su vida ordinaria para obedecer á lo que ellos llaman influencia irresistible del espíritu de Dios. Se trata de hombres modernos que leen diariamente sus periódicos, que viajan por la electricidad y ha-

blan por teléfono, con Universidades, colegios y bibliotecas; ejemplares, en fin, de nuestra raza ordinaria, sensual y materialista.

Ningún suceso ha ocurrido que explique la formidable explosión del *despertar:* si el borracho renuncia á su cerveza, el jugador á sus cartas; si el deudor paga sus deudas y el joven disipado se casa con su querida, y si toda la comunidad se pasa la noche cantando salmos é improvisando oraciones, no es debida esta transformación á que se haya descubierto que estamos viviendo al borde del infierno, como sucedía en otros tiempos, pues jamás se ha tenido menos miedo que hoy á los abismos eternos; la nota del *despertar* es el «amor», la aceptación del amor divino y la observación cotidiana de la ley del amor en todas las relaciones de la vida. El perdón de todas las ofensas es la consigna del *despertar*, y este perdón es real y efectivo, pues sin él es inútil rogar á Dios. Muchas veces se han suspendido los Oficios en las iglesias porque el conductor de almas, Evan Roberts, adivinaba que allí había quienes se odiaban mutuamente. «Aquí no puede haber bendición de Dios—decía—mientras no hayáis hecho las paces; hay aquí dos hombres que se aborrecen: si no quieren perdonarse, que se vayan; pues mientras sigan aquí sin perdonarse mutuamente, el espíritu de Dios no descenderá entre nosotros.» El efecto de estas palabras era maravilloso: á veces los rebeldes se iban; otras veces confesaban su culpa en alta voz, y se abrazaban sollozando; y entonces brotaba de todos los labios el himno alegre del amor triunfante. Y el *despertar* es, como una revolución, eminentemente contagioso.

El Sur del país de Gales es una región hullera, y su población se compone en general de celtas que hablan el dialecto gaélico y conservan sus antiguas instituciones nacionales, especialmente el *Eisteddfodd*, Congreso anual para los concursos de poesía y canto. El anglicanismo es la religión oficial; pero las dominantes son las no conformistas, sobre todo la calvinista; en política son liberales, y lo característico de la región

es el gusto por el canto, teniendo cada aldea su bardo y cada villa su coro; los celtas son una raza emotiva más pronta que la flemática inglesa al influjo de las lágrimas y de la poesía.

Cuando Stead llegó al valle de Rhondda, el *despertar* era objeto de todas las conversaciones: los patronos le dijeron que había mejorado la calidad y la cantidad del trabajo; los hombres iban á su dura tarea contentos, y en las galerías donde antes sólo se oían blasfemias para arrear á los caballos, ahora no se oían sino cantos religiosos; hay menos borrachos, menos holgazanes y menos jugadores. Según Stead, el *despertar* impresiona de tal modo el ánimo, que se siente uno sobrecogido por la presencia de lo desconocido; hay algo en él del otro mundo: no se puede decir en qué consiste, pero es algo que vive y se mueve y nos arrebata. El más obstinado materialista no podría menos de sentirse impresionado por la sinceridad patética de aquellas gentes, ni de reconocer que sacan de su fe una fuerza que les da la alegría de vivir, que él con su materialismo no podía darles.

Lo más extraordinario en las asambleas del *despertar* es la falta absoluta de dirección y de autoridad. Comienzan por cantos preliminares, y se abren con la lectura de un capítulo de la Biblia y un salmo; luego, durante dos horas ó más, cada cual sigue su inspiración; y lo sorprendente es que todo marcha sin barullo ni confusión: las tres cuartas partes de la Asamblea cantan, pero nadie tiene libros de cánticos ni nadie señala ningún himno; se canta, se reza y cada cual sigue su inspiración; como estudio de la psicología de las multitudes, no hay nada semejante. Si uno de los asistentes, llevado de sus sentimientos, reza demasido tiempo, ó si alguien hablando no da la nota precisa, uno de sus vecinos, cualquiera, empieza á cantar; entonces hay un momento de vacilación; los presentes no saben si oir al que habla, unirse al que reza ó acompañar al que canta: si se deciden por oir ó rezar, el canto cesa; si se deciden por cantar, el coro se hace cada vez más intenso, hasta que acaba por ahogar todo otro sonido, y los mil ó mil quinientos

hombres, mujeres y niños allí reunidos incorporan su voz á la de los iniciadores del canto.

Las oraciones suelen ser «autobiográficas», y algunas vivamente dramáticas; las «hermanas del canto», que son cinco, desempeñan en la asamblea importante papel, y sus solos son maravillas de invocación dramática y musical, interrumpidos á veces por explosiones de lágrimas y sollozos, en cuyo caso la asamblea entona un canto apasionado y consolador, hasta que la solista, arrodillada, recobra aliento y prosigue su canto. Allí no hay averiguaciones ni forma alguna de confesión; la lucha con el demonio, para salvar el alma del penitente, se realiza en plena asamblea, y á veces el espectáculo es indeciblemente trágico; al final de la reunión, Evan Roberts pide á todos los que crean en el Salvador que se levanten; casi todos lo hacen, y las oraciones por los que siguen sentados se elevan tumultuosas hacia Dios clemente; poco á poco los sentados se levantan á su vez como movidos por invisible fuerza, y oleadas de notas de triunfo brotan de las bocas de todos, siendo aquello realmente admirable y profundamente conmovedor. En todo ese inmenso calofrío, esos sollozos, esos cantos, esas plegarias, esas exaltaciones de la multitud, se siente la influencia penetrante de alguna realidad invisible, que ahora por primera vez es palpable, aunque intangible, en medio de aquellas asambleas; ellos llaman á esa realidad el Espíritu de Dios; «los que no han sido testigos—dice Stead—pueden llamarla como quieran; yo me uno á los que estaban allí».

¿Cómo ha empezado esa extraña resurrección de la religión? Por la oración continua seriamente concertada. Un pastor galo, del condado de Cardigan, vió aparecer la cruz en las horas de la mañana; y, sintiéndose animado de nuevo celo, se puso á predicar lleno de ardor; una joven le fué á consultar sobre su salvación, y él le aconsejó recibir á Jesús como Salvador y Señor, sometiéndose enteramente á Él y orando hasta que su alma se pusiera en estado de recibir las condiciones de Dios; así lo hizo, y una vez preparada, se levantó en una re-

unión con el rostro encendido, diciendo: «Si nadie se levanta, yo obedeceré; amo á mi señor Jesucristo con todo mi corazón». Y ese fué el principio del *despertar*, y esa continúa siendo la fórmula consagrada.

Evan Roberts, un místico, tiene una historia de apóstol, llena de visiones y éxtasis, asegurando que ha visto á Dios muchas veces, hablando con él horas enteras; él es el director del movimiento religioso, infundiendo á todos su fe y su entusiasmo. Stead hace notar la coincidencia de que todo *despertar* súbito de cualquiera religión católica ó anglicana, calvinista ó luterana, ha sido seguido en Inglaterra de un acontecimiento capital en el orden político ó en el del progreso de la humanidad; así sucede en el siglo XII con los Cistercienses y la Gran carta; en el XIII con los frailes y el Gobierno parlamentario; en el XIV con Wicleff y la insurrección de los aldeanos; en el XVI con Tyndale y la Reforma; en el XVII con el Puritanismo y la caída del despotismo, más la fundación de la Nueva Inglaterra, y con el Kuaquerismo y la Revolución de 1688, más la fundación de Pensylvania; en el XVIII con el Metodismo y la Era de la democracia y la reforma; y en el XIX con el americanismo y la Era de la democracia; ¿con qué gran movimiento estará ligado el despertar del país de Gales? En el fondo todo despertar religioso es idéntico á los demás: todos representan la primavera de la fe en el corazón del hombre, el súbito descubrimiento de que el hombre no tiene la vida para satisfacción de sus sentidos, sino para servir á su Criador, no siendo el tiempo otra cosa que el vestíbulo de la eternidad.

COSTUMBRES

Los caballeros del robo en los Estados Unidos. — Hay más de un modo de robar—dice Claudio Anet en *La Revue*,—más de una manera de explotar una ciudad. No se podría imaginar hasta qué grado de refinamiento se ha llegado en el

arte de hacer pasar el dinero ajeno al bolsillo propio; los ladrones se han hecho ingeniosísimos, y después de los escandalosos procesos de Chicago, New-York y San Luis, no cometen ningún descuido y procuran no dejar ningún cabo suelto, ni libros de cuentas, ni cheques, ni depósitos de dinero en los Bancos. Claudio Anet, después de estudiar la explotación que el coronel Butler hace de la ciudad de San Luis, dedica un curioso artículo á la organización del robo en Minneápolis, la capital de Minnesota, capital de más de 200.000 habitantes.

El papel de Butler en San Luis lo desempeña en Minneápolis el Dr. Ames; pero no se crea que la inmoralidad de una ciudad es resultado de la acción de un hombre: los elementos necesarios para la corrupción están allí; y lo que hace el genio ó el ingenio del hombre es organizarlos. El Dr. Ames es un verdadero doctor que, terminados sus estudios en Chicago, se estableció en Minneápolis. Pronto tuvo clientela; si le iba á consultar un bebedor, le daba de beber; si una mujer le confiaba alguna secreta miseria, la compadecía en vez de sermonearla. La virtud es generalmente gruñona, y hace mal, porque el vicio es amable y seduce.

Con sus procedimientos el Dr. Ames se hizo popular, y para sacar partido de su situación presentó su candidatura y fué elegido varias veces, llegando á ser dos veces alcalde demócrata y otra alcalde republicano, lo que prueba que sus convicciones no eran muy profundas: lo que buscaba era un puesto donde hacer dinero; pero fracasó dos veces en su intento de ser elegido gobernador de Estado, pudiendo darse en 1900 por hombre políticamente agotado.

Pero llegan las elecciones presidenciales de 1900, y Ames se presenta candidato á la alcaldía como republicano; se le discutió por su inconsecuencia, pero fué elegido; y como ya tenía experiencia, resolvió no perder el tiempo, organizando la administración municipal de modo que le enriqueciera rápidamente. ¿Qué fuentes de renta segura puedo desviar de su

cauce?—se preguntó.—Las casas de juego y las de prostitución. ¡Manos á la obra!

El Dr. Ames empezó por destituir al jefe de la policía, poniendo en su lugar á su hermano el coronel Ames, asistido por un tal King; despidió á 117 agentes, reemplazándolos por hechuras suyas, y en lugar de perseguir el juego lo autorizó, pero con la condición de que se pagara un impuesto de vigilancia; las casas de juego se multiplicaron, llegando á ser 200, y el Dr. Ames y sus acólitos prosperaron maravillosamente.

En cuanto á las mujeres, hay que notar que en la mayor parte de las ciudades americanas, por no transigir con el vicio, se niega su existencia y oficialmente no se reconoce; pero en Minneápolis había en ciertos barrios lo que allí llaman «el mal social», casas autorizadas para el comercio sexual, que pagaban 500 francos mensuales al Municipio; este era un impuesto regulado que no podía tocarse. Por eso Ames prefirió animar á las mujeres á poner tiendas de dulces, de tabaco, de bebidas ó de modas, pretexto para que el público pasara á la trastienda; estas casas se multiplicaron y fueron una buena fuente de renta para el doctor; pero como esto no le bastaba, declaró que para ayudar á las otras desgraciadas las libertaba de tener que pagar los 500 francos mensuales, obligándolas á pagarlos una sola vez cada dos meses; la otra mitad la percibía él.

Pronto fué insuficiente el médico Gardner para el servicio de higiene, y hubo que agregarle otros dos; pero las visitas de reconocimiento se reducían á visitas de cobranza, y cada mujer tenía que dar de 25 á 100 francos por cada visita, y la bolsa de Ames y de sus cómplices se iba redondeando. Para acabarla de llenar se organizó una inteligencia criminal entre la policía y los malhechores, y los robos menudearon y los crímenes quedaban impunes.

La banda no tenía que temer de sus víctimas, gentes á quienes nadie hacía caso, jugadores y prostitutas, que se dejaban saquear fácilmente; pero la discordia se introdujo en las filas

de los servidores del Dr. Ames, y el médico Gardner y algunos agentes fueron despedidos. Se rompió la inteligencia, se fueron las lenguas, y el escándalo fué tremendo. El descontento en Minneápolis creció, se formó un partido contra el alcalde explotador, y se dió la batalla en la elección del Gran Jurado, en la que salió triunfante la candidatura de Clarke, un hombre honrado, resuelto y tenaz, como se necesitaba para luchar con el alcalde de Minneápolis.

Clarke tomó á su servicio agentes privados de policía secreta, y en el verano de 1902 recogió numerosas pruebas de robos y malversaciones en la administración municipal; le ofrecieron 15.000 duros porque cesara en sus investigaciones, y se trajo de Chicago á un presidiario peligroso para asesinar al digno Clarke; éste no se rindió al soborno ni á las amenazas, y el Gran Jurado abrió sus sesiones, condenando al médico Gardner y al coronel Ames, el hermano del alcalde. En el Ayuntamiento entró el pánico; dos jefes de servicio se fugaron, y el mismo Dr. Ames, viendo el giro que tomaban las cosas, escapó de Minnesota.

El concejal Jones, un hombre honrado, reemplazó al alcalde, y pudo convencerse no sólo de la explotación indigna de que la ciudad era víctima, sino de lo difícil que es poner remedio á una corrupción semejante. El sindicato de los jugadores le ofreció una transacción, y Jones se negó á todo; los robos menudearon, aterrando á la ciudad, pero no por eso cedió Jones. Las ruedas de la administración municipal andaban tan torcidas, que era obra de romanos enderezarlas; pues si los funcionarios corrompidos eran fácilmente sustituíbles, no era tan fácil corregir la costumbre adquirida por el público de sobornarlos, necesitándose una virtud á toda prueba para resistir á las tentaciones y á las acometidas de quienes habían aprendido á comprarlo todo.

*
* *

El amor en el Código.—La proposición de Pablo Hervieu, votada por la subcomisión de reforma del Código civil, que tiende á inscribir *el amor* entre las obligaciones recíprocas de los esposos al lado de las de *ayuda y asistencia*, ha sido en Francia ampliamente discutida.

Como siempre — según dice en la *Grande Revue* Marcelo Prevost, — se ha empezado por considerar el aspecto cómico de la reforma. En Francia se toman las cosas en serio, pero después de haberlas sacado todo el jugo cómico. En esta ocasión el asunto se prestaba perfectamente á la ironía y á la caricatura, tanto más cuanto que la palabra *amor*, tan íntima y tan dolorosa por otra parte, es el tema de las novelas más sosas y de los más alegres *vaudevilles*. Los periódicos se llenaron ocho días de glosas irónicas sobre el amor del Código, y luego, agotado el tema por su lado bufo, se empezó á estudiar por el lado serio. La palabra *amor*, que empezó por hacer reir, concluyó por hacer llorar. Las mujeres, sobre todo, estaban alarmadísimas.

La introducción del amor entre las obligaciones recíprocas de los esposos constituye, en efecto, una reforma grave que tiene su repercusión en otros artículos del Código. No se trata del sueño de un poeta ó de un novelista, sino del acto reflexivo de un legislador. Las discusiones adquirieron gran importancia, y cada cual fué exponiendo el pro y el contra de la cosa, viéndose que el asunto no era tan sencillo ni tan fácil como se presentaba en los primeros momentos.

Las principales objeciones eran dos: la primera, la indefinición de la palabra *amor;* la segunda, el desarrollo del divorcio, convertido, por el carácter especial del agravio, en verdadero repudio.

La palabra *amor* no está, en efecto, claramente definida; pero lo mismo sucede con la mayor parte de las palabras que expresan conceptos generales. Por fortuna, todo el mundo las comprende y está de acuerdo sobre ellas, especialmente cuando no se trata de venir á un acuerdo concreto, expresado en una

definición. Cuando una mujer dice: «Mi vida conyugal es intolerable, porque mi marido no me ama», nadie dice que esa sea una afirmación extraña, que exija amplios comentarios. Y, sin embargo, lo cierto es que dos mujeres diferentes, de diverso temperamento, con esas mismas palabras expresarían agravios muy distintos: la una querrá decir que sufre porque su marido se olvida demasiado del débito conyugal, y la otra que se siente humillada por ver reducido su papel de esposa al de hembra de su marido; no pueden darse al amor sentidos más opuestos. Todo eso es cierto, como lo es que el amor conyugal es difícil de definir; pero en cambio las faltas á ese deber son siempre fáciles de precisar, como sucede con las referentes á la *ayuda* y á la *asistencia*.

La segunda objeción tiene mayor alcance práctico, y emana principalmente del elemento femenino. Varias señoras de las que se ocupan con más calor de las cuestiones feministas han sido *entrevisteadas* (no hay otro modo de decir en castellano que han sido sometidas á una *interview*) sobre las consecuencias de la introducción del amor en las leyes, y sus respuestas revelan la mayor alarma. La inscripción de una nueva obligación entre los deberes conyugales es un nuevo motivo de querella, llegado el caso, de un esposo contra otro, y, por lo tanto, un nuevo agravio invocable para el divorcio, teniendo este agravio la particularidad de poder ser invocado por la voluntad de uno solo de los cónyuges, y equivaliendo, en definitiva, bien pesado todo, al repudio.

La mujer tiene aversión, y es natural que la tenga, á todo cuanto aumente las facilidades para romper el pacto matrimonial; roto el matrimonio, la mujer, en efecto, es la que sale perdiendo en general: físicamente, pierde su valor por haber dejado de ser soltera, mientras que el marido no pierde nada; y materialmente, si carece de fortuna personal, se ve en el mayor apuro, lo que no le ocurre al hombre; de ahí que sea partidaria de la indisolubilidad del vínculo, ó, por lo menos, de que á su rompimiento se opongan las mayores dificultades, so-

bre todo por parte del hombre. El mismo Pablo Hervieu reconoce la diferencia, y para evitar la desigualdad que resulta de esta situación para una mujer repudiada, establece en su proyecto que el hombre que se case con una soltera no podrá gozar de las mismas facilidades para romper su matrimonio que si se hubiera casado con una divorciada ó con una viuda.

Marcelo Prevost, que parece partidario de la reforma, espera que el tiempo ayudará á la obra de los legisladores, tanto por la educación de la opinión como por la multiplicación de los medios de ganarse la vida que se ofrezcan al sexo débil. Pero ¿es que realmente puede llamarse educación de la opinión á esa labor que tiende á la demolición de la familia? ¿Es que no le sobra razón á la mujer para preferir la indisolubilidad del vínculo con todas sus consecuencias? ¿Es que la verdadera educación de la opinión no debía hacerse en sentido opuesto al que pretenden darle Naquet y Prevost?

SUPERSTICIONES

Los amuletos.—Continuando la *Revista Penitenciaria*, de Madrid, el interesante estudio que sobre las «causas sociales del delito» ha emprendido, recogiendo todos los datos dispersos que ha encontrado en la Península sobre el *mal de ojo*, datos que nosotros hemos procurado resumir en los números anteriores (1), acomete la tarea de dar á conocer las diversas especies de amuletos que se emplean para evitar el mal de ojo.

En Avilés se emplean los *puñeres*, manecitas de azabache engarzadas en plata, que llevan los niños sujetas con una cadenita ó cordón á la muñeca ó cosido al justillo; este amuleto salta en pedazos si alguna aojadora les «echa mal güeyo»; los

(1) V. La España Moderna, números de Enero, Febrero y Marzo de 1905.

que hacen mal de ojo, en efecto, según el informe de Gordaliza del Pino (León), parten el corazón de la criatura, para evitar lo cual se les pone á los niños una higa de azabache, que es la que sufre el maleficio, partiéndose en pedazos en lugar del corazón. El azabache se emplea como amuleto en Galicia, Asturias, León, Zamora, Palencia y Almería (1). La preferencia dada al azabache es debida al color negro, que produce la «repulsión cromática» del aojamiento.

Como amuletos odoríficos, por la repulsión olfatoria que producen, se encuentran el ajo, el estiércol de puerco y el de gallina: se usa el ajo en Coruña, Orense, Pontevedra, Santander y Soria; el estiércol de puerco, metido en una bolsita, en Asturias; y el de gallina, en Santander. Es creencia común que si se frota la tierra con ajo, trazando un círculo, queda éste libre de que en él se metan culebras, alacranes ni víboras. La acción de los amuletos olfatorios es menos extensa que la de los cromáticos, pues éstos mantienen á distancia los espíritus malignos, y hasta les impiden ver la cara de los niños cuando se están criando, como sucede en Sayago, mientras que aquéllos repelen el aojamiento cuando su acción está en condiciones de ser ejercida.

Además de estos amuletos repelentes, existen muchos otros: en Cartagena ponen en el traje del recién nacido una bolsita con una cabeza de lagarto y un diente de animal dentro; en Arjona se cuelga de la muñeca del recién nacido una quijada de liebre; en Santander, una mano de topo; en Albacete, la mano izquierda y la pata derecha de un lagarto vivo; en Almería, las manos y los pelos de un tejón; en Guadalajara, Albacete y Cádiz, el rabo de una lagartija; en Salamanca, la «uña de la gran bestia» ó el onagro; en la Coruña, el colmillo de cerdo, y en Almería, el de jabalí.

Es característica en las higas la forma penetrativa en re-

(1) Debe añadirse por lo menos Salamanca, Valladolid y Cáceres, donde nos consta que se emplean corrientemente las higas de azabache.

presentación del fascinum; el acto del *corte de mangas* es un amuleto accional que se usa en Cáceres y Coruña y se ve representado en dos frescos del Escorial. La forma cornularia de muchos amuletos responde al sentido penetrante ó fálico de ese gesto obsceno: así, en Zamora, se usa el cuerno de azabache; en Palencia, Ciudad Real y Sevilla, un cuernecito de ciervo; en Segovia, de marfil; en Cáceres, de hueso ó de metal, etc.; el alicornio de Asturias y la media luna de Salamanca, Cáceres y Badajoz tienen la misma significación. Los casos en que la higa no tiene el sentido del falo erecto ó fascinum son raros, como cuando se usa la castaña de Indias.

Las substancias preferidas para las higas son el azabache, el marfil, el hueso y el coral; y como colores, el negro y el encarnado.

También se encuentran usados como preservativos del aojamiento la sal (Pontevedra, Orense y Murcia), el pan (Lugo, Madrid, Palencia, Toledo, Guadalajara, Murcia, Cádiz, Almería, Sevilla y Jaén); el empleo de estas substancias debe obedecer á su simbolismo, ofreciéndolas al enemigo para desarmarle, y quizá á la virtud que por el bautismo se atribuye á la sal y al sentido religioso que se da al pan.

Otros amuletos son también un pedazo de ombligo disecado metido en la bolsa de los Evangelios, que se usa en Vizcaya, y una moneda agujereada, que se emplea á veces en la Coruña; en Extremadura y Salamanca se usan también amuletos astrológicos, consistentes en una media luna, en asténicos y en signos zodiacales; las medallas se han generalizado extraordinariamente como amuletos religiosos, pudiendo decirse que son de uso corriente en toda España, si bien no en todas partes se las emplea con ese fin.

También están muy generalizados los símbolos religiosos, especialmente los acericos ó bolsitas con los Evangelios; pero este uso, aunque en su origen es posible que se relacione con los amuletos, no tiene hoy, especialmente en las Provincias Vascongadas, Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia, el

sentido supersticioso de la higa, sino más bien la significación puramente religiosa de una profesión de fe de que es testimonio, ya que el niño por sí no puede darlo, la bolsita de los Evangelios que lleva pendiente del cuello ó cosida á su justillo por los cuidados y por la fe de sus padres.

LITERATURA

«Les plaideurs», de Racine.—Félix Decori, el ilustre abogado parisién, estudia en la *Grande Revue* la comedia *Les plaideurs*, de Racine. Racine había tenido un pleito, del que nunca había entendido una palabra, ni los jueces tampoco, y lo perdió. Desconcertado por el fracaso, fuése á la posada del Carnero, donde se reunía con Boileau, Molière, Lafontaine, Chapelle y Furetiere, y les contó su desgracia. La tertulia se desató en anécdotas y chistes sobre las gentes de toga, y Boileau, que tenía un hermano escribano, refirió la historia de la duquesa de Crissé, una pleiteante empedernida que había gastado en pleitos su fortuna y la de sus hijos, hasta el punto de que el Parlamento, harto de verla todos los días, dictó una sentencia prohibiéndola volver á pleitear sin antes pedir consejo por escrito á dos abogados: indignada la señora, fué á quejarse al hermano de Boileau, y como un magistrado que estaba con éste la dió algunos buenos consejos, ella se irritó, se echó encima de él y le dió de bofetadas. Con este y otros relatos Racine hizo su cosecha, y pronto germinó en su espíritu el plan entero de *Los pleiteantes*.

La obra de Racine no tiene la importancia ni el alcance que *Las avispas*, de Aristófanes; *Los pleiteantes* no tenían más pretensión que la de ser una bufonada; y aunque, en efecto, la pieza tiene demasiado de bufa para ser una verdadera comedia, es también sobrado seria en ciertas escenas para poder pasar por una simple bufonada. Este carácter híbrido le perjudicó, y á la segunda representación hubo que abandonar la

obra, que estaría hoy olvidada si una verdadera casualidad no la hubiera resucitado.

Luis XIV se aburría en Saint-Germain, y para distraerle fué allá la compañía del hotel de Bourgogne. Se trataba de hacer reir á S. M., y se le sirvió una tragedia en cinco actos; como era natural, el rey no tuvo ocasión de reirse; entonces los cómicos tuvieron la ocurrencia de representar *Los pleiteantes*, y entonces el regio semblante se desarrugó, y llegó un momento en que S. M. soltó una carcajada. ¿Qué hacer? En la Monarquía, cuando el rey ríe, la Corte ríe; cuando la Corte ríe, los refinados de la ciudad ríen; cuando ríe la ciudad, el pueblo ríe; y cuando ríe el rey, y ríe la Corte, y ríe la ciudad, y ríe el pueblo, ¿qué tiene que hacer la posteridad sino reir? ¡Y la posteridad ha reído!

Racine reunió en Chicaneau, creación de Rabelais, todas las exageraciones de los pleiteantes, haciendo de él el prototipo del pleitista; á su lado colocó á la condesa de Pimbèche, que era la reproducción de la duquesa de Crissé, con su traje color de rosa seca y su antifaz atravesado sobre la oreja, haciendo de abogados Juanito, un principiante, y el Intimado, machacho en todas las marrullerías de la profesión, tal como se ejercía en el siglo XVII, con toda clase de gestos y ademanes, con discursos interminables atiborrados de citas latinas; figuraos todo eso dicho en tono altisonante por un hombre con una peluca de martillos que le bajaba hasta el pecho, con enormes anteojos de cuerno montados en la nariz y con la cabeza rematada por alto gorro cuadrado, y podéis imaginaros la caricatura resultante.

Los abogados no dejaban nunca de desplegar todos sus medios ante los tribunales; uno de ellos pleiteaba en un asunto de sucesión por un niño de cinco á seis años, y para mejor conmover á los jueces le había hecho comparecer ante el tribunal; su arenga excitó la emoción de todos: á los magistrados se les saltaban las lágrimas; el público lloraba francamente, y el abogado, en su peroración, para acabar el efecto, cogió al ni-

ño y lo tendió hacia el tribunal, como hace el Intimado de Racine con sus perrillos; el niño se puso á llorar, y todo el mundo sollozaba, cuando de pronto el abogado contrario, viendo que su causa iba á quedar ahogada en aquel mar de lágrimas, dijo al niño:

—Pero, amiguito, ¿por qué lloras?

—¡Porque me pellizca!—replicó el niño.

¿Qué podían hacer los magistrados al oir aquellos alegatos? Lo que Pedro Dandin hacía: dormir. Cuando el abogado aburre al juez, el juez se duerme, y ambos quedan en paz. En el Parlamento de París, un día en que el abogado era demasiado latoso, la tercera parte de los jueces dormía, otra tercera parte conversaba y sólo otro tercio atendía al orador; impacientado el primer presidente, Aquiles Harlay, ante aquel espectáculo, exclamó con voz severa:

—Si los señores que están hablando hiciesen como los que están durmiendo, los señores que están escuchando podrían oir.

Los jueces no han gustado nunca de largas alegaciones. Decori recuerda que cuando él empezó á ejercer había un joven abogado muy charlatán y un anciano presidente muy espiritual, que jugaba con el abogado como el gato con el ratón. Un día llega el abogado y toma la palabra:

—Señores—dice,—tengo el honor de presentarme ante el tribunal...

—Maestro—dice el presidente,—el asunto es muy sencillo y requiere pocas explicaciones: ¡dos minutos de defensa!

—Sin embargo, señor presidente, preciso es que yo explique...

—¡Dos minutos!

—Sin embargo, señor presidente...

—Maestro, ¡que están empezando á correr!

Aquél era un magistrado flaco, de gesto tajante y seco; otro, grueso y melifluo, llegaba al mismo resultado por otro camino: cuando veía levantarse al abogado, le miraba bona-

chonamente con mirada lacrimosa, y con dulce voz le proponía en dos palabras el pacto siguiente:

—Maestro, ¡nada de discursos, nada de condena!

¿Qué hacer? El abogado envainaba su defensa, y ganaba su proceso sin haberlo defendido, quizá por no haberlo defendido.

En la obra de Racine aparecen las ridiculeces y las faltas de la gran familia judicial; pero se equivocaría grandemente quien juzgara á esa familia por la caricatura que de ella ha hecho Racine. Hoy no se pronuncian aquellos discursos enormes, hinchados y atiborrados de citas clásicas griegas y romanas, y los jueces tampoco se duermen nunca en la audiencia. Sin embargo, termina diciendo el ilustre abogado parisién: «Para mostraros mi gratitud por haberos dignado leerme, dejadme daros un consejo, un pequeño consejo desinteresado, un consejo de abogado: No pleiteéis nunca».

PSIQUIATRÍA

Psiquiatría y neuropatología.—Tal ha sido el tema tratado por el profesor Morselli en su discurso inaugural del XII Congreso de la Sociedad freniátrica italiana celebrado en Génova, y del que extractamos lo más interesante tomándolo de la *Rivista d'Italia*, que lo ha reproducido íntegro.

El nombre de *freniatría*, propuesto por Carlos Livi, expresa etimológicamente la fusión de las dos ramas de estudios, la psiquiatría y la neuropatología, porque indica la unidad del órgano con la función, del cerebro con el pensamiento, del sistema nervioso con las más altas facultades del espíritu. A la *psiquiatría* pura pertenecen los grupos de las variedades extremas de la personalidad, de las anomalías constitucionales primigenias de la psiquis, de las vesanias simples ó típicas, no explicables todavía con seguro fundamento anatomo-patológico; todos estos grupos vienen de año en año disminuyendo, conforme se conoce mejor la naturaleza de los disturbios men-

tales y de su correlativo orgánico. A la pura *neuropatología* pertenece en cambio una categoría particular, quizá más numerosa, de enfermedades: las que afectan á la periferia y á los centros inferiores del sistema nervioso, donde faltan las manifestaciones psíquicas. En Italia están tan convencidos de la imposibilidad de distinguir neta y totalmente ambos dominios, que hasta el nombre mismo de las cátedras de Psiquiatría, recientemente establecidas, ha sido cambiado, llamándose hoy oficialmente *Clínicas de las enfermedades nerviosas y mentales*. La unión didáctica de ambas enseñanzas corresponde á la unidad fundamental de la psicología con la neurología, tanto en el dato anatómico y fisiológico como en el patológico y clínico. En los últimos Congresos médicos, el profesor Fürstner, de Strasburgo, alienista eximio, habló elocuentemente contra la tendencia separatista, mientras el Dr. Schulce, de Bonn, clínico eminente, se declaró abiertamente contra la fusión. Por eso importa dilucidar el problema.

La separación no puede ser absoluta: la psiquiatría pasa á ser neuropatología, como ésta se convierte en patología común; no hay límites fijos ni puede haberlos. ¿Dónde, por ejemplo, termina la pediatría? Según unos, á los siete años; según otros, en la pubertad; los especialistas del sistema nervioso saben que las perturbaciones nerviosas ó mentales de los púberes y jóvenes no son ya las infantiles, pero no pueden decir: aquí acaba la pediatría y empieza la clínica médica y la psiquiatría. La mayor prueba de la unidad de ambas naturalezas, orgánica y funcional, nos la dan la psiquiatría y la neuropatología. Separarlas escuetamente parecería excesivo aun á los que, siguiendo á Wundt, admiten por lo menos el paralelismo físico y mental que se extiende misteriosamente á todos los seres.

La Psiquiatría, definida por Meynert como la «clínica de las enfermedades del cerebro anterior», es para Morselli «la parte de la medicina que estudia las desviaciones de la mente humana producidas por las anomalías y enfermedades de su

fundamento orgánico: el cerebro». Ningún hecho psicopatológico puede ser comprendido sin recurrir á explicaciones anatomo-fisiológicas; y bajo cualquier aspecto que se consideren las dos especialidades hermanas, se las ve enlazadas íntimamente: en la *nosografía* ó descripción de las enfermedades, los síntomas mentales ó psíquicos aumentan en la neuropatología cuanto mejor se conocen las enfermedades nerviosas, como en el cuadro de las enfermedades psíquicas se estudian los fenómenos de la inervación y de la vida vegetativa; en la *nosología* ó distinción de las enfermedades hay muchas indecisas que pasan de un campo á otro, habiendo algunas *neurosis* que debieran figurar entre las *psicosis*, y recíprocamente; en la *etiología* ó tratado de las causas, la unificación se impone, estando las causas morales de las enfermedades nerviosas en proporción con las causas físicas de las enfermedades mentales; en la *patogénesis*, que indaga los procesos morbosos, no hay ya distinción posible, pues siempre son los mismos procesos de infección, de intoxicación exógena ó endógena, de flogosis, de degeneración conectiva ó parenquimal; en la *terapia* misma ambas especialidades se vienen unificando cada vez más, pues si la psiquiatría recurre á medios físicos, la neuropatología pide auxilio al elemento moral.

Muchos síntomas de la locura que parecían exclusivamente psíquicos se reducen á elementos fisiológicos, como ciertas perturbaciones del movimiento ó de la sensibilidad se han convertido en fenómenos psíquicos; el histerismo en las magistrales lecciones de Charcot era una neurosis pura; pero las investigaciones sobre el hipnotismo, en las que venció la escuela psicológica de Nancy á la neurológica de la Salpêtrière, vinieron á parar á la actual definición del histerismo como «una enfermedad de ideación», compuesta de elementos morbosos psíquicos de naturaleza intelectual; de este concepto sale la interpretación psicológica de toda la sintomatología del histerismo: la anestesia de la sensibilidad es una restricción del campo de la conciencia; la hiperestesia y la hipocondría es la in-

vasión de elementos subconscientes ó inconscientes en la esfera lúcida de la conciencia; las parálisis son pérdidas de la representación de los movimientos, inhibiciones de la idea negativa y autosugestiva de no poderse mover. ¿Y en la fenomenología histérica normal? ¡Cuánta psicopatología! El carácter, la sugestibilidad, las ideas fijas, las abulias ó insuficiencias de voluntad, las fobias ó miedos morbosos, las obsesiones, los estados angustiosos, los sueños, los sonambulismos, los delirios transitorios, los contactos pasionales; y luego la hipnosis, la catalepsia, el éxtasis, el contagio moral y el mimetismo, el automatismo escribiente; y después la clarividencia, la medianimidad, la telepatía y todo el cúmulo de fenómenos, reales ó imaginarios, que tienden á lo ultrapsíquico. Oppenheim dice: «el histerismo es una enfermedad psíquica que encuentra su expresión clínica en anomalías del carácter y de la disposición del ánimo»; y venimos á parar en que la neurosis se ha hecho primero neuropsicosis, luego se ha convertido en psiconeurosis, y al fin se tiende á verla como un psiquismo genuino.

Y lo dicho del histerismo puede repetirse de la neurastenia, esa enfermedad del siglo XIX, cuya gravedad y difusión verá aumentarse el XX. Todos los principales síntomas de la neurastenia son principalmente psíquicos ó córtico-cerebrales: debilidad irritable de los centros superiores, incapacidad total ó parcial para el trabajo mental, disminución ó distracción ó exceso de concentración de la atención, humor negro, fobias, obsesiones, debilidad de representaciones, anagnosia ó dificultad para reconocer las cosas vistas, escritas ó hechas, depresión de la voluntad, emotividad, tristeza, preocupaciones hipocondríacas, impotencia, frigidez, ideas y tendencias al suicidio. La neurastenia no es una neurosis, sino una psicosis, y se la puede llamar *cerebrosis* ó, mejor, *poliocerebrosis*, es decir, afección de la substancia gris del cerebro. Y lo mismo puede decirse de las presuntas grandes neurosis, la neurastenia traumática, la epilepsia y la corea: todas son verdaderas y propias poliocerebrosis.

Hasta en las enfermedades comunes del eje cerebro-espinal y de las partes periféricas del sistema nervioso vemos la variedad é intensidad de los fenómenos psíquicos. ¡Cuántos estupores y confusiones mentales en los tumores endocránicos, que frecuentemente producen verdaderas demencias antes de revelarse lo que son! ¿No se confunde la esclerosis diseminada con la parálisis general progresiva? Y esta última terrible enfermedad, producto de los destrozos cerebrales ocasionados por nuestra civilización y por la competencia vital, ¿no se la disputan la Psiquiatría y la Neuropatología? Recuérdese lo ocurrido con la altísima función del lenguaje: el estudio de las afasias lo hicieron neurólogos geniales, con tal agudeza analítica que revolucionaron la fisiología del pensamiento; el método psico-analítico de Broca, sistematizado por Charcot, perfeccionado por Pitres, Ballet, Lichtheim, Wernicke, etc., ha fijado el valor de los elementos perceptivos y representativos del lenguaje oído, pensado, pronunciado, leído y escrito; aquí la psiquiatría es deudora á su hermana, y de ella ha recibido la luz para esclarecer multitud de fenómenos psicopáticos, como las alucinaciones é impulsiones verbales, las alucinaciones unilaterales, los desdoblamientos del pensamiento, la verbigeración, la ecolalia, ciertos delirios de posesión, el mutismo, la logorrea, la grafomanía, la anagnosia, etc.

La unificación de las dos especialidades se ha realizado años ha en el campo terapéutico. Combatiendo la difusión de las grandes enfermedades sociales, la tuberculosis, la sífilis, el alcoholismo, hacemos higiene y profilaxis, tanto en psiquiatría como en neuropatología; la higiene de los nervios y del cerebro se hace higiene del alma; impedir el desquiciamiento, envenenamiento ó envejecimiento del cerebro, no es sólo asegurar al individuo hasta el fin de su existencia el pleno ejercicio de sus facultades, sino reparar los daños de la herencia patológica y preparar el advenimiento de una humanidad regenerada. ¿Qué más? ¡Autorizadísimos neuropatólogos tienden á exaltar la acción *moral* de los agentes físicos mismos! Es inne-

gable que la electroterapia ayuda en buen número de enfermedades nerviosas; pero ¿no le atribuyen Möbius y Löwenfeld eficacia sugestiva? Sin duda es un exceso decir que la franklinización, el galvanofaradismo, la darsonvalización, la voltización monódica, las líneas de fuerza magnética, el electromagnetismo, la luz blanca y la colorada en sus rayos luminosos, no caloríficos, las radiaciones X, etc., tengan sólo acción moral; pero esa exageración implica la confesión preciosa de que en terapia nunca debe desatenderse el valor de la cura psíquica. Recuérdese lo ocurrido con el hipnotismo, que ha tenido más aplicaciones y más eficacia en el dominio neuropatológico que en el psiquiátrico, siendo los verdaderos dementes poco susceptibles, y los neuróticos sugestionabilísimos.

Para quien sepa estudiar los recientísimos métodos reeducativos de los movimientos de Frenckel y Goldschêider en la ataxia de la tabes, de Brissaud y Meige en los tics, de Gutzman en el balbuceo, descansan en elementos fisio-psicológicos, en asociaciones y sustituciones de datos percibidos y de imágenes musculares, en la influencia de la atención, en la eficacia de la psiquis consciente. La substancia nerviosa, especializada y diferenciada, lleva consigo siempre esa indefinible esencia de la vida que llamamos conciencia. ¿Cómo la absorbe y la lleva consigo? La ciencia no tiene respuesta á la terrible pregunta. ¿Es la psiquis la que verdaderamente dirige, según la hipótesis de una escuela contemporánea de biólogos y psicólogos evolucionistas, la formación, desarrollo y diferenciación de los órganos y organismos? ¿O es más bien la materia vital la que del hecho físico y químico hace brotar la organización y esa energía maravillosa llamada «conciencia», cuando aquélla llega al grado necesario de integración y de evolución? Hay quienes se declaran por una solución, y quienes optan por la otra; la ciencia no ha decidido nada todavía.

SOCIOLOGÍA

La familia y la sociedad en los animales y en los vegetales.—Antes de que Darwin hubiese publicado sus estudios sobre la evolución de los seres orgánicos, el hombre era considerado un sér único, superior, fuera de las leyes de la naturaleza—dice el profesor Pablo Peola en *L'Italia Moderna*;—se creía que los animales estaban creados para utilidad ó recreo del hombre, las plantas para alimento de los animales ó del hombre mismo, debiendo todo desenvolverse con armonía en un ciclo inmutable y eterno. Darwin demostró que todo sér, aun antes de nacer, está rodeado de asechanzas; que tiene que luchar desde que nace para ganarse el sustento; que debe adaptarse al cambio de ambiente, y que tiene que luchar para asegurar la existencia á sus descendientes; en esta lucha no todos son actos cruentos, y á veces el egoísmo cede al altruísmo, originándose de la unión amorosa de los individuos, para hacerse más fuertes en la lucha, la familia y la sociedad.

El instinto más natural y común á todos los seres es el de la conservación del individuo, que se explica con la nutrición y la propia defensa: ante todo, tratamos de conservar nuestro yo; pero cuando viene á menos, el instinto de la conservación se exalta y se sublima en el de la conservación de la especie: del *yo* pasamos al *nosotros*, y del egoísmo al altruísmo, reducido á su más simple expresión, á lo que es carne de nuestra carne, á nuestros hijos; el altruísmo tiene así su verdadera base en el egoísmo, siendo un egoísmo perfeccionado.

Prescindiendo del reino de los proteitas, protozoos y protofitas, y aun de los seres posteriores generados por fecundación fatal, obligada ó casual, donde comienza á existir la simpatía es en los seres que necesitan de otros para fecundar ó ser fecundados; allí empieza la familia, con el padre, la madre y la prole. En casi todos los animales de sexos separados, según Darwin, hay lucha constante entre los machos por la po-

sesión de la hembra. El cortejar de los animales no es cosa tan sencilla como parece: las hembras prefieren á los machos más hermosos, á los que cantan mejor ó á los que son más vigorosos; entre los animales hay siempre lucha por la posesión de la hembra, y el vencedor es el preferido por la dama; la lucha consiste ó en un duelo á última sangre, como entre los gallos, ó en una exposición de los colores más brillantes, como entre los insectos y pájaros, ó en un concurso más ó menos musical, como entre los ruiseñores, mirlos y ranas.

Una vez apoderado de la hembra, el macho la es raramente fiel; la monogamia es una excepción; la duración del amor conyugal, del matrimonio, es breve, en general, y corresponde al máximo del período llamado «luna de miel»; luego, se divorcian sin más formalidades, y nada más. Algunos salvajes se conducen como los animales, sin que el amor éntre para nada en su unión, habiendo pueblos en los que no existe palabra que corresponda á las de *querido*, *amadísimo*, etc.; el hombre, en esos pueblos, atiende á las necesidades del aprovisionamiento y de la defensa, y la mujer á la conservación de las cosas adquiridas; el hombre suele ser allí polígamo, y la mujer no conquista su legítimo puesto sino cuando la monogamia se establece.

El macho, en general, abandona sus hijos á los cuidados de la madre, llegando en algunos casos á morir ó ser muerto después de la posesión de la hembra, como entre las abejas. En muchas especies la prole no conoce al padre, y la madre se cuida de todo, dando origen al tipo de familia conocido con el nombre de matriarcado. En la familia humana misma, parece que el matriarcado ha precedido al patriarcado. Sólo excepcionalmente ejecutan los machos el papel de custodiar y defender la prole. Con frecuencia macho y hembra empollan los huevos, y cuando los incuba la hembra, el macho está cerca, vigilando, llevando la comida y alegrando á la hembra con sus cantos. También las hembras de los mamíferos preparan con cuidado sus nidos, siendo proverbial el cariño de las monas á sus hijos

y la compasión que sienten por los seres débiles, cualidades que hacen olvidar otras malas condiciones. En el hombre salvaje, en cambio, el infanticidio es frecuente, y entre los hotentotes muy común; las víctimas suelen ser las niñas, y cuando hay gemelos, el peor conformado suele ser enterrado vivo; entre algunas tribus australianas, se mata al niño recién nacido metiéndole palos ardientes en las orejas y llenando de arena los agujeros mientras encienden una hoguera para quemar los cuerpecitos.

El altruísmo de un sexo por otro, ó de los padres por los hijos, es desinteresado y forma la base de la familia. El altruísmo en que se basa la sociedad es en cambio más ó menos interesado y se funda generalmente en el principio del *do ut des*. Hay seres cuyos órganos están constituídos por otros tantos individuos, que reunidos forman un todo, como los sifonóforos. Hay otros independientes, pero con funciones fijas y diversas, como las abejas y las hormigas. El parasitismo verdadero engendra la lucha entre el que trabaja y el que goza; la yedra, por ejemplo, emblema de constancia (donde me abrazo muero), puede citarse como ejemplo de los que, miserables por sí mismos, estrechan á los poderosos para ensalzarse. La verdadera sociedad está en la simbiosis ó mutualismo, ejemplo los líquenes, cada uno de los cuales está formado por un alga y un hongo; el alga se nutre por los dos y el hongo la da habitación y la protege. La levadura del pan y de la cerveza y la fermentación del vino es producida por microbios, y el hombre los protege y propaga para tener pan, cerveza y vino. Así se ve que, cuando se trata de la propia conservación, no sólo se unen entre sí, formando sociedades más ó menos perfectas y conscientes, los individuos de la misma especie, sino las especies más nobles y elevadas con las más atrasadas y miserables.

PSICOLOGÍA

La psicología de las pasiones, según Nietzsche.—Según Alfredo Fouillée (*Revue Bleue*), la psicología de Nietzsche no merece menos atención que su metafísica y su moral. La característica de esta psicología es excluir del fin perseguido por la voluntad todo lo que no sea poder; esta exclusión se hace sin pruebas, como una verdad revelada; es la psicología de la fuerza, que sirve de base á la moral de la fuerza.

Nietzsche tiene un gran mérito para el crítico; mientras que casi todos los partidarios del amoralismo no ven las consecuencias de sus doctrinas, ó si las ven se esfuerzan por disimularlas, Nietzsche las expresa sin ambages, poniendo los puntos sobre las *íes*, ofreciéndonos el cuadro vivo de todo el trastorno de las conciencias contemporáneas; es un *tipo*, un ejemplar digno de ser estudiado; es un espejo de nuestras conciencias enloquecidas, y debemos todos estimarnos felices por no caer como él en la parálisis general, ya que caigamos frecuentemente en la parálisis de la voluntad.

Nietzsche, sin espíritu recto, tiene conciencia recta y alta de cuanto dice, y por esa conciencia se levanta contra la moral, «envenenamiento de la naturaleza». Al tratar los discípulos de Nietzsche de *des-moralizarnos* teóricamente, arriesgan el *desmoralizarnos* prácticamente; es, pues, laudable, no sólo por la utilidad social, sino por la verdad y por la ciencia, combatir el amoralismo y el sofisma, pues la mentira es como la calumnia, de la que siempre queda algo, por lo cual no debemos nunca cansarnos de responder á los la Rochefoucauld, los Helvetius, los Stirner y los Nietzsche.

Después de rechazar el hedonismo y el endemonismo, Nietzsche propone lo que llama su concepción unitaria de la psicología, «la voluntad del poder», forma primitiva de las pasiones, y de la que cada pasión es sencillamente una transformación nueva. «Aspirar al poder, á un aumento del poder»,

ese es el principio capital de Nietzsche. Esta «voluntad ó querencia del poder» no sólo aparece en los fuertes, en los opresores, sino en los oprimidos, en los esclavos, en forma de «deseo de libertad»; se quiere la libertad mientras no se tiene el poder, y cuando se empieza á tener se quiere la preponderancia; si no se consigue, ó se es demasiado débil para ello, se pide la *justicia* ó la igualdad de derechos; pues las formas disfrazadas de la querencia del poder son innumerables: el instinto de conservación, el deseo de *colocarse*, la sumisión á los poderosos, el amor, etc., son formas de la voluntad de poder. Los tres pecados capitales «orgullo, voluptuosidad y espíritu de dominación» son virtudes cardinales para Nietzsche, no habiendo en el mundo más que ambiciosos en busca de todas las especies de poder, unos por la riqueza, otros por la violencia, otros por la virtud, otros por el saber. Por la linterna mágica de Nietzsche desfila la gran mascarada de los sentimientos humanos, todos con disfraces de la querencia del poder; la abnegación misma es el gran juego del ideal, en el que se arriesga la vida por lograr quizá la gloria; un egoísmo disfrazado, en suma. ¡Ojalá estuviéramos rodeados de egoístas de esa especie!

Cuando una mujer cuida á un sér que la es querido, lo hace, según Nietzsche, por enorgullecerse de su integridad física frente al que lucha con la muerte. «¿Hay algo más egoísta—dice—que la compasión de las mujeres?» Nadie ha entendido mejor que Nietzsche el arte de envilecer la naturaleza humana. Todos los sentimientos desinteresados pierden su peso en la balanza alocada de Nietzsche; cuando admiramos una obra de arte, alabamos al artista para con esa alabanza, que es una especie de restitución del beneficio recibido, no tener nada que agradecerle, dando así testimonio de nuestro poder de juzgar y recompensar. El reconocimiento—dice—es la buena venganza; cuando uno agradece ó vuelve bien por bien, lo hace por vengarse del bien recibido, para mostrar su poder. La bondad es un nuevo medio de extender nuestra acción y nuestro poder sobre los demás. La generosidad es la embriaguez in-

mediata del poder desplegado. La simpatía y la compasión son una cobardía, una debilidad, un sentimiento contra naturaleza. ¿Se compadece el león del animal que desgarra y devora?

Sabido es que Kant, acordándose de Pascal, hacía de la apuesta un medio de probar nuestras pretendidas certidumbres. Pues bien: ¿apostarían Nietzsche y la Rochefoucauld su cabeza á que no existe en ningún sér la menor partícula de desinterés? ¿Se atreverían á apostar que no existe en su corazón? Un Nietzsche sí apostaría por el gusto del riesgo loco, encanto de los locos; pero la Rochefoucauld no apostaría, y la mayor parte de los hombres no se atreverían á apostar.

Pero hay todavía un argumento mejor que el de la apuesta: la teoría de las ideas-fuerzas. Nietzsche mismo conviene en que la idea tiene una fuerza propia, que procede de la satisfacción inmanente que da á la inteligencia, del acto mismo de la intelección ó, si Nietzsche quiere, del desarrollo de poder que la idea implica; no se puede concebir la idea de amor sin el atractivo inmanente de esta idea. Si esto es así, un sér que piensa no puede ser completamente egoísta; no se puede nacer á la vida intelectual sin romper la cáscara del yo; aunque el amor de la madre á su hijo fuera sólo aparente, provocaría un amor real. Nietzsche y la Rochefoucauld responderán: «Cuando compartís el dolor ó el placer de otro, os tomáis interés propio por ese dolor ó ese placer; luego sois un interesado, un egoísta». Pero la cuestión es saber si yo me intereso en vuestro placer por ser vuestro ó porque contribuye á mi propio placer; y si encuentro mi satisfacción en la satisfacción de otro, soy desinteresado. Nietzsche, lo mismo que la Rochefoucauld, al analizar los sentimientos humanos, razonan lo mismo que quien, hallando cobre en un collar de oro, se empeñara en sostener que todo el collar era de cobre. Gran mixtificador mixtificado por sí mismo, la cabeza ardiente de Nietzsche es un volcán que arroja como lava todos los sofismas.

IMPRESIONES Y NOTAS

Clasificación de la locura.—Los notables *Archivos de Psiquiatría y Criminología*, de Buenos Aires, al dar cuenta de la aparición en segunda edición de la *Psiquiatría*, de Ziehen, en Leipzig, extractan de la misma la lista ordenada de las enfermedades mentales, caracterizadas diferencialmente en los siguientes términos:

Manía, cuyos dos síntomas principales son la exaltación y la aceleración de la asociación de ideas.

Melancolía, caracterizada por la depresión y detención del pensamiento, como hechos primitivos.

Estupidez, con detención más ó menos completa de la asociación de ideas y suspensión de la motilidad.

Paranoia alucinatoria aguda (locura alucinatoria de Fürstner y Walm, delirio alucinatorio agudo de Krafft Ebing, amencia de Meynert, alucinosis de Wernicke, confusión mental alucinatoria aguda de Fritsch, confusión mental asténica de Meysert); arranca de alucinaciones é ilusiones origen de ideas delirantes, siendo secundarios los trastornos de la sensibilidad moral y de la ideación, terminando frecuentemente en *delirio agudo*.

Delirium tremens, paranoia alucinatoria sobreaguda, propia exclusivamente de los alcohólicos.

Paranoia alucinatoria crónica, caracterizada por la alucinación que engendra ideas delirantes, llena de episodios de excitación, depresión y confusión mental, productos de alucinaciones sensoriales y concepciones delirantes.

Paranoia simple aguda, con conceptos delirantes, pero sin alucinaciones y sin que se sientan afectadas la sensibilidad ni la asociación de ideas.

Paranoia simple crónica, con ideas delirantes primitivas, y después trastornos primarios de la sensibilidad y de la asociación de ideas.

Delirio agudo, con síndrome de incoherencia, agitación é hipertermia, que generalmente acaba en muerte.

*
* *

Decadencia de la literatura yanki. — Un periodista americano que parece conocer á fondo su país, atribuye á dos causas principales la decadencia de su literatura: la influencia de las mujeres, á quienes les gusta lo bonito, el decoro y los sermones, y el espíritu mercantilista americano, que sólo se preocupa de industria y de comercio.

«El deseo secreto de todo inglés—dice—es ser un lord; el deseo secreto de todo francés es ser miembro de la Academia; el deseo secreto de un alemán es escribir un libro grande sobre los dialectos de las tribus turanias: esas ambiciones elevan é iluminan la vida. Yo he buscado mucho tiempo, sin encontrarla, la fórmula que pudiera caracterizar las aspiraciones de un americano; ahora bien, el otro día, echando una ojeada sobre las primeras líneas del prospecto de una compañía de seguros, leí estas palabras: vivir confortablemente y ganar más, es la gran idea que todos tenemos. Y he ahí el ideal de todo americano: comer mucho y bien, tener una gran casa, buenos trajes y una posición social importante. Una nación que alimenta semejantes pasiones es incapaz de literatura».

*
* *

El método hipnótico en pedagogía.—Llama el Dr. Besillon método *hipnopedagógico* á la serie de procedimientos que, teniendo por base el hipnotismo, tienden á corregir los impulsos viciosos y antisociales de los niños, debidos, en general, á la falta de voluntad de detención, que es el poder moderador. La sugestión hipnótica es el medio más eficaz para la reeducación de la voluntad.

Los principios en que descansa este método son cinco: 1.° Estudio previo de la sugestibilidad natural del individuo. 2.° Provocación del estado de hipnotismo, ó por lo menos de

un estado de pasividad próximo al hipnotismo. 3.° Imposición de una dirección moral por medio de sugestiones imperativas. 4.° Apoyo de estas sugestiones en acciones mecánicas, ó sea por medio de una gimnástica especial destinada á contrarrestar los movimientos impulsivos. 5.° Vuelta del sujeto al estado normal, despertándole.

Los impulsos irresistibles contra los que está más indicado el método hipnopedagógico son: 1.° La kleptomanía. 2.° El onanismo. 3.° Las aberraciones y perversiones sexuales. 4.° La onicofagia. 5.° La mentira. 6.° La pereza. 7.° La vagabundería. 8.° La incontinencia de orina.

Según el Dr. Berillon, el método sólo da buen resultado en sujetos de cierto desarrollo intelectual, pero es inaplicable á los idiotas y á los niños que tienen debilidad mental pronunciada; las curaciones obtenidas son duraderas, y aplicado el método por personas competentes es de absoluta inocuidad.

***

Las bibliotecas del porvenir.—Guido Biagi, en la Exposición de San Luis, dió sobre la historia y el porvenir de las bibliotecas una conferencia que, publicada en la *Rivista delle Biblioteche*, merece ser resumida en este sitio.

Las bibliotecas del pasado, comparadas con las modernas, se parecen á un transatlántico respecto de una trirreme: á las notas tironianas de los escribas romanos hemos sustituído la máquina estenográfica; á las tablillas de cera, las páginas impresas por las máquinas de escribir; al dibujo y á la pintura nimiada, la fotografía y la policromía; á los despachos llevados en caballos de posta, el telégrafo sin hilos.

Cuando se inventó el fonógrafo no se pensó que los cilindros en que las vibraciones de la voz habían impreso su delicada huella podían reproducirse como se reproduce por la estereotipia una página entera de caracteres móviles. Sin ser profetas, podemos afirmar que, sin tardar mucho, habrá en toda biblioteca una sala para las audiciones de discos del gramófono,

como en Milán, en la nacional de Brera, y se tendrán armarios para conservarlos como en las bibliotecas asirias se conservaban las tablillas de barro con sus caracteres cuneiformes: he ahí una nueva forma del libro del porvenir.

La enorme cantidad de papel impreso que inunda las bibliotecas impondrá pronto una selección: será preciso crear cementerios para todas las ediciones estereotípicas de textos escolares, catecismos, horarios ferroviarios, etc.; las mejores partes del edificio serán consagradas á los libros dignos de ser preservados del olvido por su contenido ó por la riqueza de su forma, y en esta gran república del libro sobresaldrán príncipes y soberanos, formando una verdadera aristocracia, que será la verdadera biblioteca dentro de la biblioteca, y allí se verá, al lado de un papiro interesante ó de un pergamino iluminado, un disco de gramófono con el último discurso del Kaiser ó una escena de teatro de la Sarah Bernhardt.

Uno de los caracteres de estas bibliotecas será el internacionalismo, del que vemos ya indicios premonitorios en el *Catálogo de la literatura científica* que se compila en Londres; en el *Concilio biliográfico*, de Zurich; en el *Instituto de Bibliografía*, de Bruselas, y en el *Catálogo Card*, de Washington. Así llegará el día en que todas las bibliotecas del mundo culto formarán como una sola colección, y la telegrafía sin hilos permitirá oir en Melbourne un disco de gramófono pedido en la biblioteca de Londres. Los lectores serán raros, y el número de los oyentes aumentará cada vez más, escuchando desde su casa el diario hablado y el libro hablado. Los estudiantes oirán sus lecciones sin moverse de la cama, y no conocerán ni siquiera de vista á sus profesores. La Caligrafía será un arte casi olvidado para paleógrafos y conservadores de manuscritos, y los autógrafos serán tan raros como hoy los códices palimpsestos. Los libros no se leerán, se escucharán, y los discos gramofónicos ocuparán gran parte de la biblioteca.

*
* *

Los microbios y la moneda.—El Dr. Tomás Darbington, director del servicio de sanidad en Nueva York, recogiendo los resultados de los estudios y experimentos del Dr. Park, se declara vivamente preocupado por los peligros de contagio que ofrecen la moneda de metal y la de papel, manifestando la necesidad de que se renueven con frecuencia los billetes de Banco.

Según los experimentos del Dr. Park, los billetes inoculados con bacilos de difteria los conservan durante mucho tiempo. El Dr. Park ha analizado microscópicamente billetes y monedas procedentes de diferentes casas de comercio, obteniendo los promedios siguientes: bacilos vivos de difteria encontrados en las piezas de cinco céntimos, 26; en las de diez céntimos, 40; en billetes de Banco casi limpios, 1.250; en billetes de Banco sucios, de 70 á 75.000. De estas cifras se desprende la conclusión, seguramente inesperada para el vulgo, de que los billetes son mucho más peligrosos para la salud pública que la moneda metálica.

*
* *

El krausismo en España.—La hermosa Revista semanal que con el título de *España* publica en Buenos Aires la Asociación Patriótica Española, inserta un substancioso artículo sobre el krausismo, de Alfredo Calderón, suscitado por la necrología de Antonio Atienza á la memoria del malogrado Rafael Torres Campos.

Mal podía pensar Krause que su obra, poco apreciada y casi desconocida en su país, fuera á germinar en España. El azar lo quiso así al hacer elegir á D. Julián Sanz del Río por el Gobierno de mediados del pasado siglo para que estudiase en Alemania el movimiento filosófico. Sanz del Río fijó su atención en el sistema de Krause, y al regresar á España se convirtió en su apóstol.

La lucha fué ruda; todas las rutinas y todos los prejuicios se alzaron contra la nueva escuela, y todas las armas parecieron

buenas para combatirla, desde el sarcasmo y el ridículo, esgrimidos por el mismo Campoamor metido á filósofo, hasta las persecuciones á lo Juliano. Las nuevas ideas se abrieron paso á pesar de todo, y los krausistas lograron triunfar en la política y en la cátedra. Pasó la moda, pero quedó la semilla, y gracias al krausismo, arraigó en España la libertad de conciencia, despertó el interés por la investigación y se fortificó el sentido moral.

Se dice que el krausismo ha muerto. Es posible; pero sus testimonios vivos se llaman todavía D. Francisco Giner, el maestro por antonomasia; D. Nicolás Salmerón, el filósofo; D. Gumersindo Azcárate, el político; Cossío, el pedagogo; Costa, el sabio; Sales y Ferré, el sociólogo; Dorado Montero, el penalista, y tantos y tantos otros, sin contar la pléyade de maestros ya difuntos, como Laureano Calderón y Augusto Linares, Sánchez Ruano y Arés, Leopoldo Alas y Federico Castro, González Serrano y Antonio Machado, etc. Una escuela que produce tales adeptos, ninguno de los cuales renegará seguramente de su filiación, merece el agradecimiento y el respeto de cuantos en España, tengan las ideas que quieran, sepan á la vez sentir y pensar.

Fernando Araujo

CAÍN Y ARTEMIO

Caín era un judío, pequeño, de ingenio sutil, puntiagudo cráneo y rostro seco y amarillo; unos pelluzgones de pelo rojo y rudo brotaban en sus carrillos y en su barbilla, haciendo de su cara como un viejo marco de peluche, cuya parte superior estaba formada por la visera de una gorra sucia.

Bajo la visera brillaban unos ojuelos grises con pestañas rojas también y que parecían depiladas. Muy pocas veces se detenían aquellos ojos largo rato sobre el mismo objeto: corrían constantemente con vivacidad de un lado á otro y prodigaban por todas partes sonrisas tímidas, escudriñadoras, obsequiosas.

No se podía ver tales sonrisas sin comprender al punto que el sentimiento principal del hombre que sonreía así era el miedo de todo y de todos, un miedo que de un minuto al otro se cambiaba en espanto.

Por esto todos los que no eran demasiado perezosos para hacerlo acrecentaban con capirotazos y burlas de mal género el sentimiento siempre vibrante del judío, sentimiento del que participaban, á lo que parecía, no solamente sus nervios, sino también los pliegues de la túnica de lienzo que cubría su cuerpo huesudo desde los hombros hasta los talones, y que temblaba eternamente.

El nombre del judío era Khaim Aarón Purvitz, pero le llamaban Caín. Esto era más sencillo que Khaim y más conocido de las gentes, y además, hay en este nombre algo muy mortificante. Aunque no conviniese á su aspecto débil y teme-

roso, les parecía á todos que designaba rigurosamente el cuerpo y el alma del judío y que al mismo tiempo era una injuria para él.

Vivía en medio de gentes maltratadas por la suerte, á las que siempre es agradable ofender al prójimo y que saben hacerlo, porque es su único medio de vengarse... Esto era fácil con Caín; cuando le ponían en ridículo, se limitaba á sonreir con aire de culpabilidad, y á veces hasta ayudaba á los otros á mofarse de él, como si pagara así á sus atormentadores el derecho de vivir entre ellos.

Vivía de su comercio, naturalmente. Iba por las calles llevando su azafate sobre el pecho, y gritaba con voz débil y dulzona:

—¡Cera, fósforos, alfileres, agujas, mercería! ¡Artículos de todo género!...

Otro rasgo característico: sus orejas eran grandes, abarquilladas, y se movían constantemente, como las de un caballo asustadizo.

Ejercía su oficio en Chikhan, el barrio en que se habían establecido los miserables y los andrajosos de la ciudad con diferentes personalidades de la escoria.

Chikhan se componía de una calle estrecha, formada por casas altas, viejas y de mal aspecto; encontrábanse allí asilos nocturnos, tabernas, panaderías, tiendas en donde se vendían comestibles, hierro viejo y diversos utensilios, y que eran frecuentados por ladrones y encubridores, revendedores al menudeo y vendedoras de todo lo vendible. Había allí siempre mucha sombra, gracias á lo alto de las casas, y mucho lodo y muchos borrachos; en verano, reinaba constantemente un fuerte olor á podrido y á aguardiente quemado. El sol no se asomaba por aquellos lugares sino muy de mañana, con precaución y poco tiempo, como si temiese que se ensuciaran sus rayos con el contacto del fango.

La calle, situada en la vertiente de una colina, cerca de un gran río, estaba siempre llena de obreros del puerto, de mari-

neros procedentes de los barcos que llegaban y de mozos de cuerda. Iban allí para emborracharse y divertirse á su manera; y allí también, en los rincones propicios, los ladrones esperaban á que se hubiesen emborrachado por completo. En las aceras de la calle los vendedores colocaban sus puestos de pastelillos de carne; había también confiteros y vendedoras de hígado. La multitud de trabajadores del puerto absorbía ávidamente el alimento caliente; los borrachos cantaban con voz salvaje y se injuriaban; los vendedores llamaban á gritos á los parroquianos, ensalzando sus mercancías; los carros rodaban con estrépito y se abrían difícilmente paso entre los grupos de gentes que se empujaban para comprar ó vender, esperar trabajo ó acechar una ocasión cualquiera. El caos de sonidos corría por la fangosa calle como agua en ebullición, chocaba con las paredes sucias de las casas, que parecían literalmente cubiertas de llagas, por las grietas, resquebrajaduras y agujeros del enyesado.

Por aquella calle repleta de inmundicias, de ruidos ensordecedores y de discursos cínicos, corrían niños de diversas edades, pero igualmente sucios, hambrientos y corrompidos. Corrían por allí desde la mañana hasta la noche; su existencia dependía de la bondad de las vendedoras y de la habilidad de sus manecitas, y por la noche dormían en cualquier parte, al abrigo de los pórticos, en el cofre que servía de mostrador al pastelero, en el quicio de una puerta. En cuanto amanecía, aquellas víctimas descarnadas del raquitismo y de la escrófula estaban en pie para comenzar de nuevo á robar los bocados selectos y mendigar lo que ya no podía venderse. ¿A quién pertenecían aquellos niños? A todos... Por Chikhan iba y venía diariamente Caín, pregonando su mercancía, que vendía á las mujeres. Estas le pedían prestados veinte copecks por algunas horas, con la obligación de devolverle veintidós, y pagaban siempre puntualmente. En general, Caín hacía muchos negocios en la calle: á los obreros que iban de jarana les compraba las camisas, las gorras, las botas y los acordeones; á las

mujeres, las sayas, las blusas y sus pobres adornos; después cambiaba estas cosas ó las revendía con un beneficio de diez copecks. Y, sin cesar, era el blanco de las burlas y de los golpes; á veces le desvalijaban. No se quejaba nunca, y se contentaba con sonreir, con su sonrisa trágicamente dulce.

A veces, en uno de los sombríos rincones de Chikhan, algunos mozos á quienes el hambre ó la embriaguez hubieran impulsado hasta el asesinato, se arrojaban sobre el judío, á quien los puñetazos ó tal vez el terror hacían que cayera al suelo; y permanecía allí, temblando, á los pies de sus agresores, se registraba convulsivamente los bolsillos, y suplicaba:

—¡Señores! ¡Mis buenos señores! No se lleven todos mis copecks... ¿Cómo podría continuar mi comercio?

E innumerables sonrisas hacían que gesteara su macilento rostro.

—¡Vaya, cesa de quejarte! Danos solamente treinta copecks...

Los buenos señores comprendían perfectamente que no hay que exprimir por completo á la vaca cuando se quiere sacar leche de ella.

En seguida Caín se levantaba y echaba á andar con ellos, bromeando y sonriendo; los mozos se servían darle conversación y burlarse de él, y esto ocurría de la manera más sencilla y natural del mundo. Tras un episodio de este género, Caín parecía más macilento todavía, y á esto quedaba reducido el asunto.

No parecía que viviese en buena armonía con el Consistorio israelita.

Pocas veces se le veía acompañado de un correligionario, y se observaba siempre que éste trataba á Caín con desprecio y altivez. Hasta corrían rumores en Chikhan de que sobre Caín pesaba el «kherem» (1), y hubo un tiempo en que las vendedoras le llamaron «el maldito».

(1) Excomunión.

No era esto probable, si bien Caín manifestaba signos indudables de herejía; no observaba el sábado, y consumía carnes vedadas. Le abrumaban á preguntas, insistían, le ordenaban explicase por qué se atrevía á comer cosas prohibidas por su religión. Se hacía el pequeño, sonreía, y salía del compromiso con una broma, ó se escapaba sin contar nunca nada sobre las creencias y las costumbres de los judíos.

Hasta los desgraciados niños de la calle le perseguían tirándole á la espalda ó á sus géneros puñados de barro, cortezas de melón y otras suciedades. Él se esforzaba en contenerlos con palabras cariñosas; pero, por lo general, se metía á escape entre la multitud, adonde no le seguían por miedo de que los pisasen.

Así vivía Caín, conocido de todos y por todos despreciado; vendía, temblaba de miedo, sonreía. Y he aquí que una vez el destino le sonrió á su vez.

Cada rincón del universo tiene su déspota. En Chikhan ese papel estaba desempeñado por el guapo Artemio, un mocetón colosal, con rostro de un óvalo perfecto bajo un bosque de cabellos negros rizados. Sus cabellos caían en caprichosos rizos sobre su frente, y llegaban á tocar las aterciopeladas cejas y los ojos grandes y obscuros, alargados y velados siempre por una especie de vaho húmedo. Tenía la nariz recta, de una corrección clásica; labios rojos y frescos, y poblado bigote negro; todo su rostro, de un óvalo puro y atezado, era de una regularidad maravillosa y de una sencilla belleza; y aquellos ojos como anieblados se adaptaban perfectamente, completando y explicando, por decirlo así, su belleza. Ancho de hombros, de bien proporcionada estatura, de sonrisa perpetua llena de una feliz negligencia, era el terror de los hombres y la alegría de las mujeres de Chikhan. Pasaba la mayor parte del día tumbado en cualquier sitio, en un lugar bien soleado, y allí, perezosamente, aspiraba el aire libre y la luz del sol con breves aspiraciones, que levantaban su poderoso pecho de una manera regular y fuerte.

Tenía veinticinco años. Tres años antes había llegado á la ciudad con una cuadrilla de trabajadores procedente de Promsino (1); y pasado el tiempo de la navegación, se quedó allí durante el invierno, por haber comprendido que podía vivir agradablemente sin trabajar, merced á su fuerza y su belleza. Entonces, de aldeano y obrero se convirtió en el favorito de las vendedoras de pasteles, de las tenderas y de las otras habitantes de Chikhan. Este género de ocupación le permitía comer, beber aguardiente y fumar á discreción; no hubiera sabido desear otra cosa, y así transcurría su vida.

Por su causa, las muchachas se injuriaban y se pegaban; se murmuraba de mujeres casadas ante los esposos de ellas, los cuales las zurraban sin compasión. Artemio permanecía indiferente á todo esto, se calentaba al sol, estirándose como un gato, y esperaba que naciese en él uno de los poco numerosos deseos que le eran accesibles.

Por lo general se tumbaba en la colina sobre la que se apoyaba el barrio. Ante él se veía el río; más allá, los campos que se extendían hasta el horizonte; aquí y allí, manchas grises que salpicaban la alfombra verde y nivelada; eran aldeas. Allá abajo, en el verdor, reinaban siempre la claridad y la calma; mirando á la izquierda se veía de un extremo á otro la calle, desbordante de vida ruidosa; examinando bien aquella masa animada y sombría, podía él distinguir las figuras de gentes conocidas; oía el afanoso murmullo de Chikhan, y tal vez pensaba en algo. En torno de él crecían en la colina las altas hierbas; algunos arbustos, roídos por la consunción, se erguían solitarios; por aquellos lugares, los vagabundos y descamisados dormían la borrachera ó jugaban á las cartas, remendaban sus guiñapos ó descansaban del trabajo y de las riñas.

Artemio no gozaba de una buena reputación entre ellos.

(1) *Promsino*, pueblo del gobierno de Smolensko, que proporciona los mejores obreros empleados en el Volga.

Seguro de su fuerza invencible, se conducía á menudo con insolencia; y además, ganaba el pan con demasiada facilidad. Todo esto daba lugar á envidias, y, por añadidura, rara vez repartía su botín con nadie. En general, los sentimientos de compañerismo estaban poco desarrollados en él, y no buscaba la sociedad de las gentes. Si se le acercaban y le empezaban á hablar, respondía de buen grado, pero no era el primero en entablar la conversación; si le pedían dinero para beber, le daba, pero nunca se le ocurría convidar á sus conocidos. Y éstos tenían la costumbre de pagarse rondas.

A la colina iban los mensajeros de amor enviados á Artemio, en forma de una driquela harapienta y sucia de la calle, ó de un muchachillo igualmente repugnante. Eran chiquillos de siete á ocho años, rara vez de diez; pero estaban siempre penetrados de la profunda importancia de la misión que les habían confiado; hablaban á media voz, y sus feúchas caras tomaban un aire de misterio...

—Tío Artemio, la tía María me manda á decirle que su marido se ha marchado, y que es preciso que alquiles un bote para ir con ella al campo... hoy...

—¡Ah!—decía Artemio con voz perezosa, y sus hermosos ojos turbios sonreían.

—Es preciso...

—Iré... Oye..., dime... ¿Qué tal es esa tía María?

—Es una vendedora, por de contado—respondía el mensajero con tono de censura.

—Una vendedora... ¡Ah, sí! es la que está al lado de la ferretería.

—No: la que está al lado de la ferretería es Anissia Nicolaievna...

—Sí, sí, ya lo sé, hermanito... He dicho eso por decir... Era una broma... ¡como si me hubiese olvidado!... conozco muy bien á esa María.

Pero el mensajero no está convencido; quiere ejecutar concienzudamente su mandato, y replica con insistencia á Artemio:

—María es la pequeña pelirroja, la que está junto al pescadero...

—Que sí, la que está junto al pescadero. ¡Qué tipo eres!... ¿Crees que podía confundir? Está bien, corre, y di á María que voy. Anda, largo.

Entonces el mensajero toma una actitud persuasiva, y dice:

—Tío Artemio, dame un copeck.

—¿Un copeck? ¿Y si no lo tengo?—replica Artemio, metiéndose al mismo tiempo ambas manos en los bolsillos de sus pantalones. Y siempre encuentra alguna moneda. Con risa alegre, el mensajero se va á escape á anunciar á la enamorada vendedora de hígado que ya está hecho el encargo, y á recibir también una recompensa. Conoce el valor del dinero y lo necesita, no solamente porque tiene hambre, sino porque fuma cigarrillos, bebe aguardiente, y porque también él tiene sus historietas amorosas. Al día siguiente á una escena de este género, Artemio se muestra más inaccesible que nunca á las impresiones de la vida, y más hermoso aún con su rara hermosura de animal poderoso, pero tranquilo.

Así transcurría aquella existencia, harta, casi inconsciente, tranquila, á pesar de celosos, de celosas y de envidiosos, que hacía, pero tranquila, sobre todo por la terrible fuerza de los puños de Artemio.

Sin embargo, algo significativo y sombrío se condensaba á veces en los ojos obscuros del buen mozo; las aterciopeladas cejas se acercaban con rudeza, y una profunda arruga cortaba su morena frente. Se levantaba y dejaba su retiro para bajar á Chikhan, y cuanto más se acercaba el tumulto tanto más fruncía el ceño y se dilataban sus finas narices.

Artemio lleva sobre el hombro izquierdo una chaqueta de paño, dejando al descubierto el hombro derecho, y á través de la camisa se percibe la fuerza del brazo. No le gustan las botas, y lleva siempre calzado de cáñamo; las bandas de tela blanca entrecruzadas que le sirven de medias ponen de relieve

los músculos de sus piernas. Avanza lentamente como una nube amenazadora.

En el barrio se conocen sus hábitos, y por su cara se ve lo que se puede esperar de él. Se oye un murmullo previsor.

—¡Artemio viene!

Se apresuran á despejar el camino ante el buen mozo; retiran los puestos y las mercancías, los hornillos y las fuentes de barro llenas de vituallas calientes; le dirigen sonrisas aduladoras, le saludan... y todos le temen. Anda entre señales de admiración hacia su persona y de temor ante su fuerza; anda descuidado y silencioso, y es de una belleza salvaje como la de una fiera.

Su pie se engancha en un puesto lleno de tripas, de hígados y de pulmones, y todo rueda por el suelo fangoso. El vendedor, desesperado, lanza un torrente de injurias.

—¿Por qué te quedas en mi camino? — pregunta Artemio con calma, pero su voz es de mal augurio.

—¿Acaso es este tu camino, buey?—ruge el vendedor.

—¿Y si me agrada pasar por aquí?

En las mejillas de Artemio se forman como dos tumores, y sus ojos brillan como carbones encendidos. El vendedor lo observa y murmura:

—¡La calle es demasiado estrecha para ti!

Artemio prosigue su camino lentamente. Su víctima entra en una taberna, pide agua caliente, lava su género, y á los cinco minutos grita con todas sus fuerzas:

—¡Hígado, pulmón, corazón caliente! ¡Marinero, ven á estrenarme! Te daré cinco copecks de lengua. ¡Tía, cómprame de este cuello! ¿Quién quiere corazón caliente?... ¡Hígado!... ¡Pulmón!...

El ruido sordo de las voces sube y baja con el acre olor á podrido y aguardiente, á sudor, á brea y á cebolla.

Las gentes van y vienen, entorpeciendo la circulación de los vehículos, y gritan, venden, compran, ríen. En lo alto serpentea una franja azul de cielo, empañada por el polvillo de

aquella calle, en la que las sombras mismas de las casas parecen húmedas é impregnadas de lodo.

—¡Mercería, hilo, alfileres! —pregona en alta voz Caín, que marcha detrás de Artemio, el cual es más terrible aún para aquél que para los otros.

—¡Tartas de pera, comprad y comed! — chilla una pastelera.

—¡Cebollas, cebollas verdes!...—dice otra vendedora.

—¡Kvass, kvass!—grita, con voz enronquecida, un vejete de nariz roja, sentado junto á su cubeta.

Y un hombre, conocido en la calle con el raro apodo del *Novio andrajoso*, trata de vender á un obrero del puerto una camisa sucia, pero sólida, que se acaba de quitar, y le grita con tono convencido:

—¡Bergante! ¿En dónde vas á comprar una prenda de lujo, tan hermosa, por 20 copecks? Con ella se puede ir á pedir la mano de una rica comerciante, de una millonaria, ¡qué diablo!

De repente, entre el general vocerío, resuena la nota clara de una voz infantil:

—Por amor de Cristo, dad un copeck á un niño abandonado... que no tiene padre ni madre...

El nombre de Cristo repercute de una manera extraña y ajena á todo en aquella calle.

—¡Artemio! Ven aquí—exclama con voz afable la ingeniosa mujer de un soldado, Daría Gromova, que vende pasteles de carne.—¿En dónde has estado? ¿Por qué nos olvidas?

—¿Has vendido mucho?—pregunta tranquilamente Artemio; y de un ligero puntapié derriba la mercancía. Los pasteles, amarillos y lustrosos, ruedan por el suelo, desprendiendo un vaho caliente, y Daría grita con furor:

—¡Tunante, asesino, pillo! ¿Cómo no se hunde el suelo bajo tus pies? ¡Camello de Astrakán!

Los espectadores ríen, porque todos saben que Artemio será perdonado.

Y de este modo continúa su camino, tropezando con todos, dando empujones y pisotones. Y ante él, rápidamente, se desliza como una serpiente el murmullo preventivo:

—¡Artemio viene!

En estas dos palabras, hasta el que las oye por primera vez adivina una amenaza, y cede el puesto á Artemio, mirando con temor y curiosidad el formidable aspecto del buen mozo.

Artemio encuentra á un descamisado conocido suyo. Se saludan, y Artemio estrecha la mano de su amigo de tal manera que el otro grita de dolor, y le injuria. Entonces, Artemio le coge por los hombros con sus dedos de hierro ó inventa otra manera de hacerle daño, y, silenciosamente, mira con tranquilidad al hombre que sufre, gime y grita:

—¡Suéltame, verdugo, maldito!

Pero el verdugo es tan inexorable como un juez.

Caín caía á menudo entre las rudas manos de Artemio, que jugaba con él como un niño curioso con un escarabajo.

Los procedimientos particulares é incomprensibles del atleta se llamaban en Chikhan «las salidas de Artemio». Le crearon una multitud de enemigos; pero, á pesar de sus esfuerzos, no podían luchar con la fuerza milagrosa de aquél.

Así, una vez siete robustos mocetones se reunieron, y, animados por toda la calle, decidieron dar á Artemio una lección que le calmara.

Dos de ellos pagaron muy cara la experiencia; los otros salieron bien de ella. Otra vez, unos tenderos y maridos engañados alquilaron á un carnicero de la ciudad, célebre por su vigor, y que había salido más de una vez vencedor de la lucha con los hércules de circo. El carnicero se encargó, mediante una buena recompensa, de pegar á Artemio hasta dejarle medio muerto. Hicieron que se conocieran, y Artemio, que nunca se negaba á pegarse «por gusto», rompió un brazo al carnicero por debajo de la clavícula, y de un puñetazo en el pecho le tiró al suelo, sin conocimiento. Estos hechos, que realzaron

más todavía el prestigio que Artemio debía á su fuerza, tuvieron como consecuencia el aumento del número de sus enemigos.

Continuaba sus «salidas», como antes, arrollando á todos y á todo á su paso. ¿Qué sentimientos quería expresar con ello? ¿Acaso el hombre de los campos y de los bosques, arrancado á su ambiente, se vengaba así de la ciudad y de su manera de vivir? Tal vez sentía confusamente que aquella ciudad se perdía, que le había inoculado su veneno en el alma y en el cuerpo; sentía esto y luchaba á su manera contra la fuerza fatal que le subyugaba. Sus «salidas» terminaban á veces en la prevención, en donde los agentes de policía le trataban mejor que á los otros habitantes de Chikhan; se asombraban de su fuerza fabulosa, se divertían con él; porque sabían que no era un ladrón, que no era capaz de serlo, por demasiado tonto. Pero, por lo general, después de sus «salidas» iba á esconderse en cualquier rincón, y allí una de sus enamoradas se encargaba de su manutención. Después de estas hazañas, permanecía sombrío y caprichoso; en sus ojos se condensaba algo salvaje, y la inmovilidad de su fisonomía le hacía parecerse á un idiota. Entonces una tendera cualquiera, una matrona de la edad celebrada por Balzac, le cuidaba con aires de propietaria de aquella fiera, pero también con un sentimiento de terror.

—¿Quieres otros dos vasos de cerveza, Artincha? ¿O prefieres un licor? ¿Y no tienes ganas de comer algo? Estás hoy poco animado.

—¡Déjame en paz!—decía sordamente Artemio, y la comadre se agitaba en torno de él durante algunos minutos; después volvía á atender al buen mozo, porque sabía ya que en ayunas era avaro de caricias.

Y he aquí que plugo al destino, á menudo harto irónico, que aquel hombre y Caín se encontrasen.

***

La cosa sucedió de esta manera:

Una vez, después de una «salida» seguida de una cena

abundante, Artemio y su compañera se dirigían con paso vacilante á casa de la última, que habitaba en una callejuela estrecha y desierta de un barrio de la ciudad. Pero allí le esperaban. Unos hombres se arrojaron sobre él y le hicieron perder pie inmediatamente. Debilitado por el vino, se defendía mal; y entonces, por espacio de una hora, aquellas gentes se vengaron sobre él de los innumerables ultrajes que les había hecho sufrir.

La compañera de Artemio echó á correr; la noche era negra, la plaza estaba desierta. Los agresores podían arreglar á gusto sus cuentas con Artemio, y lo hicieron á conciencia. Cuando estuvieron cansados los dejaron; dos cuerpos inmóviles yacían por tierra: uno era el de Artemio, el otro el de un hombre á quien llamaban el «Rojo».

Después de haberse preguntado lo que habían de hacer con aquellos cuerpos, los mozos decidieron esconder á Artemio bajo una vieja «beliana» (1) averiada y que yacía con la quilla al aire á orillas del río; en cuanto al «Rojo», que se quejaba, resolvieron llevárselo.

Mientras que arrastraban á Artemio hasta la arena, el dolor le hizo volver en sí; pero adivinando que lo mejor para él era hacerse el muerto, contuvo un grito á punto de escapársele. Le zarandeaban, le llenaban de invectivas, y cada cual se alababa ante los otros de los golpes que había asestado al atleta. Artemio oía que Michka Vavilof contaba á sus compañeros que no se había cansado de dar puntapiés en el costado izquierdo de Artemio á fin de destrozarle el corazón. Y Sukoplineff afirmaba que le había golpeado en el vientre, porque si se lastiman los intestinos de un hombre los alimentos dejan de aprovecharle y pierde su fuerza. Lomakine declaró también

(1) *Beliana*, especie de barcaza de construcción especial. Sírvense de ella en el Volga para el transporte de maderas y otras mercancías; no se utiliza más que una vez; llegada á su destino, la desmontan y venden los materiales que la formaban.

que había saltado dos veces sobre el estómago de Artemio. No había uno que no se hubiera distinguido de una manera tan brillante y que no se alabase de ello; esto constituyó el asunto de la conversación hasta que llegaron á la «beliana» y pusieron debajo á Artemio. Ninguno de los discursos se le escapó, y oyó que sus agresores decidían, por unanimidad, al marcharse, que él no volvería á levantarse.

Se quedó solo, en la obscuridad, sobre un montón de escombros húmedos arrojados allí por las crecidas del río. Era una fresca noche de Mayo, y el fresco hacía que Artemio recobrase de cuando en cuando el conocimiento. Pero cuando trató de arrastrarse hacia el río, volvió á caer desvanecido, presa de un terrible dolor que le penetraba todo el cuerpo. Volvió en sí, desgarrado por el sufrimiento, atormentado por una sed atroz. El río parecía burlarse de él, chapoteando en la arena, allí tan cerca. Pasó toda la noche en aquella situación, temiendo quejarse ó hacer un movimiento.

Una de las veces que recobró el sentido comprendió que le había ocurrido algo bueno y que se había aliviado. Pudo abrir un ojo con mucha dificultad, y con gran trabajo movió sus labios, hinchados y desgarrados. Debía de ser ya de día, porque al través de las resquebrajaduras de la barca los rayos del sol se deslizaban y formaban un polvillo luminoso alrededor de Artemio. Se llevó como pudo una mano á la cara, y sintió que le habían puesto unas vendas mojadas. Tenía también vendados el pecho y el vientre. Estaba completamente desnudo, y el frío aliviaba sus sufrimientos.

—Agua...—dijo, adivinando vagamente que debía de haber alguien cerca de él. Una mano temblona asomó por encima de su cabeza, y le pusieron en la boca el cuello de una botella. La botella bailaba en la mano del que la tenía, y tropezaba en los dientes de Artemio. Después de haber bebido, Artemio deseó saber quién estaba allí; pero no pudo volver la cabeza, porque el movimiento le daba náuseas. Entonces, con voz ronca, comenzó á hablar tartamudeando:

—Aguardiente... quisiera beber una copa... y friccionarme la piel... Tal vez en seguida... podré levantarme...

—¿Levantarse? No se puede usted levantar. Tiene usted todo el cuerpo azulado é hinchado como el de un ahogado. En cuanto al aguardiente, sí, es posible... hay aguardiente... tengo toda una botella.

Hablaban dulcemente, tímidamente, y muy aprisa. Artemio conocía aquella voz, pero no podía acordarse de la mujer á que perteneciera.

—Dame...—dijo.

Y de nuevo, alguien que, por lo visto, quería recatarse, le tendió una botella por encima de la cabeza. Artemio, mientras bebía con esfuerzo el aguardiente, miraba con un ojo el fondo negro y húmedo de la «beliana», todo lleno de setas.

Cuando hubo echado al cuerpo más de un cuarto de la botella, suspiró profundamente, aliviado, y dijo con voz débil y anhelosa:

—Bonito me han puesto... Pero que esperen... me repondré... me repondré... y entonces... ¡cuidado!...

No le respondieron; pero oyó un ligero ruido, como si alguien se hubiese apartado de él; después volvió á quedar todo silencioso; solamente se oía el rumor del agua; á lo lejos cantaban «Duleinuchka» (1), lanzaban «uf», como si tirasen de algo pesado. Después desgarró el aire el estridente silbato de un vapor, y á los pocos momentos comenzó á mugir la sirena tristemente, como si el barco abandonara la tierra para siempre.

Artemio esperó largo rato una respuesta á sus palabras; pero todo estaba en silencio bajo la «beliana», cuyo fondo, lleno de verdín, se balanceaba sobre su cabeza, elevándose unas veces, bajando otras, como si hubiera querido, en una de esas oscilaciones, caer encima de él y aplastarle sin piedad.

Artemio se sintió lleno de compasión hacia sí mismo. Le in-

(1) Canción muy popular entre los sirgadores del Volga.

vadió el perfecto conocimiento de su impotencia casi infantil, y al mismo tiempo se sintió ofendido. ¡A él, tan fuerte, tan apuesto, le habían estropeado, desfigurado!... Con sus manos débiles se puso á tentar los chichones y las desgarraduras de su pecho y de su cara, y lleno de dolor comenzó á blasfemar y á llorar. Sollozaba, juraba con desesperación, y se apretaba ligeramente los párpados para que salieran las lágrimas que llenaban sus ojos; rodaban, gruesas y ardientes, á lo largo de sus mejillas, y sintió que, gracias á sus lágrimas, algo se despejaba en él.

—Está bien... Esperad...—murmuraba en medio de sus sollozos.

De repente oyó cerca de él sollozos y murmullos ahogados: era como si hubieran querido remedarle.

—¿Quién está ahí?—preguntó con voz amenazadora, aunque tuviese miedo, sin saber por qué.

No respondieron á su pregunta.

Entonces, haciendo un esfuerzo, Artemio se volvió de lado, dió un alarido de dolor salvaje, se incorporó sobre el codo, y vió en la penumbra un cuerpo hecho un ovillo en un rincón de la «beliana». Un hombre escondía la cabeza sobre las rodillas, que apretaba con sus manos largas y secas; sus hombros temblaban. Le pareció á Artemio que era un jovencillo.

—Ven aquí—dijo.

Pero el otro no le obedeció: continuaba temblando como si tiritara de fiebre.

Los ojos de Artemio se turbaron de dolor y de espanto al percibir aquel sér, y se puso á gritar:

—¡Joven!

Pero la respuesta fué una granizada de palabras temblonas y precipitadas:

—¿Qué mal le he hecho? ¿Por qué grita usted contra mí? ¿No le he lavado y le he dado de beber? ¿No le he ofrecido aguardiente? ¿No he llorado cuando usted ha llorado, y no he sufrido cuando usted se ha quejado? ¡Dios mío! ¡Señor mío!

¡Hasta el bien que hago no me reporta más que sufrimientos! ¿Qué daño he causado á su alma ó á su cuerpo? ¿Qué daño le puedo yo ocasionar, yo?...

Después de haber cortado su discurso con tres sollozos, el hombre se calló; estaba sentado en el suelo, se cogió la cabeza con las manos, y comenzó á balancearse de derecha á izquierda.

—¡Caín! ¿Eres tú?

—Sí, ¿y qué? Soy yo...

—¿Eres tú? ¡Vaya! Pero, en fin, ya que estás ahí... ¡Ay! Ven aquí. Vamos. Es curioso.

Artemio estaba desconcertado por la sorpresa, y sentía al mismo tiempo en él algo alegre. Hasta se echó á reir cuando vió al judío arrastrarse tímidamente hacia él á cuatro pies, mientras que sus ojuelos se movían rápidamente en el ridículo rostro que Artemio conocía desde hacía ya tanto tiempo.

—¡Ven sin temor! Mi palabra, que no te toco. —Creyó necesario tranquilizar al judío.

Caín se arrastró hasta él, se detuvo, y se puso á mirarle con sonrisa temerosa y suplicante, como si esperara que pisoteasen su cuerpo, encogido por el miedo.

—¡Vaya!... ¿Conque has sido tú? ¿Y tú has hecho todo esto? ¿Quién te ha enviado?... ¿Anissia?—interrogó Artemio, cuya lengua se movía trabajosamente.

—Lo he hecho por mí mismo.

—¿Por ti mismo? ¡Mientes!

—¡No miento, no miento!—replicó vivamente Caín.—He venido solo, le suplico que me crea. Le contaré cómo. Escuche. Supe la cosa en Gavrilowka... Estaba tomando té, y oí decir: Han pegado á Artemio esta noche, y le han dejado por muerto. No lo creí. No era posible que á usted le hubiera ocurrido tal cosa. Me reí. ¡Qué estúpidos son!—pensé.—¿Quién de vosotros podría vencer á un hombre que es como Sansón? Pero todos los que entraban decían: Le han arreglado las cuentas. Hablaban de usted maldiciéndole, y se reían... Todos estaban contentos... y entonces lo creí. Y supe que estaba us-

ted aquí. Ya han pasado por aquí para mirar, y decían que estaba usted muerto. Vine y le vi... lloró usted... Y yo pensaba al verle: ¡Han vencido al hombre más vigoroso de la tierra!... Me compadecí de usted, perdóneme que se lo diga. Pensé que convenía lavarle á usted con agua... y lo hice... y gracias á ello comenzó usted á revivir... ¡Qué contento me puse, ah, qué contento! ¿No me cree usted, verdad? ¿Porque soy judío? ¿no es eso? Pero no, usted me cree... Le diré por qué estaba contento y lo que he pensado... Le diré la verdad... ¿No se incomodará usted conmigo?

—¡Por la señal de la cruz! ¡Que el rayo me mate!—juró el buen mozo, vencido.

Caín se acercó más á él y bajó la voz todavía:

—Usted sabe la horrible vida que llevo... ¿lo sabe usted? ¿no es verdad? ¿No he sufrido, perdóneme, golpes de usted? ¿No se ha burlado usted del sucio judío? Esto es cierto. Me perdonará que le diga la verdad, lo ha jurado. No se incomode. Digo solamente que usted, como los otros, ha perseguido al pobre judío. ¿Y por qué? ¿no es el judío hijo también de Dios? ¿y no me ha dado Dios un alma como á usted?

Caín corría, haciendo pregunta tras pregunta, sin esperar la respuesta; bullían en él de repente las palabras con que marcaba en su corazón las ofensas y los ultrajes que le inferían. Resucitaban todos en él y se desbordaban de su corazón como un torrente abrasador. Artemio se sentía molesto ante él.

—Oye, Caín—dijo sordamente,—deja todo eso. Yo te... ¡maldito sea yo si te vuelvo á tocar... y si algún otro se atreviese, le haré pedazos! ¿Has comprendido?

—¡Ah, ah!—exclamó Caín, que hizo castañetear su lengua triunfalmente.—Ahí está. Usted me ha ofendido mucho... perdóneme. No se enfade, porque usted sabe que me ha ofendido mucho. Sé, sin embargo, sí, lo sé, que usted es menos culpable que los otros... lo comprendo. Los demás me escupían solamente á mí... usted me escupía también, pero les es-

cupía usted al mismo tiempo á ellos. Usted ha ofendido á otros más cruelmente que á mí. Yo pensé entonces: «este hombre es grande y robusto; me ofende y me pega, no porque soy un judío, sino porque no soy mejor que los otros y vivo entre ellos». Y siempre le he querido á usted con respeto y con temor. Le miraba á usted, y pensaba que usted podía desgarrar las fauces de un león y vencer á los filisteos. Usted les pegaba... y me gustaba verlo... Y yo quise también ser fuerte... pero... soy como una pulga...

Artemio reía con voz ronca.

—Eso es... Tú eres como una pulga.

No comprendía bien lo que Caín le decía, pero le agradaba ver á su lado la figurilla del judío. Y con la charla excitada de Caín, varios pensamientos se cruzaban lentamente en su cerebro:

—¿Qué hora es ya? Serán las doce, probablemente. Y ninguna de ellas ha venido á informarse de la salud de su querido. Pero el judío ha venido... y dice que me quiere, y yo le he pegado y ofendido tantas veces... ¡Y alaba mi fuerza! ¿Me volverá esa fuerza?... ¡Dios mío! si me llega á volver...

Artemio suspiraba fatigosamente; se imaginaba ver á sus enemigos vencidos y en la situación en que él se encontraba. Y ellos también yacían en alguna parte... Pero sus amigos serán los que vayan á verlos, y no el judío.

Artemio miró á Caín, y le pareció que aquellos pensamientos habían hecho nacer una especie de amargor en su boca y en su garganta.

Escupió y suspiró de nuevo.

Y Caín continuaba hablando, muy excitado, con el rostro contraído por la excitación y temblando con todo su cuerpo:

—Y cuando lloró usted... lloré yo también... por compasión hacia su fuerza.

—Y yo pensé que alguien se burlaba de mí.

—Siempre he admirado su fuerza... Y rogaba á Dios: «¡Haz que sea útil á este hombre! Haz que pueda prestarle un servi-

cio cualquiera, que su vigor se convierta en una defensa para mí. Haz que esa fuerza me preserve de las continuas afrentas y que mis perseguidores perezcan por esa fuerza». Así rogaba, pidiendo á Dios que me hiciese un defensor, un protector de mi mayor enemigo, como dió á Mardoqueo un protector en la persona del Zar, que venció á todos los pueblos... Y he aquí que usted comenzó á llorar... y yo lloré también... Pero de pronto gritó usted, y todas mis oraciones se desvanecieron.

—¿Acaso podía yo saber de qué se trataba?—decía Artemio, sonriendo con aire de arrepentimiento.

Pero Caín no oía tales palabras; se balanceaba, agitaba las manos y continuaba hablando. Era un cuchicheo apasionado, en el que vibraban la alegría y la esperanza, la adoración al poder de aquel hombre estropeado, y el temor y la tristeza.

—Mi día ha llegado, por fin... y aquí estoy solo á su lado... Todos le han abandonado, pero yo he venido. Usted curará, Artemio, ¿no es verdad? ¿No tiene usted nada grave? ¿Y volverá su fuerza?

—Curaré... no tengas miedo... Y á ti, á causa de tu bondad, te cuidaré como á un niño.

Poco á poco, Artemio se sentía mejor; le parecía que experimentaba dolores menos vivos en la cabeza y que sus pensamientos se aclaraban. «Hay que defender á este pobre Caín—se decía.—¡Es tan dulce y se expresa con tanta franqueza!» Ante esta idea, sonreía Artemio. De repente, dijo:

Tengo hambre. ¿Podrías procurarme algo que comer, Caín?

Caín se sobresaltó tanto, que pegó contra un madero. Su rostro estaba completamente transformado, y se reflejaba en él una expresión de energía y al mismo tiempo algo infantil. ¡Artemio, el fabuloso atleta, le pedía de comer á él, á Caín!

—Le daré todo lo que quiera. Lo tengo aquí, preparado:

Cuando alguien está enfermo, es preciso que coma, lo sé. Y al venir me he gastado un rublo comprando alimentos.

—Ya arreglaremos cuentas. Te devolveré diez rublos. Puedo hacerlo... El dinero no es mío. No tengo más que decir «dame», y me dan lo que quiera.

Reía de buen grado, y, al oir aquella risa, Caín irradiaba también satisfacción y alegría.

—Ya lo sé. Dígame lo que desea. Haré por usted todo lo que quiera, todo.

—Está bien. Pues empieza por friccionarme con aguardiente. Primero deseo que me des unas friegas, después comeré. Pero ¿sabrás hacerlo?

—¿Por qué no? Me las arreglaré tan bien como el mejor doctor.

—Entonces, anda; me darás unas friegas, y en seguida me levantaré.

—¿Levantarse?... No creo que pueda usted hacerlo.

—¿Que no lo crees? Ya lo verás. ¿Piensas que voy á quedarme acostado aquí? Anda, fricciónaname, y después irás al barrio á casa de la pastelera Mokewna, y la dirás que quiero instalarme en su cochera... que ponga paja. En su casa recobraré antes las fuerzas. Se te pagará bien... no te inquietes por eso.

—Le creo—respondió Caín, derramando aguardiente en el pecho de Artemio;—creo en usted más que en mí mismo. ¡Oh! le conozco á usted bien.

—¡Fricciona, fricciona! ¡Más fuerte!... ¡Anda, anda!... Crees que me haces mucho daño... Pero esto es bueno... ¡Anda, anda!... ¡Ay!... ¡Oh!—rugía Artemio.

—Haré cualquiera cosa por usted; si le agrada, me arrojaré al agua — decía Caín, continuando sus declaraciones de amistad.

—Bueno, bueno... Sigue... Ahora en la espalda... ¡Más fuerte!... ¡Cómo me han puesto esos bandidos!... Y, como siempre, por culpa de una mujer. Si no hubiese habido una mujer,

no hubiera bebido; y cuando soy sobrio, nadie se atreve á atacarme...

Caín, que había entrado en su papel de criado, declaró:

—Las mujeres son el pecado del mundo. Los judíos tenemos una oración de la mañana que dice: «Bendito seas, Dios eterno, Zar del Universo, por no haberme creado mujer...»

—Está bien—dijo Artemio.—¿Y rezáis esa oración?... Sois gentes muy curiosas. ¡La mujer! Es tonta, es cierto, pero no se puede vivir sin ella... Pero esa oración es demasiado mortificante para ellas... ¿Crees tú que la mujer no tiene sentimientos?

MÁXIMO GORKI

(Concluirá.)

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Procedura penale, por Cesare Civoli, profesor de la Universidad de Pavía. Milán, Ulrico Hoepli, editor, 1904. Un grueso volumen de XII-695 páginas, 9 liras.

No se trata de un trabajo propiamente doctrinal, sino más bien expositivo de una legislación determinada: la italiana. El autor no ha hecho una obra enteramente exegética, pues no va siguiendo paso á paso y artículo por artículo el mismo orden del Código italiano de procedimiento criminal. Sin embargo, lo sustancial del libro y el propósito de quien lo ha escrito consiste en presentar un comentario del dicho Código, que es lo que toma Civoli por base. Pero es un comentario ordenado, que, mejor que á la exégesis propiamente tal, pertenece al orden de estudios hechos con el llamado un día por los romanistas «método dogmático».

El trabajo es amplio y extenso. Empieza con una introducción encaminada á investigar los fines, las modalidades de aplicación, los límites y las relaciones del procedimiento penal; y luego, en siete secciones, va el autor examinando estos problemas con aplicación especialísima, como queda dicho, á la legislación italiana: del ejercicio de la acción penal y del ejercicio ante los tribunales penales de la acción civil procedente de delito; de la competencia penal y sus clases; de la instrucción del sumario; del envío de las causas penales al juicio; de la celebración de éste; de los recursos contra las decisiones judiciales en materia penal, y de la ejecución de las sentencias penales. Cierra el libro otra sección, la octava, que se dedica al estudio de los procedimientos especiales.

La obra no deja de tener utilidad, tanto para los estudiosos del derecho penal como para los prácticos y abogados.

P. Dorado

INDICE

Págs.

Francisco de Zurbarán y la Exposición de sus cuadros, por José Cascales y Muñoz 5
La nueva perforación de los Alpes, por Antonio Pagés 24
Recuerdos, por José Echegaray 41
Influencia española sobre la Literatura inglesa, por Martín Hume. 54
La España nueva, por J. Hogge Fort y F.-V. Dwelshauvers-Dery. 74
El imperfecto y el futuro de subjuntivo en el ***Quijote***, por Julio Cejador 98
Los Duques de Rivas, Angel y Enrique Ramírez de Saavedra, como poetas, por Narciso José de Liñán y Heredia 111
La sílaba, por Eduardo Benot 130
Crónica literaria (El centenario del ***Quijote****.—Lo que ha sido y lo que debió de ser)*, por E. Gómez de Baquero 142
Revista de Revistas, por Fernando Araujo 151
Caín y Artemio, por Máximo Gorki 185
Notas bibliográficas (Procedura penale, por Cesare Civoli), por P. Dorado 207

AP
60
E8
año 17
no.196-98

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY